



SECRETOS

DEL PODER

NUNCA PACTES CON UN DRAGÓN



Lectulandia

A causa de las distintas catástrofes ocurridas a principios del siglo XXI, nuevas razas de antiguos elfos, enanos, trolls y orcos, razas metahumanas que desaparecieron cuando las energías mágicas ancestrales quedaron controladas y comenzó la Historia tal y como la conocemos ahora. Pero, ahora, esas razas tienen acceso a un mundo altamente tecnificado, sobre todo en el terreno de la informática, por lo que no es extraño encontrar a esos seres «introducidos» en un ordenador. Una vez «conectados» se ven arrojados, como en un trance metafísico, a un espacio imaginario desde donde se pueden adentrar en la red de sistemas informáticos, bancos de datos...

Lectulandia

Robert N. Charrette

Nunca pactes con un dragón

Shadowrun: Secretos del poder - 1

ePub r1.0

Titivillus 08.01.16

Título original: *Never Deal with a Dragon*

Robert N. Charrette, 1989

Traducción: M.^a Dolors Gallart

Editor digital: Titivillus

Colaboración: vampy815

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Los secretos del poder
Volumen 1

NUNCA PACTES CON UN DRAGÓN

ROBERT N. CHARRETTE

A Paul, por su compañerismo en el largo y sinuoso camino entre
Hawkmoor y el Sexto Mundo.

RECONOCIMIENTOS

Como de costumbre, mi agradecimiento más encendido se lo dedico a Liz por su constante esfuerzo que muchas veces supera la respuesta a mi demanda de ayuda. Agradecimientos adicionales a la política estética de pleitos y de mantenimiento del orden en FASA por su típico trabajo de mediadores y alborotadores. Todos hemos sobrevivido una vez más. Gracias también a Nix Smith por el préstamo de Castellano. Y no podían faltar las gracias al equipo original de Shadowrun, sin el cual etc...



Prólogo

Hacia las sombras



Tokio, 2050

El amortiguado rugir de las olas se disolvió lentamente entre un murmullo de voces y el suave soplo del aire acondicionado. El fuerte olor a sal mutó en acre aroma a desinfectante y le indicó el regreso al mundo de la vigilia. También le trajo a Sam la conciencia de su dolor de cabeza. Su cerebro se sentía demasiado lleno, presionado contra su cerca ósea como un globo de helio en las profundidades marinas.

Las voces se apagaron cuando gruñó. Quienquiera que fuese el que se encontraba en el mundo más allá de sus párpados cerrados parecía esperar otra señal, alguna indicación de que realmente se encontraba despierto. Pero Sam no estaba todavía preparado para adaptarse a ese mundo. La luz era demasiado hiriente a través de los tenues párpados que escudaban sus pupilas. No tenía el menor deseo de abrir los ojos.

—*Verner-san* —dijo una voz. El tono era interrogante, pero tenía un dejo imperativo.

Se forzó a abrir los ojos, solo para cerrarlos rápidamente cuando la luz fluorescente le provocó una punzada de dolor en el cerebro. Su espasmo involuntario, acompañado de un gemido, dio lugar a una inmediata respuesta por arte de sus visitantes. Las luces se atenuaron, animando a Sam a realizar un segundo intento. Con los ojos apenas entreabiertos, examinó a sus cuatro huéspedes.

De pie junto a la puerta, con la mano todavía en el regulador de luz, se encontraba una mujer vestida con una bata de laboratorio. Era su doctora. Su sonrisa amable no dejaba duda de su satisfacción con respecto a su trabajo. Las otras tres personas de la habitación eran hombres. Sam reconoció a dos de ellos. El tercero era aparentemente un guardaespaldas.

Sentado en el borde de la cama se encontraba Inazo Aneki, dueño de la expandida Corporación-imperio Renraku. La presencia del viejo era tan sorprendente como la expresión de preocupación que translucía su rostro. Sam no era más que un empleado menor de la Renraku que aún no había hecho ninguna contribución significativa a la Corporación. Y su operación de implante no era nada extraordinaria según los estándares del siglo veintiuno. Ciertamente el director había avalado la incorporación de Sam a su compañía y que algunos comentaban que lo observaba con especial interés. Sin embargo, el viejo y su supuesto protegido no habían tenido un contacto personal desde su breve entrevista de presentación. Era, por tanto, muy sorprendente encontrar a *Aneki-sama* en la habitación.

Tras Aneki se erguía Hohiro Sato, Vicepresidente de Operaciones y actual asistente ejecutivo del director. De alguna forma, la elegante presencia de Sato era todavía más sorprendente. El oficial tenía la reputación de ser indiferente a cualquier problema que pudiera tener uno de sus subordinados a menos que afectara los beneficios de la compañía. En sus infrecuentes encuentros con Sato, Sam siempre se había sentido incómodo por sus maneras distantes y su protocolaria corrección.

¿Por qué estaban allí?

—Nos complace mucho verlo consciente, Verner-san —dijo Sato vivamente. Traicionando sus palabras, sus dorados ojos de zeiss traspasaron a Sam con una mirada de desprecio hacia los no japoneses que Sato raramente mostraba a sus superiores. Si su voz contenía alguna emoción, ciertamente no era alegría. Era obvio que no se encontraba junto a la cama de Sam por voluntad propia. Estaba, según obligaba el protocolo, para hacer el papel de intermediario entre Aneki y una persona de inferior condición—. Hemos esperado ansiosamente su retorno a nuestro mundo.

—*Domo arigato*. —La rasposa voz de Sam logró pronunciar el agradecimiento formal. Su intento de levantarse y hacer una reverencia fue paralizado por una seña de la doctora y una mano de Aneki—. Soy indigno de su atención.

—Aneki-sama es quien mejor puede juzgar, Verner-san. La doctora asegura que la operación de implante del conector fue rutinaria y totalmente satisfactoria, pero deseaba comprobarlo por si mismo.

A la mención de su nuevo accesorio, Sam alzó la mano para palparse el vendaje. No sintió el roce de los dedos en la cabeza, pero estos palparon el abultamiento en su sien derecha. Sabía lo que era desde la entrevista preoperatoria: un conector de acero cromado diseñado para admitir una clavija estándar de interfase a computador. La incorporación del conector tenía como finalidad incrementar su eficiencia en el manejo de archivos informáticos y en el acceso de datos. Sam hubiera preferido continuar operando desde una terminal convencional, pero la corporación había dispuesto que alguien de su posición tenía que tener un conector. Sam, naturalmente, estuvo de acuerdo.

—Supongo que podré volver pronto a trabajar —musitó.

—Sería recomendable una semana de descanso, Verner-san —dijo la doctora suavemente—. Primero hay que proceder a una familiarización de acceso limitado.

—Buen consejo —interrumpió Sato—. Renraku ha invertido demasiado como para permitirse un regreso a destiempo a la actividad. Pero todo es para bien. Tendría poco tiempo para reintegrarse a sus investigaciones con todos los detalles de su traslado por resolver.

¿Traslado? Sam no entendía nada. No tenía pensado un cambio de domicilio.

Pasando por alto la mirada interrogadora de Sam, Sato se apresuró a agregar:

—Quizás es lamentable que no pueda volver de inmediato a su trabajo, pero es el momento adecuado. Su transferencia al proyecto de recinto de Seattle...

—¿Transferencia?

El rostro de Sato se contrajo levemente ante la interrupción de Sam.

—Así es. Me apresuro a indicarle que Aneki-sama no lo considera una degradación. Continúa teniéndolo en su más alta estima. Sin embargo, cree que sus habilidades servirán mejor a la Corporación en Seattle.

»La compañía se ha tomado la libertad de transferir su licencia de apartamento. Todos sus bienes, salvo aquellos que necesitará en su estancia en el hospital y en su viaje, ya han sido empaquetados. —Sato sacudió la cabeza como si una secretaria le

hubiese recordado algo—. Y su perra ya ha emprendido viaje. Parecía disfrutar de una salud excelente y debería pasar sin problemas los trámites de cuarentena locales.

»Como compensación por lo repentino de la transferencia, Aneki-sama ha dispuesto que la Corporación Renraku corra con todos los gastos de viaje y cambio de domicilio. Sus billetes para el vuelo suborbital de la J.S.A. hacia Norteamérica lo esperan junto a sus efectos personales. Partiré tan pronto como la doctora haya certificado su recuperación.

Sam estaba anonadado. ¿Cómo odia ser? Cuando había entrado en el hospital hacía dos días, parecía ser la estrella de la oficina de operaciones de la Central de Renraku. ¿Y todos esos rumores de que Aneki era el protector de la carrera de Sam? Creía caminar con paso firme en la compañía, y ahora lo exiliaban a la oficina de operaciones norteamericana de la Corporación. Aunque la transferencia era para asignarlo al relativamente prestigioso proyecto de recinto, esto lo apartaba de la oficina central, del corazón de la Corporación, lejos de Tokio, su hogar de elección. Estaba claro que había caído en desgracia, que se había salido —o mejor, que lo echaban— de la ruta principal. ¿Qué había hecho?

¿Había ofendido a Aneki-sama? Una disimulada mirada al rostro del director le mostró únicamente compasión y preocupación.

¿Se había interpuesto en el camino de un rival o insultado a un superior? En un rápido repaso mental a sus actividades recientes desechó esa opción. Había sido cortés con todos, a menudo más allá de lo que se había esperado de él. Esa era su manera de cubrirse por el hecho de no ser un japonés nativo. Durante toda su estancia en Japón, Sam solo se había encontrado con la desconfianza y disgusto ordinarios que los nativos experimentaban hacia los no japoneses. No, su comportamiento no era el problema.

Tampoco su trabajo podía ser la causa de lo que Sam, a pesar de las palas ras de Sato, consideraba una degradación. Le dedicaba todo su tiempo y cumplía con sus tareas con exactitud y puntualidad.

Entonces, ¿qué había hecho?

Buscó alguna pista en el rostro de Sato. Si la expresión del hombre mostraba algo, era solo impaciencia y aburrimiento. Sam sospechó que Sato no tenía ningún interés personal en Samuel Verner y que consideraba esta visita como una interrupción de algún trabajo importante.

—Quizás el director... —empezó Sam dubitativamente—. Si tuviera la amabilidad de informarme de cualquier falta que haya cometido, podría corregirla.

—Su petición es impertinente —estalló Sato.

Aneki, evidentemente incómodo, se levantó antes de que Sam o Sato pudieran decir algo más. Esbozó apenas una reverencia hacia Sam se encaminó hacia la puerta, sin prestar atención a la inclinación de cabeza de aquel —lo único que podía hacer mientras estuviera tumbado en la cama— ni a la ceremoniosa y amplia reverencia de la doctora.

—Disfrute de su descanso —dijo Sato antes de seguir los pasos del guardaespaldas, quien también se había dirigido hacia la puerta. Tampoco prestó atención a la doctora. Cuando el Vicepresidente alcanzó el umbral, se detuvo y se giró levemente hacia Sam.

—Mis condolencias por su reciente pérdida.

—¿Pérdida? —repitió Sam, desorientado.

—Me refiero al lamentable incidente de su hermana, naturalmente —aclaró Sato con una expresión de fingida inocencia.

—¿Janice? ¿Qué le ha pasado a mi hermana?

Sato se fue sin responder, pero no antes de que Sam viera la cruel sonrisa que iluminó el rostro del hombre cuando pensó que nadie podía verlo. Mientras Sato se marchaba por el pasillo, las repetidas preguntas de Sam resonaron en vano tras él.

Sam intentó ponerse en pie, para seguirlo forzarlo a que le diera una respuesta, pero una olea a de náuseas lo azotó en el momento en que apoyó un pie en el suelo. Con la cabeza dándole vueltas, cayó como un fardo en brazos de la doctora. Luchando con su peso, la mujer lo depositó en la cama e insistió en que se quedara quieto. Sam permitió que arreglara las sábanas durante algunos minutos antes de cogerla por el brazo.

La doctora se puso tiesa ante la osadía.

—Se encuentra demasiado tenso, Verner-san. Debe descansar o puede dañar las delicadas conexiones de sus circuitos neuronales.

—¡Al infierno los circuitos! ¡Quiero saber qué está pasando!

—La impertinencia y la coerción física no son los métodos recomendados para preguntar educadamente.

Sam sabía que tenía razón, pero la preocupación por su hermana era demasiado intensa como para soportarla. Era todo lo que tenía en el mundo desde que sus padres y hermanos habían muerto en esa terrible noche de julio de 2039.

Aflojó su mano y la bajó con lentitud. Estaba temblando por el esfuerzo en controlarse.

—Por favor, le ruego disculpe mi impropio comportamiento.

La doctora se frotó brevemente el brazo y alisó la manga de su immaculada bata.

—Los estados emocionales alterados pueden causar comportamientos incontrolados, Verner-san. Semejante comportamiento frente a una persona inadecuada o a destiempo podría ser desastroso. ¿Entiende?

—Sí, doctora, lo entiendo.

—Muy bien. ¿Cuál es su pregunta?

—Si fuera tan amable... —Esperó hasta que ella asintió—. Doctora, ¿tiene usted alguna idea acerca de lo que Sato-sama quería decir con respecto a mi hermana?

—Lamentablemente, sí.

Parecía poco dispuesta a continuar, pero Sam tenía que saber. Daba igual si eran malas noticias.

—Dígamelo, doctora, por favor.

La doctora le dirigió una larga mirada.

Hace dos días, su hermana empezó el *kawam*. Creímos más conveniente no informarle antes de la operación.

—¡Dios, no! —El horror fluyó a través de Sam. *Kawam*... El Cambio, como tan educadamente llamaban los japoneses a lo que el resto del mundo denominaba goblinización; el proceso que desfiguraba y reestructuraba los órganos y huesos de la persona para dar forma a una de las especies metahumanas conocidas como orcos o trolls. En ocasiones, la víctima era convertida en algo peor—. ¿Cómo puede ser? Tiene diecisiete años. Si hubiera tenido que cambiar, debería haber ocurrido antes.

—¿Es usted un experto en *kawaru*, Verner-san? Quizá debería dar clases a los científicos del Instituto Imperial de Investigaciones —repuso la doctora con expresión seria—. Nuestros mejores investigadores tienen todavía que descubrir los misterios del *kawam*.

—Han pasado treinta años —protestó Sam.

—No tantos. Pero han sido largas décadas de frustración para aquellos que buscaban el remedio. Sabemos muy poco incluso ahora.

»Cuando sucedió el hecho de la mutación somática, afectó al diez por ciento de la población mundial, pero, entre el caos, pocos tuvieron la oportunidad de estudiar o entender el fenómeno. Podemos realizar mejores Observaciones hoy en día, pero, debido a que el *kawaru* es menos común, tenemos menos oportunidades de hacerlas.

»Aprendemos algo más con cada caso estudiado, pero todavía nos encontramos en las tinieblas de la ignorancia. Hay demasiadas variantes. Lo máximo que podemos hacer es identificar a aquellos que *podrían* cambiar. Y eso solo tras largos estudios genéticos.

—Pruebas que Janice y yo jamás hicimos.

—Aunque las hubieran hecho, los resultados no son completamente fiables. Familias totalmente normales continúan teniendo hijos que pueden pasar por el *kawaru*.

—Entonces no hay esperanza.

—Todavía estamos estudiando los cambios biológicos en las extrañas nuevas razas que el *kawaru* ha liberado al mundo. Su reproducción, y las reiteradas apariciones de la mutación, siguen siendo un enigma para nuestros mejores cerebros. ¿Por qué algunos de los mutados, al reproducirse, perpetúan la forma que han tomado, mientras que otros tienen niños que son humanos perfectamente normales? Y otros tienen niños que parecen totalmente normales pero que experimentarán el *kawam* con posterioridad, cuando se metamorfoseen en algo diferente. Incluso el mejor especialista en genotipos no puede predecir quién será afectado o en qué se convertirá.

—Entonces debe de ser magia —susurró Sam.

Uno de los primeros recuerdos de Sam era el del rostro de un hombre apareciendo

en la pantalla tridimensional familiar para hablar con convicción y sentimiento de un nuevo mundo, un mundo Despertado. Decía que la magia y los seres mágicos habían despertado en el mundo para desafiar a la tecnología, no por afán de supremacía, sino por la supervivencia de la Tierra. El hombre pedía que la gente abandonara su tecnología, volviera a la tierra y viviera con sencillez.

Pero el padre de Sam jamás había aceptado la forma en que la llegada de la magia había perturbado el ordenado mundo Científico hasta dejarlo irreconocible. Educó a su hijo a la manera tradicional, evitando casi todo contacto con el mundo Despertado. Incluso en las excursiones a los zoos, la familia había evitado las exhibiciones paranaturales que mostraban grifos, fénix y otras criaturas que una vez se consideraron legendarias.

—¿Magia? —La doctora resopló en una imitación casi perfecta del tono de su padre—. Puede que haya magia en el mundo, pero solo un loco o un débil mental atribuye a ella la explicación de los misterios. Su registro corporativo muestra que no es usted un simplón que crea en que los hechizos son todopoderosos y que las energías místicas puedan hacerlo todo. Los así llamados magos que infestan nuestras estructuras corporativas tienen sus límites. Pueden manipular energías de maneras que parecen contravenir las leyes físicas tal como las hemos entendido en los últimos cien años, pero sus brujerías deben de tener límites que comprenderemos a su debido tiempo.

»El progreso ha sido lento. Perdimos muchos datos valiosos cuando las instalaciones de investigación fueron destruidas en el caos que siguió a la primera aparición masiva del kawam. ¿Cómo podían los científicos tratar con lo sobrenatural e inesperado, cuando todo orden se derrumbaba a su alrededor, engullido por el odio, el miedo y la culpa que afectaban al mundo mientras hombres, mujeres e incluso niños eran sacrificados?

»Esos días de caos han pasado ya. Con el tiempo, entenderemos el kawam, quizás incluso seremos capaces de prevenirlo o rectificarlo. Pero lo haremos científicamente. La efímera magia no ofrece ninguna esperanza.

La doctora exponía creencias con las que Sam había crecido, pero las palabras sonaban vacías. Se sentía solo, azotado con la pena de lo que le había pasado a su hermana. Su padre había intentado proteger a su familia de los traumas del Cambio, pero ahora este arremetía contra ellos con una violencia que destrozaba sus vidas. Cualquiera que fuera el perverso poder que alimentaba la goblinización, se había apoderado de su hermana. ¿Cómo era posible? Sam ahogó un grito de angustia.

—¿Cómo está, doctora? ¿Se pondrá bien?

La doctora tocó su hombro en un gesto de condolencia.

—Es difícil asegurarlo, Verner-san. Está atravesando un largo proceso. Sus constantes vitales son fuertes, pero el fin el terrible proceso parece estar lejos.

—Quiero verla.

Eso sería desaconsejable. Está en coma y no tendría consuelo alguno con su

presencia.

—No me importa. Quiero verla.

No está en mis manos, Verner-san. La Comisión Genética Imperial solo permite la entrada a la sala kawam al personal médico de servicio. Podría ser peligroso si un paciente completase el Cambio de repente y enloqueciera.

—Pero usted podría introducirme, ¿no? —suplicó—. Podría llevar una bata de enfermero... Pasar por estudiante de medicina...

—Quizá. Pero, si lo descubrieran, significaría el desastre. Para usted, para mí... e incluso para su hermana. Ciertamente acarrearía la revocación de las subvenciones de readaptación, en caso de que sobreviviera. El reajuste a su nueva vida ya será suficientemente duro. Y usted perdería toda posición dentro de su Corporación.

Lo que me pase no me importa. Ella me necesitará.

—Ella necesitará que usted trabaje y gane un salario. Lo mejor que puede hacer por ella es obedecer a sus superiores. Nada puede hacer en el hospital...

—Usted no entiende...

—No, Verner-san, se equivoca —repuso la doctora, sacudiendo la cabeza lentamente y con los ojos llenos de amargura—. Lo entiendo demasiado bien.

La imagen de la doctora bailó ante sus ojos mientras ella hablaba. Por un momento, Sam pensó que eran lágrimas por su hermana las que le nublaban la visión, pero luego se dio cuenta de que la doctora debía de haber ordenado a la cama que le inyectara un tranquilizante.

Su anterior sueño oceánico retornó, y fue arrastrado por una irresistible corriente, hasta una oscuridad donde sonrientes trolls y goblins intentaban atraparlo. Luchando contra ellos, solo continuó hundiéndose más. Una nueva lasitud ascendió por sus miembros y fluyó hacia su cerebro. Las visiones de monstruos se desvanecieron con su conciencia, dejando solo un Círculo brillante de dolor que le traspasaba la sien. Después también eso se desvaneció, engullido por el limbo.

La oscuridad reinaba en la tierra desde hacía unas cuantas horas cuando el elfo salió para ser bañado por la luz de las estrellas y así conseguir cierto alivio. El bosque estaba lleno de tenues sonidos que la presencia del elfo solitario no interrumpió. Una leve brisa menudeaba por entre los grandes troncos de los árboles, rozando las hojas con un rumor suave. El mismo aire jugaba con su pelo blanco y le acariciaba la piel, haciendo que el elfo sonriera con placer.

Aunque no denominaba al bosque su hogar, como hacían muchos de su raza, siempre había sentido su poderosa atracción. Había una gran paz entre los imponentes gigantes de madera, una paz que incluso se extendía a las diversas actividades nocturnas de supervivencia que se desarrollaban a su alrededor. A veces llegaba a desear quedarse allí, pero eso no sucedía a menudo. Su trabajo era importante para él, y era un trabajo que difícilmente podría desarrollar en ese lugar.

Alzó la vista al cielo y se regocijó con la multitud de estrellas que brillaban por

entre los jirones de nubes y vertían su luz sobre él. Eran innumerables, y ardían entre la frialdad del espacio con atrayentes promesas de conocimiento universal. «Algún día —se prometió— iremos hacia vuestro encuentro...»

Un leve movimiento captó la atención del elfo. «Un meteorito», pensó. Cambiando su enfoque visual, el elfo vio que no era tal, sino una nave que se movía a través de los cielos más rápidamente que los mismos cuerpos celestes. El Tiempo en movimiento.

Tiempo.

Ese pensamiento rompió la comunión y lo devolvió al universo mundano en el que los segundos pasaban inexorablemente, apresurándose más allá del ahora que era la vida del bosque. Una rápida ojeada a la posición de las estrellas le dijo que los otros ya estarían dispuestos, esperándolo. Retrocedió hasta la cobertura y se arrodilló junto a la pequeña y baja mesilla.

Insertó el conector quirúrgico de acero en su sien y sus dedos volaron por el teclado de su ciberteclado Fuchi 7 para introducirlo en la Matriz. Su visión cambió al resplandeciente mundo electrónico del espacio analógico donde las funciones cibernéticas casi tomaban cuerpo. Recorrió las rutas de electrones del ciberespacio hasta la conexión satélite bajó de nuevo hasta encontrarse en la Red Regional de Telecomunicaciones de Seattle. En cuestión de pocos segundos, se hallaba en camino de acudir a su cita con sus compañeros del recinto de Renraku.

Las luces del aeropuerto internacional de Seattle-Tacoma se desvanecieron tras el aparato, solo para aparecer de nuevo a su frente. El avión volaba en círculos. Sam se preguntó brevemente por qué, pero desechó tales preocupaciones, seguro de que el piloto informaría a los pasajeros de cualquier problema. Su propia vida parecía estar describiendo un Círculo, al devolverlo al país que había abandonado voluntariamente para seguir sus estudios en la Universidad de Tokio. Era como girar y girar persiguiendo su propia cola y sin ir a ninguna parte.

Tres horas antes, y después de una semana de inútiles esfuerzos, había efectuado su último intento frustrado de saber cuál era el estado de su hermana. Ni tan siquiera le dijeron dónde estaba ingresada. Había perdido los estribos cuando sus escoltas de la Renraku empezaron a empujarlo, alejándolo de la central de telecomunicaciones y llevándolo al pasillo de embarque que conducía a la espacionave de la J.S.A. Fue solamente el miedo a que, una vez lejos de Japón, perdiera todo contacto con su hermana lo que le desató la ira. Sus escoltas, miembros de la afamada fuerza de seguridad Samurái Rojo, se habían limitado a cogerlo y depositarlo en el aparato, tal como les habían ordenado.

Dos horas más tarde, Sam se encontraba otra vez en tierra, y era recibido por una empleada de la Renraku vestida con una cazadora de cuero con flecos, un vistoso gorro de piloto y botas puntiagudas. La vestimenta era tan chocante como los modales campechanos y los chistes groseros de la mujer. Primero guio a Sam por

entre los complejos controles de seguridad y aduanas de Seattle, antes de conducirlo de nuevo a la pista, donde esperaba un Federated Boeing Commuter con el logotipo de la Renraku. La mujer le aseguró que el avión lo llevaría de la manera más expedita y segura al recinto. Cuando Sam subió a bordo y se sentó en el lujoso compartimiento de pasajeros, su escolta desapareció por a puerta delantera en dirección a la cabina de pilotaje. Segundos más tarde, el aparato despegaba. El proceso fue acompañado por el comentario del piloto sobre pequeños fallos de procedimiento por parte de la torre de control.

Sam decidió por vigésima (¿o era cuadragésima?) vez que poco podía hacer. Para distraerse, desvió su atención hacia sus compañeros de vuelo. Como él, todos iban al recinto de a Renraku.

Sentada en el bar se encontraba Alice Crenshaw. Había viajado junto a él en el vuelo desde Japón, pero había hablado poco, lo que había sido un alivio dado el humor de Sam. Lo que sí le había comunicado es que también ella había sido transferida al recinto de Seattle. Se sentía igualmente desgraciada por ello, e insultó a la azafata que educadamente preguntó la razón de su traslado.

Crenshaw había abordado el Commuter poco después que Sam. No había hablado una palabra con los otros pasajeros del vehículo de despegue vertical y había hecho caso omiso de sus amigables intentos de conversación. Casi de inmediato, se había refugiado en un whisky con hielo.

Hablando en voz baja, en un confortable sofá, se encontraba una pareja que se había presentado a Sam como Jiro y Betty Tamilm. Él era un *nisei*, un japonés de segunda generación nacido en América, y ella procedía del Estado Libre de California. Sam envidiaba las simples esperanzas y temores del asalariado y su esposa. Para el joven Jiro, una laza como especialista en computadoras en el recinto de la Renraku sería realmente un paso adelante en su carrera.

El otro pasajero era un tal señor Toragama. Desplazado por el ensimismamiento de Sam y el desdén de Crenshaw, se había dedicado a sus asuntos de ejecutivo intermedio, alternando entre el tecleo y el estudio de la pantalla de su ordenador de bolsillo.

Sam giró la cabeza para mirar de nuevo por la ventana. El Commuter había dejado ya la pista y se movía por encima de Seattle hacia el resplandor de luces que marcaban el corazón de la metrópoli.

Allí se alzaba el recinto de la Renraku, empequeñeciendo con su imponente presencia los altos edificios de oficinas del cercano distrito comercial. Aunque todavía en construcción en algunos puntos, el recinto ya era tan grande como una docena de manzanas. Más lejos, Sam distinguió el frío neón de la pirámide de la Aztecnología que proclamaba la arrogancia de los propietarios de la Corporación Atzlan.

El Commuter viró y planeó sobre la inclinada fachada sur del recinto. Los reflejos diamantinos de las luces de aterrizaje del avión destellaron en los paneles de

concentradores solares que cubrían la superficie, y volvieron a destellar en las oscuras aguas cuando el avión pasó por encima del río Sound. Aunque el ruido era amortiguado por el soberbio aislamiento de la cabina, la vibración del cambio de vuelo horizontal a vertical penetró en ella. El aparato perdió algo de altura cuando sobrevoló los muelles y tinglados propiedad de la Renraku que conformaban las instalaciones portuarias del recinto. El avión de despegue vertical se dirigió entonces hacia una de las muchas pistas de aterrizaje.

Sam podía ver las luces de posición acercarse, pero la pista parecía desierta. No los esperaba ninguna comisión de bienvenida, y ni tan siquiera se encontraban los usuales empleados de pista. Cuando el contacto fue inminente, el avión rectificó ligeramente su posición antes de estabilizarse y posarse con suavidad sobre el cemento.

No hubo ningún mensaje procedente de la cabina de pilotaje mientras los pasajeros esperaban. Los Tanaka señalaban monumentos o edificios por su ventanilla, encarada al Sound. El señor Toragama guardó su computador, mientras Crenshaw hacía tintinear los cubos de hielo de su último whisky. Sin ganas de moverse, Sam siguió mirando los rotores todavía en movimiento. Un fuerte chasquido resonó en el compartimiento cuando la escotilla exterior se abrió.

—Ya era hora gruñó Crenshaw.

La escotilla acabó de abrirse y la pasarela se colocó en posición. El nivel de ruido en la cabina se incrementó súbitamente con el rugido de los motores del Commuter. También penetró el olor salobre del océano mezclado con los del combustible del avión y el metal y plástico recalentados.

Entonces toda normalidad murió entre un trueno de disparos. Crenshaw dejó caer su bebida y movió la mano hacia el interior de su americana, pero se detuvo a medias cuando una imponente figura entró de un salto por la escotilla y cayó a sus pies. El intruso era un orco, con un torso que los músculos y la armadura volvían terriblemente voluminoso. Las luces de la cabina no permitían distinguir sus amarillentos colmillos y sus ojos inyectados en sangre, pero el acero azul de su rifle automático HK227 brillaba con una fría perfección.

—Muévete muere —gruñó el orco de un modo apenas inteligible.

Sus palabras podían ser confusas, pero el cañón de su rifle hablaba con claridad. Crenshaw retiró despacio la mano de su chaqueta, pero nadie más se movió. Betty Tanaka estalló en sollozos, y Sam vio a Jiro contener por miedo su impulso de acercarse a ella.

Satisfecho por haber os acobardado, el orco se movió con cautela por el interior del avión. Desplazándose hacia un costado, se acercó a la puerta del compartimiento del piloto. Su movimiento despejó la escotilla y dos intrusos más la ocuparon rápidamente. Uno de ellos era una mujer que llevaba una gabardina con flecos. El otro, vestido con un confuso equipo militar, era un amerindio. Sam apenas tuvo tiempo de darse cuenta de eso antes de que un aullido resonara en la cabina.

Paralizado por un miedo irracional, Sam contempló con horror cómo una bestia, parecida a un sabueso, se precipitaba en el recinto de los pasajeros, apartaba de un empujón al indio y se plantaba gruñen o frente a la mujer.

Los dientes amarillos de la bestia restallaron y mordieron el borde de la manga de la mujer. Esta impulsó el brazo directamente a la boca de la bestia y lo encajó entre las mandíbulas. La bestia retrocedió, buscando liberarse, pero la mano libre de la mujer asió rápidamente el claveteado collar del sabueso. El animal se alzó sobre sus patas traseras, levantando a la mujer del suelo.

Repentinamente, el animal se arqueó con violencia, al mismo tiempo que un chispeante fulgor amarillo recorría su collar, revelando el logotipo de la Renraku. Liberándose de su antagonista, la bestia topó contra el mamparo lanzó un gemido de dolor, y entonces giró y se mordió a si misma como intentando acabar con su agonía. El animal aulló de nuevo, pero ya no era el escalofriante sonido que había paralizado a Sam y los otros. Solo revelaba ahora el olor y el miedo de la bestia. Esta lanzó un último gemido y cayó muerta al suelo. El olor a pelaje chamuscado era insoportable.

Sam se preguntó si la mujer habría despachado al animal por medio de la magia. No podía estar seguro pues nunca había visto antes a un mago en acción, pero no se le ocurría otra explicación.

Jadeando de fatiga, la mujer habló suavemente, casi para sí:

—Malditos barghests. ¿Por qué razón no atacan al músculo primero?

Las armas resonaron de nuevo fuera del avión, sembrando la cabina de mortíferos disparos. La mujer se lanzó al suelo y el hombre se apretó contra el fuselaje del Commuter, pero los empleados de la Renraku no reaccionaron con igual rapidez. Betty Tanaka se sacudió y se desplomó hacia atrás cuando las balas la atravesaron. Jiro, con un hombro herido y sangrante, cayó sobre Toragama antes de que los dos se agazaparan. Sam saltó detrás de su asiento justo cuando los proyectiles mordían el acolchado y la lámpara de aluminio que estaba sobre su cabeza. Crenshaw, fuera de la línea de tiro, se quedó quieta y miró al orco, que también estaba de pie, resguardado por un saliente del mamparo.

El indio saltó súbitamente y, agarrando la palanca de la escotilla, la cerró. Por la velocidad casi sobrehumana del movimiento, Sam se dio cuenta de que las reacciones del hombre tenían que estar incrementadas por ciberimplantes.

Cuando la mujer se alzó del suelo, su gabardina se abrió y dejó al descubierto un cuerpo musculoso, vestido casi únicamente por amuletos y cintos de armas. Maldijo en voz baja cuando uno de sus pies se trabó con la vaina de la espada. Sam echó un vistazo al arma enfundada. Aunque nunca había visto una, supuso que el ornado e intrincado objeto era una espada de mago. Estaba en presencia de una hechicera por primera vez en su vida. La idea hizo que la frente se le perlara de sudor.

Tenía que ser una banda muy peligrosa si uno de sus miembros podía efectuar magia real.

—¿Dónde está el piloto? —preguntó la mujer al orco.

El grandón sacudió la cabeza hacia la puerta delantera.

—Se esconde allí.

—Haz que se mueva. Esos imbéciles de guardias Raku no van a esperar demasiado antes de traer la artillería. Tenemos que salir de esta montaña sintética ya.

El orco hizo un gesto con su arma hacia la cabina de los pasajeros.

—No podemos darles la espalda a estos.

—Los vigilarémos.

—Deberíamos liquidarlos ahora —gruñó el orco por entre sus colmillos.

—No hay tiempo que perder. Ocúpate del piloto.

El orco resopló, pero a mujer, que parecía ser la jefa de la banda, se mantuvo impasible. Cediendo, el orco aprestó su arma y abrió la puerta. Al ver que no pasaba nada, se deslizó por el pasillo. Su cuerpo obstruía la visión, pero Sam pudo oír la débil voz del computador de a bordo mientras repetía una y otra vez: «Por favor, indique si quiere apagar los motores».

La mujer observó la carnicería que la ráfaga de balas había causado tras su entrada en el Commuter. El olor de la muerte era claramente perceptible. Betty Tanaka yacía desmadejada sobre el sofá; su sangre había manchado la pared y la ventanilla y empapado los cojines. A su lado, sentado en el suelo y sin prestar atención a su herida, Jiro aferraba la mano de su esposa y lloraba. El señor Toragama era un bulto sin vida en el suelo.

—Nadie tiene por qué resultar herido —declaró—. Siéntense y abrochen sus cinturones de seguridad. —Nadie se movió, por lo que repitió sus palabras en un resuelto japonés.

Sam estaba asombrado. ¿No habían sido heridos ya?

—Y mantengan las manos a la vista añadió el hombre en un japonés imperfecto. Enfatizó sus palabras con un leve movimiento de la ametralladora Ingram que sostenía en la mano izquierda. La de su mano derecha apuntaba a Crenshaw.

—Estamos apañados —dijo el orco desde la cabina del piloto—. La chica tenía la ventanilla abierta y recibió un impacto directo. Está para llevarla a la nevera.

La mujer echó una mirada al indio, que asintió y se movió para unirse al orco. Cuando el hombre pasó a su lado, la hechicera buscó bajo su gabardina y desenfundó una escopeta de cañones recortados.

Sam intentó mirar a Crenshaw. La atención que obviamente le dedicaban los atacantes concordaba con la deferencia que los Samuráis Rojos le habían mostrado en Tokio. Era probable que fuera una operadora especial de la corporación, lo que los periódicos gustaban de llamar un «hombre de la compañía». Se preguntó si intentaría algo ahora que la desproporción se había reducido. La hechicera parecía agotada después de haber empleado el potente hechizo que había matado al barghest. Eso reduciría lo suficiente sus reacciones como para dar a la veterana Crenshaw una oportunidad. Sin embargo, la amenazadora escopeta de la intrusa bastó al parecer para contener a Crenshaw, pues esta cumplió las órdenes: encontró un asiento

relativamente limpio y se abrochó el cinturón.

Sam se sintió traicionado. De todos, Crenshaw era la que debía haber asumido el liderazgo. Estaba entrenada para tratar con delincuentes. ¿Por qué no había protegido a sus compañeros de Corporación en vez de arrugarse frente al peligro? Resignadamente, consiguió apartar a Jiro de su mujer y sentarlo, pero el hombre parecía no oír los intentos de Sam por darle consuelo.

Sam estaba abrochándose el cinturón cuando el amerindio llamó desde la cabina.

—Tenemos problemas, Sally. Este maldito trasto solo tiene cibercontroles.

—Os dije que tendríamos que haber traído a Rabo —gimió el orco—. Nos habría sacado en un soplo.

—Rabo no está aquí —contestó Sally—. El cerebro de mosquito del avión jamás podrá hacernos escapar de las patrullas.

Los otros dos entraron en el compartimiento, arrastrando el flácido cuerpo de la piloto.

—Podemos usar a esos como rehenes o escudos —sugirió el orco con una malvada sonrisa mientras tiraba el cuerpo sobre el del señor Toragama.

La réplica de Sally fue una mirada de desdén.

—¿Y el elfo? —preguntó el amerindio—. ¿Podría llevarnos por control remoto?

—No lo sé —contestó Sally. Extrajo una pequeña caja negra de uno de sus bolsillos, levantó la pantalla y, extendiendo un cordón, lo conectó en un panel de intercomunicaciones de la pared. Tecleó un código.

—A tu servicio —sonó una voz en el altavoz del intercomunicador—. ¿Dónde estáis? Vuestra señal es muy débil.

—Estamos metidos en un vehículo de despegue vertical, junto con un puñado de empleados de la Raku. El piloto está muerto y el maldito avión solo funciona con cibercomandos. ¿Puedes meterte en el piloto automático y hacernos salir de aquí?

—Desearía poder hacerlo, dulce dama, pero lo que pides no puedo realizarlo. Soy un operador, no un ciberpiloto. No tengo el cíber para controlar el aparato.

»Sugiero que encontréis un medio de transporte alternativo. Y rápido. Sus operadores han empezado a moverse y mi posición se hace más precaria a cada microsegundo que pasa. He podido aislar los intentos de comunicación de los chicos que os persiguen, pero me temo que la central de seguridad se dará pronto cuenta del punto ciego de su cobertura. Incluso mantener abierta esta línea de comunicación es un peligro. Debe de haber algo que puedas hacer, genio —insistió el indio.

—Puesto que habéis tenido que abandonar la ruta planeada, muy poco —la débil voz del elfo hizo una pausa—. Quizás uno de los pasajeros sea un ciberpiloto —agregó.

De improviso, Sam sintió cómo la atención del grupo se centraba en él. Todas las miradas se clavaron en su conector.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Sally.

—Samuel Verner.

—Bien, Verner, ¿eres un ciberpiloto? —inquirió el amerindio.

¿Debía mentir? Y, si lo hacía, ¿podría la hechicera leer su mente y descubrirlo? Quizá podía fingir que tenía algún problema con el avión. Si podía demorar a la banda el tiempo suficiente, la seguridad Renraku los cogería. Pero no sin lucha. Ya habían muerto dos personas solo por estar allí. Sam sacudió lentamente la cabeza.

—Es un conector. Soy un investigador.

—¿Has pilotado alguna vez?

—Planeadores. Tuve un Aleteador Mitsubishi.

—Grandioso —gimió con desdén el orco—. Un piloto de juguete. Prefiero el cerebro de mosquito.

La débil voz del elfo surgió del intercomunicador.

—¡Oh, gran masa de carne! El muchacho puede no ser un ciberpiloto, pero tiene experiencia en el vuelo. Su aportación podría dar la suficiente aleatoriedad al limitado repertorio de comportamientos del piloto automático. Aunque no sea un piloto, podría daros suficiente ventaja.

—Es cierto —terció el amerindio—. Podríamos tener una oportunidad si el elfo pudiera reconducir sus antiaéreos y enviar a algunas patrullas por un vector equivocado.

Sally pareció pensativa durante un momento.

—Y bien, Dodger, ¿puedes hacerlo?

El intercomunicador chasqueó mientras el elfo consideraba el plan.

—No será fácil, dado que están en alerta, pero intentaré cumplir con vuestros deseos, bella dama.

—Entonces es hora de volar —anunció Sally—. De acuerdo, Verner, adelante.

Sam miró a sus compañeros de la Renraku en busca de apoyo. Los ojos de Jiro estaban fijos en el cuerpo de su mujer, y el rostro de Crenshaw era totalmente inexpresivo. Y los muertos no dan consejos. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se puso en pie.

La cabina olía a sangre y excrementos como el compartimiento de pasajeros. Intentando no hacer caso de la sangre que manchaba el asiento del piloto, Sam se instaló frente a los controles. El amerindio ocupó el asiento del copiloto.

—En algunos lugares se me llama el Creador de Fantasmas —dijo—. Puede que no sea piloto, pero sé algo del asunto. Si intentas algo, confiaremos en el piloto automático. ¿*Wakarimasu-ka*?

—Entendido.

—Bien. Conéctate y vámonos.

Sam desplegó el cable conector del panel de control. No había tenido oportunidad de efectuar los ejercicios de familiarización limitada con el conector, tal como le había recomendado la doctora el día después de su operación, y estaba asustado. Había oído hablar de cómo un ciberpiloto se fundía con su máquina, convirtiéndose en el cerebro director del cuerpo del vehículo, pero también había oído que algunos

no podían suerar la transición y acababan perdiendo la razón en la comunión con la máquina.

Este aparato estaba construido estrictamente para ser ciberpilotado, y era un monumento al orgullo tan común entre los pilotos de máquinas potentes. Nadie que careciera de un conector podía pedir algo más que un destino y una hora de partida del piloto automático, lo que constituía una manera difícil de hacer un trayecto rápido.

Estos bandidos querían que Sam se conectase y anulara la función de toma de decisiones del piloto automático. Sin los implantes especiales de control de vehículos que permitían unir el córtex de un piloto a las operaciones de la máquina, podía hacer muy poco, salvo tomar decisiones acerca de la dirección, altura de vuelo y cuándo despegar y aterrizar. El piloto automático seguiría controlando el resto de los procesos de vuelo. Sin él en la conexión, sin embargo, el Commuter se pondría en contacto con el control de tráfico de Seattle y, siguiendo las directrices de los controladores de vuelo, restringiría su ruta a vías de navegación bien definidas, empleando para ello maniobras y velocidades de bajo riesgo. Los incursores querían que él les facilitara la huida, y se preocupaban muy poco de lo que eso pudiera costarle a Sam.

Este sabía que su conexión solo le permitiría acceso a una limitada selección de controles, pero aun así el riesgo era elevado. Notando que el hombre se impacientaba, decidió que *no* conectarse pronto sería un riesgo mucho mayor.

Cuando Sam introdujo la clavija en la boca de conexión de su sien, el dolor centelleó por todo su cráneo, pero desapareció rápidamente. Como si se tratara de una imagen fantasmal, los cuadrantes y controles aparecieron en su mente, proyectados hacia su nervio óptico por el computador del avión. Podía mover la cabeza y «ver» diferentes porciones del imaginario panel de controles. Viendo el panel de Ayuda, se inclinó hacia él y «presionó» mentalmente el botón. El computador le dio instrucciones acerca del manejo básico del avión. La voz en su cabeza era fría y extraña, a diferencia de los tonos que emitía por los altavoces. La naturaleza irreal de su relación con el Commuter lo desanimó, y empezó a dolerle la nuca.

Una lluvia de alas repiqueteó contra el cristal blindado de la cabina.

—¡Muévete! —lo urgió el amerindio.

Sam se inclinó hacia el panel de controles. Ya no sabía si era real o una simulación del computador. Ordenó que los motores aumentaran las revoluciones, y tiró hacia atrás. Las paletas de los rotores giraron a mayor velocidad, creando así la suspensión necesaria para que el aparato despegara. Con el autopiloto en la dirección real, Sam envió al Commuter hacia el cielo nocturno.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó al Creador de Fantasmas.

—Al norte de la megápolis. Por ahora.

Sam cumplió las indicaciones.

Habían estado en vuelo durante cinco minutos cuando Sam decidió que los misiles antiaéreos que habían estado esperando no llegarían jamás. A parecer, el elfo

hacía su trabajo tan bien como hablaba. Mirando el radar, Sam no pudo encontrar nada que se pareciera a una persecución. Se mostró igualmente sorprendido de la falta de llamadas de los controladores de tráfico aéreo de la megápolis de Seattle. El operador elfo debía de haber insertado también un plan de vuelo en sus computadores para disimular el aparato secuestrado entre el tráfico normal.

Estaban sobrevolando un distrito residencial suburbano cuando el Creador de Fantasmas ordenó a Sam que apagara las luces y cambiara el rumbo para dirigirse a los Yermos Redmond, una agrupación desolada de pueblos en ruinas y edificios abandonados. El piloto automático intentó volver a encender las luces, pero Sam anuló su intento.

Mientras se dirigían hacia el distrito, las luces de los apartamentos y hogares de los asalariados corporativos se fueron haciendo más escasas, siendo reemplazadas por el frío neón y el cadavérico brillo de las pantallas de anuncios tridimensionales cerca del límite con los Yermos. Más allá de la zona comercial, las luces eran pocas.

Sam observó al amerindio escudriñar en la oscuridad que sobrevolaban, y se preguntó si su captor tendría también su potencia visual incrementada, además de los reflejos. La mayoría de los aventureros y matones que se llamaban a si mismos samuráis callejeros los tenían. Este tal Creador de Fantasmas era ciertamente uno de esa clase.

—Más bajo —ordenó Fantasma.

Mientras Sam dirigía el Commuter para cumplir con la orden, el piloto automático se quejó:

—Altitud peligrosamente baja. ¿Pretende aterrizar?

—Ciérrale el pico.

Sam apretó el interruptor para silenciar la voz en la cabina.

—¿Vamos a aterrizar? —inquirió.

—Todavía no. Dirígete al noreste.

Sam ajustó la dirección del avión, diciéndole al piloto automático que el aterrizaje no era inminente y que la altitud era intencionada.

Volaron durante diez minutos más, efectuando varios cambios de rumbo, algunos para evitar los bloques de edificios incendiados y otros para satisfacer algún oscuro deseo del Creador de Fantasmas. Cuando el samurái dio finalmente la orden de aterrizaje, Sam se sintió aliviado al conectar la rutina de aterrizaje del piloto automático del Commuter. Los eternos minutos de esquivar los edificios oscuros lo habían puesto en tal tensión que, aunque hubiera estado familiarizado con los controles del avión, no habría deseado aterrizarlo manualmente.

—¡Maldita sea! ¡Apaga las luces! —gritó el samurái cuando el piloto automático encendió as luces de aterrizaje.

Sobresaltado por la vehemencia del hombre, Sam cumplió la orden y canceló al instante las quejas del Commuter acerca de la seguridad y las normas. El vehículo de despegue y aterrizaje vertical se posó en un accidentado terreno lleno de ruinas,

cercano a unos bloques de viviendas clausuradas. El samurái extrajo la clavija de Sam y lo apremió para que saliera del asiento del piloto. Sam se inclinó para apagar los motores.

—Déjalos.

Sam se encogió de hombros y se dirigió al compartimiento de pasajeros. Los otros ya habían desembarcado, y el interior estaba vacío excepto por los muertos.

—¿Por qué no nos abandonan sencillamente? —escuchó decir a Jiro.

—Llamémoslo un pequeño seguro de vida —contestó el orco.

Los empleados de la Renraku fueron empujados al interior de uno de los edificios en ruinas justo cuando el Commuter despegaba de nuevo. Desde el umbral sin puerta, Sam contempló cómo el avión se elevaba hasta ponerse por encima de los edificios y entonces se encaraba hacia el sur y pasaba al modo de vuelo horizontal. El Commuter subió por el cielo con su masa negra oscureciendo las pocas estrellas que resplandecían por entre los claros de nubes. Un avión fantasma, tripulado por espectros.

El samurái apareció en el umbral y entró en el edificio. Una vez al amparo de las sombras, habló:

—El avión está camino al mar.

—¿Crees que estuvo posado demasiado tiempo? —preguntó Sally.

—Pronto lo sabremos —repuso él.

En el silencio que siguió, Sam pudo oír al orco cambiar los cargadores de su HK227. Los otros dos siguieron su ejemplo, y entonces se abatió de nuevo el silencio sobre el grupo. Pasó menos de un minuto antes de que el orco se quejara.

—No podemos arrastrar a esta banda por la calle.

—Cog nos envía un coche.

—¿Se supone que hemos de esperar? ¡Condenación! Los policías de la Raku o sus samuráis nos siguen la pista. Somos carne muerta sentados aquí.

—No podemos mover con seguridad a nuestros invitados sin un automóvil —insistió Sally.

—¿Y quién los necesita? Volvamos a nuestro territorio. Son eso muerto ahora. — El leve énfasis del orco sobre la palabra «muerto» dejó claro el método que consideraba más apropiado para disponer de los prisioneros de la Renraku.

—Creo que subestimas su valor.

—Hemos hecho el trabajo por el que se nos pagó. Y tenemos los discos que ha birlado Fantasma. Está hecho. Estás buscando demasiados billetes extra.

—Tengo gastos que cubrir.

—No voy a pagar tus gastos con mi vida.

—¿Quieres largarte ahora? Dame tu tarjeta de crédito y te daré tu parte —dijo Sally, extendiendo la mano—. Naturalmente, solo obtendrás el habitual diez por ciento por abandonar antes de entregar los materiales.

Sam notó cómo la tensión se incrementaba mientras la hechicera y el orco se

miraban a los ojos. Por fin, el orco, desviando la vista, se encogió de hombros y murmuró:

—Un trabajo es un trabajo.

Sally sonrió.

—No te preocupes, Kham. Este va a acabar bien.

El orco le dirigió una hosca mirada, como si todo eso ya lo hubiera oído antes, y se internó en el oscuro pasillo.

Sam aprovechó la espera para atender la herida de Jiro lo mejor que pudo, rasgando un trozo de su camisa para hacer un vendaje. El asalariado parecía atontado por la pérdida de su mujer y no dijo ni una sola palabra mientras Sam lo curaba. Cuando acabó, Sam se sentó sobre el mugriento suelo y se ensimismó en sus pensamientos, tan negros como la habitación.

Fantasma apareció de nuevo en el umbral, lo que sobresaltó a Sam, pues no lo había visto marcharse.

—El coche está aquí.

Sally hizo un gesto hacia la puerta con su escopeta.

—Vamos.

El automóvil era un largo Toyota Elite, con sus ventanillas de opacidad controlada oscurecidas al máximo. La ventanilla del conductor estaba bajada y permitía ver a un sonriente chico coreano de rostro ancho. Este oprimió un interruptor, y la puerta trasera se abrió.

Los empleados de la Renraku subieron y ocuparon los asientos de cuero sintético y terciopelo, mientras Sally y el orco se sentaban en los sillines plegables frente a sus prisioneros. El Creador de Fantasmas se sentó junto al conductor.

En cuanto las puertas se cerraron, el conductor dijo algo en un dialecto callejero del cual Sam solo pudo distinguir el nombre Cog. Sally afirmó con la cabeza y conectó el tablero de audio. La voz que surgió era de tonalidades ricas y profundas.

—La llamada de su amigo me cogió por un pelo, señorita Tsung. He sido citado inaplazablemente fuera de la ciudad, pero me complace hacerle este pequeño servicio antes de mi partida. El conductor es uno de los míos. Puede confiar en su discreción.

El mensaje se interrumpía aquí, pero Sally pareció satisfecha de su contenido. Al menos, los ruidos que dirigió al conductor parecían agradables.

El panel de intimidad se alzó, impidiendo a Sam ver la calle a su frente y el retrovisor del conductor. Las negras ventanillas los envolvieron, aislándolos del mundo, y los dejaron en silencio mientras el vehículo seguía su serpenteante ruta a través de los Yermos. Solo una vez se manifestó el exterior en forma de un golpe en la parte trasera del coche. Sus captores siguieron imperturbables.

Quizás una hora más tarde, el automóvil aminoró la marcha y el panel de intimidad descendió, mostrando un callejón lleno de basura iluminado intermitentemente por los violetas destellos de un anuncio de neón ubicado en la siguiente esquina. Las puertas se abrieron por ambos lados, pero el coche no se

detuvo.

—Fuera —ordenó Sally.

¿Los estaban dejando en libertad? Sam apenas podía creerlo.

Crenshaw ya había salido cuando Sam todavía se estaba debatiendo por escapar del abrazo de los suaves cojines. El pie del orco lo ayudó y lo lanzó de cabeza contra un maloliente montón de basura. Sam se levantó a tiempo para ver cómo Sally saltaba ágilmente del automóvil y cinco sombrías figuras lo abordaban. Las puertas se cerraron justo antes de que el Toyota saliera del callejón. Giró a la izquierda, alejándose del anuncio de neón, y desapareció.

Así pues, sus captores no los estaban liberando. De hecho, su número había aumentado. Por lo menos una docena de jóvenes, de ambos sexos, estaban en el callejón. A la intermitente luz pudo ver que muchos de ellos llevaban ornamentos de cuentas y plumas. El más bajo del grupo se adelantó hacia la alta figura del samurái callejero. Un destello de neón dibujó sus rasgos, revelando un perfil tan parecido al de un halcón como el del hombre al que se dirigía.

—Hola, Fantasma-que-recorre-el-interior. Bienvenido a casa.

Sabía que debía estar hambriento, pero no lo notaba. La visión de las galletas de kril y los pasteles de soja que sus captores le habían dejado la noche anterior solo le revolvió el estómago. La bolsa de agua, sin embargo, estaba aplanada y flácida, casi vacía. Debía beber agua, aunque tuviera un gusto repugnante.

El día había pasado como una bruma sudorosa. Sus captores los tenían en una habitación con una sola puerta y las ventanas selladas con paneles de rigiplástico opaco. Solo entraba un poco de luz por la esquina rota de uno de los paneles. Los intentos de Sam de mirar por el agujero le permitieron distinguir una pared de ladrillos cubiertos de inscripciones. Pudo reconocer el modelo general de estas y de las frases de protección, pero los símbolos de la banda eran irreconocibles. Aun así, eso bastaba para confirmar que ese territorio pertenecía a una banda de amerindios.

Jiro gimió, despierto de nuevo. El asalariado se había debatido durante horas en un sueño inquieto.

—¿Qué pasa? —murmuró atontado—. No entiendo...

—Deja de quejarte —gruñó Crenshaw—. Me pone frenética.

La insensibilidad de la mujer estaba acabando con la paciencia de Sam.

—Supongo que no lamentas lo que ha pasado.

—He estado en situaciones peores.

—¿Cómo podría ser peor? —dijo Jiro—. Betty ha muerto.

—Podrías ser tú el muerto —replicó Crenshaw.

—Quizás eso sería mejor.

—No hables así, Jiro —terció Sam.

—¿Qué diferencia hay? —continuó Jiro sin prestarle atención—. Seremos asesinados por estos..., estos... terroristas.

—¡Terroristas! —se burló Crenshaw—. Hijo, no sabes lo que quiere decir esa palabra. Estos payasos son incursores de invernadero. Su mejor carta es a hechicera ambulante, pero siguen siendo rateros que se ocultan de la brillante luz del mundo corporativo y roban lo que pueden. Son ratas humanas.

—Aunque no sean terroristas, también huyen de la ley —objetó Jiro débilmente—. ¿Cómo van a dejarnos ir cuando hemos visto sus caras y oído sus nombres?

—Eso no importa demasiado —contestó Crenshaw encogiéndose de hombros—. Los nombres son solo apodos callejeros y las caras se pueden cambiar fácilmente. Estos incursores no tienen registros en los bancos de datos, de modo que es imposible ubicarlos. Nos soltarán si nos comportamos debidamente. Todo lo que tenemos que hacer es es erar.

—¿Esperar? El único final es la muerte —dijo Jiro con una voz sin inflexiones. Se tumbó de nuevo y en cuestión de momentos estaba dormido. Sam se preguntó cómo odia hacerlo. Crenshaw cogió un pastel de soja del plato del suelo.

—Deberías comer, muchacho.

—No tengo hambre.

—Tú te lo pierdes.

Crenshaw se metió el pastelillo en la boca y devoró unas cuantas galletas de kril antes de alzar la bolsa de agua y vaciar a. Sam estaba atónito por el egoísmo de la mujer. De repente, tuvo ganas de estar en otra parte. En cualquier lugar, siempre que fuera lejos de la sofocante presencia de sus compañeros.

Se puso de pie y empezó a pasear. Crenshaw lo miró durante un rato, pero pronto se cansó y empezó a dar cabezadas. Poco después, empezó a roncar.

Sam quiso, más que nunca, escapar.

Sin esperanza, empujó la puerta y se sorprendió al ver que se abría con solo tocarla. Con precaución, la abrió del todo. La habitación a la que daba estaba tan desnuda y ruinoso como la que los alojaba. Sally dormía junto a la pared. La puerta que daba al recibidor estaba abierta y pudo ver a dos de los guerreros de la banda montando guardia. Charlaban tranquilamente en un lenguaje que no comprendía.

Esta habitación tenía ventanas que daban al mundo exterior. Desesperado por conseguir un poco de aire fresco, Sam avanzó hacia la que estaba abierta, más allá de la cual se extendía el tentador balcón de una escalera de incendios. Estaba a punto de traspasar el marco, cuando percibió que Fantasma estaba de pie sobre el enrejado, apoyado contra el muro.

—No estarías pensando en escapar, ¿verdad?

Sam negó con la cabeza, sorprendido al darse cuenta de que no lo había hecho. Aunque quería alejarse de sus compañeros de la Renraku, no había pensado abandonarlos.

—Solo quería respirar algo de aire fresco.

—Estás invitado a tu ración de lo poco que pasa por aquí —repuso el samurái. Pareció pensativo mientras volvía a apoyarse contra la pared y miraba los

baqueteados edificios iluminados con los colores del crepúsculo. Fantasma no dijo nada más hasta que Sam estuvo a su lado—. Eres realmente extraño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, no mentías acerca de no intentar escapar.

—No podría abandonar a los otros.

—*So ka* —asintió Fantasma—. Puedo entender la lealtad para con tus amigos.

—No son mis amigos —respondió Sam. Al ver que el samurái enarcaba las cejas, añadió—: Todos somos Renraku.

—*So ka*. El lazo con la tribu es incluso más fuerte. Mi pueblo jamás sería considerado una tribu por esos etnólogos de pacotilla que se mean en los pantalones cuando ven fuera de la megápolis a uno de los soñadores del regreso a la tierra. Esos batas blancas llamarían a mi gente una banda. Pero eso no le quita su condición de familia, de una tribu que cuida de los suyos.

»No somos como los pieles rojas que viven en Salish-Shidhe. Esos soñadores no comprenden que la vida en estos tiempos significa la vida en la ciudad. Los pieles rojas tienen que adoptar el cemento de la misma manera que adoptaron el caballo, o desaparecerán de la tierra.

»Desde la llegada de los blancos, algunos de nosotros los hemos combatido, algunos les hemos dado la bienvenida. No significó ninguna diferencia. Perdimos el control de la tierra y acabamos en la miseria, la desesperación y la pobreza. Y entonces nos llevaron a los campos, donde intentaron quitarnos el alma.

Sam pudo ver el dolor en el rostro del hombre. Fantasma era demasiado joven para haber estado en esos campos de la muerte que eran el intento del presidente Jarman de encontrar una solución final al problema indio, pero parecía sentir la angustia de los campos como propia.

—Cuando Coyote Aullador descendió de las colinas con su Gran Danza de los Espíritus, dio una gran sorpresa a los blancos. Hizo que se dieran cuenta de que los pieles rojas no iban a soportarlo más. Rompió su tecnología con la magia, lo hizo realmente. Pero eso sucedió hace tiempo. Los blancos también tienen magia ahora, pero algunos de mi pueblo no quieren aceptarlo.

»Los ancianos que dirigían la Danza no entienden lo que esta nos procuró. No eliminó al hombre blanco, como se anunciaba, o al negro, o al amarillo. Todavía están aquí. Todavía permanecen sus ciudades y sus obras. Puede que se hallen debilitados por el poder de la magia y de los Despertados, pero están lejos de encontrarse vencidos. Lo que la Danza hizo realmente fue darnos espacio vital. Nos proporcionó la oportunidad de ganar a los otros en su propio terreno.

»No va a ser fácil. Será necesario luchar, pero mi gente está dispuesta para ese desafío. Al final, venceremos. Pero para vencer tenemos que sobrevivir, y la supervivencia significa nuyens. Si no tienes dinero, los hombres no te escuchan. Hay montones de dinero suelto esperando a que los incursores lo liberen.

Fantasma calló, como si estuviera cansado del largo discurso que acababa de

pronunciar. Sam no sabía lo que había motivado al hombre a hablar así, pero sus frases le dieron la esperanza de que sus captores no eran unos fríos delincuentes que podían matarlos sin pestañear. Empezó a pensar que era posible salir con vida de esa situación.

Las siguientes palabras de Fantasma lo sorprendieron más que sus confidencias.

—¿Por qué estoy hablándote? —bufó el amerindio.

—No lo sé. Quizá necesitabas que alguien te escuchara.

—No necesito la comprensión de ningún blando empleado sajón —replicó Fantasma y, dando una última mirada a los cielos cada vez más oscuros, ordenó a Sam que entrase.

El súbito cambio de humor del samurái dejó a Sam inseguro con respecto a lo que le esperaba entre esos incursores. Nada de lo que decían era tal como Sam lo entendía. Parecía lógico durante un momento, y en un minuto se convertía en algo totalmente extraño. Semejaban vivir en otro mundo. Confuso, entró de nuevo en el edificio.

Un elfo había llegado mientras estaba en el balcón. Se hallaba sentado con las piernas cruzadas en un rincón de la habitación, con la atención fija en un lector de datos que sostenía en el regazo. Por los conectores de su sien, Sam supuso que el elfo era el operador que les había proporcionado cobertura en la Matriz en su incursión de la noche pasada.

Sally seguía estirada en el colchón de espuma que constituía el único mobiliario de la habitación, pero estaba despierta. Parecía descansada, y sus ojeras habían desaparecido. Fantasma apartó a Sam y pasó por una puerta oculta por una cortina que Sam había tomado como un elemento de decoración. El samurái volvió con una bandeja de tofu frío y humeante sojacafé, que dio a Sally. Ella se lo agradeció con una sonrisa amarga.

—Me estoy haciendo vieja para esto, Fantasma.

Parecía ser una antigua historia entre los dos.

—Bebe tu soja —repuso Fantasma, y esperó hasta que ella hubo apurado la mitad de la taza para agregar—: No nos has dicho todavía qué planes tienes con los Raku.

—¡Alto, señor Músculo! —ordenó el elfo desde su rincón—. La bella dama Tsung necesita descanso antes de seguir con este sórdido asunto. Vosotros los samuráis callejeros sois todos iguales, sin sensibilidad ni comprensión hacia las personas delicadas y sin sentido de la oportunidad.

»Todo lo que queréis es mover los músculos. Una vez que nos impresionáis con vuestros incrementados recursos, no os quedáis más que el tiempo suficiente para coger vuestro maldito dinero y volveros a vuestras miserables guaridas.

Unas delgadas y brillantes agujas se deslizaron por debajo de las uñas de la mano derecha de Fantasma. Sam supuso que el elfo estaba rebasando los límites de la tolerancia del indio, impuestos por la ley de la hospitalidad. Sally usó una mano en la espalda del samurái, fuera de la vista del elfo, y las agujas se ocultaron.

—Puede hacerlo, Dodger —dijo la mujer—. Fantasma no me está presionando. Hay que tomar una decisión.

El elfo lanzó un resoplido de disgusto. Satisfecho, Fantasma se dirigió a la ventana y miró al exterior mientras Sally apartaba la bandeja y se sentaba.

—¿Qué hay en los discos que sacamos?

—Bastante realmente, bella dama. —Todo rastro de disgusto había desaparecido de su voz, siendo reemplazado por un frío tono profesional—. Programas de producción. Algunos archivos personales. Un par de peticiones de patentes. Un bonito lote, que tendría un considerable valor en la calle si la incursión no hubiese terminado de forma tan ruidosa. Tal como están las cosas, tendremos que esperar a que el ambiente se enfríe antes de disponer apropiadamente del material.

—¿Eso quiere decir que hemos perdido una parte de su valor?

—Naturalmente.

—Bueno, al menos nos pagaran por la instalación.

Sam estaba confuso. Entendía que los datos robados fuesen menos valiosos en el mercado si se esperaba a venderlos, pero pensaba que solo eran simples ladrones.

—¿Qué instalación? —preguntó.

Fantasma empezó a decir algo, pero se calló cuando Sally tomó la palabra.

—Hicimos un pequeño donativo a las reservas de limpieza de la oficina de investigación de sistemas de computación. Un generador camuflado como aerosol limpiador. Soltará un bichito llamado Vigid junto con el solvente de limpieza. En pocas horas, un buen número de esclavos a sueldo de la Renraku tendrán que irse a casa enfermos. Los días siguientes serán incómodos para ellos y poco agradables para la dirección de la Renraku, puesto que causará una inevitable demora de los plazos. Mientras se retrasan, nuestro cliente, Aplicaciones Atreus, consigue ventaja en la competición. El retraso debería permitirle presentar en la Matriz un nuevo paquete de software una semana antes que la Renraku.

»Ese era el auténtico trabajo. Atreus quería que robásemos algunos prototipos para ocultar la naturaleza de la operación. Cogimos los discos como beneficio marginal.

Todo muy normal, si uno tenía en cuenta la naturaleza de los incursores. Pero algo preocupaba a Sam, algo al respecto del sistema de difusión del bioagente destructivo. Repasó mentalmente las palabras de Sally. ¿Por qué no habían extendido el agente de inmediato?

Los incursores podrían haber tomado antes un antídoto. ¿Por qué combinarlo con fluido limpiador? ¿Únicamente para retrasar la extensión? Una cápsula temporal a medida hubiese bastado. ¿Por qué fluido limpiador? ¿Tenía esto alguna importancia? En algún lugar de su cerebro se hizo una conexión sináptica y se recuperó un recuerdo.

—Perdón —dijo dubitativamente—, pero, el solvente del fluido limpiador, ¿tenía como base la acetona?

—¿Quién sabe? —repuso Sally—. ¿Y qué importancia tiene?

Sam hizo una inspiración profunda.

—Si lo era, no creo que el Vigid haga lo que esperáis.

—¡Ah! —se burló el elfo—. Observad cómo la mercancía muestra sus extensos conocimientos en biotecnología. Todavía podremos obtener un sustancioso beneficio.

—No soy biotecnólogo —replicó Sam, mostrando en su tono la preocupación—. Solo soy un investigador. Pero tengo buena memoria, y vi un artículo sobre el Vigid una vez. Algún investigador del gobierno de los E.U.C.A. había hecho un experimento. Se contaminó cuando un asistente derramó algo de acetona mientras estaba limpiando un equipo óptico. La acetona interactuó con la cápsula proteica del virus, la rompió en algunos puntos y causó una mutación en el núcleo genético que llevó a una forma isómera.

—De modo que es un bicho diferente —dijo el elfo.

—Es un bicho mortal. El asistente de laboratorio murió. En un experimento de réplica, del treinta al cuarenta por ciento de los ratones expuestos a la forma isómera murieron.

La mirada de Sally se volvió sombría en el transcurso de las palabras de Sam. Depositó en el suelo su taza de café en una forma lenta y deliberada.

—No se nos contrató para hacer trabajo sucio.

—Cierto, la tarifa era demasiado baja —afirmó el elfo.

—¡Al infierno las tarifas! —estalló Fantasma, haciendo aparecer las agujas en las puntas de sus dedos—. Alguien nos ha engañado.

—Creo que debemos hablar con alguien sobre nuestros recientes patrones antes de ir a ver a estos —declaró Sally.

Sam no estaba seguro de por qué los incursores lo habían llevado consigo, pero no consideró que fuese prudente preguntar. El orco llamado Kham se había reunido con ellos, y parecía enfurecido ante la posibilidad de un engaño. Tuvo que ser disuadido de su intención de llevar armamento pesado a la cita con el intermediario.

El camino hasta el punto de encuentro se hizo por sitios que Sam solo había visto en la trivisión. Las calles estaban repletas, llenas de rockeros y *punkis* de las alcantarillas. Los ocupantes ilegales defendían sus miserables callejones de los matones de las bandas, y los navajeros se mantenían alerta e impasibles tras sus adinerados patrones. Los hambrientos y los buscadores de emociones se mezclaban codo con codo bajo la brillante luz de neón y de las pantallas de trivisión públicas. La bullente multitud que se arremolinaba a su alrededor, se abría para darles paso y volvía a cerrarse a sus espaldas. Incluso los samuráis callejeros de aspecto feroz y los matones orcos parecían apartarse de su camino sin causar problemas. Quizá la hechicera tenía algo que ver con ello, o quizá fuera solo la imaginación de Sam.

Al fin se detuvieron frente a unos almacenes abandonados, en un área menos congestionada. A través de una ventana rota Sam alcanzó a distinguir que el suelo de

la habitación estaba tan cubierto de desechos como el exterior. Aun desde afuera el olor a basura y orines era intenso. Nadie de la calle les prestó la menor atención cuando entraron en el edificio.

Tres hombres esperaban en el interior. Todos eran altos y robustos, sus ropas de calle dejaban entrever sus fuertes musculaturas. Era obvio que todos llevaban armas. «Samuráis callejeros», pensó Sam, aunque no advirtió trazas de los ciberimplantes que tanto gustaban a los de su clase. O bien eran tan buenos que no necesitaban dichos incrementos, o bien sus modificaciones eran muy sutiles. En cualquier caso, parecían peligrosos.

El rubio de la izquierda tenía a su lado un perro guardián que parecía ser medio lobo. La bestia gruñó por lo bajo cuando Sam y los otros entraron. Mientras los demás intercambiaban saludos con los hombres, Sam se acuclilló y extendió la mano hacia el animal. Con recelo, la bestia avanzó para olisquearle la mano.

—*Freya* muerde —advirtió uno de los hombres del intermediario.

—Estoy seguro de que lo hace —contestó Sam, sin apartar la vista de *Freya*. El animal dio un tímido lametón a los dedos de Sam, y este sonrió y extendió la otra mano para acariciar el pelaje del perro—. Es magnífica. ¿Dónde la conseguiste?

—Me siguió a casa una noche —dijo el guardia sarcásticamente.

Un súbito carraspeo hizo que Sam se volviera. Los incursores ya se habían girado hacia los recién llegados. Dos fornidos samuráis flanqueaban a un hombre de piel oscura. Su elegante traje a medida quedaba fuera de lugar entre las ruinas, pero él parecía sentirse totalmente cómodo. El hombre —sin duda el intermediario a quien buscaban— se adelantó.

—¿Haciendo nuevos amigos?

Sam pensó que la rasposa voz se dirigía a él, pero fue Sally la que replicó.

—Siempre. Ya sabes lo sociable que soy.

Si al intermediario le divirtió la respuesta, su rostro picado de viruelas no lo demostró en lo más mínimo. Sencillamente fijó la vista en la hechicera, que dijo:

—Me alegra que pudieras hacer un hueco para que nos entrevistásemos. Estoy segura de que podemos hacer que valga la pena para ti, Castellano.

—¿Por qué acudes a mí? Cog es tu conexión preferida.

—Cog no está disponible.

El rostro del intermediario permaneció inmutable.

—Entonces, soy el segundo mejor —repuso, haciendo de su pregunta una declaración.

Sally rio levemente.

—Digamos que pensé que eras la mejor opción hoy.

—¿Necesitas un especialista?

—En lo que estamos interesados por el momento es en información.

—¿Sobre un objetivo?

—Un patrón.

Castillano se frotó las manos pensativamente. Si su rostro hubiese mostrado la menor traza de interés, Sam habría podido figurárselo como un mercader ante la perspectiva de una venta fácil. El intermediario abrió la boca levemente y se lamió el labio inferior.

—Ese tipo de información tiene una gran demanda en estos momentos.

Los incursores intercambiaron miradas.

—¿Ha sucedido algo de lo que no nos hayamos enterado?

—Quizá —respondió Castillano secamente.

—Añádelo a la factura.

El hombre asintió.

—Sam *el Sonriente* y Johnny han muerto.

Sally ladeó la cabeza, con expresión de ligero enfado.

—Las noticias acerca del tiroteo en el bar Después de los Nuestros difícilmente son nuevas. Los panfletos estaban llenos de detalles.

—Los panfletos no mencionan el rifle.

—¿Qué rifle? —preguntó Sally con interés repentino.

—Un Arisaka KZ-977, modelo de francotirador. Sin silenciador. Los de la compañía de seguridad Estrella Solitaria lo recogieron en la calle, frente al edificio donde vuestros dos conocidos resultaron muertos.

—Ellos no empleaban artillería de gran calibre —interrumpió Fantasma.

—Así es —agregó el orco—, Johnny no hacía jamás ruido.

Castillano miró al orco.

—¿Cuál es la información, Castillano?

—El señor James Yoshimura murió de un solo disparo en la cabeza mientras salía del Después de los Nuestros. Un par de agentes de la Estrella Solitaria vieron caer a Yoshimura y oyeron el disparo. Reconocieron a Sam y a Johnny. Uno de los incursores se espantó y disparó a los polis. Los policías respondieron. El rifle cayó. Los incursores murieron.

»Los técnicos en balística de la Estrella Solitaria comprobaron que la bala que causó la muerte provino del rifle. La trayectoria indica que el tirador estaba en la vecindad de los incursores. El rifle sobrevivió a la caída mejor que Sam *el Sonriente*.

—¿Ningún otro testigo?

—Ninguno —confirmó Castillano.

—Sucios polis —dijo Fantasma—. Sam y Johnny eran rateros y ladrones. No hacían trabajo sucio.

—Quizá. Los Estrellas tienen registros immaculados. Apparentemente eran incorruptibles, aunque un poco rápidos con el gatillo.

—Entonces Sam y Johnny fueron engañados.

Castillano se encogió de hombros.

—Y tú sabes algo al respecto —insistió Sally.

—Nunca he dicho eso. Al parecer, no es bueno para la salud hacer demasiadas

preguntas sobre el asunto.

—Parece haber sido una mala semana para recorrer las sombras. Alguien nos ha engañado a nosotros, también.

—¿Quieres saber si los hechos están conectados?

—Si lo están, haremos algo al respecto. Pero, aunque no lo estén, Sam y Johnny eran buenos muchachos —declaró Fantasma.

—¿Qué queréis exactamente?

—Empecemos con un bioproducto llamado Vigid.

—Es un agente antidisturbios, un incapacitante de acción rápida con efectos posteriores similares a un virus estomacal maligno. Vector aerosol. ¿Cuánto queréis?

—Ya hemos tenido más que suficiente —rio el orco.

—Queremos saber qué le puede pasar a la sustancia si se ve sometida a un baño de acetona.

Si Castellano experimentó sorpresa o curiosidad al oír la petición, no lo demostró. Paseó por la habitación, sorteando la basura como si actuara por instinto. De la superficie de un mostrador levantó lo que parecía ser un montón de restos en descomposición, y dejó al descubierto una conexión de telecomunicaciones. Sacó un computador de bolsillo y lo conectó. Tras unos minutos de teclear, anunció:

—Esto va a llevar cierto tiempo. ¿Para cuándo lo necesitáis?

Busca en la revista *Química Hoy en E.U.C.A.*, en el número de diciembre de dos mil cuarenta y ocho —dijo Sam—. No hay tiempo para que la reproduzcas.

El intermediario ordenó una búsqueda de documentos.

—¿De Wilkins y Chung?

—Eso mismo —confirmó Sam, asintiendo a la vez hacia los incursores.

Castillano se atusó el bigote mientras estudiaba la pantalla.

—Al parecer, el Vigid reacciona de mala manera con la acetona. Se convierte en extremadamente tóxico.

—¿Me creéis ahora? —preguntó Sam a los incursores.

El elfo, callado hasta el momento, le respondió:

—Tú diste la referencia, señor Corporación. El documento podría ser una instalación.

—Difícilmente —dijo Castellano. Incluso Sam se asombró ante el poco característico gesto del intermediario de dar información gratis—. El mes no era correcto.

—Pero supongamos que la maldita sustancia muta. ¿Quién la hace, Castellano?

—Genomics tiene la patente. La manufacturación exclusiva la efectúa según contrato Seretech.

—¡Seretech! —escupió Fantasma.

—¡Maldito infierno! —gritó el orco.

Sally y Dodger solo pusieron caras de preocupación.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sam.

—Hemos tenido unos cuantos malentendidos con ellos en el pasado —dijo Sally en voz baja.

—Entonces, ¿creéis que pueden estar detrás de esto? ¿Que os engañaron deliberadamente?

—Sin duda —intervino el elfo—. Deben de haber empleado a Atreus como intermediaria para no despertar nuestras sospechas. Probablemente avisaron al servicio de seguridad de la Renraku acerca de nuestra misión.

—Pero no hasta *después* de que hubiéramos puesto su sucio juguete —añadió Sally amargamente.

—¿De qué les valdría que os cogieran?

—No les gustamos, señor Trajeado —gruñó el orco—. Esa es suficiente razón para cualquiera.

—Ni tan siquiera tenían que hacer que nos mataran cuando saliéramos —explicó Fantasma—. Los que hubiésemos sido capturados no sabríamos que ellos nos habían contratado, de modo que no habría conexión con Seretech. Tampoco sabíamos lo que su bicho podía hacer en realidad y, por tanto, nadie hubiera dicho nada. Una sencilla entrada para robar esos prototipos hubiera sido suficientemente creíble. Intento de robo, con allanamiento: un asunto leve. Hasta que la gente empezara a morir. Entonces habríamos sido inculpados. Además, deben de haber contado con que señalaríamos con el dedo a Atreus y la hundiríamos con nosotros. Seretech habría quedado limpia y segura —continuó Sally—, y con beneficios. Habrían dañado a su rival Renraku y nos habrían cogido a nosotros además. Lo que nos hubiéramos salvado de morir en manos de los samuráis de la Renraku, nos habríamos enfrentado con las acusaciones de asesinato puesto que nadie estaría dispuesto a creer que no sabíamos lo que estábamos poniendo. Y Seretech se habría cobrado dos deudas de un golpe. Quizás incluso tres, si tenían algo contra la Atreus. Y, finalmente, la megacorporación habría salido vencedora.

—¿Y qué pasa ahora? —se impacientó Sam.

—Aceptamos las pérdidas y evitamos los sitios iluminados —suspiró Sally—. Seretech es mal negocio.

Sam se mostró anonadado.

—¿Y qué pasa con la gente de la Renraku? Ellos son inocentes. No podéis dejarlos morir.

—¿Ah, no? —dijo Fantasma.

Rojo de rabia, Sam se giró hasta encararse con Sally y la señaló acusadoramente con el dedo.

—Pensaba que no hacíais el trabajo sucio por cuatro cuartos, pero tenéis un honor de lo más flexible. Las cosas se ponen mal y os arrugáis. Al parecer os agrada hacer de víctima propiciatoria de alguien. ¿Qué le pasará a vuestras preciadas reputaciones cuando la calle sepa cómo os habéis dejado utilizar?

—Cállate la boca. Nadie lo va a saber —murmuró el orco.

—¡Él lo sabrá! —gritó Sam, señalando a Castellano. Movi6 su brazo para abarcar a los guardias—. ¡Y ellos tambi6n!

—Eh..., dama Tsung —dijo el elfo en voz baja—, quiz6 podr6amos volver y retirar los envases.

—Es demasiado tarde —repuso Sally—. Ya habr6n empleado algunos.

—Podr6ais sencillamente comunicar a la Renraku lo que est6 pasando —sugiri6 Sam.

—No nos creer6an. Y, aunque lo hicieran, seguir6an persigui6ndonos, en la certeza de que ten6amos algo que ver en el asunto. Tendr6an raz6n, naturalmente, y, cuando la ente empezara a morir, se convertir6a en una disputa de sangre. Mejor nos mantenemos tranquilos.

—¡Esperad un minuto! —grit6 Sam—. Castellano, d6jame ver tu computador.

El intermediario se limit6 a mirarlo, manteniendo una mano de propietario sobre el teclado.

—¡Ponlo en la cuenta! —indic6 Sally con un suspiro.

Castellano ofreci6 el teclado.

Sam empez6 a teclear en 6l y maldijo la lentitud del aparato. Al notar un ligero toque en el hombro, se gir6 y se encontr6 con el elfo que le ofrec6a su ciberteclado.

—Es m6s r6pido as6 —dijo Dodger.

Sam contempl6 el aparato que el elfo llevaba oculto bajo su gabardina. Excepto por sus teclas especiales de funci6n y la correa de transporte, parec6a un teclado de computador totalmente normal. Lo tom6 con cautela.

Esto no iba a ser como la conexi6n en el Federated Boeing Commuter. Esta era la aut6ntica puerta a la Matriz. No habr6a ning6n aislamiento por arte del piloto autom6tico de las terror6ficas glorias del ciberespacio.

—El conector est6 aqu6 —indic6 el elfo, se6al6ndolo.

Sam corri6 el panel de protecci6n y extrajo el conector de telecomunicaciones. Con un r6pido intercambio de conexiones, el ciberteclado del elfo tom6 el lugar del computador de Castellano. Busc6 el cable de conexi6n que lo conectar6a con el teclado. Estuvo a punto de cambiar de idea, pero lo fortaleci6 la imagen de los inocentes que sufrir6an si nadie los ayudaba. Desliz6 el conector, prepar6ndose para el dolor esperado.

Este lleg6, restall6 en su cerebro por un breve instante y solo dej6 un leve malestar. Sam se concentr6 en la tarea que ten6a entre manos. Ciego a las brillantes torres y los pulsantes caminos de datos que lo rodeaban en el ciberespacio, se dirigi6 r6pidamente hacia la gran estructura de la Renraku. Empleando sus c6digos de la compa6a, abri6 un portal hacia la base de datos principal.

Centelleantes hileras de estrellas ordenadas por filas y columnas lo rodeaban. Cada punto de luz era un archivo de datos, cuya coloraci6n denotaba la categor6a del archivo. Sam aliment6 el ciberteclado con las palabras clave y ejecut6 la funci6n de b6squeda. Su visi6n se desliz6 por las hileras con asombrosa velocidad, deteni6ndose

brevemente en cada archivo sugerido por el teclado y descartando la información inútil.

En lo que parecieron tan solo unos minutos lo encontró. Copió el archivo y huyó hacia el portal por donde había entrado en la Matriz.

—Existe un contraagente —anunció al círculo de rostros preocupados mientras se desconectaba el cable de la sien.

—¿Dónde lo conseguimos?

—Ese es el problema. No se fabrica. Solo existe en la máquina.

Se hizo el silencio en la habitación. Sam notó cómo se esfumaba la decisión de los incursos de enmendar el error. Castellano se aclaró la garganta.

—Un biotecnólogo que conozco tiene un laboratorio, con instalaciones de síntesis totalmente asistidas por ordenador. Puedo arreglar una entrevista. Las tarifas son las usuales.

El alma de Sam se inflamó de nuevas esperanzas. Miró a Sally, que seguía de pie con las manos apretadas frente al pecho. La tensión en sus músculos se hacía evidente por el temblor de aquellas. Por primera vez, Sam notó que la hechicera había perdido la última falange del meñique de su mano derecha. Por fin, ella rompió el tenso silencio.

—¡Vamos a hacerlo!

—¡Qué amable en venir a vernos! —dijo Crenshaw con irónica cortesía al ver entrar a Sam. Este cerró la puerta, dejando tras de sí la grisácea luz del alba que procedía de la habitación contigua. El olor a excrementos que se alzaba del rincón era insoportable.

—He estado intentando ayudar a la compañía.

—¿Lamiéndoles el trasero a esos criminales? Más bien intentabas ayudarte a ti mismo —gruñó Crenshaw—. ¿Crees que eres mejor que nosotros? ¿Que te tratarán de manera diferente solo porque les vayas detrás?

—¿Crees que he estado intentando negociar solo mi situación? —preguntó Sam, atónito.

Crenshaw le dirigió una sonrisa que mostraba a las claras que eso era exactamente lo que pensaba.

—Que así procedas tú no quiere decir que todo el mundo lo haga. Hay personas que se preocupan por los demás.

—Sí, y yo soy san Nicolás.

—Te equivocas, Crenshaw. Trato de salvar algunas vidas.

—¿Empezando por la tuya?

—No. Empezando por algunas de las de tus compañeros en el recinto. —Sam le contó cómo Sally y su grupo habían sido estafados, y su decisión de hacer algo al respecto—. Voy a ir con ellos cuando instalen el contraagente.

—¿Intentas convertirte en un héroe?

La idea ni había pasado por la mente de Sam.

—Necesitan mi ayuda.

—Los héroes mueren, muchacho. Esos payasos ya han entrado una vez. No te necesitan para volver.

Sam supuso que tenía razón, pero también razonó que la Renraku debía de haber encontrado y cerrado la entrada por la que habían ingresado la vez anterior.

—Quizá solo quiero estar seguro de que realmente lo hacen.

Crenshaw pareció poco convencida.

—Déjate de sermones, chico. Supongamos que me has convencido acerca de tus nobles intenciones. Los sentimientos valen lo mismo que un chip fundido cuando empiezan los disparos. No estás entrenado para estos asuntos. Es peligroso.

—No me importa —replicó Sam, sorprendido por la convicción que denotaba su voz—. Tiene que hacerse.

Crenshaw-*san* tiene razón —susurró Jiro desde el rincón en que estaba agazapado. Sam ni se había dado cuenta de que el asalariado estuviera despierto—. Desiste. Pondrás en peligro tu posición en la compañía.

—De modo que ya te ha contagiado a ti, Tanaka-*san* —repuso Sam con cierta tristeza—. No me preocupa mi posición en la compañía. Entenderán que mi lealtad me obliga a hacer este esfuerzo. Tengo que impedir que los incursores cometan algún robo mientras están en el recinto.

Crenshaw sonrió y Tanaka volvió a apoyar la cabeza contra la pared, otra vez indiferente a lo que lo rodeaba. Sam se dio cuenta de que sus argumentos no los afectarían, pero le daba igual. Su corta incursión en el ciberespacio, añadida a su falta de sueño, lo había dejado agotado. Necesitaba descansar. Tendría que estar alerta. Sam se tendió donde estaba y se estiró sobre las duras tablas. A los pocos minutos, dormía profundamente.

Sam se despertó cuando una mano le aferró el hombro. Una luz roja se filtraba en la habitación a través de la puerta abierta. El resplandor le permitió distinguir el rostro de Fantasma inclinado sobre él.

—Es tiempo de moverse, rostro pálido.

Sam se sentó, atontado, y sacudió la cabeza para aclararla de las brumas del sueño. Durante unos momentos, su mente estuvo confusa, pero el olor reinante pronto lo devolvió a la realidad. Una rápida mirada le indicó que él y el amerindio eran las únicas personas en la habitación.

—¿Dónde están los otros?

—Pensamos que era más seguro trasladarlos a otro lugar hasta que volviéramos.

Sam asintió y siguió a Fantasma a través de la habitación. Quizás el hombre decía la verdad. O quizá los incursores habían decidido mantenerlos como rehenes para asegurarse del buen comportamiento de Sam. No quería creer que hubiesen podido matarlos para así liberarse de la necesidad de custodiarlos, pero esa posibilidad

también le rondaba por la cabeza. Recordaba las cínicas palabras de Crenshaw. ¿Se podía confiar en esta gente?

Cuando Sam salió de la habitación y penetró en la estancia contigua, se encontró con Sally, Fantasma y el orco, que estaban preparando su equipo y comprobando sus armas.

—¿Dónde está Dodger?

Sally le dirigió una sonrisa.

—No te preocupes. Está en un lugar donde puede conectarse a la Matriz sin ser molestado. Cabalgará en el ciberespacio como si fuera un demonio, tal como la última vez.

—¿Están los demás con él?

—No te pongas demasiado inquisitivo —aconsejó Sally.

Tras insertar un cuchillo en su bota, Fantasma recogió un fardo del suelo y se lo lanzó a Sam. Este, sorprendido por su peso, lo cogió torpemente. El envoltorio de papel negro cubría sin duda algún objeto voluminoso. Al disponerse a quitar el papel, Sam distinguió un suave brillo metálico y se apresuró a desenvolver el artefacto.

—Es una pistola de dardos —le informó Fantasma—. ¿Sabes usarla?

Sam miró el arma, malignamente brillante.

—No.

—Magnífico —se mofó el orco—. Va a achicharrarnos el trasero, Sally.

—Si lo hace, correrá nuestra misma suerte —replicó ella—. ¿Entendido, Verner?

Lo entendía demasiado bien. Intentó decirlo, pero las palabras se le quedaron trabadas en la garganta. Asintió con la cabeza.

—Y no lo olvides —gruñó el orco—: estaré vigilándote.

Controlado por el orco, Sam puso cuidadosamente la pistola en el suelo y se colocó el mono que la había envuelto. Tras abrochárselo, se ajustó el cinturón y la pistolera, en los que no había reparado con la excitación del descubrimiento del arma.

—¡Oh, mirad! —se burló el orco—. Un feroz incursor. Estoy muy asustado.

—Déjalo en paz, Kham —ordenó Sally—. Verner cumplirá si dejas de apretarlo.

La hechicera terminó de ajustarse sus armas y, con un revoloteo de su gabardina, se dirigió hacia la ventana. Sam se dispuso a seguirla, pero se detuvo cuando una mano lo aferró por el hombro. Al girar la cabeza, se encontró con la sonrisa de Fantasma.

Un golpe en las costillas le hizo dirigir la mirada hacia la pistola que el amerindio sostenía. Sam tragó saliva. No la quería, pero, si ellos confiaban en que podía llevarla, él a su vez debía confiar en su opinión de que podía ser necesaria. Tomó el arma y la depositó en la pistolera.

La escalera de incendios crujió y se sacudió bajo el peso combinado de los incursores. Sam temió que se desprendiera de la pared y los precipitara en el callejón. Para su sorpresa, la ruinosa construcción seguía intacta cuando llegaron abajo.

Tres motocicletas los esperaban en el callejón. Dos de ellas eran brillantes

Yamaha Rapiers, con sus cromados todavía intactos. La tercera era una motocicleta pesada, de marca Harley Scorpion. La máquina era todo motor, hierro y misteriosas abrazaderas y enganches.

—Tú vas conmigo —gruñó el orco mientras se montaba en la gran Scorpion.

Sam subió tras el maloliente metahumano. No había nada a lo que agarrarse salvo el mismo orco, una decisión que Sam apenas si había acabado de tomar cuando Kham arrancó. Sam casi se cayó cuando giraron la esquina. El rugido petroquímico de las Rapiers pronto fue coreado por el aullido de la Scorpion, mientras cruzaban las calles de los Yermos en formación de cuña.

El trayecto mostró a Sam el mismo aspecto de Seattle que había visto en su caminata para ir al encuentro del intermediario, al menos hasta que abandonaron los desechos urbanos de los Yermos. Una vez en los distritos más civilizados, las multitudes de la calle se hicieron menos densas y el ruido y fulgor disminuyeron. Los incursos no parecían fuera de lugar pues había otros motociclistas vestidos con ropa de cuero o con gabardinas. Los tipos duros que llenaban las calles de los Yermos fueron reemplazados por individuos más civilizados, asalariados, familias y obreros en busca de diversión.

Seattle era una ciudad fronteriza, aislada entre las tierras salvajes del Consejo de Salish-Shidhe. Era un puesto avanzado de los Estados Unidos de Canadá y América en una región extranjera, un lugar de comercio con el mundo del Pacífico. Como tal, tenía que ser un sitio de riñas y peticiones. «Como en los tiempos del salvaje Oeste —se dijo Sam—, cuando la única ley era la de las pistolas».

Aun así, las corporaciones detestaban cualquier cosa que pudiera afectar seriamente al negocio, y, por tanto, actuaban como oficiales de seguridad. Los policías privados y las patrullas de la Estrella Solitaria se encargaban de que las calles estuvieran libres de armamentos y protegían a sus amos. A las corporaciones no les preocupaba lo que la gente pudiera hacerse entre sí, pero sí lo que pudieran hacer a sus propiedades o a su personal.

Sam encontró este equilibrio de salvajismo y civilización extraño después de haber vivido en el pacífico orden del gran Tokio. Pero tuvo que reconocer que la ciudad tenía una vitalidad de la que la capital japonesa, con toda su cultura, refinamiento e historia, carecía. Quizás era que le empezaba a gustar Seattle.

Cuanto más se acercaban al distrito comercial, más civilizado se hacía el tráfico. Los coches eléctricos y el transporte público se hicieron comunes y los motociclistas se hicieron más escasos, a la par que aumentaban los automóviles con el logotipo de la Estrella Solitaria. La mayoría de los peatones eran ahora empleados corporativos, aunque aún subsistían los personajes extravagantes. La sensación de extrañeza y misterio dominaba a Sam de una manera que jamás había experimentado en las calles de Tokio. Lo encontraba apasionante.

Ya bien metidos en el centro de Seattle, giraron hacia la avenida Alaska y se dirigieron al sur. Frente a ellos, dominando los edificios circundantes, se erguía el

recinto. Sobre la oscura cara norte de la estructura destacaba el azul frío del letrero de la Renraku en inglés y japonés, junto al dorado logotipo de la compañía, con el punto y las ondas expansivas.

En una época de su vida, Sam había encontrado seguridad en ese símbolo. Ahora, flotando sobre Seattle, le pareció gigantesco e inaccesible. Y ominoso. Imaginó que el círculo —que supuestamente era la fuente de ondas de comunicación— se convertía en una pantalla de radar, y que sus ondas eran la omnisciente energía que localizaba a todos aquellos que pudieran dañar a a megacorporación. La excitación que había experimentado hasta ese momento desapareció, extinguida por el miedo. A pesar de lo poblado de la calle, se sintió desnudo y expuesto. Los Samuráis Rojos debían de estar vigilando su aproximación.

Si así era, no hicieron nada. Los incursores tomaron por una calleja lateral y describieron una ruta sinuosa por entre los almacenes del muelle. Al acercarse a su destino, los almacenes de Transportes Kinebec, aminoraron la velocidad, pero las grandes puertas onduladas no se movieron.

—El maldito elfo llega tarde a la cita, como siempre —murmuró Kham, perdida su voz entre el rugir del motor de su motocicleta—. Probablemente está mascando margaritas.

Fantasma hizo señas de dar una vuelta alrededor de la manzana, lo que provocó otra maldición del orco.

—Vamos a llamar la atención gruñó.

—No podemos evitarlo —gritó Sally por encima del ruido de los motores.

En su segunda pasada, la tercera de las seis puertas se abrió perezosamente justo cuando doblaban la esquina. Los incursores entraron y apagaron sus máquinas. La gran puerta se cerró, engullendo los ecos y aislándolos de la calle.

Fantasma los condujo sin vacilaciones por el oscuro edificio hasta llegar a un panel de mantenimiento. Tras un rápido trabajo con una multiherramienta desmontó el panel, lo que les permitió el descenso al nivel inferior por una oxidada escalera metálica. Aproximadamente cien metros después, les indicó otra escalerilla de subida. El edificio en el que entraron olía a mar. Sam pudo escuchar el suave resonar del oleaje contra los pilones.

—De acuerdo, rostro pálido. Estamos en el muelle uno del lado oeste, justo al lado de la clínica quirúrgica de Rápido Freddie. Es tu turno.

Sam no sabía dónde se encontraba situada la clínica pero sí reconoció la designación del muelle por los mapas que había visto del recinto. Llevó a los incursores hasta la calle y a través del muelle hasta llegar al recinto. Tras recorrer unos escasos treinta metros de la carretera de circunvalación que rodeaba los muros de la estructura, indicó la puerta de un edificio en construcción. Antes de que Fantasma pudiera ponerse a trabajar, Kham cargó con el hombro contra la puerta de alambre y partió la cadena que la cerraba.

—Tenemos prisa, ¿no? —dijo en defensa de su falta de sutileza.

Dejando atrás la silenciosa maquinaria, Sam los llevó hasta el sótano de la estructura en construcción. Unos pocos minutos de búsqueda le permitieron localizar lo que buscaba.

—Esta es una derivación de los conductos de ventilación que pasan por debajo del recinto. Deberíamos poder movernos por ellos y entrar en el recinto por una estación de mantenimiento que no estuviera todavía en servicio.

—Mejor será que tengas razón, tío. Eso no tiene la pinta de ser un paseo cómodo.

Sam también es eraba tener razón. Su plan de entrada estaba basa o en un plazo de construcción de tres semanas. Según el documento consultado, la estación debía estar ya completada y sellada, pero Sam contaba con que todos los plazos de construcción del recinto llevaban retraso. Si los trabajadores se habían mostrado inusualmente eficientes, no podrían entrar.

El camino demostró ser tan incómodo como había temido el orco. Por dos veces, el gigantesco metahumano se atascó intentando atravesar cruces de tuberías sin desprenderse primero de su armamento.

Dos horas más tarde, llegaron a la estación. Unas débiles luces brillaban a través de una rejilla de libre acceso.

Sam se secó la frente con el dorso de la mano. Al menos ahora no tenía que preocuparse con lo que le habrían hecho los incursores en caso de estar obstruida la vía de acceso. Mediante el plano, localizaron la terminal de la estación y fueron hasta ella. Sin conectarse, Sam la encendió e introdujo el código que comunicaría a Dodger que habían entrado en el recinto.

Casi instantáneamente, el elfo respondió a través del altavoz de la terminal.

—Llegáis tarde.

El imperioso gesto de Sally acalló los indignados intentos de respuesta de los otros.

—¿Todo dispuesto para la siguiente fase?

—Con toda seguridad, mi dama. A los bravos que controlan los puntos de paso de vuestra ruta se les ha comunicado que deben esperar un equipo de reparación. Hay tarjetas de identificación temporales que os esperan en el mostrador principal del nivel alfa, pero necesitaréis vuestros talentos especiales para recogerlas. Desafortunadamente, no tengo los códigos necesarios para activarlas y no he tenido tiempo para realizar imitaciones. Realmente es un sistema magnífico el que tienen aquí. Muy complejo.

—Guárdate la admiración para más tarde, elfo —cortó Fantasma—. ¿Qué vamos a hacer con esos códigos?

—No hay necesidad de amargarse, señor Navajero. Creo que existe una solución. Si el noble señor empleado introdujera su propio código, podría copiarlo en todas las tarjetas. Creo que puedo disimular las entradas múltiples bajo la forma de un hipo del sistema.

Los incursores miraron expectantes a Sam. La boca de este estaba reseca. Si la

Renraku había desactivado su código de acceso cuando había desaparecido, el plan estaba destinado al fracaso. De cualquier manera, estaría comprometiendo su acuerdo de secreto profesional con la Corporación. ¡Como si no lo hubiera hecho ya llevando a todos los incursores hasta allí!

—Dodger...

—¿Sí, señor empleado?

Si entro mi código, ¿puedes leerlo o solo lo copiarás a ciegas?

—¿Tan poca fe tienes? ¿No soy acaso Dodger, el mago de la Matriz? Una vez que se convierte en dato, es mío para que haga con él lo que quiera.

«No —pensó Sam—, estoy demostrando que tengo mucha fe. Tus plumas solo parecen erizarse cuando hablas de lo bueno que eres.»

—¿No conservarás una copia para emplearla en otra misión?

—Señor empleado, me ofendes. Naturalmente que no. La prisa es lo que me fuerza a dar este paso. Un operador de mis capacidades puede abrir lo que quiera, cuando quiera.

—Me alegra oírlo, Dodger —respondió Sam. «Eso probablemente significa que no puedes hacerlo», reflexionó—. Lo entraré.

Mientras Sam introducía su código en la estación, Kham tiró de Sally y se la llevó aparte. Volvieron con cuatro pares de monos de trabajo de la Renraku, completos y con casco, sacados de los vestuarios. Mientras los incursores se los ponían, Sam siguió inmóvil, sosteniendo el equipo que Sally le había dado.

—Esto no va a funcionar —les dijo—. Sally y yo podemos pasar, pero vosotros dos sois obviamente extraños a la Renraku.

—¿Qué pasa, la Raku no es un patrón que dé igualdad de oportunidades? —murmuró el orco.

—No si puede evitarlo.

—Limítate a ponerte el disfraz, rostro pálido. Sally se encargará del resto.

Sin otra elección, Sam se limitó a cumplir lo que se le ordenaba.

—¿Qué quieres decir con esto de que Sally se ocupará de todo? —preguntó, sellando el traje blanco sobre el mono negro que llevaba puesto.

—Un hechizo de ilusión —dijo ella—. Los guardias verán lo que esperan ver.

—Si puedes hacer eso, ¿por qué preocuparse de los uniformes?

—Es más fácil así. Cuanto menos tenga que cambiar para hacerles ver lo que quiero que vean, más fácil es que realmente lo perciban como yo quiero.

—Si puedes hacer esto, ¿por qué no entrar por la puerta principal?

—Por la trivisión —respondió—. Ahora, cállate un momento y deja que me concentre.

Cerró los ojos y puso la mano izquierda sobre la empuñadura de su espada de mago, que sobresalía del bolsillo. Su mano derecha realizó una serie de gestos frente a su rostro. Sam creyó ver un vago fulgor que seguía el trazado de sus pases mágicos.

Extrañado, se giró para encontrarse con la expresión nerviosa del rostro de

Fantasma. ¿Algo iba mal? Contempló al orco y vio a Kham mirando fascinado a Sally. Su feo rostro mostraba una mezcla de temor y lujuria. El codo del orco golpeó el pecho de Sam.

—La adoro cuando hace esto —susurró.

Los ojos de Sally se abrieron y el hechizo se completó. Indicó que tomaran unas cajas de herramientas para ocultar las armas. Una vez hecho esto, se montaron en un transporte ligero y se dirigieron hacia los ascensores.

El guardia del nivel alfa los recibió con indiferencia, y apenas los miró cuando les tendió los pases, de lo que se alegró Sam al ver que Kham se apoyaba el pulgar en la nariz y agitaba los dedos hacia el guardia. Increíblemente, este no reaccionó.

Tan pronto como estuvieron dentro de otro ascensor en dirección a los niveles superiores, Sam se inclinó y dijo al oído de Sally:

—Los modales de Kham difícilmente son los de un empleado de la compañía. ¿Por qué no reaccionó el guardia?

Ella rio por lo bajo.

—Estoy acostumbrada a Kham. Trabaje un poco más en su hechizo.

Cuando el aparato se detuvo, salieron a una gran avenida que estaba casi desierta. Los pocos viandantes nocturnos hicieron caso omiso de ellos, como si fueran un equipo de trabajo normal, con la misma falta de atención, se dio cuenta Sam, que él había dedicado siempre a los equipos de trabajo. Se preguntó si el hechizo de Sally era necesario en ese lugar. Pronto llegaron a otro puesto de guardia, y Sam se mostró aliviado por la efectividad del hechizo cuando Kham sacó una lengua púrpura como saludo a la mujer que estaba tras el mostrador. Esta se limitó a desearles buena suerte en tono indiferente antes de volver su atención al equipo de trivisión que sonaba a bajo volumen bajo el mueble.

Tres ascensores y dos puestos de guardia más tarde, alcanzaron la oficina de Investigaciones de Sistemas de Computación. Pasaron por el guardia sin más problemas. Una vez dentro, una rápida comprobación con el elfo les confirmó que todo estaba tranquilo.

—Ha sido demasiado fácil —declaró Fantasma, sacando sus Ingrams de la caja de herramientas; deslizó una en su cinturón y guardó la otra preparada en la mano.

Kham y Sally cogieron sus propias armas, confiando más, al parecer, en la intuición del samurái que en el informe del elfo sobre las condiciones de seguridad.

—La seguridad es lo primero, rostro pálido —dijo el amerindio al ver que Sam no hacía ningún movimiento para coger su arma—. No tendrás tiempo de cogerla si caemos en una encerrona.

A desgana, Sam cogió la pistola.

—Procedamos rápido —indicó Sally, alcanzándoles los recipientes de contraagente que el biotecnólogo de Castellano les había proporcionado—. Ponedlo por ahí. No sabemos con exactitud cuánta de esa porquería han usado, ni dónde. Yo recogeré todo lo que quede en el almacén de los juguetitos de Seretech.

Se separaron para cumplir su cometido.

Sam había empezado a rociar su tercera habitación, una gran zona de trabajo de los analistas de sistemas, cuando Sally se les unió.

—Los tengo todos —dijo antes de empezar a rociar de contraagente el extremo opuesto de a habitación.

Un minuto más tarde, un guardia vestido de rojo apareció. Podría haber estado haciendo una patrulla imprevista o dirigiéndose a la central. No parecía tener prisa, y eso envalentonó a Sam. Tras tantos éxitos, se sentía casi cómodo con la eficiencia del hechizo de Sally. Con ella en la habitación, nada podía salir mal. Su hechizo impediría que los descubriesen.

Cuando el guardia pasó por su lado, Sam alzó la mano que sostenía la pistola y saludó. El hombre respondió al saludo y prosiguió su camino. Casi había llegado a la puerta cuando se detuvo y se volvió, con ojos grandes como platos.

—¡Cuidado, señora! —gritó a Sally, al tiempo que alargaba la mano hacia su arma—. ¡Incursor armado! No —balbuceó Sam, alzando la pistola de dardos.

Rápidamente, el guardia empuñó su arma y se puso en posición de tiro.

El dedo de Sam se tensó sobre el gatillo. Con una sacudida, la pistola liberó un torrente de dardos de plástico que atravesaron la habitación casi a la velocidad del sonido y dibujaron una línea carmesí en el pecho y el hombro derecho del guardia. Este se tambaleó hacia atrás, mientras la sangre le manaba de la boca, y se derrumbó en el suelo, donde quedó inmóvil. Su pistola rebotó contra el suelo, con un sonido metálico cuya pureza resultó casi obscena en contraste con la sangrienta escena.

Sam dejó caer al suelo su arma. Kham y Fantasma, atraídos por el disparo, llegaron a la carrera.

—¡Oh, maldita sea! ¿Qué ha pasado? —exclamó el orco.

—El guardia debe de haber captado un fallo en el hechizo —respondió Sally.

Aún aturdido, Sam revivía en su mente los últimos instantes una y otra vez. Vio al guardia girarse, con expresión desorientada. Sin miedo, sin preocupación; solo desconcierto. Entonces sus marrones ojos se habían avivado, al fijarse en la pistola de dardos.

—Pareció que distinguía la pistola —murmuró.

Sally escupió una sarta de sílabas que sonaron como una maldición y golpeó el suelo con el pie.

—Tendría que haber visto una herramienta, pero la intención no se enfocó correctamente. Puesto que la pistola no era algo a lo que estuvieras acostumbrado, la intención no logró cubrirla a la perfección.

—Ya está hecho, Sally —declaró Fantasma en tono conciliador, acercándose a examinar el cuerpo.

—Le disparé —dijo Sam. Se sentía embotado.

—No te preocupes, compañero —lo tranquilizó Kham—. El poli no sabrá nunca quién lo hizo.

—Pero está muerto —protestó Sam.

—No —refutó Fantasma—. Pero lo estará... si no recibe atención médica. Y, si la recibe mientras estemos aquí, *nosotros* seremos los muertos.

—Acabemos esto y vayámonos. —La voz de Sally era frágil.

Volvieron al trabajo, en tanto Sam continuaba mirando a su víctima.

El caído parecía joven. Una vida segada porque un hechizo no había funcionado tal como se suponía y porque él había sido tan estúpido como para permitir que lo dominara el pánico. No era justo.

Este guardia no era un aventurero de las calles, ni uno de los endurecidos Samuráis Rojos, sin rostro, que se enfrentaban con las amargas realidades de la vida. Era solo un muchacho, tratando de hacer su trabajo. Incluso había intentado proteger a Sally, en la creencia de que pertenecía a la compañía y de que solo Sam era el intruso. ¡Qué amarga ironía!

¿Por qué había aceptado un arma de los incursores? Había creído que no la iba a necesitar, pero ¿la había necesitado? Fuera la respuesta afirmativa o negativa, la había empleado. El resultado estaba a sus pies.

¿Cómo podían sus buenas intenciones haberlo conducido a esto?

Infinitamente más tarde, Sam se dio cuenta de que Fantasma le había estado hablando, y advirtió que ya no estaba en el Centro de Investigaciones de Sistemas de Computación. De alguna manera los incursores lo habían llevado hasta el subnivel F, donde se suponía que harían su última parada dentro del recinto. El elfo tenía la misión de conseguirles un vehículo que los transportara.

—Vamos, rostro pálido, escúchame —decía Fantasma—. El elfo ha lanzado un aviso de emergencia a la guardia. Cuidarán de él. ¿Estás satisfecho?

—¿Satisfecho? —La voz de Sam sonó distante, como si fuera otro el que hablara—. Necesito saber si se pondrá bien.

—No es razonable.

—Vosotros seguid. Yo tengo que volver y averiguarlo. Ya habéis hecho lo que debíais para proteger vuestras reputaciones. Ya no me necesitáis. Seguid. Dejadme aquí.

—No te vamos a dejar detrás de nosotros para que avises a los soldaditos —gruñó Kham.

—No lo haré —protestó Sam.

—Tienes razón: no lo harás —afirmó el orco apuntando su HK227 directamente al estómago de Sam— porque vienes con nosotros.

Sam miró a Sally y a Fantasma, pero los ojos de estos no mostraban expresión alguna. Fantasma cogió la pistola de dardos que, de algún modo, había vuelto a alojarse en la funda de Sam. Este bajó la cabeza y dejó que lo llevaran a donde quisieran.

Mientras la camioneta ponía rumbo a la Avenida Occidental, pudieron oír el gemido de una sirena en el cielo. Girando la cabeza, Sam pudo distinguir la forma de

una ambulancia aérea de a DocWagon virando hacia el recinto, con destino a una de las pistas de aterrizaje. Se preguntó si llegaría a tiempo para hacer algo.

Fragmentos de sensaciones e imágenes traspasaron la bruma en la cual había buscado refugio. Un edificio tenuemente iluminado y un montón de monos blancos tirados a un incinerador de basuras. Destellos de sombras y de luz. El olor del orco. El aullido de una sirena. El viento azotando su rostro y la pulsión de un potente motor bajo su asiento.

De improviso, se dio cuenta de que el viento y el martilleo de la máquina se habían detenido. Estaba sentado tras Kham, con el rugido de su Scorpion reducido ahora a un rumor sordo. Estaban en algún lugar de los Yermos.

—Aquí es donde te quedas, Verner.

Sam descendió de la moto y quedó de pie entre los tres incursores. Se encaró con Sally.

—¿Qué hay de los demás? ¿Los soltaréis ahora?

Fue Fantasma el que respondió:

—Han estado libres desde hace media hora. Deben de estar por llegar al recinto, si no los ha asustado tornar el autobús de la Tercera Avenida que pasa por el barrio orco.

—¿Y qué harás tú, Verner? —preguntó Sally suavemente—. ¿Vas a volver a la Renraku?

—Por supuesto —contestó Sam sin pensarlo—. Trabajo para la Corporación.

Kham ahogó una carcajada de desdén. Sally le lanzó una fría mirada antes de volver a clavar los ojos en Sam.

—Eso podría ser una locura.

—No lo creo. Tengo confianza en que lo entenderán.

—Es tu funeral —declaró el orco, quien aceleró su motocicleta y desapareció en la noche.

—Buena suerte —le deseó Sally, antes de seguir la misma dirección que el orco.

—Eres muy leal, rostro pálido. Espero que lo merezcan. —Y entonces Fantasma lanzó la pistola de dardos a Sam—. Podría ser que necesites esto para volver a casa, pero te aconsejo que encuentres un compactador de basuras antes de que te topes con cualquier poli.

Los neumáticos de la Rapier del amerindio chirriaron sobre el pavimento, y la moto desapareció en pos de sus compañeros.

Sam se encontró solo en la calle salvo por un roñoso perro que buscaba restos de comida por entre las basuras y las ratas. Se sentó en el bordillo y dejó la pistola entre sus pies.

La miró durante largo tiempo antes de darse cuenta de que tenía compañía. El perro había abandonado su búsqueda para sentarse a su lado. También él estaba mirando el arma.

—¿Tampoco sabes qué hacer?

El perro lloró e intentó lamer el rostro de Sam.

—No tengo comida.

La cola del animal azotó el pavimento, despreciando la grosera observación. Sam se puso en pie y el perro lo imitó; se alejó unos cuantos metros y se detuvo.

—¿Debo recorrer las calles contigo, entonces?

El perro inclinó la cabeza.

—No. No esta noche. La vida en las sombras no parece estar hecha para mí.

Sam se volvió en la dirección que suponía lo conduciría de nuevo a zonas más amistosas de Seattle. El brillo del cielo nocturno pareció prometerle que había tomado la decisión correcta. No había recorrido ni una docena de pasos, cuando el perro se puso a su lado.

—¿Vienes conmigo?

El perro lanzó un corto ladrido.

—Bien, amigo —dijo Sam mientras el perro se ajustaba a su paso—, la lealtad no es una virtud fácil. Pero supongo que eso no te asusta. Será tan solo ser fiel a tu naturaleza.

Siguieron andando en silencio. Tras ellos, las gotas de lluvia empezaron a repiquetear sobre la pistola abandonada en las sombras.



Primera parte

Se necesita algo más que un salario, hombre



Samuel Verner nunca había creído las historias acerca del Fantasma de la Máquina.

Por extraño que fuera el suceso, siempre existía una explicación razonable. Algunas historias eran puras fantasías mientras que otras eran bulos propagados por los aprendices de operadores o mentiras contadas por incompetentes para ocultar sus errores. No había ninguna evidencia acerca de una entidad pensante y sin cuerpo dentro de la Matriz.

Ahora, bajo los cielos electrónicos de la Matriz del recinto de Renraku, empezó a dudar.

Un icono de representación había entrado en el almacén de datos en el que estaba trabajando la proyección de Sam. El núcleo del icono era el de un operador corporativo de la Renraku, la imagen cromada de un correcto asalariado. El logotipo de la Raku relucía en azul sobre la parte izquierda del pecho, los hombros y la espalda. El cromado reflejaba los cambiantes números y letras que conformaban la representación visual del almacén de datos. Gruesas líneas rojas cruzaban la superficie del icono como si fueran feroces heridas, burdas sombras del perfil luminoso del icono que rodeaba la forma humanoide.

El esquemático simulacro superpuesto al icono era una caricatura de un payaso *kabuki*. Cualquiera que hubiese asistido a una representación de esa indecente forma teatral japonesa habría reconocido esa figura patética que inspiraba la risa entre aquellos que estaban libres de las tremendas penalidades que sufría el obre bufón. Sam estaba familiarizado con el *kabuki*, así como con la imagen de la Matriz. El hueco payaso y su núcleo corporativo era el icono adoptado por la persona de Jiro Tanaka.

Pero Jiro llevaba muerto al menos tres horas.

Poco antes de empezar su trabajo diario, Sam había realizado una entrada no autorizada en el banco de datos del hospital del recinto. El archivo de Jiro estaba cerrado pero todavía no se había sellado. Dentro del archivo, el logaritmo del paciente registraba el cese de la actividad cerebral de Jiro a las seis horas tres minutos, hora estándar del Pacífico. Sam se apenó, pero no se mostró sorprendido; el joven operador de la Corporación había empeorado progresivamente durante los cinco días siguientes a su caída accidental desde la pasarela principal. El choque con el cemento tras la caída de dos pisos había roto huesos y desgarrado órganos. El pronóstico del médico había sido pesimista, pues se había referido a un posible daño cerebral y a una evidente falta de voluntad de vivir.

Y, sin embargo, el icono de representación de Jiro estaba activo en la Matriz, abriéndose camino a través de los laberintos de datos. Se movía despacio, dudando,

como un espíritu recientemente liberado que estuviera acostumbrándose a su nueva forma y habilidades. Los fantasmas ya eran ilógicos en el mundo real, y menos sentido aún tenían en el mundo de la Matriz. La ilusión empleada por los operadores de computadores para manipular los inmensos flujos de datos a gran velocidad no era un mundo «real». No podía atrapar y mantener almas en su seno.

Algunos de los operadores piratas que infestaban las redes de datos sostenían que el alma de un operador podía quedar atrapada en la Matriz si algunas contramedidas determinadas le achicharraban el cerebro. Sam había leído los suficientes libros científicos como para saber que semejantes rumores eran fantasías. El icono de representación era solo una marca que indicaba dónde estaba centrada la atención de un operador dentro del sistema. No tenía existencia real, aunque otro operador dentro de la misma parte del sistema pudiera percibirla. El icono no poseía ninguna realidad objetiva. Sencillamente indicaba dónde estaba situado un operador, siendo solo una analogía de su actividad entre las líneas de datos, los chips ópticos y la arquitectura electrónica de la Matriz. No había espacio para los fantasmas en ese mundo electrónico. Las almas eran el territorio de Dios y, cuando el cuerpo moría, se encaminaban a Su presencia para ser juzgadas. Ninguna máquina podía retenerlas.

Tenía que existir otra explicación. El programa de Sam continuó ejecutándose mientras él reflexionaba sobre ese acertijo. Su propio icono estaba inmóvil entre las parpadeantes variables alfanuméricas, casi transparente debido a que su cyberterminal se hallaba abocada a una búsqueda de «flujo interno», cuando el icono de Jiro pasó junto a él. No mostró ninguna señal de haber notado su presencia. Ningún indicio de reconocimiento. Sam sintió a la vez decepción y alivio. El fantasma de Jiro no podría haber pasado junto a él sin reconocerlo. Quienquiera que fuese el que estaba utilizando el icono de Jiro, era un extraño.

Los dedos de Sam volaron sobre las teclas de la cyberterminal. Desactivó el programa que estaba en curso y en su lugar ejecutó el que denominaba como «Rastreador». Cuando la terminal lo puso en estado activo, su icono se volvió opaco y se convirtió en el icono estándar del asalariado de la Raku. Sam se alzó y, poniéndose tras el icono de Jiro, siguió al intruso paso a paso y giro a giro. De vez en cuando, el icono de Sam destellaba repentinamente hacia una nueva localización, «teleportándolo» con el poder del programa Rastreador para poder continuar fuera de la línea de visión del icono de Jiro y, por tanto, seguir siendo invisible para el operador.

La teleportación era una función del programa que Sam no entendía. Sabía *por qué* operaba, pero no sabía *cómo*. Pero solo era un usuario, no un programador. No tenía que saberlo. La capacidad se había mostrado útil en aquellos primeros meses tras el secuestro, y eso le bastaba a Sam.

La muerte de la esposa de Jiro había afectado al joven operador de manera radical. Su comportamiento se había trastornado hasta volverlo amargado y solitario, cuando antes había sido abierto y sociable. La Corporación Renraku había mostrado

hacia él su habitual consideración. Cuando Sam informó de la añadidura que el joven operador había realizado a su icono en la Matriz, el psiquiatra de la compañía había declarado que la supervisión era una precaución razonable. El médico había autorizado a los expertos en *software* a que escribieran y emplazaran un programa guardián que permitiría a otro operador seguir a Jiro cuando se moviera por la Matriz. Las modificaciones en el *hardware* y el *software* usual conectado a la estación cyberterminal hacían invisible al observador a los sentidos del icono de Jiro.

Sam había convencido al psiquiatra de que él era un buen observador. Al fin y al cabo, Sam era una de las pocas personas del recinto que sabían algo de Jiro. El doctor estuvo de acuerdo en que Sam podía notar si se producían anomalías en el comportamiento de Jiro, que posiblemente harían referencia a los sucesos pasados. De hecho, el doctor se había mostrado de acuerdo con tanta rapidez que Sam había sospechado que así lo había hecho porque el plan constituía una buena terapia para él mismo. Terapia o no, quería vigilar a Jiro. Sus experiencias a manos de los incursores que habían secuestrado su avión habían creado un lazo de unión entre ellos. Sam no podía abandonar a Jiro, en especial tras ver lo fácilmente que su amigo asumía la actitud nihilista de Alice Crenshaw, la otra superviviente del secuestro.

El icono de Jiro se movió hasta salir del almacén de datos y se internó en el sistema del ordenador, sobresaltando a Sam con el súbito cambio de perspectiva. Ya no estaba acostumbrado al movimiento el Rastreador. Habían pasado ya meses desde que el psiquiatra había dictaminado que Jiro estaba estable, tras lo cual había anulado la autorización de ejecutar el Rastreador.

Sam combatió la desorientación, centrándose en la tarea que estaba llevando a cabo. Si no era Jiro, entonces alguien había entrado ilegalmente en el sistema de la Renraku. Ningún usuario legítimo podía operar con el programa de algún otro; no podían tener los códigos ni la clave para acceder al *software*. Sam tenía el deber para con la Corporación de impedir la mala utilización del sistema.

Pensó brevemente en desengancharse y alertar a seguridad, pero rechazó la idea porque perdería la pista del intruso. Los operadores de seguridad de la Raku podrían probablemente localizar al extraño en poco tiempo pero, mientras tanto, nadie hubiera podido saber lo que habría estado haciendo. Y, cuando llegaran hasta el icono, habría sin duda una lucha reñida que desalojaría al intruso de la Matriz, pero que no resolvería el misterio de la intrusión.

Sam quería saber quién suplantaba a su amigo.

Los iconos se deslizaron a lo largo de las líneas de datos, pasando de largo por algunas intersecciones y atravesando otras. De vez en cuando, pasaban junto a la roja imagen de un samurái. Estas figuras guardianas eran creaciones de la Matriz de la Renraku, contramedidas de intrusión que proporcionaba el *software*, lo que en lenguaje de los operadores se conocía como hielo. Los guardias eran versiones de la Matriz de las fuerzas de seguridad de élite de la Renraku, los Samuráis Rojos, aunque los iconos se parecían más a antiguos guerreros que a los auténticos guardias

equipados con armadura corporal neofeudal. Como Sam esperaba, ninguno de los samuráis se movió para oponérseles. Los códigos integrados en los emblemas de sus iconos atestiguaban su presencia legítima. Quienquiera que estuviera manipulando el icono de Jiro contaba con esa colaboración.

En algunas de las zonas por las que se movían, las imágenes de la Matriz se volvían turbias, con una nitidez de líneas por debajo de lo habitual. En las primeras intersecciones en las que el fenómeno se hizo evidente, el icono de Jiro se detuvo algunos momentos, interesado, al parecer, en el efecto. Esto constituía otra pista de que el intruso era ajeno a la compañía, puesto que todo operador de la Renraku estaba familiarizado con las zonas turbias que cada vez eran más comunes a lo largo de las líneas de datos de la arquitectura de la Raku. El fenómeno de la bruma en las imágenes tenía duración indeterminada y una localización al azar, y al parecer no afectaba al rendimiento de los ordenadores. Ninguno de los operadores conocía el origen de las perturbaciones, y sus informes no habían provocado más que una orden superior de continuar informando de todos los encuentros con el fenómeno.

El intruso se detuvo cierto tiempo en varios archivos de datos, pero ni una sola vez Sam observó la inmovilidad y el leve parpadeo asociados con la carga de un archivo en la memoria de una persona. Si el controlador del icono de Jiro no iba a robar datos, ¿para qué estaba allí? ¿Era sencillamente un «turista» que empleaba la terminal de Jiro para jugar por la Matriz?

El intruso prosiguió.

Al fin, el icono de Jiro se detuvo ante la brillante barrera que los operadores de la compañía llamaban el Muro. El Muro era una extensa zona llena de chispeante estática, cuyas sombras grises contrastaban con el suave brillo azulado que impregnaba toda la estructura de la Renraku. Era territorio prohibido, incluso para los operadores de la Raku. El icono de Jiro estuvo inmóvil largo rato ante la barrera, como si la estuviera contemplando.

¿Cuál era el objetivo del intruso? ¿Un asalto al Muro? Sam desconectó el programa del Rastreador justo cuando el icono de Jiro se adelantaba y, fundiéndose con el Muro, desaparecía de su vista. Antes de que Sam pudiera teclear el código de alerta, el icono reapareció, trastabillando hacia atrás a través del Muro. La bufonesca cobertura chisporroteó y siseó cuando el icono cayó y se deslizó a lo largo de la invisible superficie que constituía el «suelo» de la Matriz.

En el mismo instante, el Muro produjo un samurái que estaba compuesto de una pieza y su unidad madre: una amenazadora forma de estática. Los cambiantes tonos volvían borrosos los detalles de la imagen del icono del samurái. Este se liberó del Muro y avanzó hacia el icono de Jiro mientras desenvainaba una katana de su cintura. La hoja crujió con los relampagueantes chisporroteos.

El icono de Jiro rodó por el suelo para evitar el primer mandoble, al tiempo que dejaba atrás una imagen fantasmal de sí mismo. El icono del samurái avanzó hacia la imagen fantasmal. Mientras el fantasma trataba de ponerse en pie, el samurái atacó y,

descargando su katana en el cuello del fantasma, lo decapitó. En el mismo momento en que la cabeza se desprendía del cuerpo, este y aquella parpadearon y se desvanecieron.

Rápidamente, el icono del samurái se giró hacia el auténtico icono de Jiro. Aunque el engaño solo lo había distraído una fracción de segundo, fue suficiente para que el intruso pusiera a punto un programa ofensivo. El icono interior sostenía una pistola de aspecto mortal en tanto que el payaso *kabuki* superponía un arcaico mosquete a la usual imagen de la Matriz del programa ofensivo de la Renraku. El asalariado de cromo y el sobreimpuesto payaso alzaron sus armas y dispararon a bocajarro cuando el samurái se abalanzó sobre ellos.

La pistola rugió con su fuego automático. Su reflejo de pedernal, operando como el original jamás hubiera podido hacerlo, disparó una y otra vez. Como en una extraña cámara lenta, Sam vio cómo las balas hacían impacto en la chispeante armadura de estática del samurái. No se produjo ningún daño perceptible.

El icono del samurái se cernió sobre el intruso. La katana se alzó sobre la encasquetada cabeza y se detuvo un instante antes de descender. La espada atravesó el contorno del payaso pero no entró en contacto con la cromada forma interior porque el icono de Jiro se ladeó. La imagen exterior se desvaneció con un sonido como el que hace una botella al ser descorchada. El samurái se adelantó un paso más giró el cuerpo a fin de tomar impulso para otro golpe. El mandoble cogió a Jiro cuando trataba de recuperar el equilibrio y lo lanzó trastabillando hacia atrás. La superficie cromada del icono de Jiro se ennegreció en el punto en que la espada había hecho contacto.

Mientras la espada se elevaba una vez más, el maltrecho brazo de lo que quedaba del icono de Jiro se alzó en un fútil gesto de defensa. La espada siseó en su trayectoria descendente y, cortando el brazo elevado, se dirigió hacia el pecho del icono.

El icono de Jiro se desvaneció al instante. El samurái permaneció por unos momentos con el brazo extendido, y luego adoptó la posición de *en garde*. Por encima de su cabeza, la chispeante hoja siseó con un sonido maléfico.

Sam se quedó quieto mientras el samurái negrogrisáceo se volvía hacia él. Lo que acababa de contemplar no era un juego dirigido por computador, ni un ejercicio de entrenamiento, ni un entretenimiento de televisión. Aunque las figuras eran meras imágenes, sus efectos habían sido muy reales. El intruso que controlaba el icono de Jiro estaba ahora muerto o reducido a un ser vegetal, con sus funciones cerebrales superiores reducidas a la nada por el ataque letal del samurái controlado por ordenador. Sam temió el escrutinio del guerrero cuando las negras hendeduras de la visera de la máscara se centraron sobre su posición, pero el guardia se limitó a envainar su espada. Con un gesto de desprecio, el samurái se volvió hacia el Muro y se adentró en la parpadeante estática. La figura se fundió con el Muro, desvaneciéndose como si nunca hubiera existido.

Solo en la planicie exterior al Muro, Sam consideró sus opciones. Si informaba del incidente a sus superiores tendría que confesar que había seguido al icono de Jiro en lugar de informar de inmediato de la situación. También debería revelar que había observado cómo la Renraku poseía y empleaba el ilegal hielo negro.

Le dolía la cabeza y sentía entumecidos los dedos posados sobre el teclado. Miró el Muro y le pareció entrever imágenes de destrucción sobre la volátil superficie. No podía hacer nada allí. En vez de volver hacia el almacén de datos en el que había estado investigando, se desconectó.

Su icono desapareció de la Matriz mientras su conciencia regresaba al cubículo donde su cuerpo estaba sentado inclinado sobre su ciberterminal. Con un suspiro, extrajo de su sien derecha la clavija del conector y se frotó el rostro con ambas manos, intentando evitar el dolor de cabeza que siempre acompañaba a las incursiones en la Matriz. Por lo general, el masaje trocaba el sordo dolor en cansancio, pero hoy la cabeza continuó latiéndole.

Hielo negro.

Eso era lo que protegía al Muro: contramedidas asesinas destinadas a romper el equipo de un intruso y muy posiblemente quitarle la vida. La presencia de un *software* tan mortal quería decir que la Renraku valoraba tanto lo que estaba detrás del Muro que los jefes de la Corporación no tenían inconveniente en enviar impulsos eléctricos por las líneas para freír el cerebro de cualquiera que accediera ilegalmente a su sistema. El hielo asesino era ilegal, pero su uso jamás era informado a las autoridades debido a que se dirigía siempre contra la intrusión criminal. El mundo corporativo del siglo veintiuno se apoyaba en el viejo adagio de que los muertos no hablan. Pero Sam había visto al hielo negro en acción y vivía para contarlo.

Nunca hubiese creído que la Renraku cayese tan bajo como para mostrar semejante desprecio por la vida humana. ¿Cómo podía permitirlo Aneki-sama? Sam sospechaba que el anciano no tenía conocimiento de lo que sus inferiores estaban haciendo en el recinto, y creyó que su deber era informar al director acerca de estos terribles hechos. Pero ¿cómo hacerlo? Supuso que la última mirada del samurái significaba que aquellos que estaban tras el hielo negro sabían que Sam había sido testigo de esa villanía. Si intentaba revelar lo que había visto hoy, como mínimo emplearían todo su poder para impedir o alterar su informe. Si trataba de hacer pública la información, aunque solo fuera dentro de la estructura de la Renraku, se ganaría enemigos. Poderosos y mortales enemigos.

2

Unas sucias caras de mirada malévola la rodeaban. As eras y guturales voces pronunciaban su nombre y se burlaban de ella. Los rostros se reían con mofa. Había intentado durante toda su vida no ser parte de su mundo, había odiado su indefensión. Indefensión: algo que había odiado más que aquellos rostros.

Eran basura. Los mismos en todo el mundo, los desesperados y los perdidos que se amontonaban entre las sombras de las grandes megápolis. Eran gente de la calle, esclavos y vagabundos; criminales de tres al cuarto, chulos, rebuscadores de basuras y prostitutas. Algunos de ellos incluso se consideraban mejores que el resto; eran descontentos que se llamaban a sí mismos incursores y que jugaban a ser nobles idealistas. Pero su estafalario nombre no podía cambiar lo que eran: ladrones, terroristas aficionados y parásitos de la civilización corporativa.

A veces la basura ganaba, cogiendo a alguien antes de que pudiera salirse con la suficiente piel intacta como para que los médicos de la Corporación lo reconstruyeran. Pero la venganza era posible si uno esperaba su oportunidad y trabajaba para buscar el momento adecuado en el que saltar como un tigre en una emboscada. Esta era la manera en la que un profesional procedía. Más pronto o más tarde, la rata cometía un error y un profesional la cazaba. Al menos, esto era lo que ella habría hecho si un infame traidor no la hubiera vendido antes.

En la oscuridad, el brillo de los cuerpos sudorosos alimentó su furia. Una sucia y fétida habitación. Unas manos ansiosas y bastas. Una sonrisa de dientes desparejos bajo unos ojos brillantes. Bocas farfullantes. Dolor.

Odiaba a los traidores; pervertidos y débiles mentales que vendían la herencia de la compañía y a sus compañeros en beneficio propio. Odiaba a las babosas que dejaban que otros hicieran el trabajo sucio porque les asustaba ensuciarse las manos. Y más aun odiaba a los que se salían con la suya, a aquellos que se arrastraban de nuevo hacia su capullo corporativo como si nada hubiera pasado, como si no hubieran traicionado a nadie.

Una por una las caras cambiaron; sus rasgos se modificaron hasta que todos los rostros adquirieron el mismo aspecto: una cara ancha y sucia de ojos chispeantes que pertenecía a un animal de las cloacas. Basura de la calle. Ella jamás olvidaría ese rostro.

El malévolo rostro se quebró como una máscara de cristal; los fragmentos saltaron y dejaron al descubierto otro rostro debajo, de una vulgaridad engañosa. Pelo rubio cortado al rape al estilo de un asalariado y un conector de acero cromado en la sien izquierda; mandíbula cuadrada, nariz recta y ojos castaños. También conocía esa cara. La conocía como si fuera la suya propia; tenía conciencia de todas las arrugas y pecas. Plácido, perruno y estúpido, confiado e inocente, era el rostro de un traidor, que se burlaba de ella y de su indefensión.

Lo odiaba.

¡Bang!

Con un rugido, la Ruger Superhalcón de su mano derecha envió una ráfaga de balas de once milímetros hacia el rostro burlón. No más conector.

¡Bang, bang!

No más ojos castaños, no más sonrisa de dientes perlados.

¡Bang, bang, bang!

Las caras se astillaron con sus balas, y el traidor se desvaneció en el olvido. Su vergüenza se aplacó.

Fin del traidor. Fin de la vergüenza. ¡Ojalá fuera tan fácil borrarlo a él y a su recuerdo del mundo real como lo era imaginar su rostro en los muñecos de diana!

—Buenos disparos, Crenshaw.

La mujer se giró y pidió otro objetivo mientras el enlace sensiarma le proporcionaba los datos a través de la almohadilla de inducción que tenía en la mano. El cañón de la pistola apuntó con absoluta precisión hacia el rostro del interpelante. Este palideció cuando ella incrementó la presión sobre el gatillo.

El percutor cayó con un chasquido.

Ella sonrió al ver el terror reflejado en su cara. Su enlace le había informado que su arma estaba descargada, pero el otro no tenía por qué saberlo. Ahora pensaría que ella era un poco salvaje, cosa que le convenía a su reputación. Era más lenta que la mayoría de los otros agentes especiales de la Renraku, y su ciberimplante estaba anticuado por lo menos en una generación. Si el miedo le proporcionaba alguna ventaja, la aprovecharía. Cualquier ventaja era mejor que ninguna. No se preocupaba de que la chusma la considerara una loca; la gente de los pisos de arriba sabía que cumplía con su trabajo, y esos eran los que contaban.

—¡Maldita sea, Crenshaw! ¿Qué estás haciendo?

—Cualquiera que intenta delatarme se arrepiente de ello, Saunders. No lo olvides, porque la próxima vez el arma no estará vacía.

Saunders dio un paso atrás, con el rostro contraído y los ojos muy abiertos. Crenshaw se quitó el casco silenciador y se alejó del campo de tiro. Al pasar junto al mostrador del armero le arrojó la pistola, sin preocuparse de ver si la cogía. En su camino hacia los vestuarios, cogió una toalla.

—¡Estás loca! ¡Lo sabes, Crenshaw! —gritó Saunders a su espalda—. ¡Totalmente desquiciada!

Ella percibió lo forzado de su bravata, y sonrió.

3

Un empujón del húmedo hocico de *Kiniru* solía ser suficiente para despertar a Sam, pero hoy el akita tuvo que recurrir a poner una de sus patatas sobre el estómago de su amo. La repentina presión provocó la explosiva salida del aire de sus pulmones, y Sam se incorporó, tosiendo.

Kiniru estaba sentada mirándolo ansiosamente, con una canina sonrisa en su cara habitualmente sombría. Un vistazo a la pantalla de la pared, que siempre programaba para que diera una visión del exterior, le mostró unas nubes grises portadoras de amenazas de lluvia. Pronto oscurecerían el sol de la mañana, con lo que el día parecería apropiado para un funeral. Alargó la mano hacia el control y conectó el equipo de trivisión. Mientras Heraldo Fong, del *Ojo Inquisidor*, desgranaba los detalles de un sensacionalista asesinato, Sam retiró las sábanas sacudió la cabeza como si no acabara de creer que el director de programas del recinto pudiera permitir la emisión de algo tan morboso a esas horas. Cuando puso los pies en el suelo, *Kiniru* se levantó y avanzó hacia la puerta; allí se detuvo y lo miró con expectación.

—Espera. He de ponerme algo encima.

Kinim ladró con impaciencia.

—Ve a hablar con *Inu*. Sabe más que tú cómo mantenerse en silencio.

En lugar de obedecer y reunirse con el otro perro de Sam, *Kiniru* se sentó, la cola batiendo contra la puerta. Haciendo caso omiso de su impaciencia, Sam cortó a Fong en medio de un discurso acerca de los magos sin licencia y conectó la pantalla con el ordenador de la habitación. No había mensajes esperando, de modo que revisó sus pesquisas acerca de la salud y condición de su hermana. Con un parpadeo, la pantalla mostró el estado de sus programas mientras se vestía. Lo mismo que ayer: nada. No prestó atención al símbolo parpadeante del sistema que supervisaba el computador de su apartamento. Sabía lo que quería, pero aún no estaba listo para dejarlo enviar el mensaje que había preparado para *Sato-sama*. Era posible que ya fuera irrelevante, pues *Sato* tenía que llegar al recinto en unos pocos días.

Kiniru se puso junto a él.

—De acuerdo. Vamos.

Inu estaba exactamente donde Sam suponía, sentado calmadamente junto a la puerta. El animal de pelaje blanco y negro ladró su bienvenida y se alzó. Cuando Sam abrió la puerta, los perros se adelantaron a la carrera, empujando a su amo a un lado. Los vio correr por el pasillo hacia el área abierta del final. El parque del nivel ochenta y dos era lo suficientemente grande como para que los akitas pudieran hacer una buena carrera. Los otros residentes conocían apreciaban a los perros, y jamás se habían quejado de que estuvieran sueltos. *Inu* se detuvo entre las sombras del corredor para mirar con reproche a Sam.

—Ve, *Inu*. Yo me quedo aquí.

Inu esperó hasta que Sam hizo un gesto con la mano para animarlo; entonces

corrió a reunirse con *Kiniru* y algunos de los niños del nivel en su juego de carreras y persecuciones. Sam deseó estar tan despreocupado como el perro exvagabundo. *Inu* era el animal que lo había seguido hasta el recinto aquella noche, hacía ya un año, para hacerse luego un lugar en el mundo de Sam como si hubiera estado destinado a ello. En tanto *Kiniru* era de pura raza, esta criatura de las calles era casi salvaje, aunque se había adaptado a la vida del recinto como si hubiera nacido allí.

A veces Sam se preguntaba si esto era solo un barniz, una versión canina de su propia resignación. Cuando Sam había vuelto a la Renraku después del secuestro, había imaginado que la Corporación lo dejaría de lado. En vez de eso, Jiro y él habían sido enviados a evaluación para comprobar que el secuestro no los hubiese desequilibrado. No había habido ninguna acusación ni, de hecho, ninguna mención de lo sucedido. Estupefacto, Sam había colaborado con los esfuerzos oficiales para reintegrarlo a la vida corporativa, esperando a cada momento ser denunciado por haber disparado contra un guardia, pero la acusación no llegó jamás. Era como si nada hubiese pasado.

Pero eso no quería decir que Sam pudiera olvidarlo. *Inu* estaba allí para recordárselo. A veces se despertaba a medianoche con el rostro del guardia clavado en su mente y una voz acusadora que repetía una y otra vez: «Yo era Mark Claybourne. Tú me quitaste la vida». Cogido por sorpresa cuando Claybourne había percibido lo que la ilusión de Sally Tsung intentaba ocultar, Sam se había visto invadido por el pánico y había disparado al joven guardia, pero solo había tratado de herirlo. Fue la agitación de Sam y su poca familiaridad con las armas de fuego lo que hizo que Claybourne quedara tan horriblemente herido que la moderna ciencia médica había tenido dificultades para salvarle la vida. Al ver que los médicos eran incapaces de restaurar todas sus funciones nerviosas, Claybourne se había suicidado. Fue él quien se había quitado la vida, pero Sam asumió la culpa de ello.

A su regreso al recinto, Sam descubrió la identidad y el final del guardia. No había sido un trabajo fácil. Alguien había sellado el registro médico de Claybourne como si realmente hubiera intentado ocultar la actuación de Sam. Una vez que Sam tuvo la información, Claybourne tomó posesión de sus sueños como un fantasma de la mente. Incapaz de suprimirlo, Sam luchaba a diario con la culpa, rezando por el perdón y jurando que su mano nunca volvería a dañar otra vida inocente.

¿Y los incursores en cuyos planes se había visto envuelto? ¿Sentían algún remordimiento? ¿Lamentaban haber convertido a Sam en un asesino? Probablemente no. Como *Inu*, eran casi salvajes, con un estilo de vida totalmente reñido con el mundo corporativo. Sam suponía que el grupo seguía por allí, tramando nuevas acciones y llevando a cabo sus turbios negocios. Ya no debían de acordarse de él. Solo había sido un instrumento para ellos, alguien que había pasado fugazmente por sus sombrías vidas. Eran incursores y él era un empleado, un extraño en su mundo.

Renraku, una de las Corporaciones que hacían que el mundo siguiera su marcha, se había ocupado de él y su hermana tras la muerte de sus padres. Habían crecido

viendo a la Corporación como su hogar y su familia. La lealtad de Sam había sido feroz. Los sucesos del año pasado, sin embargo, lo habían dejado aturdido. Y esa imagen de la Corporación como una familia recibía ahora otro golpe. Lo que había visto en la Matriz hacía dos días le planteaba preguntas dolorosas acerca de la ética y la responsabilidad preguntas para las que no tenía respuestas en las que ni quería pensar. Pero se estaba haciendo más y más difícil hacer que la Renraku se ajustase a sus antiguas creencias.

Cuando su despertador sonó, Sam dejó que las demandas del momento desplazaran a un segundo plano estos pensamientos. Hanae llegaría pronto y no se había duchado ni desayunado. Entró en su apartamento. Estaba tirando los envoltorios del desayuno a la basura cuando sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién es, por favor? —dijo al intercomunicador, apretando al mismo tiempo el botón para enviar sus desperdicios al reciclador del recinto.

—¡Cielos, cuánta formalidad esta mañana! De acuerdo, soy Hanae Norwood, señor. Quizá me recuerda... Nos encontramos en las celebraciones del Día de la Independencia del año pasado.

Sam hizo que la puerta se abriera y dejó pasar a una Hanae que se reía suavemente. El pelo negro resaltaba sus delicados rasgos euroasiáticos, pero el gris oscuro de su recatado traje no le sentaba bien. Aunque apropiado para un funeral, se alejaba demasiado de los colores brillantes que la favorecían. Poniéndose de puntillas, la muchacha besó la mejilla de Sam mientras entraba.

—Todo habría sido más sencillo si me hubiese quedado a pasar la noche.

—Quería estar solo.

No es necesario que pongas esa cara de preocupación. Lo entiendo —aseguró mientras rebuscaba en su bolso—. Tengo un brazalete negro para ti en algún sitio.

Murmurando las gracias, tomó el brazal que ella sostenía. Sabiendo que probablemente él se olvidaría, había traído uno para evitar que cometiera un error en la etiqueta corporativa. Como una buena ayudante, ella sabía que esos detalles podían parecer nimios pero valían puntos en la escala corporativa. Leal, atenta, guardiana de las ambiciones de Sam y, no menos importante, encantadora y bonita, era todo lo que un asalariado podía pedir de una mujer. Habría debido formalizar su relación, pero algo en su interior lo contenía.

Hanae lo siguió al dormitorio para retocarse el maquillaje en tanto él acababa de vestirse. El espejo estaba cerca de la consola del computador. Demasiado tarde, Sam se dio cuenta de que no había limpiado la pantalla. Mientras se ponía los zapatos pudo ver cómo ella la leía.

—¿Todavía no has enviado la carta a Sato-*sama*?

«Ahora no», pensó.

—No quiero hablar de ello.

—Deberías hacerlo —insistió ella con suavidad.

—¿Para qué? Si Sato se acuerda de mí, recordará nuestro último encuentro en el

hospital de Tokio. Dejó perfectamente claro su disgusto al desperdiciar tiempo conmigo, incluso aunque *Aneki-sama* considerase que valía la pena. Sato no aprecia a los *gaijin* y menos a uno que pueda amenazar su posición desviando la atención de *Aneki-sama*.

Ella pareció confusa.

—Pero no eras una amenaza para él.

—*Aneki-sama* controlaba mi carrera. Eso es suficiente amenaza para alguien como Sato.

—Estás exagerando. *Sato-sama* es un hombre listo. De otra manera no habría llegado a convertirse en asistente especial de *Aneki-sama*. Sabe que un simple investigador nunca sería una amenaza para un hombre de su posición. Debes de haber malinterpretado sus intenciones.

—¿Malinterpretado? Pareció complacido de ver que se me exiliaba al recinto. Todo el mundo sabe que las únicas personas que tienen cierto futuro en la *Renraku* trabajan en las oficinas de Japón. El proyecto del recinto puede ser importante, pero solo es algo secundario.

—Claro que es importante. —Pareció ofenderse de que él pudiera pensar de otra manera—. Por eso estás aquí. *Aneki-sama* debe de querer que adquieras la experiencia que necesitarás más tarde. Es solo un paso más, no un castigo.

—No lo entiendes, ¿verdad? —La ira hizo que Sam contestara con brusquedad—. Vi el rostro de Sato cuando me dijo lo que le había pasado a Janice. Disfruté dándome malas noticias.

—Eso que dices es cruel.

—Él fue cruel. Lo tenía sin cuidado lo que le había pasado a mi hermana y se alegraba por lo que ello significaba para mí. Viviera o muriera Janice, ella había demostrado que la familia *Verner* está, como ellos dicen, contaminada. Como si no ser japonés no fuera suficiente contaminación para alguien como él. Como todo en Japón, el *kawam* no afecta solo a quien cambia. Toda una familia puede ser destruida. La sangre metahumana de mi hermana es suficiente como para impedirme ascender en la *Corporación*.

—Pero no te despidieron —observó *Hanae* como si eso zanjara la cuestión.

—No tiene sentido, ¿verdad? A menudo me he preguntado por qué no lo hicieron. He oído de otros que quedaron arruinados en circunstancias similares.

—Quizá fue la influencia de *Aneki-sama*. Era tu jefe y no te abandonó. ¿Lo ves? Probablemente te envió aquí para entrenarte.

Su optimismo nunca dejaba de alegrarlo, tal vez porque lo ayudaba a continuar creyendo en su vida.

—Quizá no me abandonó. Pero incluso la cabeza rectora de una gran *Corporación* multinacional tiene que inclinarse ante el inmenso poder de las convenciones sociales en Japón. Este exilio en Seattle ha de haber sido lo mejor que pudo hacer, tal vez una expresión de condolencia por los dictados de las infortunadas circunstancias.

Hanae sonrió.

—Aneki-*sama* es un buen hombre.

—Sea cual fuere la intención, la Renraku me mantiene alejado de Janice cuando más me necesita. Han frustrado todos mis intentos de verla.

—Es difícil de creer que Aneki-*sama* permitiera eso.

Las recientes dudas de Sam lo hicieron cuestionar su aseveración, pero otra parte de él quería creer que Aneki era, en efecto, un buen hombre, y que eran otros los que estaban corrompiendo a la Renraku.

—Debe de haber otro responsable —agregó ella.

—¿Sato?

—No lo creo —dijo Hanae con firmeza—. Aneki-*sama* no permitiría jamás tanta iniquidad a su lado.

De nuevo, Sam quería creerla, pero había escuchado la malignidad del anuncio de Sato y, ¿quién estaba más cerca de Aneki-*sama* que Sato? Sato podía ser el villano o no; Sam no tenía otra evidencia que la desagradable naturaleza del hombre. No saber a quién echar la culpa frustraba y enfurecía a Sam.

—Quienquiera que sea el responsable, estoy clavado en Seattle, confinado en el recinto «por razones de seguridad». ¡Qué chiste! No me han dejado acercarme a datos significativos desde que llegué. Me mantienen ocupado en investigaciones triviales. He hecho mi trabajo y he sido un buen «investigadorcito», pero todavía no sé lo que le ha sucedido a Janice.

—Quizá deberías contratar a alguien —sugirió ella.

—¿Con qué? Los precios en el recinto son monstruosamente elevados. Con mi baja calificación de empleo no tengo crédito suficiente para contratar a un detective, en el caso de que me dejaran establecer contacto con uno.

—Entonces deberías trabajar a través de la Corporación.

—¿Qué crees que he estado intentando hacer durante este año? —estalló Sam—. No ha servido de nada. Janice se ha convertido en una no-persona para la Renraku. Sé que le han proporciona o el dinero acostumbrado para la reubicación y el reinicio, pero eso es todo lo que sé. El gobierno imperial japonés es escrupuloso acerca de eso. Desprecian a los metahumanos, pero se preocupan de su imagen de gobierno compasivo ante el resto del mundo. ¡Compasión! Los metahumanos son ahora los nuevos *bunrakumin* del Japón; una nueva clase de parias, condenados a la miseria, la pobreza y todos los trabajos sucios que las clases superiores desdeñan. Incluso los *bunrakumin* desprecian a los metahumanos. Eso es lo que Janice es ahora.

Asustada por la intensidad de sus palabras, Hanae se apartó con el miedo en los ojos. Habiéndose criado totalmente en el ambiente de la Corporación, todavía la veía como el gran espíritu *zaibatsu*. No había estado con Sam cuando este había entrado en las sombras que le habían mostrado que no todo era como parecía. Hanae no acababa de entender lo que él intentaba decirle.

Sam comprendió que no tenía objeto seguir con el tema. Sus propios sentimientos

eran confusos, y no había necesidad de asustarla todavía más. Metiéndose en su traje, murmuró:

—Es tarde.

Hanae asintió tímidamente y tomó la mano que le ofrecía.

—Lo hablaremos más tarde, si quieres.

Se recordó a sí mismo que solo quería ayudarlo.

—Sí, claro. Más tarde.

Con un quejido de los motores eléctricos, poco acostumbrados al trabajo, las puertas exteriores del hangar se abrieron lentamente. Al otro lado estaba el Dragón, con sus escamas doradas refulgiendo gloriosas bajo la luz de la mañana. Cuando las puertas se abrieron completamente, la bestia plegó sus grandes alas membranosas; eran demasiado anchas para permitirle el paso, incluso por esa abertura destinada a los aviones. Retrayendo el cuello, el Dragón bajó su cabeza en forma de cuña lo suficiente como para que sus cuernos no chocaran contra el dintel.

Katherine Hart estaba impresionada por el tamaño de la bestia. Los dragones occidentales eran los más grandes de entre las formas draconianas, y transmitían una sensación de poder más acusada que sus primos más estilizados. Hizo una cortés inclinación a modo de saludo cuando la gran bestia avanzó hacia la penumbra del hangar. El musculoso cuerpo del Dragón se movió sinuosamente por su lado sin prestarle atención. Bajó la rampa hasta llegar a un oscuro túnel.

Era obvio que estaba de mal humor.

Lo único bueno era que la irritación del Dragón no se dirigía contra ella; había estado allí a la hora prevista. Cuando las puertas se cerraron, dejándolos envueltos en una suave oscuridad, ella dio media vuelta lo siguió. El túnel en el que se adentraron, al que no llegaban los rayos del sol ni la luz artificial, era todavía más oscuro. Dentro de esa negrura, un suave siseo acompañaba el estruendo metálico de los conductos de vapor. La temperatura y la humedad se elevaron, y el regusto de óxido se impuso sobre el antiséptico aroma del pasadizo mientras el anticuado sistema de control ambiental luchaba por hacer su trabajo.

«Bien; quizás esto mejore el humor del viejo lagarto», pensó Hart. Pero no mejoró el suyo. Odiaba el pegajoso aire que el Dragón parecía preferir, pero estaba dispuesta a soportar con gusto eso y sus efectos sobre su ropa, si eso calmaba la irritación de la bestia.

Con el primer paso sobre el enlosado ella comprendió que sus esperanzas de que mejorara el humor de aquella eran cada vez más tenues. El Dragón se irritaría con las frías y pulidas losetas, disgustado por la incómoda dureza y la débil ayuda que proporcionaban a la tracción. ¿Por qué el encargado de las instalaciones no las había preparado mejor para la visita del Dragón? Las garras de este chirriaban contra la superficie cuidadosamente pulimentada. Quizá la persona responsable advertiría la destrucción del suelo y lo reemplazaría con algo más del agrado de la bestia. Por lo menos, podrían haber enarenado el pasadizo.

La cola de la bestia oscilaba con un ritmo inconsciente que mostraba su irritación. Las púas de la cola podían destripar a alguien en cuestión de segundos. Aunque su posición tras los cuartos traseros de la bestia permitía a Hart mostrar la debida deferencia, también la ponían demasiado cerca de sus espinas. Esperaba que el gran lagarto no se irritara tanto como para olvidar que ella estaba allí.

Mientras avanzaban hacia la débil luz que se vislumbraba delante, Hart casi tropezó con uno de los surcos, pero el miedo a la ondulante cola la mantuvo en pie. El Dragón sin duda se sentiría herido si la matara accidentalmente. Después de todo, le habían pagado por unos servicios todavía no realizados. Disgustado sinceramente o no, la pena del Dragón no le devolvería la vida.

Unos rayos de luz se proyectaron hacia ellos desde las profundidades del corredor, transformando el azul verdoso de las escamas de su compañero en un verde brillante. Este resopló con irritación, pero detuvo las llamas no bien una leve columna de humo escapó de entre sus mandíbulas. Hart mostró su alivio con un suspiro; si la bestia lanzaba un chorro de fuego podía hacer estallar el sistema de tuberías del edificio, y un baño de aspersión sin duda desataría su ira... así como la de ella. Su pelo ya necesitaba reparaciones tal y como estaba.

Aunque irritado, el Dragón no mostró ninguna preocupación por la fuente de luz. Ella dio por supuesto, por tanto, que no era más que un efecto colateral de las actividades de alguna luz de rastreo al final del pasillo. De cualquier modo, el Dragón pareció considerarla inofensiva. O, por lo menos, inofensiva para él. Aunque necesitara de sus servicios, no podía estar segura de que le avisaría de los peligros que pudieran afectarla. Sería muy propio de un Dragón ponerla en peligro para someter a prueba sus habilidades.

Nada los amenazó cuando llegaron a un par de puertas de contención replegadas. Más allá del portal, el pasaje estaba cerrado por un muro de luz verde, una barrera mágica de gran potencia. Hart sacudió la cabeza ante la irresponsabilidad de los propietarios. ¿Estaban haciendo todo lo posible para molestar al Dragón? Deberían haber abierto el círculo mientras se aproximaba, en lugar de hacerlo esperar. Al Dragón no parecía gustarle que lo hicieran esperar aquellos a los que consideraba inferiores.

La pareja estuvo inmóvil un largo minuto antes de que la luz verde pálido refluyera, retrocediendo desde el centro del corredor como si fuera ácido corroyendo un papel. Dentro de los límites protegidos por el círculo había un dispositivo de puertas. Se abrieron con un susurro incluso antes de que la barrera mágica se hubiera ensanchado lo suficiente como para dejar pasar al Dragón. Un humano esperaba, inclinado y murmurando palabras de disculpa y bienvenida.

El hombre llevaba una bata de laboratorio verde claro bordada con diseños estilizados. Un pesado disco verde colgaba de una cadena que le rodeaba el cuello. Hart reconoció los símbolos como auténticamente cabalísticos, no las burdas runas de protección que llevaban los supersticiosos. Eran muy similares a los que ella usaba, pero con sutiles variaciones cuyo estudio podía proporcionar una pista sobre la orientación mágica de esa persona. Por la profusión y disposición de los signos, resultaba obvio que su portador era un mago y miembro de una orden hermética. Hart no reconoció de qué grupo se trataba, pero sabía lo suficiente acerca de las órdenes mágicas humanas como para deducir que este mago era un miembro menor dentro de

su organización.

—Saludos, señor Dragón —dijo el humano en voz más alta—, nos honráis con vuestra presencia.

El Dragón no se molestó en contestar.

Hart captó un destello de emoción procedente de la bestia, que le confirmó que era tan enojadizo como había temido. Se detuvo antes de traspasar la puerta mientras el Dragón avanzaba, deslizando su masa dorada hasta rebasar al hombre. Cuando la cola del Dragón se movió hacia su pierna, ella se apartó rápidamente; las agudas púas pasaron muy cerca de su rodilla. El mago, todavía inclinado, no advertía el peligro. «Loco. No pierdas jamás de vista a un Dragón».

La punta de la cola de la bestia acababa de rebasar el umbral cuando Hart vio tensarse los potentes músculos. Las marfileñas espinas se arquearon cuando la cola se lanzó contra el mago. El hombre gruñó de sorpresa y dolor cuando las púas lo alcanzaron en el muslo izquierdo y en el vientre. El ímpetu del golpe lo alzó del suelo y lo envió contra la pared. Se deslizó hasta el suelo, gimiendo.

Quizá no serás tan lento la próxima vez.

Ningún sonido acompañó la voz del Dragón, pero Hart sabía que el mago había escuchado las palabras tan bien como ella. El habla de los dragones era un truco de la mente y de la magia, algo más que una voz, algo menos que la telepatía. Las criaturas todavía necesitaban aprender un lenguaje antes de «hablarlo». Sus «palabras» tenían una entonación uniforme, pero encerraban unos armónicos emocionales que los humanos eran incapaces de transmitir a su lenguaje. El contenido emocional que irradiaban no necesitaba palabras. Cualquiera habría entendido la irritación del Dragón, aunque no hablara su lengua.

La bestia prosiguió hacia la habitación, sin prestar atención a las gotas de sangre que salpicaban las espinas de la cola ni a los quejidos de su víctima.

Hart se aproximó al mago caído en el suelo. Una breve mirada le bastó para comprender que las heridas estaban más allá de sus habilidades. Se inclinó y puso la mano sobre la frente del caído. Con la ventaja del dolor que lo embargaba, se adueñó de su voluntad y lo durmió. Una bendición muy pequeña.

Tras ella, oyó un ruido de hombres a la carrera. Una mirada por encima del hombro le confirmó que los compañeros del mago venían en su ayuda. Una mujer extrajo un equipo de primeros auxilios de un cubículo en la pared y casi chocó con un tipo de pelo blanco que llevaba las ropas más refinadas que había visto Hart entre ellos. La prisa de la mujer en procurarle al herido una ayuda mágica no le ganó la amabilidad de su superior, a juzgar por la mirada que este le dirigió. Hart estuvo de acuerdo; debería haber sido perfectamente evidente que el mago necesitaría algo más que coagulante y aerosol cauterizante para salvarse.

Hart se apartó para permitir que los recién llegados atendieran a su camarada, y notó que su cinturón de tela se había manchado con la sangre del mago. Brevemente consideró su valor como componente material de los rituales mágicos, pero no le

encontró un valor significativo. Este mago era tan estúpido que no necesitaría jamás el cinturón. Deshizo el nudo que lo sujetaba alrededor de sus caderas y lo dejó deslizarse al suelo. «Mil nuyens de gastos, viejo lagarto. Era de seda auténtica, y un Scaratelli, por añadidura».

Olvidando el estropeado cinturón, Hart examinó la habitación. Era grande, un gran útero en el vientre de la tierra. El techo permanecía oculto a sus ojos por la oscuridad y el vapor. Unas lámparas fijadas en las vigas de las paredes lanzaban conos definidos de luz hacia el suelo. Hart se encontraba en el nivel más alto, en una plataforma con dos rampas que descendían en direcciones opuestas. Apenas podía distinguir las otras plataformas que colgaban de las paredes en los niveles inferiores. La cámara formaba un gran cuenco, y cada nivel descendía en espiral hacia el suelo de este refugio cuidadosamente custodiado. En el centro, una gran vasija de material transparente reposaba sobre una plataforma de máquinas y controles. Los técnicos estaban de pie en un pozo excavado alrededor del cilindro, supervisando consolas y regulando controles. El color de sus ropas se veía desteñido por el brillo iridiscente que emanaba del tanque. Ninguno de ellos prestaba atención a la forma oscura que enturbiaba el fluido lechoso que llenaba el receptáculo.

Sin dejar de observar la actividad que tenía lugar a su alrededor, Hart bajó la rampa por la que el Dragón había ya descendido y alcanzó a la bestia en una amplia plataforma cubierta de grava que ofrecía una vista panorámica del teatro. Mientras ella se aproximaba, el Dragón aposentó su voluminoso cuerpo sobre la áspera superficie y arqueó el cuello hasta que la cabeza reposó en la barandilla que rodeaba el perímetro.

En el cuenco inferior, los magos y los técnicos se afanaban en sus tareas, de las que se desprendían los fétidos olores de la materia orgánica en descomposición, el ozono de la tecnología y el acre aroma de la hechicería. «Este ambiente tendría que ser más de su agrado», decidió Hart, contemplando a la bestia sentada sobre la grava.

Esto es más satisfactorio, confirmó la bestia sin que le preguntaran.

Hart y su patrón se quedaron inmóviles observando hasta que alguien se aproximó a ellos. Era el maestro brujo que había acudido al lado del herido cuando Hart se había marchado para seguir al Dragón. El mago se detuvo a unos cuantos metros de distancia para recomponer su rostro en una expresión amable antes de adelantarse hasta donde el Dragón pudiera verlo. Apoyada contra el lomo del Dragón, Hart percibió el suave resoplido que reconoció como un signo de que el animal estaba complacido.

Hart sabía que la bestia podía ver que el mago estaba esperando. El Dragón lo dejó allí, de pie, durante algunos minutos, un período suficiente como para establecer su dominio, y entonces inclinó la cabeza en señal de atención. El humano sonrió.

—Llegáis a tiempo, señor Dragón. Está casi listo.

¿Funcionará como es debido, doctor Wilson?

—Ciertamente. Los dos últimos prototipos se portaron según los parámetros. Los

factores de mutabilidad se ajustaron a las predicciones y no hubo ninguna desviación de la estabilidad. No tenemos ninguna razón para sospechar que el proceso falle.

Mejor que sea así.

Wilson tragó saliva, y su miedo se hizo evidente para Hart. No dudaba que el Dragón también lo notaba. Probablemente podía olerlo.

—No fue mi intención parecer descortés, señor Dragón. Solo que, como mago y científico, cuento con que todo nuevo proceso presente algún problema. Es lo natural. Este proyecto ha progresado uniformemente bajo vuestra guía. No me cabe la menor duda de que el producto recibirá vuestra aprobación.

El Dragón flexionó sus alas ligeramente, despreciando las observaciones de Wilson.

Muéstrame.

—Como deseéis, señor Dragón. —Wilson se humedeció los labios con una lengua rosada que apenas asomó bajo su bigote—. Con vuestra indulgencia, tardará unos minutos.

El Dragón siguió en silencio. Wilson se giró rápidamente y desapareció entre las sombras de un túnel lateral. Un momento más tarde reapareció en un corredor que conducía al suelo de la cámara, donde cruzó unas palabras con cuatro compañeros.

Hart quería ver más de cerca la operación. Rebuscando en su bolso, encontró unos gemelos. Dio un golpe en la montura con un dedo, para ajustarlos a ampliación, y se los llevó a los ojos. Lo que vio en las pantallas era fascinante, aunque entendía muy poco de las abstrusas y herméticas fórmulas, y mucho menos de las fórmulas químicas. Deseó tener una copia para estudiarla con tiempo.

Las consolas captaron su atención cuando se quedaron en blanco a los primeros sonos del cántico que empezaba a elevarse del grupo de magos reunido allí abajo. Inspeccionó la concavidad del suelo y advirtió que todos los técnicos, salvo uno, habían desaparecido. Ese estaba conectando una manguera a un depósito sobre ruedas. El otro extremo de la manguera estaba ya conectado al receptáculo. El técnico se movió hasta llegar a un panel cercano, donde ajustó algunos controles. Un fluido de un verde bilioso se filtró dentro del depósito, donde se mezcló con el líquido hasta que este tomó la apariencia de jade fundido. Mientras más fluido verde entraba, más lento se hacía el movimiento de la forma que nadaba en el interior del depósito, hasta que al final se detuvo. Aparentemente satisfecho, el técnico apagó el panel y salió de la fosa.

En cuanto desapareció de la vista, los magos alzaron sus voces, fortaleciendo el cántico. Los cuatro que se habían unido al mago se dividieron en parejas y se ubicaron en lados opuestos del contenedor. El volumen de la canción se incrementó mientras Wilson avanzaba hasta el tanque. Las dos parejas de magos se separaron; uno se quedó donde estaba en tanto que el otro se movía un cuarto de circunferencia. Con los puntos cardinales ocupados, alzaron su cántico hasta casi ser un grito antes de pasar a una suave invocación.

Dentro del círculo hermético, Wilson ejecutó una serie de intrincados movimientos con las manos. Los amplios ademanes descritos por sus brazos se hicieron ca a vez más reducidos hasta que solo las manos y los dedos se movieron. Entonces también se detuvieron. Un instante después, Wilson retrocedió. Con un gesto de su mano derecha hizo que bajara un arnés desde la oscuridad del techo. Como una flácida araña que descendiera por su tela, las correas se sumergieron en el líquido, otra vez traslúcido, para fijarse como serpientes alrededor de la inerme forma. Wilson alzó la mano y el arnés ascendió al instante.

La figura que surgió del tanque era humanoide. Aunque estaba desnuda, Hart no pudo distinguir ninguna característica sexual, ni primaria ni secundaria. Ya no era una sombra, y pudo ver que su piel era tan blanca y lechosa como lo había sido el fluido cuando ella llegó. La carne era suave y sin arrugas, escasamente marcada por los músculos. Parecía de alguna manera indefinida.

Alrededor del tanque, las pantallas de los ordenadores se encendieron con nueva vida, mostrando columnas e hileras de cifras así como fórmulas e ilustraciones de diagnosis. A Hart no le interesaban los números y gráficos. La inerme forma, a la vez atrayente y repugnante, absorbía toda su atención. La fuerza de su fascinación borró todo su frío profesionalismo habitual.

—Extraordinario, ¿no es cierto?

Hart se sobresaltó. No había observado la partida de Wilson del área que rodeaba el receptáculo, y mucho menos su retorno a la plataforma.

—Nunca he visto nada parecido.

—Nadie lo ha hecho. Eso es una de las cosas que lo hacen valioso.

Dirige tu atención a los datos de las reacciones, Hart.

Ella se irritó ante el uso de su nombre frente al mago, pero hizo lo que se le ordenaba. Al examinar los datos físicos mostrados en la pantalla, lanzó un silbido. Los datos habrían concordado con los de un atleta olímpico, pero ningún atleta había jamás sobresalido en tantos aspectos.

—Óptimo —concluyó.

El Dragón mostró su satisfacción.

Muy bien.

El mago se inclinó, agradecido. La expresión de su rostro era una cuidadosa mezcla de sirviente elogiado y sabio reconocido, pero Hart pudo ver que, tras esa máscara servil, el alivio era la auténtica emoción.

El Dragón se puso de pie, arqueando el cuello en un gesto que irradiaba satisfacción. Cuando dejaron atrás la cámara de nacimiento y las barreras tanto astral como no mágica se cerraron, habló:

Creo que ha llegado el momento de que el señor Dragón empiece la Operación Renegado.

Hart alcanzó a percibir la expectación de la bestia.

—Surgimos del polvo de este planeta y al planeta volvemos, en un ciclo sin fin. Y, sin embargo, mientras nuestra envoltura regresa a la unidad con la Tierra, nuestros espíritus siguen adelante para responder de nuestros actos. Consideremos ahora las obras de los hombres, en especial las de nuestro hermano Jiro.

El sacerdote dejó de hablar y, tras unos escasos «amén», el silencio llenó la pequeña capilla. La sala distaba mucho de estar abarrotada. Además de Sam, Hanae y el sacerdote, solo otras diez personas estaban presentes. Jiro no había hecho muchos amigos en su año en el recinto. La mayoría de los asistentes estaban relacionados con su trabajo. De su familia, solo había acudido su tío.

Las únicas flores eran una rama de cerezo, con sus flores de invernadero marchitándose rápidamente. Su aroma se entremezclaba con el húmedo olor del suelo de tierra.

Sam contempló el ataúd hecho de cartón. Era un papel barato y degradable acorde con el credo conservacionista. El papel era barato en el noroeste. Había leído que los creyentes de otras regiones usaban bolsas de tela o dejaban el cuerpo descubierto.

El rumor de las ropas de algodón del sacerdote atrajo la atención de los asistentes.

—Hermanos y hermanas, estamos todavía aquí, vivos en un mundo vivo. Nuestro hermano Jiro se ha movido en el ciclo inacabable. Rogamos porque haya alcanzado la unidad con el gran espíritu de la vida. Ahora despedimos su envoltura, no para enterrarlo en la tierra, sino para que tenga una apropiada y gloriosa dispersión. Lo que fue nuestro hermano nos enriquecerá a todos.

Mientras hablaba el sacerdote, el ataúd se deslizó hacia el muro interior de la capilla y desapareció en la oscuridad. Allí, los ayudantes quitarían el cadáver del ataúd y enviarían este al reciclador de basuras. Cualesquiera órganos utilizables de Jiro ya habían sido extraídos y enviados a los bancos de trasplantes. Los restantes se reducirían a los componentes constitutivos. Los conservacionistas se tomaban el reciclado seriamente.

—La familia me ha pedido que anuncie un aperitivo en el local de Alimentos Naturales Hsien en el nivel ciento cuarenta y cuatro. Aquellos que quieran hacer una contribución en memoria de Jiro encontrarán la lista de organizaciones referidas en el expositor que hay junto a la puerta de la capilla. Pueden, naturalmente, contribuir directamente a la Iglesia de la Tierra Completa. Todas las donaciones desgravan. Gracias por asistir.

El sacerdote se inclinó y desapareció entre las sombras del fondo de la capilla. Cuando Sam y Hanae se volvieron tras un momento de respetuoso silencio, Sam se sobresaltó al ver a Alice Crenshaw de pie junto a la puerta. Nunca había imaginado que la cínica guardia de seguridad acudiera. Siempre había hecho a arde de estar endurecida a todo.

Decidiendo que quería hablar con Crenshaw, Sam dirigió a Hanae en dirección a

la oficial de seguridad. Pero, antes de que hubieran avanzado ni dos metros, un hombrecillo con un conector de porcelana en la sien derecha les salió al paso. El conector y su insignia de solapa lo identificaban como operador de la Renraku.

—¡Hey! ¿No es extraño? —empezó el hombre sin preámbulos. Sigues averiguando cosas de la gente hasta después de que se han muerto. No sabía que Jiro fuera un conservacionista. ¿Tú sí?

—No —replicó Sam, irritado por la desvergüenza del hombre.

—¡Eh, tío! Debías saberlo —insistió—. Eras su mejor amigo. ¿Warner, no?

—Verner. No puedo decir que fuera su mejor amigo. Solo nos conocíamos. Jiro no intimó demasiado con nadie después de la muerte de su esposa.

—Ya. Aunque seguro que tú lo conociste mejor que nosotros, los de Datos. —Los ojos del hombre hicieron una rápida exploración de la habitación—. Tienes razón en eso de que no tenía demasiados amigos. Había supuesto que vendrían más compañeros ge la oficina, aunque fuera un solitario. Por el espíritu de *zaibatsu* y todo eso. Pero supongo que para inculcar ese espíritu se necesita algo más que un salario, ¿no crees?

—La compañía no exige nada con respecto a la asistencia a actos religiosos aquí en América —observó Sam, manteniendo su voz cuidadosamente neutral. Creía que era la mejor manera de conseguir que el hombre cesara en sus preguntas y lo dejara proseguir sus asuntos.

—Aquí en... ¡Ah, ya!, es cierto, viniste del Japón al mismo tiempo que Jiro, ¿no? —El hombre no esperó una respuesta—. Supongo que es totalmente diferente que aquí. Nada de indios gobernando a las personas con educación. He oído que ni tan siquiera tienen problemas con los metas. Los colocan en reservas o algo así.

—No puedo saberlo —dijo Sam entre dientes—. No salgo demasiado.

—¿Has oído hablar de esa isla, Yomi, creo que es, donde meten a todos los orcos trolls?

Sam controló su ira. Sin duda ese hombre era insensible. Discutir con él sería inútil y, además, no quería provocar ninguna escena en la capilla.

—Yo era un *shaikujin*. Como buen asalariado, jamás me alejé de las propiedades de la Renraku excepto por asuntos de la Corporación. La compañía tiene poco que ver con los así llamados Despertados, de manera que no vi a muchos de ellos.

—¡Como si no supiera lo que quieres decir! Tuve una compañera que era un mecánico endiabladamente bueno. Casey, una tipa excelente, aunque fuera una enana. Consiguió un empleo en la Raku a través del programa de I.O.E. No habían pasado seis meses cuando su jefe la acusó de negligencia. No podía ser cierto, naturalmente. Conocía a Casey. Tío, cuidaba sus máquinas como si fueran bebés, pero cogió sus cosas y se largó en vez de enfrentarse a la comisión. He oído que está en la Mitsuhamas. También son japoneses, pero se toman menos en serio la cuestión de la superioridad asiática.

Sam pudo ver cómo Crenshaw salía.

—Mira, eh...

—Addison —lo interrumpió cordialmente el hombre—. Billy Addison.

—Addison-san, ha sido un placer hablar con usted, pero ahora tengo que irme.

Sam tomó el brazo de Hanae e intentó rodear a Addison. El operador extendió su mano enfrente del pecho de Sam.

—Espera un minuto. Mira, realmente quería preguntarte algo. Yo..., bueno..., nosotros los de Datos nos preguntábamos acerca de un punto. Verás, sabíamos que eras amigo de Jiro y, bueno...

—¿Bueno, qué?

Addison se removió, inquieto. Torció la cabeza para ver si alguien estaba lo bastante cerca como para escuchar sus palabras. Cuando vio que la capilla se había vaciado, su rostro se relajó ligeramente.

—Hay... Corre el rumor de que Jiro estaba «pirado» cuando se cayó.

—¿«Pirado»? —preguntó Hanae.

—Sí, ya sabes, utilizando chips de simsens.

Hanae se llevó una mano a la boca para contener una exclamación. Se suponía que los chips de simsens eran simulaciones sensoriales que alguien instalaba en su cabeza a través de un conector o un receptáculo especial para chips. Permitían «revivir» experiencias como si uno las estuviera realizando. Pero las experiencias eran más que reales. A diferencia del simulador ordinario, todas las impresiones sensoriales de simsens eran incrementadas electrónicamente hasta categorías que excedían la experiencia de cualquier persona normal. Se decía que las impresiones eran así increíblemente apasionantes, más sensuales que cualquiera que la vida pudiera ofrecer. Sam no sabía si eso era cierto, pero sabía que el simsens provocaba adicción. A menudo los usuarios se perdían en el mundo del chip y abandonaban el mundo real hasta que morían por negligencia o el mundo real se introducía fatalmente en su percepción.

De improviso Sam se dio cuenta de que un usuario podía, perdido en su falsa realidad, tropezar con una barandilla y tener una caída mortal. ¿Era eso lo que le había pasado a Jiro? A medida que el aniversario de la muerte de Betty se acercaba, Jiro se había ido hundiendo en la depresión. Era cierto que se había «flipado» un tanto tras su regreso a la Renraku, pero se había mantenido alejado de lo fuerte. Incluso había contado con la aprobación del doctor, el cual le había recetado ciertos chips como parte de una terapia de reintegración.

Este hecho daba una nueva luz al asunto. Ciertamente Sam no quería discutirlo con Addison, ni quería entrar en el tema con Hanae cerca.

—Eso no es nuestro problema. Además, ¿qué importa ahora?

—Bien, no demasiado para Jiro. Pero estamos pensando en la reputación del departamento; ya sabes, si se extiende el rumor de que estaba «pirado», alguien podría iniciar una investigación. ¿Sabes que *kansayaku* Sato viene? Ya sabes, el hombre del hacha. Podría... —El hombre dejó en suspenso sus palabras y alzó las

cejas en una expresión conspiradora—. Bueno, estamos preocupados.

Una preocupación que Sam podía entender, en especial si alguien del grupo de Addison tenía algo que ocultar. Fuera cual fuese el problema al cual Addison aludía, no podía constituir un perjuicio material para la Renraku. Si lo fuera, Addison o cualquiera que estuviese involucrado ya estaría huyendo.

La mención del *simsen* podía significar que alguien del departamento tenía el hábito del chip. Muchos operadores empleaban chips como distracción, pero la mayoría sabía o suficiente acerca de ellos como para mantenerse alejados del *simsen*. El hecho de que un operador estuviera metido en ese peligroso pasatiempo acarrearía una mancha en el expediente que podía afectar a su promoción. Era algo lógico. Ninguna Corporación quería confiar los secretos de su Matriz a alguien que fuera un drogadicto. Se conocían demasiados casos de operadores chantajeados que habían robado archivos o de usuarios enloquecidos de la Matriz que rompían sistemas cuando sus alucinaciones se entremezclaban con la realidad de la Matriz, de por sí alucinatoria. Un operador «flipado» sería sin duda sancionado y relegado.

Y eso no era todo. Si Addison o uno de sus compañeros había proporcionado a Jiro un chip, y si Jiro se había caído bajo su influencia, la acusación mínima sería de homicidio. Sam no recordaba ninguna mención de los chips *simsen* en los archivos del hospital, pero eso no quería decir nada. Si alguien se las había compuesto para que Jiro tuviera ese chip, él mismo podía haber estado cuando Jiro se cayó y haber quitado entonces el chip antes de que llegaran los médicos. Esa persona lamentaría una investigación que pudiera descubrir su complicidad.

¿Había estado alguien del departamento manejando el icono de Jiro cuando Sam lo había encontrado en la Matriz la semana pasada? El departamento de datos conocía el estado de Jiro, y podía haber tenido acceso físico a su ciber teclado. Un operador frito hubiera sido imposible de ocultar, pero un buen equipo de fondo podía haber sido capaz de desconectarlo del icono antes de que el hielo negro lo cogiera. Utilizar el ciber teclado de otra persona estaba castigado con la expulsión de la Corporación, amén de unas multas elevadas, pero eso no era siempre suficiente para detener a un pirata osado. Pero, además, quienquiera que hubiese estado manejando el icono de Jiro había estado manipulando el Muro, lo que significaba sanciones todavía más duras. Si uno del grupo de Addison estaba tras el icono de Jiro, todos serían despedidos en caso de descubrirse sus actividades. Tenían razones más que suficientes para buscar encubrirse.

—No se preocupe, Addison-san. No creo que haya ninguna investigación en lo que respecta a los chips. —Mientras lo decía, Sam comprendió que sí la habría. Jiro tenía un historial de abuso de chips, pero su archivo hospitalario no lo mencionaba. Y tendría que haber habido una investigación del accidente de Jiro. Por otra parte, si Addison y sus compañeros encubrían algo, el operador no estaría allí haciendo nerviosas preguntas. Alguien más estaba involucrado, alguien que ocultaba algo tras la oficial falta de interés. Crenshaw estaba en seguridad. Quizás ella sabía algo—.

Realmente tengo que marcharme.

—Sí, claro. —Addison dio un paso atrás, con una sonrisa nerviosa en el rostro—. Bueno, gracias de todas formas, Warner. Eres un buen tipo.

Sam se apresuró hacia la puerta de la capilla. Hanae, sin hacer preguntas, intentó mantener su ritmo, pero tras algunos pasos lo dejó marchar. Sam se lanzó hacia adelante, ansioso por alcanzar a Crenshaw. Buscó por el parque adyacente a la capilla, pero no pudo verla. De pronto la distinguió tras un seto, ya casi fuera del límite de su vista, y corrió tras ella.

Al oír sus pasos la mujer miró hacia atrás sin dejar de andar. Sam alzó la mano y empezó a llamarla, pero ella giró y apresuró el paso. Al llegar a una bifurcación del sendero, donde se alzaba la estatua del jefe Sealth, desapareció de la vista tras unos árboles.

Sam corrió en pos de ella. La respiración comenzó a hacérselo dificultosa. Estaba demasiado obeso, demasiado fuera de forma para eso. Cuando llegó a la intersección de los senderos, resbaló al intentar girar. Desanimado por lo que vio, dejó que el impulso lo llevara hasta la estatua. Se apoyó sobre el pedestal y, resoplando, volvió a mirar. El sendero que Crenshaw había tomado estaba vacío.

No había desviaciones que hubiera podido tomar en el tiempo que le había llevado llegar hasta allí. Ella había abandonado el sendero adrede. ¿Por qué?

No podría encontrar la respuesta ese día. No tenía la menor esperanza de encontrarla en el parque. Sin duda Crenshaw conocía los trucos suficientes como para evadirse de su ingenua persecución.

Ella había estado presente cuando Betty Tanaka murió, y había compartido la cautividad con él y con Jiro. Crenshaw podía sentir suficiente... ¿qué?, ¿afecto?, ¿lealtad?, ¿curiosidad? como para acudir al funeral de Jiro. Había visto a Sam y se había dado cuenta de que quería hablar con ella. ¿Por qué había huido?

No tenía sentido. Sencillamente no tenía hechos concretos: solo posibilidades. Estaba empezando a sospechar que quizá no quisiera saber lo que era real y lo que era una cortés ficción o una rotunda mentira. Había sido educado en la creencia de que la verdad era importante, pero empezaba a sospechar que no le gustaría la verdadera historia.

Alguien —casi con seguridad perteneciente a la Corporación— estaba ocultando hechos concernientes a la muerte de Jiro. Tal vez era un ejecutivo ambicioso que estaba practicando el engaño en beneficio de sus fines personales, estafando a la Corporación para favorecer sus propios planes de búsqueda de poder individual.

«Escúchate. Estás empezando a hablar como uno de los imbéciles de *Las confesiones de un hombre de la Compañía del canal veintitrés*», se dijo.

Sam quería reír, pero no pudo. Había visto demasiadas pistas que indicaban que algo se estaba pudriendo. ¿Cuánto de aquello que había creído cierto era una mentira total? Estaba pensando en ello cuando Hanae llegó junto a él, jadeante y con el rostro enrojecido. Sam advirtió que solo era cansancio y no ira. La preocupación le arrugaba

la frente.

—¿Por qué huiste?

—No lo hice. Vi a Alice Crenshaw, y quería hablar con ella acerca de Jiro. Ella lo conoció también. Intentaba alcanzarla, pero me dio esquinazo deliberadamente. Sabía que quería hablar con ella, y se escabulló. Como el resto de la compañía, me evitó.

—Yo no te estoy evitando, Sam —dijo Hanae suavemente.

Era cierto. Había sido muy buena con él, siempre dispuesta a brindarle un hombro en el que apoyarse. ¿Por qué dudaba acerca de sus sentimientos para con ella? Como siempre que quería librarse de su inquietud, la abrazó. Hanae se estrechó contra él, al parecer satisfecha con la seguridad física de sus brazos. Todavía no había percibido que él no se relajaba de la misma manera que ella. O, si se había dado cuenta, quizá lo atribuía a las tensiones que lo habían afectado sin descanso desde que se conocían. Ciertamente, él las había proclamado en voz alta una y otra vez.

—Mi vida ha llegado a un callejón sin salida —dijo él, sabiendo que era una frase gastada.

—No hables así, Sam. —La preocupación era evidente en su tono—. La Renraku es nuestro hogar.

—Una especie de hogar. Me dejan vivir en él, pero ya no consigo buenos trabajos. Han rebajado mi rango de seguridad. Es un callejón sin salida.

Notó cómo ella se tensaba en sus brazos. Hanae siempre decía que le gustaba más cuando estaba contento, y que haría cualquier cosa para lograr que lo estuviera todo el tiempo. Quería creerlo. Más aún: quería creer que ella podía hacerlo. Cuando notaba la preocupación de ella por su bienestar, ansiaba ser el hombre que ella quería que fuese.

—Podría aceptarlo, si solo me dejaran ponerme en contacto con Janice. Saben lo que le ha sucedido. ¿Por qué no me lo dicen?

—Deben de tener alguna razón.

Sam no estaba tan seguro. Ya no.

Hanae no pareció notar su falta de respuesta.

—Cuando Sato-*sama* llegue —prosiguió—, verás cómo las cosas cambian. Te necesitará para que el proyecto funcione, y se uro que te ayudará. Después de todo, es el asistente de Aneki-*sama*, y Aneki-*sama* era tu protector. La Renraku cuida de los suyos. Todas estas penalidades habrán sido por alguna causa. Sato-*sama* te ayudará.

«¿Como me ayudó en Tokio?», pensó.

—No lo creo.

—Por lo menos, debes intentarlo.

Sam forzó una sonrisa.

—De acuerdo.

Alice Crenshaw cerró la puerta de la oficina exterior, cortando las protestas de la recepcionista del director de seguridad. La pequeña imbecil ya habría debido estar habituada a su costumbre de entrar sin llamar.

El ayudante del director, Jhoon Silla, estaba de pie entre la puerta y la mesa del director, ocultando tras de sí a su amo. Silla vestía su usual uniforme rojo immaculado, con el logotipo dorado de la Renraku y la estrella de capitán brillando en su cuello. Su blanco cinturón de Sam Browne refulgía suavemente con la luz indirecta de la lujosa oficina. El joven estaba rígido, dispuesto a actuar, con la mano bajo la solapa de la funda, apoyada en la culata de la pistola.

—Muy protector —dijo la mujer mientras avanzaba—, pero lento. Deberías haber estado en la puerta antes de que la cerrara.

Tadashi Marushige se recostó cuando ella rodeó a Silla. El director de seguridad enlazó las manos sobre el escritorio y la miró con rostro inexpresivo. También él llevaba el uniforme militar de diario de la compañía, con la insignia de general de las fuerzas militares de la Renraku en el cuello. Crenshaw nunca había visto a Marushige llevar el uniforme excepto para revistar a los selectos guardias Samuráis Rojos. Por lo general prefería dejar de lado el uniforme y usar un simple mono.

—Llegas pronto —observó Marushige mientras Crenshaw se sentaba en el brazo de un sillón a la izquierda del escritorio.

—Una costumbre útil.

La mirada de Marushige fue sin duda iracunda.

—Continúa con lo que hacías, por favor —dijo ella, sabiendo que su insolencia lo irritaba.

—Muy bien —replicó el general fríamente—. De todas maneras estábamos acabando.

Hizo un gesto a Silla, este empezó a recoger mapas del escritorio y a meterlos en un portafolios. El ayudante sacó un maletín del otro extremo del escritorio y deslizó el portadocumentos en uno de los compartimientos. Sin moverse de su sitio, Crenshaw giró la cabeza para ver cómo Silla cruzaba la habitación y, dejando el maletín en el suelo, tomaba posición junto a la puerta. Notó los capotes y gorras que estaban colgados en la pared tras Silla; su presencia indicaba que se avecinaba una operación fuera del recinto. Curioso. Tomó nota mentalmente para comprobarlo con sus fuentes una vez que hubiera acabado la entrevista.

Se volvió otra vez hacia Marushige, quien esperaba, silenciosamente, mirándola con sus ojos castaños. Él continuó guardando silencio. Al fin, Crenshaw se rindió ante su paciencia.

—No soy la única que ha adelantado sus planes hoy. —La respuesta del director fue un gruñido que ella tomó como una petición de explicaciones—. Pensaba que te interesaría saber que tu cita de las once de la mañana se ha adelantado. Nuestros

amigos de la Dirección Especial vienen hacia aquí.

—Interesante. —Si Marushige se sorprendió, no dio muestras de ello, aunque Crenshaw sospechaba que ignoraba el hecho. Sin duda había estado inmerso totalmente en la sesión de planificación con su ayudante, por lo que había dado órdenes de que no lo molestaran—. Y, sabiendo que yo desearía que estuvieras en la reunión, dejaste lo que tenías entre manos para venir al instante.

Crenshaw hizo caso omiso del sarcasmo presente en la voz del director.

—Naturalmente.

—Muy elogiabile.

Un halago procedente del director, aunque fuera expresado irónicamente, era por completo inusual. Crenshaw mantuvo el rostro en calma para no dejar traslucir su sorpresa. Extendiendo la mano hacia su bolsillo interior, extrajo su pitillera. Con aire despreocupado, sacó uno de sus cigarrillos de papel marrón y lo encendió en el punto de ignición de la pitillera.

Marushige esbozó una leve sonrisa durante toda la operación. Cuando Crenshaw exhaló la primera bocanada de humo, abrió un cajón de su escritorio, extrajo un cenicero de cristal y lo deslizó a través de la mesa.

—De hecho, todas tus actividades en el recinto han sido elogiabiles —dijo con voz suave—. ¿Has disfrutado de tu estancia en Seattle?

—No es Tokio.

—Ah, sí. Has pasado la mayor parte de tu larga carrera trabajando en la oficina de Tokio.

A Crenshaw no le preocupó el tono que empleó al pronunciar la palabra «larga». Sonaba demasiado como un discurso de despedida.

—Ambos conocernos mi expediente. ¿Cuál es el tema?

—Tu expediente es el tema, Crenshaw-san. Tanto tu comportamiento aquí como tus experiencias previas en Japón te convierten en la candidata más apropiada para un trabajo muy especial.

«¡Maldita sea! —dijo para sí—. El incordio ha encontrado por fin un trabajo al que no me podré negar. Está tan satisfecho que debe de ser algo suicida. —Le dio una larga chupada al cigarrillo, dejando que el seco humo le impregnara los pulmones—. No creía que tuviera suficiente estómago como para intentar eso.»

—Como sin duda sabes —continuó Marushige—, uno de nuestros principales directivos de la Renraku, kansayaku Horiro Sato, honrará al recinto con una visita. Está llevando a cabo una investigación acerca de ciertos hechos y una auditoría destinada a la central. Naturalmente, la seguridad será una preocupación prioritaria. El *kansayaku* es era recibir una atención de primera línea que o, debido a otros asuntos ineludibles, no estoy en disposición de proporcionar. Por tanto, es mi deseo que actúes como mi oficial de enlace con *kansayaku* Sato.

»Por supuesto, serás responsable de la seguridad personal del *kansayaku*.

Crenshaw sintió tanto alivio como sospecha. Ciertamente, no quería enfrentarse a

una operación exterior. Era demasiado vieja para esas tonterías, y sus accesorios estaban por lo menos una generación por detrás de los que pudieran llevar sus oponentes. La misión que Marushige le proponía implicaba un alto riesgo, pero no físico. Con los recursos de la Renraku, ningún enemigo tenía la menor oportunidad de acercarse siquiera a Sato. Pero, con un ejecutivo tan notoriamente difícil de complacer, su carrera podía estar en la cuerda floja. Un desliz a la vista del *kansayaku*, por pequeño que fuera, y debería prepararse para un retiro inmediato.

—¿Qué pasa si rechazo el... honor?

—Tus deseos al respecto son irrelevantes. —Marushige bajó la vista para posarla en la consola de su escritorio—. Parece que tenías razón al respecto de un adelanto de cierta cita. Han llegado dos directores especiales.

Pulsando una tecla de su consola, comunicó a su recepcionista la decisión de admitir a los visitantes.

Vanessa Cliber anunció su entrada con un portazo que hizo estrellar la punta contra una antigua mesa de altar. El pelo, tirantemente recogido, le caía en una cola desde la nuca, y tenía el rostro acalorado, con una expresión de feroz determinación. Avanzó rápidamente hasta el escritorio y arrojó sobre este un montón de discos de datos, que rebotaron en todas direcciones. La mayoría se detuvieron en la superficie de la mesa, pero algunos cayeron al suelo.

Crenshaw sacudió la cabeza, azorada ante el desenfreno de Cliber. Esta no era precisamente la manera de causarle buena impresión a un japonés.

—¿Qué significa esto? —estalló Cliber—. Sherman va a llevarse un susto de muerte.

Marushige se mantuvo imperturbable. Se levantó e hizo una ceremoniosa reverencia de bienvenida antes de hablar.

—Buenos días, directora Cliber. No entiendo su referencia al presidente Huang, pero sospecho que significa que se perturbará tanto como lo está usted.

—Condenadamente cierto.

—Bueno, entonces, y ya que requerirá cierto tiempo recoger los discos que tan impetuosamente me ha entregado, quizá pueda darme un adelanto de qué es lo que contienen que tanto la molesta.

Marushige se sentó mientras Silla ponía un asiento tras Cliber. Esta hizo caso omiso del asiento.

—Sabe condenadamente bien cuál es el problema.

El director de seguridad se encogió de hombros y volvió su atención hacia el otro recién llegado.

—Ah, doctor Hutten. Por favor, excuse mis pobres maneras. Su llegada resultó algo eclipsada. Silla, ofrécele al doctor un asiento.

Hutten dio las gracias con la cabeza antes de susurrar algo a Cliber. Esta hizo un gesto brusco de asentimiento y, con una inspiración profunda, se sentó. Hutten hizo lo mismo en cuanto Silla le alcanzó una silla de las que había alineadas en la pared.

—Por favor, disculpe a Vanessa, general Marushige. Ha dormido muy poco en los últimos días. Hemos tenido graves problemas con las secuencias de integración.

Marushige sonrió comprensivamente.

—Lo entiendo muy bien, doctor. Puesto que han llegado a la cita con anticipación, debo suponer que las cortesías habituales no serían de su agrado, de modo que vayamos al asunto. ¿En qué puedo serles de utilidad?

Cliber lanzó una carcajada irónica.

—Ya lo sabe. Le he enviado las suficientes notas. No parece que hayan tenido ningún efecto en su personal.

—Ah, sí. Le aseguro, directora, que sus mensajes han pasado por mi mesa. En la Dirección de Seguridad estamos trabajando lo más rápidamente posible en ese asunto.

—En ese caso su personal está compuesto de malditas tortugas.

—¡Vanessa!

—Lo siento, Konrad —se disculpó Cliber; guardó silencio unos momentos para calmarse antes de continuar—. Seguridad no ha aprobado ninguna de nuestras peticiones de personal durante los últimos cuatro meses. Estamos terriblemente necesitados de personal. Si no puede dar el visto bueno a los expertos en computadores que necesitamos, por lo menos proporciónenos algunos técnicos. Incluso los investigadores serían de utilidad.

—En efecto —coincidió Hutten—. Había unos cuantos muy prometedores en la lista de personal. Estamos especialmente interesados en Schwartz, Verner y Chu.

Crenshaw aplastó su cigarrillo en el cenicero que había puesto en el brazo de su silla. La fuerza de su movimiento desequilibró de su soporte al recipiente; este cayó a la alfombra, y todo su contenido se dispersó.

—Tomemos a este Verner, por ejemplo —dijo Cliber secamente—. El tipo trabajó durante años en la oficina de Tokio. Alto nivel, en primera línea entre el personal de operaciones. Incluso tiene menciones de Aneki. ¿Qué se requiere para que su gente apruebe a alguien?

—Los tiempos cambian, la gente cambia —murmuró Crenshaw.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Verner está clasificado como arriesgado.

—No recuerdo haber visto esa anotación en su expediente —comentó Hutten.

—Es un riesgo, digo. —Crenshaw escupió las palabras. Jamas le habían gustado los interrogatorios de investigación. Confiaba en que sabían hacer su trabajo, así como ellos deberían confiar en que ella supiera hacer el suyo. ¿Por qué simplemente no aceptaban su palabra?

Marushige cortó la respuesta de Cliber.

—No necesitamos meternos en casos particulares. Directora Cliber, doctor Hutten, tomo nota de su queja.

—Y la de Sherman.

—Y la del presidente Huang. Pero poco puedo hacer en este tema. La responsabilidad de la Dirección Especial es producir una inteligencia artificial totalmente sensible. Si eso es posible, constituirá un hecho de importancia mundial. Pero no podemos dejar que nuestros competidores roben nuestro trabajo.

—No nos alcanzarán en años.

—Eso es lo que usted dice, directora. Pero ¿y si los programas de nuestros competidores han quedado trabados en algún punto que nosotros ya hemos resuelto?

Un espía les podría proporcionar esa información crucial.

—Nadie está tan cerca como lo estamos nosotros —insistió Cliber.

—Bien puede ser, directora. Usted puede permitirse esa creencia, pero yo no. La Dirección de Seguridad es responsable de evitar que incluso la misma existencia de las investigaciones de la Renraku acerca de la inteligencia artificial lleguen a oídos de nuestros competidores. La mayoría de nuestra gente no tiene conocimiento de ellas. No puedo permitir que un agente entre en el proyecto.

—No hizo tan buen trabajo la semana pasada —se burló Cliber.

—Ah, ¿se refiere a la usurpación del icono de representación de Tanaka?

—¿A que otra cosa podría referirme? ¿O es que han descubierto además otros errores de seguridad que nos han ocultado?

La sonrisa de Marushige se le congeló en el rostro. Su mirada se endureció, pero su voz siguió en tono bajo y suave.

—Naturalmente que no, directora. Mi dirección siempre asume sus errores. Les informamos del incidente de inmediato, ¿no?

—Por supuesto, pero no nos han comunicado nada desde entonces.

—No ha habido nada que valiera la pena comunicar. Saben ustedes mejor que nadie lo intrincadas que deben ser nuestras medidas de seguridad en la Matriz. La mayoría de nuestros operadores trabajan en zonas estrictamente limitadas, operando sin tener un conocimiento completo de lo que están protegiendo. Algunos informan de incidentes irrelevantes que creen que son importantes, mientras que otros quizá no nos comunican datos que puede que sí sean importantes. Nuestros operadores de identificación Zeta tienen la razonable seguridad de que no se robaron datos, pero no tenemos ninguna pista que nos permita determinar quién estaba controlando el programa de Tanaka.

—¿El hecho de que Verner estuviera presente tiene algo que ver con su clasificación como arriesgado? —inquirió Hutten.

—¿De qué están hablando?

—Estaba en la intersección cuando el intruso asaltó nuestras defensas.

Crenshaw lanzó una mirada a Marushige. El rostro del director era inexpresivo. Si lo sabía, no se lo había dicho. No le gustaban las implicaciones de todo eso.

—La señorita Crenshaw trabaja en los aspectos personales del problema —afirmó Marushige—. No existe ningún tipo de evidencia de que Verner estuviera involucrado en el intento de penetrar en el proyecto LA. Les aseguro que mi dirección está

realizando todos los esfuerzos para descubrir al responsable.

—¿Tan completos como los que hacen para proporcionamos el personal que necesitamos? —preguntó Cliber con ironía.

—Esta usurpación de representación es un ejemplo de las dificultades con las que nos enfrentamos. Sin duda, si alguien como Verner tuvo algo que ver con el intento de quebrar nuestras medidas de seguridad en los sistemas de computación, no querrían verlo asignado a una posición que le permitiría un acceso fácil a nuestros secretos. ¿Tengo razón, directora?

Cliber entrecerró los ojos.

—Si Verner es un riesgo, échelo. Si no, dénoslo.

—Es un riesgo para la seguridad del proyecto, y soy el responsable de la seguridad, directora.

—Y yo soy responsable de que el proyecto cumpla sus plazos.

—Entonces debe entender el peso de la responsabilidad la necesidad de hacer bien el trabajo.

—Sé lo que intenta hacer —declaró Cliber—, y me voy a asegurar de que Sato lo se a también.

—*Kansayaku* Sato hará sus observaciones y sacará sus propias conclusiones, directora —respondió Marushige con calma.

Cliber lo miró en silencio.

—Podemos irnos ya, Konrad —dijo al fin—. No vamos a llegar a ninguna parte aquí.

Se levantó bruscamente y se encaminó hacia la puerta. Hutten se alzó con dificultad, con una media sonrisa en el rostro, y esbozó una reverencia antes de seguir a su superiora.

—Silla —dijo el director suavemente—, dispón un automóvil.

Cuando la puerta se cerró tras su ayudante, Marushige se volvió para encararse con Crenshaw.

—Eres demasiado evidente en tu hostilidad, Crenshaw. Pueden informar de lo que dijiste con respecto a Verner.

Ella ya estaba irritada por sus manejos previos y no se sentía de humor para entrar en juegos con él.

—Que lo hagan.

—Deberías estar preocupada —le avisó—. Es tu trasero el que está a tiro.

—¿Por qué no te preocupas por el tuyo? Si patean mi trasero, echaré el tuyo a los perros. ¿Por qué no incluiste el diario de computación de Verner en el informe de seguridad? Sabías que él estaba allí cuando el Muro fue traspasado.

La mujer advirtió que Marushige se ponía tenso, y supo que el disparo había alcanzado el blanco. Le sonrió mientras se preparaba para retorcer el cuchillo en la herida y recordarle quién era la que mandaba en su relación.

—Esta vez no podrás decir que tu dosificador de droga se averió.

Las aletas de la nariz de Marushige se dilataron, como lo hacían siempre que ella sacaba a relucir su no tan secreta vergüenza. Marushige tenía implantado un dosificador automático que mantenía en un nivel constante ciertas drogas psicoactivas, a fin de controlar el desequilibrio químico de su cerebro que le provocaba violentos ataques de furia. Antes del implante había sido esclavo de sus impulsos y casi había sido despedido de la Corporación. Las drogas corrigieron el problema, pero, de vez en cuando, un error del chip en el cálculo de las dosis hacía que *mister* Hide saliera a la superficie. Marushige, desesperado por mantener su posición dentro de la Renraku, hacía todo lo que podía por ocultar esos lapsos. Su vergüenza le proporcionaba a ella una poderosa arma en su contra.

—Solo tienes que recordar quién tiene la filmación que muestra cómo maltratas al difunto y llorado Claybourne. Ese chico jamás habría quedado inválido si no lo hubieras pateado de esa manera.

—No debió dejar que le dispararan —dijo Marushige entre dientes.

Crenshaw rio y sacó otro cigarrillo.

No importa lo que pudiera haber hecho. No deberías haberle pegado. Hay muchas maneras de ser un maldito loco. Tú eres el que dañó su médula espinal.

—Era un incompetente.

—Eso es lo que dirán tus superiores acerca de ti cuando sepan que fuiste el responsable de la invalidez de una propiedad de la compañía.

—Las grabaciones pueden ser adulteradas. Sería tu palabra contra la mía.

—Debes de estar excitado, Marushige. Ya hemos discutido esto antes. La grabación será considerada auténtica en cualquier prueba que puedas imaginar.

—Si la sacas a relucir te implicarás en la incursión. Deberías haber detenido a esos incursores en la calle.

—Eso no está en mi contrato.

—El *kansayaku* puede que no lo vea así —dijo Marushige—. Se dice que valora mucho la iniciativa personal.

—Eso es lo que me ha llevado a estar donde estoy hoy. Me llevó de nuevo al centro de seguridad del recinto. Me consiguió una muy útil grabación en trivisión. Ya ves, tengo iniciativa —repuso ella con una fría sonrisa—, pero creo que debo seguir empleándola para usos particulares.

Marushige se recostó contra su sillón, cerró la mano derecha y rodeó el puño con la otra.

—Fuiste premiada por guardar silencio sobre el asunto Claybourne. A pesar del repulsivo método que empleaste para obtener el puesto, has sido un oficial de seguridad eficiente, pero no me llevarás más allá con este asunto, Crenshaw. Ten cuidado en no rebasar la línea.

—No te estoy presionando, Marushige. Puedes seguir ocupando el puesto cuanto quieras. No lo quiero. Pero, si intentas echarme, recuerda que tú te irás conmigo.

Marushige pasó el pulgar por la cicatriz de su mejilla izquierda. Tras unos

momentos, dijo:

—Sería más práctico que olvidaras tu obsesión por Verner mientras Sato estuviera aquí. El *kansayaku* está estrechamente en contacto con el director Aneki, y Verner, al parecer, era algo parecido a la mascota del viejo. Ninguno de nosotros necesita tener problemas.

—Tu preocupación es conmovedora —se mofó Crenshaw. Marushige no estaba preocupado por su bienestar sino por la posibilidad de que Sato husmeara y descubriera la manipulación de los registros de seguridad por arte del director. La verdad es que se alegraría si ella se las arreglaba para meter la pata y ser castigada. De esa manera, podría librarse de ella—. No creo que tengas mucho de que preocuparte. A Sato le disgusta Verner tanto como a mí.

—Esa es una afirmación arriesgada, e interesante, si es cierta —comentó Marushige—. ¿Cómo podrías saberlo tú?

—¡Eh! Todavía tengo unas cuantas conexiones en el negocio —rio Crenshaw.

Marushige sonrió ampliamente en respuesta, pero su mirada era fría y cautelosa.

Sam estaba nervioso, sin duda. Tenía las palmas de las manos húmedas y quería encontrar la sala de descanso más cercana. Si no lo llamaban en los próximos minutos, saldría y volvería antes de que fuera la hora de entrar.

Sam intentó mirar a los ojos al guardia uniformado de rojo que había sido su escolta desde que había salido del ascensor que lo había conducido a los pisos superiores del recinto. La mirada del hombre permaneció clavada en el vacío como lo había estado desde que se había situado frente a Sam, en el asiento de piel, en una pose casi tan fija como su mirada. Era inútil intentar comunicarse con él.

Tomando una decisión, Sam se libró del pegajoso abrazo del sillón. Antes de que se hubiera incorporado, el guardia estaba ya a su lado, con el rostro inexpresivo, a la espera de su siguiente movimiento. Sin duda el samurái estaba tan dispuesto a ser verdugo como escolta. Sam confió en que el hombre no estuviera demasiado defraudado por su lento avance hacia la mesa de la recepcionista.

—Discúlpeme... —Sonrió amablemente cuando la mujer elevó la vista de su consola—. ¿Tardará mucho?

La cálida sonrisa que ella le había dedicado antes no era ahora más que un recuerdo. La mujer guardó silencio durante unos instantes, con una expresión tan rígida y fría que toda belleza se diluyó de su rostro. Sam había rebasado las barreras impuestas por la educación, y ella pensaba hacérselo saber.

—Sato-sama lo llamará cuando esté dispuesto, Verner-san.

—Yo solo quería...

—Por favor, siéntese —lo interrumpió fríamente.

Su falta de cortesía le indicó a Sam cuán maleducado lo creía ella. En lugar de retirarse a los incómodos confines de su asiento, se concedió un punto a su favor por la larga espera soportada. Cruzando por delante de la mesa, entró en la otra mitad de la espaciosa habitación, aunque sabía que estaba penetrando en territorio reservado para aquellos de rango superior. La recepcionista no reaccionó ante esta rotura de las convenciones, pero estaba seguro de que lo comunicaría. Que lo hiciera. Su pequeña rebelión contra la etiqueta lo hizo sentirse un poco más dueño de la situación.

Ese lado de la sala de recepción no era más amplio que el otro, pero la decoración y los muebles eran más lujosos y había más gente. Dos Samuráis Rojos flanqueaban la pesada puerta de madera que conducía a la oficina interior. Otros dos hombres estaban sentados en un sofá que se apoyaba contra la pared. Uno de ellos parecía dormir, pero el otro volvió la cabeza mientras Sam atravesaba la alfombra persa. Aunque no podía ver los ojos tras las implantadas lentes de cromo, estaba seguro de que lo estaban inspeccionando.

Sam escogió una silla. Esta vez, una tapizada de tela; no necesitaba ayuda exterior para sudar. Por mucho que le habría gustado devolver la inspección del hombre de los ojos cromados, Sam consideró poco conveniente hacerlo directamente. Girando la

cabeza hacia la zona acristalada tras la mesa de la recepcionista, fingió interesarse en las actividades del enjambre de secretarías que trabajaban en su interior, de vez en cuando dejaba que su vista se desplazase hasta los Samuráis Rojos que estaban en la sala de espera.

Los samuráis no fueron de mucho interés. Eran tipos duros, competentes y sensatos como su propia sombra roja, que habrían sido peligrosos en una lucha, pero que no representaban ninguna amenaza para los buenos empleados como Sam.

Los otros dos eran diferentes. En las solapas llevaban identificaciones corporativas con un diseño familiar que enseguida reconoció como de la Renraku. A pesar de sus símbolos de afiliación, ninguno tenía el aspecto de lo que él consideraba un típico asalariado de la Renraku.

Con un sobresalto, Sam se dio cuenta de que conocía a esos hombres. O, más bien, sabía de ellos. En la semana transcurrida entre la llegada de Hohiro Sato a Seattle y la concesión de su entrevista, Sam había empleado su tiempo libre para hacer algunas investigaciones, en la convicción de que, cuanto más supiera sobre Sato, mejor parado podría salir de la inesperada audiencia. Había sabido que Sato siempre viajaba con un séquito, como era natural en un hombre de su jerarquía en una Corporación multinacional. Además de la usual multitud de secretarías, guardias, ayudantes y chóferes, había otras personas de utilidad más misteriosa que solían formar parte del cortejo de viaje del kansayuku.

Por las fotografías de los archivos, Sam reconoció al hombre de lentes cromados como Kosuke Akabo, un especialista en relaciones públicas. Si su ocupación era realmente la declarada, las relaciones que manejaba no eran sin duda las asignadas convencionalmente a tal función. Poseía el aire amenazante de un depredador refrenado, más aún que los propios guardias samuráis. El bien tallado traje gris de Akabo estaba confeccionado en un material caro, demasiado costoso para un asalariado típico, aunque el corte reproducía lo que el estilo moderno dictaba. Incluso para los poco entrenados ojos de Sam era evidente que Akabo era algo más que un oficinista de escritorio.

Akabo permanecía calmado pero alerta, sin hacer ningún movimiento extraño ni mostrar la tensa vigilancia de los guardias samuráis. La suya era la serenidad de un hombre que confía en que se dará cuenta al instante de cualquier amenaza. Quizá pudiera hacerlo. Su visión ciertamente había sido incrementada por medio de la técnica, y sus otros sentidos podían también haberlo sido.

Sam buscó subrepticamente signos de modificación pero, aparte de las lentes cromadas, no vio ningún añadido cibernético. Esto no eliminó su convicción de que el hombre de gris estaba más modificado que un samurái callejero cuya reputación dependía tanto del cromo visible como de su destreza en el combate. Sam estaba seguro de que Akabo era un guerrero, una protección para su amo.

El otro tenía que ser Harry Masamba, pues solo había un negro en la lista de los acompañantes de Sato. El expediente citaba a Masamba como especialista de tiempos

de producción, pero su profesión era tan obvia por su indecorosa actitud como por el símbolo que le cubría parte del rostro. Ningún asalariado que se respetase dormiría en la oficina de su jefe. Masamba era un mago. Quizá sus talentos eran tan poco comunes y tan valiosos que podía tomarse ciertas libertades en su comportamiento personal.

Sam reflexionó sobre la presencia del mago. Había sido educado para creer que la mayoría eran charlatanes que comerciaban con los crédulos, pero, a diferencia de su padre, había crecido en lo que la gente como Masamba llamaba el Sexto Mundo. Existían demasiadas pruebas como para negar que la magia existía. Sin embargo, no confiaba en sus practicantes.

No todos eran de la misma opinión. El mundo corporativo había acogido a la magia y sus magos, no tanto para sacar provecho de ello como por la protección que proporcionaban. Los magos eran demasiado raros y poco fiables como para trabajar en las cadenas de producción, pero ofrecían unas posibilidades sin igual en el campo del espionaje industrial. Y, si había magia en el bando contrario, el otro bando también tenía que tenerla, con lo que los magos consiguieron sitio en la seguridad corporativa. Casi todos los directores de las corporaciones multinacionales tenían magos en sus equipos personales para protegerlos. Los empleados menores tenían que conformarse con los magos a sueldo de la compañía, ya que una persona capaz de manipular las fuerzas mágicas era un recurso demasiado poco frecuente como para ser asignado a la ligera. El hecho de que Sato poseyera su propio mago demostraba su poder.

Poder era algo que Sato tenía a manos llenas en la Corporación Renraku. Tenía el título de *kansayaku*, pero era mucho más que un simple auditor de registros Financieros. También controlaba a las personas, podando la madera muerta de los inconformistas y apartándolos del árbol de la Renraku. Su reputación como verdugo era temible. Ahora estaba en Seattle donde el proyecto del recinto sufría demoras crónicas.

La visita de Sato no preocupaba a Sam personalmente. No había estado involucrado en tareas significativas que pudieran relacionarlo con los retrasos y, habiendo estado separado de las tareas de planificación desde que había salido de Japón, no tenía relación alguna con el personal directivo que podía ser responsable de los retrasos. Aunque los directores y su personal fueran trasladados o depuestos, lo más probable era que él siguiera donde estaba, comprobando archivos y comparando datos.

Pero la respuesta a su carta pidiendo permiso para ver a su hermana era preocupante. No veía razón por la que Sato quisiera hablarle en persona. ¿Acaso el *kansayaku* no había mostrado más que desprecio la última vez que se habían visto? Un cambio de actitud parecía totalmente injustificado a pesar de la creencia de Hanae de que eso era lo que cabía esperar. Últimamente Sam había visto demasiadas cosas bajo la superficie como para tener fe en el optimismo de ella.

La recepcionista lo llamó por su nombre, interrumpiendo sus reflexiones. Ya quisiera Sato ayudarlo o reprenderlo, la demora en acudir a la llamada no mejoraría la posición de Sam. Se alzó, compuso su chaqueta echó a andar bajo la fría mirada de Akabo. Tras él}: su sombra roja no se movió.

La oficina interior hacía que la exterior pareciera amueblada con restos encontrados en la basura. El vestíbulo de entrada era una magnífica cámara abovedada, con las paredes decoradas con obras maestras. Tras ella, se abría una amplia habitación de tamaño muy superior a la oficina que Sam compartía con una docena de compañeros. Por muy impresionantes que fueran los muebles, la larga pared exterior empañaba su efecto. La visión directa del cielo de Seattle ofrecida por los ventanales que cubrían toda la pared era vagamente turbadora tras el largo aislamiento de Sam en el recinto.

A mitad de camino entre la entrada y la ventana, se alzaba un solitario escritorio, elevado sobre una tarima de madera oscura. Un hombre bien vestido estaba sentado tras la mesa de mármol, en un sillón tapizado de gamuza.

Sato.

Se puso en pie cuando Sam entró en la habitación principal y bajó de la tarima para ponerse frente al escritorio.

—*Konichiwa, Verner-san.*

—*Ojama shimasu, Sato-sama* —respondió Sam con una inclinación cortés. Pensó que era adecuado ser extremadamente educado.

—Siéntese, por favor —le ofreció Sato, extendiendo una mano hacia una de las ventanas.

Sam eligió una silla que le permitía quedar de espaldas a los ventanales. Era una suerte que la etiqueta indicara que debía dejar a su anfitrión la posibilidad de contemplar la vista panorámica, pues no quería que nada lo distrajera.

Sato volvió a tomar asiento e hizo un comentario sobre la situación actual de los Sonics que dejó a las claras que el *kansayaku* no sabía nada de baloncesto. Sam le siguió la corriente, sabiendo que esa charla despreocupada era solo un preámbulo, una educada charla preliminar destinada a permitir que los participantes en la conversación calibraran el humor del contrario.

Una mujer les llevó una bandeja con té y pastelillos. Solo cuando empezó a servir se apercibió Sam de que era Alice Crenshaw. Esta le dedicó una amplia sonrisa que dejó a Sam repentinamente helado.

—La señorita Crenshaw me ha informado de sus actividades desde que llegó usted a Seattle —le confió Sato, desechando ya las cortesías—. Muy interesantes.

Sam no supo qué contestar. No tenía ni idea de lo que Crenshaw le había dicho a Sato, de modo que cualquier cosa que él dijera podía meterlo en problemas.

—¿No tiene nada que decir? —La sonrisa de Sato le recordó a los tiburones del acuario público del nivel dos—. Creía que efectuaría algún comentario, que daría alguna razón para lo que había hecho, quizás.

Sam se aclaró la garganta. Sato seguía sin darle ninguna pista sobre la naturaleza de la prueba a la que lo estaba sometiendo.

—Siempre he tenido a la Renraku en el primer lugar de mis pensamientos. No creo haber realizado jamás una acción desleal.

—Esa es una respuesta memorizada, Verner-san —observó Sato—. Esto no es la reunión matutina, de modo que no necesito que me repita el *shakun*. Le aseguro que conozco de memoria los postulados de la Corporación.

—No era mi intención ofenderlo..., *kansayaku*.

—En ese caso no me ofenderé —Sato depositó su taza en la bandeja—, todavía.

Sam también dejó su taza de porcelana, que tintineó al contacto con la lacada superficie. Las siguientes palabras de Sato fueron dichas en voz tan suave que Sam apenas las oyó.

—¿Está usted insatisfecho con su trabajo?

—Sirvo a la Corporación, *kansayaku* —declaró Sam con convicción—. Intento hacer lo mejor posible todo trabajo que me encomiendan.

—Sí. Así parece. No ha habido quejas sobre usted. —Sato tabaleó con los dedos en el brazo del sillón. Sam pensó que su voz traslucía cierto tono de desilusión—. Pero está descontento.

—Me preocupa que se me mantenga ignorante del destino de mi hermana.

—He sido informado de que ha sido trasladada satisfactoriamente. La Renraku siempre cumple sus obligaciones en ese aspecto. Se le avisó a usted a través de los canales oficiales.

Sam recordó el aviso de dos líneas que había hallado en su correo electrónico.

—Creo que la Corporación ha hecho lo que considera su deber, pero sigo sin entender. ¿Por qué no puedo ponerme en contacto con ella?

—¿De qué está usted hablando?

—He pedido repetidamente permiso para comunicarme con mi hermana, pero me lo han negado. Ni tan siquiera se me ha proporcionado el código postal del centro de traslado.

—Eso es inusual.

—Eso pensé yo también, pero no he querido llevar mis quejas al comité de arbitrio del Tribunal de Contratación.

—Mi ordenador —exigió Sato enérgicamente.

Crenshaw volvió al instante con él, lo depositó en la mesa y desenrolló la pantalla antes de conectarla y acercársela a Sato. Este estuvo tecleando durante un minuto.

—No existe registro alguno en los archivos de estas peticiones.

—¿Cómo es posible? —preguntó Sam, sin poder creer en lo que oía.

—En efecto —asintió Sato suavemente—, ¿cómo?

Sam olió el peligro. Sato acababa de decirle que no existía registro oficial de sus intentos por comunicarse con Janice. Cualquier queja acerca de la inhumana respuesta de la Corporación no estaría respaldada por la base de datos de

correspondencia de la Renraku. Lo estaban coercionando para que abandonara el asunto, pero nunca lo haría. Jamás abandonaría a su hermana. Era toda la familia que tenía.

Las siguientes palabras de Sato confirmaron sus sospechas.

—Ahora ha acudido a mí y, en conversación privada, ha preguntado por su hermana. Le he dicho que fue bien cuidada por el personal de la Renraku durante su traumática experiencia, y que recibió toda la consideración a la que tenía derecho según la ley. Usted recibirá informes regulares y puede establecer correspondencia regular con ella a través de la oficina de personal. No hay necesidad de seguir importunando a sus superiores con este asunto.

—Entiendo —mintió Sam.

La verdad era que no entendía nada en absoluto; pero una cosa estaba clara: por alguna razón, lo estaban separando deliberadamente de su hermana, y Sato estaba involucrado de algún modo en esa maniobra.

—Me alegra que nos hayamos entendido, Verner-san. —Sato se puso en pie, y su movimiento fue tan repentino que Sam lo imitó a destiempo y con torpeza—. Puede usted volver a sus ocupaciones.

Sam hizo una reverencia a un Sato que ya le daba la espalda.

—Me disculpo por haber robado tanto de su valioso tiempo, *kansayaku*.

Puesto que Sato había dado por concluida la entrevista, Sam no tenía otra opción que marcharse. Mientras pasaba junto a la última de las pinturas que colgaban junto a la puerta, se arriesgó a echar una descortés mirada por encima del hombro. Sato había vuelto a su escritorio y ya estaba absorto contemplando la pantalla de su ordenador. Crenshaw se hallaba de pie al lado de la tarima, observando a Sam con una sonrisa de satisfacción en el rostro. Parecía complacida. ¿Qué había hecho para ganarse su enemistad?

Su guardia lo esperaba para escoltarlo a los ascensores. Durante el trayecto hacia los niveles inferiores, Sam repasó en su mente el encuentro. Estaba seguro de que había significados ocultos que se le habían escapado. Por mucho que lo intentaba, no podía esclarecer los porqués de la situación.

Hanae lo aguardaba en el vestíbulo del nivel doscientos. Permaneció de pie junto a la barrera, mientras un samurái de la guardia ajustaba la alarma de la muñeca de Sam, que alertaría a los servicios de seguridad si se desviaba de las porciones del recinto permitidas a alguien de su posición y calificación de seguridad. Se le prohibían los niveles superiores hasta que fuera de nuevo llamado a ellos. Tan pronto como pasó la puerta detectora, Hanae corrió hacia él con el rostro expectante.

—¿Cómo ha ido?

No quería defraudarla, pero no tenía nada que pudiera confirmar las esperanzas de ella.

—Me han dicho que tendré informes periódicos acerca del bienestar de Janice. Puedo escribirle cartas, también, pero no tengo que quejarme más. Por lo menos no

me han prohibido rezar por ella.

Ella le escrutó el rostro.

—Realmente no crees que la compañía vaya a cumplirlo, ¿verdad?

Sam calló. Si Hanae había leído lo bastante en su rostro como para preguntar eso, ya sabía la respuesta. Ella extendió una mano para acariciarle la mejilla, y entonces lo abrazó con fuerza. Su calor lo hizo sentirse mejor.

—Creo que deberías hablar con alguien —sugirió ella sin gran confianza.

—No necesito un psiquiatra.

Ella rio, nerviosa.

—No, no quería decir eso. Creo que deberías hablar con alguien que conocí en el paseo peatonal.

—Hanae, no me siento de humor para parlotear con un desconocido. —Nunca había sentido por los amigos de ella más que un interés superficial, y quería estar solo.

—No tienes que hacerlo ahora. Además, tengo que arreglarlo con anticipación, de todas formas.

Aunque se sintió algo aliviado al saber que el encuentro no sería inmediato, su comentario le despertó ciertas sospechas.

—¿Quién es esa persona?

Hanae miró aprensivamente a su alrededor.

—No diré su nombre aquí. Es... una cazatalentos.

—No me voy a meter en la trivisión.

—No. No de esa clase. Es corporativa.

Era una posibilidad interesante. Los cazadores de talentos buscaban empleados insatisfechos que pudieran querer cambiar de Corporación. Hanae estaba tan preocupada por él que había hablado con una cazatalentos, algo que, en una persona leal a la compañía como ella, era absolutamente inusual. Advirtió que también él estaba actuando de modo inusual: estaba considerando muy en serio la posibilidad.

La avenida vibraba de sonidos, luz y vida. Acostumbrado a los ordenados pasillos de los sectores privados del recinto, Sam encontraba difícil adaptarse a las visiones, sonidos y olores de las secciones públicas. El tronar de las pantallas de trivisión públicas era lo peor de todo, pregonando los últimos productos y brindando información acerca de la última guerra corporativa o el partido de lucha urbana. Por lo general evitaba bajar a los cinco primeros niveles del recinto, llenos de personajes extravagantes, prefiriendo los paseos peatonales de la compañía y las tiendas repartidas por los niveles de vivienda. Esos sitios le permitían olvidar que no podía salir fuera del mundo corporativo de la Renraku sin una escolta de esta.

No eran las multitudes lo que le molestaba. Encontraba interesante a la gente de Seattle, y le atraía la mezcla de tipos humanos. Los turistas incluían asiáticos, individuos pertenecientes a las tribus del vecino Consejo de Salish-Shidhe, corporativos de las multinacionales locales, ciudadanos de los E.U.C.A., tanto ricos como gente de la calle, e incluso de vez en cuando un elfo, un enano o un grupo de orcos que avanzaban codo con codo por las aceras. Al cabo de un rato, la incomodidad de Sam se había desvanecido y aquel se sentía ya parte de la multitud. Estar entre otras personas siempre lo había confortado, pero últimamente ese sentimiento había sido poco frecuente.

Al principio de su estancia en el recinto había hecho varias excursiones a la megápolis, en el mundo exterior, pero esas salidas pronto se convirtieron en ejercicios de aislamiento y frustración. Las carabinas de Sam habían imposibilitado todo disfrute. La gente de la calle era reacia a aproximarse a alguien acompañado por una escolta de guardias de la Renraku, y los mismos guardias no eran muy conversadores. Después de unas semanas, había dejado de salir, contentándose con aprender más acerca de Seattle y su gente a través de la Matriz, la trivisión y las guías de viajes.

Hanae caminaba a su lado llevando unas gafas de sol que eran pura coquetería bajo la filtrada luz de la avenida. Su peinado era diferente, su blusa nueva y, aunque reconoció sus vaqueros, sabía que rara vez los levaba. Estaba metiéndose a fondo en su papel de conspiradora. Esperaba que semejantes evidencias no atrajeran la atención de alguna de las patrullas de la Renraku.

Él, en cambio, no había hecho nada por ocultar su identidad. ¿Qué objeto tendría eso mientras llevara la alarma en la muñeca? Cualquier guardia que se preocupara en investigar en los bancos de datos centrales de seguridad lo identificaba en un segundo. Su única ayuda para conseguir pasar inadvertido era la indiferencia de los guardias hacia su «paseo de compras».

Hanae había trabajado toda una semana para hacerle aceptar un encuentro con su misteriosa y reciente amiga. Creyendo firmemente que cualquier contacto con un reclutador del exterior, por leve que fuera, sería un paso irrevocable, Sam se había resistido. Ella había rebatido sus objeciones una por una, y al fin él había cedido.

Ahora, dos días más tarde, lo arrastraba por el paseo peatonal para ir al encuentro de la cazadora.

Una leve brisa proveniente del sistema de ventilación los roció de agua, como para recordarles que el salto de agua era real y no solo un pasmoso efecto holográfico especial. El agua caía desde una abertura oculta en el tercer nivel y se despeñaba sobre unas enormes rocas de cuarzo de Madagascar, enmarcadas entre plantas tropicales que resaltaban su brillo translúcido. La pendiente se suavizaba al llegar cerca del primer nivel, con lo que la corriente se aquietaba antes de alcanzar al lago del parque por el que caminaban Sam y Hanae. Los pájaros tropicales y los insectos revoloteaban a su alrededor, imposibilitados de abandonar el parque bien por sus propias inclinaciones o bien por la sutil barrera ultrasónica presente en los límites del jardín.

Sam captó fugazmente algo que pensó que era un mono de ojos enormes posado en un árbol. Los movimientos de la criatura pronto lo convencieron de que era algo diferente. El animal se detuvo en una rama y volvió la vista en su dirección. Tenía unos ojos grandes, oscuros y brillantes que captaron la atención de Sam con una especie de mirada hipnótica. Un momento después, este advirtió que ya no tenía los ojos frente a él. El animal ya no estaba. Paseó la mirada por los árboles, pero no pudo encontrar ni rastro de él. Cuando se lo contó a Hanae, esta rio.

—Un lemur fantasma. Dicen que hay varios en el parque, pero nunca he visto ninguno. Son mágicos, ¿sabes?

¿Cómo podía no saberlo? La criatura se había desvanecido ante sus ojos. Un escalofrío le recorrió la espalda. Cada vez que la magia había tocado su vida habían sucedido cosas horribles.

Hanae lo alejó del lugar en donde había visto al misterioso animal. Cruzaron el puente sobre el lago y se encaminaron al sendero que atravesaba el arrecife de coral. La paz del parque empezaba a tranquilizar a Sam, cuando Hanae lo cogió con brusquedad del brazo y lo condujo al sendero. Frente a ellos estaba la entrada al Café Coral, un popular restaurante cuyo salón inferior ofrecía una visión del sumergido arrecife coralino.

—Por aquí —indicó Hanae—. Esa es.

La mujer a la que Hanae señalaba era impresionante. Desde la raíz de sus cabellos platino hasta la punta de sus botas de piel negra parecía una imagen extraída del último número de *Mode Moderne*. Sus ropas eran de ultimísima moda, pero apenas constituían un marco para la joya que era la mujer en sí. Alta y esbelta, se movía con una gracia sensual.

Una identificación dorada de la Renraku destellaba en el cuello de su larga y flotante chaqueta, pero Sam no creyó ni por un momento que fuera legítima. Mientras se aproximaban, ella echó para atrás la larga melena lacia que le cubría los hombros. Durante un breve instante, el movimiento reveló una delicada oreja puntiaguda.

Sam no había esperado a un elfo. Los elfos eran los metahumanos más comunes

en las megacorporaciones, pero aun así seguían siendo poco frecuentes, y pocos de ellos ocupaban puestos de responsabilidad.

Ahora todo tenía sentido. Su esbeltez y altura, la delicadeza de sus rasgos, todas características de esa rama de la metahumanidad conocida como élfica. Se preguntó cuántos años tendría. Una vez que un elfo alcanzaba su temprana madurez, mostraba pocos signos visibles de envejecimiento, de modo que bien podría estar rondando los veinte años, tal y como aparentaba, o ser uno de los bebés nacidos en el Año del Caos, con lo que contaría unos cuarenta años de edad.

Los médicos de todo el mundo habían recurrido al «síndrome de expresión genética inexplicada» para definir los nacimientos de niños extraños engendrados por padres normales. Pero el S.E.G.I. era solo un nombre para algo que no entendían. Cuando se hizo evidente que, a medida que los niños crecían, se iban pareciendo cada vez más a los legendarios elfos de los cuentos de hadas, los científicos se empeñaron en dar ese feo nombre a esas bellas criaturas. La nueva generación no consistió en hadas, por supuesto, pero eso no hizo que la prensa dejara de aplicarles nombres míticos. Los nombres se mantuvieron, pero los niños que recibían el nombre de elfos o enanos seguían siendo personas, pertenecientes a nuevas y repentinas subespecies del género *homo sapiens*, pero humanos al fin y al cabo. Alguna gente no pensaba de esa manera, y negaba que los metahumanos de cualquier clase fueran personas. Era una actitud que Sam jamás comprendió. Incluso con toda su cantinela contra el «parloteo sobre la absurda magia del Sexto Mundo», el viejo Verner había reconocido a los metahumanos como una «expresión biológicamente fundada de los genes». Sam jamás había creído que las orejas en punta o el pelo blanco fueran expresiones menos humanas que la piel negra o roja.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando la mujer se volvió hacia ellos y Hanae realizó las presentaciones.

—Sam, esta es Katherine Roe. Es la persona a la que, quería que conocieras.

—*Telegit thelemsa* —la saludó él.

—*Siselle. Thelemsa-ha* —respondió ella con una risita—. Tu pronunciación es excelente, Sam, pero, por favor, hablemos en lengua común. No querrás avergonzarme en público, ¿verdad?

—¿Cómo podría hacerlo?

—A excepción de aquellos que crecen en un enclave, muy pocos elfos hablan la lengua realmente. Somos hijos de nuestras culturas, después de todo.

—Solo quería ser cortés —murmuró Sam disculpándose—. Es casi todo el *sperethiel* que conozco.

—¡Y yo te lo he reprochado! Ahora sí me has avergonzado. —El rostro de Roe mostró por un momento su disgusto, pero enseguida volvió a sonreír—. ¿Cómo es que sabes algo de *sperethiel*?

—Oh, Sam sabe montones de cosas, Katherine. Es uno de los mejores investigadores de la Corporación.

Sam notó que se sonrojaba con el entusiasmo de Hanae. Viendo la ceja arqueada de Roe, dijo:

—Me han dicho muchas veces que tengo una buena memoria.

—Es ciertamente una ventaja para un investigador —concedió Roe.

—Es una ventaja para cualquiera —intervino Hanae—. Estoy segura de que los dos tenéis mucho de que hablar, de modo que voy a hacer algunas compras. ¿A las dos en punto enfrente del Lordstrung? —preguntó.

Él asintió y la besó en la mejilla. Roe lo guio hasta el interior del Café Coral, donde los esperaba una mesa, y fue directa al grano.

—Es posible que pueda ayudarte.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—La precaución es aconsejable, Sam. No me conoces, pero yo sé mucho de ti. —Su rostro era sincero; alargó la mano y la puso en el antebrazo de Sam—. Voy a tener que decirte cosas comprometidas, pero pareces la clase de hombre que puede guardar un secreto.

Guardó silencio, esperando su respuesta. Sam dudó. La preocupación y sinceridad de ella parecían ser más que pura fachada, pero todavía se sentía cauteloso.

—No puedo prometer discreción sin saber de qué vas a hablar.

Sam notó la satisfacción y el alivio en el rostro de ella.

—Esa es la respuesta de un hombre que se toma seriamente su palabra —dijo—. De acuerdo. Si consideras que algo que yo diga te compromete, díselo a tus jefes. Pero ¿qué pensarán de alguien que se reúne con un delincuente como yo?

La ligereza de su tono no disminuyó la repentina preocupación de Sam. Si su asociación con Roe llegaba a conocerse, habría repercusiones. Todos sus nebulosos miedos acerca de sanciones oficiales se harían realidad.

—No se lo tomarían demasiado bien.

—Yo no voy a decírselo. ¿Por qué deberías decírselo tú? —Cuando él no replicó, agregó—: No diré nombres. Eso debería alejar tus temores sobre tu deber de comunicarlo. Además, esta clase de asuntos pasan continuamente. ¿No has visto las *Confesiones de un hombre de la Compañía*?

—Veo muy poca trivisión, y evito sobre todo las ficciones.

—¿Ficción? —repitió con calma—. Las *Confesiones* son totalmente ciertas. Así te lo dicen al principio de cada episodio.

—Si son reales, ¿por qué ninguna de las Corporaciones mencionadas aparece en los mercados de bolsa?

—Vaya, tienes razón. Has destrozado mis ilusiones —declaró Roe con una seriedad burlona—. De todas maneras, me permito ponerlo en duda.

Ella estaba intentando hacer que se sintiera cómodo, y a Sam empezaba a gustarle. Roe sonrió, dejando a un lado su frivolidad, pero enseguida su expresión se volvió sobria.

—Hablando ahora en serio, mi asociado, el señor Drake, y yo estamos reparando

una extracción. Sería muy poco problema llevarte a ti también.

—No conozco a tus jefes. ¿Cómo sé que querré trabajar para ellos?

—No tienes por qué hacerlo.

—¿Tengo que creer que tú y ese tal Drake hacéis esto solo por buen corazón? —preguntó Sam escépticamente.

—Por supuesto que no —repuso ella con una sonrisa—. Tenemos nuestras razones, como todo el mundo. Nuestros jefes están pagando los costes de la extracción. Si te añadimos sin decírselo, habrás salido gratis. Entonces Drake y yo trabajaremos para conseguirte un puesto corporativo en otra ciudad, digamos, San Francisco. Una vez que te consigamos un bonito y nuevo hogar, obtendremos de la Corporación a la que te unas una paga por encontrarte. Es prácticamente un crédito gratis.

—No comprometeré a la Renraku —dijo Sam.

—No tendrás que hacerlo. Lo pondremos en el contrato de empleo. Hará la venta un poco más difícil, pero no imposible. Puedes tener que acomodarte a un ligero descenso en tu nivel de vida.

Repentinamente, Sam se dio cuenta de que ya había tomado su decisión y estaba en proceso de ponerla en práctica. El futuro se abría ante él.

—Si puedo seguir mi vida, valdrá la pena.

—¿Entonces es un trato?

—No tan rápido. Quiero ver a ese señor Drake.

Ella dudó, pero Sam pensó que era solo teatro.

—Por supuesto. Concertaré una entrevista tan pronto como puedas salir.

—Pensaba que Hanae te había dicho que no puedo abandonar el recinto sin un guardia. —Le mostró la banda que le rodeaba la muñeca. Podían distinguirse cables finísimos y perfiles de chips a través de la capa translúcida de plástico—. Esto alertará a Seguridad si salgo de los límites codificados en su memoria. No puede quitarse sin activar una alarma, y la Dirección de Seguridad de la Renraku controla la desconexión. Tu Drake tendrá que venir aquí.

—Imposible —dijo ella con un leve movimiento de la cabeza—. El gran tipo no puede entrar. Tendrás que esperar hasta que estés fuera para verlo.

Por la dureza de su tono, Sam percibió que el asunto no era negociable.

—No es precisamente muy tranquilizador.

—¿Quieres salir o no?

Quería. Había andado ya demasiado camino para volverse atrás, pero no estaba seguro de que ese fuera el mejor modo de hacerlo.

—Déjame pensarlo.

—No lo pienses demasiado. Tengo un plazo que cumplir.

¿Es la hora?

—No.

Pero tengo hambre. El malhumor impregnaba la declaración.

—Pronto, Tessien.

Las lumas irisadas, incoloras para la visión nocturna de Hart, susurraron cuando la serpiente las atusó. Con las alas legadas a los costados y la gran cabeza con colmillos metida bajo el alón izquierdo, pronto pareció un desigual montón de plumas. Pero no era un buen camuflaje. En la calleja entre los almacenes del amarre portuario de la United Oil, semejante bulto estaba más fuera de lugar incluso que un dracoforme.

Pese a su inusual impaciencia, Tessien era un dracoforme, una de las diversas criaturas que reclamaban los poderes de los legendarios dragones. «Aquello» (Hart no había averiguado jamás el sexo de la bestia) era del tipo denominado serpiente emplumada, la más común de entre las formas draconianas del hemisferio occidental. Estirado debía de medir diez metros de músculo recubierto de escamas plumíferas, y la extensión de sus alas igualaba su longitud. Tessien era una bestia peligrosa, y había sido su camarada durante cuatro años de trabajo entre las sombras.

Casi confiaba en él.

Un suave pitido procedente del bolsillo de su cazadora la alertó de que alguien había cruzado los haces de detección que había instalado por la tarde. Un segundo pitido de un tono diferente comunicó el vector sobre el que se movía el objetivo. Deslizó una mano al interior del bolsillo para silenciar el receptor. Su sonido podía delatarlos antes de que salieran de su escondite. Cualquier información adicional que pudiera dar el sensor no compensaba la pérdida del factor sorpresa.

Echó una ojeada al espejo que había emplazado al otro lado del callejón para tener una visión del almacén principal. Cuatro figuras se alejaban corriendo del edificio, en dirección a la posición de Hart y Tessien. Por sus siluetas, Hart las identificó como incursores. Tres hombres y una mujer. Un leve tintineo procedía del líder, emitido por el entrechocar de sus amuletos y talismanes mientras corría. O era un mago o un tipo muy supersticioso.

El tenue tintineo desapareció por completo cuando un grupo de hombres de seguridad de la United Oil surgieron del almacén. El estruendo de sus botas contra el cemento ahogó el ruido de los intrusos que huían, pero ese sonido rítmico pronto se vio ahogado a su vez por los gritos de la bandada de aves serpientes que se abalanzaron sobre su presa.

Las aves serpientes eran una especie que solía escogerse para las tareas de seguridad debido a que el toque del animal producía un colapso en el sistema nervioso de la presa, lo que paralizaba al intruso y permitía un arresto fácil por parte del cuidador de los animales. Naturalmente, este debía contener al ave serpiente para

que no devorara a la indefensa víctima, pero las multinacionales no se preocupaban mucho si unos cuantos incursores resultaban mutilados o muertos. Los paranimales agitaban ansiosos sus cortas alas y extendían sus largas patas mientras acortaban la distancia que los separaba de los incursores.

El ave serpiente más adelantada se acercó al incursor más retrasado. Precipitándose hacia su presa, se elevó para curvar la larga y escamosa cola hacia el hombre. Un toque lo paralizaría y lo dejaría indefenso a merced de sus garras. El hombre se echó hacia la izquierda justo cuando la cola bajaba, y esta falló el golpe.

Hart etiquetó al tipo como navajero, uno de esos *punkis* incrementados cibernéticamente que gustaban de autodenominarse samuráis callejeros y que siempre parecían funcionar como el hombre fuerte en los equipos de incursores. Por lo general, se necesitaba un sistema nervioso incrementado para reaccionar tan rápido y evitar los ataques con tanta facilidad.

Confirmando la suposición de Hart, el acero brilló a la luz de la luna cuando una hoja se extendió desde el antebrazo del hombre. El samurái giró mientras corría e hizo un profundo tajo en la carne del animal, el cual se desplomó contra el suelo.

Una segunda bestia estaba atacando a otro incursor, quien desesperadamente detenía los ataques con un objeto en forma de caja que Hart reconoció como un ciberteclado. Esa no era forma de tratar la alta tecnología.

Antes de que el ave serpiente pudiera romper la guardia del incursor, el samurái acabó con sus posibilidades con una ráfaga de fuego automático. Enseguida se volvió hacia su primer oponente y lo acribilló cuando intentaba levantarse de nuevo.

Hart notó que el samurái no había herido a su compañero pese a que el cañón del arma lo había apuntado en su recorrido. Enlace sensiarma, supuso.

—Ese es rápido, Tessien —observó Hart mientras señalaba al samurái callejero—. Cógelo el primero.

Demasiado metal. No tendrá buen gusto.

—No conseguirás los otros si el navajero te corta en rodajas. Mientras tanto, yo me encargaré del mago. Con la artillería y los blindados fuera de combate, la infantería será presa fácil.

Cierto. Había expectación en su tono. Tienes buen ojo para las tácticas, pequeña.

Deslizó una mano bajo las plumas y acarició suavemente el cuello de Tessien.

—Y tú sabes cómo halagar a una chica, amigo mío. Ahora, vamos tras ellos.

Tessien exteriorizó sus ganas con un gruñido y, elevándose en el aire, lanzó un rugido de desafío a los fugitivos. Estos frenaron su carrera y se quedaron inmóviles durante un segundo, antes de recobrarse y lanzar su propio ataque como si hubieran previsto la contingencia. Y tal vez lo habían hecho, pensó Hart. Era cosa sabida que el jefe de seguridad de la United Oil en Seattle era el dragón occidental Haesslich.

Hart notó cómo la energía se concentraba alrededor del mago. Tal como ella había esperado, los incursores confiaban en sus hechizos para su primer ataque contra el dracoforme.

Unas llamas de color lavanda surgieron de las extendidas manos del mago, iluminando el cielo mientras se dirigían hacia la serpiente emplumada. Hart tuvo una fugaz visión de los empleados de seguridad de la United Oil lanzándose al suelo tras los incursores en busca de cobertura.

Tessien se arqueó durante un segundo, y Hart vio que el mago empezaba a sonreír. Pero su expresión se descompuso cuando el hechizo se quebró y las llamas parpadearon y se extinguieron, dejando a la serpiente ilesa. El dragón siguió su ascenso. Envalentonada por lo poco que había necesitado para reforzar la defensa mágica de Tessien, Hart se adelantó para enfrentarse al mago.

—¿Tienes problemas?

El hechicero entrecerró los ojos y asintió, comprendiendo lo que había pasado. Alargó la mano hacia uno de sus amuletos.

Ella envió tres descargas de su escopeta antidisturbios Atchison contra su vientre. El mago voló hacia atrás, salpicando sangre, entrañas y fragmentos del inútil chaleco antibalas.

El olor acre que llenaba el aire desapareció bajo una ola de calor cuando Tessien soltó su aliento incendiario sobre el samurái callejero. La carne se asó mientras el agua de los tejidos del hombre hervía. El incursor cayó sobre el cemento, hecho un montón de huesos carbonizados, acero fundido y plástico informe.

Tessien voló en círculos sobre los supervivientes, repentinamente tímidos, mientras Hart os intimidaba a la rendición.

—Tirad vuestras armas y no se os hará daño.

La respuesta fue una serie de sonidos metálicos contra el cemento.

Tessien voló hacia Hart y se posó a sus espaldas. Arqueó la cabeza para adoptar una postura vigilante, en tanto los guardias de seguridad de la United Oil salían de sus escondites. Unos empleados nerviosos vigilaron a Tessien y a Hart con más atención que a los incursores. En todo el círculo que los rodeaba, los dedos estaban curvados sobre los gatillos.

—¿Quiénes sois? —preguntó el líder.

Hart leyó la placa de identificación del que había hablado: comandante Fuhito. *Soka*, el segundo en el mando de Haesslich.

—Somos su refuerzo, comandante.

—No he sido informado de ningún refuerzo especial en este caso. Creo que sois unos intrusos oportunistas. También creo que os habéis metido en un montón de problemas.

Unas alas retumbaron en la noche, alas de dragón. Hart elevó la vista hacia la familiar silueta y se relajó. Ya no habría problemas con los gatillos ansiosos.

¿Cuál es el problema?, rugió el dragón occidental cuando se posó.

Fuhito se inclinó ante el dragón.

—Haesslich-sama, hemos capturado a estos dos incursores en conflicto con el equipo que invadió la instalación. Dicen ser una especie de refuerzo de mi equipo,

pero no había especificaciones de refuerzos en las órdenes que me dejasteis. Creo que son incursores desesperados que han atacado a los de su clase solo para salvar el cuello. Basura.

Fuhito, haces que me pregunte por qué te mantengo en nómina. Retira a tus hombres y llévate a los auténticos intrusos contigo.

—Entonces... la serpiente y la mujer trabajan realmente para nosotros —replicó Fuhito con un tono helado.

Por supuesto. Sabía lo de los incursores que nos invadieron esta noche. También sabía que eran bastante buenos para su clase, y que podían escapársete de las manos. Había que detenerlos, y no estaba seguro de poder hacer el trabajo yo mismo.

—Podríais habérmelo dicho.

El desprecio emanó del dragón.

—Obedezco vuestras órdenes, Haesslich-sama —respondió Fuhito con una crispada reverencia. Entonces se giró y se detuvo ante la operadora, que lo miraba con una sonrisa irónica en los labios. De una bofetada arrojó al suelo a la mujer—. Eres una intrusa y una criminal. Creo que tendrás pocos motivos para sentirte alegre.

—Los tuyos me bastan —murmuró la mujer por entre unos labios sangrantes—. Vas a tener problemas con tus jefes de la Corporación, señor poli. Voy a poner una demanda por brutalidades.

—Abandonaste tus derechos cuando entraste en territorio de la United Oil —se rio Fuhito. Pateó la cabeza de la chica con su bota, y ella quedó inconsciente. La furia repentina de su compañero fue contenida por dos musculosos guardias—. Llevadlos a las salas de interrogatorio.

Mientras los guardias se marchaban, Haesslich olió los cadáveres.

Admirable eficiencia, Hart.

—Recibirás la factura. Esta clase de cosas no estaban en el contrato.

Añade un recargo, sugirió Haesslich; la diversión impregnaba sus palabras. *La United Oil pagará.*

—Hecho —dijo Hart. Tenía pensado hacerlo de todas maneras; su contrato era muy específico acerca de las compensaciones por «servicios adicionales».

El dragón se asentó sobre sus patas.

Y ahora, ¿qué tal la operación para la que fuisteis contratados? ¿Todo dispuesto?

—Eso parece. El pichón todavía sigue parloteando, pero estoy segura de que caerá en nuestras manos.

Mejor que sea así. No quiero que se rompa la planificación. La determinación apenas enmascaró la promesa de violencia oculta en la declaración de la bestia.

Tessien silbó, pero Hart se apresuró a alargar la mano para contenerlo. No era el momento apropiado para una pelea.

—Todo nuestro trabajo está garantizado —aseguró a Haesslich.

Sam estaba inquieto, jugueteando con su comida. La multitud que ese mediodía llenaba el café de la avenida Garrelsen era tan ruidosa como siempre. Pese a que su mesa estaba contra la pared y aleja a de los que pasaban por el pasillo, lo aturdió el estruendo de las risas y conversaciones. Periódicamente, la camarera se detenía junto a él para preguntarle por la calidad de la comida, intentando apresurarlo para desalojar la mesa y disponerla para otro cliente de pago, pero él no prestaba atención a sus insinuaciones.

Roe se retrasaba.

¿Lo había abandonado? ¿Había sido capturada por la seguridad de la Renraku? ¿Estaban los Samuráis Rojos en camino para arrestarlo por conspiración y romper su contrato laboral? ¿O era tan solo un truco de Roe para conocer su capacidad de control?

En realidad no importaba, pues ya había tomado una decisión. Si Roe no aparecía, tendría que salir del recinto por sus propios medios. Sería difícil, pero quedarse era más uro todavía. Ya había quedado claro que nunca obtendría respuestas a sus preguntas sobre Janice mientras estuviera bajo el yugo de la Renraku, y ya no podía quedarse sin hacer nada.

Si era capturado... Bueno, eso también resolvería sus problemas.

Había trabajado horas extras para dejar liquidadas sus tareas laborales. Nadie sería capaz de acusar a Samuel Verner de evadirse de sus responsabilidades, por triviales que estas fueran. Sus perros constituían un problema porque difícilmente podrían formar parte de la extracción. No sobrevivirían en el recinto sin un propietario, pero la señora Haramoto del corredor B parecía apreciarlos y había estado de acuerdo en cuidarlos si Sam tenía que salir del recinto en viaje de negocios. Puesto que este «viaje de negocios» no acabaría jamás, esperaba que los quisiera tanto como él. No tenía muchas cosas que pudiera llamar de su propiedad, de modo que había poco problema en este aspecto.

Quedaba Hanae, la dulce y comfortable Hanae. A pesar de la carencia que percibía en sus relaciones, no podía abandonarla. Lo había ayudado a emprender este camino, y él se había sentido mejor durante estos últimos días de lo que se había sentido en una larga temporada. Se sentía bien haciendo algo en lugar de esperar a que alguien hiciera algo por él. Ella era parte del cambio y él se lo debía. Podía no ser la mejor base para una relación, pero otras mejores habían empezado con razones más endeables. Él cuidaría de ella.

Seguro que lo haría. Allí estaba, pensando en sacar a Hanae del capullo corporativo que la había protegido durante toda su vida, y ni tan siquiera estaba seguro de que pudiera cuidar de sí mismo. Los hechos en los que se había visto envuelto el día de su llegada a Seattle le habían mostrado cuán diferente era el mundo fuera de la Corporación. La vida podía ser violenta, incluso mortal. Hanae

probablemente estaba menos preparada para ese mundo que él, pero él sabía que rechazaría abandonarlo.

La camarera apareció de nuevo, pero, antes de que pudiera empezar otra vez con sus preguntas, Roe apareció tras de la y se deslizó en el asiento opuesto al de Sam. Roe pronunció una rápida demanda, pidiendo una ensalada de la casa y un zumo de zanahoria, y eso alejó a la aturdida chica.

—Lamento llegar tarde. Tuve un pequeño problema de transporte. Los Incursores Rojos y los Antiguos estaban teniendo un pequeño intercambio en la avenida Oeste. Las típicas tonterías de las bandas. ¿Cómo te van las cosas? ¿Has tomado una decisión? —El rápido flujo dictado por su prisa se desvaneció para dar paso a su tono normal y a la suave cadencia de su habla.

—He estado pensándolo mucho.

—Me alegra oírlo, Sam. Ojalá siguieran tu ejemplo otros corporativos de mente estrecha.

¿Significaba eso que lo consideraba un corporativo de mente estrecha? Esperaba que no. No pensaba así de sí mismo, y le preocupaba un tanto el que ella pudiera pensarlo. Se recordó que eran las conexiones y habilidades de Roe las que necesitaba, no su buena opinión. Salir de la Renraku era lo más importante ahora.

—Me gustaría seguir adelante con la extracción.

—No pronuncies esa palabra —le advirtió Roe con un ligero tono de conspiración—. Incluso un lugar público como este tiene las orejas largas.

Su frivolidad molestó a Sam, pero sabía que tenía razón. Debería haber empleado algún eufemismo que pudiera significar algo inocente. Los circunloquios con que ella se manejaba eran aún más estúpidos que la jerga corporativa, pero quería seguir adelante hasta que todo estuviera acordado. Todavía no habían acabado las negociaciones.

—Hanae también tiene que venir.

La cálida sonrisa de Roe se desvaneció al instante.

—Eso lo hace un poco más duro.

Sam tragó saliva. Había llegado la hora de su jugada.

—Ella viene, o yo no voy.

Los ojos de Roe escrutaron los suyos. Notó la intensidad de su mirada y trató de mantener impassible el rostro, confiando en ocultar la preocupación de que ella pudiera retirarse del trato. La mujer pareció satisfecha con su resolución.

—Tienes suerte de que sea una blandengue, tío. Ahora escucha: este es el plan.

Sam se apartó de la pantalla de la pared y miró de nuevo la habitación. El apartamento había sido su hogar durante poco más de un año, ero solo algunas tonterías, algunos trozos desprendidos por los perros en la moqueta y un bol de cerámica hecho por Hanae decían algo del hombre que había vivido allí. El resto era propiedad de la compañía, hasta las pinturas de las paredes.

Dejaba atrás su ropa, también, puesto que una maleta sería demasiado sospechosa. Tendría que pasar con lo que llevaba puesto y con cualquier cosa que Roe le proporcionara una vez que hubiesen escapado. Sus libros de recuerdos yacían en el sofá, con las páginas dispersas en su superficie. Había pasado la mayor parte de la noche hojeándolos, escogiendo las pocas fotos más importantes para él. Había reducido su número a un par de docenas de ellas, que conformaban una historia en miniatura de su familia. Él y Janice en Kioto, la graduación de Janice en la Universidad de Tokio y la suya en la de Columbia, varias instantáneas de la última salida familiar antes de que Janice y él quedaran huérfanos, su padre con el uniforme del ejército americano, su madre en una de sus regulares partidas de cartas, diversas fotos de su niñez, los retratos de boda de sus padres y abuelos y, por último, una vieja fotografía de Thaddeus Samuel Helmut Verner, el primero de la familia en llegar a América. Eran su conexión con el pasado, recuerdos demasiado valiosos como para abandonarlos.

Miró a la estantería de los libros. Había pocos volúmenes entre los objetos y los aparatos electrónicos. Nunca había sido un auténtico amante del libro impreso como su hermana o su padre. El tacto de una copia sobre papel no le parecía importante. Para él, era el contenido lo que importaba, no la forma. El único libro que deseaba llevarse era su Biblia, pero, como la maleta, podría levantar sospechas.

No partiría sin su consuelo, sin embargo. En el bolsillo llevaba una copia en chip dentro de un estuche. Junto a la Biblia computarizada había unos cuantos libros más. La mayoría eran manuales técnicos, pero también había una copia del diario de su padre y un registro de su correspondencia. En un impulso, había metido también el manual de instrucción de su inacabado curso de simulación de vuelo. Se llevaba asimismo los cuatro chips grises.

Estos chips contenían los programas de representación de su ciberterminal. Llevarselos era, técnicamente, un hurto, pero los programas habían sido hechos a medida para él y serían destruidos antes de que alguien tomara posesión de su terminal. Era más barato fundir otros para el nuevo empleado. Los chips no contenían datos, y estaba seguro de que su próximo patrón le proporcionaría nuevos chips de representación adecuados a su propio sistema. Llevarselos era un acto simbólico. Su presencia en la Matriz cesaría junto con su presencia física en la Corporación.

Quizás era por eso que había decidido llevarse el manual de vuelo. Tal vez era una declaración simbólica de su vuelo de huida de las ataduras físicas. O quizá tenía

algo que ver con ese vuelo que había emprendido con los incursores hacía un año. Estaba a punto de embarcarse en otra experiencia peligrosa cuyo resultado no podía prever.

Miró su reloj.

—Es casi la hora —dijo a Hanae, que estaba trasteando todavía en el cuarto de baño.

—Solo un minuto.

Esperaba que no fuera uno de sus «minutos» de un cuarto de hora. Deambuló por el cuarto, siguiendo inconscientemente el rumbo que *Kiniru* describía cuando estaba esperando que Sam la sacara a pasear.

Hanae surgió unos minutos después, vestida con mayor sensatez de lo que Sam había imaginado. Aunque llevaba un vestido suelto, el material era resistente y el corte permitía libertad de movimientos. De un hombro le colgaba una abultada bolsa.

—¿No es un poco grande para una excursión a un club?

—Es grande —repuso con una cierta vacilación—, pero está bien. Forma parte de la última moda: mucha piel, abalorios y flecos.

—Espero que no sea demasiado pesada. Tendremos que cruzar aprisa el campo de aterrizaje del club.

—Si cancelan la señal de tu detector, podríamos cruzarlo paseando. Después de todo, la gente sale cada día de ahí.

—No en ambulancias aéreas de la DocWagon.

Ella se encogió de hombros.

—Si es demasiado pesada, tú me ayudarás. Todo saldrá bien.

Rezaba para que fuera así. No quería que nada los retrasara ahora que había llegado el momento.

A pesar de las aprensiones de Sam, llegaron al barrio de los clubes del nivel seis sin incidentes. Nadie parecía interesado en una pareja que salía de paseo por la noche en el recinto. Las salas del barrio estaban ya atestadas, aunque aún era temprano. Músicas de todas clases surgían de los aislados clubes y se entremezclaban en una masa informe, pero ello no parecía importarles a los trasnochadores. Muchos bailaban en los pasillos, moviéndose con el ritmo de su imaginación. Algunos llevaban chips conectados a sus conectores o equipos de simuladores que les proporcionaban la música directamente al cerebro.

No fue demasiado difícil dar con el Rumpelstiltskin. Roe todavía no había llegado, pero cientos de personas formaban cola en la vana esperanza de entrar en el club de moda.

—No tenía ni idea de esto —murmuró Hanae cuando vio la cola.

—Me pregunto si Roe sí.

—Si es así, debe de ser parte del plan. —El temblor en la voz de Hanae no coincidía con sus confiadas palabras.

—Supongo que tenemos que ponernos en la cola.

Diez minutos más tarde, Hanae tomó el brazo de Sam y se apretó contra él.

—Quizá ya ha entrado. Quizás ha partido sin nosotros.

—No te preocupes —la tranquilizó Sam, ocultando la duda que crecía en su interior—. Mantendrá su parte del trato.

Media hora más tarde, seguían en la cola. La puerta del club estaba ya a la vista y vieron por primera vez al portero. Como muchos clubes, Rumplestiltskin empleaba a un troll para controlar las colas de clientes. Aunque demasiado bien vestido como para recibir la denominación de matón, su tamaño y maneras no dejaban duda de que podía cumplir esa misión. Casi tres metros de músculo y gruesa piel eran más que suficientes para intimidar hasta al juerguista más pendenciero. Estaban todavía a diez metros de la puerta cuando Roe apareció de improviso.

—Esto no funciona así —dijo.

Tomándolos del brazo, los llevó directamente hacia el portero. Hizo aparecer una brillante tarjeta de crédito en su mano derecha. Las cuatro bandas negras del extremo del cilindro certificaban un valor de al menos cien nuyens. Lo lanzó al hombre.

—Mis amigos llegan un poco tarde a su mesa —explicó al troll. Luego se giró hacia ellos—. Giacomo cuidará de vosotros, de modo que nada de preocuparse. Todo va bien, pero debo hacer una llamada para comprobar al otro miembro de nuestro grupo. Nos vemos en media hora. Divertíos.

Sam contempló cómo volvía sobre sus pasos para hablar con un cuarteto de personas. Incluso a esa distancia, pudo distinguir que el más grande de ellos era una orco. Sus colmillos estaban recubiertos de plata y brillaban fríamente con las luces del pasillo. Llevaba una maleta grande, con un aire despreocupado que denotaba su tremenda fuerza.

Los compañeros de Roe eran con toda seguridad incursores, el equipo para la extracción. Tenían un aspecto duro y experimentado. «Quizá demasiado experimentado», pensó Sam. Tenía poca experiencia en esos asuntos, pero había esperado que Roe apareciera con un equipo que fuera más... ¿Más qué? ¿Impresionante? ¿Peligroso? ¿Adaptado al ambiente del barrio de los clubes? ¿Más parecido a Tsung y sus incursores? No podía evitar el dudar de su competencia.

Roe y los incursores caminaron hacia el principio de la cola durante una manzana, y entonces giraron por un pasillo que los alejó de Rumplestiltskin. Al pasar frente a Sam y Hanae, este les echó una mirada que incrementó sus temores. Mientras el equipo de Roe entraba en los haces de luces y salía enseguida de ellos, el juego de luz y sombras atrajo la atención de Sam hacia una persona del centro del grupo. Avanzaba, rodeado por los otros, con un paso regular pero extraño. Los que lo rodeaban parecían protegerlo de intromisiones, impidiendo a la multitud que se aproximara a la figura vestida de oscuro.

La larga gabardina de esa persona ocultaba su sexo junto con casi todo lo demás. Todo lo que pudo distinguir Sam fue un pálido rostro que asomaba entre el cuello subido y el sombrero. La piel parecía tan suave y tersa como la de un bebé, y los ojos

se ocultaban tras unas grandes gafas oscuras. El rostro se volvió levemente y Sam tuvo la clara impresión de que era él el objeto de la mirada. Entonces el rostro desapareció, engullido por la multitud. Ninguna expresión de reconocimiento, antipatía, preocupación o cualquier otra emoción turbó la calma de ese individuo asexuado. Quienquiera que fuese, Sam se sintió inquieto ante la presencia del albino de oscuro.

—Sam, estás como hipnotizado —susurró Hanae; luego, más alto, dijo—: Vamos, querido. Este amable señor Giacomo ha encontrado nuestra reserva.

—Creí ver a alguien que conocía —murmuró él mientras se dejaba llevar al interior del club.

La pesca había llevado menos tiempo del que ella había esperado. El señor Objetivo —encontraba más fácil referirse a él de esa manera— había estado esperando en el pequeño y tranquilo bar, tal como habían convenido. Su tardanza debía de haberle hecho pensar que ella no acudiría y había empezado a beber. Había tenido un buen comienzo. Cuando ella llegó, el hombre tenía el rostro tan acalorado que el metal plateado de su conector parecía más brillante.

Entre el alivio porque ella no se hubiera olvidado de él y su nerviosismo por la cita, fue fácil persuadirlo para que tomara unas cuantas copas más. Cuanto más alcohol tenía un objetivo en su sistema, menos anomalías notaría en el mundo que lo rodeaba. Ella solo había jugueteado con su propia bebida, esperando una oportunidad para sugerir que subieran a la suite de ejecutivos. Fue un juego de niños vencer su compostura y su prevención natural. «Tantas neuronas —pensó ella— tan fácilmente vencidas por las hormonas y la necesidad animal de cariño».

—Espero que no tenga tantos problemas contigo, Kathy —comentó él mientras intentaba por segunda vez introducir su tarjeta de crédito en la ranura. Su rango corporativo le abriría la puerta tan pronto como la cerradura leyera la identificación codificada en la tarjeta, pero primero tenía que introducirla en el agujero.

—Permíteme. —Ella besó la mano de la cual tomó la tarjeta, e introdujo esta con suavidad—. Generalmente pongo las cosas allá donde van.

Cuando la puerta se abrió, ella pasó delante. Colgando su bufanda alrededor del cuello de él, sonrió invitante mientras retrocedía para entrar en la habitación. Confiaba en que Jenny estuviera controlando la habitación y que tuviera al equipo de tierra en sus puestos.

El señor Objetivo la siguió. Caminaba tambaleándose, como si se hubiera excedido, lo cual no era demasiado difícil para alguien tan falto de forma. Aunque sin ser obeso, estaba reblandecido por la cómoda vida corporativa. Ella estaba segura de que no había Visto mucho del mundo exterior al recinto, cosa que convenía a sus propósitos: su limitada experiencia había hecho más fácil es sus avances.

Tras dos pasos, el hombre se detuvo y se giró hacia la puerta. Ella se puso en tensión, dispuesta a arrastrarlo de nuevo al interior, pero se relajó al ver que se dirigía al panel de control, sonriendo como un niño mientras marcaba números en la cerradura.

—No quisiera que nos interrumpiesen. Tengo una reputación que mantener.

—No —dijo ella en tono de arrullo—, no debemos ser interrumpidos.

Interpretando su papel, se adentró más en la habitación y miró a su alrededor abriendo mucho los ojos.

—¡Vaya! —exclamó, intentando poner en su tono toda la impresión que había sentido cuando había visto por vez primera la habitación—. Este sitio es magnífico, una lujuria.

La jerga de calle era inadecuada para describir la opulencia de la suite. Desde las pieles de animales extintos o en peligro de extinción y de extraños paranimales que cubrían el parqué hasta las obras maestras que colgaban de las paredes o reposaban en pedestales, pasando por las pantallas de trivisión con sus vistas oceánicas o de bosques, todo estaba decorado con los objetos más raros y preciosos. Un aparato de metal cromado y paneles lacados alternativamente en blanco y negro ofrecía todos los entretenimientos electrónicos normales, desde equipos simuladores y pantallas de trivisión hasta cajas de sueñochips y circuitos lógicos ilegales. La variedad de licores, hierbas y exóticas delicadezas era impresionante. La pieza de mobiliario central era una inmensa cama, brillante por sus sábanas de seda. Era más que sibarítica: era incuestionablemente decadente.

—La Renraku cuida a sus miembros importantes. —El hombre lanzó su abrigo sobre una silla Luis XV tapizada de cuero, con un gesto de posesión natural—. Tenemos varias como esta en pequeños escondrijos en este nivel. Resultan apropiadas para encuentros privados con invitados especiales.

—Estar aquí ciertamente me hace sentir especial.

Ella detectó un rastro de duda en su rostro. Él se había quejado de que la gente lo apreciaba solo por lo que él podía hacer por ellos. No era el momento para ponerlo a la defensiva.

—Pero siempre me siento especial cuando estoy contigo.

Eso lo hizo sonreír. Todavía tenía esa mirada de nerviosismo torpe, pero ya no sospechaba. De nuevo como pretendiente esperanzado, alzó los hombros con determinación para impresionar a su dama. En otro tiempo y otro lugar, hubiera podido encontrar encantadora su ingenuidad.

—Atención, computador —dijo. La orden fue dicha con familiaridad, pero las palabras siguientes sonaron menos firmes—. Quisiéramos algo de música. Bolero, creo. Hazlo.

Mientras los compases iniciales llenaban la habitación, se acercó y empezó a acariciarla inexpertamente. Era torpe y solo pensaba en sus propias necesidades, algo poco sorprendente en un hombre tan metido en su trabajo. Ella se deshizo fácilmente de su abrazo, pero le dejó una caricia como promesa.

—Eh, poco a poco. Es nuestra primera vez, y quiero que sea especial. Tengo que ir al tocador.

—Me gustas como estás. —La frustración y el deseo llenaron su voz.

—No te gustará si me meo encima de ti. Mi vejiga está en el límite. No quiero distracciones.

Su fastidio le deformó el rostro en una mueca, pero no duró demasiado, pues la lujuria se impuso.

—Adelante. Yo estaré dispuesto.

Se estaba desabrochando la camisa cuando ella entró en el cuarto de baño. Puso la palma sobre la cerradura y traspuso el umbral no bien la abertura se hizo lo

suficientemente ancha como para poder pasar por ella. Le lanzó un beso prometedor y cerró la puerta antes de encender la luz. El cuarto era enorme, mayor que su apartamento en Bellevue, pero no prestó atención al lustroso mármol ni al metal brillante. Solo tenía ojos para el cuerpo que yacía en el suelo, desnudo salvo por un conector. La andrógina forma pálida y sin vello yacía sobre las losetas, tan repelente como una babosa sobre un plato de comida. No parecía el depredador que estaba destinado a ser.

Hart se arrodilló y comprobó que todavía respiraba. Toda la operación sería un fracaso si la cosa tenía un colapso debido a las drogas. El equipo de tierra le había dado una sustancia que supuestamente lo mantendría anestesiado hasta que ella le suministrara un estimulante, pero no confiaba plenamente en una creación bastarda de la ciencia y la magia. Había visto las estadísticas de la cosa y no acababa de aceptar las afirmaciones de Wilson de que su activación seguiría los plazos previstos. Los seres Vivos rara vez se comportaban como máquinas. Lo último que necesitaba era que se despertara antes de que pudiera fijarse sobre su objetivo, y que en cambio se fijara en ella.

Se puso en pie y empezó a desvestirse. Su ropa era demasiado cara como para arriesgarla en el juego duro. Los collares y la tintineante joyería también cayeron sobre el mármol; rápidamente, los introdujo junto con el vestido en una bolsa negra que esperaba en un armario. Vestida solo con su ropa interior y sus botas, se dirigió a los micrófonos que sabía estaban conectados.

—¿Jenny?

—Sí, jefa. —La voz de Jenny surgió al instante por el sistema de altavoces del cuarto de baño.

—¿Todos dispuestos? —Hart tomó un estuche negro del interior de la bolsa, lo abrió y lo dejó sobre un estante.

—Todo tranquilo por aquí, jefa. La Matriz está limpia. Cuando apareciste por el pasillo me hice cargo de las cerraduras y empecé a proporcionar a Seguridad una imagen estática. Tanto tu suite como la habitación de al lado parecen vacías para los tipos de las consolas de control. No saben que estamos aquí.

—¿Qué hacen nuestros mercenarios? —preguntó mientras extraía una jeringuilla de la bolsa y le ponía el cartucho de inyección.

—Kurt ha puesto el pájaro en el aire. Chin Lee está esperando la señal, pero tus lugareños no parecen mostrar mucha disciplina en la habitación de al lado. Greta está bebiendo y Sloan escuchando chips. Condenados aficionados. —Hart lanzó la protección de la aguja al estuche—. Ajusta el inventario de las habitaciones para cubrir lo que beban y sigue a la escucha. Si esto estalla, dile a Tessien que espere al menos una semana antes de ir en busca de Drake.

—Así lo haré, jefa.

Hart se volvió para arrodillarse de nuevo al lado de la pálida figura, que apenas se estremeció cuando le clavó la aguja en la yugular. Propulsó entonces el fluido ámbar

hacia la corriente sanguínea de la cosa. Alzándose, puso de nuevo la jeringuilla en su lugar y devolvió el estuche a la bolsa. Mientras apagaba la luz, dijo en voz alta:

—Abre la puerta dentro de diez segundos, Jenny.

—Entendido.

Hart se estremeció, pero era algo más que el escalofrío de la semidesnudez. Incluso la voz familiar de Jenny tenía un tono fantasmal en ese momento, ahora que estaba sola en la oscuridad con la cosa. Hubiera deseado tener tiempo para ponerse el uniforme que había en la bolsa, pero cualquier retraso aumentaba el riesgo de sospecha del señor Objetivo. Se deslizó hasta el plato de la ducha y cerró el panel. Se sentó en el borde y se recostó contra las frías baldosas. «Fuera de la Vista y fuera de la mente», había dicho Wilson. Esperaba que tuviera razón.

Mientras Hart empezaba una rutina respiratoria que la calmaría y haría su presencia casi imperceptible para los sentidos ordinarios, escuchó un rumor en la oscuridad. ¡Maldición! ¡La cosa estaba despierta, pero la puerta que conducía a su víctima prevista todavía no estaba abierta! O la droga había anulado el efecto del soporífero demasiado deprisa, o su metabolismo era más veloz de lo que Wilson pensaba. En cualquier caso, tendría problemas a menos que la puerta del baño se abriera pronto.

Como si lo supiera, la puerta zumbó suavemente. El panel mostró una ranura, y entonces se detuvo. La criatura se tensó. La maldición de Jenny fue un estallido de estática en el altavoz de la habitación. El pálido cazador hizo caso omiso del sonido y siguió rígidamente alerta.

La luz que se filtraba por la rendija no bastaba para iluminar todo el baño, pero sí para que los ojos de Hart distinguieran la figura agazapada en el centro. El cuerpo todavía carecía de definición muscular, pero no había duda de que su figura era la de un depredador. Las aletas de su nariz estaban tensas mientras movía la cabeza adelante y atrás, hasta que al fin esta se inmovilizó y su mirada se fijó en la ducha. Los labios se curvaron hacia atrás, revelando un puente de marfil sin diferenciar. Sus ojos parecieron brillar con una luz verde cuando dio un paso dubitativo hacia el escondite de Hart.

—¿Kathy?

El cuerpo del cazador se inmovilizó mientras su cabeza giraba en dirección al origen de la voz del señor Objetivo. Durante un momento no sucedió nada. Entonces, decidiendo al parecer que la presencia más próxima de Hart constituía una víctima más segura que una voz distante, la cosa volvió a centrar su atención en la ducha y dio otro paso.

Hart consideró sus opciones. Si intentaba un hechizo, la cosa estaría sobre ella antes de que pudiera acabarlo. Su pistola seguía en la bolsa, y la cosa estaba entre ella y el armario. Su única arma era el cuchillo que llevaba en la bota derecha. Deslizó la mano y la puso sobre la familiar empuñadura. Quince centímetros de acero no iban a ser mucho contra esa criatura, pero tenía que intentarlo. Si podía herirla y hacer que

retrocediera, podría tener el tiempo suficiente para lanzar un hechizo. O por lo menos obtendría una oportunidad de alcanzar su pistola y acabar con ella. El plan se iría al infierno, pero todo eso parecía haber quedado muy atrás en ese momento.

La cosa apretó la mano contra el plástico traslúcido del panel deslizante. Hart se puso en tensión, preparada para golpear con el cuchillo. No se había atrevido a moverse, por lo que estaba mal situada para dar un golpe seguro. La única ventaja que tenía era que la cosa parecía insegura en cuanto a su presencia. Si hubiera tenido una absoluta certeza, se habría movido más rápidamente. Incluso con la sorpresa de su parte, Hart sabía que solo habría tenido una mínima oportunidad. Era demasiado rápido para ella.

El panel se curvó ligeramente cuando la criatura aumentó su presión. Su suave carne se aplastó contra el plástico. Poco a poco, el panel empezó a deslizarse.

—Kathy, ¿intentas jugar al escondite?

Hart quedó cegada momentáneamente por el torrente de luz. Oyó el gruñido de la criatura y el golpe cuando se abalanzó sobre el señor Objetivo y cayeron ambos en la habitación principal. Estaba fuera de la ducha buscando su arma antes de que sus ojos se hubiesen adaptado a la luz. Cuando la encontró, los gritos ya habían comenzado.

Entró en la habitación con tiempo para ver cómo el señor Objetivo se apartaba de la cosa. La sangre le goteaba del brazo allí donde aquella lo había agarrado. El asustado trabajador tiró una piel gris hacia su atacante, pero este lo esquivó con facilidad y se abalanzó hacia él. Los dos cayeron al suelo, forcejeando, y, tras una corta lucha, la cosa se las arregló para coger con ambas manos la cabeza del señor Objetivo. Se apoyó en las rodillas y se irguió, arrastrando al hombre consigo. Los puños de este la aporreaban, pero la cosa no manifestaba reacción alguna.

La carne de la criatura comenzó a adquirir un tono rosáceo y le apareció un poco de pelo en el cuero cabelludo. Pequeños abultamientos se multiplicaban bajo la piel como lombrices a través de la tierra blanda. La cosa tuvo una convulsión, y entonces la piel se estiró mientras los músculos se definían donde momentos antes solo existía la carne tersa.

Las manos que aferraban al hombre se soltaron y dejaron al descubierto las rojas marcas causadas en la piel de aquel. Los pulgares le abrieron la boca, mientras la criatura extendía una lengua roja de increíble longitud y posaba con suavidad los labios en los del hombre en una obscena parodia de un beso.

Él se revolvió con más fuerza.

Del cuerpo de la cosa brotaron finas y translúcidas dendritas, que se agitaban como ciegas lombrices en busca de luz. Al tocar el cuerpo del hombre, se quedaban pegadas y enseguida se le hundían en la carne. Rápidamente se tornaron rosadas, y luego rojas. El hombre gritaba como si le estuvieran arrancando el espíritu.

Por lo que Hart sabía, eso era lo que sucedía. Sobrecogida por el horror, retrocedió hacia la pared. Tan pronto como su espalda tocó la suave superficie, le fallaron las piernas y se desplomó al suelo. Atontada, se quedó mirando las dos

figuras entrelazadas en su maligno abrazo.

Cuando cesaron los gritos, la criatura dejó a su víctima, que cayó de espaldas sobre la cama y quedó libre de las dendritas que las mantenían unidas. Aquellas cosas suaves y carnosas se tornaron flácidas y fueron reabsorbidas de nuevo por el ser. Este se recorrió todo el cuerpo con las manos ahora cubiertas de arrugas, giró sobre una pierna y se dejó caer encima de la cama.

Hart miró las dos figuras que yacían en la cama. El espejo que había sobre esta reflejaba dos caras y dos cuerpos casi idénticos. Uno llevaba pantalones cortos y calcetines oscuros. El otro, lleno de Vida, estaba desnudo. Aquella creación de Wilson había actuado según lo previsto: se había convertido en una copia viviente del hombre que ella le había proporcionado.

Doppelganger. Un sosia.

Así lo había llamado Wilson: una criatura que podía tomar la identidad de otra. Después de haberla visto actuar, sabía que el miedo que sentía estaba más que justificado. Esperó con fervor no caer nunca presa de una cosa así.

Se levantó con esfuerzo, apoyándose en la pared. Las rodillas se le combaron, negándose a obedecerla, pero aun así se aproximó con cuidado a la cama. El doble no se movía.

Aquel ser ya no era asexual, sino masculino sin ningún género de dudas. La piel estaba arrebolada por la sangre, y el pecho se movía de forma rítmica con los jadeos.

La miraba con unos ojos lánguidos medio cerrados. Ella le quitó al hombre sus pantalones y calcetines y, evitando acercarse al doble, le arrojó las prendas.

Este alzó la mano para cogerlas en el aire. Aquel soñoliento depredador las olió antes de dejarlas caer a su lado. Le sonrió, dejando al descubierto su dentadura ahora diferenciada en dientes que, sin duda, debían de reproducir exactamente el patrón de su víctima. Aquella cara robada estaba desfigurada con una mirada que era pura perversión.

—¿Por qué no te quedas aquí un rato? —dijo con tono áspero, como si tuviera la garganta inflamada—. Ya sabes el horario —contestó ella, esperando que así fuera. Se suponía que el chip que tenía en su conector le empezaría a mandar instrucciones una vez que el cambio se hubiera ejecutado.

Él siguió mirándola con lascivia.

Llena de repugnancia, ella se giró para ocultar su reacción. Avanzó con lentitud hacia el baño, sintiendo sus ojos clavados en ella. Era una sensación desagradable, muy diferente de la que había sentido la última vez que había hecho ese mismo recorrido. Se alegró de poder introducirse en el mono que llevaba en su maletín, pues así quedaba menos expuesta a las miradas. Cogió el maletín y volvió a entrar en el dormitorio.

—Muy bien, Jenny —dijo, sorprendida de lo firme que parecía su voz—, vamos a seguir con esto.

El océano de la pared del fondo desapareció con un parpadeo, y la puerta que

había permanecido oculta dio paso a su grupo. Todos llevaban sus uniformes de DocWagon. Sloan y Perro Negro eran la imagen perfecta de los paramédicos de la empresa, pero Greta parecía algo estúpida con aquel uniforme de enfermera. Aunque en realidad, todas las mujeres orcas tenían un aire estúpido cualquiera que fuese su vestimenta.

Ahora que ya no estaba a solas con el doble, recuperó algo más de su confianza.

—Jenny, ¿dónde está el aéreo? —inquirió.

—Kurt nos espera en la nave detrás del edificio Mitsuhama.

El temblor que denotaba la voz de Jenny le hizo comprender a Hart que había visto parte del proceso, y que también estaba afectada. Tendrían que hablar más tarde sobre ello, pero ahora lo más importante era salir de allí. Hart estaba ansiosa por ello.

Greta y Perro Negro se pusieron manos a la obra y tumbaron al hombre en la camilla que el orco extrajo de su maleta. De pie a un lado, Sloan miraba una y otra vez al doble y a su víctima.

—Un trabajo muy bueno —dijo a la cosa que se encontraba en la cama—. Difícilmente podrían decir que eres albino.

—Tengo algunas ventajas especiales —contestó con tono despreocupado. Su voz ya sonaba más parecida a la de su víctima.

—Sí, apuesto a que sí —masculló Sloan—. Espero que las uses, chaval.

—Vamos ya, Sloan. Echa una mano a los otros —le ordenó Hart. Haciendo caso omiso de su entrecejo, se dirigió a Jenny—: ¿Hay tráfico en el área?

—Unos cuantos tipos particulares, pero las patrullas de Estrella Solitaria están en todas partes. Todos los transportes ya se encuentran en tierra o tienen algún pasajero.

—Llama para que Kurt empiece a moverse, y que conecte la sirena. Después de todo, está en una misión de ayuda. Hart esbozó una sonrisa mientras contemplaba cómo ataban a la camilla el flácido cuerpo del hombre. La operación «Cambio de Chaqueta» había pasado su prueba de fuego.

Con la ayuda de Sloan, se recogió el pelo y lo introdujo debajo de una gorra verde. Después de abrocharse la parte delantera de su uniforme, se colgó el maletín del hombro. Ella, desde luego, era el doctor.

—¿Todo listo?

—Ajá —respondió Greta, dando los últimos toques—. El chico está listo para su viaje. Jenny, cierra en cuanto nos hallamos ido. Después nos darás cobertura. —Hart controló la grabación del vídeo que Jenny había puesto para asegurarse de que el vestíbulo estaba vacío—. Muy bien. Vámonos.

Se oyó cierto tumulto en la parte trasera de la habitación principal. Una vislumbre del verde pálido de unos uniformes entre los variopintos trajes de los clientes del club puso sobre aviso a Sam antes de que el bramido de la enfermera orca hiciera apartar a la multitud. Con su voluminoso cuerpo, abría un pasillo para dejar paso a la camilla. Dos ayudantes guiaban esta bajo la dirección de una mujer vestida con el uniforme médico de DocWagon. Bajo la máscara de oxígeno y aquellas mantas que arropaban al paciente, Sam no tenía idea de su identidad o condición.

El doctor era otro asunto. Una máscara le oscurecía la mayor parte del rostro, pero aquellos ojos de color bronce le dijeron lo que quería saber. Ella le guiñó un ojo.

—Ya estamos, Hanae —dijo Sam—. Hora de irnos.

Como la mayoría de la ente se arremolinaba para presenciar el espectáculo, él y Hanae no tuvieron problemas para acercarse a la puerta que daba paso a la pista de aterrizaje. A través de ella, Sam pudo ver un Transporte Federado de la marca Boeing, con los anagramas de DocWagon, que estaba aterrizando. Los inclinados rotores levantaban el polvo mientras la nave se posaba justo en el centro de la pista.

El equipo médico se zafó de la multitud y corrió hacia las puertas. Sam abrió una para ayudarlos, y el orco sostuvo la otra mientras la camilla pasaba. Los incursores atravesaron la pista a la carrera, mientras Sam y Hanae permanecían junto a la puerta. Roe fue la primera en subir para guiar la camilla hacia la entrada.

Sam y Hanae corrieron entonces hacia el aparato.

El bramido de los motores del aparato no alcanzó a ocultar el agudo zumbido de la alarma que Sam portaba en la muñeca. Las luces de aterrizaje se encendieron y llenaron la pista con una gran claridad. Enceguecido, Sam intentó distinguir a Roe dentro de la nave, pero esta había desaparecido.

Dentro del club, unos guardias vestidos de rojo luchaban para poder atravesar el tumulto y llegar a la puerta. A lo largo de las cuerdas de la pista, hombres armados de seguridad de la Renraku corrían a toda velocidad hacia la zona de aterrizaje del club.

Cuando los primeros guardias les dieron el alto, Hanae se paró de forma automática, pero Sam la empujó para ponerla de nuevo en movimiento. Ahora no podían detenerse.

Llegaron a la nave en el preciso momento en que la primera escuadra llegaba al borde de la pista. El rugir de los motores creció al incrementar la potencia para el despegue. Hanae trepó deprisa y se introdujo por el hueco de la puerta, pero su bolso quedó trabado con el ángulo de esta. Sam le desprendió la cartera del hombro y la dejó caer en la pista. Ella intentó cogerla, pero Sam empujó con fuerza a la muchacha hacia adelante. Hanae cayó dentro del compartimiento de pasajeros y él entró tras ella. Detrás, todos los recuerdos de Hanae se dispersaron por la pista de aterrizaje, perdidos en la noche por el impulso de las hélices del avión.

—Esta es la última advertencia —gritó el capitán, con la voz amplificadas por su

casco—. Paren los motores.

El orco hembra se asomó por la entrada. El Depredador Ares parecía pequeño dentro de su puño.

—A la mierda —gruñó.

Disparó su pistola e hizo que los guardias corrieran en todas direcciones. Uno quedó tendido de espaldas.

Los otros contestaron el fuego. Sus armas automáticas acribillaron el casco de la nave con balas de gel. Uno había cambiado la munición estándar por otra letal. Sus balas astillaron el casco siguiendo una línea que llegó hasta la orca. Esta gruñó por el impacto pero siguió de pie en la puerta.

—Tenéis que hacerlo mucho mejor que eso para tumbar a la vieja Greta, asesinos.

Uno de los guardias le tomó la palabra y le disparó entre los ojos. Ella se tambaleó y cayó del aparato mientras este se elevaba del suelo. El Viento ululó a través de la puerta abierta mientras la nave salía de la zona del recinto.

—¿Qué ha salido mal? —gritó Sam a Roe.

—En realidad, mi compañera no era tan buena como pensaba —contestó ella encogiéndose de hombros—. Lo siento.

Sam se acercó y cogió la empuñadura del cuchillo que asomaba de la bota de Roe. Ella lo observó en silencio mientras él deslizaba la hoja debajo de la banda que tenía en la muñeca y, con un pequeño giro, cortaba el duro plástico. Sam arrojó la banda al otro lado del compartimiento, y esta cayó por el hueco de la puerta.

—Gracias —dijo Sam, devolviéndole el cuchillo a Roe, y se volvió para dar ánimos a Hanae, de cuyos ojos cerrados brotaban lágrimas.

—Perro Negro —dijo Roe deslizando de nuevo el cuchillo en su funda—, cierra ya esa puerta.

El hombre se levantó y fue hacia el panel. El estruendo decreció de forma contundente cuando la cerró. El otro incursor aprovechó para acercarse a Roe.

—¿Qué pasó con Greta?

—¿Qué pasó? —Roe se quitó la gorra de doctor y se sacudió el pelo—. Conocía los riesgos.

—Era una mujer dura, y muy buena en el combate —comentó Sloan—. La voy a echar de menos.

—¿Lo suficiente como para no disfrutar de la cantidad extra que te toca? —preguntó Perro Negro.

Sloan lo miró con furia.

—Tomaré el extra, pero la echaré de menos.

—Hasta que estés metido en tu próximo chip —masculló Perro Negro.

—Tú cállate.

—Si crees que me asustas, cabeza de chip...

Sloan hurgó en su túnica y sacó una pequeña pistola negra, pero Roe se la quitó de las manos.

—Basta. Cuando esto se haya terminado, os podréis cortar el cuello, pero hasta entonces trabajáis para mí. En este negocio somos todos colegas. ¿Entendido?

—Sí, ya. Solo negocios —asintió Perro Negro con gesto burlón. Sloan hizo una mueca de desagrado.

El vuelo continuó casi en silencio hasta que el transporte giró de forma brusca. Hanae fue lanzada desde su asiento y cayó en el regazo de Sam, mientras Sloan iba a parar al piso. Los otros se mantuvieron en sus asientos casi de milagro, en tanto las ataduras de la camilla se tensaban de forma peligrosa.

—¿Qué payasadas haces ahí dentro, Kurt? —gritó Perro Negro.

—Tenemos compañía —fue la respuesta que llegó desde la cabina—. Son los tipos duros de la Raku.

—¿Son peligrosos? —preguntó algo tensa Roe.

—La computadora dice que es un jet de carga. Un poco menos maniobrable que nosotros, pero con la suficiente potencia de fuego como para abrasarnos. Dicen que lo harán si no bajamos ahora mismo.

—¡La cagamos! —masculló Sloan, volviendo a sentarse en su sitio—. Roe, nos van a freír. Este cascarón no puede enfrentarse con ninguna nave que tenga escudo o armas.

—Tranquilo, Sloan —ordenó Roe—. Kurt, mantente pegado a los edificios. No creo que disparen si corren el riesgo de dar a algunas torres-dormitorios de su Corporación. Apaga la radio. No necesitas que te distraigan.

—¡Entendido! —gritó Kurt mientras ladeaba la nave—. Iré hacia la Torre Mitsuhamas. Pero, por todos los infiernos, esos Chiflados son capaces de destruir su propia nave.

—Seguro —se lamentó Perro Negro—. Nos pueden embestir.

—No hay plan perfecto —observó Roe—. Hazlo, Kurt.

El vehículo se convirtió en una verdadera coctelera cuando Kurt obligó al transporte a hacer una serie de maniobras que los diseñadores de la nave no habían previsto. Consiguió así mantener una buena distancia entre ellos y sus perseguidores y evitar que estos abrieran fuego. Los demás se sujetaron como pudieron a sus asientos dentro del compartimiento de pasajeros, sin poder hacer otra cosa que confiar en su piloto. Sam rezó, a sabiendas de que su suerte —o su combustible— se acabaría tarde o temprano.

Hanae se acurrucó contra Sam. Este notó cómo temblaba y olió el sudor de su miedo. De repente lo agarró más fuerte y él vio que estaba escudriñando la oscuridad a través de la ventana.

—¿Qué pasa?

—No lo sé —respondió Hanae—. Creí haber visto... ¡Allí! Allí está otra vez.

Al principio todo lo que Sam alcanzó a ver fue oscuridad y las luces de la megápolis. Entonces, sin dar crédito a sus ojos, distinguió una sombra serpenteante que eclipsó por un momento las luces de neón de la pirámide de Aztecnología.

La forma alada quedó iluminada por las luces del transporte y luego desapareció en las sombras. Cuando la nave giró, Sam pudo ver que del aliento de la criatura salían pequeñas llamaradas, cuyo resplandor hizo resaltar sus plumas del color del arco iris, su escamoso hocico y sus dientes como dagas de marfil. Ya no podía negarlo: aquello era un dragón sobre los cielos de Seattle.

La bestia no era mucho más larga que el vehículo, pero la envergadura de sus alas la hacía parecer mucho mayor. Aunque en esos momentos cualquier dragón le habría parecido muy grande. ¿Estaba allí para destruirlos? La Renraku usaba hielo negro contra los intrusos en las computadoras. ¿Lanzaría dragones contra los que quisieran escapar de la compañía?

Sam observó fascinado mientras el dragón rodeaba el transporte y se dirigía a gran velocidad hacia sus perseguidores. El piloto de la Renraku reaccionó de inmediato. Cambió la trayectoria de su avión e imprimió a este la máxima potencia para escapar en dirección vertical.

—¡Huyen! —gritó triunfalmente Kurt desde la cabina—. Algo los aterrorizó.

—Fue un dragón —dijo Sam con gravedad, mirando a Roe.

—Tessien —explicó ella—. Trabajamos juntos.

Sam esperaba que ella le contara algo más, pero la mujer se levantó y fue hacia la cabina. Reclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

«Señor, mandas extrañas salvaciones», pensó.

Una vez más, volaba a través de la noche de Seattle, inmerso en los planes de otras personas. La primera vez le había ido bastante mal, pero ahora incluso había un dragón envuelto en todo esto. ¿Qué más les ocultaba Roe? ¿En qué se habían metido él y Hanae?



Segunda parte

Un mundo diferente Segunda parte



Viajaron durante toda la noche, cambiando de vehículo una y otra vez. Roe les explicó que todo ese barullo tenía como objetivo despistar a cualquier perseguidor, pero Sam llegó a la conclusión de que también intentaban confundirlos a él y a Hanae, para que de esta forma nunca pudieran facilitar nombres ni nada que tuviera que ver con la organización de los incursores. A pesar de todo ello, sabía que estaban en algún lugar de los Yermos de Redmond. Podía percibir el infame olor de Tacoma. Ni el mejor truco de los incursores podía ocultar este hecho.

Los Yermos de Redmond no eran un sitio demasiado bonito. Englobaban la mayor parte de la Vieja ciudad de Tacoma, en el distrito de Redmond, la cual, oficialmente, formaba parte de la megápolis de Seattle, aunque en realidad fuera un barrio olvidado por el gobierno. Esto lo sabían bien los servicios de seguridad Estrella Solitaria, que mantenían un contrato policial para todo el complejo. Por lo que había podido atisbar Sam durante los cambios de vehículo, muchas artes del distrito parecían haber sufrido los efectos de una guerra. Las otras parecían estar aún en ella.

El edificio donde paró la camioneta era una antigua casa de compra y venta de automóviles, llena de ecos y grasa. El vehículo se detuvo en una antigua zona de reparación. Cuando los adormilados pasajeros abrieron la puerta trasera para bajar, encontraron a la serpiente con plumas enrollada, esperándolos.

Hanae se encogió por la visión y se agarró a Sam como si este pudiera protegerla en caso de que la bestia los atacara. Incluso los endurecidos incursores parecían recelosos de aproximarse al dragón. Roe los empujó al pasar a su lado, se acercó a la bestia y le acarició la emplumada crin oculta tras la cabeza.

Asombrado, Sam sintió que un velado sentimiento de placer fluía desde el dragón cuando Roe lo acarició. De alguna forma irradiaba aquella emoción. Se preguntó si los otros lo sentirían también, y enseguida llegó a la conclusión de que así era pues todo el mundo en el grupo parecía más relajado. Incluso Hanae parecía menos tensa. Era como si el dragón les hubiese comunicado que no corrían peligro.

—Oye, Roe —dijo Chin Lee—, ¿quiere decir esto que vamos a estar aquí durante un rato?

—Al menos hasta el anochecer, así que ponte cómodo —contestó ella sin mirarlos—. Echaos si queréis.

Sloan y Perro Negro pasaron junto a Sam y Hanae, propinándose empellones. Se dirigieron a una pila de edredones amontonados al lado de unos embalajes cercanos a la furgoneta y, tras apropiarse de uno cada uno, se ubicaron en esquinas se aradas. La rivalidad que había aflorado varias veces durante el viaje seguía creciendo, y los dos hombres se miraban llenos de cautela con ojos adormecidos. Kurt, acostumbrado a pasar la noche en todo tipo de vehículos, prefirió permanecer en la furgoneta. Apenas se reclinó sobre el reposacabezas, empezó a roncar.

—Bien, estoy hambriento —comentó Chin Lee sin dirigirse a nadie en particular. Desde que había salido de la cabina de la nave, el orco había comido gran cantidad de alimentos: barquillos de kril, pastelillos de soja y una cantidad al parecer infinita de galletas saladas. Ahora olisqueaba un embalaje que se encontraba cerca de donde estaban los edredones, hasta que por fin encontró un paquete de comida para calentar. Tras quitarle la tapa, lo uso encima de un bidón de aceite para poder calentar o y fue a buscar alguno más. Para cuando su comida estuvo caliente, ya había conseguido reaprovisionar su mochila, y arrojó otra media docena de paquetes al bidón. Mientras volvía al vehículo, abrió el paquete y sacó los cubiertos. Se dejó caer en la parte trasera de la furgoneta y, tras remover el contenido de aquel, se llevó a la boca la pastosa comida.

—Eh, vosotros dos, comed algo —masculló con la boca llena.

Hanae pareció palidecer, pero Sam agradeció al orco y acompañó a Hanae alrededor de la furgoneta, teniendo cuidado de mantenerse siempre entre ella y la forma draconiana. Los incursores no les prestaban atención, pero Sam estaba seguro de que más de uno habría demostrado interés si hubieran intentado escapar.

Después de dejarla entre las cajas, en una zona no demasiado sucia, cogió una almohada y un edredón, e hizo otro viaje para aprovisionarse de dos paquetes de comida que no pareciera tan repulsiva, además de coger uno de seis Fizzygoo; el agua hervida le parecía aún menos bebible que ese brebaje. Como imaginaba, Hanae no miró la comida, aunque quizá más tarde estuviera hambrienta. Se acurrucó cerca de ella y estuvo así hasta que sintió que ella se hundía en un sueño intranquilo.

Sam también estaba cansado, quizá demasiado, pero el sueño lo rehuía, se le escapaba de los dedos como lo habían hecho antes sus sueños de una vida feliz en la empresa. Con cuidado se apartó de Hanae y se sentó. En realidad no estaba hambriento, pero, al no tener nada mejor que hacer, cogió un paquete para calentarlo. Mientras se reclinaba para esperar su cocción, Roe apareció por la esquina de su pequeño refugio de paredes de cartón.

—Mejor que te duermas, muchacho.

—Tengo mucho en que pensar.

—¡Oh, vaya! Duro trabajo el pensar.

—Algunas veces —asintió. Roe parecía relajada, aunque también tan exhausta como el resto. Tal vez su cansancio le hiciera bajar la guardia y él pudiera sacarle alguna pista sobre el asunto en el que se habían metido—. He estado pensando en ese tipo de la camioneta.

—Kurt duerme así siempre —contestó Roe con una risita—. Estará bien cuando haya que irse.

¿Interpretaba mal sus palabras deliberadamente?

—No me refiero a él. Me refiero al ejecutivo de la Renraku cuyo nombre nadie parece saber.

—Los nombres pueden ser peligrosos —replicó ella—. Creo que entiendes eso.

—Sí, lo entiendo. No lo pregunto por preguntar. Ya sé que me has advertido de que no lo haga. —No tenía que fingir para que su voz pareciese inquieta—. Solo estoy preocupado por él. Ha estado inconsciente toda la noche.

—Y parece que va a continuar así durante un buen rato. —Se acercó un poco más y cogió un paquete de raciones. Con un hábil giro de muñeca lo abrió y sacó los cubiertos de la caja—. No te hagas una idea equivocada, Sam. No le hemos dado sedantes ni drogas mentales o cosas parecidas. Es un efecto secundario, nada más.

»Simular que padecía una enfermedad fue una buena manera de sacarlo del recinto, y él estaba de acuerdo. También aceptó el hecho de que lo iba a pasar mal; incluso compró la droga para el engaño. Por su archivo médico, supimos que dicha inyección podía producirle cierta catatonia temporal, así que hemos traído todo lo necesario para que salga bien de esto. Estaba muy ansioso por salir de allí aunque ello implicara un riesgo.

»Todo está bien —continuó—. Sus signos vitales son estables, así que no te preocupes. Confía en nosotros. —Con un gesto engatusador, le pasó la bandeja de la que ella comía—. Él confió en nosotros.

Sam cogió la comida pero no dijo nada. Se pasaron el paquete hasta que el contenido de este se acabó. Entonces él abrió un paquete de Fizzygoo. Ella aceptó con algo de desagrado, pero se lo llevó a la boca y bebió la mitad del contenido.

—¿Qué pasó con el albino?

Ella lo miró un momento, pero Sam no pudo entender su expresión.

—Se descuidó y lo cogieron mientras sacábamos a tu colega.

¿Y su pérdida está dentro de los costes de la operación, como la de Greta?

Roe depositó con cuidado el paquete de Fizzygoo encima de un embalaje antes de volver a hablar.

—Mira, Sam, todos conocíamos los riesgos cuando nos metimos en esto. La Renraku juega duro. Nosotros los incursores vivimos en el límite; apostamos nuestras vidas gracias a nuestras habilidades y conocimientos, y tenemos suerte de no dejar que nos fríen el trasero. Algunas veces perdemos.

—¿Por qué no hiciste nada para recuperarla? ¿Por qué la dejaste atrás?

Roe cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia adelante.

—¿Es que no viste lo que ocurrió? Le dispararon en la cabeza. La medicina es muy buena en estos días y también la magia puede hacer mucho, si el mago sabe los hechizos correctos. Pero no tenía ni una pizca de esperanza.

Sam no podía creer en la insensibilidad de la mujer.

—¿Es que no sientes ninguna lealtad hacia ella o hacia los otros?

—La misma que ellos tienen hacia mí.

—En otras palabras, ninguna.

Miró hacia otro lado y respondió con suavidad:

—Solo cobran.

—¿Como tú?

—Si no hay pasta, no te diviertes en este mundo —repuso ella con una carcajada.

Sam advirtió que no había alegría en aquella risa.

—Así que estás aquí solo por el dinero.

—¿Por qué no? Es mejor estar pagado que hacerlo gratis.

Para su propia sorpresa, Sam se sintió desilusionado. Tendría que haber esperado algo así de ella.

Súbitamente, la serpiente emplumada desplegó las alas y arqueó el cuello hacia arriba. Las garras de ébano de una de las patas traseras rasparon como una gubia el cemento, y una oleada de resentimiento, llena de algo más, emanó de la bestia. Sam sintió que esas emociones estaban impregnadas de algo así como miedo. Con un movimiento rápido, Roe se levantó y escudriñó en la oscuridad, en la dirección en que la serpiente había mirado.

Al fondo de la sala, una de las grandes puertas se abrió, y una limusina negra entró en el edificio. Su abrillantada pintura, sus cromados y los cristales oscuros reflejaron la sordidez de la escena mientras el vehículo avanzaba y al fin se detenía. Unos guardaespaldas saltaron del coche al instante y se pusieron cada uno en una esquina.

Después de un momento, una de las puertas traseras se abrió y del interior del coche emergió la figura de un hombre. Era una figura oscura y enjuta que se movía con elegancia. Llevaba unas ropas finas, sin manchas ni arrugas. El hombre miró hacia uno y otro lado de la estancia y a grandes zancadas fue hacia la furgoneta.

Roe le salió al encuentro, y charlaron durante un par de minutos. Sam no pudo oír apenas nada de la conversación, pero creyó percibir en algún momento el nombre de Greta. El hombre parecía contento. Mientras caminaban, Roe gesticuló en dirección a Sam y Hanae. Unos momentos después acompañaba al individuo en aquella dirección. Sam se levantó al verlos acercarse y se alejó un poco de Hanae para no molestarla.

—Sam, este es tu benefactor, el señor Drake.

—Encantado de saludarlo, señor. —Sam le tendió la mano.

Drake hizo caso omiso de su gesto y se limitó a mirarlo de arriba abajo.

—La señorita Roe me ha informado de los cambios en el plan, y confío en que entienda su posición.

Sam se sintió confundido por la referencia a los cambios.

—¿Perdone?

—El acuerdo entre la señorita Roe y usted se hizo sin mi conocimiento. Si lo hubiera sabido, nunca lo habría aprobado.

Sam no supo si asustarse o disculparse.

—Pero no soy un hombre sin corazón, señor Verner. Y me hago cargo de que estos negocios siempre se deben llevar con algo de flexibilidad. Usted y su amiga pueden beneficiarse de este transporte en tanto no pongan en peligro el destino final del trabajo. No impondré ningún coste ni obligación adicional, siempre y cuando

usted no interfiera en ningún momento con el contrato que nos une a la señorita Roe y a mí. ¿Está de acuerdo?

¿Qué podía contestar Sam? Mientras Roe estuviera haciendo el trabajo para Drake, los beneficiaría a Hanae y a él.

—Sí.

—Muy bien. Entonces usted y la señorita Roe deben entender claramente que, desde este momento, usted está bajo su responsabilidad.

Sam asintió.

Drake sonrió con satisfacción.

—Como veo que nos entendemos muy bien, señor Verner, espero que usted y su amiga tengan un buen viaje.

Con estas palabras, Drake volvió hacia su automóvil y en menos de un minuto ya había partido. Mientras tanto, Roe se había dirigido hacia la emplumada serpiente. No queriendo acercarse a aquella bestia, Sam reprimió las ganas de preguntarle por qué ella había fingido que Drake estaba al tanto del ofrecimiento de extracción de la Renraku. ¿Quería quizás incrementar su importancia a los ojos de él? ¿O era solo una mentira, que le indicaba que no podía confiar en ella? No entendía qué podía haberla llevado a semejante acción, pero la creciente sospecha de que se encontraba rodeado de doblez lo hizo sentir incómodo y muy, muy nervioso.

Los incursores eran peligrosos. Vivían fuera de la ley, y le tenían poco respeto a esta. Si él se interponía en su camino, sería poco probable que buscaran una solución legal. Los otros incursores que había encontrado, la gente de Tsung, parecían tener un código. Duro y egoísta quizá, pero al fin y al cabo un código. El equipo de Roe parecía menos... remilgado.

Y Drake, su jefe, parecía tan duro como ellos, aunque eso no lo sorprendía. Sin duda era un hábil trepador en el mundo de los negocios. Aquella seguridad en el mando que exhalaba Drake mostraba que su dureza no solo era fachada. Ese hombre mostraba incluso más confianza en su propio poder que el kansayaku Sato, y era obvio que mantenía de forma clara el control sobre sus incursores, lo cual decía mucho acerca de él. Tal vez Sam no había visto mucho, pero lo poco que conocía le bastaba para saber que el nervio y el coraje eran sagrados entre los que habitan las sombras del mundo de las Corporaciones.

Drake le había advertido que no debía interferir en el trabajo de Roe. ¿Pensaba quizá que su presencia podría comprometer sus planes trazados de forma tan cuidadosa? Si así fuera, ¿por qué corría el riesgo si era mínimo lo que podría ganar con su entrega? ¿Querría quizá que Sam le debiese un gran favor? Sin duda, debía de esperar algo por su generosidad. A Sam le disgustaba no saber cuál era el juego de Drake, pero desde luego no pensaba preguntárselo.

Había otras cosas sobre el trato que lo preocupaban aún más. A pesar de la historia contada por Roe, él sabía que «el huésped» de Drake, aquel hombre que se hallaba inconsciente en la furgoneta, había dejado la Renraku de forma involuntaria,

víctima de un secuestro. Por alguna razón, los incursores no querían que Sam o Hanae lo supieran. Casi con seguridad ambos estarían a salvo mientras no preguntaran nada sobre aquella historia. Tal vez querían que alguien atestiguara que aquella extracción había sido voluntaria y no lo contrario.

Él y Hanae debían seguir sin preguntar nada. Estos tipos ya habían dejado claro que no tenían renuencia alguna en usar sus armas.

Pensar en ese tipo de Violencia ya era suficiente para mantenerlo asustado, pero aquello no era nada comparado con el terror hacia el dragón. Sam conocía historias bien documentadas sobre casos de canibalismo por parte de los draconianos. El pensamiento de ver el dulce cuerpo de Hanae masticado y convertido en una pulpa sanguinolenta en la boca de aquel ser le producía ganas de vomitar.

Todo lo que podía hacer ahora era mantener su palabra. Interferir en la operación solo expondría a Hanae a un peligro mayor. Mantendría todos sus sentidos bien despiertos y, cuando pudieran escapar, encontrarían el medio. La primera preocupación de los incursores era no dejar en ningún momento al invitado de Drake; no se preocuparían por perseguirlo a él ni a Hanae. Por lo menos, eso esperaba.

Sam volvió a donde ella dormía, confiada en que él podría protegerla. ¿Cómo podía él traicionar esa confianza? Debía hacer todo lo posible por ponerla a salvo.

Se sentó en un lugar desde donde podía verle la cara, iluminada por los rayos del amanecer que se filtraban en el edificio. Parecía tener tanta paz... Recostó la cabeza contra los embalajes, pero pasaron horas hasta que por fin llegó el sueño.

Crenshaw permaneció en la puerta unos minutos mientras observaba la actividad dentro de la habitación. Casi todas las terminales estaban ocupadas. Una fugaz mirada al tablero de trabajos le mostró que las personas ausentes se encontraban en algún otro trabajo. Al parecer, todo el mundo estaba atareado. Marushige presidía la habitación desde su mesa de operaciones. Sus ojeras daban prueba de que el jefe de seguridad había estado despierto toda la noche para controlar la operación a través de los paneles en la pared.

Pese a tener un interés especial en aquella operación, ella sí había dormido, mientras los demás hacían el trabajo duro y laborioso. Esta iba a ser una persecución violenta cuyo desarrollo no le interesaba, pero quería estar presente en el final.

Atravesó la habitación hacia la mesa de operaciones, y tuvo que evitar en su camino a varios individuos que se cruzaron con ella sin mirar por dónde iban. En condiciones normales se habría enfadado por este hecho. Cuando, años atrás, trabajaba en esa misma habitación, ella siempre había estado pendiente de todo. Pero hoy era diferente. Hoy se sentía bien porque todo lo ocurrido estaba justificado.

—Te dije que era un problema —dijo al acercarse a Marushige.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Sí, lo hiciste. ¿Crees que has conseguido algo con ello?

—Si me hubieses escuchado, nos habríamos evitado todo este jaleo.

—¿Es eso lo que le has dicho a Sato?

—No le he dicho nada.

—¡Qué considerada! —replicó Marushige con brusquedad.

Ella pasó por alto el sarcasmo, pues se sentía con ganas de mostrarse amistosa. A pesar de todo, quiere un informe completo. Está preocupado de que esta falta de interés por tu parte pueda acabar por mancharlo. No le gustan este tipo de cosas.

—Así habla la nueva boca del gran lord Sato. Haré el informe cuando reciba la petición por los canales adecuados. Deberá ponerse a la cola detrás del presidente Huang.

—¿Ha renunciado el presidente a sus computadoras para prestarnos atención? ¡Qué fascinante!

Marushige le lanzó una agria mirada.

—Mira, Crenshaw, ahora no necesito este tipo de comentarios. El interés de Huang solo es rutinario, como esta extracción. Verner solo era un pequeño investigador y la mujer una oficinista cualquiera. No constituyen una pérdida para la Renraku.

Crenshaw se rio entre dientes.

—Así que todo este interés por tu parte solo es rutina...

—Como tú bien has dicho, a Sato no le gustan los problemas de seguridad.

Ella sabía que Marushige estaba al tanto del poder que ostentaba Sato. ¿Acaso no

la había asignado al kansayaku para ver cómo se desmerecía a sí misma ante él? Pero la presencia de Sato era una espada de doble filo. Todo lo que hiciese Marushige ahora era el foco de atención general y, mientras él trataba desesperadamente de conservar su trabajo, Crenshaw se encontraba en una posición en la que podía hacer inclinar la opinión del kansayaku. Si Sato se disgustaba, eso sería suficiente para quitar de en medio a Marushige y poner a un nuevo jefe de seguridad. Todo lo que él quería era atar los cabos sueltos y terminar de una vez por todas con este problema. Pero había demasiada gente conectada con la extracción de Verner.

—El dragón que asustó a nuestro aeroplano parece indicar que hay un verdadero interés detrás de esta huida —comentó Crenshaw.

Marushige asintió de forma evasiva mientras trataba de leer una nota que le había pasado un ayudante.

—Verner ha debido de llevarse algo importante —insistió ella.

El jefe de seguridad golpeó el papel contra la mesa.

—¿Es que no tienes nada mejor que hacer?

—Solo trataba de entender qué había ocurrido —respondió con falsa inocencia—. Quizás el kansayaku Sato me haga algunas preguntas. Odiaría tener que decirle que el jefe de seguridad del recinto no sabe qué ha ocurrido ni por qué.

—Estoy seguro de que lo harás.

—Te he dicho antes que no deseo tu trabajo. —Ya estaba acostumbrada a la falta de convicción mostrada por él siempre que hablaban sobre este asunto—. Pero sí quiero ver a ese ladrón de Verner cuando se dé cuenta de lo que se le viene encima.

—No tenemos ninguna indicación de que haya desaparecido con algo, excepto con su amiga. Nada falta en ninguno de los laboratorios y no ha habido fisuras en la seguridad de la Matriz. Con un acceso tan limitado como el que poseía, es poco probable que se haya llevado algún tipo de información importante.

—Quizá sus benefactores pensarán que su conexión con Aneki mereciera la pena. —Lanzó una carcajada—. Se sentirán decepcionados.

—Sí. Bien, no será la primera vez que se pierda tiempo en nada.

«Muy cierto», pensó ella. Pero seguía convencida de que Verner estaba metido en algo más que una simple evasión. Siempre se había mostrado leal a la Renraku de una forma estúpida y totalmente obsesionado con el cambio sufrido por su hermana. Puesto que Sato le había permitido escribirle cartas, él no debería haberse marchado del recinto. Tenía que haber algún otro misterio en esta operación, y ella iba a encontrarlo.

—¿Qué hay del tipo que se llevaron en la camilla? —preguntó.

—¿Qué quieres saber? No hay nadie del personal que falte, así que no es de los nuestros. Tenemos ciertos informes de que un cliente del club se sintió mal un poco antes de que llegara la ambulancia de DocWagon. El tipo desapareció unos cuantos minutos antes de que los incursos cogieran la camilla.

—¿Así que piensas que él era el paciente?

—Nuestras cámaras de techo grabaron toda la extracción y aquel hombre concuerda más o menos con la descripción física de la persona que iba en la camilla, con una seguridad de un setenta por ciento.

—Pero no un ciento por ciento.

—Es imposible lograr más si solo se dispone de descripciones verbales y grabaciones de vigilancia de una persona enmascarada y envuelta en mantas.

—Eso es cierto. —Así que Verner no había vendido a nadie más. Aun así, tenía que haber algo más—. Fue triste que la orca muriera. Nos podría haber dicho algo.

Marushige le dedicó una sonrisa maligna.

—Oh, pero lo hizo —dijo, agitando el informe que había tratado de leer—. Aquí se la identifica como Greta Wilmark, un agente libre. Suele trabajar de forma regular con Harry Sloan, Perro Negro Sullivan, Kurt Leighton, y otro orco, Chin Lee. Hay un ochenta por ciento de probabilidades de que Sloan y Sullivan fuesen los ayudantes en aquella pista de aterrizaje, mientras que el análisis de la forma de vuelo de la nave ambulancia hace suponer que Leighton estaba en los mandos.

»Así que estaba todo el equipo regular de Wilmark a excepción de Lee, pero ya se sabe que estos equipos de incursores cambian constantemente. La mujer “doctor” debía de ser el sustituto de Lee. Por lo visto, se trataba de una operación de poca monta.

—Excepto por el dragón —opinó Crenshaw.

—Ese hecho puede no estar relacionado del todo —repuso Marushige con un encogimiento de hombros—. Nuestro piloto no permaneció el tiempo suficiente para saber si había relación entre la huida de los incursores y la presencia del dragón. Es extraño que esos «don nadie» hayan tenido ese tipo de apoyo. Tan pronto como el informe esté preparado, cerraré el caso.

Crenshaw frunció el entrecejo. Él podía estar satisfecho con todas esas respuestas, pero ella desde luego no. Incluso si todo era tan simple como Marushige pensaba, ella quería ver preso y castigado a Verner.

—¿Qué piensas hacer con Verner?

—A no ser que descubra algo nuevo, nada. El coste de una persecución es demasiado alto para tipos de tan poca monta. Experiencias pasadas muestran que esa inversión no merece la pena.

—A Sato no le gustaría que hicieras eso —replicó ella estrechando los ojos.

—Quieres decir que a ti no te gustaría. —Él recobró su compostura mientras ella la perdía—. Sato es un hombre de negocios. Cuando lea el informe y el costo estimado para una operación de represalia, estará de acuerdo conmigo.

El día se había tornado negro para Crenshaw. Esta había sido la oportunidad para acabar por fin con Verner de una forma legal y sencilla, pero, en vez de eso, todo había salido al revés. Marushige lo iba a dejar escapar.

Bien, debía haber algo que ella pudiera hacer y lo iba a averiguar.

—Se detiene —dijo Kurt.

—Justo a tiempo —se quejó Sloan.

—¿Qué pasa? ¿Os duele el culo del viaje? —preguntó Perro Negro.

—Por lo menos yo tengo algo ahí abajo para que me moleste.

—No me des problemas, Sloan.

—¿Acaso me los vas a dar tú?

—Eh, vosotros dos, callaos —ordenó Kurt, sin ni siquiera mirarlos.

Sloan y Perro Negro se habían metido el uno con el otro sin descanso desde que habían dejado el escondite, y habían parado solo el tiempo necesario para cruzar la frontera. Sam se había sentido aliviado por ello, ya que demasiada palabrería podría haber atraído la atención de los guardias. Roe le había asegurado que sus pases para atravesar la tierras del Concejo de Salish-Shidhe les permitirían pasar la inspección, pero aun así él se sintió nervioso durante todo el tiempo en el que el funcionario los examinó. Al parecer, el policía de la C.S.S. consideró que el grupo era tan inofensivo que no merecía que les echara una segunda mirada.

Antes de dejar la megápolis, los incursores habían cambiado su furgoneta por un par de casas rodantes Chrysler-Nissan. Hicieron subir a Sam y a Hanae en una de ellas, mientras que Roe y Chin Lee metían a su invitado en la otra. Una vez pasada la frontera, los dos vehículos se dirigieron por separado hacia el sur, y de vez en cuando se encontraban en un punto de reunión fijado de antemano, en la interestatal cinco. Solo hacía media hora que se habían vuelto a encontrar en el medio de algún lugar desconocido, y habían emprendido un trayecto a campo traviesa. Los vehículos viajaban sin luces. Roe, al ser una elfa, podía ver de forma perfecta con la luz de la luna. Kurt, el piloto, tenía que apoyarse en los sensores del vehículo que le pasaban información para poder guiar a aquel. El viaje fue pesado pero no tanto como Sam esperaba, pues este tipo de vehículos estaban contruidos para soportar cosas así.

Cuando Kurt detuvo el vehículo y salió de él, los fugitivos rayos de luna revelaron la figura de Roe, de pie al lado de su casa rodante. La pintura verde grisácea de esta y sus simulados paneles de madera la fundían de forma perfecta con el entorno de árboles y arbustos.

—¿Algo va mal? —preguntó Kurt, aproximándose a ella.

Ella movió la cabeza de forma negativa.

—Hemos quedado con Tessien aquí, así que vamos a parar un rato para descansar. Esta conducción a campo traviesa es muy pesada.

—Es mejor ir equipado —sugirió Kurt, dando un golpecito a su conector.

—Lo haré cuando solo me interese hablar con el coche —contestó Roe riendo—. Muy bien, colegas: salid y estirad las piernas. Tan pronto como cambie las botellas de nuestro invitado, Chin Lee preparará la comida. Mejor que comamos algo antes de seguir.

Los incursores se apresuraron a seguir sus indicaciones. Kurt le pidió a Sloan que lo acompañara para coger un par de linternas de la parte trasera, mientras Perro Negro corría hacia unos arbustos para hacer algo que nadie podía hacer por él. Sam y Hanae se quedaron de pie al lado de Roe.

—Katherine...

—Sí, Hanae.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de la frontera de Tir Tairngire.

—¿Vamos a entrar en la tierra de los elfos? —preguntó Hanae, sorprendida.

Tir Tairngire ocupaba lo que en la antigüedad se conocía como el estado de Oregón. Aquel territorio se había entregado a un poderoso grupo de Despertados como recompensa por la ayuda que estos habían restado a las Naciones Nativas Americanas en su lucha para ganar territorio. No mucho después, Tir Tairngire salió del Concejo Tribal Soberano que gobernaba las N.N.A., y declaró su independencia. Nadie sabía muy bien lo que ocurría allí dentro ya que los elfos llevaban muy en secreto toda su política. Lo único que se sabía a ciencia cierta es que una gran extensión de la zona había vuelto a su estado original. La política oficial de Tir trataba de que las demás naciones hicieran lo mismo, y ofrecía la ayuda de la magia élfica para este fin.

—Cruzar el Tir es el camino más corto hacia San Francisco.

Sam se aclaró la garganta.

—Es obvio que piensas hacerlo de forma encubierta. Siempre he oído que las fronteras están cerradas y muy bien vigiladas.

—Sí, estás en lo cierto. Tienen a su servicio dragones, grifos y todo eso, además de esos malditos paladines.

—Nadie nos dijo que nos íbamos a enfrentar con esos paladines —dijo Sloan con un tono de enfado, pero Sam alcanzó a detectar también algo de miedo en él. El incursor suavizó su tono—. He oído que si te cazan tratan de robarte la mente.

—Entonces no tienes de qué preocuparte. Esos paladines no podrán encontrar la tuya —replicó Perro Negro, riendo.

—Sloan tiene razón —insistió Sam, interrumpiendo la palabrota del incursor—. Las patrullas de la frontera de Tir Tairngire son famosas por su eficiencia. Cada semana suelen coger en la autopista a gente que trata de infiltrarse.

—Por eso no iremos por las carreteras. Así nos mantendremos apartados de las patrullas regulares —dijo Roe—. Voy a mandar a Tessien en avanzadilla para que reconozca el camino. Cuando vuelva con una confirmación, nos moveremos mientras él nos da cobertura aérea. No deberíamos encontrar problemas.

—Estoy segura de que nos harás pasar, Katherine —afirmó Hanae.

Los incursores no estaban tan convencidos. Sam tampoco pensaba que el plan fuera muy práctico, pero toda discusión posterior fue cortada por la llega a de la serpiente emplumada.

El batir de sus alas lanzó al aire gran cantidad de hojas secas y apagó el fuego, lo que provocó una maldición de Chin Lee. Una vez en el suelo, la bestia se apoyó en sus cuartos traseros y plegó las alas antes de enrollarse en sí misma.

Roe se acercó a ella y mantuvo una callada conversación, mientras los otros incursores mostraban un súbito interés por lo que Chin Lee hacía. Sam advirtió que habían colocado el hornillo en el extremo del claro más alejado del dragón. Él y Hanae se apresuraron a unirse al grupo.

Unos pocos minutos después, la serpiente emplumada se volvió a estirar y, con un pequeño salto y un batir de alas, se elevó en el aire y desapareció sobre las copas de los árboles. Roe pasó por su casa rodante para ver cómo se encontraba el pasajero, antes de reunirse con los demás.

Entre tanto, la comida de Chin Lee ya estaba preparada. El orco había encontrado unas hierbas que le daban cierto sabor a las hamburguesas de soja y los tubérculos reconstituidos. Después de comer, todos se sentaron a descansar. Hanae se recostó contra Sam. Incluso Perro Negro y Sloan estaban tranquilos y hablaron sobre antiguas correrías en vez de meterse el uno con el otro. Chin Lee puso un bote con agua sobre el fuego y empezó a jugar a las cartas con Kurt. Todo era paz bajo la tenue luz de las linternas.

Sobre ellos, las nubes se hacían más densas, empañando la luz de la luna. A su alrededor, el bosque zumbaba con la multitud de suaves ruidos producidos por animales atareados en sus quehaceres, apenas perturbados por su presencia. En una ocasión, Sam incluso creyó oír a un lobo, aunque no podía estar seguro de ello, ya que en realidad nunca había oído a uno antes.

Fuera lo que fuese, Hanae también lo oyó.

—No me gusta estar aquí fuera —se quejó.

—¿Por qué no tratas de dormir un poco? —Él sabía cómo se sentía. El espacio abierto, la falta de paredes, lo frío y húmedo del aire... Aquel bosque no le ofrecía, por cierto, la comodidad y la protectora seguridad del recinto.

—Es una buena idea —lo apoyó Roe—. Supongo que Tessien no volverá en un buen rato. Pero, cuando regrese, continuaremos con el viaje y no habrá tiempo para dormir.

—No quiero dormir aquí fuera —dijo Hanae—. Todo es demasiado grande, demasiado extraño.

—Puedes meterte dentro de la furgoneta —sugirió Kurt, haciendo un gesto con la cabeza hacia la casa rodante—. En la parte trasera hay almohadas y también mantas.

La paz reinante en el bosque parecía volverlos a todos más atentos.

Un poco después de que él y Hanae se hubieran instalado en la furgoneta, Sam se despertó. Echó un vistazo a su reloj y vio que había transcurrido poco más de una hora. Hanae dormía plácidamente. Con cuidado de no despertarla, se levantó y salió de la casa rodante. La noche estaba tranquila excepto por los sonidos del campamento. En aquella paz podía oír la suave charla de los incursores. Sloan y

Perro Negro otra vez estaban intercambiando insultos.

Un movimiento cerca del otro vehículo atrajo su atención. Esa figura alta y femenina solo podía ser de Roe. La mujer se puso una mochila a la espalda y sacó una escopeta del vehículo, la cual se colgó del hombro. Sin decir una palabra a nadie, rodeó la casa rodante y se internó en la oscuridad.

Lleno de curiosidad, Sam la siguió.

Pronto volvió a distinguirla, esta vez en cuclillas cerca de los árboles, y anduvo hasta ella. Para su sorpresa, ella lo cogió del brazo y tiró de él hacia abajo. Sin decir nada, le apoyó un dedo en los labios.

Sam sintió una picazón en el cuero cabelludo. Él no conocía mucho de ese mundo natural, pero advirtió que antes había mayor cantidad de sonidos que ahora: el viento contra las hojas, los curiosos ruidos de los insectos, los suaves arañazos surgidos de la tierra... Todos esos sonidos habían parado, a pesar de que aún podía ver cómo las hojas de los árboles se movían contra el fondo de las nubes. Habrían debido estar percibiendo un susurro y el olor a húmedo del bosque que ellas esparcían. Pero no había nada de eso.

Algo iba muy mal.

—Roe —susurró—, ¿qué pasa?

—No lo sé.

Sam miró hacia la linde de los árboles. Los oscuros troncos estaban ligeramente iluminados por las luces de las linternas y el fuego del campamento. Las hojas que él sabía eran verdes, tenían ahora cierto tono de oscura maldad.

Un destello de luz le llamó la atención, y escudriñó el bosque en aquella dirección. Después de un momento, creyó ver a una figura de pie entre los árboles, a unos cuantos metros. Era alta y delgada... como la de un elfo.

Dio unos golpecitos en el hombro de Roe y señaló la figura. Ella miró en la dirección indicada y maldijo en silencio. Al instante empezó a buscar algo en sus bolsillos.

La brisa aumentó de repente, y levantó las hojas como lo había hecho el dragón anteriormente, mientras el detrito del suelo se elevaba con un susurro.

Enseguida aquel leve murmullo fue engullido por el traquetear de las aspas de un rotor. Sam miró hacia arriba y vio una sombra que se deslizaba sobre los árboles. Una segunda y una tercera se unieron a esta, seguidas más atrás por algunas otras.

—Chaquetas Amarillas —masculló Roe, incorporándose.

Sam también se incorporó. Conocía a las Chaquetas Amarillas por haberlas visto en las noticias de guerra. Eran pequeños y rápidos helicópteros conducidos por un solo hombre, los cuales llevaban un armamento más que suficiente para enfrentarse contra un vehículo de blindaje ligero.

Sam descubrió que los Chaquetas Amarillos también llevaban focos de luz, cuando estos empezaron a encenderse y barrer el campamento. Contó seis haces de luz que se movían sobre el terreno.

Por el momento, él y Roe se encontraban a cubierto, fuera del área iluminada por las luces. Ella le pasó algo.

—Tómalo —dijo la mujer, antes de alejarse.

Sam lo agarró con ambas manos y, al mirar hacia abajo, Vio que era una escopeta. Como si le quemara, la soltó con horror, y esta cayó al suelo. Se había jurado que no usaría más armas. Esperaba que Roe le diera alguna indicación, pero ella se había desvanecido en la oscuridad.

Las luces se habían espaciado para formar un círculo que iluminaba la casi totalidad del claro del bosque.

—Por la autoridad del gran príncipe de Tir Tairngire, os ordeno que os rindáis sin oponer resistencia. Hacedlo así de inmediato y no sufriréis daño.

Por un momento nadie se movió.

Sloan rompió la quietud del cuadro echando a correr hacia una de las casas rodantes.

—¡No me vais a robar la mente! —chilló mientras corría.

—¡No os mováis de donde estáis! —gritó la misma voz a través de los altavoces—. Esta es la última advertencia.

Sloan hizo caso omiso de ella. Sacó un rifle automático de debajo del asiento y, girando sobre sus talones, lo apoyó bajo el brazo y empezó a disparar hacia el helicóptero que tenía el altavoz. El agudo tableteo del rifle se sumó al rugir de los rotores de los helicópteros. Se oyó un estruendo cuando las balas hicieron impacto en el fuselaje y rompieron el foco del helicóptero.

—¡Oh, cielos, me ha dado! —gritó la misma voz de antes. Sam comprendió que el grito no iba destinado a ellos. Después de un momento, la voz habló de nuevo como si contestara a una pregunta—. Bran, han derramado sangre. Van a tener que tragársela. Todas las unidades: luces fuera. Disparad a discreción.

La oscuridad volvió a reinar cuando todos los helicópteros apagaron sus haces. Instantes después, unas lenguas de fuego irrumpieron en el claro, y grandes postas hicieron agujeros en la tierra a lo largo de todo el campamento. Kurt buscó cobertura cerca de la otra furgoneta, pero fue alcanzado por el fuego de uno de los helicópteros y cayó al suelo. Una ametralladora se cebó en su cuerpo yacente, y lo dejó desmembrado sobre el sangriento terreno.

Sloan seguía disparando de forma salvaje, mientras gritaba cosas incoherentes. Las balas trazadoras que surgían de su rifle se tornaban anaranjadas en medio de la oscuridad. Los elfos respondían con fuerza. Una pequeña llamarada iluminó con brevedad a uno de los Chaquetas Amarillas, que pareció tornarse un insecto alienígena que, como un dios de destrucción, lanzaba un misil aire-tierra.

El tiempo pareció congelarse para Sam. Vio, o creyó ver más bien, aquella estilizada y mortal silueta salir de su tubo de lanzamiento. Apenas el cohete salió, sus aletas estabilizadoras se extendieron y se colocaron en la posición exacta para guiar su vuelo. Con un rugido, el misil se precipitó hacia la furgoneta desde donde Sloan

gritaba y disparaba. Hanae dormía dentro de ella.

En ese instante, Sam pudo ver su cara junto a la puerta. Tenía los ojos legañosos y el pelo alborotado, y parecía desorientada por todo aquel tumulto y destrucción. Justo cuando Sam iba a gritar «¡cuidado!», dio en el blanco.

Una gran explosión llenó la noche.

La furgoneta se sacudió por el impacto y al instante se convirtió en un infierno cuando la cabeza del misil detonó. Sloan salió despedido por los aires, agitando los brazos.

Sam echó a correr, pero tropezó y cayó. Miró hacia atrás para ver con qué había tropezado. En la centelleante luz pudo ver la cara de Sloan, con una rígida expresión de miedo y odio y la mitad del pelo quemada. Su cuerpo no se veía.

Sam se levantó y corrió hacia la ardiente furgoneta. El techo se empezaba a combar por el efecto del calor y una columna de humo tóxico se elevaba desde allí. El interior de la furgoneta estaba incandescente por el calor. De repente, una llamarada lo hizo retirarse, y una gran mano lo cogió por el brazo. Sam se revolvió para librarse, pero entonces distinguió la colmilluda cara de Chin Lee.

—¡Ya no puedes ayudarla! —gritó el orco para hacerse oír sobre el ruido del fuego las llamas—. Ven, vamos a buscar refugio en los árboles. Esos mierdas no pueden seguirnos allí.

El orco lo soltó y corrió con desesperación hacia el bosque. Sam echó otro vistazo a la furgoneta y comprendió que Chin Lee tenía razón: ya no podía hacer nada por Hanae.

Él estaba vivo y ella no, pero alguien iba a pagar por esto. Mientras corría hacia los árboles, la segunda camioneta explotó envuelta en una bola de fuego que llegó hasta el cielo, y le pareció distinguir la silueta de Perro Negro que trataba de escabullirse en otra dirección. Los Chaquetas Amarillas seguían llenando el claro de muerte y destrucción.

Chin Lee estaba a cierta distancia delante de él cuando, nada más pasar el primer árbol, una delgada figura salió a su encuentro. El orco echó mano de su rifle de asalto, pero su oponente apartó el cañón de un golpe. Un pie calzado de negro serpenteó con rapidez hacia el orco, y este se desplomó al suelo.

La luz proveniente del fuego reveló que se trataba de un elfo. Con un ligero jadeo, se irguió sobre el atontado incursor y, levantando con tranquilidad una mano, le apuntó con el dedo índice. Una energía mágica empezó a brotar de su punta.

Chin Lee gritó y se cogió el brazo. La mano del orco estaba llena de una sustancia pegajosa. Sus aullidos se hicieron cada vez más altos mientras aquella sustancia le corroía el pecho y el cuello. Al fin los gritos se ahogaron cuando su cara se convirtió en una asquerosa masa que se desprendió del torso.

—Un buen final para esta abominación —dijo el mago elfo.

Sam no había dejado de correr, con los ojos fijos en aquel horror. Su mente estaba tan embotada con la terrorífica Visión, que no se dio cuenta de que se dirigía

directamente hacia el elfo hasta que ya fue demasiado tarde. Chocó contra él y los dos cayeron al suelo.

Se revolvió y pateó para tratar de zafar sus piernas enredadas con las del otro. Este elfo acababa de convertir a una persona en una masa de mierda, y Sam no dudaba de que él correría la misma suerte.

El elfo se había recobrado y estaba intentando levantarse. Sam vio una rama rota y la cogió y, girándose mientras se incorporaba, golpeó al elfo en la cabeza. La podrida madera de la rama se rompió con el impacto. Fragmentos de madera e insectos sorprendidos se dispersaron en una nube, e hicieron que el elfo trastabillara hacia atrás, más confundido que herido.

Sam se volvió y echó a correr.

—Sigue adelante y corre, renegado. Eres carne para el cazador. —El mago empezó a canturrear un hechizo. Era obvio que lo decía en voz alta para que Sam lo oyera.

Sam echó una mirada sobre su hombro. El elfo había elevado las manos sobre la cabeza, y una resplandeciente luz rojiza comenzaba a formar una esfera alrededor de ellas. Al ver que el mago asesino preparaba un encantamiento, el miedo lo hizo aumentar la velocidad.

Entonces sintió algo extraño dentro de sí. De alguna manera supo que el encantamiento ya estaba terminado. El calor le escaldó la espalda mientras los árboles a su alrededor empezaban a arder. El aire caliente le quemaba los pulmones y cayó, sintiendo que se abrasaba.

El elegante Mitsubishi Cielo Negro brillaba bajo los últimos rayos del sol, apagando el brillo de las luces cromadas de las calles. La puerta trasera se abrió para permitir el acceso a la fresca zona trasera que ofrecía un alivio al opresivo calor de aquel día.

Una mujer y un hombre bajaron las escaleras del edificio Jarman. Sus ademanes y la total indiferencia que mostraban por todos los transeúntes los señalaban como los probables propietarios de la limusina aparcada cerca del bordillo.

Ella lucía un sobrio traje, tejido a la perfección. Desde los tacones plateados que hacían resaltar sus piernas desnudas, hasta las cadenas de platino que brillaban en su pelo, todo ella exudaba cierto triunfo empresarial.

Él llevaba un tres piezas tan grácilmente que este ni siquiera parecía arrugársele mientras caminaba. El oscuro pelo que le perfilaba la huesuda cara debería haber hecho resaltar sus severos rasgos, pero el evidente goce que sentía por estar en compañía de aquella mujer lo hacía incluso parecer atractivo. Su traje oscuro ofrecía un claro contraste al brillo que emanaba de ella, pero no cabía duda de que él poseía su misma realeza corporativa.

Sus expresiones eran relajadas mientras sonreían por alguna broma privada. Solo tenían ojos el uno para el otro, lo que parecía indicar que se preparaban para una noche de placer.

Hart salió de la multitud para encontrarse cara a cara con el hombre. Su placer era poder arruinarle el comienzo de la velada.

—Hola, señor Drake. ¿No está sorprendido de verme? —Drake se detuvo en seco, y Hart comprobó por la mirada de la mujer que esta no tenía ni idea de lo que ocurría. «Qué malo, chica. Deberías conocer a tu amante algo mejor»—. ¿Bien, señor Drake?

Tiene usted muchos recursos, señorita Hart. ¿Por qué debería estar sorprendido?

Ella restó importancia a aquella sencilla respuesta.

—Debo sentirme satisfecha por haber hecho que la señorita Mirin se sienta nerviosa.

La otra mujer posó ahora su mirada sobre Hart, la cual hizo caso omiso de su penetrante evaluación. Nunca se habían visto, pero la elfa sabía que a Mirin no le importaba sin duda que ella conociera su nombre. Más bien debía de preguntarse qué más conocería de ella. Era mejor así. Mientras estuviera confusa, intentaría contenerse.

—Joven...

—Cállese, señorita Mirin —la cortó Hart, sin preocuparse por la mirada que recibió por aquella interrupción—. No estoy aquí para conversar con usted. Así que dejémoslo estar. Y le sugiero que no haga movimientos sospechosos, pues le podría costar la vida. Tengo amigos apostados en algunos lugares. —En respuesta a la sonrisa despreciativa de Mirin, Hart agregó—: Uno de ellos tiene un rifle de alta

potencia que apunta a su cabeza. Es muy buen tirador, además de un buen conocedor de sus habilidades.

—¿Es tan rápido? —preguntó Mirin con desdén.

Drake puso una mano en el brazo de su compañera.

—Tomémoslo como una muestra de humor de la señorita Hart, Nadia. Por lo que sé de ella, es una mujer de palabra y muy escrupulosa en lo tocante a los negocios. Creo que no hace falta ningún tipo de violencia esta vez.

»Señorita Hart —agregó, volviéndose hacia ella—, quizá prefiera que hablemos dentro, donde habrá menos oídos.

Ella sonrió, a sabiendas de que, así como habría menos oídos, también habría menos ojos, cosa que podría traerle problemas.

—No, creo que no.

—¿En la escalera, entonces? Alejémonos de la multitud. Solo usted y yo.

Mirin parecía decidida a objetar algo, pero Drake la detuvo con un movimiento de cabeza, sin dejar de sonreírle a Hart.

—¿Tendría inconveniente en que Nadia esperase en el coche? No voy a ponerme Violento en medio de la calle, a los ojos de todas esas personas.

Con eso justamente contaba Hart.

—Ella puede irse. Mientras coopere, se encontrará a salvo. Mi amigo tiene cargadas balas explosivas y está situado en una posición tal que podría alcanzar a cualquier blanco que se encontrara dentro de su limusina.

—No me gustan las amenazas, señorita Hart —dijo Mirin suavemente, aunque con cierto tono de amenaza en la voz.

—Y a mí no me gusta llevarlas a cabo. Usted no está metida en esto todavía, y a todos nos conviene que eso siga igual.

—Está bien, Nadia. La señorita Hart y yo hemos tenido solo un pequeño mal entendido. No habrá problemas.

La expresión de Mirin mostraba a las claras que ella pensaba que ya los había.

—Vamos. Estaré contigo en unos momentos.

Mirin asintió y se dirigió hacia el coche. Hart empezó a subir la escalera sin esperar a Drake. A mitad de ella se paró y se giró. El sol ya se había ocultado, y las sombras habían llegado a donde ellos se encontraban. Se estremeció, más por su ansiosa expectación que por la suave brisa que soplaba sobre la sombreada fachada del edificio Jarman.

—Bien, ¿de qué se trata? —le preguntó Drake mientras se acercaba. El tono jovial que había empleado cuando Mirin estaba presente se había desvanecido reemplazado por el típico tono impasible del hombre de negocios.

—Creo que usted trataba de evitar el cumplimiento del contrato.

—¿Por qué había de hacerlo?

—No me importan demasiado sus razones, aunque creo tener una buena idea sobre ellas. —Drake no dijo nada; solo la miró de forma inquisitiva. Estaba calmado,

demasiado calmado para ser inocente, pensó ella—. Yo estaba allí cuando las patrullas fronterizas de Tir Tairngire atacaron. Usaron a un mago para encubrir el sonido de sus helicópteros. Era todo un escuadrón. Demasiado esfuerzo para acabar con unos incursores de segunda categoría y un par de renegados. Buscaban camorra y la encontraron. Cuando Sloan fue presa del pánico y empezó a disparar, ellos descargaron todo su potencial. Fue una devastación total. Yo también pude haber perecido con el resto.

Como ella esperaba, la expresión de Drake cambió a una de preocupación, pero no mostró sorpresa.

—Quizá debas hablar con Tessien de eso. No se puede confiar en las criaturas de su clase.

—Ya hablé con Tessien. Me comentó que estuvo con usted en Portland, y que usted le dijo que todos los planes habían cambiado y volvíamos a Seattle.

—Debe ser usted quien decida en quién confiar, señorita Hart.

—Ya lo he hecho —replicó ella, mirándolo directamente a los ojos.

—Ya veo —dijo él con calma—. Habrá una compensación económica por ello.

—Eso por lo menos aliviará alguna de las grandes lagunas que hubo en nuestro acuerdo.

—¿Desea usted además otro tipo de compensación?

—Ese no es mi estilo, señor Drake. Soy profesional, y puedo mantener la boca cerrada sin necesidad de incentivos especiales.

—Ya he visto que se mantiene usted callada en lo relacionado con nuestro trabajo.

—Mire —dijo ella acaloradamente—, usted hizo su jugada y falló. Así son los negocios, y yo lo entiendo. Ahora le digo que no necesita silenciarme. No hablaré porque tengo orgullo profesional. Y ese mismo profesionalismo me hace pasar por alto lo que usted ha tratado de hacerme. Dejémoslo en un empate.

—Como usted desee, señorita Hart. Dejemos el pasado atrás. —Su sonrisa dejó entrever unos dientes blancos y perfectos—. Pero es mejor que no nos separemos de malos modos. Me ha sorprendido usted con su energía e integridad. Me gustaría mantener sus servicios. Digamos veinticinco mil nuyens por mes, y podría pasar a ser una empleada.

—Ya le dije que no quiero dinero para silenciarme. Si usted necesita mis servicios, pagará las tarifas usuales.

—Es usted una mujer poco usual. Empiezo a creer que tiene usted unas normas de conducta muy firmes. Ahora, ¿volvemos a hablar de trabajo?

Ella sacó su computadora personal y se la entregó. Él sonrió, seguro de dominar otra vez la situación, y metió en la ranura su tarjeta de crédito para hacer la transferencia de fondos. Hart confirmó de forma inmediata dicha transacción.

—Su dinero es bueno.

—Bueno como el oro, señorita Hart.

—Mejor así —dijo ella, volviendo a guardar la computadora en su bolsa—. El oro

es pesado.

Se dispuso a bajar la escalera, pero Drake la cogió con fuerza por un brazo y la miró con severidad.

—¿Está usted segura de que no ha quedado evidencia de nuestro cambio en la Renraku?

Ella bajó los ojos hasta su mano y esperó a que él la soltara para contestar.

—La camioneta con nuestros invitados explotó, según sus órdenes. Si quedó algo, con seguridad pensarán que era otro incursor.

Drake volvió a sonreír mostrando los dientes.

—¿Ninguno de aquellos primos que nos ayudaron en el cambio ha sobrevivido? Un cautivo herido puede decir mucho.

—La última vez que vi al hombre, el mago lo había abrasado. La mujer murió dentro de una de las furgonetas. Los demás han asado también a mejor vida.

—Una solución satisfactoria. Según su informe, aquel trabajador de Renraku parecía muy hábil en sus preguntas. Si hubiera permanecido Vivo, quizás habría despertado el interés de quien no debía con sus cuentos. Es mucho mejor que todos los posibles testigos estén muertos.

«Todos menos yo —pensó Hart—. Pero ahora estoy en la nómina, ¿no es así? Estoy a salvo mientras sirva para algo o hasta que obtengas lo que buscas.»

—No dejaré que nadie comprometa el plan —fueron las últimas palabras que dijo Drake.

Sam se sorprendió de encontrarse vivo.

Las llamas habían consumido todo a su alrededor, incluso los árboles y su ropa. Al parecer se había desmayado por el dolor y había caído pendiente abajo hasta el cauce de un río de suave discurrir, en el que ahora se encontraba medio sumergido. El agua debía de haber apagado las llamas. Se encontraba magullado por su caída y algo chamuscado por el fuego, pero aún Vivo.

Era evidente que no había estado demasiado tiempo inconsciente, pues oyó una voz que debía de pertenecer al mago elfo que lo había atacado. Probablemente tenía tal confianza en sus poderes que no se había preocupado por asegurarse de la muerte de Sam. Trató de escuchar lo que decía.

—Grian, acabo de eliminar al colmilludo y a un normal.

—Roger —dijo una voz, empañada por el zumbido de un radiotransmisor—, los dos vehículos están ardiendo. Tenemos tres muertes probables, pero ahora mismo el claro está en llamas y no podemos aterrizar para comprobarlo.

—¿Quieres que haga un reconocimiento del terreno?

—Negativo. Ya sabes el sistema, Rory. Nadie debe internarse sin protección en una zona no asegurada. Además, has consumido demasiada energía.

—Pues ni he sudado, Grian. Esta morralla no era tan dura como indicaba el informe. No tuve ni un solo problema.

Por última vez, Rory. Vuelve al punto de reunión. Voy a llevar al resto del grupo allí. Nos reuniremos e iremos todos juntos.

—¿Crees que no puedo hacerlo yo solo? Soy un hechicero de la aristocracia.

—No es ese el tema, Rory. A mí me hirieron, y no quiero más bajas. Nos encontraremos cuando aterrice.

—Entendido —asintió el mago, pero murmuró unas últimas palabras, sin duda con la intención de no ser oído por los otros elfos. Sam tampoco pudo percibir las con claridad, pero el tono permitía imaginarse su contenido.

De improviso, Sam temió que el elfo quisiera confirmar su muerte. Empezó a rezar para que el mago se marchara y dejara que otros verificaran su poder. La quietud de la noche volvió a envolverlo cuando los helicópteros partieron, dejando al bosque otra vez sumido en sus propios ruidos. Una vez más oía las hojas moverse con el Viento, pero los animales, asustados por el estruendo y las llamas, estaban ahora en silencio. Sam decidió seguir su ejemplo. Lo mejor para él era permanecer también en total silencio.

Esperó.

Pasaron unos minutos de tensa espera. Cansado de temblar en el agua, movió el brazo con cuidado para no remover demasiado aquella y lo puso frente a su cara. La pantalla de su reloj estaba oscura. Apretó el botón de encendido y la luz se activó por un momento, lo suficiente como para dejarle ver que la pantalla estaba empañada en

su interior. Ya nunca más funcionaría. Soltó el enganche para liberar la correa y se quitó el reloj de la muñeca. Elevó el brazo hacia atrás con la idea de tirarlo, pero entonces recordó que intentaba no hacer ruido. Volvió a meter la mano bajo el agua y dejó que el reloj se deslizara hasta el fondo del torrente.

Esperó un poco más de tiempo y luego empezó a subir por la pendiente. Las hojas y las ramas crujían a su paso, y cada nuevo crujido incrementaba su temor de que tal vez no había dejado pasar suficiente tiempo después de la partida del mago. Cuando por fin asomó la cabeza por encima del barranco, el mago había desaparecido.

Las dos furgonetas todavía ardían, pero los demás fuegos se habían extinguido casi todos. Kurt y Perro Negro se hallaban muertos, junto al descuartizado cuerpo de Sloan. Hanae se encontraba incinerada en una de las furgonetas. De Roe no había signo alguno. Entre él y la terrible devastación del claro yacía el gelatinoso cuerpo que había sido de Chin Lee.

Estaba solo.

En la distancia, volvió a oír un ululante sonido. Esta vez otro aullido pareció contestarle. Aquello aumentaba su sensación de soledad, perdido en un bosque, en algún lugar de Tir Tairngire, aquella nación que había demostrado ser tan hostil hacia él. El bosque podía albergar a muchas criaturas de las cuales él podría ser su alimento. Pensó en los grifos y en los basiliscos. Y también en los dragones. Sloan había dicho que los elfos los usaban como guardias de frontera. Además, su reciente encuentro con aquella serpiente emplumada le había hecho comprender con claridad que dichos seres podían tragárselo de un solo bocado.

De pronto vio el rifle de asalto de Chin Lee, que había caído cerca del orco cuando este fue atacado por el hechizo del elfo, y se quedó mirándolo fijamente. Sus oscuras zonas metálicas daban la impresión de frialdad, aunque las llamas se reflejaban en su superficie, y la culata de plástico bien diseñada parecía fácil de agarrar. Toda el arma hablaba de una eficiencia mortal. Estaba diseñada para matar personas, y él había jurado no tocar nunca más una de ellas.

El lobo volvió a aullar.

Recordó el barghest que había atacado a Sally Tsung. Nunca podría olvidar su terrorífico aullido y su gigantesca mandíbula. Dicho aullido había paralizado a todos los que se encontraban allí. El que ahora oía no tenía tal poder, pero igualmente lo llenaba de miedo. Él no tenía magia para destruir a la bestia como lo había hecho Tsung.

«Lo que puede matar a las personas también puede matar animales», pensó. Anduvo hacia el arma y la cogió. El peso lo sorprendió ya que Chin Lee la manejaba con facilidad. Por fortuna tenía una correa que le permitió colgársela del hombro. La llevaría por si sufría algún ataque por parte de un paranimal, pero nunca la utilizaría contra las personas. Se había hecho esa promesa a sí mismo.

Sam volvió a echar un vistazo al claro. Si enterraba a sus antiguos compañeros, los elfos volverían y lo cazarían. Eligió a ciegas una dirección y empezó a andar,

mientras pensaba cuán lejos podría llegar antes de que los elfos regresaran.

Sam empezó a correr cuando oyó unos crujidos en el suelo. No había alcanzado a ver nada, pero tampoco se pararía a mirar. Ahora solo oía el ruido de su propia carrera. El rifle de asalto rebotaba contra su hombro y su espalda y le magullaba la piel a pesar de la protección de la ropa. Pronto estuvo jadeando, lleno de cansancio. Debería haber corrido más con sus perros o haber hecho cualquier otro tipo de ejercicio para mantenerse en mejor forma física. Ahora corría por su vida y pagaba su indolencia. Tenía ganas de parar, de respirar, de descansar, pero no debía hacerlo. Estaban detrás de él, en algún sitio, y, si ellos no se detenían, él tampoco podía hacerlo.

El pie se le en anchó de pronto en una raíz, y trastabilló tratando de conservar el equilibrio, pero el peso del rifle lo hizo tambalearse hacia atrás y golpearse contra el tronco de un árbol gigantesco. El árbol no se inmutó, pero el choque terminó por hacerle perder el equilibrio y caer de espaldas. El cargador y la culata se le clavaron en esta, y su cabeza golpeó el cañón. Aturdido, rodó sobre si mismo y trató de levantarse, pero una sensación de náusea le recorrió todo el cuerpo. La visión se le empañó y cayó pesadamente. El cañón del arma se trabó en una raíz, y él quedó doblado sobre el arma, como un flácido saco, con la visión totalmente nublada.

«Oh, Señor, ahora no —rogó para sí—. Me cogerán.»

Su cuerpo ya no tenía fuerzas. Estaba exhausto, débil, pero no podía descansar hasta que no se encontrara a salvo. Debía saber si los elfos lo seguían.

Trató de levantarse pero el mundo dio vueltas a su alrededor, y todo se volvió negro. Lo siguiente que supo fue que corría de regreso, desandando el camino. Aquí y allá se encontraba con un árbol de tronco retorcido o un afloramiento de rocas que le resultaban familiares, pero no halló ningún signo de sus perseguidores. ¿Los habría perdido? ¿Correría en vano?

Recibió la contestación a sus preguntas cuando volvió a ver el claro donde los elfos habían matado a Hanae y a los otros incursores. Miró desde la linde del bosque, envuelto en la sombra que le procuraban las hojas y oculto tras la maleza. La escena tenía algo de irreal, semejante a un sueño en el que todo se alejara de él cuando él intentaba acercarse. Todo estaba bañado en una suave luz plateada, pese a que en ese instante la luna estaba escondida tras las nubes. Un grupo de elfos rondaba entre los restos de las dos consumidas furgonetas, una de las cuales todavía ardía. Salvo uno, todos lucían uniformes con insignias de vigilantes, y Sam supuso que eran guardias de la frontera de Tir Tairngire. El único que no iba uniformado se mantenía apartado de la búsqueda. Vestía unos vaqueros y una camisa de franela, y parecía irradiar cierto poder. Sam creyó reconocer en él al mago elfo a quien la voz de la radio llamaba Rory. Aparte de estos siete elfos, no parecía haber ningún otro rastro de Vida en el área.

—¿Qué pasa, Grian? —preguntó el mago a un elfo alto que se le acercaba.

—Hay un muerto en aquella furgoneta. Bran dice que el esqueleto pertenece a una mujer, y hay indicios de que podría tratarse de la renegada de Renraku. Aidan extrajo un par de huesos de la otra furgoneta, con 10 que parece que tenemos ya a las dos mujeres. Los otros tres que encontramos en el claro cuadran con la descripción de los incursores, y con el orco al que tú atacaste tenemos a todos menos a uno de los machos que había en el grupo. Falta el tipo de la Renraku.

—También lo despaché —aseguró Rory.

—Pronto lo veremos. —Grian movió la cabeza—. ¿Sabes?, hay algo extraño en la tecnología que encontramos en la furgoneta. A Eهران le hubiese gustado mucho verla.

—¿Estás seguro de que no se ha salvado nada?

—No podría haber quedado peor ni aunque se le hubiese sentado encima un dragón.

—Bien —dijo Rory, dándole unas palmaditas en el hombro—, al menos hemos despachado a nuestros invitados no deseados. Esto hace que la noche haya sido provechosa.

—No cantes Victoria antes de tiempo, Rory. No tenemos confirmación de que todos hayan muerto. Entonces vamos a verificarlo. El tipo cayó por allí.

Rory guió a sus compañeros hacia el sitio desde donde espía Sam. Este temió que lo descubriera y dieran la alarma, pero ellos no parecieron verlo, y al fin se pararon cerca de donde el hechizo del mago lo había derrumbado. Aunque se habían acercado, no percibía sus voces con mayor claridad. Algún truco acústico del bosque se estaba aprovechando de su estado de debilidad.

—Aquí no hay nadie —observó Grian mientras Rory maldecía. Entonces elevó la voz—. Bran, ven aquí. Necesitamos un rastreador. Nuestro presumido hechicero ha fallado.

Grian se deslizó ladera abajo mientras Rory, más precavido, lo siguió con cuidado. Ambos elfos se movían con una gracia cadenciosa. Bran llegó a tiempo para ver a Grian coger algo del fondo del río. En un primer momento, Sam no supo qué era lo que el elfo había encontrado, pero enseguida distinguió la correa rota y comprendió que se trataba de su estropeado reloj.

—Estuvo por aquí.

Rory se acercó y le cogió el reloj a Grian.

—¿Lo ves? Está chamuscado. Si salió de aquí andando no ha debido de llegar muy lejos.

Grian hizo caso omiso de su comentario.

—Date una vuelta por aquí, Bran —indicó—. Mira a ver si puedes encontrar alguna pista.

Bran asintió y se alejó corriente arriba. Un cuarto de hora más tarde volvió y dedicó unos cuantos minutos a estudiar el lecho del río allí donde Sam había caído. Los otros lo observaban; Grian, paciente y confiado, y Rory, caminando arriba y abajo por el borde del arroyo.

—Creo que no debéis preocuparos —dijo Bran al cabo.

—¿Por qué?

—Encontré algunas huellas de cascos en el lodo, un poco más arriba. Parecía un solo caballo, y sin jinete. No hay más signos de entradas ni salidas del arroyo en más o menos un kilómetro a la redonda. Un caballo normal no seguiría ese camino de noche.

—¿Entonces puede haber sido un caballo de agua? —aventuró Grian.

—Eso parece —confirmó Bran. Explicó su idea mientras señalaba las marcas—. Se paró más o menos aquí, donde el chico cayó. Estuvo un rato, y luego se marchó arroyo abajo como alma que lleva el diablo.

Ahora estará ya en el Columbia. Parece que nuestro chico respira ahora agua.

—Entonces no hay más que hacer aquí —concluyó Grian.

Rory se interpuso en su camino cuando él se disponía a escalar la pendiente.

—¿Y qué hay de la confirmación?

—Si se marchó montado en un caballo de agua, no encontraremos el cuerpo.

—Entonces ¿confiarán en que lo hemos matado?

—Más que seguro.

—Bien, yo también creo que no hay nada más que hacer aquí —dijo Rory con alegría.

Sam observó la dura mirada que Grian lanzó al hechicero mientras este subía por la pendiente.

—Muy bien, apúntate su muerte y ya hemos terminado. Dejaremos que las patrullas regulares limpien esta zona por la mañana.

Hubo murmullos de aprobación entre los otros elfos, que abandonaron lo que estaban haciendo para ir a reunirse con su jefe. Bran pinchó ciertas cuentas en un objeto brillante que sacó de su mochila, el cual dejó caer cerca de una de las chamuscadas furgonetas. Entre tanto, Rory se había detenido a mirar las marcas que su magia había dejado en el bosque. Parecía sentirse preocupado, como si no pudiera recordar algo importante. Cuando Grian lo llamó, el hechicero se encogió de hombros y siguió a los demás con lentitud. Sam vio cómo el último elfo dejaba el claro del bosque y se encaminaba hacia su transporte. Se marcharon por el lado contrario por donde él había partido. Estaba a salvo.

El cansancio se apoderó de él. Apartó los ojos de aquella muerte y destrucción, y se alejó del claro. No tuvo conciencia del camino de vuelta al árbol que lo había hecho caer, pero de repente se encontró allí de nuevo.

Algo lo importunaba: una sensación de ser observado. Agudizó los sentidos y trató de vencer aquella fatiga que lo atontaba y disminuía sus percepciones.

El bosque estaba en calma, pero creyó ver algunas sombrías formas rondando entre los árboles.

Parecían bestias caninas oscuras, por lo menos tan grandes como lobos.

De improviso, desaparecieron.

Agotado como estaba, se habían escabullido entre los árboles. ¿Se estaban acercando? No lo sabía, y apenas le importaba. Había llegado a su límite de resistencia. Su cabeza cayó; estaba terriblemente cansado. Oh, Dios, muy cansado.

Una vez más sintió el dolor del rifle clavado en su espalda. Y creció el dolor de músculos, junto con el de pequeños cortes y heridas. Estaba en la tercera etapa de tiempo suplementario de desempate, y era el disco de un partido de hockey sobre hielo. Si las bestias venían en su búsqueda, allí lo encontrarían. Ya se sentía muerto.

Sintió resoplidos de aire caliente en la mejilla izquierda, y percibió el fétido olor del aliento de un carnívoro. Con cautela, giró la cabeza y abrió los ojos. Dos ojos rasgados amarillo verdosos lo miraban.

Marushige estaba en lo cierto. Sato había decidido que la caza de Verner y su amiga era antieconómica. La presión ejercida por Crenshaw casi le había costado a esta todo el terreno que llevaba ganado con el kansayaku. Lo único bueno era que Sato no le había prohibido directamente ocuparse del asunto. Y, aunque así hubiera sido, nada la habría parado pese a las terribles consecuencias que una desobediencia le hubiese acarreado. Ella se consideraba capaz de mirar por sus propios intereses y de conseguir que las malas consecuencias cayeran sobre otro, en especial sobre un enemigo.

A pesar de todo, su investigación privada no había tenido mucho éxito. Sus contactos en Seattle eran mínimos comparados con la red que había poseído en Oriente. Por toda respuesta había recogido negativas. Era como si Verner hubiese desaparecido de la faz de la tierra. Aquellos incursos de tres al cuarto no podían haberlo hecho tan bien sin ayuda. Debían de poseer algún contacto en las altas esferas de este juego de sombras. Todo lo que ella tenía que hacer era encontrarlo.

Pero para ello necesitaba tiempo, tiempo que el kansayaku no le iba a dar. Cuando no hacía de su guardaespaldas, la mantenía ocupada con sus recados. Como si no le alcanzara con los músculos y la magia de Akabo y Masamba. Era como si él tratara de impedir que se fuera para que no pudiera hacer sus sondeos.

De pronto advirtió que eso era una posibilidad que había pasado por alto. ¿Estaría el gran Sato involucrado de alguna forma? Todavía no sabía qué podía ganar él en todo esto, pero desde luego tenía la suficiente influencia para hacer desaparecer a una persona. Quizás un interés secreto en Verner pudiera explicar por qué Sato se había dejado convencer por ella con tanta facilidad para acceder a que se comunicara con su hermana.

Si pudiera acabar con este pequeño trabajo rápidamente, quizá podría llamar a Tokyo y hablar con un intermediario que pudiera saber algo sobre el tema.

Con impaciencia, miró a través de los paneles dobles de Xylan, que la separaban de la limpia estancia donde el equipo de I.A. llevaba a cabo su experimento. En medio de los anónimos trajes verdes, la alta figura de Vanessa Cliber sobresalía fácilmente. Momentos después, Crenshaw había identificado al resto de los jefes del equipo.

El cabello negro que le salía del gorro mal atado y el constante trasiego eran característicos de Sherman Huang, presidente de Renraku América y jefe de la operación. Ningún otro se habría arriesgado a ser tan descuidado con las restricciones de limpieza de aquel cuarto, ni estaría, a la vez, tan apasionadamente inmerso en el proceso.

La tercera persona demostraba gran precisión y economía en sus movimientos, algo que Crenshaw admiraba. Ya lo había notado dos días antes, cuando había observado cómo Konrad Hutten trabajaba en el centro de datos. Para ser un hombre

cuya especialidad era la abstrusa ingeniería microtrónica, tenía cierta gracia física que ella encontraba atractiva. Cuando este asunto acabara, le gustaría averiguar si, fuera de su trabajo, era igualmente atractivo. Se preguntó si a él le gustarían las mujeres enérgicas.

Mientras los observaba, el experimento pareció acabar. Los trabajadores se relajaron de forma visible y el ajeteo cesó. Las tres figuras dejaron sus trajes verdes y se dirigieron hacia la esclusa de aire del cuarto de vacío. Solo el jefe del proyecto podía salir antes de que todos los sistemas estuvieran verificados. Crenshaw sintió cierta satisfacción al comprobar que había adivinado a la perfección quién era cada cual.

Huang fue el primero en salir. Ya se había quitado la máscara y la gorra y trató de metérselas en el bolsillo. Como era usual, sus pensamientos estaban en algún otro sitio y los objetos cayeron al suelo.

—... por una hora, como si no supiera que íbamos a trabajar hasta tarde en este proyecto.

—A ninguna esposa le gusta que le den plantón, Sherman —dijo Cliber.

—Pero si solo era una pequeña cena. Nadie importante iba a estar allí —farfulló Huang—. Se le pasará. Siempre se le pasa.

—Tal vez deberías dedicarle un poco más de tu tiempo —sugirió Hutten.

—¿Tiempo? —Huang dejó ver con claridad que se sentía ofendido—. De eso se trata. Todo el mundo quiere mi tiempo. Y no tengo suficiente ni para este proyecto que a ora se encuentra en su estado más crucial. Si nos dejaran tranquilos... —Sus ojos se fijaron en algo que al parecer solo él veía, al tiempo que sus músculos se relajaban y abandonaba su habitual gesto ceñudo—. Solo un poco más de tiempo y les enseñaremos.

Se puso cerca de un monitor y lo giró hacia sí.

—¡Ajá! Justo lo que pensaba. Echad un vistazo a esto.

Los otros dos miraron sobre su hombro. Cliber emitió una interjección. Hutten no dijo nada pero se aproximó a la consola y pulsó unas teclas.

—Bien pensado, Konrad —aprobó Huang.

—Esa configuración podrá llevar al máximo el rendimiento del ciclo beta.

—Una clara extrapolación de los parámetros del modulador —observó Hutten.

Crenshaw se sentía agradecida a veces en su trabajo cuando la trataban como a un mueble. En ocasiones la falta de atención era una gran ventaja, pero esta no era una de ellas. Una vez que llegó a la conclusión de que aquellos hombres iban a seguir sin hacerle caso, se permitió llamarles la atención.

—Presidente Huang...

Los tres se volvieron hacia ella. Cliber puso al instante su típica expresión de desprecio. Los otros se mostraron ligeramente curiosos.

—¿Sí?

—Alicia Crenshaw, señor, de la División de Seguridad.

La frente de Huang se arrugó, y ella notó un atisbo de preocupación. Parecía un niño al que habían cogido desprevenido mirando fotografías indecentes.

—No hay ningún problema, señor. Estoy asignada al kansayaku Sato. Vengo de su parte a pedirles disculpas y que lo perdonen ya que la cena de esta noche se retrasará media hora.

—¿Es esta noche? —preguntó Huang con aire distraído.

—A las siete y media —dijo Hutten—. Ahora a las ocho.

—Bueno, supongo que tendremos que ir. Con toda la fanfarria. —Huang se carcajeó de forma nerviosa.

Crenshaw gruñó para sus adentros. Por algo lo llamaban «carcamal». Le devolvió una educada sonrisa.

—El kansayaku se siente orgulloso de poder contar con ustedes esta noche.

Cliber sonrió a sus compañeros.

—Yo también deseo verlo. Tengo ciertas cosas que decirle a ese señor «kansa-lo que sea».

Se giró hacia Crenshaw y agregó:

—Al parecer le ha llevado mucho tiempo acordarse de nosotros. Según se rumorea, tiene una prisa terrible porque este proyecto camine. ¿Por qué ha tardado tanto en llamarnos?

—La Corporación tiene otros muchos intereses aparte de su proyecto LA., doctora Cliber. El kansayaku Sato debe preocuparse de todos ellos. Ha echado un vistazo para ver qué se cocía aquí en Seattle. Me comentó que no deseaba interrumpir su importante trabajo en el proyecto más de lo necesario.

—¿No más de lo necesario? —farfulló Cliber—. El cambio de personal que ordenó no era necesario. Pero consiguió fastidiar.

—Como ya le dije, doctora, no más de lo necesario.

—¿Sabrá él lo que es necesario? Todos ustedes son iguales. No tienen idea de lo que hacemos aquí, pero aun así piensan que pueden poner y quitar a la gente o cambiar la programación a su antojo, y sabe Dios qué más cosas pensarán. Después esperan que les demos los resultados cuando ustedes quieren.

—Cálmese, doctora.

—¿Que me calme? —La cara de Cliber estaba roja de ira—. Todavía no he empezado.

—Le sugiero que reconsidere su actitud ante las órdenes del kansayaku —dijo Crenshaw con calma—. Quizás él encuentre que su postura es improductiva.

—¡Improductiva! —Cliber se quitó de un tirón la gorra y se soltó el rubio pelo sujeto por horquillas. Estampó la gorra contra el suelo—. ¡Sherman!

Con aire confundido, Huang levantó la Vista del monitor al que había vuelto su atención.

—¿Sí?

Crenshaw habló antes de que Cliber pudiese lanzar su ataque.

—Le estaba sugiriendo a la doctora Cliber que pusiera freno a su... entusiasmo. La cooperación con kansayaku Sato es la manera más rápida de poner su proyecto en movimiento.

Huang miró a ambas mujeres, y observó la evidente cólera que translucía su compañera y la calma que mantenía el oficial de seguridad.

—Vanessa —dijo al fin—, perdona, pero creo que la señorita Crenshaw tiene razón. A veces te dejas llevar por tu temperamento, y creo que debemos ser cuidadosos cuando estemos con el señor Sato. Si le gusta lo que ve y no le llevamos la contraria, nos dejará que volvamos a nuestro trabajo con rapidez. Ya sabes lo próximos que nos encontramos del final. —Lanzó a Cliber una pequeña sonrisa, que pareció calmarla. Luego masculló—: Odio toda esta estúpida burocracia.

—No demasiado tonta, presidente Huang —lo reprendió Crenshaw. Cliber lanzó un bufido, pero Crenshaw continuó—: Pero entiendo que profesionales como ustedes encuentren ciertamente aburridas las formalidades de operar en una gran compañía. El kansayaku Sato solo mira por el bien de la Renraku. Desea que todos los departamentos funcionen con el máximo de eficacia.

—Entonces, ¿por qué no ha aprobado nuestras peticiones para más ayuda? Como verán ahora, 10 ha hecho. —Crenshaw sacó un contenedor de chips del bolsillo de su chaqueta y lo dejó caer en la mesa—. Aquí están los ficheros y las órdenes de transferencia para doce de las personas requeridas. Espero que esta noche en la cena estén de acuerdo en expresar su gratitud al kansayaku. Hasta entonces.

Llena de satisfacción por aquellas miradas de sorpresa en los rostros de Cliber y Huang, Crenshaw se giró y fue hacia la puerta. En su camino notó que Hutten había permanecido sentado frente a la terminal cibernética mientras había tenido lugar todo aquel jaleo.

Una actitud muy práctica y profesional. Le gustaba ese hombre.

El elfo parecía totalmente fuera de sitio de pie entre las paredes toscamente labradas de la cabina. Su traje seguía estrictamente la moda al uso en la ciudad y sus zapatos habían quedado estropeados después de su contacto con el fango de aquel lugar. Su acento era típico de la megápolis y sus manos, suaves, sin marca alguna de trabajo duro.

—Yo solo soy el mensajero —especificó con voz fría y distante.

Hart se reprimió para no replicarle. ¿De qué serviría hacerlo? Su anterior arrebató de cólera no lo había afectado en lo más mínimo. Era astuto y además refinado en el trato. Ella debiera haberse comportado del mismo modo, pero detestaba que un trabajo se malograra, y aquel ya le había ocasionado muchos problemas. Tomó la pistola de la mesa y la enfundó.

No tendría que haberle sorprendido que la famosa patrulla fronteriza del Tir hubiera errado más de lo que ella había previsto. Que no hubieran dado con ella era comprensible, pues ello había sucedido con frecuencia. Pero errar el blanco con ese pichón corporativo los colocaba en la posición de auténticos chorlitos. Había sido chiripa, un mal lanzamiento del dado; un puro golpe de suerte para ese Verner, de desafortunadas consecuencias para ella.

El mensajero aún estaba allí.

—Salga de aquí —espetó, todavía bajo los efectos del enfado.

—¿Desea expresar alguna respuesta?

—¿A su jefe de nombre desconocido? Seamos serios.

—Se preocupa de todo corazón por la buena salud de su reputación.

—¿Pero no está dispuesto a dejar que lo llamen por su nombre? Estoy impresionada.

—Su nombre le resultaría bastante familiar, se lo aseguro. Sin embargo, no sería recomendable que usted lo conociera en estos momentos. Se me ha encargado que le diga que su protección le sería muy útil en un futuro. No es difícil ganarse su favor. Todo cuanto pide a cambio de la información que le he transmitido es un bosquejo general de sus planes.

—Humo y espejos.

—¿Perdone?

—Dígale esto: humo y espejos.

El mensajero irguió el cuerpo con indignación.

—Muy bien. —Se volvió y caminó hacia la salida, produciendo a cada paso un ligero chasquido con sus caros mocasines de cuero impregnados de barro.

Por fin había logrado una conclusión airosa, una insignificante Victoria que era, de todos modos, mejor que nada. Que el elfo llevara su respuesta a su señor Misterioso. En el juego de la confusión también podían participar dos contrincantes.

Quienquiera que hubiera enviado el mensaje podía tener una docena de motivos

distintos para confiarle a ella esa información. El señor Misterioso podía estar jugando en cualquiera de los bandos en conflicto. O podía ser alguien no directamente implicado en él que aprovechara la ocasión para volver la situación en contra de un rival o para decantarla en favor de un amigo. Sin más datos, era imposible determinarlo. Fuera lo que fuese lo que había motivado a esa persona a revelarles esa información, ahora que la tenía no había tiempo para indagar en su fuente. La única fuente que podía desechar de entrada era el terco y viejo gusano que era su propio contratista quien, de haberse enterado de que Verner había salido con vida, habría enviado un ejército de terroristas para transmitir el mensaje de que ella no había cumplido los términos del contrato.

Tessien tenía que saberlo, ya que estaba sujeto al mismo contrato. Hart se cubrió los hombros con una chaqueta para protegerse del fresco aire nocturno y salió sin preocuparse de cerrar la cabina; no había nada que robar ni nadie allí para robarlo. Siguió un sendero que subía por la montaña hasta la seca cueva donde Tessien yacía enroscado, dormitando. La serpiente emplumada se despertó cuando ella entró en su guarida.

—Malas noticias, Tessien.

Toda la que perturba mi reposo es malo. El malestar impregnaba toda la caverna.

—Bien, el tiempo de descanso se ha acabado.

Sintió la curiosidad de la serpiente pese a que esta no *dijo* nada.

—Verner, ese empleado que sacamos de la Renraku como tapadera para la instalación del *doppelganger*, sigue vivo. Los guardias fronterizos de Tir no acabaron con él y ha aparecido de ronto en San Francisco en compañía de un incursor llamado Dodger. Ese incursor es una especie de operador maravilloso y ambos están husmeando en la Matriz. Por lo visto su búsqueda es todavía un tanto desorganizada, pero tienen nuestros nombres y tarde o temprano atarán cabos. También tienen el nombre de Drake.

¿Sake él que el empleada está vivo?

—No lo creo.

Debemos ocuparnos de esto sin dilación.

—Estoy completamente de acuerdo. Detesto dejar cabos sueltos.

La serpiente gruñó, expresando aprobación.

Sam se despertó en medio de un breve espasmo muscular. Después de un momento de desorientación, se recostó, confundido. Se encontraba en una habitación, tumbado desnudo en una cama y cubierto con una manta. La pieza estaba a oscuras, a excepción de un parpadeante resplandor que parecía provenir de un fuego encendido en la habitación contigua. Flotaba en el ambiente cierto olor familiar y agradable aunque algo extraño.

No recordaba cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era haber estado corriendo por un bosque mientras los guardias de Tir Tairngire lo perseguían. También recordaba la visión de una pareja de lobos. Sus recuerdos se confundían y diluían los unos con los otros.

Las imágenes del lugar donde había muerto Hanae era lo que más recordaba. Fugaces imágenes del ataque, sosegadas escenas de cuando dormían cerca de los incursores y visiones de los elfos hurgando entre lo que quedaba de la destrucción. Todo esto se disolvía en un sinfín de recuerdos del sombrío bosque y de su huida en medio de la oscuridad.

Sam también recordaba haberse caído y golpeado en la cabeza. Con cuidado, se llevó la mano a la sien y confirmó el recuerdo. Tenía un buen golpe, pero apenas sentía dolor al tocárselo. De hecho, ninguno de sus arañazos ni magulladuras lo importunaba, aunque su presencia le demostraba que la pesadilla en el bosque había sido real. Sus misteriosos benefactores debían de haberle dado algo para curarlo.

De pronto recordó unos rostros. Uno de ellos era el de un hombre altivo y desdenoso; el otro, el de una mujer con expresión preocupada y algo confundida. Ambos eran altos y delgados, con los ojos un tanto achinados y las orejas ligeramente puntiagudas. No podían ser otra cosa que elfos, pero no podía ser, era imposible. Habían sido elfos los que habían tratado de matarlo. ¿Por qué querrían salvarlo? Eso no tenía sentido. Aunque no se acordaba con claridad, estaba seguro de que eran ellos quienes lo habían rescatado del bosque, le habían curado las heridas y lo habían metido en la cama.

No saber dónde se encontraba ni quiénes eran sus benefactores lo ponía nervioso, y su desnudez aumentaba su sensación de desvalimiento. Se incorporó, y un destello en un rincón de la habitación le llamó la atención. Era el rifle de asalto de Chin Lee que se encontraba apoyado en la pared. Quien lo había llevado hasta allí no se sentía disgustado por el hecho de que él estuviera armado. ¿O quizá sí?

Se levantó de la cama y fue a comprobar el arma como le había visto hacer al orco. Todavía estaba cargada, de modo que confiaban en él. Estaba claro entonces que no era cautivo de los guardias de frontera de Tir Tairngire.

En un taburete, cerca del arma, había un montón de ropa. No era suya, desde luego, pero era evidente que la habían dejado allí para que él la usara, y además era de su medida. Se estaba poniendo las botas cuando oyó un leve murmullo que

procedía de la habitación adyacente.

Se hizo el nudo rápidamente y fue hacia la puerta para escuchar.

La puerta daba a una gran sala que se extendía a derecha e izquierda. Las voces procedían de algún lugar a su derecha que no veía. La distancia y el efecto amortiguador de las cortinas hacía imposible descifrar lo que aquellas voces decían, pero, aun así, los tonos y las cadencias le resultaban familiares. Sabía que las había oído antes, aunque no en un lugar tan elegante como este. Pero ¿dónde? Lleno de curiosidad, salió hacia la luz para echar un vistazo.

Tres hombres lo miraron sorprendidos cuando entró. Dos de ellos estaban sentados y el tercero se encontraba de pie cerca de un gran ventanal con vistas al bosque. El que se encontraba de pie le era desconocido pero no así los otros dos.

Al verlo, uno se interrumpió en mitad de una frase. Sam solo había hablado una vez con él, pero su piel picada de viruelas y aquellas grandes cejas se hallaban fijadas en su memoria. Se trataba de Castellano, el enigmático habitante del mundo subterráneo de Seattle, a quien había conocido en aquella mala aventura con los incursos de Tsung.

El otro estaba sentado casi de perfil. Solo podía atisbar sus orejas élficas y el conector de su lóbulo temporal izquierdo. Antes incluso de que el elfo se girara, su melena blanca y el familiar cuero negro que vestía le dijeron a Sam que se trataba de Dodger, el operador de Tsung.

Otro hombre entró de una habitación contigua a la ocupada por Sam. Este no recordaba el nombre, pero lo reconoció como el elfo salvador de su sueño. Un lobo venía con él. El animal parecía encontrarse como en casa y no importarle que sus uñas arañasen la madera en lugar de pisar el blando suelo del bosque. Vio a Sam cerca de la puerta y fue hacia él. Él se inclinó para ponerse a la misma altura que el animal, al que también reconoció.

—¿Freya?

El lobo bajó la cabeza al oír su nombre y le lamió la cara.

—Muerde —dijo el hombre de rostro familiar.

—No se preocupe. No me morderá.

Como si entendiera sus palabras, Freya se apartó de su lado y le mordisqueó ligeramente las manos antes de someterse a sus caricias. El resto de la gente que se encontraba en la habitación miró sin decir palabra. Cuando Sam levantó los ojos, los vio mirándolo; Castellano con aire severo, pero la mirada de Dodger irradiaba placer. Los otros parecían indiferentes.

—Señor empleado —dijo Dodger—, me alegro de verte despierto y despejado después de tu sueño. Teníamos miedo de que hubieses sufrido graves heridas. Siéntate aquí, al lado del fuego, y cuéntanos qué hacías tan lejos de tu casa.

Sam acarició por última vez a Freya y cogió una silla. La loba lo siguió y se enroscó a sus pies. Él inclinó la cabeza para mirarla, tratando de ganar tiempo. No sabía qué decir. Esta gente posiblemente le había salvado la vida y les debía algo.

Pero no tenía ni idea de en qué se hallaba metido.

—¿Por qué corrías sin rumbo por el bosque? —inquirió de nuevo Dodger.

—Dejé la Renraku. Ahora esta trata de matarme.

—¿Cómo?

—La patrulla de fronteras me llamó renegado.

—Estás todavía algo atontado y presentas de forma extraña tu historia. Nunca fuiste miembro de ninguna patrulla, así que no podían considerarte renegado.

—No, no. De la Corporación.

Dodger rio, lleno de incredulidad.

—Las Corporaciones no mandan una sentencia de muerte a las personas que las dejan. Es una pena demasiado fuerte. Y perseguirte aquí, dentro de Tir..., es inimaginable.

Castillano dio unos golpecitos en los brazos de su sillón.

—¿En qué otra cosa está usted metido?

—En nada —dijo Sam, un tanto aturdido por la pregunta.

—Es mentira. Demasiado lío para que no suceda nada.

—Es cierto —coincidió Dodger—. Se ha montado un buen lío, y lo que nos cuentas no nos es de ninguna ayuda. Debe de haber algo más, señor empleado. Es mejor que nos cuentes quién desea matarte.

—Realmente no lo sé —repuso Sam.

Quizá puedas explicarnos mejor qué demonios hacías tan lejos de casa.

Sam asintió. Sería mejor contarle todo de una vez. Quizás eso lo ayudara a terminar de aceptar lo sucedido. Con cierta vacilación al principio, empezó a hablar de su insatisfacción dentro de la Renraku y de lo frustrado que se sentía por no poder encontrar rastros de su hermana, y de cómo ello lo había hecho tornar la decisión de dejar el recinto y la Corporación. Contó toda la extracción y su desastroso final, aunque omitió el nombre de los participantes, excepto el de Hanae.

—Así que ya ven —concluyó—. De verdad que no sé lo que está ocurriendo. Pero no estoy lejos de casa: simplemente no tengo casa.

—Una historia de lo más triste —se compadeció Dodger.

—Nada más que palabrería —juzgó Castillano.

El elfo miró con irritación al hombre.

—Creo que tu veredicto es muy duro. ¿Vas a hablar mal de nuestro huésped?

Castillano se encogió de hombros, y Dodger se giró hacia Sam.

—He tenido noticias fidedignas de mis amigos, que se mueven bajo las sombras de Portland. Me han contado que la Renraku ordenó capturar o eliminar, a ser posible lo segundo, a dos empleados renegados que habían robado a la compañía ciertos secretos técnicos importantes.

—No sé de qué estás hablando —protestó Sam.

—Se dice que esos personajillos fueron extraídos por un grupo de incursores y llevados hacia el sur. Se supone que querían cruzar ilegalmente la frontera de Tir

Tairngire. —El elfo hizo una pausa—. De aquí a la descripción que nos has dado de ti y tu amiga solo hay un pequeño salto.

—Eso no tiene sentido. No nos llevamos nada más que nuestros efectos personales. —Sam meneó la cabeza, perplejo—. Quizás el otro tipo se llevó algo.

—¿Qué otro tipo? —inquirió Castellano.

—Señor empleado, no habías mencionado a otro.

—Pues bien, también extrajeron a otro trabajador —dijo Sam.

—Nuestras fuentes solo nos informaron de dos personas, tú y tu amiga.

—Pues les digo que había otro tipo debió de ser él el que se llevó la información. Los elfos dijeron que había aparatos de alta tecnología en la furgoneta. Él también está muerto.

—¿Elfos? —El tono de Castellano evidenciaba una necesidad de aclaración.

Sam explicó lo que había visto y oído de la patrulla fronteriza. El rostro de Castellano se mantuvo impasible, pero Dodger adoptó un aire pensativo.

—Así que las palabras del dragón fueron tomadas en serio por las autoridades de Tir Tairngire.

—¿Un dragón? —preguntó Sam, con una súbita sospecha—. ¿Qué clase de dragón?

—Tengan la forma que tengan, todos causan problemas —contestó Dodger—. Castellano, ¿sabes alago?

—Era una serpiente emplumada, y joven.

—Tessien —dijo Sam, sin dudarlo.

—¿Conoces a la bestia?

—Eso creo, si es la misma, claro. —¿Cuántos podían responder a esa descripción?—. Se supone que era el compañero de Roe.

Dodger se echó hacia atrás al oír ese nombre, e incluso Castellano parpadeó. Sam no sabía qué concluir de aquellas reacciones, pero estaba seguro de que no le iba a gustar lo que oiría.

—¿Roe?

—Sí. Fue la mujer que arregló nuestra extracción. ¿La conocen?

Dodger y Castellano intercambiaron una mirada. Este hizo un gesto de asentimiento, pero fue Dodger quien habló.

—Hay alguien en las sombras con cierta reputación, y que posee ese nombre. ¿Esa señorita Roe era quizás una elfa con el pelo plateado y ropas caras?

—Así es —confirmó Sam.

—Desde luego, Roe no es su verdadero nombre —dijo Dodger con aire preocupado, y volvió a recostarse en la silla—. Tenemos noticias de que la persona de la que hablamos ha actuado en compañía de un dragón en sus últimas correrías. La forma draconiana parece que responde al nombre de Tessien. Creo, señor empleado, que no puede haber dos elfas cuyo acompañante se lame Tessien. Es muy probable que su amiga elfa sea una famosa incursora conocida con el nombre de Hart.

—No quiero ningún problema con Hart, así que tendrá que marcharse.

—No hay por qué precipitarse. Por lo que parece, los guardias de frontera creen que nuestro invitado está muerto. Hart y la persona que la contrató también lo creerán. Nadie vendrá a buscarlo.

—Es un riesgo innecesario —dijo Castellano.

—Verdaderamente, te preocupas demasiado. Tu negocio no se verá afectado.

—¿Y qué están haciendo ustedes aquí? —preguntó inocentemente Sam.

—Tío, necesitas aprender modales —replicó Castellano.

—Lo siento. Pensé que era un intermediario. ¿No es ese un trabajo de ciudad?

—¿Y qué?

Dodger terció en la conversación con un tono suave que intentaba disculpar la brusca respuesta del intermediario.

—Castillano está en estos momentos cumpliendo un servicio noble y caritativo. Hace que aquellos que necesitan ciertos artículos y no pueden conseguirlos a causa de restricciones políticas arbitrarias, lo consigan de otros a quienes les sobra.

—Hablas demasiado, elfo.

—Vamos, vamos, gracioso anfitrión. Estoy convencido de que nuestro amigo, aquí presente, es leal y de absoluta confianza. No revelará ninguno de nuestros secretos ya que sería muy desleal por su parte el traicionar a su anfitrión, y para el señor empleado la lealtad tiene un gran valor.

—Demasiada palabrería —dijo Castellano, rascándose la palma de la mano izquierda—. No quiero más problemas.

—No me gustaría proporcionárselos —le aseguró Sam—. No diré nada. Pero necesito su ayuda. Necesito volver a la megápolis.

—¿Tiene algún plan?

—Creo que volveré a la Renraku. Todo esto es una locura, y no veo otro medio de solucionar las cosas.

—Tiene mucho que aprender.

—Debo hacer algo. De todo lo que ustedes han dicho se desprende que Roe, quiero decir Hart, o cualquier otro que esté detrás de ella, está decidido a matarme. Ese alguien dejó que metiera a una inocente mujer en toda esta trama. Es culpa mía que Hanae esté ahora muerta, y debo hacer algo para hacer justicia. Veré que sus asesinos paguen por ello.

—Muy noble.

—Castillano, no te mofes de este hombre. Ha sido ultrajado y su corazón busca la venganza. Supongo que entiendes lo que significa venganza...

—Solo entiendo de negocios —replicó Castellano frotándose las palmas de las manos—. Y este hecho no es bueno para ellos.

—Le pagaré —dijo Sam con desesperación.

—¿Qué? —preguntó Castellano con voz inexpresiva—. Usted no tiene créditos, ni dinero, ni oro. Solo unas cuantas fotografías y un par de chips.

—Pueden quedarse con los chips. Los programas de representación valen algo.

—Demasiado peligroso. Estarán etiquetados.

—Pero, Castellano, el señor empleado ofrece todo lo que tiene. Seguro que vale algo.

—¿Estás apelando quizás a mi sentimiento humano?

Dodger sonrió sin alegría.

—Llámalo como quieras. Si tú no lo ayudas lo haré yo. De repente veo más méritos en sus deseos que en tu tentadora oferta.

—Tú te lo pierdes —replicó Castellano, poniéndose en pie—. Ten en cuenta que hay mucha pasta en juego.

—Tu honor estará intacto.

—Bien, entonces haz que el chico deje limpios esos chips antes de que partáis.

Castillano hizo una seña a sus hombres y estos salieron de la habitación. Freya le dedicó a Sam una mirada que este interpretó como compasiva, antes de abandonar su lugar frente al fuego y marcharse tras los hombres. Sam creyó entonces oír decir al elfo con suavidad:

—Sin embargo, tu compasión llega tarde.

Antes de salir de la habitación, Castellano hizo una última observación por encima del hombro:

—Quédate con la Biblia, chico. La vas a necesitar.

En la placa se veía escrito: «Misión de la Calle Octava».

La deslucida placa había Visto días mejores, como también lo había hecho aquel maltratado y Viejo edificio de ladrillos. Todas las ventanas de la planta baja estaban selladas con un plástico opaco, bajo las oxidadas y ahora inútiles barras metálicas que en otro tiempo las protegían. Sucesivas capas de pintadas, que daban cuenta de generaciones de artistas callejeros, adornaban de forma exuberante la centenaria estructura. Sobre la escalera de la entrada principal había un símbolo pintado con trazos gruesos, como para destacarlo de las demás pintadas. Sam nunca había Visto el cardo como símbolo de una pandilla, pero supuso que el emblema debía de significar que dicho edificio se encontraba bajo la protección de la banda callejera local.

La misión no desentonaba en absoluto con los alrededores. Aunque Portland había sido reconstruido en su mayor parte, esta sección todavía era anterior al Despertar. Era uno de los barrios bajos que rodeaban el revitalizado centro, donde la arquitectura neoelfa, de gráciles curvas y excéntricos diseños e integrada con el entorno, configuraba un panorama que la gente de otros siglos habría encontrado extraño. Incluso para Sam, el estilo élfico de construcción era inquietantemente diferente, tanto de los limpios y alineados edificios como de las viejas construcciones remodeladas de los suburbios. Los diseños elegidos por los arquitectos elfos parecían proclamar la gloria del Sexto Mundo y deleitarse con el retorno de la magia en la tierra. Sam se sintió aliviado cuando él y Dodger llegaron al fin a la zona más antigua de Portland y dejaron atrás las torres élficas. Pese a haber vivido y crecido en los seguros enclaves de la Corporación, aquellas sucias calles del suburbio lo hacían sentirse más como en casa.

Dodger subió por la escalera de acceso a la misión y entró en una gran habitación que ocupaba más de la mitad del nivel inferior. La puerta abierta y las sucias ventanas apenas dejaban entrar la suficiente luz matutina como para aliviar la oscuridad allí reinante. Unas dispersas bombillas alumbraban débilmente en un patético intento de compensar la falta de luz. El hedor que se desprendía de la pobre gente allí reunida era realmente fuerte. Las víctimas de la contaminación llenaban toda la estancia. Muchos dormían, acurrucados en el suelo; otros estaban sentados en las destartadas sillas del local, mientras otros parloteaban sin descanso, sin importarles si alguien los oía o no. Viejos y gente que parecía sin edad bajo la mugre aceptaban la ayuda de la misión, junto a jóvenes disolutos y desharrapados sin hogar. Eran realmente un grupo sucio y oloroso, pero solo aquellos que sin duda se encontraban en los últimos estadios de la adicción a los chips parecían desnutridos. Moviéndose solícitamente entre estos refugiados de las calles, había un hombre de anchas espaldas vestido con un traje oscuro. Sobre su pechera brillaba un rígido alzacuellos blanco que lo señalaba como sacerdote.

—Padre Lawrence...

El sacerdote se giró al oír su nombre. Tenía una cara ancha que estaba en consonancia con su figura. Una gran verruga le desfiguraba la frente, pero sus facciones eran agradables aunque algo bastas. Visto con aquella luz parecía tener una extraña palidez. Solo cuando sonrió y dejó ver sus crecidos caninos inferiores, Sam se dio cuenta de que aquel ser era un orco. Quizá solo tenía un atisbo de los genes orcos, pero estos eran evidentes.

—¡Dodger! —gritó el padre con evidente alegría cuando reconoció al elfo—. No sabía que estuvieras en la ciudad.

—Realmente, padre, eso sí que es una buena noticia. Ya que, si tú no lo sabías, nadie lo sabrá.

El clérigo se rio abiertamente.

—Como es usual en ti, me sobrevaloras. Aun así tendré que hablar con unas cuantas personas.

—Espero que no seas muy severo.

—No, no. Pero uno siempre debe estar atento para saber en qué dirección sopla el Viento. *Respar sallah tishay a imar makkanageree-ha*, ¿no?

Dodger ladeó la cabeza y lanzó al padre una admonitoria mirada.

—Pocos de nuestros jefes hablan sperethiel. ¿Qué has estado haciendo?

—Buenas obras, como siempre —dijo el padre Lawrence, abarcando la misión con un gesto.

—¿Te permite todavía Dios lidiar con criminales?

—Criminales, obreros, nobles, incluso paladines e incursores, todos son sus hijos. —Aunque sus palabras sonaban pedantes, la voz del padre translucía una firme y honesta convicción—. Es al pecador al que tenemos que abrirle nuestros brazos. Porque, decidme, ¿dónde está el mérito de amar a quienes gozan de su estimación, mientras se desdeña a quienes necesitan ayuda? Dios siempre está del lado de las causas justas.

—Como la de este hombre, padre. Venimos pidiendo cama y descanso. Puede decirse que es mi amigo. —Dodger se quedó pensativo durante algunos momentos; una súbita inspiración le iluminó maliciosamente la cara—. Llámalo Twist.

El padre echó una profunda mirada a Sam para tomar nota detallada de su actitud y apariencia, y lo evaluó en un instante. Fueran cuales fuesen sus conclusiones, estas quedaron ocultas bajo una amplia sonrisa. El padre Lawrence estrechó la mano de Sam con fuerza.

—Bienvenido a la misión, Twist. Cualquier amigo de Dodger tiene un lugar aquí.

—Muchas gracias.

—¿Eres cristiano?

—Sí —dijo Sam, pero se sintió obligado a agregar—: pero no católico, padre.

—Eso se puede remediar con perseverancia y fe, pero no insistiré en ello. Todos los que observen las reglas y la buena camaradería en esta casa son bien recibidos. El buen Dios proveerá. Desde luego, él entiende que cada uno entregue lo que pueda.

En respuesta a la expectante mirada del padre Lawrence, Dodger respondió:

—¡Ay de mí, padre! Nuestro negocio actual apenas alcanza para solventar nuestros gastos.

—Nunca he dudado de tu generosidad, Dodger. Confío en que habrá una donación, y, mientras, rezaré por vuestro éxito. —Si su acogida era ahora menos cordial, el padre no mostró signo de ello—. Ya conoces la casa, Dodger, y aquí hay gente que necesita mi atención más que vosotros. Confío en que podáis arreglaros solos.

Dodger guio a Sam a través de la habitación y lo introdujo en la cocina donde había dos ollas a punto de hervir; un agradable aroma a sopa se esparcía sobre el olor a antiséptico y el persistente hedor a corral de animales. Descendieron por una chirriante escalera hasta el sótano. Cuando llegaron a este, el olor a humedad ya había saturado el olfato de Sam.

Abriéndose paso entre polvorientas y mohosas pilas de Dios sabía qué, Dodger se movía seguro en la oscuridad. El único modo que tenía Sam de no perder a su guía era mantenerse lo bastante cerca como para distinguir el suave brillo de las tachonadas ropas de piel del elfo. Cuando este se detuvo, Sam estuvo a punto de chocar con él. Un momento más tarde, un soplo de aire fresco le dio en la cara mientras el elfo se adentraba de nuevo en la oscuridad. Un leve chirrido marcó el fin de los olorosos confines del sótano, al cerrarse la puerta tras ellos.

Una suave luz roja se encendió delante, y Sam pudo ver cómo Dodger cruzaba la habitación y se dejaba caer en una cama, que crujió en protesta por el peso del elfo.

—Ponte cómodo.

Sam miró a su alrededor. No había más que una mesilla y un par de armarios cerca de la cama donde se había echado el elfo. En una esquina vio una Vieja silla plegable. Fue en su busca, la abrió y se sentó en el sentido contrario, con los brazos apoyados en el respaldo.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Pues ya ves, señor empleado: depende de ti. Te he traído a un sitio tranquilo para descansar, pensar y quizá poder preparar algún plan. ¿Tienes alguno?

—No exactamente. Pero he reflexionado en lo que dijiste sobre mi idea de volver. Creo que tienes razón: no es una idea demasiado brillante. Por lo menos, hasta que sepa algo más.

—Entonces, después de todo, ¿no vas a ser makkanagee?

—¿No voy a ser qué?

—Makkanagee. Deliberadamente estúpido.

Sam volvió con pesar la cabeza.

—He sido muy estúpido, pero de verdad que no ha sido a propósito.

Dodger elevó una ceja y guardó silencio. Sam no supo qué decir ante esto y permaneció callado durante un buen rato. Sabía que el elfo tenía razón. Necesitaba un plan si quería hacer algo efectivo, pero primero tenía que saber quiénes eran sus

enemigos y dónde estaban en realidad.

—Si pudiera entrar en la Matriz de la Renraku, creo que podría hallar ciertas respuestas.

—¿Y cómo te propones hacer eso?

—Todavía tengo aquellos chips de representación que Castellano no quiso. Si tuviese una terminal, podría tratar de conectarme al sistema principal.

—Habrán cambiado los Códigos de acceso.

—Creo que podré evitar ese punto. Hace tiempo, Jiro me enseñó una puerta trasera instalada por los diseñadores del sistema. Si puedo entrar en esa Matriz, entonces podré entrar en el sistema de la Renraku.

—¿Cuántos más conocen esa puerta?

—Jiro me dijo que el operador que le comentó eso era el único que lo sabía, ya que el diseñador había muerto en un accidente de aviación.

—¡Oh! Un secreto de operador comentado solamente al mejor discípulo. Quizá lo conozcan unos cuantos cientos de operadores, incluyendo los centinelas ambulantes de la Matriz. Bien, aunque encontráramos una entrada de ese tipo, tus chips estarán etiquetados.

—Eso ya lo dijo Castellano. ¿Qué significa?

—¡Madre mía! Realmente eres un principiante en las Vías de la Matriz pese a llevar un conector. Una etiqueta es una serie muy compleja de instrucciones codificadas dentro del chip. Hace que cualquier instrucción ejecutada por este deje una marca indeleble en todos los programas que toca. Si utilizas esos chips en cualquier programa, ellos dejarán una marca grande e identificable en cualquier lugar de la Matriz en que te encuentres.

—Entonces no hay esperanza.

—No, no he dicho eso. Pero debes conocer los peligros a los que te enfrentas si te metes sin autorización en un sistema tan peligroso como el de la Renraku. En cuanto a las etiquetas, yo puedo quitarlas de tus chips si los dejas a mi cuidado.

—Permanentemente.

Dodger rio.

—No necesito tus chips. Los míos son mucho mejores. ¿Qué necesidad tiene un maestro de la Matriz de poseer unos programas de representación de un neófito?

—Entonces —dijo Sam, entusiasmado—, ¿me ayudarás a colarme dentro del sistema de la Raku?

—Si tu puerta trasera funciona, sí. Pero intentarlo ahora sería una locura, ya que tú no tienes experiencia y este trabajo te puede dejar congelado antes de que pases la primera intersección de acceso. Corretear por un sistema de incógnito es un poquito más difícil que hacer tu trabajo de asalariado, ¿sabes, señor empleado? Necesitas práctica.

—¿Cómo empiezo?

—Fantasma dijo la verdad sobre ti: tienes coraje. —Dodger se levantó de la cama

y fue hacia uno de los armarios. Sacó un teclado y extendió los cables para que llegaran a donde Sam se encontraba. Le pasó el cable de conexión—. Este es un Alianza-Beta. Como ciberteclado es anticuado, pero servirá a un principiante como tú, mientras te encuentres bajo la guía de un maestro. Te daré el código de acceso a una Matriz más segura. Puedes corretear dentro de ella durante un rato a ver qué averiguas. El sistema no es muy complicado pero pueden congelarte.

Sam, que había extendido la mano para coger el cable de conexión, la retiró al instante al oír mencionar el hielo mortal.

—No hay nada peligroso —aseguró Dodger—, pero te dará cierta experiencia. Mientras tú haces eso, yo trabajaré en tus chips.

Sam le pasó sus chips antes de empezar a ajustarse la clavija del ciberteclado dentro de su propio conector. Vio cómo Dodger desenvolvía su terminal, un modelo mucho más evolucionado, y sacaba un grupo de herramientas microelectrónicas de su mochila. El elfo ya se hallaba abocado a su trabajo antes de que Sam hubiese incluso encendido su ciberteclado.

Después de algunos frustrantes combates, cuyos resultados fueron mejorando poco a poco, se desconectó. La cabeza le zumbaba, pero aun así sentía una gran alegría. Había conseguido por fin sacar algo de información de uno de los archivos de datos del sistema. Dodger tenía razón. Esta correría no autorizada era mucho más difícil de lo que en un principio él había imaginado. Se dio un pequeño masaje en las sienes y se estiró.

—¿Has tenido éxito?

—He cogido un fichero de datos.

—No está mal para ser la primera vez, señor empleado. —El rostro del elfo expresó preocupación—. Pero no deberías haberte agotado tanto.

—No te preocupes por eso. Siempre tengo jaquecas cuando accedo a la Matriz.

—¿De verdad? ¡Qué raro!

—Recuerda: aún no estás realmente listo para esto, así que no trates de separarte.

—Sé lo que debo hacer.

La cabeza cromada bajaba y subía en señal de asentimiento, imitando a su controlador. No había una razón real para que el icono hiciera eso. No se había ejecutado ningún programa, ni se había dado ninguna instrucción. El movimiento era una creación de la alucinación refleja que permitía a la mente humana trabajar dentro del espacio extraño de la Matriz.

—Te lo agradezco mucho, Dodger —agregó.

—Demuéstralo portándote como un astuto y atento estudiante.

Dodger hizo una mueca para sus adentros. Su profesor se habría reído si lo hubiese oído decir esas palabras. Su viejo mentor habría dicho una frase diferente, pero con la misma intención. ¿Habría sentido el Viejo elfo las mismas emociones que Dodger experimentaba en ese momento? Tenía miedo de que las habilidades adquiridas por su pupilo no estuvieran bien arraigadas en él como para que pudiera componérselas por sí solo... Había grandes posibilidades de que Sam fracasara por completo en esta intrusión. Todas las culpas serían para Dodger por no haber hecho una última prueba para traerlo a casa sano y salvo con la ayuda de sus propios reflejos. O quizás había dejado de enseñarle algún truco, lo que podía llevar a Sam a cometer un error que pagaría con su vida o su salud mental. Si hubiese tenido un poquito más de tiempo, lo habría entrenado mejor. Pero el tiempo, incluso para un elfo, puede ser un enemigo más implacable que el más negro de los hielos. En cualquier caso, ya no había tiempo. Sam, preparado o no, no podía esperar.

Inquieto por las aptitudes de su estudiante, Dodger no podía dejarlo solo frente a la Matriz; no contra aquel poderoso y hostil sistema de la Renraku. Incluso dejando aparte el hielo negro, Sam sería una sencilla presa para el más inexperto de los rastreadores de intrusos que rodeaban el sistema de la Raku. Sin la experiencia de Dodger, Samuel Verner, neófito operador de las sombras, a buen seguro obtendría un cerebro achicharrado.

Dodger lo guiaría. Lo conduciría a través de las líneas de fibra hasta la antena que estaba escondida en el piso superior de la misión; desde allí, vía microondas, llegarían a un satélite de unión. Entonces atravesarían la red regional de telecomunicación, que los conduciría hacia Seattle. Se lanzaron a través del sistema local de comunicación y, al llegar a una caja de empalmes, giraron hacia el muelle diez. El sistema de trabajo que habían invadido pertenecía a un cliente menor de la Corporación Renraku. La Matriz del recinto se encontraba solamente a un paso de allí, pero estaría muy bien vigilada.

Apenas habían experimentado aquel largo viaje como tal. Para ellos, al parecer, solo habían dejado su sistema local y segundos más tarde se encontraban a los pies de un enorme icono piramidal. Sobre su superficie totalmente negra no reflectante había

un disco de fluctuante luz azul que, a intervalos regulares, dejaba expandir un anillo de brillante neón. Aquella luz crecía y crecía hasta que llegaba al Vértice de la construcción; entonces surgía otra vez, mientras la primera seguía expandiéndose y se disolvía cuando la plana superficie no podía contenerla por más tiempo. Tras de sí dejaba unos segmentos circulares que crecían hasta verse engullidos por los bordes de aquella construcción.

—Vamos a ponernos las unidades de enmascaramiento —indicó Dodger.

Tecleó la suya, sabiendo sin necesidad de verlo que su típico icono, un chico negro como el ébano con una resplandeciente capa plateada, se habría convertido en el icono estándar de un operador de la Corporación Renraku. El icono que utilizaba Sam, habiendo sido originalmente uno de estos, llevó a cabo una transformación menos visible. Las facciones se difuminaron al tiempo que aparecían los símbolos y marcas de identificación de a Corporación.

Los emblemas que portaba el icono de Sam estaban algo manchados y oscurecidos, como si se hubiesen quemado ligeramente. Si hubiese tenido algo más de tiempo, Dodger lo podría haber hecho mejor, pero había tenido que contentarse con unas copias imperfectas de las autorizaciones de acceso de la Renraku. Aunque no eran del todo seguros, sus disfraces podrían pasar la inspección ligera de un programa corriente de detección de intrusos.

—Es hora de ver si tu puerta trasera nos deja entrar en el castillo.

—Dodger, creo que no puedo dejar que veas el código.

—Ya he recorrido estos pasadizos secretos antes.

—Pero en aquella ocasión entraste por tus propios medios. Yo no te abrí ninguna puerta. Yo..., bueno, creo que no está bien que te los enseñe, ni siquiera ahora. ¿Qué pasaría si estamos confundidos y la Renraku no tiene nada que ver con las muertes? Estaría haciendo algo equivocado al revelarte este secreto.

—Haz lo que creas justo, señor empleado.

—Solo quería que lo entendieras.

—¿Vamos a seguir con esto?

—Muy bien.

El icono de Sam se movió hacia adelante. Flotaron hasta situarse junto a una arista de la pirámide, más o menos a un tercio del vértice superior. Sam posó las manos en el punto donde un arco parecía contener una zona decolorada. Justo antes de que otra emisión azul llegara hasta ese punto, el icono de Sam se balanceó entre Dodger y el punto de contacto con la pirámide. Cuando la ola pasó, una ligera línea brillante apareció en la superficie de la pirámide.

Dodger abrió los ojos. Usualmente no había nada que ver cuando se operaba, pero ahora observó los códigos que tecleaba su compañero en su ciberteclado y tecleó una secuencia idéntica en su terminal Fairlight. Cuando los dedos de Sam acabaron su frenético movimiento, él presionó una tecla más y toda la secuencia fue archivada en la memoria de su propia terminal.

«Parte del precio», pensó. Aquel pasadizo era muy importante como para hacer caso de los escrúpulos de Sam. Volvió a poner su atención en la Matriz.

Cuando entraron en el complejo de la Renraku, se encontraron en un módulo lateral desde el cual se dominaba una hilera de ascensores. Esa intersección no debería haber permitido el acceso al sistema pero, al fin y al cabo, era una puerta trasera. La apariencia general era la de un pequeño cuarto de guardia. Las paredes se iluminaban con un suave resplandor cuando algún ascensor pasaba por allí. Un samurái dormitaba en la esquina de aquella imaginaria habitación, con su armadura de neón apagada. Como los ascensores solo conectaban entre sí áreas de escasa extensión y mínima seguridad, el guardián de hielo solo era activado en caso de alerta.

De improviso, la correría parecía más factible. Si la Renraku hubiese estado conmocionada por un robo tecnológico importante, todo el sistema se habría encontrado en estado de alerta. Incluso aquí, el guardián habría estado despierto para observar los ascensores físicos e informar a Seguridad sobre cualquier intruso. Una intersección de estas características no habría tenido normalmente control alguno, por lo que la presencia de un guardia mostraba la meticulosidad de la Matriz de la Renraku. Al menos, esa era la conclusión más razonable si se presuponía que Seguridad no conocía la existencia de esta puerta trasera, aunque Dodger no creía que esto fuera muy probable. Pero, desde luego, no iba a apostar su cerebro a ello.

Por más que el guardián pareciera dormido y todo estuviera en calma, podía tratarse de una trampa. Si sus programas de enmascaramiento podían ocultar con éxito sus identidades, los programas defensivos podían ser tan buenos como para presentar una imagen pacífica, hasta que los operadores intrusos se introdujeran tan profundamente en el sistema que les fuera imposible escapar. Quizá ya hubiera operadores de la Corporación conectándose al sistema para darles caza, o quizás un sistema de rastreo estuviera siguiendo su señal para averiguar su ubicación física y de esta forma mandar a un grupo de ataque. No en vano había sobrevivido durante muchos años a este trabajo de operador pirata gracias a su cautela. Pero, a pesar de todo esto, ya había tenido experiencias dentro de esta Matriz corporativa y no había nada que le indicara que las cosas no eran lo que parecían. Bastante tranquilo, le indicó a Sam que prosiguiera.

Con Sam a la cabeza, dejaron la intersección de control de ascensores y entraron en los etéreos caminos que conectaban con los componentes de la Matriz. En aquella oscuridad infinita, los subsistemas brillaban como distantes estrellas de arcana geometría, mientras los grupos de datos viajaban como cometas a través de aquellos cielos subjetivos. Delante y detrás de ellos, su propio camino se iba desvaneciendo, obligándolos a caminar sobre una claridad sustancial que no procedía de ningún sitio ni conducía a ninguna parte, hasta que llegaban a la siguiente intersección.

Durante la caminata, Dodger notó que el icono de Sam cojeaba. Frunciendo el entrecejo, trató de entender este fenómeno. No había encontrado en el programa de

representación nada erróneo que explicase este comportamiento. Una vez acabado el viaje, debería volver a inspeccionar los chips.

A medida que el cromado y cojo maniquí lo llevaba de intersección en intersección, Dodger iba ganando confianza. Empezaba a estar seguro de que no había habido ninguna alerta. Solo se habían cruzado con un operador de la Corporación que vagaba por la zona, pero los programas de Dodger los habían enmascarado perfectamente. Si hubiese habido alguna alarma, no habrían podido cruzar tres intersecciones sin encontrarse con ningún cazador. Después de todo, parecía que este iba a ser un viaje tranquilo.

Finalmente llegaron al destino que Sam se había marcado: un almacenamiento de archivos médicos de bienes no humanos. Cuando le había hablado de esto a Dodger, este había cuestionado el valor de tales datos para su investigación. ¿No habría sido mejor ir en busca de los ficheros de personal, pese a que fueran más difíciles de penetrar, para tratar de averiguar si la serpiente emplumada trabajaba para la Renraku? Sam le había asegurado que era más probable que la Renraku clasificara a un dragón, incluso a uno que pensara, como un bien más que como un empleado. A los ojos de Dodger aquella distinción parecía idiota, pero él no era japonés como los directores de la compañía. Los orientales solían tener ideas particulares de cómo trabajaba el mundo. Ya antes había visto esas curiosas costumbres en Sally Tsung, pese a que ella era solo medio oriental.

Las paredes de la base de datos estaban llenas de caracteres alfanuméricos. Los símbolos lanzaban destellos de colores y se movían a distintas velocidades, conformando un patrón siempre cambiante. Aquella imagen representaba los sistemas de defensa de la información frente a cualquier intruso no autorizado. El icono de Sam se quedó paralizado.

—Creo que es mejor que hagas esto tú. Yo podría disparar la alarma.

—Usaré la técnica más sencilla. Atento.

El icono de Dodger dejó caer la máscara y una negra mano sacó una pequeña caja mate de color oro. Unos delgados dedos abrieron la tapa y cogieron una herramienta. Arrodillándose delante de la luminosa pared como si fuera una caja fuerte, Dodger introdujo el instrumento en la corriente de caracteres. Después de unos minutos de ajustes, seleccionó otra herramienta y la metió también junto a la otra. Moviéndose ligeramente la muñeca y el movimiento de los símbolos se hizo más lento a la vez que las pulsaciones de luz se hacían más espaciadas. Con otro pequeño giro, toda la pared se fue inmovilizando, hasta que por fin quedó totalmente quieta.

—¿Qué fichero desea, señor empleado?

—Necesito revisarlos.

El icono de Sam se adelantó un poco y metió la mano en la aparentemente sólida pared de luz. La cabeza cromada se inclinó como si estuviera concentrándose, mientras los nombres de los archivos parpadeaban velozmente como iluminados por una serie de fuegos fatuos. Después de un minuto, la luz se quedó quieta y uno de los

nombres cobró intensidad.

—Ese —dijo Sam.

El chico negro asintió y empezó a ajustar los ángulos de sus herramientas. La pared se puso otra vez en movimiento hasta que por fin el código elegido se paró delante de sus manos. Colocó de nuevo las herramientas en la caja y esta desapareció bajo su capa.

Dodger alargó la mano hacia la pared, y esta se desvaneció como si hubiera quedado cortada justo a la altura de la muñeca. Al cabo de un momento la sacó. Sostenía un gran libro verde. Dodger pasó deprisa las hojas.

—No hay serpientes.

Sam lanzó un suspiro.

Dodger puso de nuevo el libro en la pared y golpeó dos veces el código. Los caracteres alfanuméricos volvieron a moverse a la misma gran velocidad que al principio, pero curiosamente su claridad se había reducido.

—Dodger, creo que será mejor que salgamos de aquí.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Pero creo que nos la jugamos si nos quedamos.

Las sospechas de Dodger se incrementaron ante la súbita preocupación de Sam, claro indicio de que ocultaba algún tipo de información. Volvió a activar su programa de enmascaramiento.

—Muy bien, pero ahora guiaré yo. Así iremos más deprisa.

Efectivamente iban mucho más rápido. Volvieron por la misma ruta que habían seguido para entrar, hasta que Dodger se paró de repente y miró azorado las paredes de la intersección en la que acababan de entrar. Estaban recubiertas de espejos que reflejaban sus iconos hasta el infinito. Era algo que nunca había visto. Lo peor de todo es que aquellos reflejos dejaban entrever que el icono de Dodger encubría a un chico en cuclillas envuelto en una capa brillante, y que el cromado maniquí de Sam estaba lleno de motas oscuras a lo largo de toda su superficie. Dodger no se sentía a gusto. Nunca se había encontrado con nada así en sus años de correrías por la Matriz.

Sus dedos volaron sobre el teclado improvisando rutinas que analizaran la naturaleza del hardware en el que estaban operando sus programas.

De improviso, Dodger vio algo distante y furtivo que se movía dentro de aquellos espejos. No había nada en la estancia que pudiera crear el reflejo de aquella sombra.

Envío una señal de abortar a los programas de análisis y tecleó otra frenética serie de instrucciones: Cortar y Escapar, Listo para Ejecución.

Atravesó la habitación y apartó las manos de Sam de su ciberteclado. Tecleó el código de escape y pulsó «Ejecutar».

Los lejanos reflejos de cromados maniqués empezaron a desvanecerse, al mismo tiempo que las imágenes se iban acercando cada vez con mayor velocidad a planos de reflexión más cercanos. Las últimas imágenes desaparecieron y, con un «pop», el icono de Sam se desmaterializó de la intersección.

Dodger se encontraba solo con aquello que se movía entre los espejos. Ignoraba cómo estaba tan seguro, pero sabía que se estaba aproximando. Su dedo pulsó la tecla de «Ejecutar».

Sus propios reflejos empezaron a desvanecerse. La presencia reaccionó moviéndose con más velocidad hacia las imágenes de Dodger que desaparecían. Su máscara cayó dejando ver el rostro del chico negro como el ébano, que atravesó corriendo la habitación como si, moviendo el icono, pudiera dar a sus reflejos la velocidad necesaria para escapar de la presencia. Sentía que esta se aproximaba, pero no miró hacia atrás. Estaba casi sobre él cuando su último reflejo desapareció.

«POP».

Temblaba y estaba bañado en sudor, pero se hallaba a salvo en el mundo real. Extrajo el cable de su conector. Sam lo miraba, perplejo. No sabía lo suficiente como para estar asustado.

—¿Qué era eso?

—No lo sé. Nunca había visto antes nada parecido. De hecho, por todo lo que conozco, eso era imposible.

—Pero en cualquier caso nos sacaste de ahí. —Sam se desconectó y dejó el teclado en el armario—. Supongo que no importa lo que fuera. Tenemos lo que queremos y ahora estamos a salvo, no pueden localizarnos.

—Eso parece.

—La jaqueca ha merecido la pena. Ahora estoy seguro de que la Renraku no ordenó las muertes. Si aquella serpiente emplumada hubiera estado trabajando con ellos, sus datos médicos se habrían encontrado en ese fichero.

—Quizá la contrataron para la ocasión.

—No lo creo —replicó Sam, sacudiendo la cabeza—. No habrían aceptado actuar fuera de la legalidad.

—Anda, ¿y por qué no? El tribunal de contratos les habría permitido invocar una cláusula de terminación contra ti y Hanae. La mala gente que maneja esos estamentos raras veces pierde el tiempo en saber si lo que dice el empleado es lo bastante bueno como para justificar dicha cláusula. La Renraku hubiera podido inventar cualquier historia para hacerles creer que vuestra captura era importante.

Sam no se sentía a gusto con la idea de que su Corporación hiciera este tipo de cosas.

—No. No haría eso. Incluso si lo hubieran hecho, ¿no tendría el dragón que formar parte de la Corporación? Todo el mundo sabe que el tribunal es muy escrupuloso sobre los métodos empleados para la ejecución de dichas cláusulas. La ley dice que cualquier acción que se tome contra un renegado debe ser llevada a cabo por un auténtico oficial corporativo.

—La bestia bien podría haber sido un cazador de recompensas.

—La ley contempla también que las recompensas deben ser otorgadas y registradas en la Corporación. Tú has comprobado que no había ninguna.

—Por Dios, señor empleado. Los informes legales no siempre reflejan la realidad.

—No puedo creer que hubiera una recompensa no registrada —se obstinó Sam—. La Renraku no se habría expuesto a una sanción por transgredir las leyes, en especial en mi caso, ya que no me he llevado nada. El coste habría sido grande.

—Pareces estar bien enterado sobre las leyes que rigen este campo.

—Digamos que tuve un repentino interés en saber cuál es la condición legal de los renegados de una Corporación. Creí que este conocimiento me vendría bien en el futuro.

—Y así ha sido. —Dodger movió hacia atrás su silla y se puso en pie. Apoyó una mano en el hombro de Sam, mientras decía—: Con esta aventura contra la Renraku, te has metido de lleno en las sombras. Ahora te has divorciado por completo de las Corporaciones. Así que te retiro el nombre de «empleado» y te nombro formalmente «Twist».

—Gracias. —Sam parecía desconcertado—. Pienso que lo hicimos bien, ¿no? Por lo menos, no tengo que preocuparme por que la Renraku esté detrás de mi, ni sentirme culpable de que el otro tipo se hubiera llevado algo haciéndome a mi un mero títere de su robo. Como tú bien dijiste antes de conectarnos, si hubiera habido un robo, todo el sistema se habría encontrado en estado de alerta.

—No estés tan seguro de que no lo estaba.

Sam frunció el entrecejo.

—¿Por qué no? Yo solía trabajar ahí, ¿recuerdas? No había ninguna alerta.

—Entonces podrás decirme qué significado tenían aquellos espejos.

—No, pero si puedo decirte que observé algún tipo de mal funcionamiento en el sistema. Algo así como pequeñas distorsiones en la base de datos médica. Ya sabes, problemas de resolución. Quizá los espejos fueran alguna clase de subrutina de diagnóstico.

Esto no convenció a Dodger, pero creyó mejor no decirlo. Aquel fenómeno iba más allá de los conocimientos de Sam como operador.

—Puera lo que fuese lo que ocurría allí, no importa —agregó Sam, sin advertir la preocupación de Dodger—. Creo que no tendremos que volver. Por lo que hemos visto, sé que los asesinos están fuera de la Renraku. Allí es donde deberemos buscar.

—Ante todo —dijo Dodger con tono firme— descansaremos. Podrás tumbarte tú el primero, señor Twist, ya que yo tengo cosas en que pensar.

De hecho, algo lo preocupaba. No solo eran los espejos y el acertijo de las muertes, sino también algo sobre la reacción de Sam en la Matriz. No era normal. Él había echado un vistazo a aquel conector cuando supervisaba a Sam en la consola. La tapa que lo cubría tenía una marca: Soriyama. Ese nombre era sinónimo de una de las piezas de tecnología más caras que Dodger había visto nunca. No había ningún vulgar doctor o asalariado de una Corporación que hubiera hecho esa implantación. Dicha operación había sido llevada a cabo por un maestro, un avezado cirujano cibertecnólogo, y debiera haber existido una interrelación fluida entre el hombre y la

máquina. Los dolores de cabeza de Sam eran anómalos, extraños de por sí aun sin tener en cuenta la cojera del icono. ¿Podrían estar ambos fenómenos conectados?

Había en Samuel Verner algo inaprensible a la mirada, algo que tal vez guardara relación con la cibertecnología o quizá con otra cosa.

—¡Sherman, ven a mirar esto!

Atraído por el grito de Cliber, Huang se acercó a toda prisa a la pantalla de su consola y se puso a observarla lleno de excitación.

—La conductividad de señales y la memoria Virtual se incrementan de forma simultánea con colisiones en tareas múltiples —murmuró Huang—. ¿Dónde se han producido las colisiones?

Cliber pulsó una tecla, se iluminaron unos puntos de la estructura.

—Hmmm. ¿Intrusiones en curso?

—No consta ninguna en los informes. Ejecutaré un programa de comprobación —anunció Cliber, moviendo ya las manos sobre el teclado.

Hutten se sumó a ellos y centró también la Vista en la pantalla.

—¿Qué deduces de ello, Konrad?

—El OMDR está operando en áreas que desbordan lo especificado —constató, perplejo, el ingeniero de sistemas—. La totalidad de tres bancos de setenta y siete mil chips funciona a la máxima capacidad, pero el biochip Haas apenas se halla por encima de la actividad del ciclo de mantenimiento. —Sacudió la cabeza—. No lo sé. No se ajusta a ninguno de los parámetros previstos.

—Exactamente —corroboró, entusiasmado, Huang, contagiando su sonrisa a los otros dos—. Habremos de confirmarlo.

—Pondré en marcha un diagnóstico completo. —Hutten regresó a su propia estación de trabajo y se conectó a ella.

Desde su posición en la puerta del laboratorio de investigación, Crenshaw lo observó y oyó todo. A pesar de no comprender nada de los detalles técnicos, no se le escapó el estado de excitación de los investigadores. Había elegido un buen momento para pasar por el laboratorio en su ronda de observación diaria. Si había sucedido algo digno de atención, informaría de inmediato de ello a Sato, y tal vez pudiera hacer creer que su intervención había obrado como un estímulo en el rezagado equipo, mejorando así su situación a los ojos del kansayaku.

—¿Un progreso, doctores?

Huang y Cliber alzaron la vista, evidentemente sorprendidos por su presencia.

—No —respondió, indeciso, Huang al tiempo que Cliber negaba con la cabeza—. Un simple contratiempo —añadió con mayor convicción—. Un problema de hardware en una de las intersecciones.

Crenshaw asintió en silencio. La seriedad de sus rostros le indicaba que estaban mintiendo, que hubieran deseado que ella no estuviera allí. Resolvió aceptar su explicación hasta saber no solo qué había ocurrido realmente, sino también cómo utilizar en beneficio propio dicha información.

Al despertarse, Sam halló a Dodger sentado al pie de la cama, mirándolo. El elfo tenía los ojos enrojecidos y el aspecto descuidado de su ropa obedecía más a un exceso de uso que a una artificiosa pretensión de ir a la moda. No cabía duda de que había asado mucho tiempo en vela, de lo que se desprendía que Sam había dormido muchas horas.

—Se suponía que ibas a llamarme.

—Necesitabas dormir —repuso el elfo, con un encogimiento de hombros.

Era cierto, pero Sam se sentía ya repuesto.

—¿Cuánto be dormido?

—Toda la noche y la mayor parte del día.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo precisaba tiempo.

—Necesitabas dormir. Pareces salido de una pesadilla. Pensaba que los elfos poseían una fuente propia e inagotable de energía.

—Supongo que no soy lo bastante viejo —se limitó a contestar Dodger.

El humor del elfo era demasiado sombrío para que la débil jocosidad de Sam pudiera arrebatarlo de él. Dodger había incluso dejado a un lado el habla arcaica que le era predilecta, algo que Sam únicamente había observado en el elfo cuando este estaba muy agobiado o inmerso en detalles técnicos.

—¿Ha pasado algo malo?

—No, quiero que veas a cierta persona —dijo Dodger.

—¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido?

—Creo que puede ayudarnos.

—Dodger, no estás respondiendo a lo que te pregunto.

El elfo echó la cabeza atrás y dejó vagar la mirada por el techo. Luego exhaló un suspiro.

—No tengo respuestas. Solamente preguntas.

—¿De qué estás hablando?

—De ti.

Las palabras del elfo no hacían más que incrementar la confusión de Sam.

—Me estás provocando jaqueca.

—Tus jaquecas tienen que ver con la cuestión. —Dodger se inclinó hacia adelante y fijó la vista en los ojos de Sam—. El dolor y la desorientación que experimentas cuando estás utilizando un ciberteclado no son normales. El implante que llevas es el mejor, el material cibernético que vienes utilizando está en perfecto estado y tus procesos mentales son ordenados y lógicos. En resumen, dispones de todos los requisitos para moverte a tu antojo por la Matriz, pero tu icono cojea. Sospecho que ello guarda relación con tu psique, pero yo no estoy cualificado para solucionarlo. Necesitas que alguien te ayude a resolver este problema, y conozco a una persona que

posiblemente se avenga a hacerlo.

»Te has propuesto cumplir una apabullante tarea. Tus enemigos son despiadados, como ya has comprobado. Para salir con bien, debes poder confiar plenamente en tus propias capacidades y, por consiguiente, no puedes permitirte la más mínima imperfección en tu funcionamiento mental.

¿Acaso lo tomaba por loco Dodger? ¿Creía que lo habían desquiciado las penalidades sufridas?

—De modo que quieres que vea a un amigo tuyo. ¿Es un médico?

—Entre otras cosas.

Sam se frotó la incipiente barba que comenzaba a brotar de su barbilla.

—Me instas a confiar en mis propios recursos y al mismo tiempo me urges a salir al encuentro de extraños y me aconsejas que ponga mi cabeza en sus manos.

—El enemigo puede estar en cualquier parte, pero debes procurarte aliados.

—¿Ahora me vienes con tópicos, Dodger? ¿Qué escondes tras ellos?

Dodger guardó silencio durante un momento, con repentino aire ausente e impasible en su élfico rostro.

—Creo que deberías ver a esa persona.

Sam analizó la afirmación del elfo. Una vez más, este rehuía darle una respuesta clara. Seguramente estaba ocultándole algo. Fuera lo que fuese lo que encubría Dodger con su evasivo comportamiento, Sam captó en él lo que anhelaba tomar como una preocupación genuina. Tal vez su pensamiento no obedeciera más que al deseo, pero, perdido a la deriva en un mar de sombras, necesitaba algo a que aferrarse. Por más tópico que sonara, no era menos cierto que necesitaba aliados. ¿Su situación le permitía ofender a aquel?

—Si acepto, ¿qué saldrá ganando con ello tu amigo? ¿Y por qué está ayudando un incursor como tú a un antiguo empleado corporativo? Tengo un montón de preguntas y nada en la cuenta corriente.

—No todos somos tan mercenarios como la dama Tsung.

Bajo su severa máscara asomaba un leve indicio de humor, como si ya no fuera necesario mostrarse ceñudo. ¿Había adivinado Dodger que Sam se había decidido a aceptar su sugerencia?

—¿Pero no formas parte de su banda? Pensaba que ella era tu jefe.

—La dulce dama y yo hemos trabajado juntos, pero yo soy un operador independiente y tengo intereses propios.

Claro que los tenía. Nadie que viviera la vida de las sombras daba jamás la impresión de perseguir algo distinto del interés propio.

—¿Y en qué radica tu interés en este asunto?

—Eres de lo más perseverante, señor empleado. Es una gran cualidad... a veces.

—Creía que me habías cambiado el nombre, Dodger. Y los comentarios sobre las virtudes... o vicios, si lo prefieres..., de mi perseverancia no van a distraerme.

—Muy bien pues, señor Twist —dijo Dodger, con una ligera inclinación de

cabeza—. ¿Te conformarás si te digo que esta circunstancia me facilita el modo de saldar una antigua deuda con alguien?

»Tu conformidad beneficiaría asimismo a otros. La persona a quien quiero que conozcas encontrará interesante tu caso, y para él esa será recompensa suficiente. Tú sales ganando también. Con este viaje, sales de la ciudad y te aproximas a tu objetivo. Y con ello tu humilde servidor se libera de una agobiante carga. Todo el mundo sale beneficiado —concluyó Dodger, sonriendo.

—¿Y la alternativa?

—No merece la pena pensar en ella.

—¿Qué opción tengo?

—Siempre será la que tú elijas, por supuesto.

La sonrisa del elfo era seductora, maliciosa pero amigable. Sam sacudió la cabeza con perplejidad y soltó una carcajada. Una vez más los acontecimientos lo obligaban a avanzar, pero en aquella ocasión en sentido positivo. Se movería por propia voluntad, en dirección a sus propios objetivos. Era una porción de control sobre su vida de la que hacía mucho tiempo que no disponía.

A pesar del desdeñoso comentario de Dodger, Sam había tomado en cuenta las alternativas. De lo contrario, la elección habría sido una farsa. Aun cuando la necesidad lo forzaba a depositar su confianza en la sinceridad y buenas intenciones de Dodger, esta era un elemento que lo fortalecía. Si el amigo del elfo podía hacer que le resultara más sencillo utilizar un ciberteclado, eso le facilitaría a Sam la tarea de seguir la pista a los asesinos y llevarlos ante la justicia. A pesar de su escasa experiencia como incursor, Sam sabía que no había que renunciar a ninguna ventaja, por más insignificante que esta fuera. Entrevistándose con el amigo de Dodger entraba en un juego no exento de riesgo, pero se trataba de un juego que él aceptaría por libre albedrío. Se puso en pie.

—Vamos.

Descubrió que su destino era un recinto privado en las estribaciones occidentales de los límites de la Ciudad de Portland. Desde la vena, Sam advirtió que las cercas de la finca se extendían más allá de los muros que delimitaban la ciudad, con 10 cual parte de los jardines quedaban fuera del terreno urbano. No alcanzaba a saber qué porción de terreno quedaba en extramuros ya que la mansión y la arboleda que la flanqueaba le impedían ver el horizonte. Tal prolongación era una violación de las ordenanzas de Tir Tairngire que exigían que todas las propiedades urbanas se hallaran por entero dentro de los límites establecidos por las vallas electrónicas de cemento y alambre que separaban el enclave de la ciudad del Tir propiamente dicho. El hecho de la misma existencia de la finca, en flagrante incumplimiento de dichas leyes, era un indicativo del poder de su propietario dentro del Tir.

Más allá del recinto, a lo lejos, Sam avistó unas cuantas agujas de gran altura, todas ellas de factura élfica. Aquellas debían de ser las residencias palaciegas de los dirigentes del Tir. Sabía que, pasadas aquellas edificaciones de tortuoso diseño y los bosques adyacentes, se hallaba la Colina Real, el montículo cuyo origen se atribuía a la magia, en el cual se levantaba el capitolio de Tir Tairngire, un fastuoso complejo que hacía las veces de oficina de trabajo y morada del Augusto Príncipe. Las fincas que rodeaban la Colina Real eran propiedad de los otros príncipes y consejeros electos. Aquel era un vecindario sumamente selecto, y el amigo de Dodger, con su propiedad descaradamente ilegal, debía de ser sin duda un residente de alta categoría.

—No me habías dicho que tenías este tipo de contactos, Dodger.

—Preferiría designarlo como un conocido más que como un contacto, señor Twist.

—Como quieras. Si me hubieras avisado, tal vez me habría mostrado menos reacio a venir. Al menos me habría vestido mejor.

—No es probable que nos traten como a invitados de etiqueta. —Dodger se encaminó a la casa del guarda y se detuvo en seco cuando en la puerta apareció una figura.

—¿Qué te hace pensar que se os vaya a aceptar como invitados de una u otra clase, incursor callejero?

El que había hablado era un espécimen de gran estatura, aun siendo un elfo. Sus rapados cabellos, negros como el azabache, ofrecían un marcado contraste con la palidez de su tez y el glacial tono azulado de sus ojos. Su uniforme y los accesorios parecían los de un empresario de mediana categoría y, aunque de buena hechura, daban la impresión de no ser adecuados para él. De aquel elfo emanaba algo entre duro y romántico. Sam se lo imaginó vestido con una mellada armadura cuyo brillo hubiera apagado un prolongado uso. Tal vez fuera la rigidez de la mandíbula, su expresión impasible o los ojos recelosamente entornados lo que le hiciera evocar tal imagen.

—¡Vade retro, Estios! No tenemos que tratar nada contigo.

—Sí, si queréis ver al profesor.

Dodger se mostró un tanto fastidiado y Sam creyó que iba a replicar, pero aquel se encogió de hombros en señal de aceptación de algo inevitable. Luego sacó la pistola de la funda y se la tendió a Estios con la culata hacia adelante.

Estios sonrió fríamente al recibir el arma. Se giró y volvió a entrar en la casa, dejando que Sam y Dodger lo siguieran. Una vez dentro, los condujo a través de la sala de recepción sin detenerse. El empleado de seguridad uniformado con atuendo de caballero errante no pronunció ni una palabra cuando los tres hombres pasaron por sus dominios hasta llegar a un dintel arqueado que daba a una habitación trasera.

Aquella habitación apenas contenía mobiliario y se hallaba casi en penumbra. Detrás de un panel transparente que la dividía en dos mitades, había una orca con bata blanca sentada en una consola. El grisáceo resplandor de las pantallas que supervisaba iluminaba sus rasgos, confiriendo a su expresión una ferocidad y un aire más inhumano de los que habría aparentado en una situación distinta. A sus espaldas se encontraba un enano, más corpulento que ella pero que, aún de pie, apenas sobrepasaba su altura estando sentada. Este llevaba un recargado amuleto sujeto a una pesada cadena que le colgaba del cuello y las solapas de la chaqueta llenas de arcanos símbolos. El mago enano se recostó en la pared. Al igual que el mago de Sato, parecía pasar la jornada de trabajo dormitando. Sam se preguntó qué hacía a los magos tan indispensables como para poder dormir en horas laborables sin sufrir mayores consecuencias.

En un rincón del lado en que se hallaban yacía un gran sabueso blanco. El animal abrió indolentemente los ojos cuando entraron en la habitación pero, aparte de ello, no realizó movimiento alguno. Sam advirtió con sobresalto que no era un perro ordinario: sus ojos levemente reflectantes revelaban su condición de paranimal y el olor que despedía le resultaba familiar, a pesar de que solo había visto uno en una ocasión. La bestia era un barghest, la misma especie que había atacado a Tsung. Cayendo en la cuenta de que estaba suelto, Sam retrocedió, temeroso, hacia la entrada y advirtió con embarazo que ni Estios ni Dodger mostraron la más mínima reacción por la presencia del barghest. Su única acción fue volverse hacia él, mirándolo como si fuera un idiota. Sam enderezó el cuerpo, que inconscientemente había encogido en actitud defensiva, y esbozó una sonrisa forzada. Quizá no fuera peligroso. ¿Cómo iba a saberlo él? De todas maneras lo más probable era que se lanzara directo a su garganta si Estios así se lo indicara.

Estios dejó la pistola de Dodger en una mesa y tendió la mano. Dodger sacó entonces otra arma, mucho más pequeña, de la bota y se la entregó. Luego se quitó de la cintura la cadena que llevaba a modo de cinturón y extrajo de un bolsillo una caja metálica aplanada, que también dejó en manos del elfo de oscuro cabello. Estios le dio una palmadita en el antebrazo derecho.

—Eso es todo —dijo Dodger.

—Llevarás un incapacitador. —Y ello no era una pregunta.

—No tengo intenciones hostiles. Al profesor siempre le ha bastado mi palabra. ¿Acaso tiene menos peso hoy?

—Hoy hay otras consideraciones en juego.

—Mire —los interrumpió Sam, un tanto molesto por el trato que se daba a Dodger—, no hemos venido a armar un alboroto. Tengo entendido que nuestra visita será de interés para su profesor. Si esta representa un gran inconveniente para usted, no es preciso que ponga en acción a sus policías de asalto. Siempre podemos marcharnos.

—Un verdadero grifo —dijo Estios, que parecía no haber reparado en Sam hasta ese momento—. ¿Responderá usted del buen comportamiento de Dodger?

—Desde luego.

—¿Con su propia vida?

Sam tardó algo más en responder, pero él mismo quedó sorprendido de la convicción que translucía su voz.

—Sí.

—El señor Twist está aquí porque yo he insistido en que viniera. No tiene por qué prestar ningún juramento.

—Ya lo ha hecho, incursor callejero.

—Llevaré tu incapacitador.

—No, de ningún modo —rehusó Sam—. Esos aparatos pueden causar daños permanentes en los circuitos. Es un riesgo excesivo, Dodger, y no voy a permitir que lo corras simplemente para sostener una conversación sobre mis dolores de cabeza.

—¿Te das cuenta de lo que estás haciendo? —preguntó quedamente Dodger.

—Claro —mintió Sam.

Los ojos del elfo le indicaron que, aunque no lo creyera del todo, daba por buena su palabra. Dodger le dedicó una radiante sonrisa que expresaba agradecimiento y un insólito sentimiento de camaradería.

—¿Es suficiente esto, Estios?

—Bastará —contestó el vigilante, encogiéndose de hombros. Señaló el acero cromado encajado en la sien de Sam—. ¿Qué clase de implante cerebral lleva? _Su voz indicaba que esperaba de Sam una pronta, completa y meticulosa respuesta.

—Un conector.

Estios giró la cabeza en dirección al técnico y esta asintió. Luego su voz sonó rasposa en el altavoz.

—Acorde con las exploraciones.

—¿No me registrará para ver si llevo armas?

—No es preciso —repuso Estios con un asomo de desdén en la expresión—. Ya ha sido cuidadosamente revisado. Vamos.

Estios los condujo a una puerta y después por un pasillo. Abrió entonces una nueva puerta y salieron afuera. Junto al muro se alineaban diversos coches eléctricos

de reducido tamaño. Estios apuntó al primero con un ademán y lo rodeó para ocupar el asiento del conductor. Apenas les dio tiempo de instalarse en el vehículo antes de arrancar. La gravilla salió propulsada mientras daba un Viraje para dirigir el cochecillo al sendero que conducía a la mansión.

Al acercarse, Sam advirtió que era más bien una casa solariega que una mansión. Los muros de piedra plagados de gárgolas se interponían entre el interior y el mundo para proteger de intrusos a aquel. Semejaba algo salido de un cuento de hadas. Un edificio como ese solamente parecía apropiado allí en Tir Tairngire.

Estios detuvo el coche al pie de la escalera que llevaba a la entrada principal y, sin decir palabra, se bajó y comenzó a subirla. Cuando se reunieron con él arriba, abrió la puerta y los hizo pasar a un vestíbulo de suelo embaldosado y paredes parcialmente revestidas con paneles de madera. Estios siguió adelante, atravesando opulentas estancias amuebladas con antigüedades y delicados objetos de arte para llegar finalmente a una habitación llena de estanterías con libros. En el centro de una de las paredes había una ennegrecida chimenea, enmarcada por elaboradas esculturas en madera. Otra de las paredes estaba enteramente ocupada por un ventanal curiosamente dividido en pequeños entrepaños que Sam sospechó que eran de auténtico cristal. Los arbustos divisados a su través indicaban que habían atravesado la casa hasta su parte posterior.

—Aguardad aquí —ordenó Estios mientras abría una puerta incorporada en la estructura de ventanas.

En cuanto hubo salido y desaparecido tras un seto, Sam se aproximó a ellas, curioso por ver si desde allí podía calcular a qué distancia se prolongaba la finca fuera de los límites urbanos.

Todo pensamiento acerca de extensiones geográficas se desvaneció de su mente tan pronto como Vio al dragón. La bestia estaba sentada sobre sus cuartos traseros en el cuidado césped, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sam la identificó al instante como un dragón occidental por las inconfundibles alas de descomunales proporciones, perceptibles aun plegadas. La longitud de la gran cabeza, de majestuosa cornamenta, su eraba la estatura de cualquiera de las personas reunidas a su alrededor. Sus escamas resplandecían con tonalidades doradas bajo la luz del sol.

La multitud de humanos y metahumanos que circundaba al dragón estaba distribuida en tres grupos. Todos los humanos normales, un par de enanos y un gran humanoide peludo se hallaban a la derecha de la bestia, diseminados entre esta y un avión de despegue vertical cuya insignia parecía reproducir la propia silueta del dragón. Los demás, elfos en su mayoría, permanecían de pie formando un irregular semicírculo dividido frente al dragón. Un contingente de elfos se alineaba detrás de un elfo pelirrojo y el otro detrás de un rubio. A juzgar por sus gestos, el rubio estaba dirigiendo un apasionado discurso al dragón, el cual lo escuchaba con impasible talante, sin dar muestras de inmutarse en lo más mínimo.

Estios se acercó al grupo del pelirrojo y susurró al oído del líder. El elfo lanzó una

breve ojeada ala casa antes de asentir y contestar algo. Estios realizó un lacónico ademán y se encaminó a la parte trasera de los congregados.

«Nuestro anfitrión, el misterioso profesor Laverty», dedujo Sam. El elfo era larguirucho, no tan alto como Estios, pero, con todo, de talla superior a la de Dodger. El rizado pelo rojizo y su clara tez eran fácilmente visibles, pero la distancia difuminaba el color de sus ojos, que Sam adivinó penetrantes e imperturbables basándose en la calma de su porte. Fuera cual fuera su color, sería difícil ocultar algo a esos ojos.

Sam confió en que Dodger no se hubiera equivocado al llevarlo allí.

Dejó vagar la mirada por el otro grupo de ellos y de pronto detuvo esta en un rostro familiar. Tras un instante de estupor, observó a los otros y reconoció a una segunda cara. Invadido por el temor, por un momento sintió que volvía a correr por el bosque, desesperado y perdido. Se sintió nuevamente acosado.

—No podemos salir ahí afuera. —Sus palabras eran apenas audibles; tenía la garganta demasiado seca.

—¿Te pone nervioso tratar con gente de categoría? ¿O se trata del dragón?

—No, no es eso. Ese elfo pelirrojo con la capa es el tipo que intentó freírme en el bosque. El moreno bajito de al lado es el rastreador.

—¿Cómo? —Dodger se aproximó a él y observó las figuras que Sam indicaba—. ¡Joder! Ese pelirrojo es Rory Donally y el otro es Bran Glendower. Los dos son paladines de Eهران. Tienes razón. No podemos salir.

—Pero yo creía que nos había atacado la patrulla fronteriza.

—Vigilan la frontera a veces. Cuando piensan que van a sacar algún beneficio ellos o su amo.

—¿Te refieres a Eهران?

Dodger movió afirmativamente la cabeza y fijó la Vista en el jardín.

—¿Eهران? ¿El de Eهران el Escriba?

—¿Sabes de otro? —replicó abstraídamente el elfo.

—Leí su Ascendencia de la humanidad y no le encontré gran sentido.

Dodger se volvió y le dedicó una irónica sonrisa.

—Ese es el mismo Eهران. Es el elfo rubio que parece tan satisfecho de su propia alocución.

—Esto tampoco tiene mucho sentido. Creía que era una especie de escritor de divulgación científica. ¿Qué está haciendo aquí?

—Por el aspecto de esa conferencia, debe de tratarse de algún asunto del consejo.

—¿Eh?

—Señor Twist, tu astuto comentario es impropio de ti. Me consta que no todas las actividades de Eهران son del dominio público, pero... sin duda, habida cuenta de dónde estás y qué ves, debes de haber llegado a la conclusión de que, al igual que nuestro anfitrión, es un miembro del consejo de gobierno de Tir Tairngire.

Sam no había establecido tales conexiones. Al ver la casa y los terrenos

adyacentes, había supuesto que el tal profesor Laverty era una persona influyente, pero ¡miembro del consejo! Eso era algo que superaba sus expectativas. ¿Cómo había conseguido Dodger trabar relación con una persona de ese rango? ¿Y por qué creía que Sam despertaría algún interés en aquel profesor? A Sam le dio un vuelco el corazón, igual que cuando se había segado el cable elevador de su aleteador Mitsubishi. En aquella ocasión se abría un abismo bajo él, pero no se había dejado llevar por el pánico. Bueno, no mucho en todo caso, y había logrado controlar el avión y realizar un aterrizaje relativamente seguro. También ahora hallaría la manera de evitar el desastre.

Mientras Sam luchaba con su miedo, la reunión tocó a su fin afuera. El dragón elevó el vuelo y trazó unos círculos en el aire esperando a que sus escoltas subieran a su avión. Luego este se remontó hasta la altura del dragón y ambos se alejaron rumbo norte. Los dos grupos de elfos se confundieron y se encaminaron hacia la casa. Al llegar al patio, Laverty y Ebran se separaron de sus seguidores y se dirigieron al salón.

—Tenemos que escondernos —dijo Sam.

Al volverse, Vio a Dodger junto a la chimenea, con la mano apoyada en la esculpida repisa. A su lado se abrió en la pared un oscuro espacio.

—Ahí adentro.

Sam contempló dubitativamente el tenebroso agujero.

—Es un pasadizo secreto.

—Por supuesto. Todas las casas bien ideadas los tienen.

—Pero ¿cómo conocías tú su existencia?

—Es un secreto. —Ante la expresión de disgusto de Sam, agregó—: Todos los elfos bien educados los tienen también. Contribuye a mantener el misterio. Ahora entra y no hagas ruido.

La entrada de su escondrijo se cerró justo antes de que oyeran el pestillo de la puerta exterior, tras lo cual sonaron las voces de los elfos en la habitación.

—... bastante bien, creo. Sus consejeros estaban acobardados aun cuando tu histrionismo haya causado poca impresión en él.

—Tus observaciones son erróneas como de costumbre, Laverty. El gusano estaba convenientemente impresionado. Ya sabes que no expresan las emociones como nosotros, a causa de la falta de musculatura facial y la estructura general del cráneo. Debo añadir, no obstante, que con el tiempo he aprendido a distinguir ciertas variaciones de la fisonomía reptil y posiciones características de la cabeza que muestran claras correlaciones con estados emocionales comprensibles.

—Gracias por la lección, Ebran —replicó fríamente Laverty—, pero he tenido unas cuantas experiencias con animales de su especie.

—Siempre deberíamos poner buen cuidado en respetar a nuestros mayores, Laverty. —Ebran soltó una carcajada—. Recuerdo un selecto retazo de sabiduría que encontré una vez pintado en un muro de un callejón; un poco largo para su especie

pero revelador de ciertas verdades. Decía algo así: «Vigila a tu espalda, conserva la munición y nunca hagas un trato con un dragón».

—¿Y lo consideras aplicable a nuestro empeño actual?

—Digamos que lo encuentro sugerente. Me encantaría quedarme a elucidarlo, pero tengo asuntos urgentes que atender antes de que lleguen los otros. Has sido muy amable permitiendo que la reunión se efectuara en tu casa.

—Me pareció la manera más expeditiva.

—Siempre tan directo... Realmente deberías aprender a ser más sutil, Laverty. Un poco más de discreción no vendría mal.

—Trataré de corregirme, Eهران. ¿Has mencionado unos asuntos urgentes?

—En efecto. Debo ocuparme de ellos sin tardanza. ¿Hasta después?

La respuesta de Laverty debió de ser muda, pues Sam solamente oyó el contundente golpe que produjeron al cerrarse las pesadas puertas que separaban el salón del resto de la mansión. Siguió un momento de silencio que Laverty interrumpió al hablar:

—Ya puedes salir, Dodger.

El escondite se abrió y Dodger salió el primero.

—Buenos días, profesor. ¿Estios le ha dicho que estábamos aquí?

—No ha especificado nombres.

—¿Cómo sabía entonces que se trataba de Dodger? —preguntó Sam—. ¿Y que estábamos ocultos detrás de su panel secreto?

—Esto último ha sido fruto de una obvia deducción. Si hubierais abandonado la habitación, habríais topado con la gente de Eهران, lo cual habría desencadenado un altercado, tal como ha indicado la cautela del señor Estios al no mencionar ningún nombre en un lugar donde podían oírlo. Dado que no se ha producido alboroto alguno, he supuesto que os habíais escondido aquí.

»En cuanto a la identificación de Dodger, el señor Estios ha hablado de un elfo cromado que acudía sin invitación llevando consigo a un humano identificado en los informes como renegado de su Corporación y que se da por muerto. Si a ello se añade el hecho de que uno de vosotros conocía la manera de ocultarse en esta habitación, ¿quién iba a ser si no?

»Pero me temo que mis dotes deductivas no me han informado de su nombre —agregó.

—Twist.

—Samuel Verner —corrigió Dodger para sorpresa de Sam.

Laverty irguió la cabeza al escuchar el nombre.

—No se quedará aquí.

—No irá a entregarme, ¿verdad, profesor? —El miedo volvía a atenazar a Sam.

—Su detención por parte de las autoridades provocaría cierta incomodidad en Eهران, dadas sus pretensiones. Aunque la perspectiva de la pena de Eهران me resulta atractiva, no tengo intención de entregarlo a nadie. Más bien me refería a que no sería

conveniente que lo encontraran aquí. Me temo que, con las capacidades de mis actuales futuros huéspedes, sería más que probable que fuera localizado, y por ello no puede quedarse mucho rato. En tales circunstancias, deberíamos centrarnos sin dilación en el asunto que lo ha traído aquí.

Sam miró a Dodger, el cual asintió. No tenía la certeza de confiar en ese profesor, pero Dodger sí se fiaba de él. ¿Qué podía perder? Si el profesor hubiera querido denunciarlo a aquellos que lo habían perseguido, habría sido muy sencillo para él. Comenzó a exponer su caso, tratando de ahuyentar la idea de cuán sencillo sería aún para el profesor delatarlo.

—¡Concéntrese!

La voz de Laverty era insistente. Sam estaba demasiado cansado para fijar los contornos de un escudo medieval que Laverty quería que imaginara. Habían sido horas de implacable interrogatorio acerca de su trabajo seguidas por otras tantas de examen, en parte basado en las prácticas médicas habituales y en parte en procedimientos inconfundiblemente arcanos. Para alguien que se suponía que no iba a quedarse mucho rato, Sam llevaba un tiempo considerable en compañía de Laverty.

—¡Mantenga la imagen del escudo en la cabeza!

Sam trató de obedecer, pero se le nubló la visión mental al tiempo que un agudo dolor le taladraba la cabeza, como una estaca de hielo empalada en su cerebro. A punto estuvo de gritar a causa del tormento antes de recobrar la calma y controlarlo. El dolor cedió, dejándolo empapado en sudor. Se hundió en la silla.

Cuando volvió a abrir los ojos, el elfo lo observaba con aire severo y pensativo. Al ver que estaba despierto, Laverty revisó la pantalla de un monitor e introdujo una nota en un soporte de datos. Respondiendo a un ademán del profesor, Estios se acercó y comenzó a desconectar electrodos de la cabeza de Sam.

—Esta es la última prueba.

Dodger se levantó de la silla que ocupaba junto a la pared y fue a apoyarse en la mesa donde reposaban los aparatos de supervisión de Laverty.

—Una investigación verdaderamente minuciosa, profesor. Mi amigo no está solicitando la ciudadanía.

—Querías saber qué le ocurría y yo necesitaba cierta información para pronunciar un diagnóstico. Ahora ya lo tengo.

—¿Y? —inquirieron casi al unísono Sam y Dodger.

—Creo que los datos disponibles ofrecen una única conclusión razonable. — Laverty colocó cuidadosamente su soporte de datos en la consola. Luego situó una silla frente a ella y se sentó. Parecía disfrutar demorando el momento de la revelación. Cuando Sam se disponía a apremiarlo, tomó de nuevo la palabra—. Usted, Samuel Verner, es un mago.

Sam pestañeó.

—¡Imposible!

—¿De veras? —El profesor se frotó el labio superior con el dedo índice izquierdo—. Sus jaquecas son una evidencia de primer orden de que no puede funcionar normalmente dentro del mundo hipotético de la Matriz. Dicha limitación se da casi universalmente en aquellas personas que poseen talentos mágicos considerables. De haber solicitado consejo antes, haría un año que lo sabría.

—Pensaba que los dolores de cabeza eran normales, que todo el mundo los tenía.

Dodger meneó la cabeza negativamente.

—Bueno, yo soy diferente, debe de ser algo distinto. Nunca he tenido nada que

ver con la magia. Ha de ser algún problema de intercambio —protestó Sam—. Malas conexiones neurológicas.

—Soriyama no comete esa clase de equivocaciones —le aseguró Dodger—. La manera de cojear de tu icono me induce a considerarlo como un problema de intercomunicación psicológica. Es algo que no está incorporado en el *software* y que tampoco responde a una anomalía en el *hardware*.

Laverty golpeó el respaldo de la silla para reclamar la atención.

—Dejemos por el momento la cuestión de la Matriz —propuso—. Cuando lo atacaron los hombres de Eهران, el brujo Rory Donally utilizó lo que, por su descripción, era un hechizo de bola de fuego. Pero este no le causó apenas daño. ¿Cómo se explica eso?

Sam se mesó los cabellos.

—El mago no era muy bueno haciendo su trabajo.

Laverty sonrió con indulgencia.

—Aunque no sea un mago completo, Donally es un experto acreditado y ha pasado las pruebas de certificación de categoría superior del Tir. Es un brujo de gran habilidad y eficacia poco habitual. De lo contrario no trabajaría para Eهران.

»No, Sam. El hechizo de Donally resultó ineficaz porque usted neutralizó sus efectos. Inconscientemente, usted abrió un canal de mana para hacer disipar las energías que Donally había concentrado y volvió a dirigirlas al espacio astral, donde se dispersaron de forma inofensiva.

—Consciente o inconscientemente, yo nunca podría hacer eso.

—Pero lo hizo. Aún puede hacerlo. La última prueba realizada me ha permitido observarlo en acción. El señor Estios le ha lanzado un hechizo mientras se suponía que usted debía estar concentrado en la imagen seleccionada, un hechizo totalmente real y muy peligroso. Si usted no hubiera desviado las energías, no estaríamos manteniendo esta conversación ahora.

—¡Habría podido matarlo! —Dodger se irguió como impulsado por un resorte. Estios se interpuso entre el operador pirata y el profesor, impidiendo que Dodger se aproximara a este.

—El profesor sabía lo que hacía, incursor callejero. —El alto elfo rio con desprecio mientras contrarrestaba el intento de Dodger por rodearlo.

—Las pruebas menores no eran concluyentes, Dodger. Era un riesgo, pero ya estaba seguro de que Sam poseía la capacidad necesaria. He supuesto que sería necesaria una auténtica amenaza para poner en funcionamiento su habilidad latente, y así ha sido.

Sam consideró que el profesor se tomaba muy a la ligera el hecho de poner en peligro la vida de alguien para probar una teoría, cosa que no le complació en lo más mínimo. Por otra parte, solamente contaba con su palabra para dar crédito a la realidad del hechizo. Lo único que tenía era un dolor de cabeza y ello no constituía ninguna novedad.

—Aunque contuviera el hechizo de Estios —adujo cansinamente Sam—, ello no me convierte en un mago. He leído que hay personas que pueden protegerse de la magia sin ser magos. Se llaman negamagos. Los negamagos no se proyectan astralmente —arguyó el profesor.

—Ni yo tampoco.

—Oh, sí, usted sí. ¿De qué otra forma regresó a ese lamentable claro donde observó a los paladines de Ebran?

—Me acerqué a escondidas —replicó sencillamente Sam.

Estios soltó una sonora carcajada.

—Imposible con lo extenuado que lo había dejado la carrera, señor de ciudad, y más para espiar a esos paladines.

—¿No ha dicho que Grian lo miró directamente? —preguntó Laverty.

Sam asintió con la cabeza.

—¿Sabe la buena visión de que gozan los elfos en la oscuridad? Sin duda alguna lo habría visto.

—Así debió ser —insistió Sam.

Él era una persona ordenada y racional que había construido para sí una vida ordenada y racional. Su padre le había inculcado una profunda desconfianza por todo cuanto guardara relación con la magia. Jamás podría aceptar lo que estaban diciéndole. Aquello era demasiado extraño.

—¿Por qué le da miedo la magia? —inquirió el profesor.

—No me da miedo. —Sam se levantó de la silla y comenzó a caminar de arriba abajo sin parar—. Es solo que todo eso de la magia es ilógico. No tiene sentido. O son meros trucos para gente crédula. No forma parte de mi vida.

—El hechizo que usó Rory Donally quemó sus ropas y los árboles del bosque —le recordó con un suspiro Laverty—. La ropa y la madera formaban parte del mundo real, y se quemaron realmente. Si dicha consecuencia no formaba parte de su mundo, entonces es posible que el suyo no sea el mundo real.

Sam paró de caminar y fijó la mirada en el techo. Esa sugerencia era la puerta de acceso a la locura.

—No niego que algo se produzca cuando un mago auténtico realiza el acto que denomina invocación de un hechizo. A mi me formaron para creer en evidencias comprobadas. Si, su hechizo quemó algo. ¿Cómo puedo negarlo? Yo sentí la ceniza y noté el olor del humo. Pero no intente hacerme creer que son gestos raros con la mano, palabras estafalarias y el poder de las estrellas. Tiene que haber algo más, alguna especie de manipulación subconsciente de radiación electromagnética de frecuencia ultrabaja, tal vez.

—Primero negamagos y ahora Rem. Ha estado leyendo a Peter Isaac —lo acusó el profesor.

—En una ocasión, hace mucho tiempo. Mi padre opinaba que, si la magia era algo Científico, Isaac se hallaba en el buen camino para aportar una explicación. Su

Realidad de la magia estaba en la red de datos pública y lo hojeé. Contenía algunos razonamientos válidos, pero Isaac no era lo bastante riguroso para que su trabajo fuera aceptado como ciencia, con lo cual deduje que, si él era el mejor, no existía ninguna explicación lógica.

—¿Qué me dice de la obra de Aguila Blanca y Kano en Caltech? ¿O de Ambrosius Brennan en el Instituto de Tecnología y Magia de Massachusetts? ¿Los ha leído?

—No.

—Quizá sea mejor que no se precipite a la hora de juzgar lo que desconoce —dijo el profesor después de dedicar una larga mirada a Sam—. La magia es muy real, Sam. Es mucho más que una manipulación inconsciente de energía y, a un tiempo, es menos. Es una manipulación que participa tanto del arte como de la ciencia. La magia forma parte del mundo real. Sabe tan bien como cualquiera que el Despertar ha traído una plétora de seres cuyo origen y existencia no casa con la ciencia tradicional. Elfos y trolls, por ejemplo.

—Expresiones de mutación genética.

—Genética, sí. Mutación, difícilmente. —Lavery volvió a sentarse—. ¿Y qué hay de los dragones? Dice que uno lo ayudó a escapar que luego lo traicionó. También ha visto uno aquí Koy. No puede negar su existencia ni explicar su aparición como producto de una mutación genética. Incluso si pudiera, ¿qué argumentos justificarían su capacidad de vuelo? Son demasiado grandes para obedecer a las leyes Científicas para vuelo impulsado por musculatura.

»En eras remotas, nuestro planeta estaba impregnado de magia y de esa época provienen todos los cuentos de hadas y dragones, monstruos y duendes. Son recuerdos de antiguas verdades que perduran con los años. La pervivencia generalizada en todo el mundo de tales creencias es un poderoso indicio de que el mana, la energía mágica, alcanzó en un tiempo un nivel tan elevado como para permitir el desarrollo de los poderes mágicos y el florecimiento de los seres mágicos. Y ese tiempo ha regresado de nuevo.

—¿No decía Egran en su libro algo sobre ciclos de tiempo y poder creativo?

—Nunca utilizó realmente la palabra «ciclo», pero su sentido estaba claramente implícito. Incluso si acepta la teoría de los ciclos, ¿qué le demuestra esta? También da a entender que dichos ciclos serían extremadamente largos y que el último finalizaría por la época en que se inició la historia de que queda constancia. Ese es el motivo por el que no disponemos de testimonios escritos fiables sobre altos niveles de magia. ¿Y qué nos queda pues? Bueno, me temo que el mana no se fosiliza.

—Los dragones si se habrían convertido en fósiles.

—Y quizás así lo hicieron, pero un hueso no pasa de ser eso: un hueso. ¿Quién puede afirmar que una criatura extinguida fue paranormal? Hasta la fecha ningún paleontólogo ha descrito un ser de seis patas, semejante a un dragón. Puede que sean tan pocos como para no haberse fosilizado nunca.

—¿Métodos de conservación?

—Exactamente. O tal vez los dragones daban un tratamiento a sus muertos que impedía el proceso de fosilización. Pero estas abstrusas cuestiones no clarifican la situación. Tanto si el flujo de mana es cíclico como si simplemente ha pasado por un período bajo, el efecto es el mismo. Aquí y ahora, la magia es real. El mana ha formado parte de la tierra en el pasado, seguramente durante un tiempo superior al que lleva el hombre en el planeta, y ha regresado en abundancia para enriquecer nuestras vidas. El mana participa de la tierra tanto como nosotros. Está en todas partes y en todas las personas.

—Y supongo que dicho poder únicamente debería utilizarse con buen fin...

Laverty encaró las palmas de las manos al techo y se encogió de hombros.

—Es poder. No discierne entre bien y mal, que son conceptos propios de la humanidad. La tierra y el mana existen, simplemente.

—¿Y es capaz de producir milagros? ¿Va a decirme que la magia puede sustituir la gracia divina?

—Yo no me aventuraría a afirmarlo. Pero con manipulación habilidosa, son posibles efectos que podrían calificarse de milagrosos. Tal habilidad solamente llega con años de estudio y entrenamiento. —El profesor le alcanzó una caja de chips por encima de la mesa—. Aquí tiene algunos textos y ejercicios prácticos. Su carácter elemental le facilitará la comprensión.

—En estos momentos no tengo varios años por delante para dedicarlos al aprendizaje de la magia. Aunque así fuera, son las personas que asesinaron a Hanae lo que me interesa, y su rastro se va difuminando con cada día que pasa. —Sam hizo caso omiso del suspiro del profesor. Sería estupendo mirar una bola de cristal y localizar a los criminales e, incluso mejor, agitar una mano y entregarlos a la justicia. Suponiendo, claro estaba, que Laverty no estuviera equivocado. Además, todavía debía encontrar a Janice. Si la magia podía hacer milagros, ¿por qué no dejar que Lavert lo ayudara en su búsqueda?—. Profesor, ¿es usted hábil en el manejo del mana?

El profesor miró directamente a los ojos a Sam por espacio de un momento antes de responder.

—Algunos me tienen por tal.

—¿Estaría dispuesto a hacer uso de su magia para ayudar a mi hermana?

—Hago cuanto puedo para socorrer a los infortunados.

—¿Podría curarla pues?

El profesor se arrellanó en la silla, como si no hubiera previsto la pregunta de Sam. Sus fríos y verdes ojos parecían estar juzgando a Sam, ponderando convicción y promesa. Sin duda Laverty estaba calculando un precio.

—Muchas cosas son posibles para un maestro en magia, pero ni siquiera los más poderosos magos pueden cambiar lo que está ordenado que sea. —Su tono dejaba claro que no prometía nada—. Después de haber cumplido la tarea que se ha

propuesto realizar, vuelva a hablar conmigo y ya veremos.

Sam interpretó que la respuesta del profesor significaba que haría lo que estuviera en sus manos por Janice y, aunque no contara con ninguna promesa de éxito, no podía razonablemente esperar ninguna. No tenía planes respecto a lo que haría una vez que hubiera encontrado a su hermana, pero ahora tenía al menos una esperanza. O más bien, ella tenía una esperanza, una posibilidad de reincorporarse a la vida normal. Sam confiaba asimismo en poder satisfacer el precio de Laverty, pues intuía que este era un ser compasivo.

«Todo es discutible —le recordó la voz de la duda—. Ni si quiera sabes dónde está ella.»

Rehusó rendirse a la desesperación. «Lo haré —se prometió a si mismo Sam—. Primero los asesinos de Hanae, después buscaré a Janice».

Como había dicho al profesor, el rastro iba difuminándose. Se aproximó a la consola, tomó la caja de chips y efectuó una reverencia.

—Gracias —dijo, poniéndose la caja en el bolsillo—. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

Sam se despertó con el olor a salsa de soja y caldo caliente. Abrió los ojos y volvió la cabeza. El olor procedía de la desvencijada mesa situada junto a la ventana. Dodger debía de haber bajado a la tienda de la esquina, porque había dos humeantes recipientes de goma espuma y un tercero, vacío, que se balanceada agitado por la cambiadiza brisa que entraba por la ventana. Sam había dado cuenta de la mitad de 1% que quedaba de comida cuando Dodger regresó de la excursión al único retrete que funcionaba en el edificio semiabandonado donde se habían instalado.

—Ah, señor Twist, estás despierto.

Con la boca llena de tallarines, Sam murmuró un remedo de respuesta.

—No es necesario que ofrezcas tan efusivamente las gracias por la comida. No hace falta que pienses en el gasto y el tiempo que representa, porque ¿no estamos los dos metidos en la misma incursión?

Habiendo tragado el último recalcitrante tallarín, Sam se halló en condiciones de contestar.

—De todas formas te tocaba a ti ir a buscar comida.

La expresión herida de Dodger era pura chanza, pero el humor desenfadado del elfo no acababa de avenirse con una repentina seriedad que Sam percibía en él. Tal vez guardara relación con la mención de los gastos.

—Dodger, estoy agradecido de que tu amigo el profesor se hiciera cargo de nuestro traslado aquí, pero ¿no esperará alguna clase de compensación?

—El pasaje no representó gran cosa para su fortuna —respondió el elfo al tiempo que se encogía de hombros—. Puede que con el correr del tiempo exija un ajuste de cuentas, y puede que no. No me sorprendería que dejara a cargo de tu propia conciencia la realización de un balance de beneficios y servicios y el pago de sus esfuerzos según sus dictados. Tiene esa clase de rarezas.

Aquello no disipó en nada la inquietud de Sam.

—Últimamente tengo un peso un poco excesivo sobre mi conciencia. Ojalá no hubieras robado ese dinero.

—Capital operativo, señor Twist. No se puede funcionar sin él. De todas formas esos fondos fueron conseguidos con malas artes, sustraídos hace mucho tiempo a sus verdaderos propietarios. Lo único que hicimos fue impedir el disfrute del producto de sus crímenes a unos destructores de paisaje corporativos carentes de escrúpulos.

—Aun así, es un robo.

—Liberación.

—Semántica.

—Necesidad —rio Dodger.

Sam descubrió que él mismo sonreía. El elfo le había contagiado finalmente su buen humor, a pesar de la aprensión que sentía por sus actos. Habían llegado a San Francisco solamente con cien nuyens en la tarjeta de crédito de Dodger, diez más en

vales corporativos y otros cincuenta en moneda de los E.U.C.A., la mayoría en billetes que apenas si tenían algún valor en el Estado Libre de California.

Tenían que vivir mientras se afanaban por conseguir que se hiciera justicia. ¿No era también justo que ellos subsistieran por cuenta de los criminales?

El dinero constituía un problema para ellos, pero también en él se basaban sus esperanzas. Las actividades bancarias del mundo eran en su mayoría electrónicas por aquel entonces y las transferencias monetarias dejaban un rastro que odian seguir a través de la Matriz. Dicho rastro ya había establecido una conexión entre Hart y la serpiente Tessien y Drake, el hombre que hacía bailar los hilos de marionetas de los incursores mercenarios. Impresionado por la reputación de la incursora elfa y el dragón y reacio a mezclarse con ellos, Dodger no había disimulado el alivio experimentado cuando Sam convino en que debían concentrarse en el hombre que había detrás de ellos.

De modo que ahora seguían la pista de Drake, pero hasta el momento había demostrado ser una persona misteriosa. Sabían que se lo veía a menudo con Nadia Mirin, presidenta de la empresa alimentaria Natural Vat. Dicha información había aparecido en el transcurso de una búsqueda de datos generalizada de las cadenas de noticias, en la sección de sociedad precisamente. La ejecución de una selección de datos había confirmado que el señor Drake que escoltaba a Nadia Mirin era el mismo hombre que Sam había conocido en aquella empresa de compra y venta de coches abandonada. La conexión no había desencadenado nuevos descubrimientos. Nada de lo que intentaron estableció relación alguna entre Drake y Mirin en cualquier aspecto que no fuera social. Drake no tenía contacto alguno con Natural Vat, su casa central Aztecnología ni ninguna de las empresas subsidiarias o hermanas que Sam y Dodger lograron observar. Aquello era insólito y sorprendente, ya que las ejecutivas de la talla de Mirin normalmente no tenían romances con hombres ajenos a la familia corporativa.

—¿Estás listo para forzar esos archivos que birlamos en la última incursión?

—Creo que sí. La siesta y la comida casi me han quitado el olor de cabeza.

Los archivos en cuestión eran copias ilegales de registros de transacciones de Transbank. La incursión por entre los sistemas de seguridad del banco había sido agotadora, tanto que hasta el propio Dodger había admitido que tal vez no fuera capaz de forzar la protección de los ficheros y extraer sin peligro los datos. Por entonces, Sam sabía que para que el elfo reconociera aquello, la tarea que se traían entre manos había de ser extremadamente arriesgada. Esos archivos debían estar fuertemente protegidos.

Al final resultó que se trataba de meros archivos, pero les llevó horas determinar que Drake había certificado varias tarjetas de crédito por medio de Transbank. No había merecido la pena tanto esfuerzo y un nuevo dolor de cabeza para llegar a un punto muerto. Una tarjeta de crédito certificada era el equivalente electrónico de dinero en líquido. Era posible seguir la pista del dinero una vez que volvía a entrar en

la red Financiera, pero la persona que había recibido la tarjeta de crédito no quedaba registrada.

—Era mínima la esperanza de que fuera tan descuidado.

—Quizá si pudiéramos encontrar otras transacciones del mismo valor monetario que el asignado a las tarjetas certificadas de Drake, podríamos seguir su rastro desde el lugar donde Transbank envió las sumas. Claro está que algunas coincidencias se deberán a una mera casualidad, pero puede que algunas correspondan realmente a 1% recibido por los destinatarios de la generosidad de Drake. Con suerte, algunos de los nombres relacionados con dichas transacciones podrían ser significativos.

Después de dos días más de fatigosa investigación de datos, habían eliminado posibles coincidencias debidas al azar y habían obtenido tres nombres, cada uno de los cuales estaba conectado con un mínimo de tres transacciones cuya suma equivalía a una de las tarjetas de crédito de Drake.

El primero, Nadia Mirin, no representaba ninguna sorpresa. En su caso, las cantidades eran las más bajas, adecuadas como regalos para una amante. El segundo nombre era totalmente desconocido para ellos, pero el esquema de las transacciones en que aparecía era interesante. Cada cantidad pasaba por una serie de transferencias que se correspondían exactamente con el valor de la tarjeta de crédito de Drake y que iban a parar invariablemente a una cuenta sellada de un depósito de datos de Denver. En opinión de Dodger, aquel recorrido debía de ser un registro de lavado de los pagos de Hart. A sugerencia de Sam, siguieron una pista similar desde los depósitos efectuados por un conocido cliente de Hart y desembocaron en 6 mismo número de cuenta sellada, lo cual confirmaba la suposición del elfo. El último nombre se encontraba al final de un rastro parecido, aunque mucho menos intrincado. El titular de la cuenta era un tal A. A. Wilson.

—A. A. Wilson. —Sam sacudió la cabeza—. ¿Por qué me resulta familiar ese nombre?

—Resulte familiar o no, se diría que el señor Drake considera digno de mucho dinero algo que tiene el señor Wilson. Pero ¿qué?

—Si supiéramos quién es A. A. Wilson, quizá tendríamos la clave. ¿Cuántas personas puede haber con ese nombre?

Dodger exhaló un suspiro.

—Ignoramos si es un nombre verdadero y, tanto si lo es como si no, habrá mucha gente. Sera otra tarea lenta y agotadora.

—¿Y qué?

—Pensaba que dirías eso, pero sería interesante que redujéramos las posibilidades.

Sam reflexionó un minuto. Ese nombre tenía realmente algo familiar.

—¿Y si Wilson fuera un metahumano?

—Sería útil, si fuera cierto. ¿Cómo has llegado a lograr esa revelación?

—No lo sé. Algo en el fondo de mi cerebro dice metahumano al escuchar ese

nombre. Tal vez lo leyera en algún sitio, en una revista médica, por ejemplo.

—¿Quizá Wilson sea un doctor especializado en fisiología metahumana?

—Podría ser. —Sam meneó la cabeza con estupefacción—. Es un buen punto por el que comenzar.

Los archivos médicos de Seattle no contenían ningún A. A. Wilson. La búsqueda en la totalidad de la base de datos para los E.U.C.A. tampoco tuvo mejor resultado.

—Prueba con el Consejo de Salish-Shidhe —propuso Sam—. No nos alejemos todavía del tema.

Una hora más tarde, Dodger había conseguido algo.

—A. A. Wilson tiene licencia de práctica en Salish-Shidhe. Consta como residente de las tierras de Cascade Crow, en una reserva extraterritorial perteneciente a la Corporación Genómica.

—¿Genómica? Haz una revisión de la literatura médica. Veamos si Wilson ha publicado algo.

Dodger se introdujo en la red de datos pública y extrajo los archivos en un santiamén.

—Por lo visto el señor Wilson es todo un hombre de letras. Es el autor principal o secundario de varios textos. —Dodger comenzó a recitarlos título por título—. «Efectos de variación del albinismo...»

—«... en metahumanos», D. Nyugen, M. T. Chan y A. A. Wilson, *Biofisiología*, dos mil cuarenta y nueve —finalizó Sam en su lugar.

—Así es. ¿Cómo lo sabías?

—Lo exploré como parte de la investigación que se me asignó en la configuración de la biblioteca médica de metahumanos del recinto de la Renraku. Gracias a ese proyecto conocía la existencia de los archivos médicos cuando efectuamos la incursión para ver si Tessien trabajaba para la Renraku.

—Una memoria impresionante, señor Twist, pero de poco nos sirve.

—Tal vez si o tal vez no. —Lo asaltó otro recuerdo—. Dodger, había un albino con el equipo de Hart en el recinto.

—¿Coincidencia?

—¿A ti qué te parece?

—Creo que se impone una investigación sobre el señor Wilson y Genómica. Pero, antes —agregó Dodger, esbozando una mueca—, te toca a ti ir a buscar comida.

Sam aceptó de buen humor. Ahora tenían un objetivo, su primera esperanza de descubrir lo que había iniciado la serie de acontecimientos que condujeron a la muerte de Hanae y a su propio exilio de la sociedad corporativa. El conocimiento de las actividades en que realmente estaba involucrado Drake supondría un avance. Llegaría la hora en que le harían pagar por los asesinatos que había maquinado y por la forma como lo había manipulado a él.

La tienda de la esquina estaba cerrada. Habían trabajado tanto y tan duro que la noche cedía ya paso al día. Lo único que quedaría abierto sería un puesto callejero,

que Sam encontró, efectivamente, unos tres bloques más allá. A pesar de la descorazonadora oferta de productos, se decidió a comprar un par de paquetes de sopa de autocalentamiento de Nutrisoja, que al menos ofrecían cierto valor nutritivo. Cuando Sam regresó a la vivienda que ilegalmente ocupaban, Dodger acababa de realizar una incursión en la red de datos pública y parecía apesadumbrado.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Sam.

—Genómica. Como podía deducirse de su nombre, la Corporación es una firma de biotecnología punta especializada en manipulaciones genéticas y, como tal, era de esperar unos sistemas de seguridad altamente desarrollados. He consultado a algunos incursores que tienen motivos para conocer sus contramedidas de intrusión, y parece ser que solamente un asedio prolongado podría proporcionar una vía de entrada a su arquitectura corporativa desde la Matriz. La única manera de obtener rápidamente la información sería introduciéndonos físicamente para utilizar una máquina corporativa que no ha de salvar el escudo contra la intrusión y conseguir los datos. Incluso disponiendo de una fuerza de asalto, sin el respaldo de una Matriz, sería demasiado arriesgado.

—Pero un usuario acreditado de ciberterminal podría desviarse de sus tareas y acceder a los archivos.

—Seguramente. Pero con eso no se supera la otra dificultad. La firma tiene su base en Quebec.

—Supongo que, en ese caso, voy a irme a Quebec.

—¿Qué vas a hacer allí? Ya no existes, ¿lo recuerdas? Cuando se informó de tu muerte, congelaron tu Número de Identificación Personal. Sin un N.I.P., no eres nada en el mundo corporativo. No puedes viajar en avión hasta allí, no tienes pasaporte para entrar ni posibilidades de conseguir un cómodo trabajo corporativo que te permita infiltrarte en sus redes de datos.

—Tú llevas años sobreviviendo fuera de la estructura corporativa —replicó Sam, decidido a no dejar escapar esa pista—, y eso significa que has encontrado la manera de sortear el problema: identidades ficticias o falsos N.I.P., algo con lo que poder pasar los puestos de control.

—Es una necesidad.

—Entonces yo necesitaré uno preparado para un investigador. Ese es el trabajo que hacía para la Renraku. Una compañía dinámica como Genómica siempre debe estar buscando buenos investigadores.

Una identidad amañada en poco tiempo no resistirá un escrutinio minucioso.

—No será preciso. Ni siquiera en Quebec pueden ser tan meticulosos a la hora de hacer averiguaciones sobre el pasado de los trabajadores de segunda categoría. Bastará con un par de días para obtener los códigos del sistema. Después, una vez dentro, con un ciberteclado accederé a los archivos de Wilson, reuniré toda la información posible y me iré. Con lo que me has enseñado, en principio podría solventarlo en una semana.

—*Parlez-vous français?*

—Buena pregunta. Necesitaré un chip de idiomas, también.

—*Incroyable!* —Dodger sacudió la cabeza con estupor—. ¿Querrá decirme, señor Espía Corporativo, cómo se propone llegar allí? El libre y orgulloso Dominio de Quebec es casi tan quisquilloso con sus fronteras como lo es el Tir.

—Tú eres el experto incursor, Dodger. Serás tú quien se ocupe de los preparativos.

—Tu fe es mayor que tus recursos bancarios, señor Cerebro.

—Pues tendré que deberle a alguien unos cuantos favores.

—Hace unos días, te lamentabas de tener deudas desconocidas y ahora estás anhelando enfangarte en otras.

Sam depositó la comida, ya olvidada, en la mesa. Había perdido totalmente el apetito.

—Suenas correcto lo que dices, Dodger, pero es que estoy seguro de que Genómica forma parte del embrollo. Conseguiré algo allí que permitirá atar los cabos de lo que ha ocurrido.

—¿Una premonición? ¡Qué místico!

—Nada de eso —protestó Sam con una mueca—. Es solo una corazonada.

—Entonces seguiremos el hilo hasta el final.

Dodger se dispuso a levantarse, pero Sam lo contuvo poniéndole una mano en el hombro.

—No. Los dos no. Cuando hayas acabado los preparativos para el viaje, quiero que te quedes al margen. Ya te debo bastante.

Dodger siguió enderezándose a pesar de la presión de la mano de Sam y, cuando estuvo erguido, miró a Sam con ojos brillantes a causa de la emoción.

—Me ofendes, señor Twist. No soy un usurero que ande contando los céntimos. Me necesitarás para sustraer los datos.

—Tendré que arreglármelas. Genómica no nos contratará a los dos y, por consiguiente, no hay necesidad de que ambos nos juguemos el cuello. —Dodger iba a expresar otra objeción, pero Sam lo atajó—. Además, hay otro rastro que debemos seguir. Drake dispone de suficiente dinero o respaldo para contratar mercenarios caros de la talla de Hart, mientras que nosotros solo contamos con nosotros mismos. Cuanto más tardemos en averiguar lo que precisamos saber, más fácil será que Drake se nos escape de las manos. Si voy a Quebec, estaré ocupado revisando los datos de Genómica. Alguien debe seguir intentando sacar a la luz pruebas contundentes en contra de Drake.

—¿Y por qué no lo haces tú? Después de todo, lo has designado como enemigo tuyo.

—Si Drake no tiene su base en Seattle, como mínimo dirige esta operación desde allí. Puedo encajarme un chip que me permita hablar francés, pero no hay nada que pueda hacerme conocer el mundo subterráneo de Seattle como lo conoces tú. Tú eres

la persona más indicada para ese trabajo.

El elfo relajó su beligerante porte y el brillo de sus ojos adquirió un nuevo matiz.

—¿Confías en mí como para delegarme esa misión?

—Confío en ti.

—Ah, la ardiente fe de la necesidad...

Sam no logró dilucidar hasta qué punto el comentario de Dodger era una broma entre camaradas o una sarcástica burla, y tampoco le importaba. Sabía que el elfo no lo denunciaría a Drake; Dodger estaba demasiado comprometido con los desvalidos. Sam deseaba creer que el tiempo que habían pasado juntos había forjado un vínculo auténtico y que el elfo era amigo suyo. Por su parte el afecto que le inspiraba el pícaro personaje iba en aumento y, además, sabía bien que antes de que todo aquello concluyera iba a necesitar todos los amigos que pudiera hacer.

El espacio que ocupaba la estación de vigilancia de servicio era exiguo y la atmósfera olía a sudores antiguos, ozono y las fuerzas combatientes del mildiu y el desinfectante. Cuando los tanques de acuicultura que supervisaba habían entrado en línea un mes antes, su observación había pasado a cargo de las consolas de control principales y, con ello, la estación había quedado prácticamente inutilizada. Crenshaw zangoloteó la rejilla de ventilación de control climático sin conseguir mejoría alguna en el lento flujo de aire. A pesar de sus inconvenientes, aquel lugar ofrecía una calma y aislamiento difíciles de encontrar en el recinto y, con una consola de ordenador activa, la estación era suficientemente útil para ella. Y a Crenshaw le agradaba la oscuridad que reinaba allí.

La señal del sensor de movimientos que había dejado cerca del ascensor dio unos pitidos en su receptor auditivo. Si era Addison, llegaba con antelación. Cuando el segundo sensor se activó, adquirió la certeza de que era él, ya que a esa hora nadie frecuentaba el pasillo que conducía a la estación. Las señales de aviso habían sonado bastante juntas; Addison andaba con paso presuroso.

Probablemente estaba más nervioso de lo habitual.

Había sido su nerviosismo lo que la había puesto sobre aviso. Había visto sus ojos cuando había abordado a Verner en el funeral de Tanaka y había percibido su miedo cuando lo había visitado en su cubículo en la sala de ordenadores una semana después. Eran sus distintivos de personal de seguridad lo que habían provocado su miedo, y tras un temor tan evidente por la seguridad tenía que haber una conciencia culpable. Aquello la había complacido, pues Crenshaw sabía que podría manipularlo una vez que hubiera averiguado su secreto. Addison era una babosa; no le había costado nada descubrir lo que ocultaba.

Una de las amigas de Addison, una tal Lisa Miggs, había utilizado sin autorización el ciberteclado de Jiro Tanaka para efectuar una incursión hasta el Muro. Al igual que la mayoría de los usuarios de ciberteclados de la Renraku, Addison y sus amigos no tenían idea de lo que había más allá del Muro y, aunque sabían que cualquier intento de indagación en ese sentido era una violación en materia de seguridad, intentaban indagar de todos modos, como los típicos engendros cibernéticos con cabeza de chorlito que eran, siempre entrometiéndose donde no debieran. El episodio no había tenido más consecuencia que una comprobación de las defensas del proyecto I.A., pero Addison lo ignoraba. Lo único que sabía era que él y Miggs habían violado normas que podían conducirlos al despido, y era precisamente el terror que el hombre sentía ante tal posibilidad lo que lo había puesto a merced de Crenshaw.

Su colaboración había resultado útil aun cuando no hubiera respondido a sus expectativas de relacionar a Verner con algo clandestino. En aquel momento, se ocupaba de ayudarla a descubrir qué ocultaba el equipo del proyecto I.A. Era una

dulce ironía que lo que estaba haciendo para ella fuera precisamente la misma clase de actividad por la que él temía que ella lo delatara. Sin embargo, no era tan estúpida como para encaminarlo directamente contra los programas de seguridad que protegían el proyecto y quienes trabajaban en 21. Quería una palanca que le permitiera enterarse de la clase de progreso obtenido por el equipo, algo que obligara a uno de ellos a revelar lo que quería saber. Con objeto de conseguir dicha palanca, había puesto a Addison a fisgonear por la Matriz en busca de algo turbio. La había llamado aquella mañana para concertar esa cita. Debía de haber encontrado algo que ella pudiera utilizar.

La puerta se abrió y Addison se precipitó adentro, volviendo la cabeza para observar el pasillo a su espalda. Corrió de nuevo el panel y entonces advirtió que la habitación quedaba a oscuras.

—Mierda, no está aquí.

—Tus deseos no se convierten en realidad, cabeza cibernética.

Addison se sobresaltó al oír su voz.

—¡Mierda! ¡No hagas eso, Crenshaw!

La mujer se acercó a él y le pasó los dedos bajo la barbilla. Las hojas metálicas que llevaba en lugar de uñas le arañaron la piel, pero no produjeron sangre.

—Soy yo quien a las órdenes, no tú.

—Por supuesto —tartamudeó su víctima—. Lo que tú digas.

Crenshaw oprimió el interruptor de encendido de la luz.

—Procura recordarlo. ¿Qué me traes?

—No estoy seguro. Déjame mostrártelo y júzgalo por ti misma.

Addison metió un chip en la consola y aguardó ansiosamente que se activara. La mujer, sin embargo, no quería esperar.

—¿Cliger?

—No. La vieja solterona está más limpia que una maestra de escuela. Es una verdadera doncella de hielo que solo vive para sus máquinas.

—¡Joder! Esperaba que descubrieras algo sobre ella. Sería un placer presionar a esa zorra.

—Mejor a ella que a mí —murmuró Addison.

Crenshaw lo oyó perfectamente pero prefirió no darse por aludida.

—¿Cuál ha sido entonces, Hutten o Huang?

Addison esbozó una breve sonrisa, tratando de disimular su tensión.

—Puede que ambos. Los dos cojean del mismo pie. He pescado una lista donde está registrado lo relativo al uso de las habitaciones de recreo del Seis. Los dos constan en ella, y eso que el viejo Huang es un hombre casado. Apuesto a que su mujer no lo sabe. —Finalmente obtuvo los datos que quería en la pantalla y se hizo a un lado con ademán propio de un mago.

Haciendo caso omiso de su teatralidad, Crenshaw observó los datos que iban sucediéndose.

—No es mucho —se quejó con el entrecejo fruncido—. Y es una frecuencia bastante normal para un empleado. ¿Cuáles son los detalles?

—¿Detalles? —repitió Addison—. Bueno, eh, como puedes ver Huang va regularmente, siguiendo una rutina.

—Tendrá una amante entonces. Eso podría proporcionarme un punto de apoyo si ella es flexible. ¿Algo más?

—Bueno, puede que sí. Pero no estoy seguro. —Addison se desanimó bajo su dura mirada, perdiendo la firmeza en la voz—. Creo que he encontrado huellas de algo borrado en los registros.

—¿Y qué relación tiene con esto?

—Era una de las noches en que Huang acude regularmente y no hay constancia de que esa noche apareciera por allí.

—Y nuestro presidente es sin duda lo bastante hábil manipulando la Matriz como para borrar lo que le interesa. ¿Estuvo Hutten esa noche?

—No. Sus visitas se iniciaron una semana después. Cada tres o cuatro días después de eso, pero no sigue una pauta regular.

—¿Has revisado los registros visuales?

—¡Joder, Crenshaw! Esos archivos tienen medidas de seguridad impenetrables.

—Se supone que tú eres un experto —se mofó Crenshaw, que sabía perfectamente que era demasiado esperar que él actuara por propia iniciativa, dado que no tenía agallas.

—Incluso a mí me es imposible. No me gusta este asunto, Crenshaw. Estás entrometiéndote en actividades de gente importante. Cualquiera de ellos podría hacer que me despidieran. Y, mierda, metiéndote con Huang, el jodido presidente...

La mujer lo miró largamente, dejando que creciera su inquietud.

—Addison, yo he de darte muchos más motivos de preocupación. Ellos están demasiado ocupados para fijarse en un cabalgador de electrones de tres al cuarto como tú. De manera que límitate a hacer lo que te digo y no tendrás problemas.

Addison retrocedió.

—Claro, Crenshaw. Lo que tú digas.

Cuando chocó con la consola, pareció recordar los programas que tenía en ejecución, los cuales recuperó en el chip después de interrumpirlos. En cada uno de sus movimientos se translucía vacilación.

—Veo que tienes algo más en la cabeza. Suéltalo. —Estaba cansada de la falta de carácter de la babosa.

—Se trata de ese Verner.

—Verner.

—Sí, él. Se deshicieron de él, ¿verdad?

—Lo despidieron. Hace dos semanas.

—Sí, eso me parecía. Bueno, estaba examinando un material extraño en la Matriz... ya sabes, el material pensamos que es I.A., y había una anotación

cronológica de su icono en una de las intersecciones donde las medidas de seguridad eran draconianas. Solamente en esa intersección, sin embargo. Es bien raro.

—¿No has informado de ello?

—¡Hombre, no! Se supone que yo tampoco debía estar ahí.

—Bien.

De manera que Verner había vuelto a entrar furtivamente en la arquitectura de la Renraku y estaba husmeando en torno al proyecto LA. ¡Qué jodida serpiente! Había sabido que ese idiota de mierda iba a traer problemas en el mismo instante en que se había juntado con la banda de Tsung durante el secuestro. Pero nadie le había hecho caso. Marushige decía que Verner era un don nadie; Sato, que no era lo bastante importante para malgastar recursos con él. Bueno, Vernet los había engañado, pero ella tenía su código de contraseña. Por lo que había observado Addison, era evidente que no había conseguido llevarse lo que quería cuando se había largado del recinto. Si ese mocoso era tan estúpido como para volver, ella le haría saber lo que era bueno. Y pensar que casi había comenzado a creer que era inofensivo...

—Quiero que te olvides por el momento de los registros de las habitaciones de recreo. Revisa el sistema en las inmediaciones de la intersección donde encuentres la anotación dejada por el icono de Verner. Quiero enterarme de cualquier detalle fuera de lo normal. *De todos*. Límitate a informarme a mí; no intentes interpretarlo. ¿Comprendido?

Con los ojos desorbitados, Addison engulló convulsivamente un par de veces antes de asentir con la cabeza. La babosa le tenía tanto miedo como siempre. Su temor era, no obstante, una buena señal; significaba que cumpliría sus instrucciones.

—¿Nunca habías tenido uno tan cerca?

Sam se sobresaltó. No había oído cómo se aproximaba el hombre, lo cual no era extraño ya que, incluso parado, el ruido del voluminoso tanque ahogaba todo sonido de volumen inferior al de un grito.

Quien lo había interpelado era un amerindio, aunque vestido de pies a cabeza como un blanco. Era ancho de hombros y estrecho de caderas, con la piel de su desnudo torso tan atezada por el sol que sus músculos daban la impresión de estar esculpidos en madera de teca. La mugre de sus uñas contrastaba con los relucientes conectores de ciberpiloto de las palmas de las manos, muñecas y sien.

—¿Eres Twist?

Sam asintió y el hombre sonrió, tendiéndole la mano. Su firme apretón raspó la palma de la mano de Sam con la almohadilla de inducción que sobresalía en la suya.

—Cog dijo que eras un novato. Yo soy Josh Begay, último de los Dineh.

—¿Eres navajo? Estás muy lejos de tu hogar.

Los ojos de Begay se velaron y la sonrisa se desvaneció, dejando un abanico de arrugas.

—Un chico listo. Continúa así y no te salgas de las normas de conversación entre gente educada.

A juzgar por la mordacidad de su réplica, era evidente que el navajo era susceptible en lo que respectaba a sus orígenes. Si Sam iba a pasar varios días en compañía del ciberpiloto, le convenía ganarse su simpatía. El tanque sería un buen tema de que hablar ya que la mayoría de los ciberpilotos estaban más interesados en las máquinas que controlaban que en las personas.

—Solamente había visto tanques como este en la trivisión —confesó Sam con tono halagador.

Begay se relajó ligeramente, confirmando a Sam que había, tomado el buen camino.

—Este es algo diferente de las bestias que conducen en las guerras corporativas. Ellos quieren algo llamativo, que intimide; es más efectivo. Yo, en cambio, necesito algo más sigiloso. Los motores del Pájaro atronador tienen un deflector y además lleva una gran cantidad de aislamiento suplementario. La amortiguación del sonido reduce un tanto la velocidad, pero prefiero el silencio aunque sea a costa de un poco de caballos de fuerza. El Pájaro atronador es de lo más silencioso que hay.

—¿Silencioso? —gritó Sam, considerando absurda tal noción dado el ensordecedor ruido del tanque que resonaba en las paredes del almacén y que, incluso al aire libre, cualquiera oiría desde lejos.

—Todo es relativo. Ninguna máquina con músculo llegará jamás a ser sigilosa como una serpiente, pero no hay necesidad de colgarse un letrero de advertencia. Para cuando cualquier imbécil escuche el Pájaro y se imagine lo que es y dónde está,

nosotros ya hemos pasado volando por encima de él.

—Te tomo la palabra.

El navajo se quedó mirándolo sin decir nada. La penetrante mirada de sus ojos castaños empezaba a poner nervioso a Sam.

—Me han dado muy buenas recomendaciones de ti.

Seguía sin obtener respuesta.

—Cog asegura que eres uno de los mejores haciendo el trayecto de las rutas del noroeste y que he tenido suerte de que estuvieras disponible.

Begay tosió y escupió al suelo.

—Cog es un buen intermediario, pero tiene lengua de blanco. —Al ver, por su expresión, que Sam no había comprendido, el navajo movió dos dedos delante de la boca—. Bífida, ya sabes.

Sam celebró la gracia con una carcajada nerviosa y vio con alivio que el rostro de Begay recobraba la sombra de su anterior sonrisa.

—Tío, tienes suerte de que vaya al mismo sitio que quieres ir tú, de que tenga sitio para otra persona, de que no haya nadie en la ciudad que sepa manejar un cañón y con el que yo esté dispuesto a viajar y de que no tenga tiempo para esperar por ahí hasta que encuentre a alguien. —Volvió a escupir—. Me gusta esa clase de suerte. Es contagiosa.

»Claro que la suerte no tiene nada que ver con esto. Mi disponibilidad depende exclusivamente del dinero. Por lo que he oído, no podías permitírtelo. Pero tienes amigos que sí pueden, y eso también es ser afortunado.

—¿A qué te refieres? Creía que iba a trabajar para pagarme el pasaje.

—Oh, —trabajarás. Cog me ha contado que hay alguien que te aprecia tanto como para elevar de categoría a la patrulla fronteriza del Tir y ofrecer un par de incentivos a algunos viejos amigos míos de forma que se encuentren en otra parte cuando nosotros crucemos la frontera.

—¿Vamos a atravesar el Tir? ¿No sería más sencillo sortearlo pasando por el Consejo de Uta?

—Yo no voy por territorio de Uta —contestó lacónicamente Begay—. Pero no te preocupes. Recorreremos la mayor parte del Tir de día y, con el arreglo con esos guardias, encontraremos pocas pegas. Después nos abriremos camino por entre las Rocosas en el punto donde el Consejo de Salish-Shidhe baja hasta el borde del territorio sioux y luego atravesaremos el Consejo de Algonkian-Manítú hasta filtrarnos en Quebec.

»Tengo que detenerme a repostar combustible cerca del embalse Dworshak antes de cruzar la línea divisoria. Volveremos a detenernos en Portage-la-Prairie después de traspasar la antigua frontera canadiense. La última parada es Hearst, justo antes de que intentemos pasar la frontera de Quebec. Una vez traspuesta, te dejo en el suelo y te las compones tú solo.

—Has dicho que ya te habían contratado, de manera que debes de llevar algún

cargamento. ¿Qué es lo que transportas?

—Cog me avisó que eras un tipo curioso —replicó Begay después de escupir—. Trae mala suerte hacer demasiadas preguntas.

—Comprendo. —Sam sonrió con intención de desarmar a su interlocutor—. No querría echar a perder mi buena suerte.

—Cog también dijo que eras inteligente.

Sam no realizó ningún comentario al respecto, lo cual pareció merecer la aprobación de Begay. Tras un momento de silenciosa evaluación, el navajo le dio una palmada en el hombro.

—¿Eres lo bastante inteligente para aprender unas cuantas cosas sobre el manejo de un cañón en una incursión en tanque?

—Compruébalo tú mismo.

Begay se encaramó al vehículo, trepando como un mono por su costado entre asideros y salientes convenientemente situados. Sam lo siguió con mayor lentitud, impedido por el peso de su equipaje que lo desequilibra a hasta el punto de no fiarse de algunos de los agarraderos que Begay había utilizado. Cuando llegó arriba, Begay desaparecía ya por la escotilla de acceso al tanque. Sam arrojó su fardo por el hueco y, al ir a entrar, se enganchó la pistolera en la puerta, lo cual lo obligó a retroceder para soltarla. La funda y la pistola Narcoject Lethe que protegía eran un regalo de despedida de Dodger. El elfo quería que llevara consigo algo más letal, pero Sam no había cedido. Ya le resultaba bastante extraño llevar una pistola en la cadera y mayor sensación de rareza le producía aún el hecho de que el arma fuera suya. Dentro del tanque, Begay le enseñó cómo atar las correas del asiento de artillero y puso en marcha un programa de Simulación para que Sam practicara con los controles. Disparar contra blancos ilusorios era fácil, un simple juego.

Hart desplegó la capucha de su cazadora negra y se la ciñó con el cordel, consciente del lamentable estado en que quedaría su pelo, pero prefiriéndolo a la alternativa de recurrir a un hechizo de invisibilidad. No le convenía distraerse manteniendo el flujo del mana para mantener el encantamiento, ya que, siendo dos contra ella, habría de recurrir a todo su ingenio. Aunque Verner fuera un empleado bobo, el otro era un incursor experto cuya capacidad combativa desconocía. Al igual que toda su vida, aquello sería un riesgo calculado. San Francisco no era una de sus ciudades y por ello no había tenido tiempo de buscar un apoyo de calidad. Su presa estaba a punto de abandonar la población y tenía que actuar con celeridad. Había sido providencial que hubiera concluido la transacción por su equipo de trabajo antes de que le hubieran informado de su paradero.

Seleccionó varios objetos del morral y los colocó en el tejado antes de esconder el bolso bajo una unidad de aire acondicionado carcomida por la herrumbre. Con la atención puesta una vez más en sus nuevos juguetes, se prendió el estilete envainado al cinturón, debajo de una de las estrellas supuestamente decorativas que eran en

realidad armas arrojadizas. Después se puso las gafas termales por encima de la capucha y miró en derredor para comprobar su calidad. Satisfecha, se las subió alba frente para poder bajarlas deprisa y, recorriendo con los dedos enfundados en guantes la Beretta Modelo 70, confirmó que los números de serie habían sido borrados con un láser, tal como había especificado. Inició la comprobación automática y asintió, complacida, cuando los indicadores señalaron la calidad absolutamente fidedigna de la visión láser, el supresor de sonido en un noventa y siete por ciento de eficacia, el cargador lleno y la presión del gatillo que solo difería en media centésima de kilo de fuerza que ella había solicitado. El intermediario que le había proporcionado aquel equipo era de fiar; procuraría recordarlo por si tuviera que atender en el futuro negocios en la ciudad que bordeaba la bahía. Una vez revisada la Beretta, se la colgó del hombro derecho. Aquella arma le permitiría liquidar el asunto de manera rápida y sin dejar rastro. Para cuando ella hubiera abandonado el escenario, solamente sería un crimen más, fruto de la violencia incontrolada que reinaba en las calles.

Se sentó con las piernas cruzadas en el tejado y concentró la mente. Desde aquel remanso de calma, procedió a la invocación, la cual tomó la forma de un odorífero aroma llevado por la brisa. A los pocos minutos apareció la primera rata; olisqueó el aire como si estuviera ligeramente desconcertada y se acercó correteando. No era más descarada que cualquiera de los roedores de ciudad que había visto anteriormente, pero tampoco menos audaz. El animal dio una vuelta en torno a ella y luego se paró enfrente y se irguió sobre las patas traseras. Las diminutas zarpas delanteras se agitaban en el aire al tiempo que sus bigotes temblaban con el movimiento de su inquieto hocico.

Movió la mano velozmente y aplastó a la bestia contra el tejado. Agarrada por la nuca, la rata se retorció violentamente sin poder zafarse. La mujer le tocó la parte trasera del cráneo con el índice de la mano libre y entonó el hechizo de preparación.

¡Aleph!

Su mente percibió la afirmación de atención.

Toma el cuerpo de esta criatura. Quiero que espíes abajo.

Captó una señal de reconocimiento y entonces la rata paró de revolverse. Cuando la soltó, se apoyó en sus cuartos traseros y se quedó mirándola con ojos súbitamente imbuidos de inteligencia.

—Bueno, ¿a qué esperas?

La rata emitió un chillido antes de alejarse a gran velocidad.

Hart cerró los ojos para aprehender mejor el flujo de datos emanado de los sentidos del animal. Su espíritu aliado, Aleph, había tomado control de él, lo cual le permitiría ver y escuchar a través de su vínculo con el espíritu lo que la rata viera y oyera. En aquella parte de la ciudad, una rata constituía un espía poco susceptible de llamar la atención.

Aleph solo tardó unos minutos en guiar a la rata por los vericuetos utilizados por los individuos de su especie hasta llegar a la planta baja del edificio. El tufo a aceite

era casi agobiante y los ojos adaptados a la oscuridad le mostraron lo que no quería ver. El almacén estaba vacío. Había llegado demasiado tarde.

—¡Maldita sea!

El tan que se había ido con Verner dentro.

Suéltala, Aleph. Debemos atacar en la carretera.

De abajo le legó una expresión de acuerdo y luego quedó sola encima del tejado, vestida y acicalada para una fiesta que ya había terminado.

Tal como había prometido Begay, la travesía del Tir fue sencilla. Exceptuando los cruces de fronteras, habían viajado de día, lo cual ofreció a Sam la oportunidad de contemplar los bosques restablecidos por la magia. Por más hermosa que fuera la tierra en su estado y vigor naturales, la idea de que las poderosas artes mágicas la habían regenerado lo perturbaba. Aquella era otra prueba palpable que no podía negar. A pesar de la lujurante frescura de la floresta, Sam únicamente parecía reparar en los retazos de sombra y los espacios oscuros que tapaban las copas de los árboles, como si el dosel de verdor ocultara al una clase de peligro o precaria estabilidad. ¿O eran solo sus dudas las causantes de tal aprensión?

Begay le aseguró que el hecho de que viajaran de día obedecía a una cuestión práctica que nada tenía que ver con el gusto de contemplar el paisaje. Había menos animales salvajes activos cuando el sol estaba alto en el cielo, había afirmado, dejando estupefacto a Sam, quien se preguntaba qué tipo de animal odia representar una amenaza para un tanque. Sin darle más explicaciones, Begay le recomendó que vigilara las pantallas de aislamiento de blancos, lo cual hacía, pese a que la conexión de su implante con los sensores le produjo el dolor de cabeza acostumbrado. Era la tensión, se dijo a si mismo. La magia no guardaba ninguna relación con ello.

Una vez fuera del Tir, se desplazaron de noche.

—Claro, la sintonía RI es más fácil de detectar —reconoció Begay—, pero mirar una pantalla RI es como mirar cualquier otra pantalla. No es fácil hacerlo durante mucho rato. La gente se cansa y se olvida de vigilar las pantallas.

Sam tomó por buena su afirmación. En fin de cuentas, Begay era el profesional.

Al pasar por lo que antaño era Idaho, tropezaron con un helicóptero de Salish-Shidhe, pero Begay encontró un lugar donde esconderse en los cañones socavados por el río Snake. Después del incidente, lanzó a volar sobre ellos el avión ultraligero pilotado por control remoto del *Pájaro atronador* para que pudiera localizar cualquier actividad reveladora. Más tarde, al desconectar el vehículo a control remoto mientras vivaqueaban durante el día, el panel de control del ciberpiloto fundió un chip y el avión, perdida la dirección de su trayectoria, de a estrellarse en la ribera del río. Perdieron la mitad de la noche recogiendo las piezas del aparato, pues Begay no estaba dispuesto a marcharse sin ellas.

—Son jodidamente caras —arguyó.

Faltaba poco para el amanecer cuando llegaron a la ciudad de chabolas que se alzaba junto al embalse Dworshak. Begay condujo el *Pájaro atronador* a un desvencijado establo donde estaban repantigados varios hombres que, al ver aproximarse el tanque, se levantaron y abrieron las puertas. El *Pájaro* se introdujo por ellas y se detuvo a descansar.

Por lo que Sam alcanzaba a ver, el interior del establo no tenía nada que ver con su aspecto exterior; el suelo era de cemento y las paredes de algún tipo de material de

espuma solidificada. Bancos, herramientas eléctricas, vehículos, cajas y cajones aparecían esparcidos a la buena de Dios. Arriba, una grúa para grandes cargas sostenía algo parecido a un motor rodeado de una red de cables trenzados. Los lugareños, orcos en su mayor parte, cerraron las puertas de acceso y se acercaron al tanque. Sam todavía trataba de comprender qué significa a todo aquello cuando Begay abrió la escotilla auxiliar del conductor y bajó arrastrándose.

—Llenad el depósito.

—¿Quieres que te mire el aceite? —preguntó un orco vestido con un mugriento mono.

—Te dejaré revisar el aceite el día que tenga un pozo en propiedad, Thumper.

—No tienes fe, Begay.

—Tienes el indicador de nivel muy corto.

—De alguna forma hay que mantener el negocio.

—En eso tienes razón.

Sam intuyó que aquel diálogo ya formaba arte de una rutina y, al salir del tanque y verlos estrechándose las manos, comprendió que eran viejos amigos. Begay lo llamó por señas.

—Twist, quiero presentarte a Thumper Collins, el mejor mecánico de tanques de todo el oeste.

—El segundo —lo corrigió el orco—. No te creas todo lo que diga el indio, chico. Willy Stein todavía trabaja con los muchachos de la Cascada. —Collins le tendió una mano—. Encantado de conocerte, Twist.

La callosa mano le dio tal apretón que Sam tuvo la impresión de que el orco podría aplastarle los huesos de a mano sin recurrir siquiera a la mitad de su fuerza; la poderosa musculatura convertía la ya maciza complexión del orco en una forma realmente imponente. Concluidas las presentaciones, Collins volvió a centrar la atención en el ciberpiloto.

—Vaya lío que tienes en la ranura de teletransporte de estribor.

—Sí, mierda. Se fundió un chip al recuperarlo.

—Puedo montar el avión hoy, pero el chip —Collins sacudió la cabeza, provocando un baile de reflejos en su calva—. No tengo nada por el estilo en el armario y no hay nadie por aquí que pueda venderte uno.

—¡Joder! Necesito ese pájaro. —Bega escupió al suelo y se quedó mirando la mancha estrellada que formaba la saliva en el cemento.

—Begay... —Sam esperó a que el navajo alzara la vista—. Me pareció que tu avión tenía controles manuales.

—Sí. Era un vehículo para transporte de espías antes de que le acoplara los controles cibernéticos. Dejé los manuales por que pensé que a lo mejor algún día me venían ganas de dedicarme a volar.

—Quiere decir que era su vía de escapatoria alternativa —resopló Collins.

Begay dirigió un gruñido al orco que, sin embargo, apenas contenía carga

agresiva. Sam comprendió que la utilización del avión teledirigido como vehículo de fuga debía de ser un secreto pregonado a voces, pero que el ciberpiloto deseaba dejar claro que era él quien decidía con quién compartirlo.

—Begay, yo solía pilotar aviones pequeños. Mi viejo aleteador Mitsubishi era algo similar a tu ultraligero. Creo que podría manejarlo si verdaderamente necesitas un reconocimiento de terreno.

—Eres una caja de sorpresas, Twist. Solo falta que me digas que eres un mago. — Begay soltó una carcajada—. No eres un brujo, ¿verdad, Twist? Porque, si lo fueras, ya estabas largándote de aquí.

Sam no dijo nada y arqueó la comisura izquierda de la boca, esbozando una nerviosa sonrisa. Collins rompió el silencio, librándolo de la urgencia de inventar alguna respuesta.

—Si el chico fuera un encantador de espíritus, Begay, no tendría necesidad de viajar contigo para empezar.

—¿Y tú qué sabes de esas cosas?

Los dos viejos amigos se enzarzaron en una discusión acerca de quién estaba más enterado de las costumbres y actividades de los magos, dando la oportunidad a Sam de alejarse discretamente. No quería participar en una conversación que podía traer como consecuencia que Begay cumpliera su amenaza dejándolo plantado allí, en pleno campo. Aun cuando él no se considerara un mago, ignoraba con qué rasero medía Begay a las personas en ese aspecto. ¿Lo había visto el navajo examinando los chips que le había dado el profesor? ¿Qué era lo que realmente había motivado aquella broma aparente que había tomado forma de pregunta? A solas consigo mismo, Sam buscó un rincón oscuro y se instaló en él para observar cómo revisaban el tanque los trabajadores de Collins.

Boise pertenecía al Consejo de Salish-Shidhe, pero era distinta de las ciudades costeras que conocía Hart, las cuales tenían una marcada influencia de las tribus de la costa. La población tenía un sabor que recordaba a las tribus de las mesetas y llanos, más semejante al ambiente de los burgos del Consejo de Uta, lo cual no era sorprendente si se tenía en cuenta que el territorio de Uta comenzaba justo al sur del río Snake. Con todo, aquel era el asentamiento de mayores proporciones de la zona y estaba bien situado para dirigir un ataque contra el tanque cuando este cruzara las llanuras del río Snake. Lo había elegido como un buen punto para tender una celada tras haber encontrado a un chivato callejero que le aseguró que el destino final del tanque era Quebec. Le había bastado con unos cuantos sobornos de poca cuantía para obtener los permisos y una plaza en el vuelo regular para situarse allí, adelantándose a su presa.

Eso era lo que había pensado durante el viaje. Sin embargo, los contactos que había establecido en el reducido ambiente marginal de Boise le habían informado que, una vez más, había calculado mal. Pretextando buscar un conductor de tanque,

para lo cual era lógico que tanteara el grado de vigilancia aplicado en la región, había averiguado que todo estaba tranquilo. El único episodio digno de mención había tenido lugar en el norte donde, el día anterior, un helicóptero del Consejo había detectado un tanque que se dirigía a las tierras septentrionales bordean o el río. El piloto le había perdido el rastro en los cañones, lo cual no tenía nada de particular, puesto que cualquier conductor experto de tanques podía despistar a toda una patrulla en aquel terreno.

Aun cuando el vehículo no hubiera sido identificado, Hart tenía buenas razones para pensar que en él iba Verner. Sus contactos se habían mostrado ansiosos por llegar a un trato, incluso con la historia tan floja que les había contado, lo cual era indicio de que el negocio del transporte clandestino pasaba por una mala racha. No parecía que hubiera muchos incursos viajando en ese momento, y el tanque misterioso seguía una dirección que correspondía con el destino elegido por Verner. Había otras rutas aparte de la que ella había decidido obstruir, pero en todas había que sortear una orografía escabrosa. Verner habría llegado antes a Quebec si hubiera tomado el camino que atravesaba las llanuras. Era posible que hubiera previsto contratiempos y por ello hubiera elegido una senda mucho más discreta, en cuyo caso era más listo de lo que ella pensaba, o, si no, lo eran sus amigos. O tal vez se debiera a una mera casualidad.

El informe del helicóptero situaba el tanque demasiado al norte para abrigar expectativas razonables de que fueran a retroceder para tomar el camino que recorría los llanos del río Snake. Eso significaba que cruzarían las Rocosas, en algún lugar perdido de esa zona desolada donde apenas si había ciudades o incluso pueblos, los cuales evitarían en su camino. A menos que planearan dar una gran vuelta por el norte, el punto donde era más probable que pasaran a territorio sioux se encontraba en las proximidades de Grandes Cataratas. Por consiguiente, esa sería su próxima parada. Pese a que Grandes Cataratas pasaba por ser una ciudad, estaba rodeada de páramos, praderas y desfiladeros, ninguno de los cuales constituía un entorno de trabajo idóneo para ella. Y ahí sería donde estarían ellos.

En principio, su intención era encargarse sola de liquidar ese asunto dado que ella era la principal responsable de que Verner aún estuviera vivo. Debió haberse cerciorado de que los elfos habían acabado con él en la emboscada. Ahora no podía esperar pescarlo con sus propios recursos en campo abierto. Tessien era mucho mejor trabajando en despoblados que ella. Quería que Verner desapareciera antes de volver a pisar la civilización.

Se detuvo en una cabina de telecomunicaciones pública, introdujo una tarjeta de crédito en la ranura y marcó un número. Aguardó a que se efectuaran las conexiones y una voz repitió el otro lado de la línea los últimos cuatro dígitos del código de telecomunicaciones.

—Jenny, dile a nuestro flaco amigo que se reúna conmigo en Far Side North.

—Así lo haré, jefa.

El *Pájaro atronador* reposaba en el suelo, silencioso por el momento. Sam observaba cómo Begay se arrastraba por la ennegrecida cicatriz del costado del vehículo. El navajo profería maldiciones al tiempo que se aplicaba a reparar los circuitos dañados con la pistola soldadora.

—¿Por qué no podíamos habernos topado con rostros pálidos allí? Con lo afanosos que están por ser más indios que los indios, sus jodidas flechas no habrían rozado el *Pájaro atronador*. Pero no, nos teníamos que encontrar a una patrulla perdida de condenados Gatos Salvajes. Mierda, no tiene ninguna gracia.

—¿Gatos Salvajes?

Las fuerzas especiales sioux. —Begay saltó del *Pájaro* y escupió—. Y con misiles antivehículo. ¡Misiles! ¿Qué clase de cabeza de chorlito equipa a una brigada con misiles para ir de excursión por las montañas?

—Puede que alguien estuviera buscando tanques.

—Yo no les avisé que veníamos.

—Ni yo tampoco.

Sam tendió una cantimplora al ciberpiloto. Este bebió a tragos el agua, volvió a escupir y luego devolvió el recipiente a Sam.

—Muy ingeniosa la manera cómo hiciste caer a la cuneta su Hummer. Eres mejor tirador de lo que me figuraba.

Sam se encogió de hombros, desdeñando el cumplido.

—Habría sido más fácil darle al Hummer —insistió Begay.

Sam se encogió nuevamente de hombros. No quería confesarle a Begay que se había quedado paralizado cuando el vehículo militar había entrado en el unto de mira. Había sido incapaz de apretar el gatillo. El vehículo más ligero había podido seguirle el paso al veloz tanque por las boscosas laderas, pero carecía de protección contra sus cañones. Los sioux habían demostrado una gran valentía al perseguir a un tanque y no hubiera sido justo matarlos. Los Gatos Salvajes se limitaban a cumplir su trabajo; Sam y Begay eran los intrusos. Como os cañones del tanque no descargaban balas de goma, había buscado la manera de obligarlos a desistir en su persecución. Lo único que se le había ocurrido hacer era cortarles el aso y la única manera que vio de conseguirlo era derribando un árbol delante de ellos. Le había horrorizado lo fácil que había sido aserrar el gigantesco tronco con la ráfaga de proyectiles del cañón del *Pájaro*. Si Begay lo consideraba un acto estrafalario, no iba a contradecirlo. Confiaba en que los Gatos Salvajes no hubieran recibido heridas graves al chocar contra el árbol.

Begay volvió al tanque para terminar de repararlo, dejando a Sam sumido en el silencio.

Le dolía la cabeza a consecuencia de la conexión con el sistema del vehículo. Al parecer, fuera cual fuese la tecnología, toda interrelación electrónica le producía una jaqueca, y en aquellos momentos ligeras náuseas, que prefirió atribuir a la tensión sufrida con la persecución.

El bolsillo del mono que llevaba se hundía con el peso de la caja de chips e instrucciones que le había dado el profesor. No había logrado poner paz en su espíritu al examinar algunos de ellos en el ordenador del tanque, sino al contrario. Lo ponían nervioso, y ni siquiera había intentado todavía realizar alguno de los ejercicios. El conocido dolor provocado por el intercambio con la máquina era mucho más comfortable; lo comprendía, o al menos así lo creía. Era mucho más lógico y parecía muchísimo más real que todas las disertaciones del profesor acerca de la magia.

—Está arreglado —anunció Begay al tiempo que la pistola soldadora caía con estrépito en la caja de herramientas.

—Estupendo. ¿Viajaremos de noche entonces?

—No podemos esperar. Debemos avanzar lo más rápido posible hasta salir del territorio sioux. Esos Gatos Salvajes avisarán a las autoridades y tendremos a la mitad de los militares sioux pisándonos los talones. La única manera sencilla de cruzar el país sioux es evitando ser detectado y ahora es demasiado tarde para eso. —Begay escrutó el horizonte—. Tendremos que cortar en dirección norte. Es el camino más corto para salir de las tierras sioux. Al final resulta más largo, pero más seguro, porque hay más sitios donde esconderse. ¿Todavía sigues con ganas de volar en el ultraligero?

Sam alzó la mirada. Aquello representaba ir conectado a los sensores del avión.

—Si crees que servirá de ayuda...

—Nunca viene mal tener ojos en la cabeza. Cuando estemos en los páramos, no podremos permitirnos perder el tiempo recorriendo un cañón sin salida.

—En marcha pues.

A los pocos minutos estaban montados, Sam en la cabina del artillero porque Begay todavía no quería poner en funcionamiento el avión. El Pájaro atronador se precipitó aullando en el crepúsculo.

Hart estaba sentada, escuchando el parloteo de los canales de radio militares sioux. La posesión por parte de un civil de un receptor capaz de sintonizar dichos canales estaba penalizada en las tierras del Consejo, lo cual no le preocupaba excesivamente ya que su propia presencia en aquella nación era ilegal, puesto que no disponía de un permiso válido de entrada. Cuando su traductor le comunicó lo que ocurría, sonrió. Aquella vez no le habían fallado los cálculos. Se encontraba tan solo a unas horas de su presa y en posición de interceptarla. Si enviaba a Tessien en la dirección correcta, no tardarían mucho en liquidar a Verner de una vez por todas.

Un sonido parecido al ladrido de un perro sacó a Sam del ensueño en que lo había sumido el vuelo. Había estado soñando despierto, gozando de la libertad que sentía manejando los controles del *Pequeña águila*. El ultraligero era lento y perezoso en comparación con el elegante aparato que había pilotado en Japón, pero, después del claustrofóbico encierro entre las paredes del tanque, era una maravilla tener el cielo a su alrededor. A pesar de sus ensoñaciones, no había perdido el contacto con la realidad hasta el punto de no poder apreciar que el ruido procedía de la radio. En el panel de comunicaciones no había ninguna luz encendida que indicara que había un canal abierto con el Pájaro atronador. Habría sido algún chasquido fortuito de la radio, pues.

Revisó la pantalla de navegación y, al descubrir que se había desviado ligeramente del curso planeado, realizó un suave viraje con el *Águila* para corregir el error. El cielo del atardecer era de un azul brillante, salpicado de islas de nubes. En la lejanía, divisaba de tanto en tanto tupidos nubarrones que se cernían sobre esponjados cúmulos. A sus pies, la tierra se extendía formando un sutil tapiz de tonalidades grises y marrones, alegrado por alguna que otra mancha de color verde oscuro.

Por los agujeros abiertos entre los montículos de nubes, Sam avistaba el *Pájaro atronador* en el lugar exacto donde debía estar. La sombra del tanque se balanceaba o corría veloz según los caprichos del terreno, en ocasiones tomando la delantera al avión y en otras quedando rezagado mientras salvaba las irregularidades del páramo. El Pájaro podía alcanzar mayor velocidad, pero ello representaría viajar a una altura que atraería misiles enemigos. Al carecer del disimulado perfil que permitía al *Águila* surcar los cielos sin ser percibido, la masa del tanque quedaría casi inevitablemente registrada en los radares si volara a mayor altura. El sigilo era importante mientras continuaran dentro de los límites del Consejo Sioux.

La idea de los misiles se convirtió en una noción más inminente cuando Sam percibió una segunda sombra ondulándose sobre el suelo. Esta era más delgada y más rápida y su forma parecía cambiar más de lo que era razonable atribuir al terreno. La contradicción quedó resuelta cuando advirtió que la masa que proyectaba aquella sombra tenía alas, que subían y bajaban acompañando su vuelo. La ampliación confirmó la naturaleza del objeto que se aproximaba.

A Sam se le helaron las extremidades, al tiempo que el sudor comenzaba a perlarle la frente. La segunda sombra era la de un dragón. Observándolo con creciente agitación, Sam vio cómo pasaba por encima de una manada de búfalos, aparentemente sin reparar en ellos. Los bisontes, por su parte, decidieron trasladarse urgentemente a otro lugar. Si el dragón no estaba cazando, ¿qué hacía en a que los parajes? Sam creía tener una respuesta a aquel a pregunta.

—*Pájaro atronador* —llamó tras haber activado el enlace de radio—, tienes un dragón en vector de interceptación. Aproximadamente a las dos.

—Repite. ¿Un qué?

—Un dragón.

—Recibido —repuso tranquilamente Begay. El *Pájaro atronador* cambió de improviso su trayectoria cuando el ciberpiloto aún estaba hablando.

Pronto comprobarían sin asomo de duda si la criatura recién llegada se dirigía hacia ellos. Sam rogó por que no fuera así, pero el dragón ajustó su rumbo para mantener un curso de interceptación.

—Aún nos sigue —informó a Begay.

—Recibido. Esto va a ponerse feo. Mándame una imagen del terreno y luego mantente alto y con los ojos bien abiertos. Necesito saber si hay alguien más que quiera participar en la diversión.

Quizá estuviera preocupándose excesivamente. Begay parecía poco inmutado por la proximidad del dragón, mucho menos excitado que en el transcurso de la escaramuza con los Gatos Salvajes sioux. Tal vez su confianza respondiera a que sabía lo que le esperaba, en cuyo caso Sam quería darle el mayor tiempo posible. Se apresuró a teclear las instrucciones en el ordenador del Águila para enviar los datos relativos al terreno de manera que aparecieran en la pantalla de navegación del tanque, para que Begay eligiera el mejor lugar disponible para la refriega que se avecinaba.

Begay conocía su vehículo, sus posibilidades y sus limitaciones. ¿Por qué no había de mostrarse confiado? Un dragón era una bestia poderosa, pero no pasaba de ser un animal. ¿Qué clase de animal podía enfrentarse en igualdad de condiciones a un tanque incluso menos pesado que el *Pájaro atronador*? La bestia habría necesitado una coraza como la del Pájaro para resistir el impacto de los proyectiles de veinte milímetros de la ametralladora, sin mencionar las pesadas balas que podía arrojar el cañón principal. Aquella sería una pelea de corta duración.

Begay le había adelantado que intentaría que la refriega fuera lo más breve posible, no solo para evitar llamar la atención de otras personas, sino para no tener que gastar mucha munición y piezas que recortarían su margen de beneficio.

El tanque ascendió por el valle y, tras coronar la cresta, se precipitó hacia otra hondonada que se extendía en dirección a un espacio despejado rodeado de vigilantes mesetas. El Pájaro atronador atravesó velozmente la reducida planicie, ladeándose para sortear la falda de una de las formaciones que la rodeaban y levantando guijarros y polvo a su paso. De nuevo plenamente asentado en el suelo, retrocedió con más lentitud hacia el barranco con la torreta orientada en la dirección en que se aproximaría el dragón.

La ametralladora del Pájaro atronador barrió la tierra sobre la cual había asomado la cabeza del dragón, pero este aceleró vertiginosamente el vuelo justo antes de salir al descubierto. Indemne, la serpiente se abalanzó hacia el tanque.

—¡Joder si es rápido el gusano! —comentó Begay con tono de ligera sorpresa mientras Sam observaba cómo la temible hilera de balas trazadoras seguían el

irregular zigzaguo de la bestia.

Al pasar junto al *Pájaro atronador*, el dragón dio un brusco viraje y escupió una llamarada sobre aquel, pero esta hizo impacto en el suelo, delante del tanque. La salvia humeó ennegrecida. El dragón no pareció dispuesto a quedarse y enfrentarse directamente al tanque. Finalmente, la persecución de los anaranjados proyectiles trazadores lo ahuyentaron del valle.

Desde su posición en el aire, Sam observó actividad a una docena de metros más allá del tanque. En la tierra se formaban terraplenes, lo cual le hizo sospechar en un principio la inminente aparición de tropas enemigas que hasta entonces habían permanecido ocultas. Pronto descartó tal hipótesis, no obstante, pues vio que la tierra se movía por sí sola, arrojando rocas y guijarros hacia una prominencia central que formaba un muro frente al curso seguido por el tanque. Antes de que Sam pudiera avisar a Begay, el *Pájaro atronador* chocó contra aquel insólito obstáculo.

Privado del sonido, Sam únicamente pudo imaginar el espeluznante chirrido del roce de la gravilla contra la carrocería del tanque. Temía que la rocalla obstruyera o estropeará los orificios de ventilación, aprensión que resultó más que justificada cuando de los costados del vehículo salieron propulsados fragmentos de metralla de las rejillas protectoras. El tanque continuó avanzando durante otros diez o veinte metros, pero la pedregosa masa seguía cercándolo en forma de pertinaz granizada. Guijarros del tamaño de un puño apedreaban al vehículo, rebotaban y volvían a golpearlo como enloquecidas abejas que defendieran su colmena frente a un intruso, hasta el punto de que Sam casi ya no alcanzaba a verlo entre el torbellino de arena y grava que lo rodeaba.

—¿Cómo demonios se lucha contra la tierra?

Sam no creyó que la pregunta fuera dirigida a él. Además, no tenía ni idea. Pero entonces reparó en un detalle.

—Las nubes de gravilla solo tienen una altura de cinco metros.

—Vale.

A pesar de la lacónica respuesta del ciberpiloto, Sam tuvo la comprobación de que este lo había comprendido cuando el *Pájaro atronador* se elevó en una columna de aire supercalentado, impulsado hacia el aire. La tierra y las piedras saltaron de su caparazón, solamente para trazar una curva y volver a sumarse a la agitada apiñadura. Al principio parecía que la medida tomada no había hecho más que empeorar las cosas, puesto que la tormenta de gravilla se levantó en pos del tanque, pero a los pocos minutos Sam advirtió que el maléfico sedimento iba atenuándose, dispersándose como si de alguna manera estuviera atado a la placidez del suelo. Cuando el tanque llegó a diez metros de altura, la aglomeración que se había alzado con él lo abandonó y únicamente algunos fugitivos guijarros y regueros de arena cayeron en cascada a medida que incrementaba la velocidad de propulsión.

Entonces, una llamarada lamió de improviso el vientre del *Pájaro atronador* y arrancó la capa de titanio de las toberas, recalentadas ya hasta el límite de su punto de

fusión. El dragón había regresado para atacar desde un ángulo imprevisto. Con los directores de empuje deformados y parcialmente derretidos, el tanque se inclinó a babor y perdió altura. Las válvulas de impulso de estribor se abrieron momentáneamente, incrementando la velocidad del tanque hacia la izquierda antes de cerrarse cuando la fuerza de las sobrecargadas turbinas fue redirigida a la popa. De esa forma, la caída se transformó en un aterrizaje en picado que el ciberpiloto podía controlar. De debajo del Pájaro atronador salía una densa humareda negra, pero la ametralladora giraba, lanzando vengativas postas contra el dragón, que, tras esquivarlas, se perdió de vista.

El *Pájaro atronador* volaba tambaleante. Después de arar un surco a través de una estrecha loma y caer pesadamente por la ladera opuesta, detuvo su bamboleante curso. Sam estaba impresionado por la pericia de Begay, gracias a la cual había conservado el equilibrio necesario para permanecer en el aire.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —aulló la voz de Begay por el altavoz.

—¿Estás bien?

—¿Dónde está ese jodido dragón?

—No lo veo. Debe de haber aterrizado.

—¡Mierda!

—¿Te encuentras bien?

—¿Yo? Perfectamente. Los cristales ópticos han sido bombardeados de tal forma por la arena que parecen escarcha, el sistema de refrigeración está literalmente machacado y no tengo fuerza de ascensión. Estoy perfectamente. ¿Dónde está ese condenado dragón? ¡Le voy a arrancar la piel a tiras!

Sam exploró el área y, al avistar a la criatura volando en círculo para regresar al valle donde estaba parado el tanque, se apresuró a informar de ello a Begay.

—Recibido.

Por medio de la ampliación de imágenes, Sam vio cómo se retraía la coraza protectora de la ranura lanzaproyectiles de estribor. Si Begay estaba preparando el misil tierra-aire cobijado allí, significaba que ya estaba harto de llevar la peor parte. El ciberpiloto había explicado a Sam que era muy difícil para un conductor de tan que conseguir armamento tan complejo y que se reserva a solamente para ocasiones en que la vida y la libertad dependían de la inmediata aniquilación del atacante.

El dragón dio un giro alrededor de una aguja rocosa y se precipitó hacia abajo. La velocidad de su reaparición tornó por sorpresa a Sam, pero Begay ya tenía listo un misil que ascendió en dirección a la serpiente pegado a una cola de humeante fuego. El largo y serpentino cuerpo de la bestia se retorció en un intento de esquivar el arma que se aproximaba y que a duras penas logró evitar. Unas enormes plumas de ala cayeron revoloteando, tiznadas por la cercanía del cohete. La bestia giró el cuello, lo cual le permitió ver el misil que iniciaba una trayectoria en arco para encararse de nuevo hacia su objetivo.

La distracción del dragón bastó a Begay. Los anaranjados proyectiles trazadores

alcanzaron el costado de la serpiente, produciendo una fuerte explosión de plumas y sangre. La criatura se osó rápidamente en el suelo detrás de un repliegue dial terreno que la escudó de las balas del ciberpiloto. Por lo que Sam podía distinguir, estaba mucho de estar muerta, puesto que tan pronto como sus poderosas patas tocaron tierra, corrió hasta parapetarse detrás de un obstáculo mayor para luego volver a remontarse en el aire.

Cuando el misil concluía su trayectoria de giro y tomaba el camino de regreso, Sam advirtió con sorpresa que el dragón volaba directamente hacia él. ¿Acaso estaba enloquecido por el dolor? Justo en el momento en que Sam consideraba inevitable la colisión, la bestia bañó con el fuego de sus fauces el proyectil y enseguida se apartó a un lado. El misil pasó junto a ella ardiendo y tiznando una vez más sus plumas y, privado de sus sensores y superficies de control, cayó a plomo en la tierra. La explosión de su cabeza levantó un surtidor de rocas y polvo propulsados hacia el cielo.

—¿Le he dado? —preguntó Begay.

—No.

—¡Maldita sea!

Sin detenerse, el dragón había virado bruscamente hacia el barranco para volver a cernirse sobre el tanque y, aunque su maniobra fue demasiado veloz para que Sam tuviera tiempo de avisar a Begay, este había previsto su aparición. Cuando la serpiente se dejó ver por encima de un redondeado montículo, ya estaba Sisparando con la ametralladora y, en aquella ocasión, apoyándola con el cañón principal que, aun no siendo el arma más idónea para apuntar a un objetivo aéreo de la ligereza de movimiento de un dragón, era capaz de convertirlo en picadillo con un solo impacto certero. Por desgracia, la criatura no estaba proporcionando al ciberpiloto ocasión para ello con su impresionante baile aéreo de sinuoso vuelo. Esquivando el fuego, el dragón se precipitó bajo él y, antes de que Begay pudiera recurrir al armamento antipersonal, bajó en picado en dirección al tanque. Una negra garra atrapó la torreta de la ametralladora, y la masa y el ímpetu del dragón volcaron el *Pájaro atronador*, que, con la ayuda de su propio empuje, fue a estrellarse contra una roca.

El dragón batió las alas y ganó altura, dispersando con su movimiento la nube de polvo que había levantado el impacto del vehículo. Sam vio a este medio enterrado ajo un pequeño corrimiento de tierras, expulsando un fino hilillo de humo o vapor por una hendidura del cofre del motor. El cañón de la ametralladora había desaparecido.

—¡Begay! ¡Begay!

Por unos instantes, la única respuesta fue un chisporroteo de estática. Luego las palabras del ciberpiloto sonaron jadeantes y entrecortadas.

—Lárgate, Twist. Si te acercas al gusano, eres hombre muerto.

—Podría distraerlo mientras le disparas.

—No seas idiota. —La voz se le quebró a causa de un acceso de tos—. Ya no tengo cañones. Tienes suerte de estar allá arriba. Surca la hermosura del cielo, Twist.

La serpiente irrumpió de nuevo en escena. Con las alas abiertas hacia adelante y las plumas extendidas al máximo para frenar, el cuello arqueado hacia atrás formando una S, abrió las mandíbulas para exhalar fuego.

Sam confió en que Begay se hallara protegido de esa clase de ataque. Sin duda habría oído ritos si las llamas hubieran alcanzado al navajo, caviló, pero entonces bajó la vista y vio la luz del teléfono fría y muerta.

Abajo, las llamas encontraron un sello hendido en un depósito de combustible. El costado del tanque estalló, arrojando una bola de fuego cercada de una grasienta humareda negra al cielo.

La serpiente se remontó en el aire y trazó unos cuantos círculos vagarosos que atravesaban la humeante columna. Cuando ganó altura, Sam reconoció sus marcas. Era Tessien, la serpiente plumosa que trabajaba con Hart. Drake debía de haberla enviado para matarlo. Ahora Drake habría de responder por otro asesinato.

Tras presenciar lo que el dragón había hecho con el tanque, Sam no se hacía ilusiones respecto a lo que ocurriría si el Pequeña águila se cruzaba en su camino, por lo cual ladeó el avión, buscando una corriente térmica que lo elevara, alejándolo del escenario de la carnicería.

Transcurrida una hora, Sam tenía la certeza de que Tessien no estaba siguiéndolo. El *Pequeña águila* todavía seguía rumbo norte y los páramos habían cedido paso a las llanas praderas. No avanzaba en la dirección óptima, pero la necesidad de ahorrar combustible lo obligaba a tomar esa ruta. Necesitaba cubrir terreno, cuanto más lejos pudiera llevarlo el *Águila*, mejor. Dada la limitada autonomía de vuelo de este, Sam aprovechaba el curso del viento para reforzar su impulso en la medida de lo posible mientras buscaba un punto de aterrizaje donde pudiera encontrar un medio de transporte alternativo. De lo contrario, habría de continuar a pie una vez que hubiera tocado tierra el *Águila*. El único detalle alentador era que había salido del territorio sioux.

Por entonces, no obstante, se hallaba físicamente extenuado, martirizado por el dolor de cabeza provocado por la interrelación con los sensores del *Pequeña águila* mientras volcaba todos sus esfuerzos en evitar la persecución. Quería descansar, tenderse en algún lugar y cerrar los ojos un momento. El reducido espacio del avión teledirigido no le ofrecía la posibilidad de estirar los músculos, pero el piloto automático le permitiría reposar un rato. Suministró al ordenador del *Pequeña águila* los parámetros necesarios para mantener el vuelo beneficiarse de cualquier corriente termal y le dio orden de señalar cualquier cambio significativo en el curso imperante del viento, ya que no se fiaba de la capacidad de la computadora para imprimir un rumbo apropiado si este sufría una modificación. Una vez dadas las instrucciones, se desconectó del aparato y, aun con la apretura que le imponía el vehículo, pronto se quedó dormido. Los sueños tampoco se hicieron esperar.

Sam vagaba envuelto en una impenetrable oscuridad, flanqueado por ambos lados de negras y altas paredes que se prolongaban en la tenebrosa lejanía. Un sonido martilleaba regularmente en los confines de su conciencia como un distante reloj, ¿o eran los latidos de su corazón? Sentía una fría presión contra su espalda, pero, cuando se volvió y alargó la mano, no encontró nada. Y cuando trató de dar un paso en aquella dirección, no pudo mover el pie. Girándose de nuevo, dio unos cuantos pasos y volvió a pararse. Notó una vez más la presión, y una segunda tentativa de caminar en el sentido de donde procedía, obtuvo el mismo resultado. Anduvo un poco más en la dirección permitida antes de probar nuevamente. En vano. Se encogió de hombros y se encaminó hacia el lado por el que le era posible avanzar.

Continuó así un rato, tropezando de vez en cuando con obstáculos invisibles que desaparecían justo cuando los tocaba. Resignándose a las despellejaduras que le producían en la espinilla, siguió andando al tiempo que iba percibiendo gradualmente una tenue luz al frente. Al acercarse, la iluminación tomó la forma de un rostro. ¿Janice? Tal vez no. ¿Hanae? No estaba seguro. Una perentoria necesidad de averiguarlo lo indujo a correr hacia la imagen.

Pero entonces algo lo obligó a detenerse bruscamente y casi lo derribó. Al mirar

abajo, vio que tenía los tobillos aprisionados por unos grilletes soldados a una pesada cadena de relucientes eslabones de acero que se perdían en la oscuridad. Con el cuerpo doblado para examinarlos, advirtió una pequeña etiqueta de tela cosida en el metal que rezaba: «Especialmente fabricado para Samuel Verner». Soltó una carcajada ante la sensación de ridículo que le producía encontrar una etiqueta de ropa de sastre en una cadena.

Tales ataduras representaban una afrenta y ello espoleó su rabia. ¿Quién tenía derecho a encadenarlo? Se encorvó hacia las cadenas y no encontró piezas de unión, y al tirar de ellas, presa de frustración, comprobó su rígida inamovilidad. Luego las golpeó con los puños desnudos. Necesitaba una herramienta para aplastarlas o para poder zafarse de los grilletes. Exhaló un airado alarido.

En algún punto invisible en la penumbra que lo rodeaba un perro aulló en respuesta a su alarido. No, el sonido era demasiado salvaje y solitario para proceder de un perro. Como se encontraba en la pradera, seguramente se trataría de un coyote. La lastimera voz estaba llamando..., llamando... ¿Llamándolo a él? No, no parecía eso. Llamando...

Un trueno lo despertó violentamente. Le bastó una mirada por la ventana de la cabina para averiguar lo que hubiera preferido no ver. El convulso frente de la tormenta parecía ocupar por entero el horizonte por el suroeste. La plomiza borrasca gris llegaba demasiado alto para que él pudiera superar su altura y avanzaba demasiado aprisa para permitirle escapar. Sus conocimientos sobre la aerodinámica de modelos reducidos eran suficientes para prever sin margen de duda que el *Pequeña águila* no resistiría la furia del vendaval.

Sam desconectó el piloto automático y encaró el morro del *Águila* hacia abajo. Consciente de que no le quedaba otra alternativa, escrutó la pradera que se extendía a sus pies en busca de un paraje donde aterrizar que pudiera ofrecerle al un cobijo. Tendría que viajar a pie antes de lo que había pensado.

El *Pequeño águila* perdió velozmente altura. En los minutos de inicio del descenso, Sam divisó un pueblecito, pero los virajes necesarios para llegar hasta él lo hubieran situado en las fauces de la tormenta antes de que pudiera posar el *Aguila* en el suelo. Los pastos se sucedían vertiginosamente bajo el avión. Constatando que no aparecía una oportunidad mejor, comenzó a lamentarse de haber pasado por alto el pueblo. Se le estaba acabando el tiempo.

El viento de cola arreció y lo forzó a mitigar su efecto deslizándose a menor distancia del suelo para prevenir un vuelco. Consideró la posibilidad de volver a conectarse; el tiempo de respuesta adicional ganado con la recepción directa de los datos del sensor podría aportarle una ventaja. Cuando el *Águila* se estremeció con los primeros embates del vendaval, supo que ya no había de tomar la decisión. Ahora ya no podía permitirse apartar las manos de la palanca de mando. Segundos después, el martilleo de la lluvia anunció la llegada de la tempestad.

Entre sacudidas del avión, Sam forcejeó tratando de aterrizar antes de que lo

alcanzara de pleno el furor de la tormenta. Su velocidad respecto a la tierra se incrementó al tiempo que arreciaba el viento. La pradera desapareció a sus pies, sustituida por un paisaje tan tenebroso como una pesadilla.

Extrañas formas se perfilaban e iluminaban, acompañando el desesperado descenso del Águila. Aun ocupado por mantener el control, Sam advirtió que eran en su mayor parte formaciones geológicas de roca esculpidas por el viento y la lluvia, bañadas por la luz de intermitentes relámpagos. La opresiva oscuridad de la borrasca encubría, sin embargo, otras formas casi orgánicas, jibosos gigantes y monstruosas criaturas que alargaban la mano desde la tormenta para amenazarlo a él y a su frágil vehículo. El Águila giró de improviso a la derecha, y Sam contempló con impotencia cómo los Vientos arrancaban la punta del ala de estribor, la cual cayó dando tumbos. Azotado por un viento de costado, el morro del Águila se elevó justo antes de chocar con una aguja rocosa. El ala de babor se desgajó del aparato, dejándolo como un juguete roto a merced de la tempestad. El vapuleado fuselaje cayó disparado del cielo y se estrelló contra la irregular superficie de una meseta. Los restos del *Pequeña águila* rebotaron tres veces antes de posarse en un rocoso acantilado. Sam no sintió las últimas sacudidas, pues ya había perdido la conciencia con el primer impacto.

Una tibia lluvia lo despertó, devolviéndolo a la realidad de su dolorido cuerpo. Por el momento, había salido con vida del aterrizaje. Al alzar la mano para explorar su dolor más apremiante, sus dedos quedaron pegajosos con 10 que los relámpagos evidenciaron como sangre. ¿Tenía una conmoción cerebral? Aturdido, contempló sus ensangrentados dedos que la lluvia limpiaba.

Espasmódicos destellos alumbraron el desolado paisaje y, a pesar de la desteñida visión que ofrecía su cruda luz blanca, a Sam se le antojó que las irregularidades orográficas parecían demasiado achatadas. Giró un par de veces la cabeza y descubrió que solamente veía con el ojo izquierdo. El otro estaba cerrado a causa de la hinchazón o pegado con la coagulación de la sangre. Eso era, al menos, lo que esperaba, aun cuando no se atreviera a tocarlo para comprobar que el globo ocular seguía allí.

Un nuevo dolor punzante se anunció en su costado, pero no lo amedrentó tanto como para no osar examinarlo. Se infligió un corte en la palma de la mano al palpar el dentado montante de la estructura del *Pequeña águila* que tenía clavado en el torso. Hizo una mueca de dolor al sentir el contacto de su mano en el costado y vomitó, renovado su tormento por las arcadas.

Después se halló de pie fuera de los despojos del avión, observando la devastación. No recordaba haber salido arrastrándose, pero así habría ocurrido seguramente. Debía de haber sido un tortuoso proceso y ya tenía bastante con el dolor actual. Se tambaleó y dio un paso atrás, y su pie patinó sobre el espeso y resbaladizo fango. Cayó al suelo.

El dolor se apropió de su cuerpo mientras se deslizaba por la pendiente hacia un tumultuoso fragor aun más terrorífico que la tormenta. Se paró en un saliente que

impidió que se sumergiera en el embravecido torrente que discurría por lo que minutos antes, horas tal vez, había sido un barranco seco. Su respiro fue momentáneo pues ya sentía que el suelo, afectado por su violenta caída, se movía bajo él.

El miedo lo hizo abandonar el inestable rellano e iniciar un desesperado ascenso. Una parte desgajada de sí advertía el ardiente dolor y la sangre que manaba por el escurridizo barro. Por cada tres metros que recorría, retrocedía dos hacia abajo, aun así, seguía trepando. Por unos instantes perdió el conocimiento, pero las turbulentas aguas que lo esperaban para engullirlo le espolearon el ánimo no bien hubo recuperado una precaria percepción de los sentidos.

Casi había llegado ya junto a los restos del avión cuando su pie halló una sólida superficie rocosa bajo el cieno. Se apoyó en ella, en un lugar se uro entre la fluyente materia. Entonces sus manos resbalaron y su cuerpo se torció, alejándose del saliente. La herida de su costado arreció en su tormento y, al golpear su pie con algo duro, sintió un dolor aún más atroz en la pierna. Cayó de espaldas, rendido por el dolor, abrazando la oscuridad.

—¿Cambio?

La pregunta vibró con un leve acento del brillante timbre que en un tiempo debió tener la voz de la sasquatch. Los sasquatches eran incapaces de hablar como las personas, pero podían imitar casi cualquier sonido. Hart se preguntó cómo habría llegado a asociar aquella la palabra con el acto de mendigar dinero para comprar otra botella de la bebida a queapestaba su aliento. A la mayoría de los individuos de su especie parecía resultarles imposible establecer conexión alguna entre expresión oral y comunicación. Hart ignoraba por qué razón. Otro misterio del Sexto Mundo, suponía. Los grandes y peludos bípedos podían comunicarse por señales, no obstante, y los dedos de aquel se movían con torpes ademanes. Aunque Hart desconocía su lenguaje, era evidente que la gesticulación de la sasquatch era tan incierta como borrosa era la pronunciación de cualquier humano bajo los efectos del alcohol. ¿Cómo podía reducirse a sí mismo a tal estado un ser pensante?

—¿Cambio? —repitió la sasquatch.

«Igual que un disco rallado —pensó Hart— o un perro ladrando para conseguir una galleta». Sacudió la cabeza e hizo señas a la sasquatch de que se alejara. La peluda pordiosera bajó la cabeza y su esperanzada e idiota sonrisa murió en sus labios. Arrastrando los pies, se alejó calle abajo hasta dejarse caer en la puerta del bar.

Hart meneó la cabeza. Repugnante.

Volvió a centrar la atención en el escrutinio del cielo buscando a Tessien. Finalmente, el dragón la había consultado por medio del transmisor que llevaba y ella le había indicado el último vector de aproximación para cortar la trayectoria del tanque. Hacía mucho rato que Tessien no se ponía en contacto con ella. ¿Le habría ocurrido algo?

De pie junto al abollado Chevrolet que había alquilado en Grand Forks, Hart siguió esperando. No se veía a nadie aparte de aquella estrafalaria y vieja sasquatch. No le gustaba tener encuentros al aire libre, pero ningún edificio del pueblo tenía bastante espacio para albergar al dragón. Aquella calle se encontraba al menos en una parte casi abandonada de la población, lo cual le facilitaba las cosas. Cualquiera que los viera a los dos se apresuraría a mantenerse apartado o a esconderse para ir a atender sus propios asuntos.

Si Tessien llegaba...

La noche refrescaba rápidamente. Justo antes de que saliera la luna, Hart se planteó la posibilidad de introducirse en el vehículo y poner en marcha la calefacción y, al levantarse una fría risa, se decidió a hacerlo. Entonces percibió el mohoso olor a plumas entre los aromas del desierto.

La serpiente aterrizó, sorprendentemente calmada y, enroscando el cuerpo en torno al Chevrolet, posó la cabeza en el capó. La suspensión de la camioneta gruñó en

protesta. El hedor a sangre en su aliento indicó a Hart que se había alimentado en el camino de regreso. Tessien exudaba satisfacción.

Misión cumplida.

—¿Está de veras muerto esta vez?

La máquina ha quedado destruida y no hay vida en su interior.

—¿Dónde los has atrapado? ¿Ha habido testigos?

A tres horas en dirección noroeste. Era un buen terreno, deshabitado. No hay nadie que pueda contarlo.

—Estupendo. Nadie que vaya a irle al viejo señor Drake con el cuento de la pequeña operación de remate que hemos realizado. Si supiera que Verner llevaba tanto tiempo merodeando por ahí, pagaría una bonita suma por nuestros pellejos.

El mío tendría más aplicaciones para él que el tuya.

—No obstante querría los dos. —Empujó la emplumada cola que le interceptaba el paso hacia la puerta del Chevrolet—. Regresemos a la civilización.

La idiota peluda permaneció inmóvil hasta que se hubieron perdido de vista el dragón y la elfa. Entonces se levantó, repitiendo de cuando en cuando la demanda de «¿Cambio?» al tiempo que caminaba con paso pesado en dirección opuesta. Una docena de bloques más allá, se desvió por un callejón y se acercó a un coche, un lujoso modelo que parecía totalmente fuera de lugar entre los escombros e la calleja. Demostrando un peculiar tino para tratarse de un ser adicto al alcohol, examinó velozmente el área y, tras comprobar que nadie miraba, abrió el coche y se deslizó en su interior.

La puerta se cerró, protegiéndola de indiscretos oídos y miradas. Estiró los músculos con un gruñido para aliviar la tortícolis que le había dejado la representación del papel de borracha. Luego alargó la mano hacia atrás y abrió el compartimento refrigerado, del cual extrajo un paquete de carne envuelto en papel de aluminio cuyo contenido se usó a masticar mientras reflexionaba sobre lo que había escuchado.

En cuanto había tenido noticia del encuentro con los Gatos Salvajes que había desatado la cacería, había comprendido la clara posibilidad de que el dragón lograra ese mortífero resultado. Su amo, de todas formas, quedaría desencantado y, si uno había de ser el mensajero de informes decepcionantes, era preferible tener pruebas palpables de su veracidad. Ella era siempre muy meticulosa y ello era una apreciable cualidad, especia mente para los de su raza, pues los sasquatch necesitaban serlo más que nadie para sobrevivir en aquel mundo.

¿Cómo localizaría el escenario de la matanza? El informe del dragón le había proporcionado una dirección genérica y una distancia estimada. Quedaba por resolver la cuestión del desplazamiento. Un helicóptero o una avioneta serían lo más adecuado para cubrir aquel trecho considerable de terreno, y le permitirían además efectuar un aterrizaje discreto en caso de que fuera necesario. El aparato debería ser rápido, no

obstante, con una velocidad de crucero superior a la del dragón, ya que quería llegar antes en el supuesto de que Hart decidiera revisar el lugar. Otro detalle a tener en cuenta eran las patrullas sioux, por no mencionar el tiempo. Las previsiones meteorológicas anunciaban tormentas dispersas. Si los sioux se adelantaban o si se descargaba una tempestad en la zona de interés, podría perder valiosas pruebas de las que extraer sus propias conclusiones. Tomó el auricular del teléfono para iniciar los preparativos.

El sol en la cara despertó finalmente a Sam. Estaba tendido de espaldas, encajado en un molde de su propio cuerpo formado cuando el barro se había secado. Con su primer movimiento, una serpiente salió del lado de su cuerpo aún envuelto en penumbra, abandonando la hasta entonces apacible fuente de calor a la que se había pegado.

Intentó incorporarse, pero el agudo dolor que le atravesó el costado y el cráneo lo hizo desistir. Permaneció tumbado sin resuello, tratando de recordar cómo había llegado a parar allí. Rememoró retazos del azaroso vuelo entre la tormenta y dedujo que el *Pequeña águila* debía de haberse estrellado, aun cuando su memoria no pareciera haber registrado ese instante. Alzando cautelosamente la cabeza, miró en derredor con el ojo sano. No se veían por ningún lado los restos del avión. Solo sol y sombra, mesetas y siniestras formas, salvia, rocas y arena.

Notó frío y humedad en la nuca y, con temor de hallar sangre, alargó con esfuerzo la mano a tocarla. Pero solo se trataba de agua. La humedad que había absorbido durante la noche se había mantenido bajo su cuerpo y lo que restaba de su ropa seguía igualmente empapado. Lenta y prudentemente, se volvió de costado, pero los brazos no lo sostuvieron y se desplomó de cara en la tierra, sacudido por oleadas de dolor y náuseas. Vomitó bilis y después yació jadeante, tratando de recobrar fuerzas.

El sol ya estaba alto en el cielo, y sus movimientos lo habían expuesto plenamente a sus rayos. Al principio había recibido con agrado el calor la deslumbradora luz, que ahuyentaban el frío y ablandaban la rigidez de sus músculos, pero, al poco rato, el sol se volvió demasiado ardiente para seguir tumbado.

Tras erguirse atacado de vértigo, Sam tomó la dirección a la que casualmente se hallaba encarado y comenzó a caminar. Cojeaba torpemente procurando no maltratar su tobillo lastimado, pero cada paso incrementaba el dolor en su costado. Debía continuar moviéndose, no obstante, pues el creciente calor de su cuerpo aumentaba la transpiración, y la sal del sudor le escocía en las heridas expuestas al aire. Con anhelo desesperado de agua, prosiguió su penoso avance; con cada paso, la funda e la pistola o golpeaba en una magulladura cuya forma coincidía exactamente con ella.

Pasado un tiempo, encontró un lugar donde se interrumpía la lisa superficie de la reseca arcilla que era entonces el fango de la noche anterior. A su alrededor había huellas de las zarpas de algún animal y también otras marcas, entre las cuales solo logró distinguir un rastro de pisadas humanas. Las observó durante varios minutos con el cerebro embotado. Más con el objeto de animarse que obedeciendo a un plan preconcebido, decidió seguir el rastro de aquellos pasos.

Había conseguido un lastimoso ritmo marcado por jadeos y muecas de dolor cuando notó algo húmedo que le corría pierna abajo. Al tocarla, los dedos le quedaron embadurnados de sangre; la herida del costado había vuelto a abrirse. Bueno, estaba siguiendo a alguien. Lo ayudarían. Pronto lo alcanzaría.

Momentos después, llegó a un paraje donde el endurecido barro estaba revuelto, rodeado de huellas de garras de animal. Había, asimismo, otras huellas, esta vez de pies humanos. Se quedó mirándolas y lentamente cayó en la cuenta de que eran las suyas propias.

«Estoy perdiendo el rumbo —pensó—. Voy a seguir deambulando en círculos hasta desfallecer. Tengo que ver dónde estoy, encontrar alguna manera de salir de este laberinto antes de que sea demasiado tarde.»

Una prominencia rocosa dominaba el paisaje frente a él. A diferencia de la mayoría que había visto, aquella parecía tener un suave talud que tal vez se hallara en condiciones de escalar. Una vez arriba, podría determinar la dirección a seguir. Se encaminó tambaleante hacia ella.

Para cuando llegó a su falda, Sam había olvidado ya por qué razón se dirigía a ella. Tropezaba a menudo en el desmoronado talud, pero porfió en su marcha, impulsado por la necesidad de avanzar. La pétrea cara se erguía imponente cuando llegó junto a ella, y ya no daba la impresión de ser accesible. Al echar la cabeza atrás para mirar su cúspide, el vértigo le enturbió de coloridos borrones la visión. Se aferró a la roca, abrazándose a ella para no venirse abajo.

Mientras trepaba por el risco, sintiendo el polvillo que se adhería a la sangre y el barro endurecido prendidos en su pelo, advirtió que la sombra que se abría delante de él no era una mera franja no iluminada de la peña. La oscuridad era una oquedad del promontorio, una chimenea que horadaba sus entrañas. Se introdujo con esfuerzo en ella.

Se estaba más fresco allí, fuera del alcance de la cegadora luz del sol. La roca se había desgastado de forma irregular, dejando una serie de resaltos y salientes. Encima de su cabeza, divisaba el cielo, de un intenso azul tan atrayente como un estanque de fresca agua. Necesitaba agua, de modo que comenzó a ascender tenazmente a pesar de lo penoso de su avance. En cierto momento, se agarró a lo que semejaba un oportuno asidero y la piedra lo traicionó. Gritando de dolor, Sam descendió varios metros envuelto en una cascada de motas y fragmentos de piedra. Permaneció tendido en la roca, con el cuerpo sacudido por la tos, aguardando a que se asentara el polvo.

Los rayos del sol traspasaban la agitada polvareda, confirmando a la alta oquedad el aspecto de una catedral. Las limaduras minerales centelleaban y chispeaban cual mágico polvo. A excepción del débil sonido de su respiración, el mundo guardaba absoluto silencio a su alrededor. Repentinamente avergonzado por no haber rezado ni una sola vez durante las últimas semanas, se recogió en oración entonces, pidiendo primero perdón antes de rogar para obtener fuerzas para proseguir.

Transcurrió algún tiempo hasta que se decidió a acometer de nuevo el ascenso y, aunque no se sentía realmente capaz de otra cosa que no fuera avivar su dolor, centró sus esfuerzos en avanzar. Volvió a arrastrarse hacia el extremo de la chimenea para continuar subiendo, y se halló cara a cara con un dragón. O más bien con su calavera que, incrustada en los sedimentos de la pared, enseñaba la dentadura, sonriéndole

maliciosamente desde su prisión de tiempo piedra. Al tender la mano para tocarla, la roca se fracturó, dejando en su poder un colmillo. Se quedó mirando el diente un momento y luego se encogió de hombros y lo guardó en el bolsillo. Tenía cosas mejores que hacer que jugar con viejas osamentas.

Continuó trepando, incrementado su padecimiento por la debilidad que iba ganándolo. Se hallaba a pocos metros de la cima cuando ca 6 en la cuenta de que había parado de sudar. Aquel o significaba algo, pero no consiguió recordar qué era. Continuó obstinadamente, resuelto a recorrer esa última distancia antes de venirse abajo.

El calor lo golpeó de nuevo al salir a la superficie. Con inestable equilibrio, irguió el cuerpo ara cobrar la recompensa a su esfuerzo. En todas direcciones, veía las mismas tierras yermas. Podría haberse encontrado en Marte. Los perfiles del horizonte aparecían turbios a causa de la reverberación de la luz, o tal vez fuera su propia visión la que no era clara. Desanimado, se dobló lentamente hacia el suelo y advirtió, molesto, que se había sentado directamente en una gran piedra. Cambió de posición y, una vez más, su cuerpo encontró otra roca.

Sam se puso de pie tambaleante, decidido a apartar a puntapiés las afrentosas piedras. Pronto olvidó tal propósito, sin embargo, al concentrarse en el intento de establecer algún sentido en lo que percibía a través del cada vez más estrecho túnel e su visión. Había más piedras, y estaban situadas formando una línea. No, no una línea, sino un contorno... de una figura humana, precisamente. Comenzó a caminar en derredor, tratando de confirmar tan absurda apreciación, pero su tobillo, forzado hasta su límite de resistencia por la escalada, cedió bajo su peso. Se desplomó pesadamente en el suelo, gritando a causa de tormento infligido por aquel último abuso de su maltratado cuerpo. Los acerados cuchillos del dolor lo sumergieron en la oscuridad.

Cuando recobró el conocimiento, miró el cielo sumido ya en la penumbra del crepúsculo. Estaba débil, tanto que apenas si lo advertía. Se sentía abandonado a su suerte y hubiera llorado con gusto, pero su cuerpo no parecía albergar suficiente agua. Debía de hallarse próximo a su fin puesto que el dolor había cedido paso al entumecimiento, dominado por la aceptación de su inevitable presencia. Estaba calmado, como separado de su cuerpo, y el mundo se revelaba en torno a él borroso y a un tiempo definido con mayor precisión de lo que nunca había apreciado.

—¿Aquí será donde muera? —preguntó a la primera estrella que se hizo visible en el profundo azul del cielo.

—Eso depende.

Miró a su alrededor buscando a quien había hablado, pero no vio a nadie. En la meseta solamente estaban él y un flaco perro que guardaba Cierta semejanza con su querido Inu. Pero eso era un contrasentido, pues no había perros allí en los páramos. El animal sería seguramente un coyote y, en todo caso, no podía hablar. Debía de ser víctima de una alucinación.

—Eres una fantasía —le dijo al animal.

—¿Estás seguro? —replicó este, dedicándole una perruna sonrisa.

Sam decidió seguirle la corriente. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Si no lo eres, ¿qué es lo que está ocurriendo?

—Estás tumbado en un círculo onírico.

—¿Un qué?

—Un Círculo onírico. Ya sabes, un sitio que propicia las visiones de poder. Los indios que lo frecuentaban lo consideraban un lugar muy potente. ¿Vas a quedarte tendido ahí toda la noche?

Sam se volvió para observar mejor al animal y, sorprendentemente, no experimentó dolor alguno al moverse. Se encontraba sumido en una fantasía delirante; sustraerlo al dolor era lo mínimo que su cerebro podía hacer por él.

—Dime, ¿qué o quién eres?

—Llámame Perro. Tú y yo vamos a ser buenos amigos, tengo el profundo presentimiento.

—No creo en ti. Eres algo de imposible existencia.

—¿Qué es imposible? Estás hablándome y yo te respondo. ¿Cómo puedes no creer? ¿No te funcionan bien las orejas?

—No tiene sentido.

Perro ladeó la cabeza, como para expresar un encogimiento de hombros.

—Ni hay dólares implicados tampoco. Pero no estamos discutiendo un precio... todavía.

Aquello era realmente inconcebible. Sam volvió a apoyar la espalda en la roca.

—Vete. ¿No ves que estoy moribundo?

—¿Quieres morir?

—No.

—Entonces yo puedo ayudarte. —Perro trotó unos cuantos metros, alejándose, y se sentó de espaldas a Sam.

¿Cómo podía volverle la espalda aquel producto de su propia imaginación?, se preguntó, indignado, Sam. ¿No había sido bastante duro llegar hasta las puertas de la muerte?

Perro le lanzó una mirada por encima del hombro.

—Morir es fácil. Sucede continuamente. Es la parte que viene después lo que es complicado.

—Supongo que pronto lo averiguaré por mí mismo. Se me está desecando el cerebro con este sol; Eso debe de ser. —Sam se sentó en cuclillas, abrazándose las rodillas con los brazos—. Dentro de poco estaré completamente deshidratado.

—Eso está mejor. Sabía que recobrarías el ánimo. —Perro regresó y se instaló frente a Sam.

Sam fijó la mirada en los pálidos ojos castaños del animal y percibió una antiquísima y extraña sabiduría. Aquellas órbitas eran apremiantes en su demanda de

confianza y alentaban el afloramiento de las más profundas preocupaciones.

—Cuando yo muera, mí hermana no tendrá a nadie para socorrerla. Y nadie encontrará a los asesinos de Hanae.

—Todavía estás confundido. Utilizas una conjunción inadecuada. —Perro sacudió la cabeza—. La palabra justa es «si», no «cuando».

—Poco importarán las palabras pronto. Estoy agonizando.

—En eso no te equivocas. Pero yo tengo una palabra para ti que contará más que otra cosa en tu vida.

Perro crecía al hablar, aumentando su tamaño y a la vez perdiendo consistencia. La noche cerrada, que ya había sustituido al tardío crepúsculo, se fundía con su forma, a través de la cual veía Sam un increíble número de luceros. Los perfiles del perro se ensancharon hasta abarcar los confines del horizonte. Entonces bajó a la tierra y engulló a Sam en su seno. Una palabra resonó en su cerebro y su eco se expandió por el paisaje, silencioso y a un tiempo estrepitoso. *Magia*.

Sintió miedo.

Volviéndose, emprendió una desenfrenada carrera. Corrió y corrió, durante kilómetros, al parecer; en todo caso, más lejos de lo que la limitada superficie de la reducida meseta hubiera echo posible. Un dragón, de indefinida y cambiante forma, se irguió ante él. En ocasiones estaba cubierto de plumas al igual que la serpiente Tessien; en otras, era un dragón oriental, un prolongado y sinuoso cuerpo con un par de piernas en lugar de alas y largas barbillas que pendían a la manera de un bigote sobre sus pertrechadas mandíbulas. La mayoría de las veces era el poderoso cuerpo escamoso de un dragón occidental que ahuecaba las alas por encima de la espalda, proyectando su sombra sobre él mientras enderezaba el cuerpo y alargaba hacia él las garras de sus extremidades superiores. Era terror y poder, el reino de lo desconocido, y llevaba el manto de la muerte.

Sam se estremeció, invadido por una gelidez que lo sobrecogió en lo más hondo. Tras esquivar el zarpazo del dragón, partió disparado esquivando los latigazos de su cola. La bestia se giró para seguirlo.

Las preguntas se acumulaban en su mente, una mente curiosamente separada del cuerpo que corría y que de algún modo conseguía mantenerle la delantera a la voraz bestia. ¿Había muerto e ido a parar al infierno? ¿Estaba condenado a padecer a perpetuidad la persecución de enemigos? ¿Podría correr eternamente? ¿Quería resignarse a ello?

En su bolsillo, el diente fosilizado se sacudía al ritmo al que galopaba su cerebro. Preguntas. Preguntas. Era respuestas lo que necesitaba. Le había parecido que tenía una la primera vez que Perro le había dirigido la palabra. Lo que sucedía no era real, era el sueño de un hombre moribundo. No había necesidad de correr.

Mientras elaboraba ese pensamiento, el dragón lo alcanzó y le desgarró el cuerpo con sus garras. Sam exhaló un alarido y cayó como un pelele de bruces en el suelo. Ningún sueño le había producido jamás esa clase de dolor. Por otra parte, parecía

haber salido indemne.

Se levantó y observó cómo el dragón se giraba volví a arremeter contra él. Quería correr, a pesar de que las piernas a duras penas lo sostenían. ¿Había sentido lo mismo Begay cuando Tessien se había abalanzado para hacer trizas el tanque?

Reprimiendo el deseo de huir, Sam buscó a tientas la pistola y descubrió que no la llevaba. El Narcojet y su funda se habían esfumado y lo único que le quedaba remotamente semejante a un arma era el diente, el cual sacó del bolsillo y blandió ante la criatura, cada vez más próxima.

—Vamos, dragón. Ya no intento escapar. Acércate y mátame, si puedes.

La bestia bajó en picado con las fauces abiertas, arrojando una lluvia de fuego sobre Sam. Este notó la presión y la sulfurosa fetidez del aliento del dragón, pero no ardió, ni tampoco percibió el olor a quemado que había sentido cuando el brujo Rory le había lanzado la bola de fuego en el bosque del Tir.

Interrumpiendo la embestida, el dragón se remontó en el aire y se cernió en él antes de comenzar a batir lentamente las alas en presumible compás de espera. Sam bajó el diente.

—¿Qué ocurre? —se mofó—. ¿No puedes hacerme daño si te hago frente?

La respuesta le llegó en forma de un tremendo zarpazo que causó horribles oleadas de dolor en su pecho. Sam replicó golpeando la garra con el diente y entonces su atacante se alzó con un violento aleteo cuya fuerza, comparable a la furia del viento, casi derribó a Sam.

El dragón comenzó a trazar círculos a su alrededor y, con cada vuelta, su forma se alteraba, perdiendo las características de un reptil para asumir cada vez más el aspecto de un ave. En la cuarta revolución, la bestia se había convertido en una gigantesca águila de reluciente plumaje en torno al cual restallaban relámpagos. La nueva criatura se inclinó hacia Sam, bajando la cabeza en señal de reconocimiento para luego girar de nuevo y alejarse. El pájaro remontó el vuelo y se perdió rápidamente de vista al ganar altura. Sam observó el cielo hasta que la oscura forma se perdió entre las estrellas.

Como notaba el peso del diente en la mano, lo devolvió al bolsillo y, al hacerlo, comprobó que se hallaba dentro del círculo onírico. ¿Había sido todo aquello únicamente un sueño provocado por la fiebre?

—No está mal para empezar.

Sam se volvió y descubrió a Perro sentado a su lado. Tornó asiento junto a él. Si era un sueño, por lo visto aún no había concluido.

—¿Empezar? Pensaba que estaba... destinado, o algo así, a morir.

Perro efectuó su peculiar encogimiento de hombros.

—Todos los mortales perecen, pero por ahora has superado ese trance. Tienes una vida por delante y cosas que realizar. Ya has emprendido el camino.

—Y supongo que tú vas a estar precisamente en él junto a mí.

—Digamos que a partir de ahora ya no seremos unos extraños.

—¡No me digas!

Perro irguió la cabeza y lo observó burlonamente.

—Quizá deberías establecer contacto con mi primo en vez de conmigo.

Sam soltó una carcajada, y Perro pareció reír también. Rodeó con el brazo al animal, que se apretó a él, y sintió su cálida y confortante presencia acompañada de un familiar olor a perro. Disfrutando de una paz que hacía más de un año que no experimentaba, Sam se tumbó abrazando aún a Perro y pronto quedó dormido.

En cuanto él efectuó el primer movimiento, la sasquatch dejó a un lado su comida y se inclinó hacia él para verificar sus constantes vitales. Ahora tenía el pulso constante y mucho más firme, y las pupilas aparecían normales. El hombre hizo una mueca de dolor cuando ella le abrió los párpados, lo cual interpretó como una buena señal. No tardaría mucho en despertarse. Se instaló en un punto apartado de su campo de visión inmediata, considerando que ya sería bastante desconcertante recobrar la conciencia vendado y debajo de un toldo para que encima fuera su peluda imagen 10 primero que captara su mirada.

Le costó varios minutos, pero abrió los ojos. Pestañeó confundido y se disponía a incorporarse cuando ella le apoyó una mano en el hombro para obligarlo a permanecer tendido.

—Tómalo con calma, cariño —le dijo con su más apaciguante tono de voz—. Has soportado muchos padecimientos y no deberías moverte todavía. Has estado a punto de morir.

—Creía que ya había muerto —replicó Sam sin volver siquiera la cabeza para mirarla.

—Así debiera haber sido, con esas heridas.

Se desplazó para situarse en un punto donde él pudiera verla, pero sus ojos conservaron una sorprendente placidez y su expresión solo mostraba tranquilidad. Su altura ya era de por sí intimidatoria y a la mayoría de los normales solo les faltaba observar sus colmillos y garras para reaccionar como si fuera a devorarlos en el acto. Siempre había encontrado divertido ese comportamiento. Aquel hombre actuaba como si estuviera en un estado de conmoción, aun cuando su tratamiento debiera haber eliminado cualquier trastorno físico capaz de provocar su enajenación. Hizo votos porque su espíritu no hubiera volado tan lejos como para no poder curarlo; en otro lugar lo querían íntegro.

—Tuviste suerte de que te encontrara. Si te hubieras quedado mucho tiempo solo aquí, ni siquiera mi canto curativo habría podido ayudarte.

—¿Canto curativo?

—Sí, un canto curativo. Es lo que usamos los chamanes para tratar a una persona enferma o herida. No creerás que alguien puede regresar de manera tan espectacular a la vida como lo has hecho tú solamente con unos cuantos antibióticos. —Levantó una mano con la que asía una aguja hipodérmica—. Aunque de algo sirven. Continúa tumbado tranquilamente y casi no lo notarás.

Ni siquiera pestañeó cuando le clavó la aguja, limitándose a mirarla con sus ojos de color avellana, curiosos y pensativos, pero plácidos como un lago entre montañas. Esperó a que ella hubiera guardado la jeringa en su bolso antes de volver a hablar, con voz mucho más vigorosa.

—¿Quién..., quién eres?

—Un hombre de tacto —ironizó—. Me llamo Jacqueline y soy lo que probablemente tú llamarías una sasquatch.

—Nunca oí mencionar que hubiera sasquatch blancos —comentó el hombre, frunciendo el entrecejo—. Ni tampoco que hubiera alguno capaz de hablar.

—Vaya por Dios, si eres un pueblerino... Los sasquatch fuimos reconocidos como especie sensible por el Consejo Consultivo de las Naciones Unidas en el dos mil cuarenta y dos. Tan augusto organismo no consideró que nuestra incapacidad para utilizar las lenguas humanas fuera una barrera, y nuestros delegados todavía no disponían del apoyo del lenguaje gestual Perkins-Athabaskan. Desde entonces, algunos de nosotros hemos aprovechado las ventajas que ofrece la tecnología. —Se apartó el pelaje que, a modo de melena, le rodeaba la cabeza, dejando al descubierto un reluciente conector cerebral. También sobresalía de su cabeza una tapa de un implante permanente de habilitación y sobre su oscura piel se apoyaban un par de cables que se abrían camino entre el pelambre en dirección al cuello—. Es un trabajo rutinario. Un sintetizador Renraku de lenguaje conectado a un experto sistema Mitsuhamas capaz de efectuar la traducción de conceptos simbólicos a expresión verbal. El software tiene un subprograma de manejo de idiomas un tanto idiosincrásico, pero ayuda a solventar los puntos conflictivos. Con todo, considero mucho más aceptable socialmente decir «Páseme la verdura» que «Mí querer comida». ¿No te parece?

»En lo que respecta al color del pelaje, ¿crees que todos tenemos el pelo negro como esos palurdos de los bosques costeros? Eso sería tremendamente aburrido y apenas acorde con expectativas razonables de adaptación biológica. Allá al norte, en el Yukon, donde yo nací, el pelaje blanco es habitual. Útil para el camuflaje en la nieve, supongo.

El hombre pareció satisfecho con su respuesta. Pasaron varios minutos, que la sasquatch aprovechó para comprobar astralmente los progresos de su curación.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Cuidándote, hijo.

—No —replicó él, con un asomo de irritación en el semblante—. ¿Cómo se explica que estés aquí?

—Poco difiere la contestación, realmente. Estaba buscándote.

Observó cómo su enojo se convertía en suspicaz preocupación. Su guardia emocional estaba baja por efecto de las drogas y hechizos, y era casi demasiado fácil leer en él.

—¿Por qué? —preguntó.

Ella sonrió, poniendo cuidado en no dejar asomar demasiados dientes.

—Digamos que por una cuestión laboral.

—Una cazadora de recompensas —dedujo él con voz agria.

—Hombre, eso es sacar precipitadas conclusiones. En cuanto a la manera como llegué hasta aquí, preferiría no entrar en detalles.

Los ojos del hombre adquirieron visos de dureza.

—Eh, vale —dijo en tono conciliador—. Me limito a cumplir con mi trabajo. Incluso los sasquatch deben tener un empleo para sobrevivir. Yo hago lo que mi jefe me ordena, y mi jefe me mandó buscar a ese tipo que se hace llamar Twist, precisando que lo quiere vivo y en buen estado de salud y que tiene unas cuantas cosas que decirle.

—¿Para quién trabajas?

—Genómica. —Sonrió para sus adentros al advertir la confusión que dicha información producía en él.

—Pero eso es...

—Lo sé, querido. ¿Cómo crees que te localizamos?

—¿Qué queréis de mí?

—Esa es una cuestión un tanto complicada y me parece que dejaré que sea mi jefe quien te lo explique. —La acritud de la expresión de Sam la animó a añadir—: Digamos que es una clase de persona posesiva y que tus... llamémoslas investigaciones atrajeron su atención sobre cierto asunto. Antes de entrar en acción, quería saber si tenías otra información que pudiera resultarle útil. Parecía creer que tú tendrías, por así decirlo, intereses coincidentes con los suyos en este asunto. Quiere mantener una conversación contigo y por eso me envió a buscarte.

»Tardé un poco en localizarte en San Francisco y, para cuando había identificado tu, eh, residencia, ya habías partido con el tanque del señor Begay. Una lástima que el dragón plumoso te encontrara primero. Pero la fortuna es voluble, y después me permitió hallarte antes que lo hicieran esos mercenarios, que seguramente tenían intención de llevarte ante el señor Drake, en caso de que no te hubieran matado en el acto.

»Así que ahora, en cuanto te hayas recuperado un poco más, tú y yo nos iremos a Quebec. Te llevaré a ver a mi jefe.

—Estaré encantado de conocerlo —aseguró Sam con una sonrisa que no afectó a la seriedad de sus ojos—. Pero, por el momento, ¿tienes agua?

La sasquatch tomó una cantimplora y le sostuvo la cabeza para que bebiera.

—No bebas mucha de golpe —lo previno.

El enfermo guardó silencio un rato, pero siguió despierto. Su enfermera se planteaba administrarle un sedante para facilitar el viaje cuando, finalmente, sus pestañas comenzaron a cerrarse al tiempo que él sucumbía a la extenuación.

—¿Vas a volver a entonar tu canto curativo? —preguntó con voz apagada.

—Si es necesario.

—Quiero estar despierto cuando lo hagas.

—Oh, claro.

Exhaló un gruñido, expresando satisfacción por su respuesta, y luego cerró definitivamente los ojos y cayó dormido.

No le vendría mal reposar. Habría de transcurrir aún un día antes de que su

condición permitiera un traslado al helicóptero y, por otra parte, no estaba segura de que deseara que él oyera su canto curativo.

Mientras le había aplicado su magia, Jaq había percibido un atisbo del poder de Sam. Su halo era fuerte y reaccionaba y se movía defensivamente, pero ella había detectado que la actividad era instintiva e imprecisa. El descubrimiento había despertado su curiosidad porque ni el expediente ni los informes de la Renraku mencionaban el hecho de que fuera mágicamente activo. Y más asombroso aún era que llevara una caja con chips de instrucciones pensados para alguien que siguiera el camino de un mago hermético cuando su percepción parecía indicar que el potencial de Sam tenía una tendencia más próxima a su propia vía chamánica.

Contenta de que se hubiera sumido en un profundo sueño, le inyectó un tranquilizante. No quería que se despertara hasta que hubieran llegado a su punto de destino. Tras comprobar que estaba bien tapado, se encaminó al reborde de la meseta y tendió la mirada hacia los páramos. Quería reflexionar sobre aquello.

Se arrancó el sintetizador de lenguaje simulado y se rascó, aliviando el picor provocado por el adhesivo. Luego, tras ahuecarse la melena, sacó de la mochila el atadillo de fotografías que había encontrado con la caja de chips de Verner. Los viejos cartones estaban manchados y deformados a consecuencia de la tormenta y el contacto con el fango, pero las imágenes más recientes, impresas en películas de plástico, se hallaban aún en buen estado. Casi todas eran instantáneas, salvo algunos retratos de calidades diversas. Parecían típicas fotos familiares, una crónica de las personas y sucesos que habían marcado la vida de Verner. De todas formas, habrían de ser analizadas para detectar posibles datos ocultos.

Dejando a un lado las fotografías, tomó la caja de chips y la hizo girar en sus manos. También los analizarían, pero sospechaba que, al igual que con las fotos, no obtendrían nada fuera de lo normal. Como mínimo nada escondido. Entre los discos de instrucciones había una Biblia, y la mayoría de los magos, fueran cuales fuesen sus tradiciones esotéricas, tenían muy poco contacto con religiones organizadas.

Por otro lado, estaba el Narcojet, un arma pacifista. No era generalmente de la preferencia de los incursores, pero aquel era nuevo en los bajos fondos. Era un tipo curioso, lleno de contradicciones, y una personalidad de esa clase era raras veces previsible o realmente controlable. Verner apenas tenía visos de ser un peón conveniente para participar en partida de su amo.

La nota decía: «Ve a las puertas del fondo y espera». Sam caminaba en la dirección que la enfermera había señalado, recorriendo un pasillo vacío y silencioso que, con su mortecina luz y el rugoso y oscuro cemento del suelo, parecía alejado del influjo de la alta tecnología. Pasó delante de varias puertas, en su mayoría lo bastante anchas como para admitir el paso de un camión, aun cuando algunas tuvieran el mismo tamaño que la exigua habitación, semejante a una celda, donde él se recuperaba. Todas carecían de marca o indicación alguna, y las vigilantes cámaras que pendían del techo dentro de globos de plástico claro lo disuadían de intentar abrir alguna. Sus pasos resonaban en las paredes, distantes una de otra, marcando un ritmo regular. Si su paso era más lento de lo habitual, ello se debía a la rigidez de su costado y a la debilidad de sus músculos, resentidos por la falta de ejercicio. La ruda tela de sus nuevas ropas le irritaba la piel, y las piernas casi no lo obedecían. El tobillo ya no le dolía, sin duda porque apenas había caminado durante los días anteriores.

Mientras permanecía tumbado, recobrándose de las penalidades padecidas, solo había recibido las visitas de un médico y un par de enfermeras, quienes le habían servido de muy poco para dilucidar su actual situación ya que solamente hablaban francés y no parecían comprender ni su inglés ni su japonés. La única señal de Jacqueline había sido una nota en la que lo alentaba a ser paciente y concentrarse en su recuperación. Si las palabras no hubieran estado plasmadas sobre el papel, él la habría considerado como parte de aquellos extraños sueños que lo habían invadido en la meseta.

Lo primero que había hecho al despertar fue salir de la cama para intentar accionar los controles de la puerta. Lo afligió que estuvieran inoperativos, pero en todas formas se encontraba demasiado débil para tratar de escapar. ¿Adónde habría ido? Sam ni siquiera sabía dónde estaba. Y la única ropa que había en la habitación era un batín de hospital poco apropiado para viajar.

El doctor y las enfermeras habían sido eficientes y solícitos, pero no había conseguido ninguna información de ellos. La lengua que utilizaban parecía ser un indicio de que se hallaba en Quebec, aunque distaba de ser una prueba definitiva. Ni siquiera habían pestañeado cuando él había mencionado Quebec o Genómica, palabras que hubieran sido comprensibles aun cuando no lo fuera el resto de la frase. ¿Había mentido Jacqueline al decir que lo llevaría a Genómica, afirmando que trabajaba para dicha empresa? En todo caso, el equipo médico que lo visitaba y la atención que recibía eran de primera clase. Había recobrado fuerzas con gran rapidez.

El segundo día de su estancia allí, una de las enfermeras le llevó una bandeja con un lector de datos y las pocas pertenencias que Sam había llevado consigo en el Pequeña águila. Entre ellas se hallaba el Narcoject, que habían limpiado y engrasado. La munición, no obstante, había sido retirada. Fue descorazonador ver los estragos

sufridos por sus viejas fotografías, pero se consoló diciéndose que cuando todo aquello hubiera tocado a su fin trataría de restaurarlas.

No faltaba nada en la caja de chips, cuyo contenido era la única alternativa a contemplar las paredes. Releyó pasajes de la Biblia que lo habían confortado en el pasado, pero ahora solo veía singulares interpretaciones de ellos e inconscientemente se preguntaba qué pensaría Perro al respecto. Comoquiera que Perro le venía a menudo a la memoria, acompañado de la idea de la magia, había acabado leyendo los chips de instrucciones del profesor.

Algunas descripciones de la experiencia astral despertaron en él inquietantes recuerdos de sus sueños en la meseta. Con prevención y temiendo lograr resultados, había probado a realizar los ejercicios de proyección astral. El primer intento le había producido una sensación de ingravidez acompañada de una percepción cambiante de los colores, similar a la experimentada en el risco. Los textos le habían dado a entender que podría atravesar las paredes de la estancia, pero se había quedado allí en la cama, incapaz de moverse.

En mitad de un ejercicio, la doctora había entrado en la habitación y había parecido henchida de una luz verde que resplandecía por su piel, a excepción de su dedo índice derecho, que se veía apagado. Su presencia había sobresaltado a Sam quien, al regresar a la vigilia, había advertido que tenía el dedo vendado. Aunque había economizado fuerzas y practicado más, no había vuelto a lograr ese estado mientras había otra persona en su celda.

Ahora, al tiempo que se aproximaba a la gran puerta doble del fondo el corredor, se preguntaba si sus percepciones astrales no habrían sido meras alucinaciones. En caso de ser reales, deberían permitirle ver lo que lo aguardaba al otro lado. ¿Qué daño podía causarle una nueva tentativa?

Se concentró e intentó proyectarse fuera del cuerpo. La luz se modificó y los colores se tornaron cambiadizos; después todo volvió de repente a la normalidad y él se descubrió tendido en el suelo. Tal resultado le hizo evocar las imágenes del mago enano de Laverty y el del cuerpo de guardia de Sato, que aparentemente habían estado o dormitando, dándole la impresión de efectuar con indolencia su trabajo. Entonces cayó en la cuenta de que, en contra de las apariencias, seguramente debían de haber estado trabajando, utilizando la proyección astral mientras sus cuerpos semejaban dormir. Se levantó y, encaminándose a la pared del pasillo, se apoyó en ella. El texto de ejercicios no le había advertido que perdería el control muscular, limitándose a recomendar que se permaneciera tendido para la práctica. Ahora sabía por qué. Apuntalado, probó una vez más.

En cuanto variaron los colores, centró su punto de referencia en la puerta, titubeando un momento antes de proseguir hacia adelante. Su visión se ensombreció por espacio de una fracción de segundo y luego percibió la cámara situada al otro lado de las puertas. O como mínimo eso era lo que creía.

El área inmediata era una antesala que se abría hasta un espacio más vasto cuyas

paredes adornaban pinturas de gran belleza, de contenido emocional extremadamente diverso. El atractivo de dichas imágenes y de las vibrantes esculturas que se erguían bajo ellas lo distrajerón en un primer momento, pero una vez que hubo posado la mirada en el ocupante principal, ya no tuvo ojos para nada más. Detrás de un muro de transparente azul y entronizado sobre un montículo de oro, plata y joyas, yacía un dragón.

La sustancia que conformaba el cuerpo de la bestia parecía un cristal dorado que lanzaba destellos de poder con cada uno de sus movimientos. Alrededor de su cabeza centelleaban en el aire distorsiones de luz semejantes a minúsculas auroras. El dragón conversaba con una alta figura peluda que Sam identificó de inmediato como la de Jacqueline, a pesar de que se veía distinta. La sasquatch llevaba un bolso adornado con borlas y un amuleto de intrincado diseño colgado del cuello. A su lado resplandecía una aurora más pequeña. Sam no tuvo tiempo para registrar más detalles, pues la sasquatch inclinó la cabeza como acatando órdenes y, con la conclusión de la entrevista, temió que el dragón pudiera verlo si centraba la atención en otras cuestiones. Le horrorizaba ser descubierto, a que el acto de espiar sería considerado una falta e delicadeza, y ello en el mejor de los casos. Sabía que había llegado la hora decisiva y no quería comprometer su posición con su supuesto anfitrión, fuera cual fuese esta. Además, su nueva habilidad era una ventaja, mucho más potente cuanto más celosamente la mantuviera en secreto. Se retiró.

Sam se encontraba de pie en medio del corredor cuando las puertas se abrieron y una atractiva mujer de pelo color platino salió de la cámara. Llevaba un traje de ejecutiva, pero el colgante de su cuello era idéntico al amuleto de Jacqueline.

—Ah, señor Verner Puede pasar.

Su semblante no mostró signo de reconocimiento alguno ni tampoco de que hubiera advertido su intromisión. Sam asintió y pasó a su lado, preguntándose qué clase de juego era aquel.

En cuanto cruzó el umbral, sus ojos quedaron fijos en el dragón. Sus doradas escamas relucían intensamente, simulando reflejar y confundirse con el rutilante tesoro que componía su lecho. Su largo cuello estaba arqueado y su barbilla reposaba en una península de joyas cerca del borde del montículo. Parecía dormido.

Sam se acercó con paso quedo. De las ondulantes auroras no quedaba rastro alguno, si bien sospechaba que el tipo de magia que representaban no había desaparecido. El muro azul también era invisible, pero sintió un hormigueo al atravesar el lugar donde se había levantado, al mirar abajo, advirtió una raya de arcanos símbolos grabados en el suelo.

A medida que se aproximaba a él, Sam adquirió plena conciencia del tamaño de la bestia. Su sola cabeza media tanto como él de estatura y varios de los dientes, que sobresalían por entre los escamosos labios, eran más largos que una de sus manos. A pesar de que era el primer dragón occidental que veía de cerca, tenía algo que le resultaba familiar, lo cual atribuyó a características propias de la familia de dragones

dado que su olor le recordaba al de Tessien. Avanzó unos pasos más y se detuvo al sentir que el aliento que exhalaba por las ventanas de la nariz la criatura agitaba la fina tela de sus pantalones. La presencia de la bestia era opresiva y Sam anhelaba huir, alejarse del gran depredador. Se mantuvo quieta, a pesar de la debilidad que le invadía las piernas.

¿Debía hablar? ¿Qué se decía a un dragón?

Los ojos se abrieron y lo observaron a través de estanques de ópalo cristalino.

Soy Lofwyr.

Era como si Sam oyera palabras, pero advirtió que la *002 del dragón se encontraba únicamente en su cabeza. Aunque no se había dado cuenta hasta entonces, Tessien también se comunicaba del mismo modo. Aquella criatura, no obstante, era mucho más amenazadora que la serpiente emplumada, y ello preocupaba a Sam. Yacía ante él casi adormilada, en tanto que Tessien había destruido un tanque con la ayuda de lamas y magia. Tragó saliva nerviosamente, confiando en que su voz no traicionara su inquietud.

—A mi me llaman Twist —dijo.

No son muchos quienes lo hacen, Samuel Verner. Su diversión flotaba en el aire. Aunque espero que su número vaya en aumento.

Asombrado por su actitud y por la utilización de su verdadero nombre, Sam olvidó parte de su temor.

—¿Sabe quién soy?

Por supuesto.

La draconiana criatura contaba con la ventaja de conocerlo mientras que Sam se hallaba en la casi completa ignorancia. ¿Por qué medios había llegado a averiguar su existencia esa bestia?

—¿Qué quiere de mí? —preguntó, envalentonado por el enojo—. ¿Por qué me ha traído aquí?

Está aquí porque yo desea ayudarlo.

Ayuda era lo último que Sam hubiera esperado de un dragón.

—¿Cómo es eso? Ni siquiera nos habíamos visto hasta hoy.

Tengo mis propios motivos. Como le informó Jacqueline, tenemos un interés mutuo en los asuntos de la Corporación Genómica.

A menos que la criatura pudiera leer su mente, la negativa parecía el mejor curso de acción.

—Yo no tengo ningún interés por Genómica.

Mandó un operador para que efectuara consultas acerca de sus actividades y personal.

—¿Y a usted qué le importa? —espetó Sam con un descaro que verdaderamente no sentía—. ¿Es un policía? ¿Va a acusarme de robo de datos o de algo parecido?

¡Qué beligerante! La expresión del dragón seguía plácida, si aquella fija sonrisa dentada podía calificarse de tal. Sam notaba su desdeñosa tolerancia. A. A. Wilson,

un empleado de Genómica, parece ser alguien que despierta particularmente su interés.

—¿Y qué?

Señor Verner, no es usted un niño. Déjese de juegos. En condiciones normales, sus indagaciones me habrían sentado bastante mal, pero su actividad me ha puesto sobre aviso en lo concerniente a una injusticia cometida contra mí y los míos.

El doctor Wilson ha estado efectuando un uso no autorizado de los recursos y personal de Genómica en un proyecto realizado por su cuenta. Aun cuando dicha capacidad de iniciativa sea a veces admirable, no ha tenido el buen tino de confiarme sus progresos a mí. Como benefactor suyo, lo he apoyado, alimentada y vestida simbólicamente, y ahora me demuestra su gratitud otorgando a otro los frutos de su trabajo. ¿Le suena un tal señor Drake?

«Demasiado», pensó Sam.

Veo que sí.

Sam relajó los músculos faciales, cayendo en la cuenta de que no se precisaba ser muy perspicaz para percibir su odio.

—¿Quiere ayudarme a llevarlo ante la justicia? Tiene muertes por las que pagar.

La muerte es la única respuesta a la muerte, Samuel Verner.

Aun cuando usted haya sido víctima de su violenta villanía, por el momento apenas me ha causado daño a mí o los míos. En caso e que tuviera intención de hacerlo, pasaría a la acción y lo castigaría abiertamente. Pero una solución adecuada para mí no coincidiría necesariamente con la que le conviene a usted.

Cualquier represalia que yo tomara sería difícil de justificar en las cortes de sus congéneres. No ha cometido ningún crimen que me araña de un modo directo. ¿Me ha robado algo o asesinado a una de mis ayudantes? Hasta la fecha, solo se ha aprovechado de una persona desleal, la cual habrá de sufrir su propio ajuste de cuentas andando el tiempo.

Sea a consecuencia de un plan preconcebido o por mero azar, toda evidencia del uso fraudulento de los recursos de Genómica apunta al doctor Wilson. El doctor ha sido inducido por una engañosa lengua a creer que trabaja en su propio interés. Al final, el doctor Wilson volverá a la Tierra y seré privado de los beneficios que pensaba cosechar.

Es una presunción por parte de ese conspirador pensar que puede montar una fiesta con un cordero que yo he criado. Y yo considero... ofensivos al maquinador y a su arrogancia. El rencor era patente en el ambiente. Estoy informado de que usted también considera ofensivo al señor Drake. Y ahí es donde reside nuestro mutuo interés.

—De manera que quiere que actúe en contra de Drake. —Sam percibió un sentimiento acorde con sus palabras en Lofwyr y temió saber lo que este deseaba de él—. Yo no va a matarlo.

Comprendo. Si lo matara, sería por su propia voluntad.

—¿Qué es lo que quiere, pues?

Todavía be de determinar la naturaleza exacta de los planes del señor Drake. Lo considero algo vejatorio. Mi desea es que usted continúe sus esfuerzos en contra del señor Drake, para descubrir su ardid, y que me informe de sus averiguaciones.

—¿Por qué no se lo encarga a Jacqueline? Parece bastante buena investigadora y ya consta en su nómina. ¿Por qué yo?

Usted es un jugador imprevisto.

¿Un jugador? Había gente que había sufrido y fallecido, pero esa criatura parecía creer que todo formaba parte de una especie de juego. ¿Acaso veía el dragón a los humanos como meras piezas a derribar en un tablero?

El dragón estiró una pata y rastrilló con sus garras su botín, lo cual interpretó Sam como una respuesta anticipada a su posible negativa.

¿Hará lo que le pido?

Sam temía decir que sí y a la vez le horrorizaba responder con una negativa. Necesitaba la manera de salir de aquella situación sin incurrir en la ira de la bestia.

—¿Qué salgo ganando yo por hacer su trabajo sucio?

Una buena suma de dinero y una nueva identidad, las cuales necesitará para buscar a su hermana y devolverla a su anterior estado.

—¿Cómo conoce su existencia?

Averiguaciones, Samuel Verner. Segura que usted comprende el valor de una buena indagación.

—Y, cuando todo haya acabado, ¿terminaré trabajando para usted?

Si así es su gusto. Puedo ser un generosa patrón, como Jacqueline puede explicarle.

«Mientras uno sea un buen e insignificante samurái, ciego a cuanto no sea el cumplimiento de órdenes», sospechó Sam.

—¿Y qué sucederá si mato al señor Drake? ¿Da empleo a asesinos?

La manera como resuelva sus diferencias con el señor Drake será asunto de su incumbencia. Yo solamente le he solicitado información. Cuando el asunto esté liquidado y si no se ha comprometido con las autoridades locales, puede ponerse en contacto conmigo a través del código telefónica que recibirá al salir.

Yo puedo allanarle el camino que ha emprendido, Samuel Verner.

Las mudas palabras del dragón daban a entender que su ayuda podía adquirir un cariz que superaba lo meramente mundano; una oferta de aprendizaje en la magia venida de un dragón no era algo que se recibiera cada día. ¿Por qué querían todos los seres poderosos que conocía enseñarle magia? Él no quería aprender nada de ella. Simplemente deseaba ser él mismo. ¿Es que no lo veían?

—No necesito su ayuda.

Ese señor Drake que pretende derribar no es lo que aparenta ser. Descubrirá que es un enemigo formidable.

—Dispongo de otros recursos.

La incredulidad volvió a flotar en la atmósfera al tiempo que la draconiana forma dejaba caer las pestañas, entornando las cristalinas órbitas.

Muy bien. Ya se han realizado los preparativos para que regrese a Seattle.

—No he aceptado trabajar para usted.

Hará mi trabajo.

Los ojos se cerraron. Su anfitrión había dado por terminada la entrevista.



Tercera parte

El peligro acecha aquí afuera



El doctor Andrew A. Wilson estaba sentado en su escritorio, examinando la carta de presentación. Mientras aguardaba, Sam estudió su propia imagen en la etiqueta de identificación corporativa que lo acompañaba. El pelo rubio bien igualado la reciente barba enmarcaban una cara enjuta con calmados ojos de color avellana y un aire ligeramente aburrido. Había perdido peso, pero no le había venido mal. El traje que llevaba era de corte conservador, propio de un administrador de rango medio, y el hombre de la foto daba sensación de ser un buen empleado.

Lo que no era patente en a imagen era el inicio de una resistencia y una astucia que Sam había adquirido en el transcurso de las penalidades recientemente vividas, en las cuales había depositado su confianza para representar con éxito aquella pequeña farsa dentro del mundo corporativo.

Mientras lo embarcaba en el avión que había de llevarlo a la reserva de Genómica, la mujer que conocía como Jacqueline le había advertido que la tarjeta de identificación solo duraría un día. Entretanto, él era Samiel Voss, un contable acreditado por Genómica asignado a la investigación de los libros de personal del doctor Wilson.

—Pura rutina, doctor.

Wilson asintió, pero su expresión era amarga al expulsar el disco de la consola.

—Todo parece estar en orden, señor Voss. Espero que la tardanza no lo haya incomodado.

—En absoluto —contestó Sam con una indulgente sonrisa, considerando que aquella era la respuesta correcta para un contable que se había mantenido de pie mientras un superior corporativo se mostraba contrariado por una interrupción.

En a Renraku, aquella actitud habría sido la adecuada, pero desconocía las sutilezas del protocolo corporativo de Genómica.

—Bien. —Wilson aparentaba satisfacción—. Dispondré que le asignen una estación de trabajo.

—Creo que mis órdenes especificaban que debía trabajar en su oficina, doctor Wilson.

—De ninguna manera.

—Su estación proporciona el acceso más directo a sus archivos de personal, señor. Además, hay que tener en cuenta la cuestión de la confidencialidad. Estoy convencido de que el Vicepresidente Fleureaux...

—De acuerdo. De acuerdo. No es preciso molestar al Vicepresidente. —Wilson tendió la tarjeta identificativa y el disco de presentación—. La estación está en el rincón.

—Muy bien, señor —dijo Sam al tiempo que recuperaba sus documentos. Se acercó a la estación de trabajo y depositó su caja en el suelo. Al erguirse, señaló el dispositivo de cierre—. ¿Sería tan amable?

Con mal talante, Wilson se levantó del sillón y se reunió con Sam junto a la estación de trabajo. Luego el director de investigación oprimió la almohadilla de cierre y, escudándolo para que no lo viera Sam, tecleó un código de acceso. Cuando el ordenador indicó su disponibilidad con un pitido, Wilson retrocedió para permitir que Sam tornara asiento y después se situó a su izquierda. Con las manos ligeramente apoyadas en el teclado, Sam alzó la mirada hacia Wilson.

—Señor, ¿debo recordarle que el Acta Internacional de Derechos del Empleado Corporativo del dos mil treinta y cinco afirma de manera específica que los jefes solo pueden ver los registros financieros personales de un empleado después de garantizar una forma 332911 y presentar pruebas de hecho delictivo, abuso de autoridad, asociación criminal o deslealtad por parte del empleado?

—*Usted* va a estar mirándolos.

—Doctor Wilson, yo soy un contable acreditado. El apartado 35.22 del Acta IDEC permite específicamente la revisión periódica de datos hasta los estimados de alta seguridad como parte de un seguimiento justificativo de remuneración. Tales revisiones pueden llevarse a cabo en cualquier momento por medio de una llamada al representante salarial de los trabajadores debidamente elegido o como máximo una vez por año a través de su delegado. Adicionalmente, en ciertas jurisdicciones, las agencias estatales pueden solicitar dichas revisiones con objeto de comprobar el cumplimiento adecuado de las normas relativas a pago de impuestos, permiso de trabajo, residencia y otros requisitos. Además...

—Es suficiente —lo interrumpió Wilson—. ¿Va a tardar mucho?

—Es una inspección mínima. No más de dos o tres horas.

Wilson frunció los labios y espiró por entre las dilatadas ventanas de su nariz.

—Indique a mi secretaria que me llame cuando haya terminado. Estaré en el laboratorio tres.

—Muy bien, señor. Que tenga un buen día.

Sam reprimió la risa hasta que el disgustado Wilson hubo abandonado la oficina. No tenía ni idea del contenido del apartado 35.22 del acta, pero por lo visto tampoco Wilson estaba mejor informado. A juzgar por el brillo vidrioso que habían adquirido los ojos del doctor en el transcurso de la prosaica recitación de capítulos y secciones, dudaba que el director de investigaciones fuera a cerciorarse de su veracidad.

Sam no perdió más tiempo en divagaciones y se centró en su cometido. Dado que la estación de trabajo era algo distinta de las que estaba habituado a usar, dedicó unos minutos a examinarla. La ciberterminal de Wilson no tenía cable de alimentación para conector cerebral, lo cual regocijó a Sam, puesto que conectarse hubiera representado un riesgo que ahora no tenía que plantearse asumir.

Sacó de la caja el cartucho que le había regalado Jacqueline y que, al igual que la tarjeta de identificación, tenía incorporado un límite temporal. Por su parte, sospechaba que también tendría otras limitaciones intrínsecas. Lo introdujo en la ranura apropiada y, de inmediato, comenzó a abrirle archivos valiéndose de

programas de apertura que funcionaban con la misma eficacia que un experto operador pirata. Cuando todos los registros financieros de Wilson estuvieron disponibles en pantalla, Sam reconoció varios relacionados con 10 que él y Dodger habían averiguado durante su incursión en San Francisco. Los propios ficheros del doctor Wilson mostraban las huellas del dinero de Drake. O al menos eso era lo que el chip de Lofwyr lo inducía a creer. El dragón podía estar confundiéndolo, duplicando la información que Sam ya había obtenido para aparentar que aquella incursión en los archivos de Wilson confirmaba la conexión del doctor con Drake.

Con tales reflexiones en la cabeza, Sam advirtió que, aunque posiblemente empezaba a comprender la vida en las sombras, estaba a punto de caer en una actitud paranoica.

Cuando Sam dirigió el chip a los archivos de datos de Wilson, la pantalla se llenó, complaciente, de listas de documentos, ninguna de las cuales correspondía a archivos de investigación confidenciales, hecho, por lo demás, escasamente sorprendente. La generosidad de Lofwyr no llegaba al ofrecimiento de revelaciones acerca del trabajo de Wilson.

Por pura curiosidad, Sam accedió al fichero personal del director de investigación. Los datos eran en su mayor parte rutinarios, muestras del constante progreso de la carrera de Wilson, que únicamente había recibido un par de reprimendas por exceder del presupuesto en proyectos de importancia secundaria. Nada indicaba la insatisfacción de la Corporación con Wilson ni con su trabajo. Por el contrario, Sam observó que Wilson había informado de varios intentos de soborno de que había sido objeto y de una tentativa de United Oil de apartarlo de Genómica para incorporarlo en su proyecto con organismos manipulados genéticamente. Si Wilson estaba trabajando fuera de la Corporación, ello era todavía un secreto para sus patronos.

Más que nunca, Sam ardía en deseos de conocer la naturaleza de las investigaciones del doctor. Volvió a probarlo, especificando que el chip buscara archivos científicos, pero todo cuanto obtuvo fue mensajes de «instrucciones no aceptables». Utilizando algunos trucos que Dodger le había enseñado, configuró un programa de alteración temporal que anuló las rutinas de invalidación del chip y puso a su disposición los programas de penetración. Sonriendo satisfecho, ordenó al chip que duplicara sus rutinas en un cartucho en blanco. Cuando lo introdujo en la consola, sin embargo, apenas si logró cancelar la orden cuando el chip advirtió que «los intentos de copia borrarán todos los datos». Exhaló un suspiro; había valido la pena intentarlo. Si había de conseguir algún resultado con el poderoso salvoconducto de Lofwyr debía ser aquel día.

Envío al chip en busca de los archivos de investigación de Wilson.

Una hora de pacientes tanteos lo condujo a un escondrijo de datos marcados con la etiqueta «MODELOS DE REPRODUCCIÓN» y en él se hallaba el único archivo que respondía positivamente a la palabra clave «albinismo». El escondite era enorme y

estaba cerrado con férreas medidas de seguridad que Sam tardó un cuarto de hora en neutralizar, una hazaña únicamente posible con las capacidades del chip de Lofwyr.

El tiempo se agotaba. Lo examinó con una veloz exploración, recorriendo extensas secciones de documentación técnica y datos experimentales así como abstrusos cálculos, muchos de los cuales identificó como fórmulas mágicas, lo cual no era extraño, habida cuenta de que Wilson era un mago. A Sam, no obstante, se le antojaba que vincular la magia con controvertibles técnicas biológicas era algo desnaturalizado.

Cuando saltó al apartado titulado «RESULTADOS DE PRUEBAS DE CAMPO», se sintió inmediatamente abrumado. Wilson utilizaba para sus experimentos seres sensibles que, a pesar de los eufemismos clínicos, concluían sin lugar a dudas con la muerte del individuo. Empavorecido y a un tiempo urgido por la necesidad de saber, solicitó un registro visual adjunto a «ORGANISMO 5: REPRODUCCIÓN DE MODELO COMPLETO». El cinco era el número más elevado de la serie.

Lo que vio no hizo más que incrementar sus temores. El organismo cinco de Wilson era vagamente humanoide y su lisa piel era absolutamente blanca, tan blanca como la del albino que se encontraba con el equipo de Hart la noche en que había escapado del recinto de la Renraku. Ante sus ojos, aquel ser se aproximó y abrazó a un hombre atado con correas a una superficie vertical y, para su horror, introdujo unas proyecciones de su cuerpo en la carne de su víctima, la cual reaccionó con insoportable dolor. Sam se alegró de que no hubieran registrado el sonido. Mientras tanto, el cuerpo del organismo cinco se modificó y moldeó hasta convertirse en una copia exacta del hombre que yacía inerte sujeto por las ataduras. Sam vomitó en el suelo de la oficina de Wilson.

Wilson, por medio de artes arcanas y Científicas, había creado algo demoníaco, una criatura mutable capaz de apropiarse de la forma de una persona. Ese era el motivo por el que el albino no se había marchado con Hart. Había adoptado la apariencia de alguien que trabaja en el interior del recinto. La Renraku albergaba una víbora a la cual tenía por un empleado leal. Ahora sabía por qué habían sido traicioneros Hanae y él y la mayoría de los componentes de la banda de Hart y dejados a merced de los guardias fronterizos del Tir. El cerebro que había planeado todo aquello no quería que nadie saliera con vida para propagar su secreto.

¿Sabía Drake que Sam seguía vivo? De saberlo, seguiría intentando matarlo. Tal vez la terrible destrucción del tanque había inducido a Tessien, uno de los colaboradores de Drake, a creer que tanto Sam como Begay habían perecido en su interior. Eso era lo que había dado a entender Jacqueline, y la afirmación de Lofwyr de que Sam era «un jugador imprevisto» también confirmaba dicha posibilidad. Si Drake lo daba por muerto, aquella ligera ventaja podía permitirle atacar primero.

Sam desvió la atención al desorden que había provocado. No sería capaz de inventar una explicación aceptable cuando Wilson regresara, lo cual se produciría de un momento a otro. Había de marcharse rápidamente. Extrajo el chip de Lofwyr, con

la esperanza de que su brusca finalización causara daños en los preciados archivos de Wilson. Mientras retiraba toda evidencia de su presencia, advirtió unos cuantos cartuchos con el sello de propiedad de Genómica y los introdujo en su caja. Antes de encaminarse a la puerta, disimuló su desaliño. Si presentaba un aspecto que no se correspondiera con el lugar donde se hallaba o si daba muestras de excesivo apresuramiento, no lograría salir del edificio.

—¿Puede decirme dónde puedo encontrar al doctor Wilson? —preguntó a la secretaria.

—Se fue de manera tan precipitada, señor Voss... Podría llamarlo por el altavoz y localizarlo.

—No será necesario. He concluido mi trabajo aquí y he dejado un mensaje para el doctor en su oficina. No es nada urgente, de modo que no hay necesidad de molestarlo.

Sam caminó por el pasillo, conteniéndose para no correr hasta la pista de aterrizaje. Se sentía sucio, como si estuviera chapaleando en un pozo negro en lugar de encontrarse entre las blancas paredes y el immaculado suelo de Genómica. Deseaba volver a estar limpio. Cara parada en un puesto de seguridad le suponía la angustiosa aprensión de oír sonar una alarma. No sonó ninguna, pero no se relajó hasta mucho después de que el avión de Lofwyr lo hubo elevado en el cielo.

—Ya te lo he dicho, Crenshaw; esto no me gusta nada.

—Y yo te digo que cierres el pico.

—Pero aquí afuera es peligroso —gimoteó Addison—. Preferiría estar de nuevo en mi cubículo, pirateando datos del Directorio Especial. Sé cómo manejar las contramedidas de intrusión.

La hora era temprana y la mayor parte de la fauna nativa no había salido arrastrándose todavía de los diversos agujeros malolientes donde se ocultaba durante el día, pese a lo cual Addison se pegaba a ella como si temiera que los propios edificios derruidos pudieran abrigar intenciones de morderlo. A ella tampoco le gustaban los Yermos Puyallup, pero sabía que no debía mostrarse temerosa frente a un depredador. Como mínimo, debía de haber varios vigilando desde callejones en sombra o cristales ahumados de dentados bordes. El nerviosismo de Addison podía delatar su condición de forasteros, de víctimas fáciles. Si ello propiciaba un ataque, la proximidad del hombre podía entorpecer su capacidad de respuesta y ella podía salir herida.

Le dio un revés en el hombro y agrandó la distancia entre ellos. Addison parpadeó sorprendido.

—Limítate a estar callado. Sigue hablando y *será* peligroso. Si este trato se viene abajo por tu culpa, ya podrás intentar volver a pie al recinto.

—¿Desde aquí?

—No te preocupes. Seguramente no lograrás salir de Puyallup.

El empleado corrió para no quedar rezagado.

Un bloque más allá, llegaron a su destino, una tasca llamada Olaf cuyo letrero zumbaba y crujía al tiempo que las letras aún iluminadas luchaban por recuperar la «a» ya muerta. Junto a la puerta se acurrucaban dos «pirados», uno de los cuales murmuraba una inconexa letanía de las sensaciones que se agolpaban en su estragado cerebro en tanto que el otro se entregaba a la consabida escena de llantina. Crenshaw pasó a su lado con rapidez y luego hubo de arrancar a Addison de las manos de los mendigos que se aferraban a él.

El estrépito de lo que hacía las funciones de música se oía con fuerza incluso antes de que Crenshaw abriera la puerta y, una vez dentro, resultaba casi ensordecedor. Ella sabía, sin embargo, por qué los clientes soportaban estoicamente ese volumen e sonido; porque así no oían las vomitinas de la mesa de al lado ni la reyerta que se desarrollaba en el salón privado de detrás. Y, lo que era más importante aún, porque nadie podía escuchar furtivamente ninguna conversación.

Ajustó los ojos a la penumbra y advirtió que, al igual que las calles, el establecimiento estaba relativamente solitario. Habría concluido con el asunto que la había llevado allí antes de que los parroquianos habituales acudieran para correr su jugra nocturna, lo cual era un detalle a su favor, dado que los habituales de un local

como ese tendían a ser tipos duros que se creían dueños y señores de las calles y exigían un tratamiento de reyes. Eran exaltados y arrogantes y casi todos olían mal.

Seguida del tambaleante Addison, se dirigió con paso firme al salón interior. El tabernero recogió la tarjeta de crédito que le arrojó y se inclinó para pulsar el botón que abría la puerta.

Una vez dentro de la reducida sala y con la puerta cerrada, descendió el nivel de ruido. Encima de sus cabezas, un pequeño ventilador hendía vanamente un aire ya cargado con el olor a humanidad concentrada. Las paredes medio peladas y los desvencijados muebles despedían un hedor aún más fuerte y repugnante. Crenshaw cruzó la habitación para colocarse de espaldas a la pared opuesta a la entrada y Addison caminó tras ella, mirando con nerviosismo a los presentes.

Uno de los componentes del cuarteto de orcos que casi ocupaba la mitad de la habitación realizó una imitación del lenguaje corporal del operador y sus compañeros prorrumpieron en risas. Su diversión no pareció contagiarse a los dos normales sentados en la otra mitad, tan apartados de los orcos como entre sí. El que se encontraba más cerca de la puerta era delgado, casi cadavérico, con un resplandor metálico en las muñecas y en los escudos implantados en sus ojos. El otro no llevaba ciberimplantes visibles parecía tan nervioso como Addison. Los dos normales observaron a Crenshaw y esperaron. Ella aguardó, también, a que cedieran las risotadas de los orcos.

—Buenas noches. Soy Johnson, y este es mi socio, el señor Smith, quien proporcionará cobertura y datos de la Matriz en caso necesario. También actuará como punto de contacto en el supuesto de que cualquiera de vosotros desee transmitir información al margen de reuniones convocadas.

—Vaya, vaya. —El individuo delgado soltó un bufido—. Debí suponer que el tal señor Johnson eras tú. Había oído que te habías trasladado a esta zona, y el anuncio tenía tu estilo. Pensaba que habías trepado en tu empresa, Alice Crenshaw. ¿Te han zurrado la badana o es que vienes de excursión en busca de emociones, como hacen los ricos?

—Me alegro de verte, Ridley —mintió. No le gustaba cuando él trabajaba para Mitsuhamas y nada había modificado su opinión. Pero la simpatía personal no tenía nada que ver con aquello, se recordó a sí misma. Era una cuestión de negocios y él era competente en el ámbito de las sombras—. ¿Un brazo nuevo?

Ridley flexionó el brazo derecho y golpeó la metálica capa satinada que era su piel.

—De segunda mano. Un pirata Yakuza intentó liquidarme con él, pero no fue lo bastante rápido. Se lo arranqué para compensar el apuro en que me había puesto. Como era una buena pieza, me lo quedé.

—¿Y tú eres lo bastante rápido con él? —preguntó uno de los orcos.

—Ponme a prueba, jabalí colmilludo.

La orca soltó un gruñido y, sacando un terrible cuchillo de la funda de su bota,

saltó hacia la silla del hombre. No llegó más lejos porque el más corpulento de los cuatro la agarró por el cuello y la obligó a sentarse de nuevo.

—No perdamos las formas, Sheila.

Sheila guardó silencio, pero sus ojos prometieron un ajuste de cuentas a Ridley.

—¿Eres tú el que está al mando? —preguntó Crenshaw al imponente orco.

—Efectivamente, señor J. Soy Kham y mis chicos son la mejor banda de matones de esta parte de Seattle.

—¿No vas a reivindicar toda la ciudad? —se mofó Ridley.

—Soy modesto haciéndome la propaganda —replicó Kham, provocando nuevas risotadas en los orcos.

—Silencio —ordenó Crenshaw antes de volverse hacia el normal que todavía no había dicho nada—. Me alegra que haya podido reunirse con nosotros esta noche, señor Markowitz.

—Guárdate los jodidos cumplidos, Johnson. Vayamos al grano. Cuanto antes esté fuera de aquí y bien lejos de esta alcantarilla, mejor.

—Eres tú quien tiene que cerrar la boca, Markowitz —espetó Ridley—. He oído hablar de ti y del secuestro de Clemson. Todo muy noble, estoy seguro, pero un asesinato es un asesinato.

Markowitz se disponía a contestar, pero luego se encogió de hombros antes de volverse nuevamente hacia Crenshaw.

—¿Podemos proseguir, Johnson?

Antes de que la mujer pudiera responder, la puerta se abrió dando paso a una figura que entró pavoneándose. Vestido con prendas de cuero tachonado cuya forma indicaba ocultas placas de armadura, el enano apoyaba las manos en las garras de un par de Depredadores Ares.

—Greerson —susurró uno de los orcos, ante lo cual sonrió levemente el recién llegado.

Después dio un paso en dirección al individuo que había hablado, el cual se apresuró a levantarse de su asiento, alejándose del enano. Este se apropió de la silla que había dejado libre, la arrastró hasta la puerta y, apoyándola contra la astillada madera, se sentó.

—Llegas tarde —lo reprendió Crenshaw.

—¿Ya os habéis centrado en el tema?

—Justo estábamos a punto.

—Entonces no llego tarde.

Crenshaw aguardó unos minutos para recuperar el control.

—Ninguno de vosotros es un novato ni un mocoso en lo que se cuece en las calles —declaró lentamente— y todos conocéis el percal. Vamos a tener que dejar a un lado nuestras diferencias hasta que este trabajo llegue a buen término y hayáis recibido vuestra paga. Hasta entonces, quiero que funcionéis como un equipo bien avenido.

Greerson miró a los congregados con una despectiva mueca.

—Déjate de mierdas, Johnson. Da el nombre de los objetivos y la fecha de entrega. Si tienes suficientes nuyens, tendrás lo que quieres. Yo no necesito a nadie que me ayude.

—Todo el mundo tiene valiosas cualidades, Greerson, algunos en áreas que no alcanza tu propia y espectacular habilidad. —Crenshaw hizo caso omiso de la airada mirada del enano y, sacando un mazo de archivos de copias de seguridad de su maletín, los dio a Addison para que los distribuyera—. El señor Markowitz ya ha comprobado que el objetivo principal ha regresado a Seattle hace pocos días. Aquí están las fotografías y los datos pertinentes de su archivo corporativo. No os dejéis engañar por la cara de inocencia de Verner. Ha estado moviéndose por los bajos fondos desde que aterrizó en la ciudad. Ignoro el número de componentes de su banda, pero no me cabe duda de que dispone de conexiones sumamente poderosas con acceso a matones de categoría. Esta es la razón por la que necesito un equipo como este. El único de sus asociados que hemos podido identificar es un tipo de aquí, un operador elfo conocido con el nombre de Dodger.

—¿Dodger? —inquirió Kham.

—Así es.

—Esta incursión no va contra la pandilla de Tsung, ¿verdad?

La mención de la notable incursora trajo desagradables recuerdos a Crenshaw quien, no obstante, los disimuló tras una imperturbable máscara.

—No por lo que sé hasta el momento. ¿Trabaja con ella el elfo?

—A veces.

—Sospecho que el elfo está actuando independientemente en esta ocasión.

—Si no es así, yo y mis chicos nos retiramos.

—Yo también —aseguró Ridley—. No voy a enfrentarme a Tsung y su banda sin apoyo mágico.

—Échalos ahora, Johnson —aconsejó Greerson—. No tienen cojones para este trabajo, de manera que yo me quedaré con toda la pasta y lo haré solo.

Previendo el estallido de una discusión, Crenshaw se apresuró a tornar la palabra y acallar posibles protestas.

—Es probable que pudieras atrapar a Verner y Dodger tú solo, Greerson, pero el alcance de esta operación no está claro todavía. En un estadio de su desarrollo, hubo un dragón implicado. En caso de que aún lo esté, el grupo de Kham proporcionará, creo, el necesario volumen de potencia de fuego. Si al final Kham debe retirarse debido a la presencia de Sally Tsung, aceptaré su decisión, siempre que me avise con tiempo suficiente para asegurar un sustituto.

Kham se aclaró a garganta y, cuando hubo atraído sobre sí la atención de todos, se puso en pie.

—Yo y los chicos no le tenemos miedo a Tsung. Ella y yo llegamos a un acuerdo laboral.

—Ya veo —dijo Crenshaw. Y era cierto. Veía la cara de Kham flotando sobre un

H&K 227 en un Boeing de propiedad de la Renraku. También percibió su rostro al lado de Sally Tsung. Ahora recordaba a Kham; había formado parte de la banda que la había raptado y maltratado. Era evidente que él no la había reconocido. O que, en todo caso, no le importaba, si la recordaba. Ya se encargaría de que le importase, pero primero había de acabar con Verner. Kham debería aguardar su turno para pagar por las indignidades que había padecido. Pero si podía tergiversar las cosas de forma que los contactos de Tsung se volvieran unos contra otros, facilitaría su propio camino para ajustarles las cuentas a ellos también—. Pero si el elfo trabaja por su cuenta, ¿no tienes inconvenientes en liquidarlo?

—No. Nunca me gustó ese sabihondo.

—¿Y tú, Ridley?

—Supongo que no. Pero si Tsung tiene algo que ver...

—¿No tienes ninguna objeción personal?

—No. Pero la magia...

—Si determinamos una oposición activa mágica significativa, me encargaré de aportar contramedidas.

—Un buen mago es un mago relleno de plomo —declaró Greerson—. Esa es la mejor contramedida que conozco. Un mago no puede invocar un hechizo si uno le dispara antes.

—Greerson no anda equivocado —aprobó Crenshaw—. Mejor será que lo recordemos: un mago no puede invocar un hechizo si uno le dispara antes.

Las indicaciones del operador elfo habían sido minuciosas, aun cuando no lo fuera su descripción del destino final. Dodger había dicho que era una tienda de antigüedades, pero el letrero la identificaba como una casa de empeño y ofrecía dinero en metálico por tarjetas de crédito y bonos corporativos. Sam advirtió el reloj de cuco profusamente decorado que Dodger había previsto que se hallaría en una ventana protegida con barrotes. Las manecillas estaban paradas a las dos en punto. Si ese era el establecimiento, aquella era la señal de que Cog, el intermediario, se encontraba allí, dispuesto a hacer negocio.

Al entrar, Sam no oyó ninguna campanilla ni vio dispositivos de vigilancia, pero tenía la certeza de que sabían que estaba allí. Sorteando varios montones de trastos viejos, se abrió paso hacia el mostrador del fondo donde, oculto en un extremo tras una máquina registradora real, un arrugado anciano leía sentado el *Intelligencer* del mes anterior.

—Perdone, he visto el reloj de la ventana. ¿Está en venta?

Unos ojos grises lo observaron bajo enmarañadas cejas y al trasluz de unas anticuadas gafas precariamente encaramadas en la punta de la nariz del hombre.

—Lo vendí ayer. ¿No ha visto la nota?

—Pensaba que tal vez podría mejorar la oferta de otro comprador.

—Tiene que hablar con el propietario.

—Ciertamente. Necesito hablar con él.

El viejo puso la mano debajo del mostrador, y en la pared posterior se abrió, chirriante, una puerta. A Sam le pareció oír también un chasquido, más tenue, procedente de la entrada principal, el sonido que haría al correrse un cerrojo. La prudencia del secuaz del intermediario no era gratuita. Quienes habitaban las sombras debían obrar con cautela. «Recuerda que ahora eres uno de ellos».

—Adelante —lo invitó el hombre—. Siéntese y espere.

Sam atravesó el umbral, sin advertir ninguna otra entrada o salida en el cubículo de desnudas paredes donde se adentraba. El único mueble era una silla de estructura de acero con blandos y resbaladizos cojines. Al sentarse, la puerta se cerró, al parecer por propio impulso, y oyó cómo se encajaba el pestillo. No se escuchaba en aquella reducida estancia el menor rastro de los sonidos de la calle que se habían filtrado en la tienda. Aguardó pacientemente cinco minutos, atento al reloj, y después esperó diez con impaciencia hasta que una voz se dirigió a él.

—No conozco su cara. ¿Quién es?

Sam no logró distinguir de dónde procedía la voz, pero estaba convencido de que estaba procesada electrónicamente para modificar sus características. La persona que había hablado debía de ser el mismo Cog.

—Twist.

—¿El amigo de Dodger?

—En efecto.

El intermediario guardó silencio un momento.

—Se supone que está muerto.

Sam se limitó a encogerse de hombros, seguro de que su invisible interrogador podía ver el gesto. Si el intermediario había oído que Sam estaba muerto, tal vez Drake habría recibido idéntica información.

—¿Tiene pruebas para demostrar que es quien afirma ser?

Sam se encogió de hombros nuevamente.

—Dodger dijo que usted era un buen contacto.

—Ahora me consta que está mintiendo.

—Dodger dijo que diría eso.

Se oyó una que a risa.

—Puede que sea Twist, en cuyo caso ha dado muestras de una notable fuerza de carácter. Quizás hagamos negocios. ¿Qué puedo hacer por usted entre tanto esclarece su autenticidad?

—Necesito algo de dinero y un sitio donde alojarme. Y también una identidad.

—¿Y qué aporta a cambio?

Sam sacó sus mercancías del bolsillo del chaleco y las puso en alto una a una.

—Un paquete identificativo para un tal Edward Vinson. Una tarjeta de crédito etiquetada para Samiel Voss. Un par de chips de datos, hasta hace poco pertenecientes a una pequeña firma de investigación genética que se encuentra al norte de aquí.

—¿Lo último es una adquisición reciente?

Sam sonrió para sus adentros al percibir el asomo de interés que traslucían las palabras moduladas.

—Muy reciente.

—Colóquelos debajo de la silla.

—¿Y se supone que debo confiárselos?

—Dodger dijo que yo era un buen contacto.

—En efecto. —Para Cog, Sam era un extraño, posiblemente un corporativo que le tendía una trampa o un simple despabilado que colocaba mercancías a incautos. El intermediario quería comprobar el material, pero sin ofrecer garantías. La confianza, sin embargo, no surgía por generación espontánea, y alguien había de dar el primer paso. Aunque no deseaba fiarse de una voz a la que no podía adjudicar un rostro, la necesidad de Sam era más fuerte que los dictados de la prudencia. Puso la caja de chips y las tarjetas en el suelo y las deslizó hasta debajo de la silla—. ¿Y ahora qué?

No obtuvo respuesta alguna. Entonces cayó en la cuenta de que esa era la contestación. Al mirar debajo del asiento, vio que sus prendas habían desaparecido. Se enderezó y volvió a sentarse a esperar.

Lofwyr le había proporcionado la identidad de Edward Vinson y, al desprenderse de ella, Sam estaba privándose de un recurso potencialmente útil. El Vinson de ficción tenía una casa en el centro de Seattle, un cómodo y seguro contrato con

Aztecnología de investigación de la Matriz y un Número de Identificación Personal que hubiera facilitado a Sam una tranquila circulación por la mayor parte de la megápolis. Sin ese N.I.P., tenía el acceso prohibido a algunos de los lugares donde esperaba seguir la pista de Drake. Pero, si lo conservaba, Lofwyr podría seguir seguramente el rastro de todo cuanto Sam hiciera en el interior de la Matriz pública, de la utilización de servicios de cualquier transacción financiera que efectuara haciendo uso de dicha identidad. Hasta que Vinson desapareciera, podía abrir innumerables puertas, pero la desaparición era una excelente posibilidad ahora que Sam ya se había valido del chip de Lofwyr para obtener acceso a los archivos de investigación de Genómica. Lo había hecho incluso teniendo la certeza de que el dragón no lo hubiera aprobado. Para castigarlo, Lofwyr podía hacer que Edward Vinson se esfumara, dejando a Sam en la estacada en algún punto aislado de control o puesto de seguridad corporativo.

La confianza y la cautela se imponían a un tiempo en su guerra articular.

El dragón o había ayudado porque quería algo de él. Y, cuando Lofwyr lo tuviera, ¿qué ocurriría después? Una recompensa monetaria, seguridad, consejos y asistencia para buscar a su hermana. ¿Mantendría su palabra el dragón?

Si Lofwyr era de fiar, su oferta seguiría en pie después de que Sam hubiera acabado con Drake, tanto si había utilizado o no la identidad de Vinson. Si Lofwyr confiaba en él, no había problema. En caso contrario, el dragón podría considerar la venta de la identidad como un robo de algo que le pertenecía. ¿Quién sabía lo que podía pensar un dragón?

La cautela le dictaba que lo mejor era dificultar a cualquiera, incluido Lofwyr, la posibilidad de seguirle los pasos; que era más seguro que sus benefactores ignoraran sus planes y actuaciones 5 que no debía confiar en nadie más que en sí mismo. Esa era la razón por la que Sam había recurrido a Cog. La voz de la prudencia era más insistente que la de la confianza.

Sentado allí, en la silenciosa y pequeña habitación, comenzaba a replantearse las cosas. Lofwyr no le había causado ningún daño. ¿Por qué era tan reacio a aceptar su ayuda? ¿Acaso sus experiencias con Tessien lo habían predispuesto contra todas las criaturas dracoformes? ¿O estaba reaccionando simplemente como consecuencia de la naturaleza alienígena de la bestia? A Sam no le agradaba la idea de que pudiera caer tan fácilmente víctima de prejuicios.

Lo habían educado en la creencia de que todas las criaturas sensibles tenían alma y que el alma era lo que las diferenciaba de los animales. Pero, en el transcurso de su entrevista con Lofwyr, Sam había captado una fría implacabilidad, como si los humanos fueran meros juguetes en sus manos. ¿Creían los dragones que solo los individuos de su especie tenían alma? ¿O creían al menos en la existencia de un alma?

Su padre le había enseñado a juzgar a cada persona individualmente, pero él nunca había conocido a un dragón. Las Naciones Unidas reconocían al menos tres

clases de dracoformes como seres inteligentes y por lo tanto acreedores de plenos derechos ante la ley internacional, lo cual no significaba, sin embargo, que los dragones pensarán y obrarán igual que los miembros de la especie humana. ¿Quién podría llegar a conocerlos y comprenderlos?

Un quedo silbido de su oculto interlocutor lo sacó de sus cábalas.

—Disculpe la demora, Twist.

Sam volvió a adoptar mentalmente la actitud de avezado conocedor de mundo marginal.

—¿Soy pues quien afirmo ser?

—Digamos que no pongo en duda su pretensión por el momento y que estoy dispuesto a llegar a un trato. Su oferta parece legítima, aunque el señor Vinson es un personaje de ficción bastante transparente.

Fuera o no de fiar Lofwyr, Sam dudaba mucho que facilitara herramientas de mala calidad.

—Sabe tan bien como yo que el N.I.P. es consistente, Cog. Pero nada dura para siempre, ¿no es cierto? Seguramente querrá hacerlo circular.

—Comprendo. Eso reduce, en consecuencia, su valor.

—¿Cuál es su proposición?

Siguió una ligera vacilación, como si estuviera desconcertado por el imprevisto descenso de Sam a cuestiones más pedestres.

—Dé un vistazo debajo de su silla.

Sam encontró un sobre donde había un currículum de un tal Charley Mitchner, un pensionista imposibilitado, y otra hoja de papel en la que había escrito «2.000 nuyens». El perfil de Mitchner, una persona anodina totalmente insignificante, le pareció adecuado. Necesitaba un Don Nadie, pero la oferta de dinero era demasiado baja.

—Puede ofertar algo mejor, Cog. Había más fondos en la tarjeta de crédito.

—Tengo que atender también gastos de transacciones, Twist.

—Yo también tengo gastos, y necesito un equipo.

—Bueno, ¿por qué no lo decía?

Al final, Sam salió de la casa de empeño convertido en Charley Mitchner, antiguo envasador de Natural Vat y legítimo usuario del N.I.P. 555-405-6778-9024. Un lector de datos de manejo manual y un micrófono explorador abultaban uno de los bolsillos de su chaleco mientras que en el otro había una caja de municiones para el Narcoject y un trozo de papel con la dirección de su nueva residencia, un piso de ocupación ilegal en una antigua urbanización de Bellevue occidental próxima a los Yermos de Redmond. Además, llevaba un fajo de 3.330 nuyens, de los cuales gastó cincuenta para acceder a la Matriz pública y dejar un mensaje a Dodger en el buzón convenido.

Dodger se apoyó en la barandilla de la escalera de incendios y exhaló un suspiro. No precisaba de orejas cibernéticas ni siquiera de su oído élfico para percibir los

sonidos rítmicos y los jadeos que salían a través de la ventana abierta de la vivienda. Las dos personas que estaban adentro sabrían ya que estaba esperando. Con su capacidad auditiva incrementada, Fantasma Que Camina Adentro habría escuchado subir a Dodger. El elfo sospechaba que el samurái callejero también podía controlar las amenazas de los centinelas tribales situados a ambos lados del callejón.

La calleja era típica de los Yermos de Redmond, un maloliente y encajonado pasadizo situado en un vecindario aquejado por la plaga de desmoronamiento urbano. La lúgubre pared de ladrillo de los edificios contiguos y el cemento cubierto de desechos no constituían un marco ideal para la contemplación. Dodger dirigió la atención a la boca del callejón, donde la intermitente luz de un anuncio de neón proyectaba enloquecidos arcos iris sobre los tres guardianes.

Los residentes de la zona debían de considerar la pintura de guerra, plumas y flecos en la vestimenta de piel sintética del trío como algo habitual, puesto que ese terreno pertenecía a la Sociedad de la Luna Llena. Al igual que la mayoría de las bandas de los Yermos, facilitaban soldados, protección y lo que podía ser un remedo de la ley y el orden en aquella parte de los barrios bajos que funcionaban al margen de la sociedad corporativa. A diferencia de las otras bandas y mercenarios a sueldo que habían adoptado las costumbres y señas propias de los indios, los miembros de la sociedad tenían realmente sangre indígena. La Sociedad de la Luna Llena era el ejército de la tribu urbana de Fantasma Que Camina Adentro.

El clan carecía de nombre, por lo que Dodger sabía, dado que sus miembros formaban una mezcla de linajes, desde salish a pies negros, pasando por navajos. La mayoría eran jóvenes escapados de las tierras tribales, atraídos por la gran ciudad y la vida vertiginosa de los blancos y amarillos. Algunos, cuyos antepasados habían abandonado mucho antes los bucólicos sueños de los que dirigían las Naciones del Consejo, habían nacido y se habían criado en la megápolis. Solo unos cuantos tenían la edad suficiente para acordarse de los campos de concentración de las primeras décadas del siglo y eran ellos quienes originaban el puñado de viejas costumbres que seguía la tribu.

La gente de Fantasma, como casi todos los grupos tribales de Norte América, había perdido gran parte de su herencia cultural. So pretexto de combatir un peligroso y rebelde elemento generador de terrorismo, el anterior gobierno de EE.UU. había tratado de exterminar a Fes pieles rojas. Los había condenado a la reclusión en «centros de reeducación» pensados con el propósito de desposeerlos de su cultura e identidad racial. El terror solo terminó cuando los líderes de la unificación tribal alzaron la arrolladora marea de la magia para aplastar el yugo del tirano. El poder de la Danza del Gran Espíritu había logrado recuperar la libertad y la tierra, creando a un tiempo un nuevo orden en Norte América.

Los pueblos aborígenes, sin embargo, habían padecido daños peores que el sufrimiento físico. La mayoría de los conocimientos en otro tiempo penosamente reunidos por los antropólogos y preservados por historiadores tribales fueron

destruidos en el período de las purgas, lo cual los había obligado a reconstruir sus tradiciones basándose en los recuerdos y narraciones de los viejos. Las tribus urbanas eran un legado de aquella pérdida.

Las tribus ciudadanas se vinculaban a partir del color de la piel y del aspecto físico en lugar de atenerse a afiliaciones de estricta estirpe, y se vestían con una mezcla de estilos inspirados en los atuendos tradicionales, la vestimenta de los blancos, reconstrucciones poco fieles y extravagancia pura. Podían ser el nuevo rostro del piel roja, tal como creía Fantasma, o bien podían hallarse en un callejón sin salida, llevando una vida de arias al margen de las tribus autónomas de las tierras de los Consejos. Fuera como fuese, aquel vecindario era su hogar; habían conseguido una relativa seguridad que amparaba a sus propios miembros y a todos a que los que reconocieran su supremacía.

Aquellos tres apostados en la boca del callejón eran los matones que patrullaban las sombras y los vigías y exploradores que se confundían entre los ladrillos hasta el punto de que sus ojos parecían espiar por doquier. Eran buenos en lo que hacían y así debía ser, pues en su profesión, uno debía ser bueno o acababa muerto.

Como si hubiera captado la mirada de Dodger, el líder del grupo se volvió despacio y observó hoscamente al elfo. Dodger no recordaba su nombre, pero el odio de su rostro revelaba la dureza con que lo había tratado la calle hasta que la tribu urbana lo había aceptado en su seno.

Anhelando el respeto que la gente dedicaba a Fantasma, conocido por toda la megápolis y aún fuera de sus límites como un guerrero casi sin par, aquel samurái callejero trataba de emularlo adoptando su credo tecnológico y aumentos cibernéticos. Ya llevaba las barras de guerrero pintadas de rojo en el brazo como insignia de sus proezas letales en las guerras de territorio que eran los campos de batalla de la tribu. La perfecta visión de esos ojos cromados no le permitían ver, no obstante, que la rudeza y la arrogancia no bastaban para constituirse en líder. Mientras permaneciera apegado a su odio, no pasaría de ser un mocoso, incapaz de alcanzar la sabiduría que había encumbrado a Fantasma Que Camina Adentro en el puesto de jefe de su gente.

Una mano posada en su hombro interrumpió la meditación de Dodger. Al volverse, vio a Fantasma de pie ante él, sudoroso y oliendo a sexo. Los deshinchados pantalones vaqueros, el chaleco adornado con abalorios y el brillo de la transpiración hacían resaltar la musculatura de su apuesta compleción. Sus dedos curvados ocultaban el tenue grabado de las almohadillas de inducción de las palmas de sus manos, pero la ausencia de su habitual diadema dejaba al descubierto los cuatro orificios de su sien izquierda. La naturalidad era una sutileza de estilo y una estrategia que aquel mocoso, con sus ojos cromados y llamativos implantes musculares cosméticos, había pasado por alto.

Los oscuros ojos de Fantasma chispearon al tiempo que él sonreía, mostrando una dentadura irregular.

—¿Practicando tus modales caballerescos, elfo?

—Siempre se recomienda discreción en los asuntos relaciona os con el sexo débil, oh samurái de las calles.

—Dale un minuto para vestirse.

—Por supuesto, señor samurái. —No era precisamente que Dodger no hubiera visto nunca desnuda a Sally, pero tal vez Fantasma no estuviera al tanto de ese hecho. Hizo un ademán con la mano, señalando la dirección donde se hallaban los centinelas —. Tus guerreros me hicieron pasar sin decirme ni una palabra de que tú y Sally estuvierais ocupados.

—No es asunto suyo.

No, pero era seguro que ellos lo sabían.

—Quizás esperaban reírse un poco a expensas mías, creyendo que reaccionarías violentamente ante mi intrusión.

Fantasma lanzó una mirada a sus soldados.

—Um. Jason podría hacerlo. No me conoce ni la mitad de bien de lo que piensa. Entremos.

Fantasma se introdujo el primero en el habitáculo, por el hueco de la ventana, moviéndose lentamente, sin duda para obstruir la visión de Dodger hasta haberse cerciorado de que Sally estaba decentemente vestida. El elfo sonrió a espaldas del indio y lo siguió.

Sally Tsung estaba sentada con las piernas cruzadas en la almohadilla de espuma que hacia las veces de cama. La camiseta de la Universidad de Seattle se le pegaba al cuerpo, prácticamente transparente al contacto con su húmeda piel. La prenda podría haber sido suficientemente larga para tapar a una dama más pudorosa, pero, al adoptar su posición, Sally se la había arremangado hasta las caderas, dejando visibles sus bragas de color azul oscuro. Un espeluznante dragón se arrastraba a lo largo del brazo derecho para apoyar la barbilla en el dorso de la mano que se ahuecaba los rubios cabellos. Iba desgreñada y apestaba igual que Fantasma, pero estaba hermosa.

—Dodger —lo saludó, con el rostro iluminado por una sonrisa de bienvenida—. Fantasma decía que eras tú. No te había visto desde... ¿cuánto tiempo hace?

—No el suficiente —la ayudó Fantasma.

Sally le asestó una mirada de simulado furor.

—Demasiado. ¿Has estado excesivamente ocupado haciendo el vago con tus viejos amigos?

—Es verdad, dulce dama, que he estado ocupado.

—Y ahora estás libre. —Se puso en pie—. ¡Es fantástico! Hemos oído rumores de que Sueños Concretos actuará en el Club Penumbra esta noche. Es mentira, claro, pero seguro que habrá mucho ambiente. Ya me extrañaba a mi que no te presentaras con ocasión de una fiesta como esta.

Dodger sentía tentaciones, pero tenía otras preocupaciones más importantes.

—Es cierto que será todo un evento, señora. Lástima que yo no vaya a estar.

—¿Algún «asunto»? —inquirió Sally con leve curiosidad.

—¿Te dice algo el nombre de Samuel Verner?

—Claro. Era el muchacho que nos puso sobre aviso cuando Seretech intentó cargarnos con el muerto de varios asesinatos en esa incursión del año pasado. —La carcajada de Sally terminó con una astuta sonrisa—. No, no recuerdo nada en absoluto.

—He tenido noticias de él recientemente.

—¿Salió con bien de su regreso a la Renraku? —se extrañó Fantasma—. Era un valiente rostro pálido para mantener su lealtad en tales circunstancias.

—Un insensato, más bien. Si no se deshicieron de él, deben de haberle cortado todas las salidas. Un empleado joven sin futuro, ni esperanza. Amén. —Sally cogió una barra de soja del taburete que hacía las funciones de mesa y, masticando el primer bocado, remató su evaluación—. Un chico tonto.

Dodger miró a Fantasma para ver cómo reaccionaba ante tal apreciación. El indio, que era más joven que Sall, mantuvo una expresión rígidamente neutral, lo cual interpretó el elfo como una señal de desacuerdo que, no obstante, no tenía intención de expresar. Era algo que seguramente tenía que ver con un sentido del honor masculino de los indígenas.

—Creo que tiene la misma edad que tú, señora Tsung —apuntó, sintiendo una insólita lástima por el samurái.

—No entremos en cuestiones personales, Dodger —replicó secamente la mujer.

El elfo esbozó su sonrisa más conciliadora.

—No era mi intención ofenderte, dulce dama. Simplemente quería dar a entender que la primera impresión puede ser engañosa.

—¿Insinúas que hay algo sobre él que deberíamos conocer? ¿Algo relacionado con la incursión para Seretech?

—No. Ese asunto está enterrado hace tiempo. En lo que respecta a lo que podrías desear conocer acerca de él, no sabría decirlo. Siempre has sido el mejor juez para dictaminar lo que necesitabas, o querías, saber sobre alguien.

—Dodger. —La voz de Sally tenía un tenue matiz amenazador, apenas perceptible, y su tono traicionaba el interés que las palabras del elfo habían despertado en ella.

—El mensaje que traigo es que desea reunirse con los mismos con quienes participó en esa incursión del año pasado.

—¿Entonces es una cuestión de negocios! —Sally se incorporó, con los ojos muy abiertos y expresión ansiosa—. ¿Se ha cambiado el nombre por el de Johnson?

—No exactamente.

—No te andes con remilgos, Dodger.

—Será mucho mejor, dulce dama, que él mismo os lo explique todo.

Crenshaw realizó las reverencias de cortesía en la puerta y volvió a inclinarse al aproximarse a su asiento, pero Sato no suavizó su ceñuda expresión. Aun cuando la silla de enfrente estuviera vacía, el fruncido entrecejo del japonés le advirtió de la conveniencia de no ocuparla. Depositó un chip en la mesa más baja y permaneció de pie. Sato señaló el estuche y enarcó una ceja.

—El informe del día, Sato-*sama* —explicó.

Sato continuó callado unos segundos, observando la caja, y luego dejó perder la mirada en el horizonte de Seattle visible en las ventanas.

—¿Voy a encontrarlo más alentador que los que he recibido durante la pasada semana?

«No es probable», pensó Crenshaw. Él siempre había obrado de acuerdo con su reputación de hombre duro, poniendo en vereda a muchos departamentos de la Renraku en América. Hasta el momento había omitido efectuar una acción directa sobre uno, aunque ella sospechaba que aquel era el motivo principal de su visita.

—Todas las cuotas de los departamentos de construcción y ejecución se han cumplido de acuerdo con su planificación revisada.

—No esperaba menos. ¿No hay, pues, ninguna novedad en lo concerniente al Directorio Especial? —Sato-*sama* interpretó su silencio como una confirmación—. Ese proyecto es la cuestión crucial. El progreso y el bienestar de la Renraku dependen de su buen fin.

«El progreso y bienestar de usted», corrigió para sus adentros Crenshaw, que ya había utilizado por su arte innumerables veces tal circunloquio. Las palabras eran potentes armas; uno podía dispararlas de soslayo para evitar el embarazo, o directamente para distraer la atención. Eligió con cuidado los términos que iba a usar.

—El presidente Huang informa que los últimos resultados de las pruebas son esperanzadores, *kansayaku*.

Sato giró la cabeza para asestarle una airada mirada con ojos de pupilas dilatadas cuyos chispeantes iris dorados se habían encogido hasta formar un fino cerco. Por un momento, creyó que estaba enfadado, pero sus palabras mitigaron su temor.

—Los resultados de los experimentos llevan un año entero siendo esperanzadores. Ya es de todo punto inaceptable tamaña falta de progresos. Huang y su equipo deben aportar resulta os.

Aliviada, vio una oportunidad que empezaba a tomar forma.

—Estoy segura de que pronto se producirá algo, *kansayaku*.

—Oh, sí. Se producirá *algo*. —La repentina sonrisa que dejaba al descubierto sus afilados dientes le indicó que ya no estaba dispuesto a esperar más.

—¿Tal vez haya algo que yo pueda hacer por el lean *kansayaku*?

—Tal vez, en efecto. —El japonés recompuso la expresión, adoptando un semblante más calmado y profesional—. He perdido la paciencia con el intrigante

Huang y esa harpía de voz chillona. El Directorio Especial no lo es tanto como para que pueda seguir absorbiendo indefinidamente recursos. Deben cumplir los objetivos establecidos en su mandato o admitir su fracaso. Ya es hora de que encuentren algún incentivo.

—Entiendo, *kansayaku*.

—Sabía que lo comprendería, Crenshaw-san. Ya hemos invertido bastante dinero en la persecución de sus sueños. La Renraku vive y perece en el mundo de los hechos y un sueño que no pueda hacerse realidad no tiene más valor que un dólar americano.

El *kansayaku* volvió a posar la vista en el horizonte. Crenshaw se inclinó y se encaminó a la puerta. Aún no había cruzado el umbral, cuando el hombre tomó nuevamente la palabra.

—Espero resultados inminentes.

—*Hai, kansayaku*. —Dedicó una reverencia a su nuca y la puerta se corrió, cerrándose.

Sin hacer caso de las furtivas miradas de los guardaespaldas y empleados directos de Sato, atravesó la antesala en silencio, regocijándose de la curiosidad insatisfecha que les haría preguntarse qué poderes le había otorgado este.

En realidad, Saro le había dado licencia para continuar. Ya estaba intentando hallar algo con que socavar la entereza de uno o varios de los miembros del equipo LA. Cuando había puesto a Addison en busca de esa palanca, Crenshaw no estaba segura de cómo iba a utilizarlo. Solamente tenía la intención de enterarse de algún detalle comprometedor sobre uno de los miembros del grupo para chantajearlo. Ahora, en cambio, entreveía un uso mejor de la información. Cuanto más pudiera controlar el flujo de datos relativos al avance del equipo, mejor sería la situación en que ello la situaría a los ojos de Sato. Con la conveniente regulación de la puesta en escena, podría aparentar que ella había motivado cualquiera de los logros al tiempo que se dissociaba de cualquier error. Por más que sus presentaciones ante Sato hubieran sido inmejorables hasta el momento, esa sería la tarea que contaría. Si conseguía llevarla a buen fin, se granjearía las simpatías de un directivo de la Renraku con poder suficiente para darle lo que ella deseaba.

Desde que había establecido la coincidencia de fechas entre el intento de forzar los registros de la planta seis y la fuga de Samuel Verner, había abrigado la convicción de que él estaba involucrado en algún plan de espionaje industrial que tenía por objeto el proyecto LA. De un día a otro, el equipo que había contratado para seguirle la pista le traería las pruebas concluyentes que precisaba. Con el apoyo de Sato, podría aprovechar la situación para cumplir su venganza.

Una vez que les hubiera cortado las alas a Verner y a sus amigos del mundo marginal, podría concentrarse en lo que aspiraba desde que se había producido el asunto de Manila. La gratitud e influencia del *kansayaku* se lo daría hecho. Él tenía influencia para hacer que la volvieran a asignar a la oficina de la sede y asegurarle un puesto apacible hasta el retiro.

Claro estaba que, con un hombre como Sato, nada podía darse por sentado. Seguramente tendría más de un ángulo desde donde forzar una situación y otra gente trabajando en la consecución de sus objetivos. Pero ella tenía una ventaja de entrada sería la que recogería los frutos en cuanto hubiera logrado la palanca adecuada.

La tentativa de hallar algo en contra de Cliber seguía siendo una actividad frustrante. La creciente impaciencia de Sato indicaba que Crenshaw debía concentrarse en las líneas más prometedoras de investigación, obligando a Addison a acelerar sus indagaciones sobre las amantes de Huang y Hutten. No había conseguido gran cosa hasta el momento, pero posiblemente pronto lograría algo de interés.

Huang era un sujeto constante, de hábitos regulares, pero su amante era falsa, o al menos lo era su identidad. Addison todavía trataba de descubrir quién era en realidad. Crenshaw estaba segura de que al final pondría en evidencia su condición de espía de algún elemento exterior que pretendía obtener la cooperación del presidente. Y, en caso de que no fuera así, los motivos por los que la fulana encubría su identidad real podrían bastar para convencerla a actuar como agente de Crenshaw. La utilización de una amante para manipular a un hombre era una táctica de presión de primer orden.

La situación de Hutten no había ofrecido visos tan prometedores en un principio, ya que no tenía una amante fija y variaba continuamente de hora y día. Su carácter, sin embargo, no parecía justificar un interés renovado por utilizar los ventajosos servicios de la planta seis, lo cual había despertado sus sospechas. Con la ayuda de Markowitz, Addison había podido realizar averiguaciones más minuciosas, que habían confirmado sus sospechas iniciales. Las damas con que alternaba el nuevo *playboy* Hutten trabajaban invariablemente para una empresa llamada Compañía Agradable, cuyos propietarios aún estaba tratando de identificar Addison entre un auténtico laberinto de agujeros negros y falsas tapaderas.

Las perspectivas de encontrar una palanca se presentaban incluso mejor ahora que tenía autorización para dedicarse a su caza activa. Habría un buen número de circunstancias que mejorarían, entre ellas la velocidad en el desarrollo de las indagaciones. Aquella era la oportunidad más clara que se le había presentado en los últimos años y no esta a dispuesta a dejarla escapar. Ni siquiera los oscuros designios de Verner en el proyecto lograrían detenerla.

Fantasma, Dodger y Sally entraron juntos. Dodger sonrió y abrazó a Sam y, tras echarse atrás para inspeccionarlo detenidamente, le pellizcó la barba que había poblado su barbilla desde que se había marchado de San Francisco.

—Muy adecuada, señor Twist. Cada vez pareces más un caballero salido de una novela.

Fantasma se aproximó durante la burlesca representación dada por el elfo, con un esbozo de sonrisa en la cara. Sam se sorprendió al percibir una actitud tan amistosa en la cara del indio.

—Bienvenido a las sombras, rostro pálido —dijo, tomando la muñeca de Sam.

Aun cuando él fuera más alto, Sam nunca conseguiría igualar su fuerza sin implantes cibernéticos. Asimismo tampoco se pondría voluntariamente en una situación en que la mano del samurái lo aferrara con intención hostil.

Sally permaneció atrás y observó, evaluando la nueva apariencia que lucía Sam. Este se preguntó a qué conclusiones habría llegado. La última vez que se habían visto, él había sido un mero *ejecutivo* a sus ojos, nacido y criado dentro de los límites corporativos. Ahora llevaba un chaleco y una cómoda vestimenta callejera de su propiedad. Era consciente de que su barba le confería un aspecto más maduro.

Lo que lo asombró de ella fue que no había cambiado y, sin embargo, le parecía diametralmente diferente. Entonces cayó en la cuenta de que su magia debió de haberlo intimidado tanto que apenas había reparado en su belleza antes. ¿Cómo podía uno prestar atención a senos turgentes y seductoras curvas cuando sabía que una mujer era capaz de convertir un voraz Barghest en un jirón humeante de carne solo con el contacto de su mano? Aquella sola actuación lo había dejado definitivamente impresionado y amedrentado.

Ahora que la magia no era extraña en su vida, podía ver a Sally como la mujer que era. Hanae era bonita, pero carecía de la sensualidad que transmitía la maga con cada uno de sus movimientos.

—Gracias por venir —dijo sin gran convicción.

—Dodger me picó la curiosidad. ¿Qué es en resumen lo que querías proponernos? Sam le dedicó una breve y nerviosa sonrisa.

—Esperaba no tener que explicarlo varias veces. ¿No va a venir el orco?

—Kham el Matón con Cerebro ha sido informado del encuentro, señor Twist. Para asegurarme su presencia, consideré apropiado dejar que creyera que íbamos a reunirnos con un patrocinador corporativo.

—Llegaré cuando llegue —zanjó Sally, acomodándose en la única silla con tapicería íntegra de la vivienda—. Espero que no sea una pérdida de tiempo.

Sam no supo qué contestar. Ignoraba cuál era la manera adecuada de hablar con esa gente y no quería dar inicio a su historia, pues no estaba seguro de poder relatarla dos veces. Los incursos se dispersaron por la habitación, al parecer menos inquietos por la silenciosa espera que él mismo.

Kham el orco se presentó al cabo de unos minutos y saludó bulliciosamente a sus colegas incursos antes de advertir la presencia de Sam, tras lo cual cambió de humor, adoptando una actitud distante. Soltó un gruñido en respuesta a la mano que le tendía Sam y se instaló en una silla en un rincón de la estancia. Entonces miró airadamente a Sam y lanzó a Sally una mirada que Sam interpretó como cargada de una mezcla de confusión y suspicacia.

—Y bien, ¿cuál es el asunto? —preguntó con la vista todavía fija en Sally.

Titubeando al comienzo, Sam refirió el relato de su creciente desencanto con la Renraku, su fuga del recinto y todo cuanto había sucedido después. La exposición, en la que aparecían a cada paso nuevas duplicidades que subrayar o dejar en claro, fue

más larga de lo que había previsto. Puso el punto final con el descubrimiento de que Drake había conseguido colocar un impostor en el recinto utilizando como tapadera la extracción de Hanae y Sam. Así estaban las cosas. También les expresó sus sentimientos, con la esperanza de que ello contribuyera a convencerlos de la validez de su causa. Los aspectos concernientes a sus coqueteos con la magia y la muerte los incluyó en su historia más por necesidad de expresarlos que porque tuvieran auténtica relevancia.

Hubo detalles que se guardó para sí, no obstante. Uno de ellos era la naturaleza del impostor. El mismo apenas si creía en el *doppelganger*, incluso habiendo visto pruebas evidentes de su existencia. ¿Cómo podía contarles que en un laboratorio Científico habían creado un ser mágico que habían enviado para infiltrarlo en la Renraku, usurpando el puesto de un empleado leal? De algún modo aquello se le antojaba más descabellado que su conversación en sueños con Perro. Si les hubiera explicado lo del sosia, podrían haber llegado a la conclusión de que los padecimientos sufridos en los páramos le habían hecho perder el juicio. No podía permitirse incurrir en el ridículo o provocar su desprecio; quería y necesitaba su ayuda.

Cuando Sam acabó finalmente de hablar, el orco fue el primero en tomar la palabra.

—A ver si aclaramos esto. ¿Quieres que te ayudemos a freír a ese Drake solo porque estaba actuando contra la Renraku y que acabaron achicharrados unos cuantos pedazos de carne que se le cruzaron por el camino? —Kham esbozó una mueca y luego asestó una vibrante mirada a las caras de sus colegas—. Ejecutivo, se te ha desecado el cerebro.

—Kham, creo que Drake también es responsable del rosario de muertes que viene siguiéndome desde que abandoné la Renraku. No habían puesto precio a mi cabeza. Yo no les robé nada ni les causé ningún perjuicio con mi partida. Trabajé para la Renraku durante años, y ellos eran mi hogar y mi familia. Cuando pienso lo que ese impostor podría hacerles, me preocupo. No puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que Drake trame la perdición de la empresa.

—Entonces cuéntaselo y deja que ellos liquiden a ese topo.

—No me creerían ni aunque me escucharan el tiempo suficiente para oírme. Además, no puedo aportarles ninguna prueba ni el nombre del impostor.

—Todavía te consideras una pertenencia suya, pues —señaló Fantasma.

—No —replicó Sam—. Esto es personal.

—Venganza.

—Es más que eso —insistió Sam—. Desbaratando ese ardid podría pagar cualquier deuda que aún mantenga con la Renraku. Entonces estaríamos en paz.

—¿Y qué me dices de ellos? ¿Lo consideraran de la misma manera que tú?

Sam lo ignoraba, pero tampoco le importaba. Él debía obrar de acuerdo con lo que creía correcto.

—Tendrán que efectuar su propia valoración.

—Así se comporta un hombre —aprobó Fantasma, cruzando los brazos sobre el pecho—. Yo te ayudaré.

—Una decisión precipitada, señor samurái, teniendo en cuenta que dispones de tan pocos datos acerca de tu adversario —observó Dodger. Al ver que Fantasma no contestaba nada, el elfo se encogió de hombros y se volvió hacia Sam—. Con fines meramente aclaratorios, ¿tu único propósito es ahora dar al traste con los planes de Drake?

—No. Quiero que Drake pague por sus crímenes.

—¿Y qué hay de la peligrosa señorita Hart?

—Sí, y de esa serpiente —añadió Kham—. Han estado provocando buenas carnicerías de gente. ¿No son ellos malas personas también?

Sam recorrió con la mirada a los incursores. Le constaba que Tessien había matado y que Hart estaba profundamente implicada en aquella trama que involucraba diversos asesinatos a sangre fría. Aunque ello no los eximía de culpa, Sam sabía que no podía esperar abarcar tanto y, por otra parte, los incursores parecían excesivamente impresionados por las reputaciones de Hart y Tessien.

—Ellos son únicamente instrumentos de Drake. Tanto mejor si comparecen ante la justicia, pero es a Drake a quien quiero.

Dodger se revolvió, relajando los músculos, de lo cual dedujo Sam que su palabras habían sido acertadas. Cuando Sally asintió, Sam tuvo la certeza de haber ganado aquella primera batalla.

—Si consigues quitar de en medio a Drake antes de que esos dos se enteren de que no estás muerto, puede que no ocasionen ninguna clase de problema. Hart es una profesional y, si su tarjeta de crédito se evapora, se trasladará a otro lugar y la serpiente irá con ella. Ella sabe que no se saca ningún beneficio con causas nobles ni venganzas. Por lo menos si no tiene una cláusula que la obligue a actuar como guardaespaldas en su contrato.

—Espero que estés en lo cierto, Sally.

—¿Te dan miedo, ejecutivo?

—Sí.

—Muy juicioso —apreció Sally—. No conozco a ese Tessien, pero cualquier dragón es un hueso duro de roer y uno que está asociado con Hart no debe de ser moco de pavo. Hart es una incursora de primera categoría y preferiría no suscitar sus iras.

—Entonces si Drake es el único objetivo, ¿me prestarás tu ayuda?

Sally soltó un resoplido y negó con la cabeza.

—Escúchame bien, novato mago mío. Te ayudaré a encontrar tu camino. Te instalaré en nuestra pequeña mitad de mundo. —Sonrió seductoramente—. Te ayudaré incluso a olvidar todo este embrollo, si crees que podrás soportarlo con nervio.

—Esa no es la clase de ayuda que deseo —contestó Sam, con entrecejo fruncido.

—Es lo que necesitas —sentenció la mujer, seria y a un tiempo burlona.

—Quiero que me ayudes a atrapar a Drake —insistió Sam.

—Verner, ahora estás en las calles y uno tiene que ser práctico. Si quieres convertirte en incursor de las sombras junto a nosotros, te daré una oportunidad. Has demostrado ciertas posibilidades. Posibilidades interesantes. Pero si trabajas conmigo, no debes perder nunca de vista un principio básico: no hay nada a cambio de nada. Tu propuesta no ofrece ningún beneficio.

—Sally tiene razón, ejecutivo —la apoyó Kham—. No se ven nuyens en este asunto. Estás haciéndonos perder el tiempo. —El orco se levantó repentinamente y la silla cayó con estrépito al suelo—. Tengo maneras más provechosas de ocupar *mi* tiempo.

—Kham —lo llamó Sam.

Sin hacerle caso, el orco abrió la puerta y salió a la penumbra de la entrada.

—Es libre de tomar sus propias decisiones —dijo quedamente Sally, y sus palabras quedaron casi ahogadas por los pasos de Kgam en las desvencijadas escaleras—. Ahora decide tú, Verner. Puedo hacer que disfrutes de lo lindo esta noche.

Sam notó que Dodger tensaba el cuerpo a su lado y al mirarlo vio que el elfo observaba a Fantasma. El semblante del indio aparecía calmado e imperturbable. Hablaría después con Dodger para averiguar qué sucedía. Sam deseaba la ayuda de Sally, puesto que la magia que él no sabía dominar era como una segunda piel en ella. Las capacidades de la hechicera podían ser la ventaja que necesitaba para atrapar a Drake. Si salía con ella esa noche, tal vez pudiera convencerla.

—Suenan tentador —dijo, tratando de aparentar desenvoltura.

—Fantástico —exclamó Sally, irradiando satisfacción—. En la esquina de Harrison y Melrose a las nueve. Ven armado y reparado para una fiesta. —Se levantó de un salto de la silla con un revuelo de tiras de cuero y se fue bailando hasta la puerta que Kham había dejado abierta—. Te exploraré luego, hombre mágico.

Sam se había quedado con Dodger y Fantasma. Ya sabía que podía contar con el elfo, y Fantasma le había brindado su apoyo, pero estaba seguro de que ellos tres no serán suficientes.

—Fantasma, ¿crees que puedo convencerla para que me ayude?

—Ella tiene su propia manera de ver las cosas, rostro pálido.

El ambiente se ensombreció con la frialdad del tono empleado por Fantasma. El indio parecía molesto, pero algo en su expresión previno a Sam de la inconveniencia de formular preguntas. Por ello, decidió mantenerse en el tema que los ocupaba, con la esperanza de que la discusión de los problemas que habrían de afrontar disipara la gelidez. Con Hanae le había funcionado esa estrategia.

—Dodger, ¿has averiguado algo más sobre Drake?

—En verdad, es un verdadero personaje de misterio. He descubierto lo bastante

como para saber que no corresponde a ninguna persona real, igual que un tal señor Johnson que ofrece un comunicado de prensa corporativo. Su verdadero nombre y naturaleza continúan siendo una incógnita, pero me he enterado de que utiliza el nombre de pila de Jarlath.

—¿Qué clase de nombre es ese? —inquirió Sam.

—Lo ignoro —admitió Dodger.

Fantasma se encaminó a la ventana tapada con cartones por la que se filtraban los haces provenientes del neón de afuera, los cuales se proyectaban sobre su cara formando rayas semejantes a una pintura de guerra.

—¿Y estás seguro de que Hart y la serpiente trabajan para él?

—Eso dicen.

—He oído que estuvieron implicados en el desbaratamiento de una incursión en los terrenos de la United Oil.

—Entonces tal vez sea ese el lugar adecuado para iniciar las indagaciones —apuntó, complacido, Sam—. Si esos dos estuvieron allí, tal vez Drake trabaje para la United Oil.

Las lámparas de vapor de sodio del edificio despedían una luz dura y monótona, atrapados en la cual varios objetos de diversos tamaños proyectaban alargadas sombras que penetraban en las tinieblas circundantes. En la noche, la luz y la oscuridad formaban dos mundos separados.

Sam permanecía agazapado en las sombras, observando con turbación las manchas de luz. Antaño él había vivido en el otro mundo, donde la luz representaba la seguridad. Cuántas veces había sacudido tristemente la cabeza, lamentando la rapacidad de los terroristas y criminales que trastornaban la pacífica vida corporativa. Ahora formaba parte del país de las sombras, el que sobrevivía a costa de los restos corporativos o de los bienes que podía sustraer al arrogante despilfarro de las empresas. En un tiempo se había sentido a salvo en su armadura de racionalismo Científico, sosteniendo la creencia de que, si la magia no era una mera farsa, debía haber algún principio físico o biológico capaz de justificar su existencia. Ahora otros le decían que él era un mago, afirmación que corroboraban sus extrañas experiencias, y, aunque dicha noción aún lo horrorizaba, también provocaba en él una gran fascinación.

El atractivo y la alarma que la magia le producía iban paralelos a los sentimientos que le inspiraba Sally. La noche anterior ella le había enseñado aplicaciones de la magia que jamás habría soñado, y su corazón se aceleró con su súbito recuerdo. Sally no se parecía a ninguna de las mujeres que había conocido. Era hermosa, vibrante y excitante, pero también, y en iguales dosis, aterrizante.

¿En dónde se había metido?

«En el astillero de la United Oil», le recordó sarcásticamente una opción de su mente. *Allí*, a la sombra de una de múltiples formas de hongo achaparrado. *Ahora*, esperando a que Fantasma que Camina Adentro regresara de su ronda de reconocimiento. Todo estaba tranquilo y lo había estado desde que había cruzado la valla exterior. Sam no sabía si debía sentirse aliviado por haber atravesado la barrera de protección exterior o preocupado porque los equipos de seguridad de la United Oil estuvieran acechándolos, riéndose de la insensata confianza de los intrusos.

Dodger tenía la certidumbre de haber neutralizado el perímetro de afuera. Era sencillo, había dicho cuando, en la cabina telefónica de la calle, le había indicado que tenían la vía libre. Su voz expresaba una profunda convicción, lo cual no era de extrañar, ya que él no iba a entrar físicamente junto con Sam y Fantasma.

Una vez en el interior, la tarea era más ardua. La estrategia de seguridad de la United Oil no ponía especial énfasis en un perímetro impenetrable sino que se concentraba en dispositivos instalados en los edificios en sí. Cada estructura tenía un nivel propio de contramedidas cuyo alcance y complejidad variaban de acuerdo con el valor de lo que en ella se almacenaba o de la facilidad con que un intruso podía dañar o robar dichos bienes. Dodger preveía dificultades para sustraerse a las

contramedidas de intrusión de la edificación principal. Contaban con él para desactivar las alarmas, pero no sabrían si había logrado hacerlo hasta el momento en que intentaran penetrar en ella, ya que no habían conseguido ponerse de acuerdo en un sistema de aviso que no fuera susceptible de poner en alerta a la seguridad de la United Oil. Dentro del edificio, se comunicarían con relativa discreción a través del sistema de computadoras de la empresa. Pero, para entonces, Fantasma y Sam deberían haber neutralizado todas las alarmas todavía en activo al cruzar la barrera de seguridad de la estructura.

Aun cuando le constaba que Dodger era bueno en esa clase de tareas, Sam no conseguía relajarse. Se enjugó las sudorosas palmas de las manos en la áspera tela de su mono oscuro.

El edificio al que se dirigirían, de fachada idéntica a la del resto de almacenes alineados, se elevaba al otro lado del aparcamiento de vehículos. Con sus desgastados ladrillos, mugrientos cristales y marcos de ventanas oxidados, su único ras o distintivo era el borroso número que lo identificaba, ya que ninguna señal lo designaba como oficina del área de seguridad.

Según sus cálculos, las medidas físicas de seguridad apenas eran considerables, pero los planos que les había conseguido Cog mostraban una alarma en todas las entradas, con una sola excepción. Esa puerta, que conectaba un patio cercado situado a lo largo del costado sur del edificio con una serie de corrales instalados entre sus paredes, odia abrirse sin apenas trabas a cualquier hora del día o de la noche. En los corrales se hallaban los nidos de los basiliscos de la compañía, terroríficos paranimales capaces de calcificar la carne por contacto.

Sam se planteó realizar un viaje astral para averiguar cuántos basiliscos había y cerciorarse de que estaban todos afuera. De lo contrario, se abriría ante ellos la espantosa perspectiva de toparse con los paranimales entre los angostos confines de los gallineros, donde estos contarían con una indiscutible ventaja. Los dos hombres chocarían entre sí, las distancias serían demasiado cortas para efectuar disparos efectivos, y las bestias eran muy rápidas.

Sam se quedó quieto mirando la puerta firmemente aferrado a sus sentidos mundanos. Sally le había advertido que las criaturas podían ver presencias astrales y atacar su cuerpo astral con resultados tan tremendos como si se tratara de su ser en carne y hueso. Cabía la posibilidad de que la maga solamente hubiera intentado asustarlo para que no realizara la incursión, pero, si sus palabras eran ciertas, las criaturas representaban una amenaza aún mayor para su ser astral que para su entidad física. Para entonces ya sabía que el cuerpo astral era de algún modo un reflejo de la esencia de una persona. ¿Podía ser la esencia de una persona algo distinto de su alma? Si una de esas criaturas lo tocaba durante una proyección astral, ¿qué le sucedería a su alma?

Fantasma apareció de improviso al lado de Sam, el cual estuvo casi a punto de exhalar un chillido. El indio aguardó unos segundos a que Sam recobrar el ritmo

normal de la respiración y luego le tiró del brazo.

—Vamos. La patrulla itinerante acaba de iniciar su ronda y no volverá por aquí hasta dentro de diez minutos.

Avanzaron rápida y silenciosamente por la zona de aparcamiento, ocultándose entre los vehículos, y se detuvieron a favor del viento a varios metros del área cercada. Sam se mordió los labios y notó el grasiento sabor del oscuro maquillaje que llevaba para camuflarse.

—Quizá deberías disparar tú.

—Es tu pistola y tu incursión. —La expresión de Fantasma era inescrutable—. Tiras tú.

—De acuerdo.

Resignado, Sam sacó un cargador del bolsillo de su cinturón y, con ademanes entorpecidos por la oscuridad, sustituyó con él el que tenía en el arma, poniendo buen cuidado en guardar este en uno de sus bolsillos.

—¿Tienes el adecuado, rostro pálido?

—Así debería ser en principio —susurró, molesto, Sam, considerando que, si el indio dejaba la responsabilidad en sus manos, al menos podía tener la decencia de confiar en que lo hiciera correctamente—. Tú eres el que tiene ojos cibernéticamente incrementados. ¿No has podido leer la etiqueta?

—Treinta y dos gramos de Somulin mezclados con diez granos de alphasoryladrin —recitó Fantasma—. Asegúrate de volver a poner el otro cargador antes de que nos encontremos con algún guardia. Cualquier humano que reciba esa dosis no vivirá para ver amanecer.

—Ya sé, ya sé. —El indio estaba tratándolo como a un niño—. ¿Quieres que te toque una de esas bestias?

La torcida sonrisa del indio arrancó un reflejo de sus dientes.

—¿Crees que son lo bastante rápidas como para tocar un fantasma?

—No lo sé. ¿Quieres comprobarlo convirtiéndote en un bloque de piedra?

—No —repuso seriamente Fantasma.

—Bien. —Sam sentía la satisfacción de haberse marcado un punto—. Cambiaré los cargadores después de atravesar los corrales.

Con la pistola aprestada, Sam apuntó al basilisco dormido que le quedaba más cerca, al cual solo veía como un confuso montículo. El arma produjo una ligera sacudida en su mano, que acompañó el quedo soplo de la cámara de propulsión de aire comprimido. El blanco agitó ligeramente sus plumas antes de volver a quedar inmóvil.

—¿Le habré dado?

—Si solo le hubieras hecho un rasguño, estaría chillando como un demonio. O bien está dormido o has errado completamente el tiro. —Fantasma hizo una pausa—. No lo sabremos de cierto hasta que estemos adentro. Dispara a los otros.

El Narcoject Lethe escupió sus dardos sedantes contra cuatro basiliscos más.

Luego Sam cambió el cargador y efectuó cinco tiros. Después gastó dos dardos más del nuevo cargador. Cada disparo produjo la misma clase de efecto apenas manifiesto.

—¿Ya están todos?

—Sí, por lo que alcanzo a ver.

—Vámonos —instó Fantasma, partiendo a la cabeza.

La puerta tenía una simple cerradura de clave numérica, la cual, no obstante, podría demorarlos el tiempo suficiente para que la patrulla los sorprendiera en su ronda de vuelta. Fantasma le aplicó un descifrador, en cuya pantalla se sucedieron vertiginosamente los dígitos por espacio de dos minutos hasta fijarse en la combinación deseada, momento en que se descorrió el cerrojo. Entonces oyeron la estrepitosa carcajada de uno de los guardias, provocada por el chiste de uno de sus compañeros.

Entraron en el edificio con la inminente amenaza de ser descubiertos. A pesar del temor de Sam de que alguna de las bestias se abalanzara sobre ellos, no encontraron nada que se moviera. En el gallinero reinaba un fétido olor a cerrado que le recordaba vagamente a la serpiente Tessien, aunque el de este se le antojaba aún más malsano. Sam se preguntó si se debería a las plumas, las escamas, a la combinación de ambas, o si simplemente sería el aroma de la magia. Uno a uno, fue recuperando sus dardos con unas tenazas de tres púas, tomando la precaución de no poner en contacto su piel con las criaturas. Dicha tarea no presentaba en principio mayor dificultad, pero su miedo, acrecentado por la proximidad de la patrulla de vigilancia, le entorpecía el movimiento de los dedos. Por otra parte, no quería dejar dardos vacíos dispersos por el recinto como prueba de que el sueño de los basiliscos había sido reforzado.

Con el último proyectil en su poder, se reunió con Fantasma en el umbral de la entrada a la zona de anidamiento. El indio asía una pistola Ingram con la mano izquierda mientras apoyaba la mano en la oscilante puerta. Realizando un ademán dirigido a Sam, la empujó y la mantuvo abierta al tiempo que aguzaba el oído. Luego le hizo señas de avanzar y, dejando que Sam aguantara el eso de la hoja, se adentró en la profunda oscuridad de los corrales.

Sam aguardó bajo el dintel, incapaz de percibir algo en la penumbra de los recovecos del gallinero con sus gafas de visión estelar. Advirtió una luz que recortaba la silueta de Fantasma moviéndose con cautela; se dirigía al muro transparente que separaba los nidos de la zona ocupada por su cuidador. Un susurro en la oscuridad le produjo un escalofrío. Como mínimo había un basilisco dentro de ellos. Fantasma también lo oyó y se volvió velozmente para encararse a la explosión de plumas y escamoso pelambre que se precipitaba hacia él.

De pie en el umbral, reacio a enfrentarse a la bestia y aún más renuente a abandonar a Fantasma, Sam observó cómo el indio esquivaba el primer ataque. La criatura aterrizó sobre dos potentes patas coronadas de garras y, siseando y haciendo restallar la cola, giró con celeridad para arremeter con su picuda cabeza contra el

hombre que había invadido su nido. Fantasma se movía prudentemente, trazando un Círculo, con intención de mantener espacio suficiente para poder maniobrar. Ahora empuñaba sus dos Ingram, sosteniéndolas frente a él, pero sin disparar.

El ruido, reflexionó Sam, los delataría. Sam puso en alto su propia arma, pero no consiguió centrar un blanco deseable puesto que el basilisco se abalanzó sobre Fantasma y ambos iniciaron una vertiginosa danza de arremetidas y contraataques. Parando con la pistola y hurtando ágilmente el cuerpo a las embestidas del animal, el samurái se vio obligado a retroceder a la zona más profunda del gallinero, alejándose de la zona iluminada del centro. Era solo cuestión de tiempo que tropezara y se viniera abajo.

Consciente de que un dardo de aquellos podría tener efectos letales sobre Fantasma, Sam disparó el Lethe, pero ambos combatientes prosiguieron su frenético combate. Sam volvió a accionar el arma. El basilisco dio un salto y golpeó a Fantasma con la cola. El samurái se escabulló bajo él y regresó al área despejada del centro de la habitación. La criatura aterrizó pesadamente, con equilibrio precario. Después se giró y dio un paso hacia Fantasma antes de desplomarse en el suelo.

Sam entró en el corral y dejó que la puerta se cerrara. Luego se apoyó en la pared, casi sin resuello. Habían estado a punto de sucumbir al desastre; su primer dardo estaba clavado en el cinturón de Fantasma.

Con la respiración ya más apaciguada, oyó que la patrulla de vigilancia pasaba afuera. No dieron indicios de recelar la presencia de intrusos mientras se alejaban marcando el paso para seguir su ruta. Habría de transcurrir otra media hora antes de que los guardias regresaran.

Aun cuando Sam y Fantasma se encontraban entre las paredes del edificio de seguridad, todavía se hallaban separados del resto de sus dependencias. Desde su posición, veían la zona de estanterías donde los cuidadores de los basiliscos guardaban sus rígidos látigos, sus gruesos guantes aislantes y agujones de control. Una puerta cerrada les prometía acceso a las otras partes del edificio, pero la entrada al área que ocupaban los cuidadores estaba cerrada por una portilla de acceso cuya cerradura tenía un plástico transparente. A menos que Dodger hubiera conseguido neutralizar el sistema, aquel lugar sería el último punto de su incursión.

Fantasma dio un codazo a Sam y apuntó a una cámara de seguridad que giraba en dirección a ellos. Las lentes se movían en círculos, enfocándolos, como un ojo mecánico que se entornara para escrutar. ¿Estaban vigilándolos? El pestillo se levantó, ofreciéndole la respuesta. Dodger había logrado tomar el control de los sistemas de seguridad del edificio. Fantasma hizo un ademán destinado a la cámara y la luz parpadeó tres veces emitiendo la señal acordada. Antes de que Sam hubiera contado el tercer destello, Fantasma ya trasponía el umbral. Sam lo siguió, con las manos ocupadas en cambiar el cargador del Lethe.

Recorrieron con cautela el pasillo, sabedores de que aún quedaban algunas personas en el edificio. Mientras Dodger estuviera supervisando la operación no

accionarían alarma alguna, pero debían tomar precauciones para no topar con ningún miembro del personal de United Oil. Se dirigieron a las oficinas diurnas, evitando la sala de supervisión principal, la de la caja de caudales y el ala de acuartelamiento. Fantasma se detuvo de improviso ante la puerta abierta del área de recepción y luego se deslizó velozmente frente a ella, indicando por gestos a Sam que se asomara.

La luz que salía por la puerta no era la de una lámpara que alguien había olvidado apagar, tal como había supuesto. Un hombre trabajaba frente a una terminal en la sala de recepción, impidiéndoles así el acceso a las oficinas interiores. La camisa de manga corta que llevaba no tenía el severo corte militar de los uniformes del personal de seguridad, por lo que seguramente debía de tratarse de algún Oficinista que intentaba ganarse las simpatías de su jefe haciendo horas extras.

Dando un golpecito con el dedo a su Ingram, Fantasma señaló a Sam y luego al desconocido. Sam sacudió la cabeza. Ignoraban en qué estaba trabajando y una interrupción podría disparar una alarma, especialmente si estaba realizando una tarea interactiva en una red. Dodger no podría prever las reacciones de cualquiera que estuviera en comunicación con el empleado. Sam apuntó a Fantasma y al hombre antes de cruzar las muñecas frente a sí. El indio asintió con la cabeza y se adentró en la sala.

Un reflejo en la pantalla del ordenador debió de delatar la proximidad del indio pues, antes de que este pudiera agarrar la silla el Oficinista para alejarlo del teclado, este volvió la cabeza. El hombre entornó los ojos al advertir que se las había con un intruso y dirigió velozmente la mano a la chaqueta plegada sobre el escritorio. Fantasma frustró su intento descargándole el Ingram de la izquierda encima de la muñeca con tal violencia que quedó descubierta la pistola enfundada oculta entre los pliegues de la prenda. Manteniendo clavado el brazo del hombre a la mesa con una escopeta, Fantasma lo obligó a alzar la barbilla con la culata de la otra.

—Mala noche para trabajar hasta tarde, señor Ejecutivo —dijo.

El hombre le asestó una furibunda mirada.

—Si quiere salir herido, haga un movimiento. Colabore y todo el mundo quedará contento: usted, yo e incluso la United Oil. Después de todo, no tendrán una elevada factura por limpiar la alfombra ni buscar un sustituto.

El hombre guardó silencio y extendió los dedos de su mano atrapada, relajando los músculos del brazo. Fantasma lo dejó desentumecerse y apartarse del escritorio.

Sam entró en la habitación y cerró la puerta antes de encaminarse a la pantalla de terminal.

—Tiene una habilitación bastante alta... —Sam tecleó el recordatorio de identidades y leyó el nombre de su prisionero—, señor Fuhito. Nos perdonará si aprovechamos la ventaja de su posición en el sistema.

Fuhito recobró el habla.

—No van a salirse con la suya. ¿Saben quién es el director de las fuerzas de seguridad de nuestra empresa?

Fantasma esbozó una mueca y, acercándose a Fuhito, situó la boca del Ingram de su mano derecha al nivel de su ojo.

—El gran dragón de nombre Haesslich. Y estaríamos muy impresionados si estuviera aquí. Pero no está. Solo estamos usted y nosotros, de manera que tal vez le convenga pensar en su futuro y cooperar.

—No pienso comprometer a mi patrón.

—No tiene por qué hacerlo, señor Fuhito. —Sam observó las lentes de la cámara de seguridad de la sala—. Dodger, ¿puedes introducirte en su boca de acceso?

El monitor instalado bajo la cámara, que había estado mostrando una pacífica imagen del aparcamiento de vehículos, se quedó de pronto en blanco luego se fueron formando unas palabras en su pantalla.

—No. Está cerrado con demasiadas medidas. Coged lo que podáis desde ahí.

—De acuerdo.

Sam tomó la silla y se sentó frente al teclado. Fuhito no había estado conectado, un detalle del cual se congratulaba. Un acceso manual a la Matriz era aceptable y, aunque más lento, le resultaría menos doloroso que la interacción cibernética. Además, si la salida del recinto iba a ser tan tensa como la entrada, necesitaría estar despejado y el dolor de cabeza le representaría una traba.

Estaba a punto de retirar el fichero en que había estado trabajando Fuhito cuando descubrió un nombre familiar: Andrew A. Wilson. Explorando el archivo con súbito interés, la sorpresa de Sam fue en aumento. El documento era un plan para una extracción hostil de Wilson de la que se encargarían las fuerzas operativas especiales de la United Oil. Aunque no constaba en él el origen de la orden de extracción, Sam sabía que únicamente las más altas autoridades podían dar el visto bueno a una acción semejante. Esas mismas autoridades sabrían si Wilson estaba colaborando ya para los intereses de la United Oil. Y, si ese fuera el caso, no había motivos para que la extracción fuera hostil. Si Drake trabajaba para la United Oil, sus superiores ignoraban el trato pactado con Wilson. ¿Era Drake un granuja, pues? ¿O no tenía conexión alguna con la United Oil, y con ello su incursión sería inútil?

La respuesta se hallaba tal vez en la base de datos. Sam cerró el archivo y mandó ejecutar una búsqueda de referencias a Drake, Hart y Tessien. El intento fue en vano. Con los dedos apoyados en las teclas, trató de pensar qué haría a continuación.

—Está buscando información sobre Katherine Hart —constató Fuhito, que seguramente había visto la pantalla.

Sam giró la silla para encararse a él.

—En efecto. Queremos saber para quién trabaja, entre otras cosas. Está involucrada en algo que queremos detener. ¿Puede ayudarnos?

Fuhito se irguió, evidentemente al cabo de un espinoso proceso de toma de decisión.

—Les diré para quién trabaja.

—Creía que no pensaba comprometer a su empresa —señaló Fantasma.

—Y no voy a hacerlo. La perra elfa y su gusano trabajan directamente para Haesslich. Han suscrito un contrato personal con él.

—Lo del gusano, ¿se refiere a Tessien?

Fuhito asintió con la cabeza.

—¿Por qué está revelándonos eso? —preguntó Sam.

—Hart representa una amenaza más seria para la seguridad de a United Oil que ustedes dos. El dragón comparte secretos con ella, una mercenaria de dudosa lealtad a la que solo le interesa el dinero. Su presencia es una afrenta a nuestra organización de seguridad, un insulto a la compañía.

—¿Por qué no se lo comunica a sus jefes? —inquirió Sam. Fuhito mantuvo un hosco silencio, del que dedujo que o bien ya lo había hecho y no le habían hecho caso o bien temía hacerlo—. De acuerdo pues. ¿Y qué me dice de Jarlath Drake?

—No sé nada de ningún Jarlath Drake. ¿Es otro de los aventureros de Haesslich?

—Somos nosotros quienes hacemos las preguntas —le advirtió Fantasma.

Fuhito se volvió hacia él con furia repentina.

—He de enterarme de quién es ese Drake. Van a decirme si es una amenaza para la seguridad de la United Oil.

Fantasma rio quedamente.

—Tranquilo, Tigre. La única amenaza de la que tiene que preocuparse por ahora es de la nuestra.

—Ustedes no me dan miedo —replicó, con un bufido, Fuhito—. No saldrán vivos de aquí.

Fantasma enfundó una de sus pistolas y, aproximándose a Fuhito, le pasó la mano abierta por encima de la cara. Los mechones de cabellos arrancados cayeron livianamente al suelo. El indio detuvo los dedos en el cuello del hombre, justo sobre el curso de su vena yugular. Sam advirtió la palidez y el terror en los ojos de Fuhito. La sonrisa de Fantasma era tensa y dura; entre sus labios no se asomaba ni un diente.

—¿Ha probado alguna vez matar a un fantasma?

La escena se modificó cuando el monitor de seguridad emitió un pitido y mostró las palabras «Tiempo, tiempo, tiempo» marcadas en la superficie de la pantalla. Fantasma se separó del trémulo Fuhito y se encaminó a la puerta. Sam se levantó, tomó su pistola y apuntó con ella al empleado de la United Oil.

—Ha sido muy interesante, señor Fuhito, pero ya es hora de que se acueste —dijo, presionando lentamente el gatillo.

El dardo acertó en el blanco y Fuhito se movió espasmódicamente y se dobló con una expresión en la que el rencor sustituía la sorpresa inicial. Fantasma lo recogió antes de que cayera al suelo. Los dos incursores colocaron a Fuhito frente al escritorio de manera que diera la impresión de que se había quedado dormido. Cuando cerraron la puerta, el dispositivo que controlaba el tiempo de inactividad en archivos de seguridad había dejado en blanco la pantalla, cortando En sesión iniciada por Fuhito.

—Creo que has perdido tu invisibilidad —susurró Fantasma mientras corrían por el pasillo en dirección a los corrales—. Mañana por la mañana se lo contará a Haesslich.

—No opino lo mismo. Vi muchos hombres de su clase en Japón cuando estaba en la Renraku. Son leales a la empresa, pero también les preocupa su honor personal. — Ya en el aparcamiento de vehículos Sam tuvo ocasión de añadir—: El señor Fuhito es en realidad el comandante Fuhito, el lugarteniente de seguridad de Haesslich. Se sentirá enormemente vejado por haber sido sorprendido por un par de incursores sin activar siquiera una alarma. Lo he llamado señor en lugar de utilizar su rango para que pensara que ignorábamos quién era. De esta manera tal vez lo interprete como que no diremos nada de la persona que hemos encontrado adentro. Si ninguno de nosotros habla, esta noche no habrá tenido lugar. Los tipos como él suelen razonar de ese modo.

»Fuhito debe de ser ambicioso, motivo por el cual trabaja hasta altas horas de la noche. Quiere ascender en el mundo, pero quiere que este sea ordenado. Haesslich y sus agentes personales son un quebradero de cabeza para él, demasiado imprevisibles y azarosos. Personajes tan salvajes resultan inquietantes para un hombre como Fuhito. Él quiere que desaparezcan de su mundo, y ese es un servicio que nosotros podríamos prestarle de diferentes formas. Tanto si eliminamos a los agentes de Haesslich, los denunciemos o simplemente desbaratamos sus planes, ponemos al dragón en una situación embarazosa.

»Así que buscará la manera de utilizar esa precariedad del dragón en propio beneficio. Si Drake está implicado en las actividades de Wilson y Haesslich y los peces gordos de la United Oil no están al corriente de ello, creo que el comandante podría conseguir lo que desea. Si las actividades privadas de Haesslich entran en conflicto con una operación de la United Oil, comprometiendo una adquisición lucrativa como Wilson, el dragón no ganará puntos con los ejecutivos de la United Oil. Con el prestigio de Haesslich dañado, Fuhito ascendería. Nosotros, trabajando para poner en evidencia la operación de Drake, contribuiremos a mejorar las expectativas del comandante, facilitándole el relevo en el puesto de Haesslich. No, el señor Fuhito será muy discreto en lo concerniente a los visitantes de esta noche.

»Al menos ahora sabemos que podemos seguir indagando sobre Drake sin preocuparnos de topar de frente con la directiva de la United Oil. —Sam miró en torno a sí—. Y ahora, ¿cómo salimos de aquí?

—No te preocupes, rostro pálido. Sígueme a mí.

Hart se hallaba junto al corral de los basiliscos. Los animales parecían lentos, pero todavía era temprano y el día estaba encapotado. Ella misma sentía cierta pereza y no le habría importado volverse a la cama. Los negocios, sin embargo, rara vez le permitían a uno entregarse a la indolencia, y ese día el deber, encarnado en la persona de Haesslich, los había llamado a ella y a Tessien para revisar las medidas de seguridad del muelle. No había especificado por qué razones, pero quería que todo estuviera bien cerrado. Ella, por su parte, sospechaba que en los próximos días llegaría o saldría algún cargamento.

Tessien llegó acompañado de su habitual nube de polvo y exhaló su particular irritabilidad en respuesta a su saludo. «Sí, en efecto —pensó ella—. Una espléndida mañana».

Dado que Tessien era demasiado grande para entrar en el edificio de seguridad, mantendrían la reunión allí afuera. Se preguntó cuánto tiempo los mantendría esperando la lucha del comandante Fuhito por equilibrar la cortesía japonesa, el honor de la empresa y la antipatía personal. Los muelles aún se hallaban en la fase de inicio de la jornada y apenas había actividad en ellos. Observó que los basiliscos se rascaban dentro del cercado.

Están drogados.

—¿Cómo?

Alguien les ha entorpecido artificialmente los sentidos.

No se le ocurría ningún motivo por el que la United Oil fuera a drogar a toda su bandada de bestias de guardia. Algo había ocurrido, algo que Haesslich querría saber. Si podía resolver el acertijo antes de exponerlo al dragón, seguramente ganaría un incentivo o, como mínimo, volver a situar en mejores términos su relación laboral. Aun cuando no esperara una gratitud genuina por parte de la bestia, esta aprendería a menos a apreciar un poco más su grado de profesionalidad.

Y aquel era el momento de actuar como una profesional ya que el comandante Fuhito y tres personas de seguridad estaban bajando por la escalera. En contraste con los impecables uniformes de sus ayudantes, Fuhito llevaba a ropa arrugada, como si hubiera dormido vestido. Además, presentaba unas marcadas ojeras y sus movimientos eran lentos. Mientras se aproximaban a ella y a la serpiente, advirtió que los andares del comandante no eran los habituales en él. En la comprimida ráfaga de palabras que en los dracoformes hacía las veces de susurro, Tessien confirmó sus/propias conclusiones.

Él también ha sido drogado.

Tras los saludos de rigor, tomó a Fuhito del brazo y lo hizo rodear a Tessien, para situar el bulto del dragón entre ellos y sus ayudantes, a los cuales cortó el paso la cola de Tessien.

—Bien, comandante —dijo con una leve sonrisa—, ¿querrá contármelo o prefiere

hablar de ello directamente con Haesslich?

Fuhito pestañeó con tanta violencia como si lo hubieran trasladado de improviso de un pozo oscuro a un lugar potentemente iluminado.

—¿De qué está hablando?

—De la penetración de anoche, por supuesto.

—¿Cómo lo supo? —preguntó con rostro desencajado.

—Es mi trabajo enterarme de sucesos como ese —contestó mansamente, y observó cómo el hombre calculaba lo que iba a decir a continuación.

De no haber estado tan atontado por la sustancia que le habían inyectado los intrusos, habría reaccionado con mayor disimulo.

—No he hecho nada susceptible de comprometer a la United Oil —declaró.

—No lo he acusado de nada, comandante. ¿Qué querían?

Su lentitud en responder la puso en aviso de que iba a decir una mentira o una verdad a medias.

—Estaban buscando a Jarlath Drake.

Drake. El comandante, no obstante, estaba callando algo. Una súbita y terrible sospecha cobró forma.

—¿Y quiénes eran?

—Dos hombres. Un indio, con mejoras cibernéticas, y un caucasiano con un conector cerebral. También había un operador al que llamaban Dodger.

Dodger, también. Sintió que su sospecha coincidía con la de Tessien.

—¿Era ese caucasiano un tipo rubio con ojos de color avellana? ¿De estatura y complexión normales, un conector en la sien derecha, cuatro pequeñas cicatrices en la mano derecha y un aire de empleado corporativo?

—Sí, todo concuerda menos el peso. Era delgado. —La voz de Fuhito era menos imprecisa ahora y sus ojos chispeaban con actitud calculadora—. La persona de quien sospecha ¿lleva barba?

No la llevaba cuando ella lo había visto, pero la descripción y los detalles eran bastante coincidentes. Demasiado. No sería extraño que las pruebas que había tenido que soportar lo hubieran hecho perder peso, y había pasado el tiempo suficiente como para que se hubiera dejado crecer la barba. Era posible que hubiera otros hombres que se ajustaran a la descripción, pero ¿cuántos irían allí en busca de Drake? El intruso tenía que ser Verner. Aquel era un desafortunado revés, pero ella era la única culpable por no haber comprobado por si misma que el dragón había dado realmente cuenta de él.

Verner había escapado demasiadas veces de las garras de la muerte, y ello había de deberse a algo más que la mera suerte. De una manera u otra, Verner la había engañado. Era más astuto de lo que ella pensaba.

¿O acaso le habría mentido Tessien? No parecía que hubiera ninguna razón para que hiciera tal cosa, pues sus cuatro años de colaboración habían sido del todo satisfactorios para ambos. O eso era lo que ella creía. Estaba segura de que Tessien no

la había delatado en el Tir, pero quizás había obrado con doblez entonces. Si ya no le interesaba tenerla como socio, cabía la posibilidad de que la serpiente aprovechara su relación para librarse de ella. El hecho de que no se hubieran producido nuevos intentos de asesinarla no bastaba para que pudiera volver a depositar su confianza en él. Tal vez solo estaba esperando una ocasión propicia. Aunque Tessien no la hubiera traicionado hasta entonces, resolvió con pesar que no podía volver a fiarse de su palabra.

No debe averiguarlo, dijo Tessien cuando ella ya había sacado sus propias conclusiones.

El pensamiento de la serpiente se correspondía exactamente con el suyo. Fueran cuales fueran sus diferencias con Tessien, ambos tenían un mismo problema: Verner. Aun cuando no fuera tan taimado como ella empezaba a sospechar, Verner era un cabo suelto que podía ponerlos en la estacada a Tessien y a ella. Los cabos sueltos debían quedar atados finalmente, de forma permanente. Aquella vez no subestimaría sus capacidades.

Consciente de que Fuhito se había percatado de su silencio, sonrió, ocultando sus preocupaciones.

—Comandante —declaró con tono alegre—, no tenemos por qué tener intereses encontrados en esta cuestión. No le contaré a Haesslich lo de la noche pasada si me refiere todo lo que sabe acerca de los visitantes. Su embarazoso secreto quedará a salvo de indiscreciones.

La sonrisa de Fuhito le pareció demasiado forzada como para identificarla como una reacción de alivio. Tendría que utilizar con cuidado la información que iba a darle.

Era media mañana cuando se hallaron de vuelta en el nuevo barrio de Sam. Apenas había tráfico en las calles, pero había un moderado ajetreo en las aceras. Los niños se escabullían entre los peatones adoptando, al parecer, reglas continuamente cambiantes en su juego. Los vendedores pregonaban las mercancías desde sus paradas y vehículos aparcados. Unas cuantas tiendas todavía corrían sus persianas para abrir. Grupos de vecinos, congregados en torno a los tardíos comerciantes, intercambiaban habladurías mientras esperaban. La muchedumbre era lo bastante abigarrada como para que un elfo, un indio y un caucasiense caminando juntos no desentonaran en lo más mínimo.

Fantasma agarró a Sam del brazo y lo llevó bajo el toldo de un puesto de comida. Aturdido por el agotamiento, este no acertó a formular una protesta coherente en tanto Fantasma y Dodger tomaban asiento en la barra. Sin comprender nada, Sam ocupó el taburete que quedaba entre ambos.

—¿Problemas? —inquirió Dodger.

—Eso creo —asintió Fantasma.

El cocinero les exigió con un gruñido que pidieran algo o que se fueran. Dodger le entregó una tarjeta de crédito y encargó tres tazas de ramen. En cuanto el huesudo y viejo de pendiente se volvió hacia su cocina, Fantasma inclinó la cabeza en dirección al edificio donde vivía Sam.

—Al otro lado de la calle, hay un perro ladrando a un enano.

Sam y Dodger miraron hacia allí. El animal, un ejemplar mestizo, ladraba con insistencia, rígidamente plantado frente a un bajito personaje vestido con una remendada y gastada chaqueta. Los transeúntes evitaban a la pareja. Finalmente enojado, el andrajoso individuo reaccionó aplastando sin mayor efecto una botella de plástico contra el Chuchó, el cual se abalanzó sobre la amenazadora mano, a la que no logró hincar el diente. El perro emitió unos cuantos ladridos más y luego huyó cuando la harapienta figura de pelo cano dio unos pasos hacia él.

—Un marginado de la sociedad, un vagabundo desamparado. Has identificado un verdadero problema de nuestro mundo, don Alarmista.

—Los vagabundos no llevan encima armamento moderno.

Sam y Dodger volvieron a centrar la mirada en el desharrapado enano, que otra vez se había instalado a cubierto en la oquedad de la fachada de un edificio. Sam no advirtió nada, pero Dodger debió de ver algo significativo.

—¡Madre mía! Tienes razón.

—¿Un par de Depredadores Ares? —preguntó Sam.

—Aposté a uno de los míos en ese portal —contestó Fantasma con rabia patente en la voz.

—Y crees que...

—El enano se lo ha cargado. Mi hombre no se habría ido por propia voluntad.

Sam lanzó otra mirada a hurtadillas. El vagabundo solo parecía ofensivo por la propia noción de decoro.

—¿Qué opinas que está haciendo ahí?

—Esperándote a ti, señor Twist —respondió Dodger—. Él y sus compinches ya habrán entrado seguramente a saco en tu casa —agregó Fantasma.

—Entrado a saco... —A Sam se le revolvió el estómago—. En principio Sally iba a estar allí.

Fantasma volvió la cabeza para mirar fijamente a Sam con ojos entornados. De las puntas de sus dedos brotaron aceradas hojas de cromo. Fue la falta de expresión del rostro del hombre con quien había compartido su aventura nocturna lo que despertó el temor en Sam. El hombre en quien había confiado hasta el punto de arriesgar la vida a su lado, parecía ahora a punto de quitársela.

Las cuchillas desaparecieron al tiempo que Fantasma giraba el taburete, bajando de él, se precipitaba directamente contra el pecho de Dodger. El 61 o extendió los brazos para cerrarle el paso a Fantasma y los legó en torno al samurái callejero antes de que este pudiera hurtar el cuerpo.

—Discreción, Fantasma. No le serviría de nada a ella que arremetiéramos a ciegas. —Por un momento, el indio pareció dispuesto a pelear con Dodger también. Después relajó los músculos y el elfo lo soltó—. Ni siquiera sabemos lo que ha ocurrido.

Dodger hizo dar la vuelta a Fantasma, lo instó a volver a instalarse en el taburete y tomó asiento a su lado.

—Sam, tu magia podría ayudarnos —apuntó el elfo, inclinando la cabeza.

—¿Qué magia? No conozco ningún hechizo.

—La proyección astral. Puedes explorar el edificio y la vivienda. Si hay alguien hostil buscándote allí, no esperaran que te persones de esa manera. Todos los que saben que eres un mago son amigos tuyos y vendrían directamente a charlar.

—Greerson —musitó Fantasma.

—¿Cómo? —inquirió Sam.

—¿Quién? —le hizo eco Dodger.

—Greerson. El enano caza recompensas. He oído que trabaja tendiendo emboscadas.

Dodger y Sam intercambiaron miradas.

—¿Lo conoces?

—Me han hablado de él. Es el enano más despreciable de la costa.

—Bueno, señor Twist, diríase que tu defunción no se tiene ya por Cierta en determinados círculos. Y parece, asimismo, que tu viaje de reconocimiento no es tan solo conveniente sino necesario. No podemos estar seguros de que Greerson no esté al corriente de quiénes son tus asociados. Dado que ninguno de nosotros puede pasar caminando inadvertidamente/por su lado, debemos recurrir a un método mejor. Únicamente tu presencia astral es capaz de entrar de un modo discreto y corroborar la

veracidad de nuestras sospechas. Y, lo que es más importante, puedes aclarar la duda de si la dama Tsung permanece cautiva en tu morada.

El último argumento esgrimido por Dodger fue el definitivo. Si Sally estaba prisionera, necesitarían conocer hasta el último detalle para poder rescatarla.

—De acuerdo. Lo intentaré.

—Viva nuestro caballero andante.

Sam no se sentía precisamente como un caballero andante, sino como un paje inexperto al que enfundaran en una armadura para arrojarlo al fragor de una batalla sin siquiera una espada en la mano.

—He dicho que lo intentaría, pero no domino estas cosas. La mitad me parece una alucinación y no estoy seguro de poder diferenciar esa parte de la realidad.

—Pero lo intentarás. —Ante el lento cabeceo de asentimiento de Sam, Dodger agregó—: Haz lo que esté en tus manos.

Sam cerró los ojos, tratando de sustraerse a los ruidos de la calle y concentrarse. Aunque los sonidos no se apagaron, el paso de los vehículos en la calzada comenzó a ordenarse en un ritmo acompasado. Cuando más se esforzaba, mayor era el peso que notaba en la cabeza. Se sumió en un trance del que surgió inmediatamente sobresaltado. Probó de nuevo. En aquella ocasión, cuando se produjo el sobresalto, cayó en la cuenta de que estaba de pie. Entonces sintió una ligereza que afectaba tanto a su cabeza como a su cuerpo, que parecían flotar. Abrió los ojos y se observó a sí mismo. Todo seguía normal en apariencia, con la salvedad de que la totalidad de su equipo y efectos personales, a excepción del diente fosilizado que había adoptado como talismán, tenían un aspecto levemente etéreo. El diente, en cambio, era tan real y sólido como su carne.

Se volvió para decir algo a Dodger y a Fantasma y descubrió que tenían la atención centrada en la persona que apoyaba la cabeza encima de la barra: él mismo. Ello le confirmó que su tentativa había sido un éxito, más completo que en ninguna ocasión anterior. Aquella vez tenía conciencia de su presencia en el espacio astral al tiempo que reconocía su propio cuerpo que yacía tranquilamente esperando su regreso. Era una constatación liberadora, excitante y profundamente turbadora.

Por primera vez, veía astralmente una escena que le era familiar. Como mínimo eso era lo que creía, ya que el mundo se había vuelto extraño a su alrededor; los colores cambiaban, los edificios aparecían desdibujados y la gente relucía intensamente por encima del telón de fondo urbano.

Cerca de él, el resplandor que iluminaba a Dodger y Fantasma era brillante, pero se veía interrumpido por zonas oscuras, más frecuentes en el samurái callejero que en el elfo. La aureola del camarero estaba apagada por una capa de un verde macilento que *olía* —no era la palabra correcta pero era la más apropiada— mal.

Sam se encaminó hacia el enano que les había llamado la atención. Al acercarse, vio de cerco luminoso que recubría su zarrapastrosa imagen y adquirió, sin saber cómo, la certeza de que gozaba de buena salud. Su halo no tenía el «olor» del

camarero y carecía de la tonalidad desteñida que lo hubiera enturbiado si el enano hubiera sido el adicto a alguna nociva sustancia que fingía ser. Aún con mayor profusión que en Fantasma, el nimbo de aquella persona estaba manchado y cruzado por zonas oscuras y muertas: las marcas, dedujo Sam, de exhaustivas mejoras cibernéticas.

La proximidad de Sam era una prueba contundente de su pretendida invisibilidad. Tras pasar delante del falso mendigo y ver que este no mostraba reacción alguna, Sam se volvió y atravesó la calle.

Esta era un danzante torbellino de gente resplandeciente y máquinas en sombra, revoloteantes destellos de luz cuyo origen desconocía y la súbita y flotante presencia de movimiento en los confines de su percepción. La creciente carga sensorial lo hizo apurar el paso al cruzar la calzada e introducirse a toda prisa en el edificio, huyendo del bullicio de la vida, para sentir un enorme alivio al llegar al desierto vestíbulo, donde se tomó un momento de respiro antes de proseguir.

Ignorando la manera de llamar a un ascensor astral, se decidió por las escaleras, a las cuales llegó trasponiendo una puerta que su mano no podía tocar. Un par de plantas más arriba, advirtió que no podía leer los letreros que indicaban el número de piso. Los veía y sentía la sensación de identificarlos, pero las palabras eran como un galimatías para él. Comenzó a asomar la cabeza por todas las puertas en cada rellano, tratando de reconocer las manchas y rayaduras que tenía el suelo de su habitáculo. Solo hubo de reanudar dicha operación dos veces.

Cruzó lentamente el umbral de su vivienda sin hacer uso de la llave: simplemente atravesando el panel. Habían destrozado el apartamento. Todo lo rompible estaba convertido en añicos, todo lo susceptible de ser rasgado, hecho trizas y todo lo que tuviera puerta o tapadera, abierto. Lo poco que poseía de valor había desaparecido o estaba destruido, pero de Sally no había ni rastro.

—No vino —afirmó una voz que reconoció.

—Perro, ¿qué haces aquí?

—Hablarte. —Perro ladeó la cabeza y le dedicó una amplia sonrisa canina.

—Ya lo sé —contestó Sam, a quien no le había hecho ninguna gracia aquella respuesta tan obvia—. Lo que quiero decir es: ¿por qué estás aquí?

—Te queda mucho que aprender.

«Otra vez no», se dijo Sam. Tal vez estuviera loco. La gente cansada podía llegar a alucinar y la mala comida era capaz de producir pesadillas. Quizás había regresado de la incursión y se había quedado rendido por el sueño. Se acurrucó delante de Perro.

—Pronto despertaré. Tú te habrás ido y Sally estará aquí. Esto no es más que un sueño paranoico.

—Casi has acertado, hijo. Es un sueño, en efecto, pero ello no quiere decir que sea menos real. Y la paranoia no tiene por qué ser necesariamente mala. A veces es algo saludable. A lo mejor te gustaría aprender una canción.

—Por fuerza he de estar soñando. —Sam se enderezó—. Hay un asesino frente a mi casa y dos más persiguiéndome a donde quiera que voy, soy un instrumento en manos de un dragón, y mi fiel compañero astral quiere enseñarme una nana.

—Bueno, las nanas no están mal, pero no son precisamente lo que necesitas ahora. Pensaba en una canción más poderosa.

Dicho esto, Perro comenzó a cantar y lo único de que fue consciente Sam a partir de ese momento era de que Dodger intentaba obligarlo a beber una amarga taza de té. A pesar de su desagradable sabor, Sam bebió el brebaje, contento de tornar contacto con algo real y sustancial.

—¿Por qué te has demorado tanto? —preguntó el elfo—. No hace falta tanto tiempo para hacer un reconocimiento astral de Sally. Temíamos que hubieran atrapado tu espíritu.

—He mantenido una conversación con... —Sam se interrumpió, cayendo en la cuenta del ridículo en que iba a incurrir—. Da igual.

—¿Qué has averiguado? —quiso saber Fantasma.

Reprimiendo una risita histérica, Sam formuló las palabras que el indio deseaba escuchar.

Alguien ha registrado la casa, pero Sally no estaba allí. Y seguramente no andas equivocado respecto al enano. Está relleno de cables y cromado al máximo.

—Es hora de mudar de sitio —anunció Fantasma.

Por lo que ellos sabían, el enano, concentrado en su vigilancia, no había reparado en los tres clientes del puesto de bebidas.

La mudanza los llevó al terreno de Fantasma, donde los extenuados incursores consumieron un poco de comida y disfrutaron de unas horas de sueño. Sam despertó hambriento devoró unos productos alimenticios que había allí para apaciguar el estómago. Dodger y Fantasma ya se habían puesto manos a la obra mientras él dormía y habían entrado en contacto con Sally, la cual les había asegurado que se encontraba perfectamente y que nadie había ido a molestarla. El miembro de la triu de Fantasma que había montado guardia frente al edificio donde vivía Sam había desaparecido y seguramente estaba muerto. Ello se correspondía con el estilo de Greerson, cuya presencia en Seattle había sido confirmada por rumores que circulaban en la calle. La mezcolanza de noticias tranquilizantes e inquietantes quedó coronada por la información facilitada por Dodger acerca de una cena benéfica que iba a celebrarse en el Club Voyeur.

—¿De modo que piensas que Drake tal vez asista a la cena de esta noche? —preguntó Sam con aire pensativo.

—Así es. Es el tipo de eventos que atraen a su amante Nadia Mirin, y ella ha respondido afirmativamente a la invitación. Por lo tanto, se desprende que él también irá, en cuyo caso podríamos aprovechar para aproximarnos e instalarle algún dispositivo electrónico, como un rastreador o un chivato, por ejemplo.

—Me da igual la cuestión electrónica —replicó Sam—. Quiero ir allí. Quiero volver a verlo con mis propios ojos.

—No sería una brillante maniobra atacarlo sin más —objetó Fantasma—, sino una insensatez.

—Sobre todo en el club —agregó Dodger—. El propietario es especialmente severo en lo que respecta a actos de violencia en su restaurante. No es un lugar para ajustar cuentas, a no ser que se haga mediante negociación. Es decir, a menos que uno tenga suficiente dinero para apaciguarle el ánimo.

—No quiero hablar y no estamos preparados para luchar. Solamente quiero mirarlo —les aseguró Sam.

—Pensaba que querías que te creyera muerto...

—No tiene por qué verme.

—Y dime, por favor, señor Twist: ¿qué es lo que te propones realmente?

—Mira, no vamos a estar en condiciones de atraparlo hasta que no dispongamos de más datos. Creo que puedo conseguir algunos si lo veo. Cuando me proyecto astralmente, percibo cosas en la gente.

—¿Qué tipo de cosas? —inquirió con suspicacia Fantasma.

No comprendiéndolo bien él mismo, Sam trató de explicarlo como pudo.

—Bueno, la gente tiene una especie de brillo que es bastante distinto en cada persona. Por eso pienso que tal vez pudiera llegar a reconocerlo astralmente. Eso podría servir. Verás, sería como descubrir un disfraz o algo así. Después está la cuestión de los ciberimplantes, que transforman la aureola, apagando su resplandor. Creo que podría determinar hasta qué punto está modificado y de ese modo tendríamos una idea más precisa de lo que podemos esperar de él.

—Parece interesante —aprobó Dodger.

—Pensaba que no creías en esos asuntos de la magia —señaló Fantasma.

—Digamos que estoy replanteándomelo. —Sonrió débilmente, antes de añadir para sí: «o volviéndome completamente loco».

Sam había elegido una mesa desde la que dispondría de una visión clara de la que tenían reservada Mirin y su invitado. No tuvo que preocuparse de que Drake reparara en él debido a la especial cualidad del Club Voyeur. La mesa de Sam estaba en la sala inferior, separada de la superior por una pared del más fino Transparex de visibilidad unívoca. En el Club Voyeur, los ricos e influyentes cenaban sin sufrir las molestias del contacto con las clases bajas, al tiempo que se exhibían para ejemplo de dicho estamento. Sam consideraba que únicamente la vanidad y la arrogancia podían hacer que alguien tornara parte voluntariamente en un evento celebrado en el piso superior. El Club Voyeur era un bastión de la conciencia de clase, desde los magníficos saleros de platino con la forma de antiguos barcos de vela incrustados en el Transparex hasta los camareros, cuya altanería aplacaba solo una sustanciosa propina. La comida, por supuesto, era excelente.

Los planes de Sam habían sufrido un revés. No había logrado pasar la barrera entre las salas con el micrófono de largo alcance que llevaba en su bolsa y, por consiguiente, no oiría nada de la conversación sostenida en el otro lado. Por otra parte, ello tampoco le había supuesto una decepción terrible, ya que probablemente no dirían nada susceptible de interés. Aquella noche, además, contaba en buena medida en sus ojos.

Sam ya estaba tomando el entremés cuando llegaron las personas que serían objeto de su atención. Nadia Mirin tenía aun mejor aspecto en persona que en las fotos de páginas de sociedad, pero, a pesar de su belleza, Sam trasladó inmediatamente la mirada a su acompañante de traje oscuro. Era Jarlath Drake, vestido y acicalado a la perfección, al igual que la última vez que Sam lo había visto en el garaje de los Yermos.

En cuanto se sentaron, el *maître* Di se personó en su mesa. Sam no oyó las palabras del jefe de los camareros, pero sus ademanes y el porte adulator eran suficientemente expresivos. Indicando un nicho próximo a la entrada, el *maître* Di condujo solícitamente a Drake mientras una bandada de camareros acudían al instante hacia Mirin para darle entretenimiento.

Drake volvió a reaparecer en uno de los numerosos rincones de la antecámara dispuesta en varios niveles cuyo objeto era proporcionar intimidad, ofreciendo a sus ocupantes una pantalla ante miradas indiscretas. Drake, sin embargo, había escogido uno que se encontraba expuesto al campo visual de Sam, una fortuita ocasión que Sam no quiso desaprovechar. A modo de tanteo, dirigió el micrófono en esa dirección y escuchó, alborozado, las palabras del *maître* Di.

—... un caballero ha estado esperando su llegada, señor. Ha dicho que tenía un mensaje que transmitirle personalmente a usted y se ha negado a marcharse. Nosotros, por supuesto...

—Déjenos solos —lo interrumpió Drake.

—Desde luego, señor repuso con una reverencia.

Drake se introdujo más profundamente en el nicho y se acodó en la barandilla de bronce, de modo de quedar completamente al abrigo de las miradas de cualquiera que se hallara en las antecámaras del piso superior.

El mensajero que lo siguió hasta adentro era un alto y musculoso sujeto que se movía con el contoneo de un tipo duro que tiene conciencia de su propia peligrosidad. Los cromados escudos oculares, las ciberorejas con disco en forma de botón y el corte de pelo eran de estilo callejero y ofrecían un marcado contraste con el traje de seda que llevaba. Aunque hecho con materiales caros, el traje no tenía una confección lo bastante perfeccionada como para disimular el ominoso bulto que sobresalía de debajo de la axila izquierda. Se trataba de otro de los elementos que Drake había contratado en el mundo exterior, dedujo Sam.

—Complicaciones, señor Drake —anunció el hombre con voz queda, como si temiera el efecto de la noticia.

Drake suspiró y siguió mirando por la ventana.

—Habla.

Era evidente que la actitud despreocupada de Drake desconcertaba al hombre, el cual se removía inquieto, sin ganas de iniciar su exposición. Debían de ser noticias realmente malas, concluyó Sam.

—Se trata de Wilson —comenzó a explicar el hombre—. Lo visitó una especie de inspector y le entró miedo. Se ha escabullido.

Drake se volvió lentamente para encararse a su empleado.

—¿Intenta decirme que ha perdido la pista del doctor?

El nerviosismo del mensajero iba en aumento. Apartó los ojos del rostro de Drake y luego volvió a fijarlos en él para dejarlos resbalar por la pétrea cara y reposar finalmente en el cuello de Drake.

—Bueno, algo así. Es muy taimado, ya sabe. Ha...

Accionando el brazo como un resorte, Drake interrumpió la frase agarrándolo por la garganta. Después alzó en vilo al individuo, cuya tez se tornaba lívida por momentos. La víctima golpeaba en vano con puños y pies a Drake, el cual, sin dar muestras del más mínimo apuro físico por sostener a un hombre forcejeante con una sola mano, le dirigió la palabra en voz baja.

—Tenías bajo tu responsabilidad vigilar que nada le ocurriera al doctor hasta que yo estuviera en condiciones de hacerme cargo de él. Si has perdido su rastro, tu trabajo ha sido un estrepitoso fracaso.

Relajando momentáneamente la mano, Drake dejó que el hombre se aferrara al brazo que lo estrangulaba y se apoyara en él lo suficiente como para articular:

—Fue un accidente.

Sin duda eran unas palabras inoportunas. Drake entrecerró los ojos y, tirando la muñeca, quebró el cuello del individuo. El mensajero tosió una vez y luego quedó rígido. Drake dejó caer el cadáver y permaneció de pie mirándolo unos instantes. Después alzó el brazo y lamió las salpicaduras de sangre de la manga de su prístino traje.

El *maître* Di, que regresaba para indagar la causa del ligero alboroto producido, se quedó paralizado, perdido el aplomo ante la vista de los resultados de la repentina y letal violencia de Drake. Este pasó a su lado en su camino de vuelta al comedor.

—Limpie la habitación, por favor. Ha sufrido un accidente.

Sam sabía que Drake no era la clase de persona que se arredra ante un asesinato, pero jamás había imaginado que fuera a ensuciarse sus propias manos. Drake era más peligroso de lo que había creído y estaba evidentemente equipado para cometer actos criminales por cuenta propia. ¿No había dicho Lofwyr que ese hombre no era todo lo que aparentaba ser? El asesinato del mensajero demostraba sin lugar a dudas que Drake estaba mejorado técnicamente. Sam se felicitó por el éxito del reconocimiento de esa noche. Con todo, esta aún no había acabado; había llegado el momento de ver qué cantidad exacta de ciberimplantes llevaba en el cuerpo su enemigo. Aunque no

podiera determinar la función exacta e estos, su número les permitiría formarse una idea de la oposición que era capaz de presentar. Cuanto más secretos acumularan sobre Drake, más aumentarían las posibilidades de poder abatirlo finalmente.

Sam se concentró y comprobó que el acceso al espacio astral le resultaba cada vez más sencillo. Paseó su mirada por el restaurante, inicialmente confundido, como de costumbre, por la modificación de su percepción. Al final localizó la mesa de Mirin. Su aureola, intensa y vibrante, contribuía a realzar su belleza. Cuando Sam se giró hacia su compañero, se quedó estupefacto al ver el ser que se sentaba a su lado enroscado sobre sí mismo.

Tenía las alas, semejantes a las de un murciélago, plegadas en la espalda, con el erizado borde de la membrana superior situado al mismo nivel que el arco formado por su largo sinuoso cuello. La puntiaguda cabeza estaba rematada con anchas mandíbulas coronadas de afilados dientes, y una cola armada con púas igualmente aceradas se meneaba en torno a la silla en la que estaba sentado. Era un dragón en miniatura, cuya imagen resplandecía de poder y delataba una tensión que no entorpecía ninguno de sus movimientos sino que más bien parecía contenerlos de una manera extraña. Sam centró la atención en una garra dorada que reposaba en la mesa luciendo un anillo que representaba la forma de un hombre cuyos rasgos le eran harto familiares: Jarlath Drake. De manera que era cierto que Drake era, efectivamente, mucho más de lo que aparentaba ser. Para empezar no era un hombre. Drake no trabajaba para Haesslich; él *era* Haesslich.

Aún novato en las artes mágicas y por ello incómodo con el poder, Sam se apresuró a regresar a su propio cuerpo, retirándose a los sentidos mundanos que tan bien le servían. Al otro lado del restaurante, un distinguido hombre de pelo negro cenaba tranquilamente con su novia.

¿No había habido ya suficientes dragones en su vida?

No sabía qué hacer, pero una cosa era indiscutible: él estaba allá lejos, sobre su cabeza.

Aunque había presenciado otras veces aquella escena, ese día se le antojaba curiosa a Dodger. El temido y famoso samurái callejero creador de Fantasmas, conocido por sus socios más íntimos como Fantasma Que Camina Adentro, estaba preparando sojacafé en el penoso rincón que hacía las veces de cocina en aquella vivienda ilegalmente ocupada. Tal vez se debiera a la leve torpeza de los movimientos del indio o a la manera como ladeaba continuamente la cabeza como si a restara el oído para escuchar una señal prevista. Había algo que no concordaba. Cuando Fantasma se apartó del fogón con una taza en cada mano, Dodger advirtió una tercera a su lado junto a la olla. Eso era. En anteriores ocasiones, Fantasma solo había preparado la infusión para Sally, dejando que el elfo se ocupara de sí mismo.

—Gracias —dijo Dodger, tomando la taza que le ofrecía.

Fantasma se quedó con las piernas cruzadas en el suelo. Durante varios minutos permanecieron en silencio, sorbiendo la humeante bebida.

—Sea lo que sea, es valiente —declaró entonces Fantasma—. Quiere llevar a un dragón ante la justicia con cargos de asesinato.

—Parece como si ya no estuvieras tan seguro... ¿Quieres retirarte?

Fantasma le asestó una desapacible mirada.

—Lo que yo quiera no tiene nada que ver con eso.

«Es una mentira —pensó Dodger—. Hay un querer que tiene muchísimo que ver con ello». Dodger, no obstante, no estaba dispuesto a ser el primero en manifestarlo de viva voz.

—Sam lo entendería. La situación no es la misma que parecía cuando conviniste en ayudarlo a atrapar a Drake.

—¿Y adónde me llevaría eso, elfo? Di mi palabra ante testigos. Me tiene sin cuidado que un montón de mocosos y matones de segunda fila que se llaman a sí mismos samuráis crean que basta con el último perfeccionamiento cromado y una actitud agresiva para serlo. Se requieren más cualidades. Los antiguos japoneses comprendían la diferencia casi tan bien como mis antepasados. Un guerrero debe ser un hombre honorable, que mantiene su palabra y que es más fuerte que los otros, especialmente en lo referente a su corazón.

—Pese a que tal vez solo seas un samurái callejero, Fantasma Que Camina Adentro, eres un hombre de honor y un guerrero.

—¿Sí?

—Incluso los antiguos samuráis eran, ante todo, hombres.

El indio depositó lentamente su taza. Las cuchillas de una de sus manos se deslizaron fuera de su vaina de ectomiélica. Luego rascó el suelo con la reluciente aguja de acero carburado, dejando diminutas tiras de plástico levantadas a su paso.

—¿Y qué hay de ti, elfo? ¿Por qué no te has escapado a vivir en el bosque?

—El honor no es propiedad exclusiva de los samuráis, ya sean callejeros o de

estamentos oficiales —manifestó Dodger en lo que confió sonara como un tono dolido.

—Nunca te había preocupado mucho el tema.

Fantasma lo conocía demasiado bien. Podía afirmar que lo hacía por la excitación, tal como había sido en el pasado, pero Fantasma tampoco lo creería. A Dodger le costaba reconocer que no estaba del todo seguro de cuáles eran sus motivaciones.

Fantasma estiró las piernas y se levantó.

—Ya vienen —anunció. Se trasladó a la ventana y se apoyó en la pared con estudiada displicencia.

Fantasma estaba en lo cierto. Un momento después resonaron risas por el callejón. Sally saltó primero por la ventana. Aunque vestida con un reluciente mono muy diferente de la indumentaria acorazada que usaba en sus incursiones, llevaba colgada en bandolera la funda de su cuchillo de mago. El arma se trabó en el alféizar, pero Sam se apresuró a liberarla con la mano antes de entrar a su vez. Al llegar junto a Sally, esta se zafó de su abrazo, permitiéndole solamente rozarle con los labios la mejilla. Fue entonces cuando Sam cayó en la cuenta de que Dodger y Fantasma se encontraban en la habitación. Los saludó con una tímida sonrisa.

Dodger le devolvió la sonrisa, consciente de que únicamente la educación podría mantener un tono de civilidad en el encuentro. Fantasma, en cambio, hizo caso omiso de Sam y dirigió la palabra a Sally.

—¿Has venido a ayudar?

—¿A ayudar a qué? ¿Necesitas una mano en la cocina? —preguntó Sally con una radiante sonrisa.

—Él necesita ayuda —espetó Fantasma, señalando a Sam con un brusco movimiento de cabeza.

—Oh, no. —La mujer envió un beso a Sam y luego atravesó la estancia para dejarse caer en la estera acolchada. Se apoyó en el codo y golpeó la espada de mago envainada—. Creo que se desenvuelve bastante bien.

—¿No te ha contado lo que ha averiguado? —preguntó Fantasma con las ventanas de la nariz ensanchadas.

La maga meneó la cabeza para situarse la trenza sobre la espalda.

—¿Y qué quieres que haga yo al respecto?

Dodger observó cómo Sam miraba a uno y otro, desconcertado por el retintín de la conversación. Se disponía a hablar, cuando Fantasma se le adelantó con un exabrupto.

—Lo que hagas es de tu jodida incumbencia. A mi me tiene sin cuidado. Pero, si no haces nada, lo perjudicarás a él, y seguramente acabará muerto. Esta incursión ya no va dirigida contra ese tal señor Johnson que no tiene ni dos bits de cerebro.

—¿Qué te hace pensar que mi intervención modifique las cosas? —replicó, gritando, Sally.

—Tú dominas la magia que él no sabe controlar aún. ¡Joder, mujer! Ahora hemos de enfrentarnos a un dragón.

—También los había antes.

—No podemos luchar contra un dragón sin magia.

—Un misil es tan eficaz como una bola de fuego.

—Kham acata tu liderazgo. Podrías traerlo, y entonces tendríamos ciertas posibilidades de éxito.

—Kham se comporta como un adulto, no como otros. Es una persona mayor y sabe elegir él solo.

Fantasma reprimió su contestación y se encaminó a la ventana. Dodger pensó que el indio iba a marcharse, pero entonces este se detuvo y se giró. Cuando tomó la palabra, su tono era más calmado y su voz contenía una nota de súplica.

—Sabes bien que nosotros tres no tenemos medios suficientes para combatir a Haesslich. Tanto si su operación en la Renraku es o no un simple trabajo de granuja, el dragón es con todo el responsable de seguridad de la United Oil en Seattle, y eso le proporciona un montón de recursos.

—Pero ello lo delataría ante sus superiores —indicó Sam, dispuesto a participar en la conversación ahora que versaba inequívocamente sobre temas de trabajo.

—No necesariamente —objetó Sally—. Es un viejo dragón astuto. Podría presentar el caso como si nosotros hubiéramos pretendido robar bienes de la United Oil y justificar así la utilización de las fuerzas de la compañía.

—Incluso sin los equipos de seguridad de la United Oil, hemos de contar con el otro dragón y con Hart —recordó Fantasma.

—Si todavía trabajan para él —dijo Sam.

—¿Existe algún motivo por el que hayan interrumpido su colaboración con él? —inquirió Sally.

—Greerson —respondió Sam—. Si Haesslich todavía tuviera a Hart y Tessien a su servicio, ¿por qué mandaría a Greerson detrás de mí?

—Nadie ha dicho que fuera él quien lo envió —señaló Sally.

—*Lady Tsung*, ¿sabes algo? ¿Ha entrado en juego otro personaje?

—Es probable —repuso Sally, encogiéndose de hombros—. También es posible que Greerson actuara siguiendo órdenes de Haesslich desde hace tiempo y no lo hubierais descubierto hasta ahora. Aun cuando yo colabore, y aunque convenza a Kham y a su banda para que se sumen a nosotros, estáis ante un auténtico embrollo. Va a hacer falta un montón de matones para poner a Haesslich fuera de circulación.

—Entonces nos ayudarás. —Fantasma formuló la pregunta con tono de constatación.

Sin decir palabra, Sally se puso en pie y se dirigió a la barra de la cocina para servirse una taza de sojacadé. Después se volvió y, apoyada en el mostrador, bebió la mitad de su contenido sosteniendo el recipiente en el cuenco de ambas manos, permaneció pensativa unos momentos.

—¿Y qué hay de Lofwyr? —dijo a Sam—. Él te en cargó que hicieras su trabajo sucio. Tal vez él echaría una mano, o como mínimo financiaría parte del espectáculo.

—Puedo preguntárselo —accedió Sam.

Dodger, no obstante, tuvo la impresión de que Sam no estaba realmente seguro de poder hacerlo. Lo intentaría porque Sally se lo había pedido. El elfo se preguntó qué era lo que Sally esperaba sacar de todo aquello.

—Bienvenida al equipo, *lady* Tsung.

—No tan deprisa, Dodger. Esperemos a ver si ese dragón de Quebec va a predicar con el ejemplo. Yo cooperaré si él lo hace.

Jacqueline se fijó en la línea de donde procedía la llamada. Era la que habían dispuesto para Verner. Finalmente debía de haber descubierto la naturaleza de su adversario. Mientras localizaba el origen de la llamada, consultó el calendario. Dos días antes de lo previsto.

Puso en marcha el simulador que presentaría la imagen de su doble Karen Montejac con una demora de medio segundo, el tiempo suficiente para que el programa ajustara los movimientos faciales de la imagen con sus propias palabras.

—Sí, señor Verner —dijo, activando la línea.

Tenía que reconocer los méritos del muchacho. Había disimulado bien la sorpresa inicial provocada por la pronta averiguación de su nombre.

—Quiero hablar con Lofwyr —exigió.

—Lo siento, pero en este momento no puede atenderlo. ¿Desea dejarle un mensaje?

—Quiero hablar con él personalmente —insistió Sam—. Dígale que es con relación a nuestro trato.

—¿Desea cancelarlo?

—No. —Su confusión y apuro eran evidentes para su percepción de experta—. Mire, solo quiero hablar con él. Las circunstancias son distintas de lo que él afirmó, y quiero hablar con él de Drake.

—Comprendo —respondió con fría eficiencia de secretaria—. Uno de nuestros mediadores se pondrá en contacto con usted. ¿A las seis de la tarde en donde se encuentra ahora?

—Ah, sí. A las seis va bien.

—Muy bien pues. Verá al señor Enterich.

—Pero no sabe dónde estoy.

—El señor Enterich ya tiene la información, señor, y estoy convencida de que él puede dar una respuesta satisfactoria a cualquier queja que pueda presentarle. ¿Algo más, señor?

—No, supongo que no.

—Entonces que pase un buen día, señor Verner. —Cortó la conexión antes de romper a reír. Le divertía ver a los primos que no se enteraban de lo que ocurría. Controlando su hilaridad, conectó la línea con Lofwyr. La cabeza de escamas doradas apareció en la pantalla, y el dragón clavó la vista en ella—. Verner ha dado señales de vida, señor. Se reunirá con el señor Enterich para discutir la cuestión de Drake a las seis, hora de Seattle.

El dragón se mantuvo visible solo el tiempo suficiente para comentar:

Satisfactorio.

Crenshaw asintió con la cabeza y Ridley pateó la puerta. El marco se astilló y una

plancha se vino abajo, llevándose consigo la cerradura, que aún resistía con empeño. La puerta se abrió de golpe, descubriendo una habitación cuyos pesados cortinajes velaban el sol de la tarde. La iluminación corría a cargo de un par de bombillas rojas enroscadas a unas baratas lámparas de pie sin pantalla que pretendían imitar la elegancia de los candelabros.

Sobresaltado, un sujeto gordo saltó en cueros de la cama. Su compañera, una menuda mujer asiática, se quedó donde estaba, con los ojos desorbitados por la sorpresa e igualmente desnuda. Tampoco tenía más alternativa; tenía los miembros atados a los barrotes de la cama.

Crenshaw dejó que Ridley y Markowitz entraran, precediéndola, en la habitación. El detective se detuvo junto a la puerta, pero el samurái entró contoneándose y cortó el paso al hombre desnudo cuando este se precipitaba hacia su ropa.

—Vaya, hombre... —comentó Ridley, agarrando al hombre por el pelo y echándole la cabeza atrás. El samurái sonrió viendo cómo este se combaba, gritando de dolor—. No debería irse antes de que hagamos las presentaciones.

Ridley puso al desconocido en posición erecta luego le asestó dos puñetazos en la barriga. El hombre se dobló, atragantado, para vomitar. Todavía asiéndolo por el pelo, Ridley lo apartó para que devolviera lejos de él y, cuando el individuo hubo arrojado cuanto tenía en el estómago, lo empujó hacia la puerta. La víctima se dirigió tambaleante a ella, con los brazos plegados sobre el abdomen.

—¿Quieres esto? —se mofó Ridley, recogiendo la abandonada ropa del hombre. Sus risas resonaron en el pasillo mientras este huía—. Oh, sí. Un hombre de verdad.

—No tenías por qué hacer eso —reprobó Markowitz.

—Oh, ¿no? —Ridley le dirigió una mirada de inocencia—. Tú elaboraste el expediente, Marky. Ya sabes lo gallito que se pone. Con las mujeres al menos. Quizás hubiera intentado mezclarnos a todos en su juego. Quiero decir que hubiera podido herir a Alice Crenshaw. Solamente estaba tomando unas pequeñas medidas de precaución.

—Estás loco, Ridley —dijo Markowitz—. Al menos yo, para acostarme con una chica, no tengo que atarla. ¿Y tú, Marky? ¿Lo has conseguido alguna vez sin ayuda de unas cuantas correas?

—Basta ya, vosotros dos. Estamos trabajando. —Crenshaw se volvió hacia la mujer de la cama—. Hemos venido a hablar contigo, Candy.

Candy alargó el cuello, tratando de alcanzar la hebilla de la correa con los dientes, pero Crenshaw la abofeteó y apartó la hebilla.

—Aún no, querida.

—No tengo nada que decir. —A Candy le ardían los ojos de odio, pero se mantenía quieta—. Acabáis de estropearme un beneficio de quinientos nuyens y, si no os largáis ahora mismo, Alfie va a haceros correr delante de sus matones.

—Qué miedo, cariño. —Ridley levantó los antebrazos y dobló las muñecas hacia adentro. Nueve centímetros de cuchillas de cromo brotaron de escudos imbricados en

sus manos, reluciendo bajo la rojiza luz—. A los matasietes me los desayuno y luego salgo a buscar comida más sustanciosa.

Crenshaw se sentó en el borde de la cama.

—Verás, Candy. Con la crudeza que le es propia, mi asociado ha expresado la verdad. No tenemos por qué temer a los hombres de tu amigo, ya que somos muy capaces de protegernos. Tú, en cambio, no tienes a nadie que te proteja de nosotros. Con todo, no lo necesitarás si nos dices simplemente lo que queremos saber.

Candy apretó la mandíbula y volvió la cabeza hacia otro lado.

—Sabemos que has estado viendo a un ejecutivo corporativo llamado Konrad Hutten.

No hubo reacción alguna.

—También sabemos que trabajas para Compañía Agradable, la cual ha arreglado la relación con Hutten. ¿Quién es tu patrón, Candy?

—Id a mirarlo en la sala de registros.

Crenshaw hizo una señal a Ridley y este se situó en el lado de la cama donde Candy podía verlo. Poniéndose en cuclillas, le recorrió la mejilla con una cuchilla y la sangre manó del profundo tajo que había abierto.

—Replantéatelo, cariño, o vas a perder algo muy próximo y querido por ti.

—Siéntate en tus agujones.

—Mala respuesta, cariño.

Ridley movió velozmente el brazo e infirió con su aguijón un corte en la muñeca de la muchacha. La mano de esta cayó al suelo, salpicada por la sangre que fluía de la herida.

—¡Ridley! —Markowitz se acercó de un salto y se detuvo en seco, con la punta de la sangrienta hoja a menos de un centímetro de distancia de su ojo derecho.

—Es un «asunto», tío. ¿Quieres recibir también? —lo amenazó Ridley, apretando los dientes.

—Vas a desangrarte —advirtió Crenshaw a la chica, haciendo caso omiso de la discusión de sus acompañantes—, a menos que nos digas lo que queremos saber. Ahora dime: ¿para quién trabajas?

—¿No me dejarán morir? —La voz de Candy era trémula.

—Por supuesto que no, querida. ¿Para quién trabajas?

—Ayúdame primero —rogó.

—No, querida. Primero tienes que hablar.

Candy se echó a llorar, con respiración entrecortada y afanosa.

—Para la bruja elfa —murmuró—. Se llama Hart.

—Un nombre que ya he escuchado antes. Deberías haber cantado antes, Candy. No era necesario que resultaras herida. —Crenshaw se puso en pie—. Markowitz, desátale el brazo y luego llama a una ambulancia.

Markowitz asestó una última furibunda mirada a Ridley y rodeó al samurái ara llegar a la cama. Con rapidez de movimientos, liberó el brazo de la correa y se la

aplicó a modo de torniquete. Cuando había terminado, la muchacha ya estaba desmayada.

—No tenías por qué dejarla marcada —dijo.

—Calla ya, Marky. —Ridley golpeó su brazo de cromo con el lomo de una cuchilla—. Las de su clase siempre guardan ahorros en los calcetines. Puede comprar la tecnología. ¡Pueden hacerla más rápida, más fuerte, más perfecta!

Las desenfrenadas carcajadas de Ridley produjeron un nudo en el estómago de Crenshaw. Ese hombre estaba a punto de perder los cabales y debía vigilarlo. Si se presentaba la ocasión, podría mandarlo en persecución de Hart. Seguramente no conseguiría atrapar a la elfa, pero ella lo libraría de su presencia.

La esquina de la calle era igual que centenares de otras de las megápolis a esa hora del día. Pasaban presurosos asalariados corporativos y secretarias, tratando de llegar a su destino antes de que la vida nocturna de la ciudad ocupara las calles. O, por el contrario, apresurándose para sumarse a ella. La primera hornada de noctámbulos salía ya. Bebedores, consumidores de sustancias químicas y adictos a simulaciones sensoriales mendigaban el dinero para conseguir sus próximas dosis mientras los rockeros, las reinas de moda e imberbes adolescentes iban de camino a conciertos y representaciones. El único detalle que distinguía a aquella esquina era el Mitsubishi Cielo Nocturno de color ébano que se deslizaba lentamente hasta detenerse junto al bordillo.

Las puertas de la limusina contiguas a la acera se abrieron y un fornido orco salió de una de ellas para plantarse rígidamente en actitud de vigilante centinela. La librea gris que llevaba estaba confeccionada para hacer resaltar su ya considerable corpulencia. Por la puerta abierta, Sam advirtió que el chófer llevaba un uniforme similar; también era orco.

Tras la puerta trasera se abría un fresco y sombrío interior. Una mujer que reconoció como la secretaria de Lofwyr estaba sentada en un traspontín, de espaldas a barrera que separaba la sibarítica zona posterior del centro de control de la parte delantera. Frente a ella estaba acomodado un hombre cuya cara no le era del todo desconocida. El hombre, de una cincuentena de años tan relajado que únicamente podía tratarse del verdadero propietario del vehículo, era delgado e iba muy bien vestido. De porte distinguido, llevaba el pelo gris peinado y cortado en una manera ligeramente pasada de moda. Cuando sonrió, entre sus dientes irradió un destello dorado.

—Entre, por favor, señor Verner —dijo el hombre—. Las aceras no son lugar para tratar de negocios.

Sam se mesó el pelo, rea izando el ademán que habían acordado como señal para avisar a Fantasma que el contacto había llegado. Entonces oyó el ruido de la moto del indio al arrancar, el cual pronto quedó ahogado entre el estrépito del tráfico. Fantasma estaba preparado para seguirlo, tal como habían dispuesto en caso de que él subiera al coche.

—Supongo que será lo más conveniente.

Sam agachó la cabeza y se introdujo en el Cielo Nocturno para instalarse en su lujoso asiento de piel. Sin que nadie la tocara, la puerta se cerró silenciosamente y la vista captada a través de la ventana comenzó a moverse. Se giró hacia su anfitrión.

—Usted debe de ser el señor...

—Enterich. Este le tendió la mano.

Sam se disponía a alargar la suya cuando se quedó petrificado, mirando el anillo de plata que llevaba el hombre. Estaba esculpido con los contornos de un dragón.

Haesslich llevaba una sortija en forma de dragón cuando lo había visto con la apariencia del señor Drake.

—Está admirando mi anillo. Una exquisita pieza de artesanía, ¿no es cierto? Es una herencia familiar que data, según tengo entendido, del siglo catorce. La imagen evoca un juego de palabras. Verá, yo tuve unos antepasados un tanto ambiciosos, los cuales pensaron que la reproducción de un dragón era una insignia mejor para una familia joven y prometedora que un ave zancuda con plumas.

—No acabo de comprenderlo.

—Un ato, señor Verner. —Sam debía de seguir mostrando perplejidad, ya que su anfitrión añadió—: El dragón se denominaba a veces «pato de fuego^[1]». En alemán, Enterich significa pato.

Sam rio nerviosamente.

—¿Cree en el destino, señor Verner?

—No solía hacerlo.

—De lo que se deduce que ahora sí creo en él.

Sam ya no estaba seguro al respecto, pero ¿qué le importaba a ese tipo?

—¿Por qué lo pregunta?

—He percibido una fuerte reacción en usted ante la presencia de mi sortija. Tal vez usted haya interpretado el anillo o mi nombre como un signo. Mucha gente profesa esas creencias hoy en día. Debe de formar parte del renacimiento de la magia, supongo.

—No —contestó Sam—. No lo he tomado como un signo de ninguna clase. —*Con la excepción de que quizás usted mismo sea un dragón.*

—Ah, en ese caso es un placer pactar con un hombre racional. Estoy convencido de que ello facilitará mucho las cosas. Ahora, ¿podríamos tal vez tratar el tema de sus quejas concernientes a Lofwyr?

—Antes de entrar en ese asunto, ¿me permitirá llamar por teléfono a mis asociados para comunicarles que todo está en orden? No esperaban que me introdujera en un coche.

—Comprendo, señor Verner. Karen, marque una llamada para nuestro huésped.

—Ah, tengo mis propias manos para hacerlo —adujo Sam, tabaleándose la cabeza.

—Ya veo —observó, divertido, Enterich—. Karen, haga bajar la barrera de comunicación, por favor. El señor Verner se encargará de su llamada.

Sam apoyó la cabeza en el respaldo y luego la dobló sobre el pecho, adoptando una posición que había visto en los usuarios habituales de auriculares telefónicos. Cerró los ojos como si se concentrara en los mandos para marcar y, en su lugar, centró la mente en acceder al espacio astral.

La transición se produjo rápidamente, y abrió sus ojos astrales para mirar al señor Enterich, el cual sorprendió a Sam manteniendo su apariencia humana. Cuando se volvió hacia Karen, vio el peludo ser que conocía por el nombre de Jacqueline la

sasquatch, lo cual le confirmó lo correcto de su percepción, capaz de penetrar aspectos ilusorios. Por precaución, observó a los orcos de los asientos delanteros y comprobó que eran orcos, aunque profusamente transformadas con ciberimplantes. Abandonando su pose de persona que realiza una llamada, retornó a sus sentidos mundanos.

—Todo arreglado —dijo.

—Estupendo. —La sonrisa de su anfitrión era cálida—. ¿Y ahora volvemos sobre la cuestión de su inquietud acerca del trato que hizo con Lofwyr?

—Usted ya ha expresado una parte de ello.

En aquella ocasión fue Enterich quien quedó desconcertado.

—¿De cuál se trata?

—Que Lofwyr sabía que Drake era Haesslich. Usted mismo lo ha dicho sin que yo lo mencionara.

—Mis palabras no pretendían implicar un doble sentido, señor Verner. Lofwyr sugirió que no todo en el señor Drake se correspondía con las apariencias. Al permitir que usted descubriera ese hecho por sus propios medios y demostrar una determinación constante en la persecución de su empeño, el dragón se cercioraba de que su esfuerzo era digno de su apoyo.

—¿Qué pretende hacer entonces?

—Lofwyr deja los planes en sus manos. Su propia implicación en este asunto no es de carácter político.

—¿De manera que espera que yo agarre solo a Haesslich? —preguntó Sam con incredulidad. ¿De qué creía capaz a un humano un dragón si él mismo temía involucrarse?

—No se inquiete, señor Verner. Puedo asegurarle sin asomo de duda que no entra dentro de las expectativas de Lofwyr que usted atrape directamente o sin ayuda a Haesslich. Cuando haya decidido su plan de acción, póngase en contacto conmigo. Si sus propósitos tienen razonables posibilidades de éxito, podemos pactar la destinación de ciertos recursos en apoyo de su causa. Discretamente, claro está.

—¿Qué clase de recursos?

—Suministros, equipamiento y dinero en metálico son lo más sencillo de obtener, siempre que sus necesidades no sean exorbitadas. Asimismo, podría contar con personal no especializado. Entretanto, tenga la bondad de aceptar los servicios de mi ayudante Karen Montejac como intermediaria y consejera.

Sam miró a la mujer que sabía que era una sasquatch y maga al mismo tiempo. ¿Sabía ella que él había descubierto la impostura?

—¿Le importa si la llamo Jac?

—Me encantaría —respondió ella con una radiante sonrisa.

—¿Jenny?

—A la orden, jefa —llegó la respuesta de la operadora en la terminal de Hart.

—¿Al una noticia de Candy?

—Nada nuevo. Todavía está bajo los efectos de los sedantes y aún no hemos identificado a nadie que se ajuste a las descripciones de sus atacantes. Menos mal que tenía cubiertos los trasplantes en la póliza de seguros.

—No enviaría ningún correo a esa criatura sin tomar tal precaución, después de ver lo que le hizo a la primera chica. Candy estará bien dentro de un par de meses.

—Eh, jefa, ¿cree que la golpearon porque era un correo?

—Es una cuestión que me tiene preocupada. Es la única que ha estado dos veces en el recinto.

—Era una chica muy ocupada antes de que la contrataras —señaló Jenny—. Quizá fuera algo personal. —Confiemos en que así sea. Mantén la vigilancia.

—De acuerdo.

Hart volvió a examinar los archivos, suministrados por Fuhito, donde se describían los incursores conocidos. Aun cuando ofrecieran escasas esperanzas, seguía estudiándolos en busca de alguna pista que la condujera a Verner a través de sus asociados. Nadie recorría las sombras solo; pero ¿cómo era posible que el único nombre que poseían fuera tan críptico? Ese Dodger era casi como una sombra, pero, bien mirado, cualquier operador tan bueno como indicaba ese fichero tenía que ser un personaje esquivo. Acababa de leer los datos por décima vez cuando Jenny la interrumpió de nuevo.

—Jefa, me parece que el ataque sufrido por Candy no era de carácter personal. Alfie tiene compañía abajo.

—¿Qué tipo de compañía?

—Una mujer que dice llamarse Alice Crenshaw insiste en verla.

—¿Crenshaw? ¿De la seguridad de la Renraku?

—¿Qué otra podría ser?

—Y quiere ver al patrón, ¿verdad?

—No lo ha dicho de esa manera. Ha preguntado por ti en persona.

Aquello auguraba problemas. No era nada normal que un responsable de seguridad de la Renraku pasara a visitar al enemigo para charlar simplemente un rato.

—Jenny, ¿aún puedes ponerte en contacto con el correo de esta noche?

—Sí.

—Mándale que le diga a la criatura que el paseo en coche de mañana por la noche será una incursión final. Las cosas están poniéndose demasiado peligrosas.

Crenshaw siguió a su guía por las escaleras. No estaba excesivamente preocupada, ya que la seguridad del edificio no era lo bastante férrea como para

impedirle escapar en el caso de que Hart fuera una persona difícil o inestable. Con todo, no esperaba una reacción de ese cariz. Por lo que había oído, esa Hart era una absoluta profesional, mercenaria hasta la médula, y Crenshaw tenía la confianza de poder razonar con la elfa.

El grasiento pedazo de idiota de California Libre abrió la última puerta y dio un paso adentro.

—Gracias, Ralphie —dijo Crenshaw, tomándole la delantera.

—Es Alfie.

La mujer no le prestó mayor atención, concentrada como estaba en formarse una primera impresión de la internacionalmente famosa Hart. Aunque estaba sentada, su alta estatura, frecuente en los de su raza, resultaba manifiesta. Tenía, asimismo, la piel tersa, el rostro ovalado y los rasgos afilados característicos de los elfos que los varones, tanto elfos como normales, alababan tanto. A pesar de que Hart era algo magra de carnes, también ello entraba dentro de las preferencias populares. Crenshaw agregó a estas cualidades una extrema inteligencia, pues de lo contrario no hubiera durado tanto tiempo ejerciendo aquel oficio.

Hart se limitó a permanecer en su silla, sin tomarse la molestia de levantarse ni de dar la bienvenida a su visitante. Crenshaw acercó una silla de cromo y plástico al escritorio, desechando el mullido sillón que se encontraba frente a él. Hart seguía sin decir nada.

—Antes de que vaya a hacer algo que ambas podríamos lamentar —comenzó a hablar Crenshaw, eligiendo cuidadosamente las palabras—, permítame decirle que solo he venido a conversar. Pensé que sería bueno que nos viéramos cara a cara, como mujeres profesionales que somos. Asimismo, siento el deber de decirle que mis asociados apostados en la zona no verían con buenos ojos cualquier acto de violencia que se produjera aquí.

—¿Están preparados para cargar contra un dragón? —inquirió en voz baja Hart.

—¿Perdone?

—Tengo un amigo dracoforme que tampoco vería, como usted dice, con buenos ojos cualquier acto de violencia.

—Ah, la serpiente que la ayudó a sacar a Samuel Vernet del recinto. Bien. Si tenemos un equilibrio de fuerzas, podemos adentrarnos en cuestiones de negocios. —Hart inclinó la cabeza, lo cual interpretó Crenshaw como una señal de aquiescencia—. ¿Cómo está el señor Vernet?

—No sabría decirle.

«Una admirable cara de póquer», apreció Crenshaw.

—Vamos, señorita Hart. Sé que están trabajando juntos.

—En ese caso sabe más que yo.

—¿Está diciéndome que Samuel Verner no se halla detrás de este complot para sobornar a un miembro del Directorio Especial de la Renraku?

—Me desagrada la idea de facilitarle el trabajo, Crenshaw —replicó Hart, con el

entrecejo fruncido—, ero lo cierto es que me gustaría ver a Verner fuera de circulación. No ha hecho más que traerme problemas.

Crenshaw experimentó una leve mengua en su interés por la incursora.

—Lo reconozca o no, su complicidad queda fuera de duda. También me consta que ha doblgado la voluntad de Konrad Hutten, aunque todavía hemos de determinar hasta qué punto alcanza su influencia sobre él.

—Si han detectado un eslabón endeble dentro de su cadena corporativa, ¿por qué no lo cercenan?

Crenshaw descubrió que estaba disfrutando del encuentro. Era raro encontrar un adversario de aquella talla. Si aquel asunto había de ser el que la encumbrara de por vida, la admirable categoría de su adversario la haría doblemente memorable.

—Tengo mis propios intereses, señorita Hart. Mientras me quepa la satisfacción de que no se ha quebrantado ninguna norma de seguridad de la Renraku, puedo permitirme esperar y tratar por separado cada uno de los aspectos.

»En estos momentos, estoy interesada en Samuel Verner. Usted ha afirmado que también le gustaría quitárselo de encima. Tal vez sea esta una cuestión en que podemos ser aliadas en lugar de oponentes.

Los músculos faciales de Hart se tensaron levemente, lo cual interpretó Crenshaw como una señal de que la elfa estaba sopesando las posibilidades. También supo que tenía la mitad de la partida ganada cuando esta preguntó:

—¿Qué es lo que propone?

—Dado que Verner nos está dando desde las sombras tantos quebraderos de cabeza a las dos, quizá podríamos engatusarlo para que saliera a la luz. Sé que está implicado en un atentado contra el Directorio Especial, pero usted asegura que él no ha tomado parte en su operación. Sea cual sea el caso, a ninguna de las dos nos conviene que se entrometa en el proyecto. A usted, porque es un asunto del que desea beneficiarse exclusivamente, y a mí, porque es una pertenencia de la Corporación.

»Si se le hiciera creer a Verner que puede obtener lo que desea y se lo mantiene a un tiempo fuera de su alcance, ¿no lo aceptaría acaso?

—Posiblemente —se apresuró a admitir Hart—. Pero ¿qué gano yo con eso?

—Es evidente. Su competidor queda eliminado.

—En tanto que usted cancela mi operación desde dentro.

—Oh, no —aseguró Crenshaw con una sonrisa—. Al menos, no de inmediato. El doctor Hutten continúa siendo un miembro vital del proyecto. Usted tendrá otras posibilidades.

—Mientras usted vigila todos mis pasos.

—No he prometido que las cosas hubieran de ser sencillas.

La operación de Hart se había vuelto definitivamente más difícil ahora que había alguien en la Renraku que sabía de ella. La elfa adivinó que Crenshaw les franquearía el acceso al recinto a ella y a Verner al mismo tiempo para que se pusieran en contacto con Hutten. Hart prevería la trampa de Crenshaw, pero su asociado Verner

no. La elfa podía arrojar a Verner a los lobos y escapar entre la confusión tratando de llevarse a Hutten con ella, que era exactamente lo que Crenshaw habría hecho en su lugar. No era una apuesta exenta de riesgos, pero ¿qué otra alternativa tenía? Su mayor problema era que Crenshaw conociera sus planes para corromper a Hutten. Con la seguridad en estado de máxima alerta, la única posibilidad que le quedaría a Hart de llevar a buen término la extracción sería aprovechando el desorden producido por la captura de Verner.

—Crenshaw, su oferta es rastrera. Ello no obstante, no me deja grandes posibilidades de elección. Verner ha de quedar fuera de circulación sin tardanza. —Hart señaló con un dedo la pantalla del ordenador del escritorio—. Nuestro hombre debía reunirse con... conmigo mañana por la noche, para presentarme una especie de informe sobre sus progresos. Dado que usted está en contacto con él, supongo que podría cancelar el encuentro.

«Buen contraataque», pensó Crenshaw. Hart estaba tratando de conducirla a la realización de preparativos precipitados, sin duda con la esperanza de que ella olvidara algo o dejara un cabo suelto con el que deshacer la madeja de la trama de la Renraku para franquearse un agujero por el que poder escapar. Bien, Sato estaba presionando para una rápida resolución del caso y a ella le alegraría igualmente que la eliminación de Verner se produjera lo antes posible. Además, cabía la posibilidad de que Hart cometiera, con las prisas, algún error.

—No será preciso. Lo único que necesitamos es atraer a Verner para que salga de las sombras y se dirija al lugar donde podamos aplastarlo.

—¿No teme que huya nuestro hombre?

Crenshaw sonrió para poner de manifiesto su confianza.

—El proyecto ha experimentado escasos progresos —mintió—. Si lo saca ahora, obtendrá poca cosa a cambio de su trabajo.

Crenshaw abrigaba ahora la certeza de que Hart iba a intentar extraer a Hutten. Si la elfa creía que podía sorprender a Crenshaw con la guardia baja, sería menos cuidadosa en sus preparativos. La trampa de Crenshaw estaría lista para atraparla. Después de despachar a Verner, le tocaría el turno a ella. A Crenshaw la traía sin cuidado si la capturaban o la mataban, puesto que, en ambos casos, ella recibiría el mérito e haber señalado al traidor, eliminado al renegado y acabado con la carrera de la conocida incursora Hart.

—Existe un pequeño agujero en su plan para quitar de en medio a Verner —observó Hart—. Este no se presentará a menos que se halle al corriente del encuentro.

—No es un problema —aseguró Crenshaw. «Podría simplemente dejar que usted se lo dijera, querida, pero tengo que seguirle la corriente y darle a entender que la creo»—. Eso tiene fácil arreglo.

Hart experimentó un notable alivio cuando la puerta se cerró tras Crenshaw. Aquella mujer era una manipuladora de tomo y lomo, pero sus retorcidos manejos

habían confirmado los temores de Hart. Crenshaw sabía demasiado, y no era probable que el resto del personal de seguridad de la Renraku estuviera menos informado que ella. Había llegado la hora de recoger las amarras. Sacaría a la criatura esa noche si lo veía factible.

Además, Verner había reaparecido. Todos sus esfuerzos por localizarlo habían sido en vano, y ahora se presentaba Crenshaw ofreciéndose para atraerlo y ponerlo a su alcance. Esa mujer parecía obsesionada con el muchacho, incapaz de aceptar su negativa de que no tenía ninguna relación con él. Cabía incluso la posibilidad de que pensara que ella mentía para encubrirlo. Bien, aquello no le vendría nada mal. Que Crenshaw tornara por hecho cuanto quisiera. Ello redundaría en su propio beneficio.

Le constaba que Crenshaw esperaba que realizara un intento de extracción de la cosa la noche siguiente, aun cuando abrigaba dudas respecto a si aquella conocía la naturaleza real de lo que habían plantado en su preciado Directorio Especial. Las fuerzas de Crenshaw estarían aguardando ara mantener al pobre y descarriado doctor Hutten dentro del cálido abrazo de la Renraku a la vez que liquidaban a algunos molestos incursos. Hart se había enfrentado con otras celadas mejor tendidas y elaboradas que aquella, y las había modificado a su favor. De hecho, la complicidad de Crenshaw le aseguraría la entrada al interior del perímetro de seguridad, después de lo cual solamente tendría que preocuparse de su propia persona. La Renraku esperaba que fuera a rescatar al hombre que había infiltrado, pero ello no entraba en sus cálculos. Hart únicamente necesitaba los datos.

Esa era ahora su mayor inquietud. Confiaba en que Crenshaw solo hubiera tratado de despistarla al afirmar que el equipo apenas había obtenido logros, ya que Haesslich montaría en cólera si su juguete no le proporcionaba nada. Los informes preliminares del *doppelganger* habían sido alentadores y habían apuntado unánimemente a los objetivos que el dragón anhelaba conseguir. Si Crenshaw decía la verdad, tal vez la cosa estuviera jugando con estrategia propia. Wilson les había asegurado su absoluta lealtad, pero ya antes se había equivocado. Hart recordaba el terror que la embargó mientras se ocultaba en la ducha en tanto la criatura acechaba justo al otro lado de la mamara. Había estado a punto de apoderarse de ella en lugar de Hutten porque Wilson había calculado mal el tiempo que tardaría en superar los efectos de las drogas. Haesslich había dado a entender que sabía algo acerca del *doppelganger* que el viejo Wilson ignoraba, pero no había querido compartir su secreto con Hart. El dragón solo había insistido en el hecho de que la cosa nunca lo traicionaría a él. ¿Significaba eso que tal vez fuera a traicionarla a ella?

¿Valía la pena correr el riesgo? Haesslich había estado dispuesto a verla muerta porque conocía su plan. Por lo que había oído, trataba con mano dura a los subordinadas que le fallaban, sin tener en cuenta el tipo de falta en que incurrían. El servicio continuado bajo el mando el viejo gusano parecía ofrecer cada vez menos posibilidades de salir con vida.

Dejando que Verner se precipitara en la trampa tendida resolvería buena cantidad

de sus problemas. Con las disposiciones adecuadas, podría cerciorarse de que acabara muerto. Y el sosia también. Ni siquiera Haesslich podría culparla de que la seguridad e la Renraku echara a perder su juguete. Así quedarían concluidos los términos del contrato que la obligaba a proteger la inversión del dragón en esa operación.

Dejando a Verner al margen, el *doppelganger* ya no tenía utilidad alguna, puesto que Crenshaw sabía que había un topo en el proyecto I.A. Si Verner se prestaba a la celada, la chraku lo agarraría y guardaría sus secretos entre sus puertas. Si Hart también penetraba en el recinto, todavía tendría posibilidad de hacerse con los datos. En todo caso, tanto si lograba entregar al *doppelganger* y su información a Haesslich como si la cosa permanecía dentro de los confines de la empresa pasa a la noche del día siguiente, aquella incursión estaba próxima a tocar a su fin.

Se arrellanó en la silla, considerando las opciones y ponderando por qué medios conseguiría sobrevivir a aquel final.

La grisácea luz predecesora del amanecer comenzaba a filtrarse por las cortinas de las ventanas del edificio medio quemado que Fantasma había elegido como sede de la conferencia sobre estrategia. De todos los presentes, únicamente Karen Montejac presentaba un aspecto de fresca, pero Sam sabía que ello era solo una apariencia ilusoria. Se preguntaba si los demás lo notarían.

—¿Otras ideas? —inquirió.

—Sí —contestó Sally, frotándose los ojos—. Dormir.

—Ciertamente, señor Twist, este me parecería el mejor de los planes. Ya llevamos suficiente tiempo aquí. A menos que se produzca un imprevisto, nuestra única opción es sacar a Hutten del recinto.

—Y yo sigo diciendo que ir allí y tratar de secuestrarlo es demasiado peligroso —gruñó Fantasma.

—Lo sé —admitió Sam—. Lo sé. Pero no hay otra forma. Hutten es la prueba que necesitamos contra Haesslich.

Fantasma se cruzó de brazos y frunció el entrecejo.

—Si quieres derribar al dragón, hazlo venir abajo. Físicamente. Antes de que él te eche la mano encima. Es demasiado arriesgado asaltar el recinto.

Esa no es la manera como deseo hacerlo —arguyó, fatigado, Sam—. Esta es una cuestión de justicia, no de venganza. Haesslich no es un incursor de tres al cuarto. Ha elegido vivir en el mundo corporativo trabajando como director de seguridad de la United Oil. Incluso tiene un N.I.P. Al aceptar ese empleo, pasó a formar parte de la sociedad y está sujeto a las leyes de esta. Mi intención es que pague la pena que le corresponde por ley. De manera legal.

Fantasma se encogió de hombros y volvió la cara hacia otro lado. El silencio se enseñoreó de la habitación. Sam miró a Dodger en busca de apoyo, pero el elfo rehuyó su mirada, y ya sabía que no podía contar con Sally. Comenzaba a sentirse abandonado cuando Jaq se aclaró la garganta.

—¿Eres consciente de que quizá no exista más alternativa que matar al dragón? Ninguno de los planes que hemos revisado presenta una posibilidad razonable de obtener exitosamente la prueba que quieres. Puede que la sanción sea el único medio de detener a Haesslich.

Sam la miró, imaginando el rostro enmarcado por pelambre que había debajo de la rubia máscara de Karen Montejac. ¿Había otra cara, la de Lofwyr, escondida detrás de sus palabras? Solamente el Estado tenía la prerrogativa de dar muerte a uno de sus súbditos. Cualquier individuo que se tornara la justicia por su mano estaba cometiendo asesinato, y el asesinato era un pecado. Sam no estaba dispuesto a añadir una falta de ese calibre a la lista que su alma había acumulado durante los últimos tiempos.

«Señor, ¿por qué me lo pones tan difícil?»

Los demás no creían que hubiera esperanzas de hacer que el dragón compareciera ante otra justicia distinta de su propio y tosco estigma. ¿Andaban tan desencaminados? Él sabía qué era Haesslich y temía lo que sería capaz de hacer si se le permitía proseguir con sus ardidés. ¿Valía más el alma de Sam que la del sinnúmero de personas que serían condenadas o destruidas si Haesslich continuaba viviendo?

Estaba cansado, tal vez demasiado. La de ellos era la solución más sencilla. Matar al dragón y asunto concluido. ¿Pero era una solución moral?

Y, puestos a considerar la perspectiva de dar muerte al dragón, ¿cómo lo conseguirían? Había visto cómo Tessien destruía a un tanque, y Tessien era más pequeño y presumiblemente menos poderoso que Haesslich. Necesitarían una capacidad de fuego enorme. Cualquier cosa susceptible de herir a un dragón podía asimismo matar a cualquiera que se hallara cerca. Si causaban la muerte de personas inocentes, Sam y los otros serían tan malvados como Haesslich. Era Fantasma quien había propuesto liquidar al dragón. Él era un guerrero y entendía de tácticas y armas. Quizá Fantasma pudiera idear la manera de atacar al dragón sin dañar a otras personas.

Cuando Sam se volvió hacia donde Fantasma estaba de pie, no vio a nadie. El indio se había agazapado junto a la puerta, con un Ingram en la mano derecha. Los demás habían salido de su inmovilidad y estaban también tensos para pasar a la acción. Sam alargó la mano en busca de su arma.

—Es Kham —anunció Fantasma, tras escuchar unos instantes.

Exhalando un suspiro de alivio, Sam volvió a guardar la pistola a medio desenfundar. Un momento después, se oyeron los pasos en la escalera de madera. La puerta se abrió y Kham entró con respiración levemente jadeante.

—Llegas tarde, don Colmillos.

—Dodger... —lo reprendió Sam—. Me alegra que hayas decidido venir, Kham.

—Abre bien los oídos, ejecutivo —gruñó el orco, pasando frente a él para aproximarse a Sally—. Acabo de declinar una invitación para una fiesta que puede interesarte. Un montón de tipos de la Raku, personas de peso, van a celebrar la partida de Cierta persona importante.

—¿Cuándo? —preguntó Sally.

—¿Dónde? —quiso saber Sam.

Kham asestó una dura mirada a Sam y de nuevo dirigió sus palabras a Sally.

—El transbordador ara Sea-Tac aterriza a las once. La última parada es el precinto de la Raku, donde esperan embarcar al pasajero de honor.

Dodger exhaló un silbido.

—El dragón jefe llama y su marioneta va corriendo hacia él. Por desgracia ara los conspiradores, la seguridad de la Renraku ha desentrañado su complot. Detendrán a Hutten.

—Tal vez —concedió Sam—. He oído que a veces la Corporación espera hasta

que un fugitivo intenta subir a un avión que lo lleve al exterior para intervenir. El desconcierto puede hacer que el renegado sea más tratable. Si están esperando en el aeropuerto, cabe la posibilidad de que no sepan que escapa para encontrarse con el dragón. Podríamos secuestrarlo allí.

Kham soltó una risotada.

—Oh, sí, los chicos rojos de la Raku esperan en el aeropuerto. Por montones. No se necesitan matones de primera ni artillería pesada para una blandengue rata de laboratorio.

—Si están preparados para apresar al dragón, podemos dejar que lo prendan —opinó Fantasma—. Que bailen ellos con el gusano. Si queda algún pedazo suelto después de los fuegos de artificio, podrás sentirte satisfecho quedándotelo. Si la Raku está armada para combatir a un dragón, no habrá modo de poder atrapar a Hutten en el aeropuerto.

—Entonces tendremos que cogerlo en otro sitio —anunció Sam—. Esta es la ocasión que esperábamos. En cuanto esté fuera de los muros del recinto, nos será más fácil raptarlo sin el estorbo de la seguridad de la Renraku. Kham, ¿cómo has conseguido exactamente esta información?

El orco no tuvo oportunidad de responder.

Una ráfaga de proyectiles de armas automáticas agujereó las cortinas y dibujó una línea en el tabique del fondo. En el camino de la mortífera trayectoria se interponía Kham, el cual se vino abajo sobre la mesa con un gruñido de dolor y sorpresa.

Un segundo más tarde, los perforados cortinajes se ahuecaron hacia adentro al recibir el impacto del torbellino cromado de un asesino. Sally cayó al suelo cuando el intruso penetró en la habitación. Abriéndose paso entre la maraña de tela con sus cuchillas gemelas, el samurái se precipitó hacia el orco. Fantasma disparó su Ingram, pero las balas solo arañaron el aire.

Kham se revolvió en la mesa se incorporó a tiempo para ver al samurái abalanzándose sobre él.

—Ridley, loco de...

—¡Toma esto, colmilludo! —gritó Ridle hundiendo sus cuchillas en el brazo levantado y en la carne del muslo del orco.

Con un aullido, Kham se desplomó en el suelo en medio de un charco de sangre. Ridley no se dignó dedicar ni una mirada a su enemigo caído antes e saltar por encima de la mesa.

Sam no abrigaba duda alguna sobre el próximo objetivo del samurái; veía su propia imagen reflejada en el espejo de sus ojos. Buscó a tientas la pistola, a sabiendas de que, aun cuando consiguiera disparar a aquel salvaje, para cuando la droga hubiera surtido efecto este ya lo habría destrozado.

El tiempo parecía transcurrir con insoportable lentitud. Sam vio cómo Ridley se posaba en el suelo con las rodillas dobladas para amortiguar la caída. En el mismo instante, Sam vio a Fantasma al otro lado, apuntando su Ingram. Ridley se enderezó,

abandonando el parapeto de la mesa. Repuesta del choque de la embestida inicial del samurái, Sally se levantaba también, para colocarse justo en la línea de tiro de Fantasma.

Sam apretó el gatillo del Lethe. Ridley se aproximó, alzando un brazo erizado de muerte plateada. Los oídos de Sam captaron un estrépito mientras contemplaba la ensangrentada hoja que iniciaba su descenso.

El brazo cromado se descargó, pero no sobre Sam. Jaq gritó de dolor al tiempo que apartaba el letal miembro de la cabeza de Sam con su propio brazo. Perdido el equilibrio, Ridley se replegó, volviendo la mirada hacia el defensor de Sam.

Aquel descuido era lo único que necesitaba Fantasma. Primero con uno y luego con los dos Ingram, lanzó postas que fueron a estrellarse en el cuerpo semimetálico del samurái. Ridley giró sobre sí al recibir el impacto, pero la mayoría de las balas no habían penetrado en su carne. Chispeando y sangrando, Ridley se volvió en dirección a Sam con una mueca infernal en la cara. Las siguientes ráfagas disparadas por Fantasma lo lanzaron contra la pared. Allí rebotó, dejando un olor a sangre, y cayó al suelo presa de frenéticos espasmos.

Con una pistola ya enfundada y un cuchillo Bowie de veinticinco centímetros sustituyéndola en su mano, Fantasma se arrodilló junto al despancijado asesino.

—El colmilludo ya no hablará ahora. —Ridley escupía sangre al toser, pero sonreía—. Nada mal para un indio, tío. Apuesto a que no puedes batirte conmigo frente a frente.

—No estás en condiciones de pelear.

—Me reconstruirán, troglo, y después me zamparé tu corazón.

—Para reconstruirte, necesitarán un cerebro —replicó quedamente Fantasma al tiempo que introducía el cuchillo bajo la barbilla de Ridley y lo hundía hasta la base del cráneo. El samurái solo tuvo un espasmo.

El hedor a excrementos se superpuso al fuerte olor producido por los propulsores de las armas de fuego. La estancia recobró la calma.

—¿Hay más?

—Había dos en la entrada —explicó Dodger, recargando su pistola automática Sandler—. Ya se han convertido en carne putrefacta.

—Hay un coche con conductor en la calle... —informó Sally. Una explosión secundaria interrumpió sus palabras—. Ahora que ha vuelto la tranquilidad, voy a echar una cabezadita. —Resbaló apoyada en la pared y, colocando la cabeza sobre el alféizar de la ventana, cerró los ojos.

Sam rodeó la mesa para acercarse a Jaq, que atendía a Kham. Este era un puro amasijo de carne sanguinolenta.

—¿Está...?

Jaq sacudió la cabeza.

—Aún no. Su armadura ha contenido las balas. Las magulladuras no serán un gran problema. El brazo está casi sesgado y los músculos principales de la pierna

peligrosamente cortados. Va a tener que pasar mucho tiempo en el hospital.

—¿No puedes tú hacer algo por él?

—No puedo hacer milagros. Necesita un médico, y uno bueno a decir verdad.

—Con él se va nuestra fortaleza física —observó Fantasma, que solamente presentaba como huella de su reciente hazaña la sangre que le cubría la mano derecha. El cuchillo había desaparecido de la vista.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Sam.

—Los muchachos de Kham no participaran en la incursión si él está convaleciente. Sin esas personas de apoyo, es imposible llevarla a cabo.

—¿Y los hombres de tu tribu?

La pétrea expresión que adoptó al instante la cara de Fantasma indicó a Sam que acababa de plantear una cuestión inoportuna.

—Ellos no tienen nada que ver con esto.

Fantasma estaba en lo cierto, desde luego. Los guerreros no arriesgarían la vida por alguien que no era un miembro de su tribu. Fantasma no le impediría que se lo solicitara, pero no era probable que los seguidores del indio fueran a poner en peligro la vida para satisfacer la idea de justicia de un blanco, especialmente cuando este hacía caso omiso de los buenos consejos de su jefe.

Había, no obstante, otras personas interesadas en el asunto y que no necesitaban el visto bueno de Fantasma y, aunque su ayuda acarreaba una nueva cadena de obligaciones, Sam no veía otra manera de obtener la fuerza que necesitaba a tiempo para aprovechar la ventaja que brindaba la partida de Hutten.

—Bien, Jaq Parece que, después de todo, necesitaremos a tu gente.

El chico de negro ébano tapado con la resplandeciente capa corría por los vibrantes senderos de los ordenadores de control de tráfico aéreo de la megápolis. Corría resueltamente, dirigido a un lugar que ya había visitado antes. Subió una escalera y atravesó una rutilante puerta, abriéndose camino entre la jerarquía de subsistemas y barreras de paso como si fueran inexistentes. Al llegar finalmente al centro de mando, hundió la mano en el flujo de datos y se fue tras un mandato. Entonces desapareció, escabulléndose entre contramedidas que nunca llegaron a detectar que él estaba allí.

El transbordador del aeropuerto de la Aztecnología quedaría demorado en la pista Mitsuhama. En su lugar, un transbordador de ala ladeada Commuter Boeing Federado camuflado con los distintivos de la Aztecnología aterrizaría en la pista veintitrés de la Renraku precisamente a la hora justa: las diez y cuarenta y dos de la noche.

Una parada en el controlador de transmisión perteneciente a Taxis Hadley aseguró que la señal de despegue se produjera junto con Fa conexión regular entre el inocente señor Hadley y sus itinerantes taxistas. Con dicha señal, se puso en marcha el desarrollo del plan de Sam. El equipo de secuestro se dirigía a su punto de destino y él debía estar allí para recibirlos. El muchacho de ébano ahuecó la capa y, precipitándose en el oscuro cielo de la Matriz, alzó el vuelo en dirección a la gran pirámide negra de la Renraku.

Rodeó cautelosamente la estructura, buscando algún indicio de que el sistema no se hallara en su estado normal. Después de trazar el tercer Círculo en torno a ella sin haber advertido nada, se posó en la misma puerta trasera que había utilizado en el transcurso de la expedición realizada con Sam. Entró con el código que había robado y comprobó, con alivio, que la calma reinaba en la intersección. Entonces puso en marcha el programa de enmascaramiento, que con la excitación había olvidado activar. Luego descansó un momento, que aprovechó para plantearse cuál sería la mejor vía para llegar a los sistemas de seguridad que controlaban la pista de aterrizaje veintitrés.

El recinto aún se encontraba en fase de construcción, de lo cual se desprendía que ciertos sistemas de seguridad habían de instalarse a medida que se realizaban las ampliaciones. La instalación representaba la necesidad de planos, y para Dodger los planos significaban mapas. Se coló por una vía entre los monitores del mantenimiento de ascensores hasta llegar a los sistemas utilizados por los instaladores y de allí retrocedió hacia las líneas del plano general.

Dodger se introdujo en un subprocesador y advirtió, satisfecho, que los trazos de energía que vibraban en las paredes eran lo que buscaba. Los dedos teclearon instrucciones de Visualización al tiempo que el chico negro agitaba la mano efectuando gestos pseudomísticos. Un mapa del sistema de control para monitores de seguridad se hizo a la luz con brillantes destellos. Un nuevo ademán, y la imagen

corrió y se agrandó, poniendo en resaltado el punto de empalme entre su paradero actual y el subprocesador que vigilaba las intersecciones de seguridad que contribuían a la supervisión de la pista veintitrés. Exploró la vía y volvió a ponerse en movimiento, dejando que el producto de sus juegos de manos se disolviera para reducirse de nuevo a la nada.

Dos intersecciones más adelante, percibió una extraña calidad translúcida en el entorno. Todo daba la sensación de haber sido recubierto de una capa de pulimento que casi le confería un brillo espejeante. El chico de color de ébano se detuvo y contempló su propio reflejo en las paredes del centro de mensajes. El tendido de circuitos de iluminación intermitente característica de la imaginería de construcción de la arquitectura parecía retraerse, difuminándose bajo el resplandor de las superficies refractantes.

Al volverse para huir, el muchacho chocó de frente con la cara de facciones imprecisas de una chica marfileña, cuya capa relucía con puntos brillantes, como si estuviera confeccionada con diamantes negros.

—Por mi fe, que teníamos la esperanza de vuestro regreso.

Dodger no halló palabras para responder.

Los dedos revolotearon en el teclado en busca de las iniciaciones correctas del programa para escapar de la intersección, en tanto que el chico negro giraba la cabeza tratando de localizar una salida. Una mano oprimió la tecla de retroceso, pero los espejos no hicieron más que incrementar su fulgor.

—Por mi fe, que teníamos deseos de vuestra compañía —dijo la muchacha, con voz más seductora de la que Dodger había escuchado nunca de labios de una mujer de carne y hueso. La chica alargó una mano para acariciarle la mejilla—. Venid.

Y cambiaron de lugar.

En el nuevo entorno había una miríada de espejos negros como el azabache que, con la acumulación de sus pequeños fragmentos, conformaban las paredes, el suelo y el techo. No se veía ninguna vía de entrada o salida. La muchacha de marfil, con el esbelto cuerpo élfico oculto por los pliegues de su capa, permanecía de pie, casi invisible, en el centro de la estancia, y todo cuanto Dodger alcanzaba a ver era la elegante forma de su cabeza. Aun cuando su cara careciera de rasgos definidos, él estaba absolutamente convencido de su belleza y femineidad. Era una sirena cibernética que apelaba a su alma; hálito para su ánimo, una parte desgajada de su carne que ahora, paradójicamente, estaba allí esperándolo.

Si a menos pudiera moverse y estrecharla entre sus brazos...

—No está por completo aquí, ya lo sabes —dijo una nueva voz.

Dodger advirtió de repente una nueva persona. En el otro extremo de la cámara había una figura femenina cuyos contornos aparecían borrosos y refractados como si estuvieran encajados en hielo líquido. Llevaba una vestimenta similar a la de un ciclista, aunque parecía confeccionada con cromo en lugar de piel sintética. Su largo pelo de color platino le caía laciamente sobre un costado del rostro, velando el lente

izquierdo de sus gafas de sol doradas.

—¿Quién sois, Doncella de Hielo?

—Mis amigos me llaman Jenny. Tú debes de ser Dodger.

—Así es, *lady* Jenny. ¿Tenéis idea de dónde estamos o de quién es ella?

—¿Ella?

—Nuestra bella anfitriona.

—Deben de habésete cruzado los cables de intercomunicación, Dodger. *Bella* no es precisamente la palabra que yo utilizaría para calificar al más formidable pedazo de estúpida que he visto en mi vida.

Dodger escuchó sus palabras, con la mirada fija en su anfitriona. Aquella no era una manifestación ordinaria de la Matriz.

—Creo que mis circuitos están en orden. Jenny, comienzo a sospechar que nos hallamos en presencia de la historia.

—Fenomenal. Lo único que yo quiero es irme a casa.

—A casa —dijo una encantadora voz de contralto, pero Dodger sospechó que Jenny había oído una voz masculina de bajo.

Uno de los paneles reflectantes de la pared se iluminó, adoptando una brillante tonalidad blanca que fue definiendo la imagen de Holly Brighton, estrella internacional de *sim*sen.

—Me alegra tanto que hayáis podido reuniros conmigo esta noche... —declaró el rostro de Holly antes de que su visión quedara inmovilizada.

Un nuevo panel del muro de enfrente cobró luminosidad, mostrando a un débil anciano de pie en un escenario desnudo, enmarcado en un telón ge fondo.

—Os hemos preparado un gran espectáculo para esta noche —anunció al tiempo que su imagen se paralizaba.

Una tercera pantalla fulguró. En esa ocasión vio a un joven de intensa mirada vestido con lo que parecía ser el último grito en la moda de fin de siglo, que se encontraba en una especie de sala de conferencias, señalando el transcriptor de imágenes mientras decía:

—El mal, puro y simple, por medio de...

El resto de los paneles se alumbraron, dando vida a imágenes que aparecían y desaparecían intermitentemente a una velocidad dolorosa para la vista. Dodger no lograba conferirles ningún sentido hasta que, unos momentos después, aminoraron el ritmo de sucesión.

Cada mampara mostraba al azar su serie de imágenes de las cámaras de seguridad del recinto de la Renraku entremezcladas con los canales de emisión interna. En una de ellas las imágenes fueron superponiéndose con progresiva lentitud, una tras otra, hasta detenerse en fa reproducción de una pista de vuelo. Otra se paró en una escena idéntica y la tercera y la cuarta se centraron también en ella. Rodeándolo de forma tan obsesiva como lo habían hecho los espejos, veía cientos de imágenes de la pista de aterrizaje veintitrés.

En la pista de aterrizaje veintitrés, Crenshaw estaba poniéndose un tanto nerviosa. Eran las diez y treinta y ocho y Verner todavía no daba señales de vida.

—Addison —llamó a través de su teléfono móvil—, ¿algún indicio de penetración en la Matriz?

—Me parece que no —tardó en contestar el empleado—. Unas cuantas subidas de tensión en el sistema, pero nada que permita detectar a un operador enemigo. Nada ha hecho accionar los gatillos de los subprocesadores del entorno de la pista.

—Ponte en contacto conmigo en cuanto se produzca algo. Corto.

El equipo de Verner participaba en una incursión lo bastante arriesgada como para poner un operador en un puesto de vigilancia. ¿Podía ser Verner un operador tan bueno como para haber burlado las contramedidas de la Renraku y a Addison también?

Salió a la explanada de aterrizaje para girar la cabeza en todas direcciones y mirar la planta de observación. El viento le agitó los cabellos, azotándole la cara, pero los pelos no se pegaron a sus ojos implantados como habría sucedido con unos de verdad. Un ligero ajuste redujo el brillo de los reflejos, permitiéndole ver el pequeño grupo de personas que contemplaban la pista desde el cálido y seguro salón que se hallaba al otro lado de la mampara protectora de Transparex. Sato estaba junto a la barandilla de bronce, con las manos entrelazadas a la espalda. A su derecha se encontraban sus guardaespaldas especiales, y a la izquierda se hallaban Marushige y Silla. Crenshaw frunció el entrecejo, molesta por la inoportuna presencia del director de seguridad. Se suponía que aquella función corría por cuenta de ella.

Una cuadrilla de personal de tierra uniformada de blanco salió de la sala de control de operaciones en dirección a sus estaciones. El transbordador debía de estar aproximándose. Una ligera inquietud recorrió a los pasajeros que aguardaban tras la barrera de embarque. La expectación, pensó, y no la ansiedad de un turista por iniciar sus vacaciones, ya que, con excepción de Hutten, todos ellos eran agentes de seguridad de la Renraku que sustituían a los verdaderos viajeros del transbordador por orden suya. Se les había comunicado que se preveía la llegada de incursores antes del aterrizaje del aparato o en el transcurso de este.

¿Y dónde estaban tales incursores? En la información que le había transmitido a Crenshaw el monitor de tráfico aéreo solo constaba la inminente llegada del transbordador de Aztecnología. La patrulla ge tierra observaba solo un tránsito normal. La brigada doble de Samuráis Rojos que se encontraban en reserva en el interior del edificio impedirían de manera efectiva cualquier intento de acercamiento que pudiera realizar la ente de Verner desde el interior, suponiendo que hubieran penetrado antes en el recinto de la Renraku.

Se acercó al grupo situado junto a la valla de embarque. Hutten se hallaba en el medio. La luz proyectada por los focos de la pista ponía de relieve sus rasgos,

confiriéndoles un aire salvaje en el que ella no había reparado antes. No era extraño, reflexionó. Se había comportado como un oso sacado de su madriguera en pleno invierno desde que lo había abordado aquella mañana para decirle que Hart estaba interesada en que llevara a cabo la entrevista. Probablemente recela a algún tipo de maniobra, a pesar de que ella le había asegurado que formaba parte de la operación de Hart. No andaba desencaminado, desde luego. Aquella noche, sin embargo, no era él el objetivo. Su turno vendría después.

—El transbordador llegará pronto. Relájense.

Hutten miró en derredor, a los otros que esperaban en la pista, y abrazó su maletín contra el pecho. Después inclinó la cabeza y susurró a Crenshaw:

—Algunas de estas personas van armadas. Debe de haber algo que no funciona como debiera.

—No se preocupe. Estamos en el dos mil cincuenta y uno. Toda persona sensata tiene una pistola. Tranquilícese —le aconsejó con dulzura—. Ahí llega el transbordador.

La cabina se llenó con el zumbido producido por los motores cuando el ala del Commuter se elevó con el cambio de configuración de vuelo horizontal, transformando los propulsores en rotores para el aterrizaje. Al ver por las ventanas las resplandecientes paredes inclinadas del recinto de la Renraku, Jacqueline sintió la excitación previa a la acción.

Con la aprobación otorgada a regañadientes por sus colegas incursores, Sam había dividido el grupo en dos equipos. Jaq iría al recinto para secuestrar al sustituto de Hutten antes de que embarcara en el transbordador. Él no se acercaría al aeropuerto ni caería presa de la emboscada que la seguridad de la Renraku les había tendido a él y a su patrocinador. Mientras Sam y Jaq trataban la cuestión del armamento con Enterich, habían sido informados de que Haesslich no iba a acudir al aeropuerto. El dragón dejaría la recepción a cargo de sus agentes y aguardaría la entrega de sus mercancías en un lugar más seguro para él: una zona desierta de los muelles de la United Oil. Sam había expresado alivio al escuchar la noticia, ya que representaba que ningún transeúnte resultaría herido cuando condujera al otro equipo contra Haesslich. Su plan era enfrentarse a este mientras Hart y Tessien lidiaban con los decepcionados miembros de la Renraku en el aeropuerto, lo cual no le parecía, por otro lado, del todo injusto.

Jaq echó un vistazo al reloj de la cabina. El otro equipo ya estaría en el lugar que les correspondía a esa hora. La decisión de Sam de dividir la fuerza del grupo la había preocupado en un principio, pero había tenido finalmente consecuencias satisfactorias para ella. Aun cuando Sam no fuera a estar presente en el secuestro, había encontrado de todas formas la manera de solventar ese detalle. Cuando todo lo demás fallaba, siempre quedaba el recurso de la magia.

La sasquatch observó a sus compañeros. A pesar de ser reacios a entrar en el

recinto, cinco de los miembros de la tribu de Fantasma se habían sumado voluntariamente a la incursión. Eran veteranos guerreros de las calles, de ademán calmado y aspecto feroz bajo sus pinturas de guerra. Auguró que serían buenos alborotadores, aunque su presencia no fuera a afectar sustancialmente el desenlace del plan. La mayoría de ellos estaban escasamente modificados, exceptuando a su líder, Jason, el cual podría acarrearle problemas. Le hubiera gustado disponer de más tiempo para averiguar en detalle la cantidad y ubicación de sus implantes, pero con todo lo prefería a Fantasma. Jason no era tan listo y carecía de su astuta capacidad perceptiva. Ello no obstante, debería mantenerlo vigilado.

A Tsung también. Como única maga aparte de ella en la expedición podía ser una fuente de conflictos. Por el momento, la hechicera había actuado ciegamente, al parecer ignorante del hecho de que la imagen de Karen Montejac que la enmascaraba no era más que una ilusión de los sentidos.

Si Tsung abrigaba sospechas, podría indagar con la profundidad suficiente como para advertir el segundo hechizo. Lo echaría todo a perder si descubría la otra máscara que Jaq iba a utilizar para los ojos del personal de la Renraku. Era deseo expreso de su patrón que las culpas de la correría recayeran sobre Verner. El encantamiento sensitivo que la haría tomar la apariencia de Sam se encargaría de que así fuera. Dado que Sam había tratado únicamente de negocios con Karen Montejac, Tsung había quedado satisfecha de que su última conquista no mostrara predisposiciones veleidosas y por ello apenas había mostrado interés por Jaq. La arrogancia y el egocentrismo humanos solían facilitarle la vida.

Cuando quedó claro que iban a acompañarla varios matones de alcantarilla, Jaq creyó conveniente igualar su número con sus propias tropas. Había traído solo cinco de sus mercenarios, sin contar la tripulación del ciberpiloto que manejaba el avión. Todos contaban con experiencia en guerras corporativas y modificaciones estratégicas adecuadas a sus especialidades. Profesionales avezados, se habían adaptado rápidamente al grupo. Como no aprobaban los disfraces, se habían negado en un primer momento a llevar las pieles sintéticas y pinturas de guerra de los indios, pero pronto habían cedido, intercambiando rudas bromas acerca de lo que había que hacer por dinero. Eran buenos soldados. Diez mercenarios de calidad hubieran desbaratado fácilmente la guardia habitual en una pista de aterrizaje de la Renraku incluso sin disparar a discreción. El asalto de unos harapientos indios de tan chocante apariencia produciría un impacto psicológico menor, lo cual le permitía confiar en no perder demasiados mercenarios costosos de contratar.

—Falta aproximadamente un minuto —anunció el piloto por el altavoz de la cabina.

Tintineos y roces diversos sonaron en el aparato, con la revisión del armamento realizada por todos los pasajeros. Tsung sonrió y alzó el pulgar en dirección a Jaq, la cual le respondió con idéntico ademán. Después la maga se colocó un casco.

—Dodger —llamó a través del receptor de sonido. Al cabo de un momento,

repitió el nombre y luego torció el esto—. Tenía que estar en su puesto para impedir el acceso a la pista de aterrizaje.

—Quizá se encuentre demasiado ocupado para responder —aventuró Jaq.

—Esto no me gusta.

—Tanto si te gusta como si no, nos hemos comprometido a hacerlo.

El Commuter ya había encendido las luces de aterrizaje.

Los focos hicieron converger sus haces luminosos sobre la pista, poniendo de manifiesto el polvo agitado por los rotores durante el descenso del aparato. Una mujer vestida de blanco caminó hacia el cono proyectado por los faros del morro haciendo señales con unas relucientes varas rojas indicativas y fue retrocediendo, conduciendo al avión de despegue vertical a una posición más centrada en el círculo de aterrizaje.

Crenshaw incrementó su compensación de brillo para atisbar entre el resplandor que enmascaraba al transbordador. La imagen de un sol azteca que lo designaba como propiedad del servicio regular de Aztecnología relucía en el plano de deriva de la cola. La puerta e la cabina se abrió tan pronto como las ruedas del vehículo hubieron rozado el suelo, cediendo el paso a un grupo de figuras.

—Verner —dijo en voz alta, reconociendo a la primera persona que bajaba por la escalerilla.

Había mordido el anzuelo, se había creído la historia que ella había planeado con el orco.

Había otra gente, entre ella una mujer que le resultaba vagamente familiar y que no era Hart. Crenshaw olvidó todo lo concerniente a la identidad de la mujer al identificar varios rostros entre los indios que abandonaban el Commuter. Ignoraba sus nombres, pero los conocía suficientemente bien. Uno de ellos, el bajito con ojos reflectantes, era el jefe de la banda de indeseables que la habían violado después de que el traidor y los otros se hubieran marchado para llevar a cabo su incursión. Aquella era una rima inesperada. Si salía con vida de la celada, los dos mantendrían una pequeña reunión, pero en aquella ocasión sería ella la que ostentara el poder.

—Están aquí —anunció Crenshaw por la línea de comunicaciones—. Cogedlos. Abatidlos a todos.

A su lado, Hutten se puso tieso y la miró fijamente con sombríos ojos.

Jaq condujo a sus mercenarios fuera del Commuter y los desplegó en torno a él para establecer un cordón que lo protegiera en todas direcciones. Para cualquier observador, los incursores aparecerían como una tropa de indios dirigidos por la maga Tsung y su nuevo amante, el renegado Samuel Verner. Cuando sus hombres tomaron posiciones, la gente que esperaba al otro lado de la barrera de embarque reaccionó a la invasión, pero no del modo como lo haría una muchedumbre presa del pánico. Muy al contrario de ello, se dividieron en pequeños grupos, desenfundando

armas al tiempo que se movían. Era, tal como Jaq había temido, una trampa. El secuestro de una simple persona estaba a punto de convertirse en una batalla sin cuartel.

—¡Código Alfa! —gritó.

A su alrededor, los mercenarios pusieron en marcha las medidas de contraataque. Rawlins, el especialista en armamento pesado, empuñó su rifle de asalto. Cuando el lanzador de granadas colgantes arrojó un racimo entero contra la ventana de la planta de observación, el cemento y el cristal se unieron a la metralla que hacía explosión en él, conformando con ella una lluvia que caía sobre la pista de aterrizaje. Un espantoso quejido martirizó los oídos de Jaq cuando un fragmento perdido salió proyectado de los rotores en movimiento del Commuter.

Jaq sonrió. No habría ningún francotirador apuntándoles desde el estratégico punto de observación. A su izquierda, otro de los mercenarios lanzó granadas de humo, y negros nubarrones taparon la visión del centro de control. Entre la creciente niebla negra se retiraban fugitivas figuras ataviadas con monos blancos. El resto de sus hombres disparaba contra los supuestos pasajeros.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —la interpeló Tsung tras llegar corriendo a su lado.

—Es una trampa —respondió con toda tranquilidad Jaq—. Los pasajeros son todos empleados de la seguridad. ¿No ves sus armaduras?

Tsung echó una ojeada.

—¡Mierda!

—Agarra a Hutten —ordenó Jaq, señalando al alto individuo que permanecía en pie entre los cuerpos esparcidos por el suelo—. Nosotros te cubriremos.

Tsung hizo señas a Jason y los otros indios para que la siguieran y, a la cabeza de ellos, que adoptaron una formación de cuña, corrió encorvada hacia Hutten.

Jaq volvió a sonreír. Todo salía a pedir de boca.

El aviso de Crenshaw llegó casi demasiado tarde. Los intrusos abrieron fuego cuando su gente comenzaba a reaccionar. Unos cuantos cayeron con la primera andanada y otros tropezaron con el cemento cuando la explosión destripó el suelo del recinto.

—¡No! —gritó Hutten junto a ella—. ¡No!

—Al suelo, idiota —le ordenó Crenshaw, poniéndole una mano sobre el hombro para obligarlo a tenderse.

Con inusitada facilidad, el hombre se zafó. Con la otra mano la aferró, aplastándole con sus dedos el vestido y la armadura. Cuando la levantó del suelo, sus ojos tenían una mirada extraviada.

—¡Traidora! No le permitiré hacer esto. Ahora no. ¡Ahora no! Me prometió una vida propia.

Crenshaw forcejeó para liberarse. Colgándose de su brazo, lo atenazó con

intención de quebrárselo. Su mano, sin embargo, golpeó una superficie durísima que le causó un tremendo dolor. Hutten no estaba modificado; su enajenación debía de haberle agarrotado los músculos hasta tal extremo que ella, en su postura, no podía doblegarlos. No había tiempo para volver a probar. Por el momento los invasores habían mantenido el fuego alejado de ellos, temerosos de disparar contra su tesoro, pero tarde o temprano un tirador le arrebataría a Hutten de las manos. Incluso los músculos tensados por un espasmo eran incapaces de funcionar si eran rebanados; proyectó hacia afuera las cuchillas de su mano y, como si de un rastrillo se tratara, recorrió con ella el antebrazo de Hutten.

La sangre manó entre la tela rasgada, pero el investigador no la soltó. Lo golpeó repetidamente, ya teniéndole sin cuidado si le convertía el brazo en picadillo. La manga se deshizo en andrajos entonces percibió los estragos que estaba causando. Su temor a recibir un tiro dio paso al horror cuando vio que las heridas se cerraban con casi tanta rapidez como las infligía ella.

¡Aquello no era un hombre!

Logró con esfuerzo controlar el pánico que amenazaba con paralizarla. Hutten había gruñido cuando lo cortaba. Si eso significaba que era capaz de sentir dolor, no era invencible. Le asestó un puntapié en la ingle, sabedora de que había cuando menos una actividad que realizaba como un hombre.

Hutten resopló de dolor y sorpresa dobló el cuero, lo cual hizo que la segunda pata a de Crenshaw lo golpeará de canto en la rodilla, en lugar de hacerlo otra vez en la ingle. La pierna se combó y los dos se vinieron abajo. Crenshaw se apartó rodando de él y se puso de cuclillas.

Su antagonista cayó de espaldas, protegiéndose con las manos los genitales, y uno de sus pies quedó apoyado en la barandilla del área de espera. Sin vacilar un instante, la mujer descargó el pie sobre la espinilla, y escuchó con satisfacción el crujido de los huesos. Hutten exhaló un alarido.

No, no era invulnerable.

Los rodeaba el fragor del combate. Crenshaw centró la mirada en la humeante planta de observación. Se había metido en un buen lío. Había de minimizar su propia exposición, tanto a las balas como a las repercusiones. Se inclinó sobre Hutten, que se retorció convulsivamente.

—Te lo tienes merecido, seas lo que seas —dijo, desenvainando el cuchillo de la funda que llevaba prendida en la nuca. La banda de monofilamento injertada a su filo era capaz de cortar casi cualquier cosa, incluso la cuerda de poliacero que ataba el maletín de Hutten al brazalete cerrado con mecanismo de seguridad en torno a su muñeca. Le hundió la hoja en el brazo y sonrió al oír su grito de dolor.

Tras separar la mano del brazal aún sellado, se dirigió al extremo de la pista, manteniéndose agazapada de modo que las vallas de la zona de embarque le sirvieran de parapeto. La puerta de servicio que pretendía alcanzar le permitiría entrar de nuevo en el recinto sin atravesar la línea de fuego, el cual se había intensificado con

la tardía llegada de los Samuráis Rojos.

Crenshaw alargaba la mano hacia el control de apertura cuando alguien la golpeó por detrás. Su cara chocó contra el cemento y se arañó en contacto con la tosca superficie. La ensangrentada asa del maletín le patinó en los dedos y se deslizó a su lado hasta detenerse, balanceándose, en el borde de la pista de aterrizaje. Se volvió, dispuesta a hacer frente a cualquiera que fuera el incursor que la había empujado, y entonces se quedó petrificada.

Enseñándole los dientes, Hutten le atenazó férreamente el tobillo y apoyó su muñón, que ya no sangraba, en su espinilla.

—Esto para empezar —anunció al tiempo que le quebraba el hueso de la pierna.

Crenshaw no gritó hasta ver la astillada punta del hueso que sobresalía entre su piel. Haciendo caso omiso del dolor, retrocedió tambaleante y chocó contra la valla, lo cual impidió que cayera por el borde. El ímpetu de su movimiento volcó el maletín y este se deslizó, tomando el curso del cual la había protegido a ella la barrera.

Hutten se abalanzó a una velocidad que ella había creído imposible alcanzar, pero, en lugar de atacarla, se encorvó sobre la barandilla y gimió. Volvió la cabeza a tiempo para ver cómo la maleta se golpeaba contra un nivel inferior y se abría, rota, esparciendo una multitud de casetes y chips al viento. Hutten se desplomó, con el cuerpo doblado sobre la valla.

Un ligero empujón bastaría para echarlo abajo. Cuando su mano le rozó el talón, el doble se reanimó y la alejó de un manotazo. Crenshaw notó el sabor de la sangre que brotaba de su labio partido. Hutten la levantó y, agarrándola por el pelo, la empujó contra la pared y le aplastó un brazo contra la dura superficie.

—¡Ese era mi billete para incorporarme a la vida! —le gritó a la cara.

A pesar de su pierna y de la velocidad de su adversario, la mujer estaba segura de poder librarse de él si lo enceguecía. Sacó las cuchillas de su mano libre y levantó el brazo para descargarlo, únicamente para sentir cómo cortaban su propia palma que él convertía en un puño estrujándole los dedos. Pálida, pero aun así tremendamente fuerte a pesar de su tamaño infantil, la nueva mano de Hutten le aplastó los huesos hasta molerlos.

Después volvió a agarrarla y la balanceó sobre el abismo. En un último acto de desafío, ella le escupió en la cara. La criatura se lamió la saliva mezclada con sangre con una lengua que parecía extraordinariamente larga antes de soltarla.

Cayó, sabiendo que alcanzaría una velocidad fatal a menos que la detuviera algún saliente. No quedarían de ella suficientes restos para ser reconstruida. Hizo votos porque la muerte a visitara antes del choque final.

Uno de los muros vibró y las imágenes que proyectaba de la batalla desarrollada en la pista e aterrizaje veintitrés quedaron sustituidas por una mujer que corría perseguida por un hombre cojo que se movía con asombrosa rapidez. Cuando la hubo alcanzado, con el forcejeo de ambos, un maletín cayó por el borde de la plataforma y fue a estrellarse contra un saliente. Al abrirse, se esparcieron por el aire tableros de circuitos y chips de computadora.

La oscuridad asaltó los sentidos de Dodger cuando la capa de su anfitriona se hinchó *motu proprio*, tapándola a ella y al resto de objetos visibles. Un agudo gemido apagó el fragor de la refriega y, por encima de la algarabía, le llegó su voz:

—Perdida. Para mi, no hay esperanza. Desaparecida. Difuminada. Para mi desperdigado ser, solo la nada.

Dodger recobró entonces la visión y ella se había esfumado.

El alocado caleidoscopio se inició de nuevo, con imágenes que se superponían en veloz sucesión en las facetas. A los pocos segundos, el tumulto aminoró y unos cuantos paneles se oscurecieron y algunos se encendieron con violenta blancura. Otros grupos se fijaron en masa en bloques, cruces o triángulos escalonados. Cada forma geométrica enmarcaba una escena diferente, pero todos los paneles que componían un mismo contorno mostraban idéntica imagen. En uno se veía un hombre de ojos dorados que porfiaba por liberarse de los escombros que le habían caído encima en una humeante habitación con cuerpos diseminados por el suelo. Otro enseñaba un pequeño cubículo donde un operador demacrado yacía inerte sobre su teclado, con la carne que cercaba su conector cerebral ennegrecida. Un tercero, que Dodger tomó primero como una emisión de televisión, era una ventana del centro de supervisión del tráfico aéreo de la Renraku en cuyas dependencias estaba sentado displicentemente su personal. Al fondo, Dodger advirtió a los pilotos de la fuerza de reacción en su sala de espera, bebiendo, comiendo y jugando a las cartas. El reloj de la pared marcaba la hora. Había asimismo otras escenas del recinto, y en todas reinaba la calma. Después las facetas del suelo se paralizaron a la vez, nuevamente de regreso a la pista veintitrés, donde el transbordador de Troya remontaba en esos momentos el vuelo.

La bola de fue o se materializó con un fogonazo en el ala izquierda el recinto de la Renraku. Tres de los guardias apostados a su abrigo se transformaron en antorchas y un par de celosos Samuráis Rojos retrocedieron impulsados por su fuerza expansiva, humeantes, para volver a adoptar su posición en cuclillas a la entrada del edificio.

—Buen tiro, Tsung —alabó Jaq.

Tsung la saludó con un gesto y señaló a los guardias que aún permanecían en la pista de aterrizaje. Jaq asintió con la cabeza y mandó abrir fuego a sus mercenarios. Tsung necesitaba que la cubrieran para alcanzar a Hutten.

Su presa se había enzarzado en una pelea con una de los agentes de la Renraku. Jaq no había previsto que la mujer saliera a interponerse, pero así lo había hecho, aunque, a decir verdad: ya no interfería. Hutten la había perseguido y arrojado fuera de la plataforma. Ahora permanecía de pie en el mismo sitio, con aire de desconcierto.

Cuando Sally llegó hasta él, su primera reacción fue de recelo. La hechicera le dijo algo que, con el alboroto del combate, Jaq no logró oír. Sus palabras debían de haber sido algo del estilo de «Hemos venido a rescatarle», puesto que Hutten miró el Commuter, asintió y se encaminó hacia el avión. Sally y los indios iniciaron una retirada hostigados por las fuerzas de la Renraku.

Habiendo decidido que aquella era la ocasión más propicia, Jaq esparció al aire un polvo que sacó del bolsillo y comenzó a canturrear. Observando la distancia recorrida por Hutten y los incursores, intentó acompasar el hechizo para que la sincronización fuera perfecta.

Escombros, basura y ladrillos volaron por la plataforma como hojas agitadas por un viento otoñal. Los bultos de equipaje corrieron sobre ruedas o dando tumbos, compitiendo en una carrera con las armas caídas y herramientas sueltas, y fueron conformando un muro creciente delante del Commuter. Este tenía un metro de altura cuando Hutten se lanzó sobre él y había alcanzado los dos metros cuando Tsung, con la atención fija en sus perseguidores, topó con él. Tres de los indios fueron abatidos antes de que pudiera guiarlos entre las nubes de humo para rodear el parapeto.

Para entonces, Jaq ya tenía a Hutten a bordo y había llamado a los cuatro mercenarios que le quedaban. Estaba cerrando la escotilla en el momento en que Tsung llegó frente a ella.

—¡Esperadnos! —gritó Tsung, corriendo hacia el avión.

Jaq dio la orden de despegar.

—Lo siento, Tsung. Tengo que realizar una entrega. Que te diviertas con los Samuráis.

Tsung y los indios saltaron hacia el engranaje de aterrizaje del avión de despegue vertical cuando este se levantaba ya de la pista. Uno de ellos, Jason, consiguió aferrarse, pero una rápida maniobra del piloto lo zarandeó, obligándolo a soltarse. Jaq observó cómo el indio caía en el cemento y quedaba aturdido. Tsung se arrodilló junto a él, gesticulando con relucientes manos. Mantuvo la mirada clavada en el Commuter durante el ascenso.

Jaq invocó sus salvaguardas contra encantamientos para proteger al avión y al piloto. Precaución inútil, pues sintió cómo las energías pasaban a su lado para descargarse contra un objetivo distinto. Al volverse, descubrió a Hutten tendido en el suelo de la cabina. Los mercenarios se apartaban de él, repugnados por su piel plagada de ampollas que excretaban humores.

—Que te diviertas tú, bruja —le deseó la voz de Sally por el enlace radiofónico.

Dodger recuperó la capacidad de movimientos, pero aún temía que el regreso de su anfitriona volviera a inmovilizarlo. De una forma que no hubiera sabido describir, seguía notando su presencia. Sentía deseos de correr, de desconectarse ahora que aún podía hacerlo, pero había visto que el Commuter había despegado dejando en tierra a Sally y los hombres de Fantasma. Necesitaban ayuda. Tenía que salir de allí si quería ser de alguna utilidad.

Se volvió y advirtió que Jenny desaparecía en el interior de uno de los paneles, el cual se volvió oscuro antes de que lograra deducir algún sentido de la imagen que había estado reproduciendo. Así que aquella era la salida. Llegando a la conclusión de que tal vez la imagen guardara relación con la posición en la Matriz, se acercó al bloque que mostraba nueve representaciones del operador fallecido. Este pertenecía a la compañía y, por consiguiente, su equipo debía de tener conexiones de acceso rápido. Dodger caminó hacia él y al instante se halló en el subprocesador que controlaba la seguridad correspondiente a la pista veintitrés.

Esa era exactamente la ubicación idónea.

Tras acceder a los registros de la cámara, sacó una copia de la batalla y la etiquetó con el código de emisión que habían acordado que enviara cuando el equipo hubiera atrapado a Hutten. Lo hizo pasar a las comunicaciones hacia el monitor de retransmisión y lo envió con prioridad de salida. Sam sabría al menos lo que había sucedido, y quizá pudiera darle una explicación.

Obedeciendo a su firme creencia en la utilidad de las copias de seguridad, Dodger puso a punto su almacenamiento en línea para recibir un vuelco del registro de trivisión. Cuando intentó acceder de nuevo a él, recibió un mensaje de error. Una rápida revisión le informó que el archivo había sido borrado en el tiempo transcurrido desde la última vez que lo había llamado. Receloso, se apresuró a abandonar la intersección.

Tardó poco en llegar al sistema del computador de la pista. Allí activó el ascensor de servicio y utilizó un monitor de la planta para ver los resultados de su manipulación. Abrumada por la proximidad de los Samuráis, Sally no había dudado un segundo en aceptar la óptima oferta de una vía de escape. Seguida por los indios, se dirigió agachada al segmento de descenso de la plataforma. Saltaron fuera en el primer subnivel, y Dodger mandó de nuevo el ascensor arriba y lo inactivó para impedir que los siguieran por él.

—Sally, ¿estás bien? —preguntó a través del sistema de llamadas de mantenimiento.

—¡Dodger! ¿Dónde demonios estabas?

—No hay tiempo. Bajad por la caja hasta la pista diecinueve. El código siete siete dos tres pone en acción el mecanismo de apertura. Dispondré algo.

Oyó cómo la mujer seguía llamándolo hasta que cortó la conexión, pero tenía que continuar trabajando. Trabó todas las puertas que daban al subnivel antes de dirigirse

al subprocesador del centro de control de la pista diecinueve. Un diestro toque introdujo disimuladamente una autorización para un helicóptero corporativo y agregó en ella un piloto para conducirlo. El elfo otorgó una designación de código naranja a la petición para mantener cerrada la boca del ciberpiloto mientras este creyera que se trataba de una legítima operación secreta de la compañía. La nota que había dejado se accionaría cuando Sally utilizara el código que él le había dado. La maga habría de estar al corriente de lo que ocurriría antes de salir del hueco de mantenimiento en dirección a la pista. Cayó en la cuenta de que debiera haber añadido una autorización para armamento de helicóptero, y se disponía a reparar el olvido cuando las paredes de la intersección comenzaron a volverse translúcidas. Huyó de nuevo.

Saltó a una intersección secundaria que controlaba el clima de la sala de oficiales del piso dedicado a zona de paseo, con la esperanza de que el nivel de seguridad, más bajo allí, lo haría menos visible. Quería regresar y cerciorarse de que Sally y los chicos salían con bien del recinto, pero temía volver a cualquiera de los sitios donde había estado. No se sentía con suficientes arrestos para habérselas con aquel fantasma de la máquina. Supo que había llegado al límite de sus posibilidades cuando los muros empezaron a adoptar un brillo plateado y se desconectó, mientras aún le era factible hacerlo.

—Buena suerte, Sally.

Sam miró por la ventana del helicóptero, sin ver realmente las vallas y edificios que lo rodeaban. La señal de partida de Fantasma se había producido casi media hora antes. Para entonces ya debía de haber introducido a los hombres de su tribu por el perímetro de los muelles de la United Oil. Sam se había sorprendido al ver cuantos se habían ofrecido voluntarios al comunicarles Fantasma que iría solo. Su número, sin embargo, no había resultado excesivo para Enterich, que les había suministrado armamento para todos. Sam ignoraba cómo habría logrado impedir a cualquiera de los guerreros acompañar a Fantasma, pese a lo cual lo habría intentado en caso de no haber tenido a su disposición armadura y armas de ataque para cada uno de ellos, pues, incluso dotados de un buen equipo, los riesgos eran considerables.

Reinaba el silencio, lo cual tomó como un indicio de que todo estaba en orden. Eran muchas más las personas que entraban entonces que en la ocasión en que él y Fantasma habían efectuado su primera incursión en las instalaciones, con la diferencia adicional de que esa multitud no iba a tratar de introducirse en ninguno de los edificios. Dado que Dodger proporcionaba cobertura a la parte de la operación correspondiente al recinto, ellos dependían de una operadora que estaba al servicio de Enterich para desactivar las armas del perímetro. La mujer debía de ser bastante buena, pues el helicóptero donde se encontraba Sam se hallaba lo suficientemente cerca como para permitirle oír cualquier disparo o alarmas. Lo único que quedaba por hacer era aguardar la señal de Sally y Jaq habían logrado sacar con éxito a Hutten del recinto. E inquietarse.

Aun cuando no hubiera sido un plan óptimo, le había reconfortado saber que el lugarteniente de Fantasma y cuatro camaradas habían decidido participar en el secuestro, ya que de ese modo Sally contaría con un apoyo que no dependía exclusivamente de los mercenarios e Jaq. Sam no habría escogido precisamente al equipo de Jason, pero no era él quien elegía. Cualquier cola oración era preferible a situarse en una posición de total dependencia de la buena voluntad de a agente de Lofwyr.

Por cuarta vez en el transcurso de los últimos treinta minutos, revisó la caja del asiento de su lado para comprobar que los circuitos estaban en disposición de funcionamiento. Dodger debía transmitir una grabación en trivisión del secuestro, que Sam proyectaría cuando se hallara frente al dragón. Esa sería la prueba de que Hutten se encontraba escondido en lugar seguro, un arma para tratar mejores condiciones con Haesslich. Todos estaban convencidos de que Haesslich se mostraría dispuesto a negociar para recuperar su preciado *doppelganger*, aunque nadie creía que fuera a aceptar las condiciones de Sam, el cual por su parte también abrigaba serias dudas al respecto, pero no veía otra vía a seguir. Debía tratar de resolver ese asunto de una manera que no le dejara cargos de conciencia, y, si Haesslich no le prestaba oídos, siempre podrían recurrir a los métodos preconizados por Fantasma.

La unidad emitió un pitido y el indicador señaló que había recibido la señal codificada de Dodger. Ya estaba. El secuestro se había llevado a cabo. Sam desconectó el receptor en cuanto la transmisión quedó completada.

—Indramin —dijo en voz alta, sabiendo que el ciberpiloto estaba escuchando. Este no se encontraba a bordo porque Sam no había querido que nadie más que él corriera el riesgo de enfrentarse a dragón y por ello Indramin dirigía el helicóptero por control remoto—. Es hora de irse.

Los motores del aparato rugieron, cobrando vida, los rotores comenzaron a girar velozmente. El vehículo despegó del suelo, y Sam se halló en camino para ver de frente al dragón.

La vigilancia a que Hart había sometido a Crenshaw la había conducido a Greerson, el cual, sorprendentemente, se había dejado convencer muy fácilmente de que ella también trabajaba para Crenshaw. El enano, por su parte, la había llevado al punto de reunión de Vernet, donde habían observado cómo este dividía a su ente en dos grupos. Gracias a la conversación escuchada a través el receptor de largo alcance de Greerson, sabía que uno de los equipos iría al recinto de la Renraku a raptar a Hutten. Los idiotas se encaminarían directamente a la trampa tendida por Crenshaw, pero tal vez le ahorrarían a ella el quebradero de cabeza que representaba quitarse de en medio a esa bruja.

Estaba satisfecha de haber decidido renunciar al intento de invadir el recinto, ya que las posibilidades de éxito parecían demasiado escasas y las perspectivas de penetrar en la Matriz apenas si ofrecían mejores condiciones. No obstante, si Jenny no lograba infiltrarse en la Matriz del recinto y conseguir una copia de los datos de la LA. reunidos por el *doppelganger*, el plan de Haesslich se vería reducido a la nada. Tras la incursión de esa noche, la criatura a quien llamaban Hutten se hallaría bajo estricta vigilancia, en el supuesto de que saliera con vida. A partir de entonces Haesslich no lograría nada de él. Le desagradaba pensar en cómo reaccionaría el dragón ante tamaña decepción.

A Hart le había intrigado el hecho de que Verner se separara del Creador de Fantasmas y sus hombres e, intuyendo que Verner estaba ejecutando un complicado plan, había logrado disuadir a Greerson de su intención de liquidarlo tan pronto como se encontrara solo. El enano aceptó esperar hasta que averiguaran qué se proponía, confiando en que podría atraparlo en el momento que quisiera. Siguiendo a Verner, habían pasado casi una hora observándolo sentado en el oscuro interior del helicóptero. Cuando el sonido del aparato se difundió en la brisa, Hart se sintió confundida. Nadie había ido a reunirse con Verner y ahora este se marchaba. Fuera cual fuese su plan, comenzaba a desarrollarse. Careciendo de transporte aéreo, ella y el enano no podrían ir tras él, de lo cual se desprendía que, si habían de dejarlo fuera de circulación, tenían que hacerlo inmediatamente. Hart se preguntó si llegaría a saber qué tramaba.

—Ya está en el aire —anunció Greerson, levantándose las gafas binoculares hacia la frente.

Hart escudriñó la noche, tratando de localizar el origen del sonido de los rotores, y finalmente captó la sombra en movimiento que era el helicóptero. Avanzaba con las luces apagadas, en una dirección que lo llevaba hacia donde se apostaban ellos.

—¿Sabe, dama elfa? Por un momento he pensado que tenía algo especial. Mierda, posiblemente aún lo tiene, pero ni siquiera sus largas piernas pueden adelantar a un helicóptero. A la vieja Crenshaw le va a dar un ataque cuando no se presenten a su fiesta ni usted ni Verner, pero al menos yo me llevaré la recompensa por su cabeza.

Greerson se descolgó las gafas y alargó la mano hacia la pistola de misiles que había preparado cuando había tomado posición allí. Hart se adelantó a su movimiento tocándole el brazo.

—Nosotros llevamos más tiempo siguiéndole el rastro. Tenemos derechos prioritarios.

—Da igual —replicó el enano, encogiéndose de hombros—. Mientras el ejecutivo no vea la luz del día, yo recibiré el botín.

Hart activó su transmisor.

—Tessien. Está en un helicóptero que avanza a oscuras hacia el sur en dirección a nosotros bordeando la orilla del agua. Queda a tu cargo.

Aun cuando el vuelo resultara corto, apenas un mero salto sobre una valla, Sam no lo lamentó. Tenía menos tiempo para caer presa del miedo. El helicóptero descendió sorteando la barrera del perímetro de la United Oil aterrizó suavemente en un espacio despejado cerca del muelle. No se produjeron amenazas, sonidos de alarmas ni disparos. Los informantes de Enterich no se habían equivocado respecto al hecho de que Haesslich es eraba recibir la entrega en privado, lo cual encajaba en su costumbre de evitar los testigos en la medida de lo posible. Incluso una conexión circunstancial le había bastado para ordenar el asesinato de Hanae y Sam.

En cuanto los rotores retardaron su movimiento, Sam se enfundó una larga chaqueta, cargó la caja sobre el hombro y salió del vehículo. Ya a cierta distancia de él, depositó su carga en el suelo miró en torno a sí. No parecía haber nadie en aquella zona. Ya fuera en su forma humana o draconiana, no se veía ni rastro de Haesslich.

Aguardó. Tras él, las aspas del helicóptero pararon de girar, pero el lejano sonido de propulsión de aire en lontananza, en el cielo, lo indujo a levantar la cabeza. Una tenebrosa forma se desplazaba contra las estrellas en dirección al río Sound. Al aproximarse, distinguió un largo y sinuoso cuerpo flanqueado de un par de amplias alas y supo que se trataba de un dracoforme.

Cuando se encontró cerca de la orilla, Sam advirtió que no podía ser Haesslich, dado que aquello no era un dragón occidental sino una serpiente plumosa. La serpiente desplegó una extremidad inferior rematada con una garra al tiempo que se abalanzaba sobre él.

De improviso, la criatura interrumpió su avance y, trazando una curva, remontó el vuelo. Sam comprendió la razón al ver una oscura forma, mayor que la de la serpiente, que se elevaba impulsada por grandes y membranosas alas. Incluso en la penumbra, Sam no tuvo dudas de que aquella segunda bestia fuera un dragón occidental. El recién llegado cerró el paso al primero.

Sonó un siseo, un rugido, el impacto de imponentes cuerpos al chocar, y después ca a uno prosiguió su trayectoria, dejando a su paso un revuelo de plumas al viento. El vuelo de la serpiente se tornó errático y el batido de sus alas, irregular. El dragón occidental se inclinó lateralmente al virar y volvió a la carga, descendiendo en picado. En aquella ocasión, Sam vio cómo las garras trazaban sangrientos surcos en el flanco de su oponente. La serpiente chilló y giró, tratando de esquivar las fauces que se abrían a su lado.

Cuando dichas fauces se cerraron en su cuello, la debilitada bestia respondió enroscando su propio cuerpo en el del dragón occidental y ambos comenzaron a descender del cielo. A diez metros del suelo, el dragón occidental se zafó de los aros de la serpiente y batió furiosamente las alas para permanecer en el aire. La serpiente, mortalmente herida, prosiguió su caída y se estrelló contra el cemento del muelle, lo que causó una conmoción semejante a un terremoto.

El otro se abatió sobre ella y la destrozó con garras y dentelladas.

¡Hart!, llamó quejumbrosa la serpiente, justo antes de que el dragón occidental le abriera la garganta.

El vencedor alzó la cabeza y deslizó la lengua afuera para limpiarse el hocico. Tras levantar a modo de tanteo una pata y ver que la serpiente no se movía para protegerse, la bestia volvió la espalda al cadáver y se encaminó hacia Sam.

—Haesslich —dijo Sam.

Buenas noches, humano.

Clavado bajo la feroz mirada de la bestia, Sam comenzó a preguntarse qué locura se había adueñado de él para osar llevar a cabo esa tentativa. Los dragones eran imprevisibles, cuando menos para la lógica de los hombres. ¿Cómo podía esperar que aquel se doblegara a cualquier presión que tratara de ejercer sobre él?

—¿Por qué ha matado a Tessien? Pensaba que lo tenía en nomina.

Una oleada de desprecio llegó hasta Sam.

Lo tenía, pero de nada me sirven aquellos que me defraudan. Y aún me interesan mucho menos tíos que me mienten, como la hizo él la primera vez que me informó de su muerte. Todavía tendrá la utilidad, no obstante, de constituir un buen manjar.

—Se equivocó, ¿y por eso lo mató? ¿Y ahora va a comérselo?

Desde luego. Su asociada correrá una suerte similar cuando llegue con la mercancía que ha de entregarme.

—No permitiré que ello ocurra.

Pero no puede evitarla, humano. El ánimo divertido del dragón se hizo patente para Sam. *Pensé que podría causarme problemas la primera vez que nos vimos, pero*

no ha sido ese el caso. Sus indagaciones e intromisiones en mis asuntos han sido totalmente ineficaces. No debía haberme preocupado.

Sam detestaba a aquella arrogante bestia y deseaba desesperadamente humillarla. Lo que Haesslich había hecho, lo que se proponía hacer, todo era maligno, pero él no parecía saberlo. Sam ya no guardaba dudas acerca de lo que debía hacer. Aquella noche, la amenaza de Haesslich quedaría atajada.

—Debería estar preocupado —disintió—. Tengo constancia de que su operación en el recinto fue realizada sin la aprobación ni el conocimiento de sus jefes de la United Oil. Ahora no lo ayudarán. No les conviene proteger a un asesino que utiliza sus recursos para su propio beneficio. Cuando los hechos sean del dominio público, la United Oil estará encantada de ver cómo lo sentencian a cumplir por ley la más severa condena. Su osadía no parece tener límites, dragón, pero las personas no son juguetes para su particular diversión ni podrá seguir cometiendo asesinatos.

»He venido aquí esta noche para ofrecerle la oportunidad de rendirse. Entréguese a la policía y detenga el derramamiento de sangre. Podría obtener la clemencia del jurado. Pero, aun cuando no se entregue voluntariamente, de todas formas comparecerá ante la justicia.

Es harto improbable, contestó Haesslich con creciente alborozo.

Era exactamente la respuesta que Sam esperaba escuchar. Lo que no había previsto era el tono de fondo en la expresión emocional del dragón: *hambre*. Sintió una súbita debilidad en las piernas: no se le había ocurrido pensar que podía ser *devorado*. Con ánimo vacilante, recordó una vez más a Hanae y Begay, excelentes personas cuyas vidas habían quedado segadas por antojo de esa bestia y, aunque apenas conocía a los otros que habían perecido aquella noche en el Tir, sus muertes se sumaban a muchas acaecidas a consecuencia de las órdenes de Haesslich. Esa noche sería el final. Sam irguió la espalda y arqueó el cuello para mirar al dragón a la cara. Los colmillos de la criatura relucían bajo la luz de la luna.

—¿Va a matarme ahora? —preguntó Sam, con una calma que lo sorprendió—. Saldrá poca comida, pero se le atragantará.

Sam percibió una peculiar vibración en el tono emotivo del dragón, el cual identificó como una carcajada.

Su muerte ya no es necesaria. Tendré lo que quiero cuando Hart me lo traiga esta noche. Usted y sus amenazas son ahora insignificancias, pero sus fanfarronadas me divierten.

—Se equivoca, dragón. Su plan no ha concluido hoy, sino que ha quedado expuesto a la luz. —Sam apretó el interruptor de proyección—. Observe.

Una fantasmagórica imagen de la escena de la pista de aterrizaje veintitrés iluminó la pared de una estructura cercana. El Commuter Boeing Federado con los distintivos de Aztecnología estaba tocando tierra.

Hart había sentido la muerte de Tessien. Al escuchar que la llamaba por su

nombre, se había quedado helada hasta la médula, comprendiendo que la serpiente nunca la había traicionado y que, por lo tanto, sus sospechas habían sido injustas. Con los ojos anegados de lágrimas, siguió de pie mirando cómo Haesslich hablaba con Verner. Escuchó en conmovido silencio cada palabra, transmitida por el receptor de largo alcance, y se estremeció cuando Haesslich pronunció su sentencia de muerte.

—Parece que te has quedado sin trabajo, tía —advirtió Greerson, dejando entrever que realmente no había dado crédito a su pretensión de estar trabajando para Crenshaw. La constatación de su mentira fallida ya no se le antojaba importante ahora. Greerson se agazapó a sus pies y montó un rifle—. Pero yo todavía tengo un contrato que tiene que ver con el chico. ¿No te gustaría atacar al dragón? Este lanzagranadas lo dejará tan manejable como un helicóptero. Una vez abatido Verner, estaré más dispuesto a abrir negociaciones.

Hart no estaba interesada en la muerte en esos momentos.

—¿Qué sentido tiene?

—El sentido es el negocio, dama elfa. Siempre el negocio.

Hart contempló los despojos de lo que había sido Tessien, el único ser en el que casi había llegado a confiar durante los últimos diez años. Ahora estaba muerto. Había perecido llamándola, pero ella lo había traicionado antes con sus infundadas sospechas.

Tessien había muerto. Una furia creciente se apoderó de ella. ¿Era culpa de Verner? ¿Debía detestarlo por estar vivo en tanto que Tessien había fallecido? ¿O debía volcar su furia contra Haesslich por haber desgarrado la garganta de la serpiente? ¿O debía aborrecerse a si misma por haber sido ella quien había mandado a Tessien para atrapar a Sam, situándolo en el camino del homicida Haesslich?

El aparato portátil de trivisión de Verner continuó proyectando su historia en la pared. Mostraba a Verner, al cual había seguido durante toda la noche, por lo que no podía de ningún modo haber estado presente en el recinto conduciendo a los incursores contra la pista de aterrizaje veintitrés. La trampa de Crenshaw había convertido una simple detención en una encarnizada batalla. Las imágenes de muerte y destrucción reflejaban su luz sobre el hombre y el dragón. En el muro, Crenshaw peleaba con el *doppelganger*. Hart dejó caer la mano en el hombro de Greerson.

—Creo que te convendría echarle una mirada a esto.

Greerson se colocó las gafas justo a tiempo para ver cómo el sosia arrojaba a Crenshaw fuera de la plataforma de aterrizaje.

—¡Oh, mierda! —Se sentó y dejó escapar un ruidoso suspiro—. Ahí se va el cheque de la paga —comentó, disponiéndose a desarmar el rifle.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué te parece, dama elfa? Guardando el equipo. Este trabajo está terminado. —Introdujo las piezas del arma en su morral—. ¿Estás segura de que no quieres disparar al dragón? Puesto que ya estoy aquí, podría hacerte un buen precio.

La elfa sacudió la cabeza, negando.

—Te haré un descuento de profesional.

—Creo que, si ha de hacerse, debe ser a nivel personal.

Greerson meneó la cabeza a su vez y se rascó la barba.

—Las cuestiones personales son malos negocios, dama elfa. ¿Puedo salir por donde hemos entrado?

Hart asintió y volvió a centrar la mirada en la lucha que se desarrollaba bajo ellos. Oyó el chirrido que el enano produjo al soltar el rejón y luego se olvidó por completo de él.

A Haesslich no le complació nada lo que veía en la pared. Si había advertido la imagen de Sam en la pantalla, la coincidencia no había llegado a su conciencia, alterada por la pasión. Su rabia fue en aumento hasta tornarse en algo casi palpable que rodeaba a Sam. Pero toda esa ira se debía simplemente al fracaso de un plan. De nuevo, la arrogancia de la bestia dejaba estupefacto a Sam.

Mientras contemplaba la grabación, el hecho de ver su propia imagen constituía un enigma, si bien carente de importancia en esos momentos. Veía hombres agonizando, algunos de los cuales perecían tratando de hacer el bien y otros, intentado cumplir con su deber. Se vio a sí mismo traicionado y abandonando a Sally y a los demás, y entonces cayó en la cuenta de que el Sam Verner que miraba debía de ser alguna clase de disfraz usado por Jacqueline. Lo que tendría que haber sido un secuestro relámpago que dejara a los guardias de la Renraku demasía o sorprendidos y faltos de armamento para reaccionar, había quedado tergiversado en una orgía de muerte, destrucción y felonía. Todo cuanto estuviera conectado con los proyectos de Haesslich, sus mezquinos intentos de acrecentar su poder, fortuna e influencia, acababa con muerte. Pero la única cosa que veía el dragón era que habían frustrado sus planes.

La amargura de Haesslich restallaba en el aire. Observando cómo la criatura prodigaba su rabia, Sam tuvo la certeza de que esta no sufriría que él siguiera con vida por mucho tiempo. El dragón no podía saber que Sam había sido traicionado por los agentes de otro dragón, ni tampoco le importaría.

La bestia echó la cabeza atrás y bramó, arrojando llamas entre los dientes a modo de promesa de la tormenta que se avecinaba. Sam confió que aquel método fuera más expeditivo que las dentelladas. «Muerte por muerte», había dicho Lofwyr, pero no era ese el sentido que le había otorgado el dragón de Quebec. «Morir es fácil; es la arte que viene después lo que es complicado», le había advertido Perro. Bueno, la parte siguiente quedaba a cargo de otras manos. Haesslich recogería lo que él estaba a punto de sembrar.

Una canción comenzó a tomar forma en la cabeza de Sam, entonada por la trémula voz de Perro. Era descabellado evocar una canción en esos momentos. ¿Acaso no debía aprovechar esos instantes para hacer un repaso mental de su vida? Qué más daba... Había oído decir que la gente loca no notaba el dolor. Empezó a

cantar en voz alta.

Haesslich ladeó la cabeza hacia abajo y, retirando los labios, dejó al descubierto su dentadura.

Me alegra ver cómo tu mente se quiebra con el temor antes de que tu cuerpo arda.

—¡Vamos, dragón! —gritó atolondradamente Sam, con la impresión de acompañar las palabras con la canción—. Ven y atrápame si es que puedes.

Cuando el dragón descargó su ardiente aliento, Sam retrocedió a trompicones, envuelto en llamaradas. El sudor manó de sus poros para evaporarse instantáneamente. Bajo sus pies, el asfalto se ablandó se onduló burbujeando. Dentro del fuego, en el capullo formado por el hechizo de la canción, él seguía intacto.

Identificando la violencia del dragón como señal convenida, Fantasma y sus indios abrieron fuego desde sus escondites. Haesslich rugió, más a causa de la sorpresa que del dolor, y lanzó llamas al cielo. Desplegando sus poderosas extremidades inferiores, se precipitó en la noche, con las gigantescas alas extendidas batiendo el aire.

El dragón ganó rápidamente altura, huyendo de las balas trazadoras que lo perseguían. Después, con un repentino viraje, bajó en picado hacia el grupo más numeroso de atacantes.

Ante la amenaza, algunos de los miembros de la tribu de Fantasma se dieron a la fuga, pero el jefe samurái permaneció inmóvil, apuntando en el parapeto. Su cargador de armas resbaló, y el paquete de cintas de munición quedó a los pies de Fantasma. La ligera caja metálica saltó del saco de tela que la recogía y se tambaleó sobre el tejado mientras la correa se desenroscaba para alimentar el voraz apetito de la miniametralladora Vindicator.

El dragón se hizo a un lado y dio una vuelta sobre sí para esquivar la hilera de proyectiles trazadores que buscaban introducirse en su cuerpo, pero cada maniobra no hacía más que obligarlo a alargar el tiempo que necesitaba para alcanzar a sus agresores. Fantasma giraba el eje del arma para seguir cada uno de sus movimientos, disparando sin cesar postas en dirección a la bestia, la cual no podía evitar por completo el fuego del indio. Cubierto de una multitud de heridas, con la carne desgarrada en algunos puntos, Haesslich se remontó hasta el interior de un establo, poniéndose al abrigo de las mortíferas andanadas del hombre del tejado.

Después Haesslich volvió a descender, tomando una vez más por sorpresa a Fantasma, cuyas balas trazadoras hendían la noche a veinte metros de distancia de la bestia. Herido de consideración, el dragón no logró mantener el vuelo y de improviso cayó por el aire como una roca y se sumergió en las oscuras aguas del Sound. El río se cerró en torno a él y ya no se vio más rastro de Haesslich.

Sam se arrodilló en el asfalto, envuelto en el calor que desprendía el material de komex de su mono. Esparcidos en torno a él, los jirones de lo que había sido su chaqueta aparecían chamuscados y renegridos. A su lado, el proyector de trivisión era un montón de sustancia derretida.

«Muerte por muerte», había dicho Lofwyr. Y la sentencia del, gran dragón dorado se había hecho realidad. La muerte de Haesslich había pagado la de Hanae, pero aquello no era lo que se había propuesto Sam. Había querido que se hiciera justicia legamente y había obtenido venganza. Cualquier ataque contra su persona era la señal para que Fantasma y sus hombres abrieran fuego, tendiendo una celada de la que Haesslich no podría escapar. El dragón había atraído la muerte sobre sí al tratar de matar a Sam. «Muerte por muerte». Sam había esperado morir esa noche, entregando su propia vida para que el dragón pudiera ser acusado con fundamento por uno de sus crímenes. ¿No era justo que un asesino pereciera en un intento de asesinato?

Aunque estaba muy cansado, no tenía tiempo ara reposar. Había terminado la lucha contra Haesslich, pero las personas que habían expuesto sus vidas para ayudarlo no estaban aún a buen recaudo. Jaq había abandonado a Sally en el recinto. Si Sally había sido apresada con vida, habría de hallar la manera de liberarla. Se preguntó si Fantasma habría visto la proyección de la batalla librada en la pista de aterrizaje veintitrés; era improbable desde la posición que ocupaba. Si no la había visto, debería contarle lo ocurrido.

Sam debía salir de las instalaciones de la United Oil antes de que se presentara alguien a hacerle preguntas embarazosas, ya que seguramente los rugidos del dragón y los disparos habrían alertado a la seguridad de Fa empresa, que sin duda se dirigía ya hacia allí. Escudriñó el tejado desde el que Fantasma había abatido al dragón y lo halló vacío. El indio debía retirar a sus hombres hacia el punto de reunión, y era lo bastante listo como para no perder el tiempo. Todo lo que tenía que hacer Sam era montar en el helicóptero y hacer que la ciberpiloto de Jaq lo sacara por el lugar por el que había entrado. Cansinamente, se puso en pie y se dirigió arrastrando los pies hacia el vehículo. Una vez dentro, se dejó caer en el asiento.

—Hora de regresar a casa, Indramin.

No hubo respuesta. No se oyó ninguna voz, ningún motor.

Afuera una sirena comenzó a gemir.

Por la explanada se acercaban luces al tiempo que la sirena sonaba lastimeramente. Hart miró por el callejón que le proporcionaba una vista de la oficina de seguridad y vio que de ella salían guardias fuertemente armados. En medio de ellos, distinguió la armadura de combate personal del mayor Fuhito. Los muelles no eran su campo de actuación habitual; solo iba allí cuando tenía obligación de hacerlo.

El ambicioso bastardo debía de haber mantenido vigilados los actos de su superior y había presentido, al parecer, que lo encontraría allí esa noche. Sin duda, había sido la orden de Haesslich de mantener despejada el área lo que había levantado sus sospechas. Era evidente que él también preveía enfrentamientos, puesto que ya llevaba la armadura puesta.

Hart vio a Verner salir del helicóptero y mirar en derredor sin saber qué dirección tomar. Sus amigos ya se habían escabullido en la noche y ahora estaba solo.

Ella podía enseñarle el camino de salida, pero ¿por qué iba a hacerlo? ¿Qué le debía a él? La muerte de Tessien... y también la de Haesslich. Tal pensamiento la turbó un instante. ¿No afirmaba la ley que una vida por otra componía un justo equilibrio?

Los guardias acorrarían a Verner si no tomaba la senda adecuada. Una rata como Fuhito lo trataría despiadadamente, sobre todo cuando se enterara de que Verner era un renegado del mundo corporativo.

¿Odiaba tanto a Verner como para dejar que Fuhito lo apresara? Había demostrado ser un astuto incursor lleno de recursos. O tal vez era meramente una persona afortunada. De cualquier forma, Hart ya había presenciado demasiadas muertes esa noche y no tenía coraje para ver cómo lo abatían también a él.

Corrió hasta el borde del tejado y vio cómo él se pegaba a la pared y escrutaba las sombras frente a sí antes de doblar la esquina. Con un silbido atrajo su atención. Echó la cabeza atrás y su mano retiró el faldón de la chaqueta para empuñar su pistola. La elfa puso las manos en alto ante él, apartadas del cuerpo.

—En verdad no tengo nada contra ti, Verner. Solo era una cuestión de trabajo, pero el contrato ha concluido ahora.

Aunque no respondió, el hombre pareció relajarse un poco.

Le sonrió y alargó despacio la mano para agitar la cuerda que colgaba hacia la carretera.

—Vamos, deja que te enseñe la puerta trasera.

Observó en sus facciones la lucha que se libraba en su interior al comprobar que estaba atrapado sin su ayuda. Hart también percibió su desconfianza, la cual consideró, no obstante, perfectamente comprensible.

Un sonido siseante como de enloquecidas ollas hirvientes sonó más allá del edificio. Los basiliscos habían salido, al igual que los guardias.

Verner cruzó la carretera y empezó a trepar por la cuerda.

Sam miró cómo Hart se alejaba caminando. Desde el momento en que había aprendido su nombre, Sam la había tenido por una asesina mercenaria carente de corazón. ¿No había tratado de matarlo antes? Pero, en lugar de dejarlo a merced de los guardias y los basiliscos, lo había salvado. ¡Y pensar que había esperado que ella tuviera que pelear contra una multitud de Samuráis Rojos en el aeropuerto! Por motivos que iban más allá de la integridad de su propio pellejo, Sam sentía un

extraño alivio de que ella no hubiera topado con los Samuráis.

Era obvio que Hart tenía sus propias preocupaciones. ¿La habría traicionado Haesslich como lo había hecho Lofwyr con él? ¿Cuáles eran sus motivaciones? Cuando la había interrogado, la elfa lo había atajado, indicándole que se callara.

Solo ya, alzó la mirada al cielo, encapotado de nubes. No tardaría en llover.

Lo único que necesitaba entonces era...

De la dirección que había tomado Hart llegaron unos ladridos. Al volver la mirada hacia allí, Sam vio un perro que salía corriendo de la oscuridad de un callejón y, aunque más flaco y sucio por haber vivido en la calle, lo reconoció de inmediato: era *Inu*. El animal debía de haberse escapado del recinto, pero, tras lo acaecido esa noche, Sam apenas se detuvo a pensar cómo era posible que apareciera precisamente allí en ese momento.

Inu estaba solo, de modo que tal vez *Kiniru* se hubiera quedado en el recinto, lo cual no era de extrañar. La akita nunca había aprendido a desenvolverse por su propia cuenta; era tan dependiente de las personas como él mismo lo había sido antaño de la Corporación. *Inu*, sin embargo, era un ser callejero y jamás lo olvidaría.

Sam se encorvó, sonriendo, y dejó que el animal lo doblara hacia atrás con su entusiasta saludo. Al cabo de unos minutos de mutuo reconocimiento, ambos trotaban juntos por la calle dispuestos a iniciar el rescate de la dulce dama Tsung.

Jaq observó cómo su equipo velaba las ventanas del Commuter. En cuestión de minutos, el sol dorado quedaría sustituido por las iniciales verdes y plateadas de Mitsuhamma Computer Technologies. A menos que cotejara el número de registro de aparato, ningún observador sería capaz de distinguirlo de un genuino miembro de la flota Mitsuhamma, ya que su cuadrilla era muy eficaz en ese tipo de trabajos.

Los mercenarios habían recibido su paga, con el aditamento de una nada desdeñable propina. Habían trabajado tan bien que estaba dispuesta a utilizar sus servicios en el futuro.

Mientras se llevaba a cabo el camuflaje del Commuter, un par de trabajadores montaba un cajón para albergar la unidad de estabilización. Un contenedor de mercancías sería menos sospechoso y más fácil de filtrar por la frontera, aunque fuera por medio de sobornos, que una unidad de estabilización activa con un *doppelganger* fallecido en su interior. Cuando el sonido de sus martillos cesó súbitamente, Jaq se giró y vio que tenían la mirada clavada en el señor Enterich.

—Es suficiente por ahora, chicos. Descanso para el café.

Los obreros dejaron sus herramientas y se marcharon.

Enterich se acercó a la base de la caja por el lado que aún estaba abierto y observó la mirilla.

—¿Muerto?

—Tieso y helado, por cortesía de Sally Tsung.

—Esperaba poder adquirir lo que quiera que Haesslich quería obtener enviándolo

dentro.

—Bien, él tampoco lo ha recibido —le aseguró con nerviosismo—. Nosotros nos hemos hecho con tres piezas de *software* de habilidad que estaban imbricados en una montura de chip subdermal. Las exploraciones preliminares los han identificado como compendios de parámetros de arquitectura de computador, los cuales sin duda permitían que la criatura simulara los conocimientos y experiencias del auténtico Konrad Hutten.

Enterich no evidenció interés alguno.

—Los chips están muy bien diseñados. No son piezas exclusivas, pero estoy segura de que podré encontrar compradores. La venta debería compensar parte del coste de la operación.

Enterich la miró con fríos e inexpresivos ojos.

—El *doppelganger* era el objetivo de esta operación. Debía traérmelo vivo.

—No ha sido culpa *mía*. Tsung lo atacó con un hechizo cuando yo pensaba que este iba dirigido al avión. No pude protegerlo. —Intentaba aplacar su enfado—. Puede que el cadáver revele información de interés. La unidad de estabilización mantendrá las células intactas para poder realizar ensayos con el ADN. Los laboratorios de investigación de Genómica son expertos en este campo.

—Confiemos en que no se equivoque —replicó el hombre, inclinándose para mirar la unidad.

Jaq se sumó a él y frunció el entrecejo, advirtiendo que algo no marchaba como debiera. Entonces percibió un vaho en la superficie interior de las placas transparentes. Revisó los monitores y comprobó que la unidad funcionaba correctamente dentro de los parámetros operativos. La maldita cosa debería mantenerse estable, pero inexplicablemente su cuerpo comenzaba a descomponerse.

Enterich descargó un puñetazo en la unidad, que provocó una telaraña de estrías en el Transparex. Jaq se apartó de él. Su jefe se sentía muy desdichado.

Cuando Sam se reunió con Fantasma y los hombres de su tribu en el lugar acordado, descubrió que después de todo la dulce señora Tsung no tenía necesidad de que la rescataran. Estaba hablando con ellos por radio.

—¿Dónde estás? —le preguntó Sam, sin preocuparse por disimular la preocupación en el tono de voz.

—Volando en las alturas —respondió ella con una carcajada—. Dodger nos ha alquilado un helicóptero con un piloto muy colaborador. Tomaremos tierra cerca de Hillary dentro de unos veinte minutos.

—Me encargaré de que Cog mande un coche a esperaros —intervino Fantasma—. ¿Estás bien?

—Willy, Asaltador de Caminos y Ojos de Águila se han reunido con sus antepasados. —La voz de Sally era seria ahora—. El resto de nosotros seguimos en la brecha. De cualquier manera, no estaría mal decirle a Cog que ponga unos medicamentos en el coche.

—Estarán allí —le aseguró Fantasma.

—¡Magnífico! Os veré a todos pronto. —La maga cortó la conexión.

Sam echó la cabeza atrás y exhaló un suspiro. La libertad de Sally lo libraba de la preocupación de volver a tener tratos con la Renraku. La grabación de trivisión que Dodger había sacado de las cámaras de seguridad del recinto lo mostraba claramente como cabecilla de los intrusos. No tenía ni idea de qué medios habría utilizado Jaq para conseguirlo, pero ¿qué importaba? Por lo que atañía a la Renraku, era Sam quien había dirigido el ataque contra la pista veintitrés. Gracias a la traición de Jaq, el cordón que aún lo unía a la Corporación había quedado totalmente cortado tras él.

Su condición de enemigo de la Corporación era ahora tan evidente que ello le habría imposibilitado negociar en persona la liberación de Sally. Para rescatarla habría debido participar en una nueva incursión, y Sam daba gracias al cielo de que no hubiera sido necesaria. Ya había provocado suficientes desperfectos y excesivas muertes.

Cualquiera que hubiera sido el precio, no obstante, sabía que lo habría pagado. Sally y los demás eran su familia ahora y a ellos debía su lealtad. Había salido del capullo corporativo para siempre. Cuando abrió los ojos, Fantasma lo miraba fijamente.

—¿Cómo has conseguido salir de los muelles, rostro pálido?

—Hart me ha ayudado. Ignoro por qué, pero lo ha hecho.

—Entonces Haesslich debe de estar muerto.

—Ambos hemos visto cómo se zambullía en el Sound y yo no he visto que volviera a salir. ¿Y tú?

—Estábamos demasiado ocupados esquivando los disparos de los de la United Oil ara ver otra cosa que no estuviera relacionada con la fuga.

—¿Habéis tenido dificultades? —preguntó Sam, preocupado por el tono de reserva de Fantasma.

—No.

La negativa de Fantasma fue refutada por los gritos de sus compañeros de tribu. Cada uno de ellos rivalizaba con los otros para relatar el encuentro más escalofriante de su huida, pero todos reconocieron que la intervención de Fantasma había sido vital para poder escapar. La algarabía prosiguió hasta que Dodger hizo su aparición.

El elfo estaba ojeroso, pero sonriente. Él y Fantasma se estrecharon la mano e intercambiaron palmadas en la espalda; sus rostros traslucían placer, pero no pronunciaron palabra alguna. Después Dodger se volvió hacia Sam y, agarrándolo por los hombros, lo zarandeó. *Inu* ladró a la defensiva hasta que Sam lo hizo callar.

—Señor Twist, me alegro de verte todavía con nosotros. Las circunstancias han conspirado para desbaratar tu plan, pero diríase que las cosas han salido bien al final. Te ruego, sin embargo, que no me pidas nunca más que irrumpa en la Matriz de la Renraku.

—Pensaba que te atrevías con cualquier sistema. ¿Qué pasa? ¿Estás perdiendo facultades?

—No es la pérdida de mis capacidades lo que me inspira temor, sino lo que acecha dentro de la pirámide negra de hielo.

—¿Y qué es exactamente?

—Una inteligencia artificial que se halla fuera de su control.

—¿Cómo? Dodger, ¿de qué estás hablando?

Dodger refirió el suceso e su captura en la estancia de los espejos, bajando la voz al describir la estructura de representación que hacía eco a sus palabras. Escuchando el relato de la huida del elfo, Sam pensó que habría dado por falsa la historia de haberla oído contar a otro. Sonaba como un nuevo cuento del libro *El fantasma de la máquina*.

—¿Estás seguro de que es real? —inquirió.

—Tan real como todo lo que se encuentra bajo los cielos electrónicos —confirmó gravemente Dodger.

—Bueno, no era lo bastante bueno para retener a nuestro Dodger. Has salido, ¿verdad?

—En eso tienes razón. El humor del elfo dejó atrás la melancolía, convirtiéndose en auténtico placer cuando Sally entró en la habitación con los incursores supervivientes.

Sam la tomó entre sus brazos y giró abrazado a ella al tiempo que *Inu* danzaba a su alrededor ladrando. La besó, embelesado por la calidez de su cuerpo, y ella le devolvió el beso como si fuese el último que fuera a recibir. Cuando se separaron, los indios se apiñaron en torno a ellos, ansiosos por escuchar su versión de los hechos. Mientras contaba su aventura, Sam miró en derredor buscando a Fantasma, pero este se había esfumado haciendo honor a su nombre.

Los invasores intercambiaron relatos de su heroísmo, expresando ante todo con sus fanfarronadas y felicitaciones el alivio por haber sobrevivido a una nueva incursión en el reino de las sombras.

—Doy yo la fiesta —anunció de improviso Sally.

—Las celebraciones de victoria de a dama son legendarias —susurró entre los vitoreos Dodger al oído de Sam.

—¿Qué victoria? La muerte no es un pago adecuado de la muerte. Solamente contribuye a reproducir el círculo.

—De todas formas, señor Twist, la espada de la justicia se ha abatido sobre el culpable. Los espíritus de Hanae, Josh Begay y de esos benditos incursores que trabajaban para Hart comprenden la bondad de lo realizado.

—¿Y esa es la victoria?

—Oh, no —rio el elfo, arrastrando a Sam tras los incursores, que ya se marchaban—. Nuestra victoria es la única real. Hemos salido con vida de esta.

En la puerta del edificio, Sam se paró, mirando cómo Sal y conducía su tropa de personajes marginales por la calle en ruidoso e irregular desfile de alarde. Estaban sucios y ensangrentados y habían perdido buenos amigos, pero reían. Se sentían exultantes, regocijados por haber desafiado a la muerte y haberle ganado la partida.

Cuando los indios iniciaron un cántico, el sonido resonó en su cabeza, trayendo ecos de fragmentos de la canción de Perro. Advirtió que la letra era un himno a la vida, una celebración de posibilidades. El canto lo llenó de un gozo que había estado negando. Unas horas antes, había estado junto a las fauces de la muerte y, sin embargo, la oscuridad no lo había engullido. Había sobrevivido para regresar a las sombras, donde la vida estaba suspendida sobre el filo de una navaja.

Ahora comprendía la alegría de los incursores. ¡Estaba vivo! La muerte y las tinieblas lo habían reclamado ese día, y había causas sobradas de celebración. Se sentía libre. Su sangre corría acelerada por sus venas y no pudo contenerse más. Tras alejarse brincando de Dodger, corrió por la calle interpretando una alocada danza cuyos pasos inventaba sobre la marcha. *Inu* corría a su alrededor, pregonando con ladridos su propia excitación.

—Vamos, Dodger —llamó—. No estaría bien defraudar a la dama.

—No, eso nunca —respondió Dodger, sacudiendo la cabeza. Estirando sus largas piernas, el elfo tornó la delantera a Sam y dio inicio a la carrera para alcanzar a Sally.

El perro, por supuesto, salió ganador.

ROBERT N. CHARRETTE (Rhode Island, EE.UU., 1953) es un galardonado artista gráfico, diseñador de juegos, escultor y escritor.

Charrette es autor de más de una docena de novelas y fue el diseñador principal de numerosos juegos de éxito. Sus suplementos de juego han recibido varios premios Origins siendo incluido en su Salón de la Fama en 2003.

Sus primeros trabajos de diseño de juegos y miniaturas marcaron la pauta al representar la mitología japonesa en la fantasía y la ciencia ficción estadounidense.

Su juego de rol Bushido (1979) fue uno de los primeros en ambientarse en un entorno no occidental y que se ha estado editando durante más de tres décadas.

Ha escrito varias novelas de las franquicias de Shadowrun, BattleTech y Strange World entre otras.

Notas

[1] En inglés, hay una semejanza entre drake (pato) y dragon (dragón). (N. de la t). <<